

BAJO LA ESTRELLA POLAR



STEF PENNEY

Un épico viaje a los confines más helados del mundo
por la autora *best seller* de *La ternura de los lobos*

HarperCollins
Narrativa

Flora Mackie cruzó por primera vez el Círculo Polar Ártico a la edad de doce años. En 1889, esta hija de un capitán ballenero de Dundee (Escocia), apodada por la prensa «La Reina de las Nieves», se propuso convertirse en científica y exploradora. Tras luchar con ahínco para hacerse respetar, su determinación y una serie de circunstancias fortuitas la conducen de nuevo al norte de Groenlandia al frente una expedición británica, pese a que muchos opinan que no hay lugar para una joven en ese inhóspito mundo dominado por hombres.

El geólogo Jakob de Beyn nació y se crio en Manhattan. Deseoso de ampliar sus horizontes, se une a una expedición rival encabezada por el ambicioso Lester Armitage. Será en el Ártico donde su camino y el de Flora se crucen fatídicamente.

Flora, Jakob y Armitage comparten una pasión obsesiva por el Polo Norte, una región en la que se dan los contrastes más violentos: la noche perpetua y el día infinito; el mar helado y las praderas costeras; la deslealtad y el heroísmo. En su afán implacable por liderar la exploración del Ártico, Armitage conduce a sus hombres a una misión cuyo trágico desenlace seguirá dando que hablar durante años.

BAJO
LA
ESTRELLA
POLAR

STEF PENNEY

Título original: *Under the Pole Star*

© Stef Penney, 2016

© 2017, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

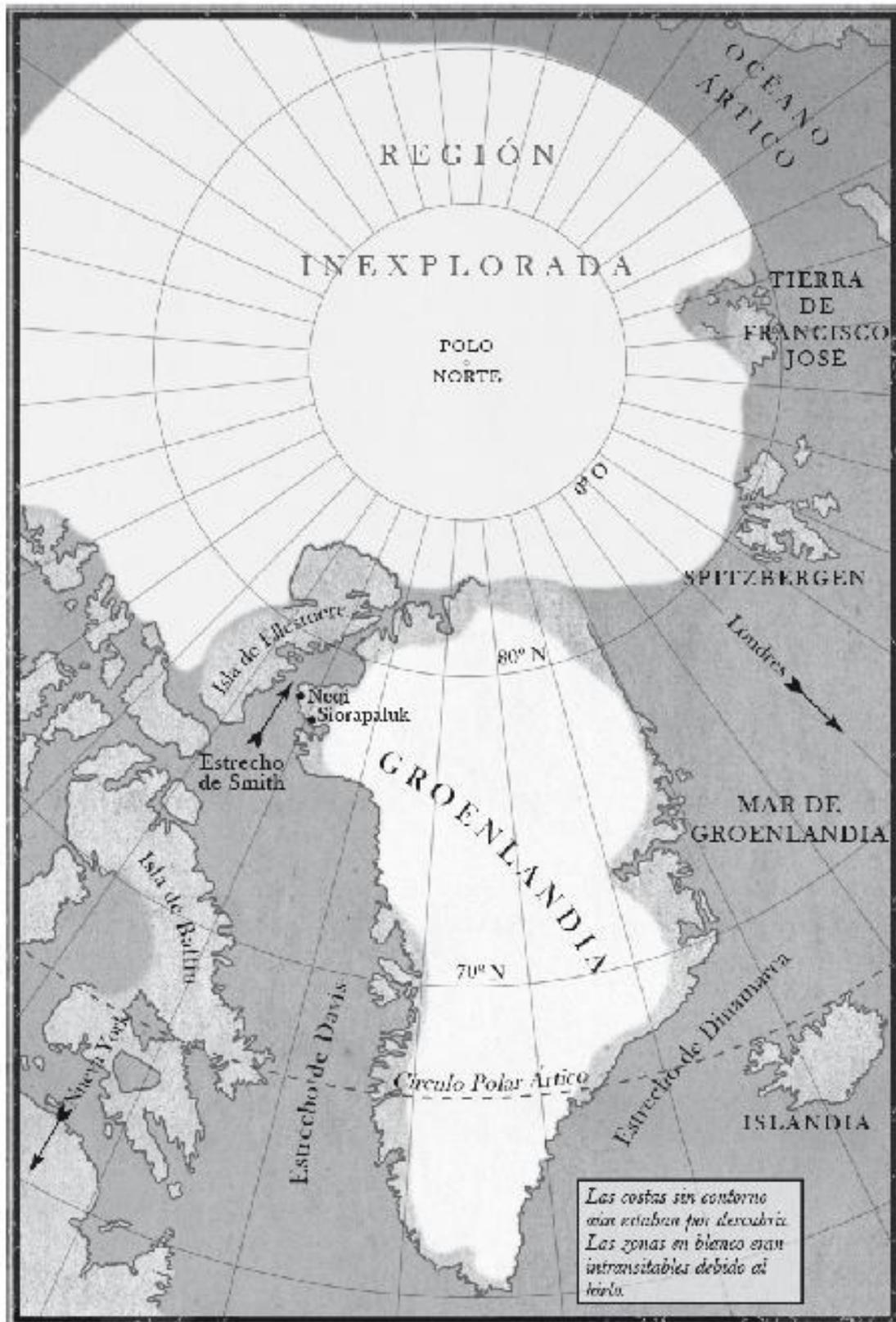
Traductora del inglés: Victoria Horrillo Ledesma

ISBN: 978-84-9139-179-1

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Para el señor Van

REGIONES DEL POLO NORTE, 1893



Ves cosas y dices «¿por qué?». Yo, en cambio, sueño cosas que no son y me digo «¿por qué no?».

George Bernard Shaw

Prólogo

Base Aérea McGuire, Nueva Jersey, 40° 00' N, 74° 35' O
Abril de 1948

El avión, un Douglas C-47 Skytrain modificado, es un grueso cigarro de aluminio relumbrando al sol. Lleva la palabra *Arcturus* estampada en el fuselaje, en firme curva ascendente. El periodista se ha documentado, pero hay ciertas cosas que ignora, como, por ejemplo, que los operarios de mantenimiento pasaron varios días sacando brillo a la chapa y que el nombre se ha añadido expresamente para este viaje: un nombre celestial, más heroico y adecuado que la tediosa sucesión de dígitos de la cola del avión. El Skytrain sirvió como bombardero durante la guerra. Ahora, en cambio, transporta una carga a todas luces pacífica; entre sus pasajeros hay militares, sí —hombres de mirada fatigada, de cabello gris y uniformes entorchados—, pero también científicos de varias universidades, cámaras de la ABC, y el periodista.

El equipo de filmación graba a los científicos posando junto al avión. Cuando se les ordena, saludan y sonríen desacompañadamente, nunca todos al unísono. Los militares se mantienen firmes hasta que su comandante sonrío; entonces se relajan un poco, aunque no tanto como los civiles. Queda una última persona por llegar, una invitada de honor: una británica de edad avanzada a la que otrora, medio siglo atrás, se conocía como «la Reina de las Nieves».

Cuando la anciana —cabello blanco, erguida, imponente— es presentada a los científicos, el físico de Harvard asegura que su padre la conoció hace muchos años y que les hablaba de ella a sus hijos. La Reina de las Nieves asiente con una inclinación de cabeza y sigue adelante sin dar muestras de acordarse del padre o de escuchar siquiera lo que le dicen. La cámara sigue grabando los apretones de manos. El periodista piensa que, en el montaje final, aparecerá un gráfico de un globo terráqueo con un minúsculo avión avanzando lentamente, seguido por una estela de puntos trazada sobre el mapa. Esa idea le entusiasma.

* * *

Por fin se disponen a embarcar. Randall está nervioso, no por el vuelo, aunque sea su primera vez, sino porque quiere asegurarse un asiento junto a la anciana señora. Lleva meses fantaseando con este encuentro. Ella no le mira cuando se sienta: tiene los ojos fijos en la ventanilla. Randall se abrocha el cinturón, sentado frente al oceanógrafo de Harvard y detrás de un civil cuyo campo de estudio nadie parece conocer a ciencia cierta y que aparenta estar enfrascado en la lectura de una revista de automóviles. Despegan con pavoroso estruendo y la brusca ascensión le pega la espalda al asiento. Nota un picor en el cuero cabelludo. Al poco, el morro del Arcturus se nivela, el aparato vira y un sol feroz pinta de franjas la cabina, iluminando una cara tras otra.

* * *

Randall se vuelve hacia su compañera de asiento y prueba a trabar conversación pese al rugido de los motores.

—Tengo algunos recortes de prensa sobre usted —grita.

Ella frunce el ceño, probablemente porque no oye nada.

—¡Recortes de prensa sobre usted! —insiste él.

La anciana arruga aún más el entrecejo.

—Fue una época emocionante. Conoció usted a todo el mundo.

—¿Quién es usted? —pregunta ella, a pesar de que les han presentado en la pista, minutos antes.

—Randall Crane. ¡Crane! La revista *World* me ha encargado la crónica el viaje.

—El periodista —dice como si fuera algo decididamente inoportuno: como si dijera «una cucaracha» o «una hernia».

Desvía la mirada y vuelve a fijarla en la ventanilla, más allá de la cual el sol abrasa un terso campo de nubes blancas.

—¡Qué preciosidad! ¿Así es el Ártico? —Randall se inclina hacia ella, ansioso y emocionado, casi aturdido por el vigor de la luz, por el azul ardiente del cielo. Tras la sacudida visceral del despegue, casi se diría que no se mueven.

—Nunca ha estado usted allí.

—No —reconoce él alegremente, y no puede evitar sonreír: le han dicho que tiene una sonrisa irresistible—. Estoy deseando verlo. Espero que no se moleste si le digo que he estado leyendo sobre usted.

¿Ladea ella ligeramente la cabeza hacia él? Con los vejestorios, los halagos nunca fallan.

—Era usted una superestrella. Conoció a todos los exploradores, ¿verdad? Armitage, Welbourne, De Beyn y los demás. Fue una época asombrosa. Todos esos descubrimientos... Fue usted una pionera.

—Pues sí.

—Y la... la polémica. Siempre me ha fascinado lo que ocurrió. ¿Qué pensaba usted al respecto?

Podría echar el freno, seguramente debería hacerlo, pero se siente desbordante; la energía le borbotea dentro como un torrente imparable.

—¿Qué polémica?

—La polémica Armitage-De Beyn. El misterio sobre lo que les sucedió. Usted los conoció a ambos, ¿verdad?

—¡Santo cielo! Eso fue hace muchísimo tiempo. Ahora están todos muertos, menos yo. —Su tono no permite adivinar si siente pena o satisfacción—. ¿Qué importancia tiene eso ahora?

—¿Acaso no importa la verdad? —La mira a los ojos esperanzado, y ella elude su mirada, impasible—. Nadie parece saber qué pasó realmente. Me encantaría saber qué piensa al respecto, dado que estuvo usted allí.

—¿Lo que pasó realmente? —La anciana sonrío, pero su sonrisa no parece dirigida a él, sino a sí misma—. Me halaga usted si cree que yo sé la verdad.

—Me gustaría conocer su opinión. ¿Sería posible que habláramos sobre ese asunto?

—Aquí hay mucho ruido.

—Ah, sí. Aquí no, desde luego. Sí, hay mucho ruido, ¿verdad?

* * *

La Reina de las Nieves apoya la cabeza contra el asiento, los ojos fijos en la ventana. Parece cansada, pero a Randall, desde la inabordable atalaya de sus veintisiete años, todos los viejos le parecen cansados. Debe de tener, ¿cuántos? ¿Setenta y siete años? Más que su abuela Lottie. Su cabello es tan blanco como las nubes de fuera, y sus ojos, grises oscuros, tan insondables como guijarros pulidos. Va discretamente maquillada; o sea, que le preocupa lo que piensen los demás. Eso le da esperanza. También se ha documentado sobre ella: ha leído sus libros sobre el Ártico y escarbado en los archivos en busca de crónicas contemporáneas. Los artículos periodísticos de la década de 1890 se hacían eco de su belleza, pero a Randall le cuesta comprobar la veracidad de esas afirmaciones en las fotografías de prensa, casi siempre minúsculas y borrosas, en

las que la joven suele aparecer entre un grupo de personas tocadas con sombreros, cuyas caras pálidas miran fijamente a la cámara. En fila en la borda de un buque. De pie en un muelle de embarque. En el estrado de un auditorio. Hay, no obstante, un retrato tomado cuando tenía poco más de veinte años: una recreación de estudio en la que la joven conocida como la Reina de las Nieves posa rígidamente delante de un paisaje polar pintado, la cara lisa y redondeada emergiendo de una aureola de pieles, la boca cerrada, los ojos fijos en un horizonte imaginario. Una trenza gruesa como una boa cae sobre su hombro. Más atractiva que bella, en opinión de Randall. Cuando miraba la fotografía un buen rato, le parecía discernir algo en sus ojos abiertos de par en par, pero ¿qué? ¿Arrogancia? ¿Ambición? ¿Desasosiego? Pensándolo bien, a aquellos rasgos congelados podía atribuírseles casi cualquier emoción humana. Como la mayoría de los retratos antiguos, evocaba sin desvelar casi nada.

En el asiento contiguo, la Reina de las Nieves ha cerrado los ojos. Randall no consigue atisbar en su rostro a la joven de antaño. Sospecha que no está dormida. Su abuela asegura que nunca duerme; que, al envejecer, prescindes de esa necesidad. Randall mira a su alrededor. Algunos científicos dormitan. Otros leen revistas; aunque no *World*, advierte Randall. Su ánimo no decae lo más mínimo. Tienen horas por delante antes de que alcancen su destino.

* * *

Flora Cochrane (ha cambiado muchas veces de apellido, pero este será el que se lleve a la tumba) se despierta con un sobresalto. Estaba soñando con personas y lugares con los que no soñaba desde hacía décadas. Siente aún en la boca, como un hormigueo, la cálida presión de la carne evocada. Un arrebato de sensaciones pretéritas la embarga. Hacía años que no tenía ese sueño. Tarda un instante en recordar dónde está. Un ruido infernal golpea machaconamente su cerebro. Una luminosidad turbadora la envuelve. Luego, el sentimiento de ligereza abandona su cuerpo y recuerda entonces que es vieja. Un temblequeo... Ah, sí, está en un avión. El Arcturus. Al mirar en torno ve al hombre absurdamente joven sentado a su lado. Se vuelve hacia ella con excesiva presteza. Flora recorre la cabina con ojos desenfocados, preguntándose si habrá gemido en sueños. Pero nadie la mira. Y de todos modos no podían oírla.

—Estamos descendiendo hacia Terranova.

El joven se inclina hacia ella y le grita al oído. Flora asiente levemente, sin mirarle a los ojos, con la esperanza de que no intente trabar conversación. Le

gustaría ir al aseo, pero no recuerda si hay uno en el avión. Antes estaba acostumbrada, pero, aun así, sigue siendo un fastidio viajar rodeada de hombres. Mientras descienden entre una capa de nubes, el avión brinca y se sacude como un pequeño navío en aguas turbulentas. Muy interesante, esta modalidad de viaje. Han recorrido más de mil seiscientos kilómetros en apenas unas horas. Imagínate, qué caminata. Incluso navegando a la velocidad del viento costaría varios días recorrer esa distancia. El viento, sin embargo, queda ya muy atrás. Está bien acelerar las cosas, piensa. A su edad. De pronto se le ocurre una idea: cuánto le habría gustado a él esto. Habría reído de puro gozo.

—¿De qué se ríe?

El joven sonrío, tenaz. Su descaro resulta, no obstante, menos molesto de lo que Flora habría pensado. Tiene un no sé qué de encantador y retozón. Puede que sean sus ojos marrones, o su pelo, que, resistiéndose a la gomina, cae sobre su frente; o sus dientes un poco saltones, ansiosos por dejarse ver.

Flora menea la cabeza y se señala el oído: el rugido de los motores es cada vez más fuerte. Él asiente y le dedica una hermosa sonrisa, esperando un momento más propicio.

* * *

Base de la RCAF, Gander, Terranova, 48° 57' N, 54° 36' O

Han aterrizado en una base aérea de Terranova, junto a un lago en forma de garfio. Aunque dista de ser lujosa, la base está diseñada para acomodar tanto a hombres como a mujeres. Incluso le asignan una asistente para que le enseñe su alojamiento y le explique cómo ponerse el extraordinario traje acolchado que habrá de vestir por la mañana. Parece ideado para bebés gigantescos, o para chiflados. La mujer, de cabello compacto, con una mancha de carmín en los dientes, le enseña cómo ponérselo. En la parte de atrás del pantalón, a la altura de las nalgas, hay una solapa que se abre y se cierra con cremallera.

—Ya sabe, para una urgencia. Le recomendamos que practique mientras está aquí, para cogerle el tranquillo.

Habla con delicadeza, pero el asunto no deja de ser enojoso.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo allá arriba? —pregunta la mujer.

Las han presentado, pero Flora no recuerda su nombre.

—Uf, hace cientos de años. Durante la última glaciación. —Sonríe para dejar claro que no es un desaire, sino una broma.

La mujer se ríe mecánicamente, sin ganas. A Flora nunca se le ha dado bien gastar bromas. Lo intentó durante un tiempo, cuando andaba por la veintena, pero desistió. Decide corregirse.

—Me sorprende que me lo pidieran. Que no hubiera nadie más... importante.

—De esa época, no. Ha sobrevivido usted a todos —contesta la mujer con una sonrisa—. Me alegro por usted.

Flora se incomoda de pronto.

—¿Sabe? —continúa la mujer—, cuando era pequeña leía sobre usted y sus expediciones. Era tan estimulante pensar que una mujer era capaz de todas esas cosas ya entonces...

—Bueno... —Quizás la haya juzgado mal—. No fue fácil. Estoy segura de que ahora tampoco lo es.

—No. Las cosas cambiaron un poco con la guerra, pero desde entonces, desde que regresaron los hombres, hemos tenido que quitarnos otra vez de en medio, usted ya me entiende.

Sube la cremallera con un ruidoso ademán. Flora no está segura de entenderla, pero de todos modos asiente.

—Gracias. Creo que ya puedo arreglármelas.

—La cena es dentro de una hora. Imagino que querrá descansar un poco antes de cenar. Si necesita algo, no tiene más que gritar.

Cuando cierra la puerta, Flora se acuerda por fin de su nombre: Millie... Mindy... Un nombre pueril. Está deseando recostarse. Dormir. Recuperar, quizá, esa sensación que tuvo en el avión. Después tal vez se permita tomar una copa. Uno de esos cócteles dulces y engañosos que tomaba en Nueva York. Se tumba en la cama con un suspiro de alivio.

El ocaso durará horas. Las nubes han desaparecido. El aire diáfano permanece inmóvil. Hacía mucho tiempo que no veía un aire tan límpido; claro que hacía años que no viajaba tan al norte. A través de la ventana reconoce el leve y familiar resplandor de las estrellas que empiezan a aparecer en el cielo. Ahí está Arturo, que los esquimales llaman *Uttuqalualuk*, el Anciano. No recuerda el nombre de las personas que le han presentado hoy, pero esos nombres, aprendidos hace décadas, siguen grabados en su memoria. Y allí, justo encima del horizonte, está Vega, la Anciana. El Caribú, conocida también como la Osa Mayor. Casiopea, el Pie de la Lámpara. Y, empezando a insinuarse con su tenue resplandor rojizo, la macabra *Sikuliasuijuittuq*, el Asesinado.

Flora abre la ventana y, asomándose, aspira el aire azul y gélido. Estira el cuello para ver Draco enroscándose alrededor de Polaris y busca con la mirada

Thuban, su Estrella Polar pasada y futura. Mira fijamente, hasta que empiezan a lagrimearle los ojos, pero puede que sea demasiado pronto o que haya demasiada luz, o quizá sea que tiene los ojos agotados, porque no consigue encontrarla.

* * *

Desde que supo que iba a subir al avión, ha vuelto a recordar aquella época. Cuando cierra los ojos, puede ver el valle extendiéndose ante ella, pardo, verde y gris; minúsculas gemas de colores; y el lago de un azul sobrecogedor. El Valle Imposible, lo llamaban. Pero fue posible, aunque solo fuera brevemente.

Hace poco, su vieja amiga Poppy cayó enferma y Flora consiguió ir a verla antes de que fuera demasiado tarde. Postrada en la cama, empequeñecida y a un tiempo asexual e intemporal, Poppy habló con serenidad de su muerte inminente. Creía en el Cielo. Sabía que encontraría allí a sus hijos: soldados descreídos, mártires involuntarios.

Flora asintió, aunque en el fondo no estuviera de acuerdo; pero, a fin de cuentas, ¿quién era ella para decir si Poppy tenía razón o no, si sus creencias eran o no ciertas? Le gustaría creer en el Cielo, desde luego, pero siempre le ha parecido una creencia demasiado simplista, demasiado trillada. Si fuera cierta, ¿por qué habría que esforzarse tanto aquí abajo? Además —pensó, pero no lo dijo—, el cielo está aquí, en la Tierra. Ella lo sabe. Ha estado allí.

PRIMERA PARTE

UNA CABILLA EN FORMA DE BALLENA

Un vial de cristal para VENENO.

Un gancho de hierro.

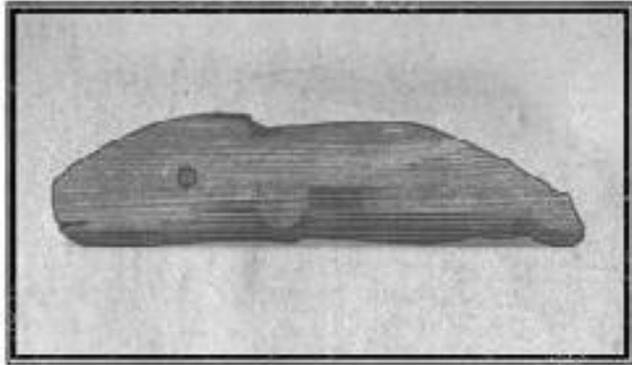
Un penique de cobre.

Un trozo de cinta roja.

Un alfiler de bronce (torcido).

Un pañuelo con bordados.

Una cabilla en forma de ballena.



Capítulo 1

Alta mar, Atlántico Norte.

Verano de 1883

Esa era la lista de las cosas que robó Flora en su primer viaje. Había también otras, pero solo anotó sus favoritas. La cabilla en forma de ballena la guardó durante años, como un talismán, hasta que desapareció. Estaba tallada en un trozo de madera clara, de grano muy fino y suave, con la cabeza, las aletas y la cola apenas esbozadas. Los ojos y el espiráculo eran sendas quemaduras practicadas con un punzón caliente. Podía abarcarla perfectamente con el puño. La había codiciado nada más vérsela a un timonel en la mano y, cuando la encontró tirada en los imbornales, se la guardó en el bolsillo sin ningún escrúpulo. Estaba abandonada allí, condenada a regresar al mar. Tenía derecho a quedársela, se dijo.

* * *

Flora Mackie tenía doce años cuando cruzó por vez primera el Círculo Polar Ártico. Su madre había muerto el mes de noviembre anterior, y su padre, el capitán ballenero William Mackie, de Dundee, no sabía qué hacer con su única hija. De él, Flora había heredado su físico y la brusquedad de sus modales. No mostraba, en cambio, atisbo alguno de la gracilidad de su madre. Elsa Mackie había sido una mujer muy bella que disfrutaba de su condición de objeto decorativo. Su marido estaba orgulloso de ella, pero la esposa de un capitán ballenero de Dundee, o de cualquier otra parte, tenía escasas oportunidades de lucir sus encantos. Los medios por los cuales había concebido a Flora habían causado horror en la señora Mackie, y el resultado también la había dejado insatisfecha. Tenía tendencia a lamentarse de los defectos de su hija: principalmente, de su cintura gruesa y su temperamento viril. Antes de que Flora pudiera hablar, su madre comenzó a manifestar misteriosos achaques que acabaron por hacerse crónicos, por lo que dejó la crianza de Flora en manos de un aya, Moira Adam, que, aunque eficiente, tenía el corazón tan duro como el

granito dórico. Durante las últimas semanas de vida de su esposa, a su regreso de una fructífera temporada de pesca en el Norte, el capitán Mackie y su hija solían sentarse juntos en el salón de la casa mientras, en la planta de arriba, la madre era atendida por una sucesión de doctores. Cuando falleció, su viudo se sintió más atormentado por los remordimientos que abatido por la pena: si se hubiera quedado en casa en lugar de ausentarse durante largos periodos de tiempo, que a veces duraban hasta dos años, tal vez su esposa no habría muerto. ¿Y si le pasaba lo mismo a Flora?

Otros capitanes se llevaban a sus mujeres al Norte, argumentó el capitán Mackie; únicamente ante sí mismo, puesto que no era hombre propenso a dar explicaciones. De modo que ¿por qué no iba a llevarse él a su hija? Había visitado tantas veces el estrecho de Davis que ya no le parecía un lugar particularmente peligroso. Hubo habladurías, pero no llegaron a oídos del capitán, que tenía pocos amigos en la ciudad. La gente decía que debería llevar a la niña a vivir con algún pariente. O mandarla a un internado, a una casa de acogida o a un convento. Pero el capitán Mackie no sabía lo que decía la gente, ni le importaba. Había pasado la mayor parte de su vida a bordo de un barco del que desde hacía quince años era capitán y, Dios mediante, señor absoluto. Estaba acostumbrado a hacer las cosas a su manera.

* * *

Así pues, en abril de 1883, Flora y su padre zarparon de Dundee a bordo del ballenero Vega. De aquello no saldría nada bueno, murmuraba la gente. Con ello querían decir, aunque nadie se atreviera a expresarlo en voz alta, que Flora era una jovencita en un barco lleno de hombres, rumbo al país de los hielos, a un mar de sangre. Una situación sin precedentes. Inmoral, en cierto modo. Un error sin paliativos.

El capitán Mackie estaba convencido, sin embargo, de que ningún mal podía sobrevenirle a Flora en su barco. El Vega, una fragata a vapor de trescientas veinte toneladas construida en el astillero de Gourlay, en Dundee, tenía el casco revestido con tablonés de roble de seis pulgadas de grueso y doble refuerzo en la popa y las amuras, de noventa centímetros de espesor. Baos de roble de veinticuatro pulgadas cuadradas, cortados cada uno de ellos de un solo tronco, atravesaban el casco para defender sus costados de la presión de la banquisa. El capitán Mackie, que llevaba casi treinta años navegando por los mares de Groenlandia, lo consideraba el mejor buque que había salido de los astilleros de

Dundee. Era armador, además de capitán: poseía diez sesenta y cuatroavas partes del Vega, pero amaba cada palmo de aquel navío, no con celo de propietario, sino con el amor que siente un capitán por una nave vigorosa y audaz. Hacía nueve años que capitaneaba el Vega, y estaba persuadido de que su hija no sufriría ningún daño a bordo del ballenero. No podía decir lo mismo de otros navíos y, aunque no quería citar nombres, pensaba en el envejecido Symmetry o en el Fame de Peterhead, aquel barco del demonio.

El Vega no era grande ni bonito; los balleneros que faenaban en el estrecho de Davis solían ser navíos de poca eslora, lentos y recios. Para Flora, sin embargo, era una hermosura: macizo y denso, la robustez de su madera de roble la llenaba de asombro. Le encantaban sus regalas, por encima de las cuales apenas alcanzaba a asomarse, cubiertas por una gruesa capa de barniz, suave y levemente pegajosa al tacto, y le encantaba acariciar el latón sedoso, tan pulido que tenía un lustre terso y líquido. Cuando nadie la veía, se subía a horcajadas sobre los enormes refuerzos transversales que defendían el casco de los hielos, incapaz de imaginar que algo pudiera vencerlos. Adoraba, además, su nombre. Los demás barcos de la flota llevaban nombres como Dee, Ravenscraig y John Hammond, y la fragata se le antojaba una intrépida aliada hecha de madera y brea: la hermana que nunca había tenido, una inestimable compañera de fatigas en el mundo implacablemente viril del Norte. Desde la primera vez que subió por el portalón, le gustó incluso su olor, aquel aroma turbio y acre a brea, a salitre y a carbón, mezclado, tras pasar el invierno en puerto, con el leve tufo de la matanza estival: el hedor a grasa, a sangre y a muerte.

* * *

Con cincuenta hombres y una niña a bordo, el Vega estaba abarrotado. A menudo, Flora se hallaba teóricamente sola (cuando estudiaba en el camarote, por ejemplo), pero allá donde estuviera oía siempre una sinfonía de ruidos humanos. Aparte de la charla, los gritos y, de cuando en cuando, los exabruptos rápidamente acallados de los marineros, se oían a todas horas del día y de la noche gruñidos, resoplidos, pedos, risas, gemidos, ronquidos y ruidos más difíciles de identificar. Con frecuencia oía blasfemar a través de los mamparos de madera. Si su padre rondaba por allí se hacía la sorda y, cuando no podía, fingía no entender lo que decían. En ese aspecto, el buque no era muy distinto a las calles de Dundee.

Su padre hacía todo lo que podía por ella. Compartían su minúsculo camarote,

dividido por una manta que podía correrse como una cortina, y Flora tenía un catre que, colgado de un bao, se mantenía más o menos nivelado cuando el oleaje mecía y sacudía el barco. El catre tenía los rebordes levantados como una bandeja, y Flora se balanceaba en él, arropada en mantas y más tarde en pieles, como una salchicha envuelta en tocino.

Estando aún en Crichton Street, había oído (era una cotilla impenitente) toda clase de habladurías que habían avivado su imaginación. La gente decía que los marineros les hacían cosas terribles a las jovencitas, cosas vagas que, sin embargo, estaban envueltas en una extraña excitación. Pero en el Vega todos eran amables y considerados con ella. Por si acaso, sin embargo, Flora se hizo con un arma: un cortaplumas que llevaba colgado del cuello con una correa, debajo de la camisa.

No creía, en el fondo, que los marineros fueran a hacerle ningún daño. Y no solo por la amabilidad con que la trataban, sino porque sabía que no era muy atractiva: anodina y regordeta, tenía la cara redonda, del color del suero de leche, y los ojos grises como una piedra. Sabía desde muy niña que había personas a las que se amaba por su atractivo físico (como su madre) y personas a las que no; personas que atraían las miradas, que suscitaban las sonrisas y el favor de los desconocidos, y personas que pasaban inadvertidas como fantasmas. Estaba acostumbrada a ser invisible. Pero siempre convenía estar preparada, y además, en sus fantasías, podía ser, ¿por qué no?, rubia y frágil, con el rostro en forma de corazón y los ojos violetas, como la delicada heroína de *Pobre miss Caroline*, su libro preferido. Poco importaba que nunca hubiera conocido a nadie con los ojos violetas (ni con la cara en forma de corazón, si a eso íbamos). Había noches en que, mientras yacía en su camastro, fantaseaba con asaltantes sin rostro a cuyos ataques respondía con violencia sanguinaria. Disfrutaba con aquellas fantasías. A veces, mientras se mecía en la resonante oscuridad, se dejaba someter. Y también de esas fantasías, por más que fueran nebulosas, extraía placer.

* * *

El capitán Mackie procuró que Flora siguiera instruyéndose en la medida de sus posibilidades. Al finalizar el viaje, tendría que haber leído la Biblia (a ser posible aprendiéndose de memoria los Evangelios), estudiado las maravillas de la Creación plasmadas en el mundo natural y adquirido nociones de Todas las Cosas Acaecidas hasta el Momento. Insistía en que Flora llevara un diario en el que resumiera sus lecturas a fin de demostrar que las comprendía. A tal efecto, le

compró varios cuadernos.

Flora miraba absorta los grabados de plantas y aves. *Hoy he estudiado los passeriformes*, anotaba en el diario titulado *Lo que he aprendido*, de Flora Elsa Caird Mackie. *Son los pájaros cantores. Hay muchas especies distintas. P. ej., los mirlos.* Con esto, su padre parecía darse por satisfecho. Había leído esforzadamente *Una historia del mundo para niños* y sabía, por tanto, que la Historia comenzaba con los egipcios, a los que siguieron los griegos y los romanos. Luego venía Jesucristo, y a partir de entonces empezaba el declive. Era un libro cautivador, pero no entraba en detalles. Flora tenía la impresión de que la Historia se volvía más aburrida a medida que se acercaba al presente. A la altura de su siglo ya no quedaban gladiadores, gatos embalsamados, cálices de cicuta ni monarcas que ansiaran asesinarse entre ellos. Los cultivos intensivos y las hiladoras multibobina habían ocupado su lugar. Para Flora, era decepcionante. Quería saber más. ¿Cómo se mataban entre sí los gladiadores? ¿Cómo era posible que un faraón se casara con su hermana? ¿A qué sabía la cicuta y cuánto tardaba en hacer efecto? (¿Te morías vomitando, te asfixiabas o te desangrabas, quizá?) Pero acerca de tales temas, como acerca de muchos otros de verdadero interés, su libro no decía nada.

* * *

Dos días después de zarpar de Stromness, Flora cogió otro cuaderno y estuvo pensando un rato antes de abrirlo. Pensaba en los gemidos que había oído al otro lado del mamparo la noche anterior. Su padre dormía, roncando plácidamente. Flora había experimentado un vago temor: se preguntaba si el hombre estaría enfermo y al mismo tiempo temía, de un modo que no alcanzaba a expresar, que no fuera esa la causa de sus gemidos. Pasó el resto de la noche sin dormir.

No escribió nada en la tapa de aquel cuaderno; lo abrió por la última hoja y empezó a escribir con su letra minúscula y enrevesada, tal vez porque, en un lugar donde la soledad y el recogimiento eran ilusorios o imposibles, sentía la necesidad de tener secretos. El día que estudió a toda prisa el orden de los passeriformes, tras leer un capítulo sobre los griegos y ojear algunos pasajes del Evangelio de Mateo, cogió el diario sin título y anotó: *No me gustan los pájaros. No tienen pelo y no me gusta cómo me miran.* Los únicos pájaros que veía entonces eran las gaviotas que se posaban en la regala y que no eran passeriformes, desde luego, porque, aunque tuvieran forma de pájaro, cantar no cantaban, y la observaban con ojos vidriosos e insolentes.

* * *

Los oficiales del Vega (los arponeros, los timoneles y los cordeleros) procedían de Dundee y de diversos pueblos de Fife: de Cellardyke, de Pittenweem, de Saint Monance. Los remeros, en cambio, eran de las Orcadas. De los cincuenta hombres que había a bordo, once se llamaban John y siete Robert. Flora se hizo amiga del más joven de todos ellos: un grumete de Dundee llamado Robert Avas, para el que aquel también era su primer viaje. Pese a que el chico era un año mayor que ella, Flora le sacaba varias pulgadas. Tenía la cara blanca y macilenta común entre los chiquillos del mercado del pescado, pero también un entusiasmo sin límites y una simpatía irrefrenable. Nunca había oído hablar de los egipcios y pensaba que Newcastle era la capital de Londres. Tal grado de ignorancia impresionó a Flora.

—Podría enseñarte a leer —le dijo a la semana de conocerse.

—¿A leer? ¿Pa' qué? —contestó él con una sonrisa.

—Para... —Flora no supo qué decir—. Para que sepas leer.

—¿Y qué iba a leer? —preguntó Robert con curiosidad genuina.

Ella se quedó callada un momento, pensando qué lecturas podían atraerle más.

—Pues... los periódicos.

—Bah, están llenos de sandeces.

Flora se encogió de hombros.

—Cuentos. Sobre marineros...

—Bastantes cuentos me sé ya.

Un ruido ensordecedor rompió sobre ellos como una ola. Voces profundas y estentóreas llegaban de los obenques de proa: los orcadianos izaban las velas mientras cantaban una tonada misteriosa cuyas palabras no parecían tener sentido. Flora los observó con un asomo de inquietud. Eran muy grandes, más altos y fornidos que los hombres a los que estaba acostumbrada. Tenían el cabello rubicundo, la piel colorada, como en carne viva, y los pómulos y las cejas prominentes. Hablaban una lengua distinta. La fascinación de su cántico hizo que algo se agitara dentro de ella.

—¿Tú los entiendes?

Robert fijó en Flora sus cándidos ojos azules.

—¡*Vou, vou!* —gritó imitando los extraños gritos de los marineros. Luego se rio y se encogió de hombros.

Se veían a ratos, cuando podían, y el tiempo que pasaban juntos era interrumpido a menudo por los gritos de los oficiales repartiendo órdenes.

Entonces Robert se levantaba de un salto y corría a trepar por los obenques o desaparecía en la bodega. Flora no le envidiaba por ello, pero se sentía frustrada. No le apetecía especialmente trepar por las jarcias, pero sabía que, en cuanto daba media vuelta, Robert se olvidaba de ella. Él cumplía una función en el manejo del barco. Ella, en cambio, era una chica, un sobrante.

Solo tenía otro amigo a bordo: Charles Honey, el cirujano. Como la mayoría de los cirujanos de los buques balleneros, hacía poco que Honey había terminado sus estudios de Medicina y carecía de medios para establecerse por su cuenta. Había cumplido veintitrés años, pero aparentaba menos: tenía la piel lozana y un aire de asombrada inocencia. Sufrió terribles mareos las dos primeras semanas de la travesía. Sus lamentos podían oírse en todo el barco. Al principio los marineros se compadecieron de él. Pasados unos días, sin embargo, su compasión se tornó en burla. El capitán Mackie los reprendió ásperamente, pero no dio más explicaciones. No había podido encontrar a otro médico. Como Honey estaba casi siempre solo en la enfermería, Flora no temía ir a verle y, dado que era una niña y no precisamente bonita, él no temía su presencia. Era un hombre de aspecto inofensivo: esmirriado, amable, de voz vacilante. Se sonrojaba con facilidad.

* * *

Fue en la enfermería donde Flora reparó por primera vez en Ian Sellar. Navegaban a barlovento, con viento del noroeste, y las cuadernas del Vega crujían como si fueran a romperse. Los frascos y redomas de Honey tintineaban en sus jaulas. En un bandazo a sotavento, una taza de café resbaló por el escritorio del cirujano vertiendo su contenido sin llegar a volcarse.

Sentada en la camilla, con la espalda apoyada contra la pared del camarote, Flora acribillaba a Honey a preguntas acerca de la disección de cadáveres. Durante sus interrogatorios previos se había cerciorado de que los estudiantes de Medicina practicaban esa tarea, pero Honey se mostraba evasivo en sus respuestas. Dicho en pocas palabras, le mentía. Como hija del capitán que era, Flora estaba investida de cierta autoridad vicaria, y Honey no quería enemistarse con ella, pero al mismo tiempo le preocupaba que su padre se enfadara con él por llenarle la cabeza con historias de pesadilla.

—Este viento, ¿qué fuerza tiene?

El médico trataba a Flora como si participara de la sabiduría marinera de su padre, y ella no hacía nada por sacarle de su error.

—Pues será... —El barco dio otro bandazo cuando el Atlántico Norte abofeteó su proa—. De fuerza seis... o cinco. Cinco, calculo yo. Podría ser mucho peor.

—Espero que no, o temo por mis medicinas. —Honey miró hacia arriba, desenchajado.

El viento entonaba su canto fúnebre en los obenques. Flora no tuvo compasión.

—Pero ¿ha diseccionado el cadáver de una mujer?

—Santo cielo, Flora, ¿por qué quiere usted saber tal cosa?

—Tienen que aprender cómo son por dentro, y sus entrañas son distintas a las de los hombres, ¿verdad que sí?

Le miró astutamente. Al principio no le costaba ningún trabajo que el doctor Honey se sonrojara, pero el cirujano empezaba a conocer sus artimañas.

—Estoy seguro de que sabe usted mucho más de lo que aparenta, señorita, y me está tomando el pelo.

—¡Nada de eso! Puede que algún día yo también sea médico. Quiero curar a la gente. Si no sabes nada, no puedes sanar a un enfermo, ¿verdad que no? ¿Qué opina usted? ¿Sería una buena doctora?

En el instante en que Honey abría la boca para responder, se oyeron unos golpes más allá de la puerta y la proa del barco se hundió en el profundo seno de una ola.

—¡Putra suerte la mía!

Flora puso cara de circunstancias. Se abrió la puerta. Un marinero alto y de aspecto ágil entró a trompicones, sujetándose el brazo derecho, con la cara crispada en una mueca de dolor.

—Doctor, me he...

Al ver a Flora se puso colorado. Ella le reconoció: era Ian Sellar, uno de los marineros de las Orcadas.

—La señorita Mackie ya se iba. Ande, Flora, váyase.

—¿No puedo ayudar?

Ian Sellar aflojó la mano con un gemido.

—Uf, Sellar, ¿qué le ha pasado?

—Un tolete. El hombro.

Apretó los labios y cerró los ojos. Honey le hizo sentarse en una silla bajo la lámpara, cogió un bisturí y le cortó la camisa de un solo tajo, sin vacilar. Flora, que se había quedado boquiabierta al verle empuñar el escalpelo (¿se disponía a *amputar*?) rondaba detrás de ellos.

Ian Sellar era uno de los orcadianos más jóvenes y el hombre de hechura más perfecta que Flora había visto nunca. Los hombres del Norte solían tener el rostro abrupto y enrojecido; la tez de Sellar, en cambio, era del color de la miel, cosa única en aquel barco poblado por pictos de piel rosada. Sus facciones eran fuertes y elegantes, y se movía con una gallardía que le hacía descollar entre todos los demás. Flora miró su espalda desnuda y dorada. No se explicaba por qué no se había fijado en él hasta ese instante. Honey chasqueó la lengua al palpar el hombro, donde la sangre iba extendiéndose bajo la piel. Ian dejó escapar un gemido.

—No está dislocado, Sellar. Solo es una contusión severa. Tendrá que llevarlo en cabestrillo una temporada. Flora, pásame ese rollo de venda de ahí. No, ese. Si quiere ayudar, puede echar un poco de hamamelis en ese cuenco. Es el que...

Flora corrió a hacer lo que le pedía el médico. Estaba familiarizada con la mayoría de los enseres de la enfermería. Ágil como un gato, le llevó a Honey vendas, imperdibles, compresas y brandi, mientras el barco se encabritaba, vapuleado por olas furiosas. Ian tenía el rostro demudado bajo la piel morena. Pequeñas gotas de sudor rodaban por sus sienes. Flora se quedó tras él, observando, y cuando el barco dio un fuerte bandazo a estribor se precipitó hacia el marinero y rozó con la mano su hombro sano y reluciente. Apartó la mano de inmediato, asustada por su calor. Sellar mantenía los ojos fuertemente cerrados. Ni el médico ni el marinero parecieron advertir que su gesto no había sido accidental.

* * *

Después de aquello, Flora observaba la figura de Sellar en la cubierta y escuchaba su burdo acento con tal atención que llegó a distinguir su voz a través de los mamparos de madera. Los hombres nunca estaban solos a bordo, salvo durante los escasos minutos que pasaban en el castillo de proa, pero, aunque hubiera estado solo, Flora no se habría acercado a él. No sabía qué podía decirle.

* * *

Durante los largos crepúsculos, padre e hija buscaban en el cielo Venus y Marte, Altair, Arturo y Polaris. A veces pasaban la corta noche en vela, siguiendo el curso de las estrellas a través del firmamento. Estaban rodeados por constelaciones que nunca se ocultaban a la vista: las Osas, el Dragón, Perseo,

Casiopea, Cefeo... Pero ninguna de ellas se parecía a lo que representaba, salvo Draco, el dragón.

—¿Por qué al Arado se le llama la Osa Mayor si parece un arado?

—No la estás viendo entera. El arado solo es la parte de atrás de la osa y su cola.

—Los osos no tienen cola. Larga, no.

—Puede que los osos griegos antiguos sí la tuvieran.

Flora se rio, burlona. Su padre pensó que se estaba envaneciendo demasiado.

—De todos modos, ¿cómo sabes que Draco se parece a un dragón? —añadió—. ¿Has visto alguno?

—He visto estampas.

—¿Y crees que esas estampas fueron dibujadas al natural?

—¡Claro que no! Los dragones no existen.

—Entonces puede que Draco se parezca tan poco a un dragón como la Osa Mayor a una osa.

—Sí, pero... no puede ser distinto a algo que no existe porque... —Se interrumpió, indecisa—. Los osos sí que existen. ¿Por qué tenían que inventarse algo? Podían haberla llamado la Serpiente. Las serpientes sí existen.

—¿Me estás preguntando por qué la gente inventó a los monstruos?

—Supongo que sí.

—Puede que porque nunca habían salido a pescar ballenas. Mira la cola de Draco, a medio camino entre las osas. Hay una estrella que brilla más. La segunda estrella más brillante.

Flora sujetó con firmeza el telescopio de su padre, apoyado en el penol. El barco estaba completamente en calma, el mar era como una balsa. Un iceberg se erguía, inmóvil, a unos doscientos metros de distancia, duplicado por el mar como por un espejo. Las estrellas se reflejaban en el agua, centuplicándose como si el Vega estuviera suspendido en el espacio oscuro, con los astros debajo, a infinita profundidad.

—¿La ves? Es Thuban. Antiguamente, cuando los egipcios estaban construyendo sus pirámides, era la Estrella Polar. ¿Te acuerdas de los egipcios?

—Sí, me gustan los egipcios. Tenían un dios con cabeza de halcón.

—Sí. ¿Que se llamaba...?

Un segundo de vacilación.

—Horus.

—Sí. Los egipcios construyeron su Gran Pirámide de forma que el brillo de Thuban pasara a través de un hueco practicado en su interior, hasta el centro de

la pirámide.

Flora se estremeció.

—¿Cómo podía ser la Estrella Polar?

—Hace cinco mil años, Thuban era la Estrella Polar. Y algún día, dentro de mucho, mucho tiempo, volverá a serlo. Y ocupará una posición más perfecta que Polaris. ¿Por qué? Porque la Tierra se mueve sobre su eje. Como una peonza cuando está a punto de caer. —Le hizo una demostración moviendo la mano a un lado y a otro—. Muy, muy despacio. Ahora Polaris es la Estrella Polar, claro, o, mejor dicho, es la que se encuentra más cerca del polo celeste, pero algún día... Todo cambia, Flora. Lo bueno, lo malo... Es igual, nada dura para siempre. —El capitán Mackie levantó un poco el telescopio, virándolo ligeramente hacia la izquierda—. Ahora mira allí.

—Veo Vega —dijo Flora con energía, alarmada por el giro metafísico que había tomado la conversación.

—Bien. Algún día, dentro de muchos miles de años, también ella será la Estrella Polar. Una Estrella Polar muy grande y brillante, además, aunque no tan bien colocada como Thuban. Y cuando Vega sea la Estrella Polar, el verano caerá en diciembre y el invierno en junio.

Después de asimilar esta inquietante noticia, Flora resolvió que le gustaba Thuban, la Estrella Polar pasada y futura. Le gustaba que las cosas fueran exactas, no casi exactas o simplemente aceptables. Pero, entre todas las estrellas, la que más le gustaba era Vega, porque les pertenecía a todos los tripulantes del barco, pero sobre todo a ella, o eso sentía Flora. Cuando poco tiempo después descubrió que los esquimales llamaban a Vega «la Anciana», se sintió herida en lo más vivo, aunque no se lo dijera a nadie.

* * *

El oleaje del Atlántico fue desapareciendo, aquietado por los icebergs cada vez más frecuentes. Salió el sol y ya no se puso: permaneció con ellos hora tras hora, como si no soportara dejarlos. Hacía aparecer colores donde solo había hielo gris: verdes simas, sombras de un azul intenso, oquedades de color aguamarina. El mundo en su totalidad, acuoso y delicuescente, centelleaba.

Flora pasaba horas en la regala, contemplando absorta el hielo. Era como mirar el fuego: no se podía parar. Descubrió en la nitidez del hielo una cualidad nueva, desconocida hasta entonces para ella. Cada pedazo era distinto y único, de una belleza desprovista de artificio.

Una imagen que no olvidaría nunca: un témpano singularmente hermoso, rematado por aristas y almenas como una cumbre alpina, que al rotar dejó al descubierto un arco de hielo de veintiún metros de alto. Relucía, blanco y hendido por grietas que en la parte de arriba refulgían con un azul profundo y que, en su base desgastada por el agua, adquirirían un matiz verde pálido y sedoso. Ruinosa obra maestra de una civilización desaparecida, atrajo a las barandillas hasta a los marineros más hartos del hielo.

El vigía gritó desde la cofa:

—Si la señorita Mackie quiere subir, verá qué cosa más bonita.

Mackie mandó a Flora delante de él. No era la primera vez que su hija subía a la cofa en un día de calma, pero el capitán le hizo arremangarse las faldas y trepó por los flechastes tras ella, por si acaso. John Inkster la aupó para que pasara por la trampilla y Flora, retorciéndose, se colocó en el estrecho espacio que quedaba ante él. El marinero la sujetó sin apretarla para impedir que se precipitara a cubierta desde una altura de veinticinco metros.

Por encima del arco, la cima del iceberg se aplanaba creando una pequeña meseta. Los rayos del sol habían empezado a derretir el hielo, que formaba una laguna redonda, del color azul intenso de un zafiro fundido. Flora vio que una pequeña corriente estaba labrando un canal en la orilla blanca del estanque, un arroyo azul lechoso que corría hasta el borde de la planicie y desaparecía al otro lado. Un ojo ciego y azul del que brotaba una sola lágrima infinita.

—Bueno, señorita Flora —dijo Inkster, cuyo aliento le calentó la oreja—, ¿qué le parecen nuestras islas de hielo? ¿Verdad que son bonitas?

Flora se había quedado sin habla. Las palabras no bastaban. Fijó sus ojos grandes y relucientes en Inkster, que se rio con ternura. Con aquella mirada, casi parecía bonita.

* * *

Fue una buena travesía, pero a setenta y tres grados norte se toparon con la banquisa. Cayó la niebla, cubriendo la costa cuajada de hielo de la isla de Baffin. Los alcanzaron otros barcos de la flota pesquera: el Ravenscraig, el Symmetry, el Mariscal y el Hope. Avanzaron con cautela, abriéndose paso entre las placas flotantes hacia North Water, donde tal vez hubiera ballenas. Un vigía guiaba el barco. Atisbando entre la penumbra, gritaba hasta quedarse ronco. La niebla ahogaba los sonidos, salvo los gritos del mastelero y el siniestro batir del agua.

* * *

—¡Una presa! ¡Una presa!

Flora estaba en el camarote. Subió a cubierta y procuró no estorbar a los hombres que corrían a las lanchas balleneras colgadas de los pescantes. Sintió la tensión que se había apoderado del barco: pasos precipitados, órdenes cortantes. Vio a Ian Sellar saltar a la primera ballenera con el rostro animado por la emoción. Los cinco hombres ocuparon sus puestos y los tripulantes de cubierta arriaron la lancha. La ballenera se apartó del casco y, cuando el timonel, David Latto, de Dyke, bramó sus órdenes, los remeros impulsaron la lancha a lo largo de la amurada, alejándose a buen ritmo.

Una mano se posó sobre el hombro de Flora.

—Flora —le dijo su padre en tono de advertencia—, cuando vuelvan con la captura, tienes que irte abajo. Si te veo en cubierta después de que vuelvan, te ganarás una buena.

—¿Cuándo podré volver a salir?

—Cuando yo lo diga.

—Pero ¿y si...?

Su padre le lanzó una mirada tan feroz que Flora cerró la boca. El capitán Mackie se había jurado a sí mismo que su hija no presenciara el descuartizamiento de la ballena. Ella creía saberlo todo sobre el oficio. Creía estar preparada. Al final, la lancha regresó con las manos vacías: habían perdido a la ballena.

Al día siguiente tuvieron más suerte: dos balleneras salieron a buscar sendas presas. Una de ellas volvió con su botín. Flora escuchó las voces que daban los marineros al acercar el cadáver de la ballena al costado del barco. Estaban entusiasmados. Ella se quedó sentada en silencio. No veía nada, pero lo oía todo y notaba un hedor inimaginable. El tufo de la sangre invadió sus fosas nasales, su boca, sus ojos. Otro olor espantoso y sofocante, un olor a putrefacción, le revolvió el estómago. Los hombres se afanaban en medio de la cubierta, y ella oía el tamborileo de sus pies y sus risotadas, más estruendosas y salvajes que de costumbre, como si estuvieran borrachos de alegría.

Oía el ruido de las cuchillas al cortar y trocear, el aserrar de los huesos y el desgarrar, el desgarrar constante, de la piel. Y un chapoteo que esperaba que fuera de agua, aunque intuía que era de sangre. Verlo no habría sido mucho peor: así, se imaginaba los cuchillos hundiéndose en la carne y la grasa, la sangre arremolinándose en torno a las extremidades de los marineros, tiñendo sus

brazos de rojo. Cuando por fin su padre fue a buscarla al camarote, estaba mareada y en pie de guerra. Habían bombeado agua sobre las cubiertas para limpiar el serrín empapado de sangre, pero el cadáver descarnado de la ballena seguía medio hundido en el mar, allí cerca, profanado por los peces y los pájaros voraces. Sobre la cubierta había montañas de una grasa gris rosácea que los hombres empujaban con horquillas hacia la bodega. Huesos manchados de sangre colgaban de los penoles, puestos a secar.

—Ya te advertí que no era bonito —le dijo su padre—. ¿Entiendes por qué no quiero que lo veas?

—No creo que verlo sea peor que oírlo y olerlo —repuso ella—. Me lo imagino. Y, además, en el camarote no puedo respirar.

Su padre se tomaba muy en serio las opiniones de Flora, lo cual le honraba. A partir de entonces, le permitió cierta libertad de movimientos a popa de la mesana cuando los hombres estaban faenando. Desde allí, podía contemplar su sangrienta labor sin estorbarles. Flora se daba cuenta de los peligros que entrañaba la tarea: la cubierta resbalaba, embadurnada de sangre y aceite, y más de una vez vio a un marinero resbalar y cortarse con aquellas cuchillas endiabladas.

Capítulo 2

Bahía de Melville, 76° 21' N, 71° 04' O

Invierno de 1883-1884

Los hombres decían que Flora era su talismán: esa temporada, el Vega capturó más ballenas que cualquier otro barco. A mediados de agosto, un temporal amontonó el hielo en el embudo que formaban cabo Alexander y cabo Isabella, y el viejo Symmetry quedó atrapado en un abrir y cerrar de ojos. Los otros balleneros se agruparon a su alrededor, listos para acoger a la tripulación si el barco se hundía. Arreció la tormenta y los vientos del suroeste empujaron las naves hacia la bahía de Melville, formando un inmenso campo de hielo a su alrededor. El capitán Mackie sentó a Flora en el camarote para explicarle que ese año no volverían a casa. Para su sorpresa, ella sonrió.

Cuando el capitán dio con un témpano de su gusto, una gruesa capa de hielo del tamaño de Barclay Park, mandó desembarcar a la tripulación con sierras de casi cuatro metros. Flora les vio abrir en la banquisa un hueco que sería el hogar del Vega durante el invierno. Los días se acortaron. A mediodía, el sol estaba tan bajo que, si Flora se asomaba a la barandilla mirando al Sur, le daba de lleno en los ojos.

Estaba loca de contento. Sentía que había perdido su desventaja: cuando un barco estaba varado, los marineros tampoco tenían nada que hacer. Se le permitía vagar a su antojo siempre que pudieran verla desde el barco. El sobrecargo le fabricó un par de pantalones y, con el pelo metido dentro de un gorro de lana, parecía un marinero bajito. Cuando el atracadero de hielo estuvo listo, arrastraron el Vega hasta situarlo en el lugar preciso y la banquisa volvió a cerrarse a su alrededor. Hacia el oeste se veía el Symmetry atrapado en su celda de hielo.

Flora observó cómo iba cambiando el mar. Primero se convirtió en una pasta negra, maleable y gelatinosa. A continuación, quedó cubierto por una película lechosa. Una mañana, el hielo los obsequió con uno de sus trucos más seductores: una erupción de flores de cristal. Aparecieron capullos blancos de bordes aserrados sobre el hielo negro, como si hubiera habido una boda de

escarcha. Flora se sirvió de Robert y de un remo para pescar algunas flores y llevárselas al camarote, donde trató de dibujarlas antes de que se derritieran. Frustrada por su fracaso, se echó a llorar.

El agua adensada seguía moviéndose parsimoniosamente, como los flancos de un animal al respirar. Al solidificarse, formó una especie de gacha que se tragó las flores y que acto seguido adoptó la forma de grandes tortitas grises que se ensamblaron como las placas de una armadura. *Mare concretum*: el mar cuajado. Flora ya no recordaba el fragor de las olas.

El Vega no era ya un navío posado sobre el agua, sino un cascarón de nuez atrapado en una materia que crujía, chirriaba y se resquebrajaba. Los ruidos de la banquisa recordaban a los de un grupo de animales en diversos grados de aflicción: cachorros que gemían lastimosamente, un enjambre de abejas furiosas, el lamento de una ballena agonizante. A veces, aquellos ruidos eran violentos, insensatos: ropa que se rasgaba, fuego de artillería, un piano de cola cayendo desde la ventana de un segundo piso. Otras veces no se parecían a nada.

* * *

La víspera de su decimotercer cumpleaños, cuando la luz del día no era ya más que un leve fulgor en el horizonte, tuvieron visita. El vigía anunció a voces que se veían puntos oscuros sobre el hielo, cada vez más cerca. Flora aguzó la vista, alarmada. Esquimales. Sabía por lo que le habían contado los marineros que no había nada que temer; eran, según todos los relatos, gentes de corta estatura, extrañas, grasientas, farfulladoras. Al acercarse, uno de ellos gritó claramente:

—¡Vega! ¡Vega! ¡Mackie!

Flora se quedó petrificada de asombro. ¡Aquellas gentes conocían a su padre! Aun así, no creía que fueran a ser de su agrado.

Tres esquimales subieron a bordo del Vega y fueron conducidos a una salita improvisada, montada sobre la cubierta, bajo una lona. Flora se sentó en un rincón, detrás de su padre. En un cubo ardía un pequeño fuego. Flora solo distinguió el nombre de uno de los tres esquimales: Kali, un hombre de barba rala, muy aficionado al tabaco. Los otros dos tenían la cara tersa y lampiña y largas cabelleras negras. Uno se cubría con un gorro de piel vuelta acabado en punta. Ninguno de ellos superaba a Flora en estatura. Obsequiaron a la tripulación del Vega con pedazos de una sustancia reseca que masticaban afanosamente. Uno de ellos le ofreció un trozo a Flora murmurando algo en voz

baja. Tras olfatearlo, ella decidió probarlo. Ignoraba lo que era, pero estaba rancio y duro; incomible, a todas luces. Aun así, sonrió educadamente. El capitán Mackie repartió tabaco y sacó piezas de tela roja y cuentas de colores. Los esquimales sonreían y farfullaban en su extraña lengua, mientras su padre, sin dejar de corresponder a sus sonrisas, les hablaba en inglés acerca de las ballenas. Los esquimales asentían con la cabeza, pero Flora no se explicaba cómo lograban entenderse. Antes de marcharse, uno de ellos la agarró por el hombro y le dijo algo con una sonrisa. Flora también sonrió, y al instante se preguntó, preocupada, si con aquella sonrisa no habría accedido a participar en alguna empresa arriesgada.

* * *

—¡Ya los conocías! —le dijo después Flora a su padre en tono de reproche.

Aún no había salido de su asombro. Mientras ella estaba sentada en Crichton Street, el capitán Mackie departía con aquellas gentes y mascaba su asquerosa comida. Sabía ya que se trataba de la piel seca de un narval. En casa, su padre nunca le había hablado de todo aquello.

—Solemos ver a los esquimales cuando estamos aquí. Les gusta comerciar, así que traemos herramientas y tejidos. Los utensilios de hierro son un tesoro para ellos porque no tienen metales. Ni madera. A Kali ya le conocía de antes. Es un buen tipo para ser un pagano. A Apilah también le conocía, pero no a Simiak, su mujer.

—¿Cuál de ellos era la mujer?

—La del sombrero. Solo las mujeres llevan gorro alto. Si no, cuesta mucho distinguirlos, a no ser que tengan barba. Y la mayoría no la tienen.

Flora tomó nota de todo.

—Entonces, ¿son amistosos? ¿No van a hacernos daño?

—Santo cielo, no. No son un pueblo violento. No pueden permitírselo. Saben que tenemos armas de fuego. Me parece que Apilah quiere que conozcas a sus hijos.

—¿Por qué?

—Para jugar con ellos, imagino. Creo que eres de su edad.

—Pero no vamos a entendernos.

—Vamos, Flora, es como jugar con niños de Dundee. De ti depende el enseñarles buenos modales. Escucha, te enseñaré algunas palabras.

* * *

Al día siguiente llegaron más esquimales acompañados por dos niños. Apilah presentó sus hijos a Flora. Eran más bajos que ella, con el cabello largo y grasiento. No llevaban sombrero, por lo que Flora dedujo que eran chicos. Acertó de chiripa: más tarde descubriría que las muchachas solo lucían aquel gorro después de casarse.

Uno de los chicos se llamaba Tateraq. Era recio de cuerpo, de cara redonda y sonriente, enérgico y seguro de sí mismo. El otro se llamaba Aniguin. Quizá fuera hijo de Apilah y quizá no; Mackie no estaba seguro. Era más delgado que Tateraq y saltaba a la vista por su forma de desenvolverse que ocupaba un lugar inferior. Sonreía mucho, pero a veces parecía asustado y otras retraído.

Flora se fue con ellos. Habían llevado un trineo y dos perros a los que trataban con una crueldad desprovista de remordimientos. Construyeron dianas de nieve y jugaron a lanzar sus arpones. Dejaron probar a Flora; o más bien fue Aniguin quien, respondiendo a una orden de Tateraq, le permitió tirar con su arpón. Casi todo lo que hacía, ya fuera torpe o hábil, suscitaba sus risas. Flora, decidida a no ponerse en evidencia, sonreía comedidamente al principio. Muy pronto, sin embargo, se contagió de sus carcajadas. Intuía que no se estaban burlando de ella. La risa estaba sencillamente allí, como la nieve.

* * *

Entre noviembre y febrero reinaba la oscuridad. Una luz grisácea emanaba a partes iguales de la banquisa y del cielo, teñida a veces de azul, de rosa o de violeta. Flora perdió la noción del tiempo: se quedaba dormida en pleno día, o pasaba las noches en vela.

En aquella atmósfera crepuscular sucedían cosas extrañas, más propias de los sueños. Un día fue con Tateraq y Aniguin a un lugar bajo los acantilados. Era un día despejado y una aurora verde refulgía por encima de ellos. Flora contempló atónita aquel remolino de luces que no parecía interesar a sus compañeros. Supuso que para ellos era algo tan corriente como para ella la lluvia: algo indigno de atención. Entonces los niños se metieron las manos entre la ropa, se sacaron el pene de los pantalones y empezaron a frotárselo enérgicamente con la mano. Flora los observó boquiabierta mientras Aniguin se reía y parecía exhortarla a hacer lo mismo. Ella dio media vuelta y huyó despavorida.

* * *

Después de aquello pasó varios días sin salir del camarote, quejándose de un dolor de estómago. Como rara vez enfermaba, el capitán Mackie pidió al doctor Honey que fuera a echarle un vistazo.

Ese invierno apenas se habían visto. Al médico no le sentaba bien la oscuridad, y los pasatiempos de los marineros (jugar al fútbol, cazar, tocar música o hacer visitas) no le interesaban. Muchos de ellos tenían amigos en los otros barcos; Honey, en cambio, prefería la soledad. Flora, que no estaba enferma en absoluto, se sintió culpable.

—Ya me encuentro mejor —anunció—. Creo que ha sido algo que he comido. Honey hizo una mueca.

—Sí, la comida de a bordo es muy indigesta. Nada apropiada para señoritas. Y esta oscuridad constante no le sienta bien a nadie. Pero descríbame sus síntomas. Su padre me ha dicho que le dolía el estómago. ¿Ha tenido vómitos?

—Eh..., no.

—¿Y qué me dice de...? —Se sonrojó sin mirar a Flora a los ojos—. ¿Qué tal su tránsito intestinal? ¿Sabe a lo que me refiero?

—Sí. Eh..., muy bien.

—Entonces, ¿qué tipo de dolor es?

—No lo sé. Un dolor.

—Su padre no me ha dicho si..., eh..., si tiene ya... la menstruación —dijo Honey mirando fijamente la pared por encima de Flora.

—¡No! —respondió ella, asqueada.

Moira le había advertido que aquella cosa repugnante la aguardaba en un futuro, pero Flora había preferido olvidarlo.

—Es posible que esté a punto de empezar. De ahí sus dolores de tripa.

—Ah. —Flora deseó que el médico se marchara.

—O... podría ser apendicitis. Tengo que asegurarme. Si hace el favor de subirse la chaqueta...

—Ya no me duele.

—Palpando puedo saber si el apéndice está inflamado. Podría ser peligroso.

Flora se tumbó boca arriba, se subió la chaqueta y se sacó varias capas de ropa de la cinturilla. Trató de estarse quieta.

—¿Le duele?

Meneó la cabeza. El doctor Honey presionó su carne, palpándola. Flora tuvo la sensación de que la estaban castigando. El médico la miraba más o menos a la

cara.

—¿Y aquí? ¿Le duele?

Ella asintió.

—Un poco. Pero mucho menos que antes.

—Déjeme que...

Honey deslizó la mano hacia su entrepierna y comenzó a apretar y a palpar. Se le alteró la respiración. Sus dedos se hallaban sobre el montículo óseo situado entre las piernas de Flora, y a ella se le aceleró el corazón. Se sentía extraña.

Sin mirarla, Honey dijo en voz baja:

—¿Qué tal así? —Sus dedos se aventuraron más abajo.

Con un gesto brusco, Flora le apartó y se incorporó. Sin detenerse a pensar lo que hacía, echó mano de la navaja que llevaba colgada al cuello, la sacó y la sostuvo delante de la cara del médico.

Honey se echó hacia atrás con los ojos dilatados por la sorpresa. Ella se dio cuenta entonces de que la hoja seguía doblada y metida en la empuñadura, y se enfadó consigo misma. Su rostro, sin embargo, tenía una expresión asesina.

Pasado un segundo, el médico trató de reír.

—¡Esto es perfectamente normal, Flora! Es lo que hacen los médicos. Tenemos que examinar a nuestros pacientes si queremos descubrir sus dolencias. Ahí abajo es donde está el apéndice. ¿Te he hecho daño?

Flora miró hacia abajo. Honey trató de reír otra vez, pero no lo consiguió.

—En fin, no parece que sea el apéndice. Baja... baja esa navaja, sé buena chica. Estoy seguro de que habrá sido algo que has comido, y no me extraña. Quizá no deberías comer *pemmican* durante unos días. Es una bazofia. Aunque la carne de foca no es mucho mejor.

Flora se cubrió y levantó las rodillas para interponer una barrera entre ellos. El corazón le latía con violencia y tenía la cara sofocada. Honey también parecía acalorado, aunque ella ignoraba si su sofoco se debía a la vergüenza o a la ira.

—¿Entiendes, Flora? Estaba haciendo una exploración perfectamente normal. ¡Santo cielo, eres una cría! ¿No pensarás...? —Se apartó, meneando la cabeza como si la idea le resultara inconcebible—. Flora, dime que entiendes lo que te estoy diciendo.

—Lo entiendo —masculló ella.

—Somos amigos, ¿verdad?

Ella dijo que sí con la cabeza, avergonzada de sí misma. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué reaccionaba así ante el pobre doctor Honey, aquel tontorrón inofensivo?

—Bueno, entonces... ¿Todo arreglado?

Volvió a asentir y masculló:

—Lo siento.

Honey rio aliviado.

—¡Al menos la navaja estaba cerrada!

Flora también se rio, pero se odió a sí misma por ello.

—Entonces... Jaja... Cuando hables con tu padre, ¿no le dirás que...?

Si no hubiera dicho aquello, Flora habría pensado después que se había equivocado al interpretar las intenciones del médico. Pero aquel atisbo de alarma volvió a apoderarse de ella, y comprendió de pronto que Honey le estaba suplicando. Que se sentía avergonzado.

—No, claro que no —respondió con expresión inmutable.

Ella también sentía vergüenza. Evidentemente, era culpa suya. Se había portado mal, le había provocado. ¿Se habría dado cuenta Honey de que le había gustado?

* * *

Esa noche se desató un temporal. Flora cavilaba tumbada en su camastro. Nunca antes había sentido su feminidad como una carga y una maldición. Se sentía traicionada, pero su enojo iba dirigido sobre todo contra sí misma. Tenía que haber sido su conducta la que había impulsado a Honey a actuar así. Y los chicos... Desdobló la navaja, acercó la punta a la cara interna de su brazo y apretó. Brotó una gota de sangre, y el miedo y la fascinación se apoderaron de ella.

Soplaban vientos del norte y, al descender la temperatura, el hielo comenzó a resquebrajarse con un petardeo semejante al de una pistola, y a tañer como una campana. El viento aullaba recorriendo todas las notas de la escala; el cordaje rechinaba; el hielo caía sobre la cubierta con un tintineo musical; el maderamen crujía; la banquisa gemía, gruñía y chillaba. Los marineros se afanaban quitando a martillazos el hielo de los palos y las jarcias, pero, no bien lo arrancaban, volvía a formarse. Cada mañana el barco amanecía recubierto por una costra de hielo que amenazaba con devorarlos. Los hombres pasaban el resto del tiempo bromeando y cantando, y a veces rezaban. A Flora ni siquiera se le pasó por la cabeza tener miedo. Estaba con su padre, el gran capitán Mackie, en el Vega, el mejor barco que había salido de Dundee o de cualquier otro puerto. Cuando amainó el temporal y brilló la luna por primera vez desde hacía días, una mullida capa de nieve lo cubría todo, desdibujando los contornos de las cosas. Reinaba

una calma chicha, pero el Symmetry había desaparecido.

Flora tuvo que esperar varias horas, hasta que regresaron las partidas de búsqueda. No había perecido ningún tripulante del Symmetry. La lentitud con que se había hundido el barco les permitió abandonar la nave llevándose la mayor parte de sus pertenencias. La tripulación se repartió entre los navíos restantes; ocho marineros recalaron en el Vega.

La presencia de caras nuevas despejó el ambiente. Se olvidaron las pequeñas rencillas. Los traumatismos y las lesiones por congelación mantenían ocupado al doctor Honey. Flora pasaba la mayor parte del tiempo con Robert Avas, o leyendo. El capitán Mackie fue a visitar el poblado esquimal y se quedó allí dos noches. A su regreso, le dijo a Flora que tenía algo gracioso que contarle, pero su hija notó que parecía azorado. Su padre le contó que le habían preguntado por ella, o más bien por su *erneq*. Él creía que *erneq* significaba indistintamente «hijo» o «hija», igual que *qatannguh* quería decir «hermano» o «hermana». Pero resultó que *erneq* significaba solamente «hijo», de modo que todos pensaban, qué divertido, ¡que Flora era un chico! Los esquimales habían reído mucho cuando les explicó que era una niña. Sobre todo, Tateraq y Aniguin.

—Lo siento, Flora. No es que parezcas un chico, en absoluto, pero... les cuesta distinguir. Nunca habían visto a una mujer blanca. Y como tirabas tan bien la garrocha... ¡Tan bien como un chico! No pongas esa cara. Si piensas en la cantidad de ropa que llevamos encima... Lo único que se te ve es la cara, y no toda.

Flora estaba desconcertada. Suponía que aquello explicaba el incidente con Tateraq y Aniguin, pero no sabía si sentirse ofendida o halagada porque hubieran creído que era un varón.

* * *

Los balleneros también se equivocaban a menudo con los esquimales. Las relaciones de parentesco resultaban especialmente confusas. Flora no lo sabía entonces, pero más tarde descubrió que en la región del estrecho de Smith vivían unas doscientas personas, a lo sumo. Todos sus moradores eran parientes o se conocían entre sí. La población del noroeste de Groenlandia era aproximadamente la de una típica calle escocesa. Y su elástica noción de la familia —intercambio de esposas, hijos adoptivos, hermanastros y hermanastras— daba lugar a una densa maraña de relaciones personales. No era de extrañar que sus amigos rara vez dijeran «hago esto o aquello»: siempre decían «los

inuit» o «nosotros» hacemos tal o cual cosa.

Flora aprendió rápidamente su idioma. Descubrió que Aniguin era adoptado y que sus padres habían muerto. Le contó a Flora que él también habría perecido si Apilah y Simiak no se hubieran hecho cargo de él. Se convirtió en su mejor amigo.

—Estás triste por tener que marcharte —le dijo el chico en primavera, cuando la banquisa comenzó a deshacerse—. No lo estés. Volverás. Me lo dicen los espíritus.

Aniguin aseguraba que oía voces y que conversaba con seres invisibles. Flora pensaba que eran invenciones suyas. Que solo lo decía para darse importancia. Y entendía sus motivos.

—Somos amigos, Felora.

—Grandes amigos, Aniguin. Volveré, te lo prometo.

—Tateraq dice que va a casarse contigo, pero no es verdad, ¿a que no? —El chico la miró ansiosamente.

—No, no voy a casarme con él. ¡Eso nunca! —Flora se echó a reír, horrorizada ante la idea.

—Él lo tiene todo y yo no tengo nada. Siempre es así. Mira, ¿ves esas dos estrellas?

Entre sus dedos extendidos, Flora vio dos estrellas, la una junto a la otra. Aniguin las llamaba La Puerta. Ella, Géminis.

—Somos nosotros.

Flora estaba fascinada. Era una idea embriagadora, pensar que podía ser una estrella.

—Volverás, Felora, y entonces nos casaremos. ¡Voy a ser un gran *angekok!*

Aniguin elevó las manos al cielo como si quisiera demostrarle su poder, pero se rio al decirlo, y Flora también se rio.

* * *

Una semana después de que el Vega zarpara rumbo a casa con la bodega bien repleta de aceite y hueso, se abrió una hendidura entre la niebla, hacia el oeste, y avistaron un barco. No pertenecía a la flota escocesa. El capitán Mackie estuvo mirando por su catalejo hasta que las lágrimas empezaron a correrle por la cara. Era un navío americano, dijo.

—¿Un ballenero?

—No lo parece.

Su voz tenía un matiz extraño.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué pones esa cara?

Flora había visto muchas cosas ese último año. Tal vez su padre había olvidado protegerla de todo aquello que podía herir su sensibilidad. Había sobrevivido al Norte; había florecido; había hecho amigos y reído, cosa que el capitán Mackie no recordaba haberla visto hacer en casa. Así pues, decidió decirle la verdad. Había un destacamento de soldados estadounidenses a los que se había enviado a vivir muy al norte, a la isla de Ellesmere, la lengua de tierra separada de Groenlandia por el estrecho de Davis que Flora alcanzaba a distinguir a veces, cuando el día estaba despejado. Aquellos hombres habían partido hacía más de dos años y desde entonces no se tenían noticias suyas. Seguramente aquel navío era una expedición de salvamento enviada para socorrerlos, si es que no era ya demasiado tarde.

—¿Qué hacían allí? —preguntó Flora.

Que ella supiera, nadie visitaba aquellas regiones remotas como no fuera para conseguir aceite de ballena, hueso y, por tanto, dinero. No entendía qué sentido tenía enviar a soldados donde no había nadie con quien luchar.

—Creo que son científicos. Observan el clima y las rocas. O puede que estén intentando alcanzar el Polo Norte. O quizás ambas cosas.

—¿Qué hay en el Polo Norte?

—Nadie lo sabe. Por eso tiene que ir alguien, para descubrirlo. Los últimos que lo intentaron pertenecían a la Marina británica. Partieron en trineos, deslizándose por la banquisa, pero no llegaron muy lejos. Tuvieron que volverse.

—¿Por qué?

—Enfermaron de escorbuto.

—¿No tenían zumo de lima?

—No lo sé. Supongo que no.

—Qué tontos.

Flora contempló con los ojos entornados aquel buque fantasma alrededor del cual se arremolinaba la niebla.

—Yo iré al Polo Norte cuando sea mayor.

El capitán Mackie la miró con un asomo de inquietud. No estaba acostumbrado a tratar con jovencitas e ignoraba cómo se comportaban, pero raras veces se paraba a pensar en la atmósfera viril del barco y en el efecto que estaba surtiendo sobre su hija. Sabía que el Vega era un buque en el que reinaban la sobriedad y el temor de Dios, y que todos los marineros la respetaban. Pero de cuando en cuando Flora soltaba algo que le sonaba ridículo en boca de una

mujer.

Su hija le miró con enfado.

—No me crees. Pero ya lo verás.

—Puede que los norteamericanos ya hayan llegado. Y que ya conozcan todos sus secretos. De una cosa puedes estar segura: allí no hay ballenas.

—A lo mejor a los norteamericanos también les ha entrado el escorbuto. Si hace dos años que no se sabe nada de ellos, puede que estén muertos, ¿no?

El capitán se dijo para sus adentros que era probable, pero no quiso asustarla.

—No me cabe duda de que están vivos.

—Puede que hayan comido osos polares.

—Sí, en efecto. O focas. Así sobreviven los esquimales, a fin de cuentas.

Comiendo focas.

Flora y su padre contemplaron el lúgubre navío, cuya silueta se fue desdibujando hasta que se lo tragó la niebla.

* * *

Los temores del capitán Mackie no eran infundados. Aquel barco fue el encargado de rescatar a los supervivientes de la Expedición de la Bahía de Lady Franklin: seis hombres famélicos, de los veinticinco que componían el grupo original. No alcanzaron el Polo Norte y cometieron un grave error: no se alimentaron de osos o focas como hacían los esquimales. Se comieron entre sí.

Capítulo 3

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O
1871-1880

A LA DERIVA EN UN TÉMPANO FLOTANTE. No puede concebirse aventura más emocionante ni más insólita que la vivida por el capitán Tyson, media tripulación del Polaris y las dos familias esquimales a su servicio que se aventuraron en la banquisa al naufragar su barco. Formaban parte de la expedición comandada por el capitán Charles Francis Hall, que pereció cuando aún no habían recorrido un trecho muy largo del camino. Durante los temporales que siguieron al hundimiento del barco, perdieron los botes y tuvieron que refugiarse en una placa de hielo flotante que mermaba rápidamente, empujada poco a poco hacia el sur por las turbulentas corrientes marinas y las galernas del Ártico. Una y otra vez trataron de llegar a tierra y las condiciones climatológicas se lo impidieron. Durante seis largos meses, el grupo, formado por diecinueve personas, sobrevivió con la poca comida que les quedaba y alguna que otra foca capturada por los nativos, hasta que al fin una embarcación que había salido a la caza de focas avistó el témpano frente a las costas de Terranova. Al ser rescatado, el capitán Tyson afirmó que era un milagro; un milagro acaecido justo a tiempo. Por increíble que parezca, no se había perdido ni una sola vida, ni siquiera las de los niños esquimales.

New York Examiner, 12 de octubre de 1874

La fascinación que Jakob de Beyn sentía por el hielo le venía de lejos, de cuando era niño. A la edad de diez años, leyó las crónicas periodísticas de la calamitosa expedición del Polaris con una emoción arrebatadora. Eran más escabrosas e increíbles que cualquier relato de ficción; poseían la crudeza de lo auténtico, la exaltación de lo inmediato: los muelles desde los que zarparon aquellos hombres quedaban casi al alcance de su vista. Después, comenzó a leer los relatos de otros viajes de exploración del Ártico: remontándose en el tiempo, pasó de Kane, Hayes y el infortunado Hall a las expediciones de McClintock, Parry y Scoresby. No todos los exploradores se veían en tales aprietos. La hoja de servicios de los expedicionarios británicos fue casi impecable durante mucho tiempo, hasta que se produjo el desastre de la expedición Franklin. Las condiciones materiales y meteorológicas eran durísimas, pero Jakob sospechaba ya de niño que Franklin, Tyson y los demás habían enfocado mal la cuestión y dado muestras de clara incompetencia. Sentía, sin poder evitarlo, que él lo haría mejor, aunque en aquel momento ignorara aún cómo un niño huérfano criado en la austera pobreza del Lower East Side podía hallarse alguna vez en semejante tesitura.

* * *

Jakob no conoció a su madre, que murió víctima de la epidemia que asoló el país tras la Guerra Civil, cuando su hermano Hendrik contaba ocho años y él aún no tenía uso de razón. Su padre, Arent de Beyn, era solo un vago recuerdo. Ingeniero civil de segunda, pereció mientras trabajaba en los cimientos del puente de Brooklyn y Nueva York. Los trabajos en los pozos de cimentación en el lecho del río East produjeron numerosos casos de envenenamiento por nitrógeno. Fueron muchos los trabajadores que sufrieron esta dolencia, incluido el ingeniero jefe, que quedó inválido de por vida. Sobre el puente parecía pesar una maldición: su diseñador resultó herido mientras inspeccionaba las obras y murió poco después a consecuencia del tétanos. El caso de Arent de Beyn fue menos sonado: según contaban, aquejado por un fuerte dolor al salir del pozo una oscura tarde de febrero, cayó al río. No tendría por qué haberse ahogado, pero era de noche, reinaba el desorden y pasaron horas antes de que le echaran de menos. Su hijo no asistió al funeral.

Algún tiempo después, tras un periodo de idas y venidas entre distintos parientes, los niños fueron acogidos por un primo de su padre, un severo luterano al que llamaban tío Seppe, y su esposa, Grietje. Los Koppel tenían dos hijas adultas que vivían en el campo y, a su modo de ver, al acoger a los niños estaban sirviendo al mismo tiempo a su primo Arent y a Dios. No estaban preparados, sin embargo, para el esfuerzo que suponía criar a dos niños. Pasaban tres horas en la iglesia todos los domingos y bendecían la mesa antes de cada comida. El tío Seppe creía fervientemente en la necesidad de endurecer las fibras, de dominar la carne mediante el ejercicio de la razón. Su esposa y él dejaban traslucir un vago sentimiento de culpa por haber faltado a su deber para con sus hijas y no estaban dispuestos a cometer dos veces el mismo error.

Jakob detestaba aquella vida en la misma medida que su hermano Hendrik, pero este había acumulado unas reservas de estoicismo y autocontrol que Jakob no alcanzaría nunca. Seis años mayor que él, Hendrik se sentía responsable de Jakob. Si le protegía, era en parte por lo mucho que le recordaba a su madre. Los niños tenían un retrato de Annette de Beyn: un daguerrotipo montado en cartulina. Mientras que Hendrik era rubio y de ojos azules, Jakob tenía los ojos oscuros y la expresión reconcentrada de la mujer de la fotografía. A su hermano le parecía tan pequeño, delicado y etéreo como su madre, que había necesitado protección contra las miasmas tifoideas; una protección que su padre, imperdonablemente y sin excusa alguna, no le había proporcionado.

* * *

El primer invierno que los niños pasaron con los Koppel fue muy duro. La nieve se arremolinaba en ventisqueros en los costados de las casas y los cables del telégrafo se hundían bajo el peso de la escarcha. Corrían rumores de que en algunas partes la gente moría congelada en las calles.

El tío Seppe obligaba a los niños a lavarse con agua fría cada mañana, como hacía él mismo; era uno de los pilares de su disciplina doméstica. Incluso en invierno, sacaban el agua para el aseo de un barril del patio trasero, rompiendo la capa de hielo que se formaba en la superficie con un hacha que colgaba de una cuerda. Un día, Hendrik comentó que podían meter el agua dentro de casa por las noches para que no se congelara. El tío Seppe respondió que a partir de entonces se lavarían en el patio. Hendrik obedeció sin rechistar durante una semana, hasta que la bajada de las temperaturas congeló el agua del barril por completo. Una mañana, Hendrik estaba todavía en el patio cuando empezaron a desayunar. Comían en silencio, escuchando el golpeteo del hacha sobre el hielo. A Jakob le pareció que su hermano estaba picando demasiado hielo; quizá quisiera darse un baño. Sin decir palabra, Hendrik entró en la cocina con el balde de hielo y vació su contenido sobre la mesa del desayuno, ante las mismas narices de su tío. Jakob, que intuyó que iba a suceder algo tan pronto vio la cara de su hermano, sintió un estremecimiento de horror. Dejó de masticar y contuvo el aliento. La señora Koppel, una mujer nerviosa y atolondrada, ahogó un grito de sorpresa y se levantó de un salto.

—¡Qué haces, bribón! ¡Límpialo ahora mismo!

—Pruebe usted a lavarse con eso —respondió Hendrik con firmeza.

Tenía doce años.

La señora Koppel miró a su esposo. El tío Seppe siguió comiendo pan con queso sin mirar a Hendrik. Durante un minuto se hizo un silencio tumultuoso, roto solo por el ruido que hacía el tío Seppe al tragar, por el tintineo de una esquirla de hielo al caer de la mesa y por el pálpito frenético del corazón de Jakob (o eso le pareció a él). Los trozos de hielo relucían dispersos sobre el mantel, sobre los platos, sobre el cuenco de la mantequilla, fundiéndose al calor de la cocina. La señora Koppel fue la primera en ceder a la tensión: profiriendo un sonido inarticulado, comenzó a recoger el hielo y a echarlo en una cacerola. Varios trozos cayeron de la mesa y resbalaron por el suelo, hasta las esquinas de la habitación. Jakob, obediente aún a sus seis años, se agachó para ayudar a recogerlos, pero se guardó un carámbano especialmente hermoso: grueso,

traslúcido, con todo un cosmos de planos y burbujas dentro y los bordes afilados y curvos como los de una herramienta prehistórica. Se lo guardó en el bolsillo y, después del desayuno, mientras Hendrik recibía una azotaina en el salón, se sentó en su cuarto y dio vueltas al carámbano entre las manos, frotando sus bordes hasta alisarlos mientras lo estudiaba desde todos los ángulos. Se sumergió en aquel universo perfecto y cristalino, donde los gritos de abajo no podían penetrar, hasta que tuvo las manos heladas y rojas y descubrió con sorpresa que no quedaba nada del carámbano.

Puede que aquel fuera el principio de su amor por el hielo, aunque no tuviera conciencia de ello. Era algo tan extraño, tan ajeno. Y sin embargo lo asociaba con la huida, con la evasión que le sustraía del miedo: era una panacea contra las penalidades de la existencia cotidiana. Pero no podía retenerlo. Cuanto más lo amaba y lo acariciaba, más aprisa desaparecía.

Jakob conocía el hielo, pero hasta esa mañana no entendió por completo su esencia; no supo apreciar su belleza única y efímera. Más tarde recordaría la angustia que sintió mientras el pedazo de hielo mermaba entre sus manos, y el regreso de la monótona y aplastante ansiedad cotidiana: los gritos de abajo, la crispación que irradiaba del odio pugnaz de su hermano.

No supo, ni entonces ni nunca, que Hendrik se rebelaba por él, para defender a su hermano del hielo: un impulso que no solo era desacertado, sino que a largo plazo demostraría ser completamente inútil para contrarrestar su poder.

* * *

Durante toda su infancia, Jakob tuvo pesadillas en las que se ahogaba. Normalmente se daba cuenta porque Hendrik, con el que compartía la cama, le despertaba zarandeándole, y al mismo tiempo intentaba tranquilizarle y le susurraba en tono imperioso que se callara. La primera vez que esto sucedió, oyeron un murmullo al otro lado del tabique y un momento después el tío Seppe abrió la puerta del cuarto y se asomó, sosteniendo una vela. Pero no cruzó el umbral y mantuvo una mano apoyada en el quicio de la puerta, como si de ese modo se asegurara una vía de escape.

—*Wat is al dat lawaai?* —preguntó.

—Jakob ha tenido una pesadilla —respondió Hendrik—. Pero ya se le ha pasado.

Rodeaba a su hermano con el brazo, sirviéndole de escudo. El tío Seppe los miró con desconfianza, pero finalmente cerró la puerta refunfuñando. Ni él ni la

tía Grietje preguntaron jamás a Jakob por las pesadillas y nunca volvieron a acercarse a la puerta, a pesar de que estos bruscos despertares duraron años. Con el paso del tiempo, Jakob aprendió a despertarse a sí mismo. Intuía cuándo iba a llegar la pesadilla y, haciendo un ímprobo esfuerzo, era capaz de salir a la superficie, boqueando ansiosamente en busca de aire, antes de que se despertara Hendrik.

* * *

Sabía que la causa de aquellos sueños era la muerte de su padre. Años después, solía caminar hasta la orilla del río East y se imaginaba cómo sería caer en aquellas aguas turbias. Contemplaba las imponentes torres del puente, que crecían con extraordinaria lentitud, y se preguntaba desde dónde habría caído su padre y cuánto tiempo habría conservado la esperanza de que fueran a rescatarle. Tenía que haber gente por los alrededores. Tenía que haber maquinaria y herramientas. Cabía la posibilidad de que le sacaran del agua, y sin embargo no lo hicieron. Era de noche, claro, una gélida noche de invierno... Tal vez, se decía Jakob, su padre no había permanecido mucho tiempo consciente; quizá no llegó a darse cuenta de que aquel absurdo resbalón sería el último. Creía en parte que, si podía imaginarse la escena con suficiente claridad, desaparecerían las pesadillas. Pero la experiencia no respaldaba esa hipótesis. A veces, los sueños desaparecían una temporada, pero siempre volvían, sorprendiéndole con giros macabros y novelescos: en ocasiones veía rostros allá abajo, o manos que le agarraban de los tobillos. Y otras veces se encontraba paralizado o ciego.

Capítulo 4

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O
1882-1883

TRAGEDIA EN LA TUNDRA SIBERIANA *CONFIRMADA LA MUERTE DEL COMANDANTE DE LONG*

Habiendo naufragado su barco, el USS Jeannette, en la banquisa después de pasar dos años a la deriva, la expedición encabezada por el comandante De Long partió en tres pequeños botes rumbo a la costa más cercana: las islas de Nueva Siberia. Uno de los botes desapareció sin dejar rastro. De los dos restantes, el pilotado por el ingeniero Melville logró llegar a la orilla, donde sus ocupantes hallaron un poblado de nativos. El bote del comandante De Long, sin embargo, tocó tierra en el lado deshabitado del delta del Lena. Los hombres partieron en busca de refugio, pero fueron cayendo uno a uno y murieron de hambre o de frío. Solo dos sobrevivieron para contarlo.

Brooklyn Daily Eagle, 17 de abril de 1883

Cuando tenía diecisiete años y el puente aún estaba en construcción, Jakob fue admitido en el City College, donde estudiaría Filosofía Natural. Abandonó la casa del tío Seppe con una sensación de alivio que sin duda era recíproca y se trasladó a Little Germany, donde Hendrik y su esposa, Bettina, le cedieron un cuartito en su apartamento. Hendrik se había marchado de casa al conseguir su primer empleo y al poco tiempo ya se había buscado una esposa con piso propio y algunos ahorros. Tenía dos ambiciones: ganar dinero y que su hermano pequeño se elevara por encima de sus modestos orígenes y cubriera de gloria el apellido familiar. Hendrik y Bettina se empeñaron en que viviera con ellos y en que dispusiera del tiempo necesario para completar sus estudios. Tras trabajar varios años en una carnicería, Hendrik había podido abrir su propio establecimiento con ayuda de su mujer. Tenía intuición, sentido común y una energía infatigable. Contaba, además, con el apoyo de su esposa. Algo mayor que él y mucho más corpulenta, Bettina era una viuda alemana con un hijo de diez años a su cargo. Trataba a Jakob como si fuera un hijo más. Era la persona más bondadosa que Jakob había conocido nunca; hasta tal punto, que a veces Jakob desconfiaba de su bondad. No podía ser auténtica. Nadie podía ser tan atento, tan servicial, tan alegre. Pero Bettina lo era. Y Jakob estaba decidido a no defraudarlos.

Hendrik hablaba del brillante futuro de su hermano, pero Jakob era más

pragmático: se imaginaba convertido en perito de una compañía minera, en las Rocosas, quizá, o en Alaska, y sabía que sería feliz así. Fantaseaba con montañas que no había visto nunca, con cielos intactos por el hollín. Con paisajes infinitos en los que no se veía ni un solo ser humano. Le atraía especialmente la geología no solo por las oportunidades de viajar que brindaba, sino porque, de manera imperceptible pero inexorable, transformaba el mundo.

* * *

En el City College, Jakob pasó a ser Jake. Sucedió muy a menudo dentro de aquellas paredes: los nombres perdían sus volutas y sus aristas, y se volvían más cortos y romos. Alessandro pasaba a ser Al; Piotrek, Pete; y Avner, Andy. Los portadores de aquellos nombres estaban orgullosos de sus orígenes nacionales, pero no querían que se les juzgara por ellos. Y, en todo caso, no tenían tiempo que perder. Todo iba muy deprisa: su educación, la sociedad en la que estaban inmersos, la incesante expansión de la ciudad. Todo iba a galope tendido. Incluso las amistades florecían a un ritmo vertiginoso.

Un día, Jakob se dirigía a una clase cuando una figura corpulenta le dio alcance y echó a andar a su lado.

—Hola. Te he visto en la clase de Física de Ledbury.

—¿Ah, sí?

—Me llamo Urbino. Oye, necesito un favor. Voy a perderme la clase de hoy. Tengo que ir a que me saquen una muela. ¿Podrías pasarme tus apuntes?

Jakob tuvo que estirar el cuello para mirar al joven que caminaba a su lado. Medía mucho más de metro ochenta y era de complexión fornida. Tenía la cara grande y tersa, los ojos marrones y una expresión ligeramente ansiosa.

—Claro. Me llamo De Beyn.

—Ah... Creía que eras italiano.

—No.

—¿Judío? No es que me importe.

—No. ¿Te rindes?

—Umm... ¿Francés?

—No. —Jakob sonrió—. Bueno, mi madre era medio francesa. Pero por lo demás soy holandés.

—No me digas. Frank Urbino. Estoy estudiando Medicina. Llámame Frank.

Se estrecharon las manos.

—Jakob... Jake. Geología.

—No pareces holandés.

—Ni tú italiano. ¿Por eso me has pedido los apuntes?

Frank se encogió de hombros.

—La verdad es que te los he pedido porque eres una de las tres únicas personas que no se quedan dormidas cuando Ledbury se pone a hablar de la formación de las ondas.

—Y los otros dos te han dicho que te vayas a paseo.

* * *

Frank procedía de una extensa familia afincada en los verdes confines de la parte alta de la ciudad. Tenía tres hermanas y un hermano. Anna, la más próxima en edad, era dos años mayor que él. La mayor, Angela, se había casado hacía poco, y Johnny estaba aún en el colegio. La otra hermana, Clara, trabajaba en una tienda de la Tercera Avenida y se la consideraba por ello, y por otros motivos, añadió Frank sombríamente, un poco descocada. Jakob estaba deseando conocerla, pero los dos primeros domingos que le invitaron a comer con la familia, Clara estaba ausente, lo que excitó más aún su curiosidad.

Frank era consciente, al igual que todo el mundo, de que cuando un joven traía a un amigo a casa, tanto sus hermanas en edad casadera como su madre consideraban al recién llegado como un pretendiente en potencia. El único que no lo sabía era Jakob. Cuando le presentaron a Anna, una joven tímida que se azoraba con facilidad, se esforzó por trabar conversación con ella. La muchacha poseía además (cosa que no escapó del todo a su atención) un atractivo sereno e intenso al mismo tiempo. De hecho, se parecían bastante entre sí: ambos eran delgados y de ojos oscuros, y, en reposo, su semblante traslucía una profunda gravedad. Angela hizo notar este parecido.

—¿Sabe, señor De Beyn?, el hermano de Anna debería ser usted y no Frank. ¿Verdad que sí? —Recorrió la mesa con la mirada sin advertir, o fingiendo que no advertía, que Anna se ponía rígida y clavaba los ojos en el plato—. Frank es tan grandullón...

—Sí, y tú y yo nos parecemos como dos gotas de agua —repuso Frank con una sonrisa afable.

Angela abrió la boca fingiéndose ofendida. Pero, dado que no solo era muy bonita, sino que además tenía un carácter admirable, podía soportar casi cualquier provocación.

—Angie es tonta. Todavía no entendemos cómo se las arregló para convencer

a su pobre marido de que se casara con ella —comentó Johnny.

Se oyeron risas y la conversación siguió su curso, pero Anna no recuperó el aplomo. Después de comer, Jakob la vio salir discretamente del salón.

* * *

Para Jakob era un misterio que algunas mujeres parecieran encontrarle atractivo. No era alto ni fornido, sino de estatura media y delgado como un junco. Cuando se miraba al espejo no veía un rostro suficientemente viril. Su cara, de hecho, le parecía grotesca: grandes ojos marrones, cejas bien marcadas, una nariz picuda y arriscada y una boca femenina que sonreía con excesiva facilidad. Tenía el pelo ondulado e indomable y sus mejillas se llenaban de pliegues cuando sonreía. Pero lo peor de todo eran las canas que empezaron a salirle en las sienes cuando apenas tenía dieciocho años. Su rostro le parecía chapucero, como si alguien lo hubiera dejado a medias, sin terminar. Lo bueno era (y a esa edad le preocupaba infinitamente su balance de virtudes y defectos) que le resultaba fácil hacer reír a la gente, lo cual requería poco ingenio. Tenía dentadura de ricachón y su desmañada sonrisa era contagiosa. Como resultado de ello, los demás solían equivocarse al juzgarle. Creían que, como era chistoso y hablador, también debía ser gregario y superficial, cuando en realidad no era ninguna de las dos cosas. Su simpatía era el escudo con que ocultaba y defendía su yo más íntimo. Tenía un amplio círculo de conocidos, pero su único amigo verdadero era Frank.

* * *

La siguiente vez que le invitaron a comer en casa de los Urbino, abrió la puerta una joven desconocida. Le miró de arriba abajo —Jakob se avergonzó de repente de sus pantalones pasados de moda y de su chaqueta barata—, y acto seguido le tendió la mano.

—Usted debe de ser el señor De Beyn. Soy Clara.

Parecía una criatura de otro mundo, surgida de un reino más favorecido por la fortuna: perfectamente arreglada, ingeniosa, segura de sí misma. Aquellas pestañas tan negras y aquellos labios tan rojos tenían que ser producto del artificio. Un par de semanas antes, aquella mirada escrutadora le habría dejado paralizado, pero desde su última visita a casa de los Urbino había sucedido algo trascendental. Algo que no le contó a nadie, ni siquiera a Frank.

* * *

Una tarde, su cuñada le pidió que fuera a devolver una cacerola a una vecina que vivía dos bloques más allá. Abrió la puerta del piso una mujer de mediana edad, vestida con ropa oscura. Jakob no sabía nada de ella, excepto que su marido era taxidermista. La señora Gertler tenía un rostro inteligente, ojos cansados y el cabello rubio recogido en un moño anticuado. A Jakob le pareció mayor, incluso más que su cuñada. Ella le invitó a pasar y le ofreció un vaso de cerveza. Se sentaron en la cocina del piso, prácticamente vacío. La señora Gertler le preguntó por sus estudios. Jakob se sintió halagado por su interés. Cuando acabó de beberse la cerveza, se levantó y sonrió.

—No debería entretenerla más —dijo.

—No pasa nada —contestó ella—. Espera un momento, tengo que darte una cosa.

Le rozó el brazo al pasar a su lado, a pesar de que había sitio de sobra. Fue un gesto tan innecesario que Jakob, sintiendo un hormigueo en la piel, se preguntó a qué obedecía su torpeza.

—Le dije a la señora De Beyn que le prestaría esto. —La señora Gertler apareció con un libro, pero no se lo tendió—. Quizá, cuando acabe de leerlo, puedas venir a devolvérmelo.

Tenía una voz preciosa, grave y aterciopelada, con un acento ligero pero todavía perceptible. Le tendió el libro. Jakob lo cogió. Pero ella no lo soltó.

Jakob no recordaría después cómo había sucedido. Estaban el uno frente al otro, él mirando el libro y la mano de la señora Gertler casi pegada a la suya, y un instante después ella se apretaba contra su cuerpo y sus labios besaban su boca incrédula. No recordaba haber movido ni un solo músculo y sin embargo de pronto sus brazos rodeaban los hombros de la mujer, y sus caderas, tras los primeros segundos de parálisis, se frotaban ansiosamente contra las de ella. Lo que debían hacer a continuación parecía evidente. Oyeron entonces un ruido en el pasillo de fuera y se separaron de un salto. Jakob estaba horrorizado. No se atrevió a mirarla a los ojos y, pese a su total falta de premeditación, se preguntó si había sido culpa suya y si debía disculparse.

—El jueves —dijo la señora Gertler casi sin aliento, y se secó lentamente la boca húmeda con el dorso de la mano—. Estaría bien que me lo trajeras el jueves. A las siete.

Jakob asintió en silencio, fascinado por el brillo provocador de la saliva (de su saliva) en los labios de la mujer. Se había quedado mudo. Estaba tan aturdido

que no acertaba a pensar con claridad. Ella le sacó casi a empujones del piso. Sus ojos se encontraron fugazmente, con mudo asentimiento, antes de que la puerta se cerrara entre los dos. Por suerte, el pasillo estaba desierto y en penumbra, y Jakob pudo quedarse entre las sombras unos instantes después de que ella cerrara la puerta. Tenía el libro en las manos: era un libro de recetas en alemán. El corazón le latía atropelladamente y la sangre circulaba por su cuerpo tumultuosa como un torrente, tensando hasta tal punto su piel que creyó que estaba a punto de estallar. Notaba un sabor extraño en la garganta. Estaba frenético de excitación, pero también sentía miedo, un miedo aún más nítido que el deseo. Tenía la convicción de haber esquivado por los pelos algo terrible, algo que se haría realidad si cedía a las demandas de su cuerpo. Era lo que le habían inculcado. Pensar en el sexo (soñar, fantasear con él) era una cosa, pero practicarlo..., eso era muy distinto. Estremecido aún, dio un largo paseo antes de volver a casa.

* * *

Durante los días y las noches que precedieron a la tarde del jueves, Jakob se descubrió pensando a menudo en el tío Seppe. Intuía que su miedo procedía de él y estaba decidido a encararlo hasta hacerlo desaparecer. No creía en el infierno; ni siquiera creía mucho en Dios, de modo que no le asustaba la condenación eterna. El temor a la lujuria era, de por sí, muy poco científico: una mera superstición. Le habían inculcado el miedo a la enfermedad, pero calculaba que corría poco riesgo en ese aspecto: la señora Gertler no era una mujer de la calle y parecía tan sana como la que más. Además, él podía tomar precauciones y las tomaría. Recorrió varios kilómetros a pie para comprar gomas fuera de su barrio, y hasta practicó para aprender a ponérselas, lo que al mismo tiempo le hizo gracia y le dio grima. Consciente de su inexperiencia, consultó en la biblioteca varios tomos de medicina que no le aclararon gran cosa. Encaró, por tanto, el sexo con la misma diligencia con que encaraba cualquier empresa.

Se entregó a infinitas fantasías. La señora Gertler dejó de ser una anodina señora que vivía en el vecindario para convertirse en un ser único e infinitamente seductor por el simple hecho de que le deseaba. Se deleitaba rememorando su rostro, hasta donde era capaz de recordarlo: la expresión melancólica e inteligente; los ojos castaños cuyas oscuras ojeras evocaban sensuales noches de insomnio; la boca suave y seria que le daba un aire, si no hosco, sí de inmensa lucidez y tristeza. Se dio cuenta de lo atractiva que era y había sido siempre.

Tenía una buena figura, hasta donde él había podido adivinar por su vestido y por aquellos instantes fugaces y abrasadores en los que se había apretado contra su cuerpo. Llegado este punto su imaginación se desbocaba, pero, debido a sus escasos conocimientos y a su nula experiencia, no lograba crear nada satisfactorio y sus fantasías se desvanecían, inconclusas, por falta de detalles concretos.

* * *

Habiéndose convencido a sí mismo de que no tenía miedo, Jakob no lograba explicarse por qué empezó a temblar nada más acercarse a su puerta. ¿Y si ella había cambiado de idea o lo negaba todo? Llevaba el libro que le había dado como excusa. Se preparó para lo peor igual que se había preparado para lo mejor, pero ella abrió la puerta sin mostrarse sorprendida y se apartó para dejarle pasar. Jakob notó algo distinto en ella: iba envuelta —y al verlo el corazón le dio un brinco— en una larga bata de estilo oriental. Jakob le entregó bruscamente el libro y, al saludarla, se avergonzó de cómo sonaba su voz. Ella esbozó una sonrisa sagaz al coger el libro. Jakob notó la garganta seca y tragó saliva, pero la señora Gertler se acercó a él, le puso una mano en el pecho y otra en la nuca y le hizo bajar la cabeza. Mientras se besaban, comenzó a desabrocharle la camisa.

—Espera —dijo él, y le apartó la cara cogiéndola entre las manos—. Espera... ¿Cómo te llamas?

—Cora. Me llamo Cora —susurró ella con vehemencia.

Jakob pensó que debía decir algo, pero el hecho de que Cora ya le hubiera metido la lengua en la boca hizo innecesario pensar en una respuesta adecuada. Y luego... Luego, ella se abrió la bata y la rotundidad de su cuerpo invalidó por completo sus fantasías.

* * *

—Bueno, señor De Beyn —dijo el padre de Frank mientras comían, dos semanas después—, ¿ha decidido ya en qué va a especializarse?

—Sí, señor. En Geología.

—¿Y qué espera conseguir con eso?

—Quiero viajar. Quiero ir a sitios donde nunca ha estado nadie.

El señor Urbino profirió un sonido inarticulado, como sopesando su respuesta. Frank miró a Jakob. Era la primera vez que expresaba aquel deseo en voz alta.

—¿Quiere ser explorador? —preguntó Clara con interés.

—Bueno, quizá. Quedan tantas cosas por hacer en la exploración de este país... Y es un trabajo que brinda la oportunidad de ir a los sitios más inhóspitos. A eso quiero dedicarme.

—¿Nueva York no le parece lo bastante inhóspito? —Clara tenía una sonrisa burlona. Su actitud era casi agresiva.

Jakob advirtió de pronto que todas las miradas estaban fijas en él y sintió que se había expuesto en exceso.

—No es que no me baste Nueva York, es que... es demasiado. Hay demasiada gente. Preferiría un lugar más tranquilo.

—¿No le gusta la gente? —insistió ella.

Jakob sonrió y negó con la cabeza, consciente de que intentaba provocarle.

Anna le miraba con fijeza.

—A mí tampoco me gusta —dijo, y miró a Clara.

—Bueno, al menos no me gusta por millones —explicó Jakob—. Puedo soportar hasta... diez personas.

—Qué alivio —repuso Clara—. Entonces, no hay problema.

—Pero, con el ruido que mete, Clara equivale por lo menos a cinco personas normales —añadió Johnny.

* * *

Después de comer, como hacía tan buen día, salieron de la casa. Frank era el primer amigo de Jakob que tenía jardín en vez de patio. El señor Urbino fumó un cigarrillo, y lo mismo hizo Clara pese a las miradas de reproche de sus padres. Jakob se acercó a Anna, que estaba arrancando flores.

—¿Por qué hace eso?

Ella le miró. Sus gestos eran bruscos, expeditivos.

—Si se arrancan las flores marchitas, no dan semilla y la planta sigue floreciendo.

—Supongo que, como científico, debería saberlo.

—Usted es geólogo.

—Sí, pero se supone que debemos aplicar nuestra capacidad de observación al mundo natural en todas sus manifestaciones. Aunque puede que no siempre con acierto. —Se echó a reír, y se animó al ver que ella respondía con una sonrisa—. Aunque he de decir en mi defensa que, aunque hubiera sabido lo de las semillas, posiblemente habría pensado que arrancaba usted las flores por otro motivo.

Podría detestarlas, sin más.

Anna le miró con un destello de animación en sus ojos oscuros.

—Podría ser. O podría, por el contrario, adorarlas. Así está mejor, ¿no le parece? —Pasó la mano por el arbusto haciendo cabecear las flores todavía frescas y tiró las marchitas a la tierra.

—¿Alguna vez piensa en dejar Nueva York y alejarse de toda esta gente? —preguntó Jakob.

—Me encantaría viajar, pero no creo que tenga nunca esa oportunidad —contestó ella con voz desabrida, y la chispa de sus ojos se apagó.

Jakob comprendió que, cuando no se ponía sarcástica, Anna parecía muy desgraciada, y sintió una vaga angustia por ella. No era un sentimiento generoso, en realidad. Su recién estrenado narcisismo suscitaba en él un deseo generalizado y hasta cierto punto egoísta de que nadie en su entorno fuera infeliz.

—Podría usted estudiar. Eso abre muchas puertas. Está el Colegio Normal, por ejemplo —dijo.

Conocía el Colegio Normal para Señoritas porque sus compañeros de estudios solían rondar por el edificio en busca de presas.

—No creo que sirva para maestra. Yo quiero... No sé. —Anna miró el suelo distraídamente.

Por una vez, Jakob no supo qué decir. Entonces apareció Clara a su lado, con su pitillera.

—¿Quiere?

Era un desafío, no una invitación, y aunque nunca antes había fumado Jakob cogió un cigarrillo.

—Gracias.

Era consciente de que Anna había hecho amago de hablar y se había interrumpido.

Clara acercó una cerilla al cigarrillo haciendo pantalla con la mano. Él aspiró con cautela, decidido a no toser. Anna se alejó. Jakob miró a su alrededor, asombrado por su reacción, y luego se olvidó del asunto. Por alguna razón, deseaba impresionar a Clara con su sofisticación recién adquirida, con el aplomo que le infundía el saberse deseado y, por tanto, deseable.

Clara no le interesaba más que como un espejo convenientemente pulido en el que ver reflejado su nuevo yo sensual.

* * *

Un par de días después, Jakob estaba de un humor excelente porque solo faltaba un día para su siguiente cita con Cora, y se quedó estupefacto cuando Frank estalló de pronto, como si llevara largo tiempo callándose:

—La verdad es que no creía que fueras a coquetear así con Clara el domingo. ¡Ya te advertí cómo era!

Jakob estaba tan perplejo que se detuvo; en ese momento se dirigían a almorzar.

—¡No coqueteé con ella! Bueno, eso creo.

Miró a su mejor amigo con nerviosismo. Frank parecía enfadado.

—No es que... Quiero decir que... Maldita sea, no...

—Lo siento. No era esa mi intención, en absoluto. Creía que trataba igual a toda tu familia. ¿Ha dicho Clara que coqueteé con ella?

Frank suspiró.

—No lo sé. No he hablado con ella.

Su respuesta desconcertó a Jakob.

—Todos creían que... En fin... Puede que de eso *tampoco* te hayas dado cuenta —añadió Frank; era una pulla, leve pero certera—. Creo que a Anna se le ha metido en la cabeza que le gustas, y después de lo del domingo estaba muy disgustada porque no hablaste con ella..., o algo así.

Jakob se quedó callado un momento.

—No tenía esa impresión. Lo lamento si he dicho algo que pueda haber..., eh... —titubeó.

Desconocía el lenguaje de los sentimientos y sus matices. Había tenido tan poco trato con chicas de la posición de las hermanas Urbino que no sabía qué grado de cordialidad se consideraba normal y cuál denotaba distancia o familiaridad.

Frank suspiró de nuevo.

—Puede que no. Pero, por lo visto, Anna se llevó un disgusto. Es muy sensible, ¿sabes? Más que los demás. Y Clara... Clara siempre acapara la atención. Ha sido así siempre y... —Soltó una risa forzada—. ¡Ya sabes cómo son las familias!

* * *

Jakob no pudo menos de sentirse halagado porque alguna de las hermanas

Urbino se hubiera fijado en él, aunque fuera Anna, la menos atractiva de las tres, a decir verdad. Frank y él se pusieron a la cola del mostrador y pidieron queso gratinado y sopa.

—No sé, Jake. Olvídalo. A no ser que... Quiero decir que... ¿Te gusta Anna? —preguntó Frank azorado—. No es que quiera entrometerme. —Aunque obviamente lo estaba haciendo—. Ya sabes, a mí me parecería bien que tú y...

—Frank, te juro por mi honor que no me interesa ninguna de tus hermanas... en ese sentido. Son muy simpáticas, claro, pero... No puedo comprometerme con nadie. Pasarán años antes de que esté en posición de casarme, si es que me caso alguna vez.

—¡Santo cielo!, ¿quién ha hablado de casarse?

—Bueno, pues, por si acaso, tampoco busco... eso.

Frank le miró extrañado.

—Dios mío... ¡tú tienes una chavala!

Jakob estuvo a punto de atragantarse.

—¡No!

Resultaba tan absurdo llamar «chavala» a Cora Gertler que tuvo que sonreír. Pero ¿cómo debía llamarla? ¿Su amante? ¿Su querida? Tales palabras eran impronunciables a plena luz del día, en un figón cuyo espejo manchado reflejaba la imagen distorsionada de ambos amigos. No podía pronunciarlas delante de Frank.

—No —masculló.

Su amigo se quedó mirándole. ¿Había algo en su semblante que le delataba?

—Ya *sabía* yo que pasaba algo. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

Jakob sacudió la cabeza, pero no pudo evitar sonreír.

—¿Es que no somos amigos?

—Claro que sí.

—¡Pues entonces!

—Mira, hay ciertas cosas que no puedo contarte.

—¿Has...? Sí que lo has hecho, ¿verdad? ¡Santo Dios!

—Es que... No puedes decírselo a nadie, Frank. ¿Me lo prometes? Verás, está casada.

Miró a Frank, y la cara que puso su amigo en ese momento reflejaba tan claramente su asombro, su envidia y su censura que ya nunca podría olvidarla.

* * *

Jakob solo visitaba el piso de los Gertler los jueves entre las siete y las diez de la noche, mucho después de que se pusiera el sol tras los tejados de enfrente, de ahí que, para él, aquella casa fuera un lugar oscuro y crepuscular. Olía a pulimento, a chucrut y a un perfume dulce y cítrico que —Jakob lo descubriría después— era el de la gomina que usaba el señor Gertler. Los jueves, el marido de Cora iba a su club social: era lo único que Jakob sabía de él. Ella no hablaba nunca de su marido, ni para justificar su conducta ni para quejarse de él y, Jakob, que no sabía nada de su matrimonio, tampoco le hacía preguntas.

Cora nunca pretendió adueñarse de sus sentimientos ni le manifestó su amor, más allá de enseñarle, con toda impudicia, formas de darse placer mutuamente con las que Jakob ni siquiera soñaba. Él era un alumno entusiasta y, si bien tenía cierta tendencia a la experimentación, sus experimentos eran siempre gozosos. Probaba cosas y observaba cómo respondían ambos. Hacía preguntas.

—Dios —dijo Cora, jadeante, cuando él le pidió que cambiara de postura por tercera vez—. ¿Es que estás tomando apuntes?

—No necesito tomar apuntes. —Jakob sonrió, tumbado de espaldas—. Solo quiero saber qué es más placentero, esto o...

Ella respondió asiendo su pene e introduciéndoselo en la vagina al mismo tiempo que le tapaba firmemente la boca con la otra mano.

* * *

Jakob estaba en el paraíso. A veces se creía enamorado de ella y a veces se decía que, fuera de la cama, no tenían nada en común. Se sentía profundamente atraído por ella y Cora parecía tenerle cariño. Pero era, de principio a fin, un misterio insondable para Jakob. Era mordaz; a menudo, sarcástica. Jakob no había conocido a nadie tan descreído y, cuando se lo reprochaba, ella se reía y lo achacaba a su diferencia de edad.

Sentía que conocía el cuerpo de Cora mejor que el suyo: había cartografiado cada palmo, desde las raíces del pelo a la piel fina y lustrosa de su empeine. Era todo un país, un continente con relieves y paisajes tan distintos que nunca se cansaba de explorarlos. Estudió la arquitectura recóndita y sutil de los labios vaginales y el clítoris, y se sintió lleno de asombro y de entusiasmo al descubrir que el placer de Cora podía ser tan intenso como el suyo. Sus pechos eran para él una fuente constante de estupor: suaves y pendulares, se metía sus grandes pezones marrones en la boca y los acariciaba con la lengua sintiendo cómo se endurecían y se arrugaban. Ella parecía disfrutar en la misma medida del cuerpo

de Jakob, de aquella carne que se ablandaba y se endurecía alternativamente. Lamía y chupaba su pene, y clavaba las uñas en sus glúteos cuando él temblaba por el esfuerzo de contener su excitación.

Se burlaba de él.

—¿Quieres que lo hagamos otra vez? Pero si acabamos de hacerlo. Siempre lo mismo. Qué aburrimiento, ¿no?

Él sonreía y sacudía la cabeza, y frotaba la cara contra las misteriosas marcas nacaradas que ella tenía a un lado del pecho. Veredas solo visibles bajo una determinada luz.

—¿No te molestan?

—¿Molestarme? —preguntó Jakob, perplejo—. ¿Por qué iban a molestarme?

—No sabes qué son, ¿verdad?

Él reconoció que no.

—Las jovencitas no las tienen. Son... —Le costó dar con la palabra precisa en inglés, cosa rara en ella—. *Dehnungstreifen*... Surcos... Rayas... De haber estado embarazada. Cicatrices de madre.

Jakob sabía que había tenido dos hijos. No quería pensar en ellos, no sabía dónde estaban ni cuántos años tenían; ni siquiera sabía si estaban vivos. Nada que revelara la historia del cuerpo de Cora podía desagradarle, excepto cuando ella le recordaba el largo trecho de vida que los separaba.

Todos los jueves hacia las diez menos diez, Cora le acariciaba suavemente la espalda como si lamentara tener que hacerlo.

—Es hora de que te vayas, *liebling*.

Él protestaba, soñoliento, y se acurrucaba más fuerte en torno a su cuerpo, besándola y acariciándola como si quisiera grabarse la impronta de su cuerpo en la boca y las manos para los siete días siguientes. Se removía encima de ella, aplastándola con su cuerpo.

—Quiero quedarme aquí. Quiero despertarme contigo.

—¡Ja! Eres un cielo. Ahora, levántate. —Llegado este punto, ella le daba una palmada en el trasero o un pellizco bien fuerte—. O habrá una masacre —añadía recurriendo a una de sus palabras predilectas.

La empleaba en toda clase de contextos, siempre con delectación.

Capítulo 5

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

Primavera de 1883

Un día a la hora del almuerzo, hacia finales de abril, Frank levantó la vista del periódico.

—Vaya, por fin van a inaugurarlo. Va a haber fuegos artificiales. Y globos aerostáticos. Será digno de verse.

El puente de Nueva York y Brooklyn, que había ido creciendo con infinita lentitud a lo largo de sus vidas desde que tenían uso de razón, estaba por fin terminado.

Jakob accedió a ir a ver los festejos sin mucho entusiasmo, especialmente cuando descubrió que el 24 de mayo caía en jueves. Frank sabía que su amigo pasaba las tardes de los jueves con la persona a la que él se refería, en un tono lisonjero no exento de reproche, como su «amiguita». Asistir a aquel acontecimiento, sin embargo, parecía ser una prueba de su amistad. La siguiente vez que vio a Cora, Jakob se lo mencionó antes de que se desvistieran, evidenciando su fastidio.

—¡Ah, el dichoso puente! Mi marido va a llevarme. Dicen que va a ser la mayor exhibición de fuegos artificiales de la historia. ¿Es un jueves? En fin... — Cora le besó en la nariz—. Es una lástima.

Enojado porque pareciera lamentar tan poco verse privada de su compañía, Jakob la tomó en sus brazos y le susurró al oído:

—¿Podemos vernos otro día, entonces? No sé si podré pasar tanto tiempo sin ti.

—No, no hay otro día. Es imposible.

Se lo había dicho otras veces, y dejó traslucir un asomo de impaciencia por tener que repetírselo.

—Ojalá pudiera llevarte yo —comentó él malhumorado.

—Tonto, ¿cómo ibas a llevarme? —Pero, al ver su cara, decidió seguirle la corriente—. Me gusta mucho que vengas aquí, *schatz*. Pero tiene que ser así... ¿De acuerdo?

Le había desabrochado la bragueta y sostenía en la mano su escroto, acariciando con dos dedos la rugosa piel de detrás. Jakob cerró los ojos y contuvo la respiración. Su petulancia pareció marchitarse al calor de una fuerza mayor.

—¿Sí, *liebling*? —preguntó ella en tono acariciador—. ¿Qué has dicho?

—Sí... sí —contestó Jakob desesperado, aunque ya no recordaba de qué estaban hablando.

* * *

Nunca le había contado a Frank cómo había muerto su padre. Sus pesadillas ya no eran tan frecuentes, pero de vez en cuando aún se despertaba sobresaltado en su cuartito, sudando y con el corazón oprimido por un vago sentimiento de horror. Poco después de aquella conversación, volvió a tener la misma pesadilla. Se dijo que le vendría bien ir a ver el puente y admirarlo como el milagro técnico que sin duda era. Veintisiete hombres habían muerto durante su construcción. Las maravillas de piedra y acero se cobraban su botín en vidas humanas. Su padre era solo uno de tantos. Pero Jakob no estaba seguro de que eso le consolara.

* * *

La noche de la inauguración, Frank y él se mezclaron con la muchedumbre que llenaba las calles y parques ribereños. Los balcones y las azoteas estaban repletos de curiosos. Jakob advirtió la expectación que impregnaba el ambiente. Desde su puesto de observación a orillas del río, el puente parecía gigantesco y grácil a un tiempo: se alzaba hacia lo alto y se proyectaba hacia la lejana costa formando con sus tensos cables de acero un telar extraordinariamente perfecto e intrincado. En medio del gentío, fragmentos de conversación apedreaban sus oídos como granizo golpeando una ventana; una mujer decía: «Han puesto trenes especiales desde Filadelfia»; un hombre gesticulaba como un loco, hablando a toda velocidad en un idioma que tal vez fuera polaco; alguien dijo que el gobernador había sido la primera persona en cruzar el puente, o quizá fuera el presidente... Jakob y Frank cambiaron una mirada y sonrieron.

Hubo salvas de cañón y el gemido metálico de una banda militar se dejaba oír de vez en cuando entre el tronar de las conversaciones. Cuando empezaron los fuegos artificiales y aumentó la aglomeración a orillas del río, Jakob y Frank

decidieron ir a comer algo. Jakob necesitaba orinar, pero le daba vergüenza hacerlo en la calle, un reparo que no compartían muchos de sus conciudadanos. Se abrieron paso con esfuerzo desde el río y se dirigieron a una cervecería. Frank se mantenía atento por si veía a su hermana Clara, que había dicho que iría a ver los festejos con unos amigos. En parte era el temor a que Clara le sorprendiera lo que impedía a Jakob desabrocharse la bragueta en plena calle, como hacía todo el mundo.

A eso de las once, salieron de la cervecería y emprendieron el camino de regreso al puente, que quedaría abierto al público a medianoche. Entre el torrente humano que circulaba en ambas direcciones, a la luz que vertía un portal iluminado, Jakob vio una cara que, antes incluso de reconocerla conscientemente, le produjo una extraña opresión en el plexo solar. Era Cora. Caminaba junto a un hombre grueso de mediana edad. Vestía un abrigo marrón y un sombrero del mismo color y parecía mayor y más ajena que la mujer a la que había llegado a conocer y, en cierto modo, a considerar de su propiedad. Nunca la había visto vestida de calle (apenas la había visto vestida desde aquella primera tarde) y aquella visión volvió a abrir un abismo entre ellos.

Los Gertler se alejaban del puente. Era tarde para ellos: su hora de irse a la cama había pasado hacía rato. Volvían a casa como las personas formales de su edad. Frank y él, en cambio, se habían propuesto cruzar el puente; se encaminaban hacia el futuro. Cora no le vio. Jakob se sintió turbado al verla, por primera vez sin un solo atisbo de deseo. ¿Cómo era posible que tuvieran algo en común? Al mismo tiempo, sin embargo, sintió celos del endomingado señor Gertler. Un rencor irracional se apoderó de él y le mantuvo preso hasta que estuvieron en el puente.

—¿Qué ocurre? No has oído una sola palabra de lo que he dicho, ¿verdad?

—Perdona. —Jakob dedicó a Frank su sonrisa más encantadora—. Es increíble, ¿verdad?

—Es precioso. —Su amigo estaba eufórico.

Subieron por una escalera, hasta la plataforma de madera para peatones que recorría el puente por su parte central. La pasarela apuntaba, recta como una flecha, hacia el lado de Brooklyn, atravesando la enorme torre no muy lejos de Manhattan, antes de salvar con un salto decidido la considerable distancia que separaba ambas orillas. Estaban rodeados por una telaraña de acero: gigantescas cuerdas de arpa que se elevaban hasta la cúspide de las torres. El gentío había inundado el puente. Jakob y Frank se veían obligados a avanzar arrastrando los pies con lentitud exasperante. La gente profería continuas exclamaciones de

asombro, maravillada por el panorama.

El agua parecía muy lejana y muy negra, allá abajo. Creciendo desde ambas orillas, la muchedumbre fue adensándose. Detrás de ellos, un hombre gritó a los de delante que se dieran más prisa. Algunas personas se daban la vuelta, lo que aumentaba la confusión. Jakob y Frank siguieron caminando, pero delante de ellos se había formado un alboroto. Una mujer gritó alarmada. El gentío se agolpó. Se oyó un chillido y la atmósfera festiva pareció estremecerse, resquebrajada de pronto. Los pasos hacían vibrar y retumbar las tablas de la pasarela. Alguien gritó «¡Se está derrumbando!» y un instante después se alzaron gritos por todas partes. Los que iban delante trataron de regresar corriendo a la orilla, pero la gente seguía afluyendo por los accesos al puente. Atrapados en medio, Jakob y Frank parecían estar en la parte más densa de la aglomeración. Jakob, poseído de pronto por una calma glacial, gritó:

—¡No se está derrumbando! ¡No corran! —Y le sorprendió la autoridad de su voz.

Una mujer le miró con una expresión entre aterrorizada y suplicante y gritó:

—¡Lo he sentido moverse!

Jakob la agarró del brazo, parecía estar sola, y dijo:

—No se preocupe. No hay nada que temer mientras conservemos la calma. — Levantó de nuevo la voz y gritó—: ¡Quieto todo el mundo! ¡El puente es seguro!

Se oyeron otras voces pidiendo calma, pero la mayoría de la gente trataba de escapar lo más rápido que podía, empujando, aterrorizada.

Frank agarró a Jakob de la manga y le gritó al oído para hacerse oír:

—¡Sigamos adelante! Hay menos gente por ahí. —Miró a su alrededor por encima de las cabezas y gritó—: ¡Si seguimos todos cruzando el puente, no pasará nada!

Pero hasta su poderosa voz quedó ahogada por el estruendo.

Jakob se descubrió apretado contra la mujer que se había dirigido a él un momento antes. Había tan poco espacio entre unos y otros que costaba respirar. La pasarela de madera vibraba, sacudida por innumerables pies, a pesar de que nadie podía moverse en medio de aquella aglomeración. Jakob se sintió estrujado por una prensa de carne y hueso. Se oyeron más gritos, chillidos, gente que se desmayaba. Delante de él, la cara de un hombre se crispó en una mueca grotesca: gritaba a la persona que tenía al lado con el rostro desfigurado por la ira. No se oían sus palabras. Jakob comprendió con sobresalto que la furia de aquel hombre iba dirigida contra él. Ignoraba por qué motivo.

Era imposible moverse, ni para avanzar ni para retroceder. Lo único que podía

hacer era permanecer de pie. Se esforzó por volver la cabeza para mirar a Frank, que estaba detrás de él, en alguna parte. Le faltaba la respiración, no podía hablar con la mujer pelirroja que se apretujaba contra su cuerpo. En cierto momento, una enorme presión en la espalda le hizo ceder y sintió que empezaba a caer muy lentamente, incapaz de mover los pies. Se dio cuenta de que estaban cayendo los dos, la mujer y él, y que quedarían tumbados en el suelo y después... Sintió un fuerte golpe a un lado de la cabeza. Se debatió con impotencia casi cómica y, en el instante en que notó que sus pies ya no tocaban el suelo, alguien le agarró dolorosamente del brazo y tiró de él. Frank, aprovechando su altura y su corpulencia, se erguía como una roca en medio de la corriente turbulenta. Tiró de Jakob hasta enderezarle. La mujer había desaparecido de pronto y Jakob gritó, alarmado. No notaba que hubiera nadie caído a sus pies, pero entre tanta gente no lograba ver el suelo. La riada humana se mecía adelante y atrás. Seguían oyéndose gritos, pese a que la gente empezaba a darse cuenta de que quienes gritaban se encontraban bien: podían respirar.

* * *

Parecieron pasar una eternidad sometidos a aquella espantosa presión, aunque es posible que solo transcurrieran unos minutos. Frank agarraba a Jakob del brazo y tiraba de él.

—¡Súbete ahí! —le gritaba señalando con la cabeza las vigas de acero.

Jakob asintió con un gesto y trató de abrirse paso entre la corriente de cuerpos, pero era imposible moverse. Cuando al fin logró avanzar un poco, la presión había amainado lo suficiente para permitirles regresar a la escalera de Manhattan. Una mujer lloraba histéricamente, apoyada contra la barandilla, mientras un hombre trataba de tranquilizarla. El suelo estaba cubierto de cosas que la gente había dejado caer: paraguas, cestas, chales. Frank tenía una manga de la chaqueta casi arrancada. Jakob había perdido su sombrero. Notaba un pitido en el oído izquierdo, donde había recibido el golpe. Unos metros más allá, un coágulo de gente se disolvió dejando al descubierto a un hombre delgado y de tez oscura, tendido sobre los tablones del puente. Agachado a su lado, un hombre robusto gritaba con voz ronca:

—¡Un médico! ¡Necesitamos un médico? ¿Hay algún médico?

Frank avanzó con decisión, dijo que era estudiante de Medicina y, arrodillándose a su lado, aplicó los dedos a la muñeca del hombre inerte. Luego

le levantó los párpados. El hombre que había pedido socorro retrocedió y, cuando Jakob volvió a mirar a su alrededor, había desaparecido entre la multitud.

—¿Puedo hacer algo? —Jakob se arrodilló junto a su amigo.

Frank negó con la cabeza, acercando el oído al pecho del desconocido. Empezó a moverle los brazos: le levantaba los codos por encima de la cabeza y volvía bajarlos, apretándoselos contra el pecho una y otra vez. Al lado de su corpachón, el hombre de piel oscura parecía tener el tamaño de un niño. Sus facciones, ensangrentadas por una herida que tenía en la mejilla, denotaban un origen lejano: chino, quizá. Había otras personas mirando, pero cada vez eran menos. La muchedumbre iba menguando: la gente estaba ansiosa por salir del puente. Después, en cierto momento, apareció un bombero y trajeron una camilla. Frank no dejó de mover los brazos del hombre hasta que el bombero uniformado le preguntó con aspereza:

—¿Usted quién es?

Frank repitió que era estudiante de Medicina. La actitud agresiva del bombero pareció suavizarse un poco. Observó los ojos oscuros del hombre tumbado y se echó hacia atrás, acuclillado sobre los talones.

—Lleva un buen rato muerto. No podía hacer nada por él.

Jakob miró la cara del muerto. Era mayor de lo que había supuesto. Aunque su cabello era espeso y negro, tenía marchita la piel alrededor de los ojos y su boca abierta y flácida dejaba ver las mellas de varios dientes. Vestía pobremente.

Frank jadeaba con la frente fruncida, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó al bombero.

—¿Hacer? —El bombero se encogió de hombros—. Lo llevaremos al hospital. Ustedes váyanse a casa.

Frank se irguió, reacio a marcharse.

—Pero su familia...

—¿Le conocía?

—No.

El bombero se encogió de hombros.

—Los estamos llevando a Chambers Street. Quien esté buscando a alguien, tendrá que ir allí. Vete a casa, hijo.

Se acercó otro bombero y entre los dos subieron el cuerpo a una camilla.

Había habido más víctimas en las escaleras, donde la gente había tropezado y se había caído, haciendo caer a los que venían detrás, que aplastaron a los que estaban en el suelo. Los peldaños estaban manchados de sangre, pero Jakob y

Frank no lo vieron en la oscuridad. Lo leyeron más tarde. Posteriormente, Jakob descubrió que era capaz de evocar aquellas manchas de sangre a pesar de saber que era un falso recuerdo.

* * *

Se alejaron en silencio. Jakob quería decir algo para consolar a Frank, que caminaba cabizbajo, sin mirar a derecha ni a izquierda.

—¿Tomamos una copa? Creo que nos sentaría bien.

Frank le miró y se metió las manos en los bolsillos.

—¡Dios! —exclamó con furia sobresaltando a Jakob, que nunca le había oído blasfemar—. ¡Me han robado! ¡Me han quitado el dinero!

—Puede que se te haya caído. —Se palpó los bolsillos y descubrió con alivio que no le faltaba nada.

—Me ha parecido notar una mano en el bolsillo. ¿Te lo puedes creer? ¿Te lo puedes creer, joder? ¡Joder!

Un poco más adelante, una cervecería vertía luz y ruido sobre la acera.

—Vamos, te invito a una copa.

Entraron. Olía a cerveza y el estruendo de las voces saturaba el local. La noticia de la tragedia aún no había llegado hasta allí; la gente seguía festejando la inauguración del puente. Jakob pidió unas cervezas y salieron a la puerta. Frank parecía enfadado. Enfadado porque le hubieran robado el dinero, más que por el pánico de la muchedumbre o por el hombre muerto.

—Espero que a esa mujer no le haya pasado nada —comentó Jakob.

—¿A qué mujer?

—A la pelirroja. Estuvo a mi lado casi todo el tiempo, aferrada a mí, hasta que tú me agarraste para que no me cayera. Entonces desapareció.

Frank esbozó una sonrisa torcida.

—¿Había una mujer aferrándose a ti? Qué suerte tienen algunos.

Jakob se rio obedientemente, a pesar de que Frank parecía resentido.

—Imagino que todo aquel que no estuviera en el suelo habrá salido ileso.

—Seguramente huyó de ti para defender su honra.

A Jakob no se le ocurrió qué decir. La cerveza, dulce y tibia, le revolvía el estómago.

Tras un largo silencio, Frank dijo:

—¿Y si no lo he hecho bien? ¿Y si ese tipo hubiera podido sobrevivir si de verdad yo hubiera sabido lo que hacía?

—El bombero dijo que llevaba un buen rato muerto.

—Solo era un bombero.

—Sí, pero... deben de ver muchos muertos.

—Muertos por incendios.

Jakob sintió que una risa desquiciada se agitaba en su pecho como una burbuja.

En ese momento, una pareja joven y ebria abandonó la cervecería, tropezando con el escalón al salir. La mujer chocó con Frank, que tuvo que agarrarla y ayudarla a recuperar el equilibrio. Ella se asió a su chaqueta riendo y le miró con sus grandes ojos redondos.

—Vaya, sí que eres grandullón —dijo.

Su acompañante se disculpó obsequiosamente, arrojándoles a la cara grandes bocanadas de aliento con olor a cerveza. Se llevó a la mujer a rastras; reían los dos sin parar. Malhumorado, Frank los miró dar tumbos calle abajo.

—Seguramente esa también intentaba robarme. Pues llega demasiado tarde.

—Venga ya.

A Frank parecía costarle tragar la cerveza. Jakob no tenía muchas ganas de tomarse la suya, pero, como la había pagado, se la acabó de todos modos.

—Frank, vas a tardar horas en llegar a casa. Puedes quedarte a dormir en la mía.

—¿Dónde? ¿En tu conejera?

—Yo puedo dormir en el sofá.

—No, gracias. Me sentará bien la caminata.

Jakob se sintió aliviado y al instante se avergonzó de ello. Frank parecía hervir de indignación. Antes de que se despidieran, dijo con una sonrisa oblicua:

—Esa chica, la que se ha chocado conmigo en la cervecería... ¿Te das cuenta de que es lo más cerca que he estado de una mujer?

Tras un momento de silencio, Jakob rompió a reír, aunque sabía que su amigo no estaba de broma.

* * *

La gente habló de la tragedia durante días. Cualquiera que hubiera estado en las cercanías del puente fue sometido a un interrogatorio constante. Jakob y Frank no tenían mucho que decir, aunque se corrió la voz de que Frank había intentado reanimar al chino muerto. Ello dio lugar a que sus compañeros de facultad se mofaran de él implacablemente. Jakob estaba horrorizado, hasta que

se dio cuenta de que aquellas bromas macabras surtían el efecto de tranquilizar a Frank.

Pasados unos días, se dio a conocer la cifra final de víctimas: doce personas habían perdido la vida. Sus nombres aparecieron publicados en el *Brooklyn Eagle*. Frank compró un ejemplar y se lo enseñó a Jakob, indicándole un nombre que destacaba entre los demás.

Ah Ling. Un vendedor ambulante de tabaco, de cincuenta y cuatro años de edad y origen chino.

Jakob leyó por encima el artículo. Entre los muertos había dos menores (una muchacha de quince años y un chico de trece), además de una recién casada. Aquellas muertes le parecieron mucho más lamentables que la del viejo vendedor de tabaco.

—Aquí dice que no tenía familia.

—¿Y? Aun así no merecía morir. —La voz de Frank tenía de nuevo aquel tono agresivo.

—No digo que lo mereciera. Es terrible... Eran todos... —Jakob meneó la cabeza.

Sabía que, dijera lo que dijese, no acertaría.

* * *

El jueves siguiente, por primera vez, la perspectiva de su cita con Cora le dejó casi frío. Se presentó en su apartamento, pero, en vez de abrazarla, como solía en cuanto ella abría la puerta, se limitó a pasar a su lado. Cora le miró con expresión sardónica.

—¿Qué ocurre, *lieblich*?

Jakob se encogió de hombros, incómodo y malhumorado. Ahora que estaba allí deseaba hacer el amor, pero al mismo tiempo le exasperaban sus deseos físicos. Estaba enfadado y no sabía por qué lo pagaba con ella.

—Me han dicho que estabas en el puente cuando sucedió.

Cora no le ofreció compasión; a él le habría sorprendido que lo hiciera. Debía de haber hablado con Bettina, y eso le puso furioso.

—Sí..., bueno. —Se encogió de hombros otra vez, consciente de que se estaba comportando como un niño, y luego, aunque había decidido no mencionarlo, añadió—: Te vi esa noche, entre la gente.

—Y pensaste: «¿Quién es esa vieja?».

—¡No! —mintió él, compungido.

Cora sonrió.

—Yo también te vi.

—Ah. —Hizo una pausa, sorprendido. No sabía cómo debía tomarse aquello —. No quise decirte nada, como ibas con tu marido...

—No, claro, hiciste bien. Gracias. —Se quedó callada un momento, insegura por una vez—. ¿Quieres una cerveza?

Jakob dijo que no con la cabeza.

—¿Es verdad? Dicen que la gente pensó que el puente iba a derrumbarse y que hubo una estampida.

—Sí, así fue.

Cora meneó la cabeza.

—Qué idiota es la gente. Como si ese puente pudiera caerse... En fin, ahora hay doce necios menos en el mundo. Eso que se ahorran.

Jakob la miró con enojo, contento de que le hubiera dado un motivo para enfadarse.

—¿Cómo puedes decir eso? Tú no estabas allí. No fue la gente a la que le entró el pánico la que murió. Podría haber sido cualquiera. Podría haber sido yo. Si hubiera muerto, ¿también dirías que era un necio?

Empezó a pasearse por la habitación, furioso, consciente de que estaba sacando las cosas de quicio pero incapaz de refrenarse. Cora le observaba.

—No, claro que no. Lo siento, *schatz*.

—Esas personas... Mi padre murió construyendo ese puente, ¿sabes?

—No, no lo sabía. ¿Cuántos años tenías?

—Tres, cuatro... —Eso creía, al menos, porque en realidad no lo recordaba.

Una sombra cruzó el semblante de Cora. De pronto parecía acongojada.

—¿Fue después de que muriera tu madre? —Aquello también tenía que habérselo contado Bettina; él nunca le había hablado de su madre—. ¿Quieres que hablemos de ello?

Negó con la cabeza, martirizado, pero se sentó en el borde de la silla que tenía detrás.

—¿Prefieres irte a casa esta noche?

Él meneó de nuevo la cabeza y Cora le abrazó tímidamente. Jakob se dejó abrazar, inerte, para castigarla. Luego, cuando ya no pudo aguantar más, volvió la cara hacia sus pechos y se abrazó a su cintura. No permitiría que le llevara al dormitorio hasta que hubieran hecho el amor allí, en la silla, brusca y violentamente.

Por alguna razón, nada de lo que hicieron esa noche le dejó satisfecho, a pesar

de que su deseo estaba teñido de frenesí. Mucho después, se dijo que quizá se debía a que intentaba curarse de algo que no tenía cura, u olvidar algo que se resistía a caer en el olvido.

* * *

Cuando Jakob estaba en su último año en la facultad, Hendrik recibió una carta que había pasado por muchas manos. La enviaban del asilo público de Blackwell's Island.

Al llegar a casa una noche, Jakob encontró a su hermano y a su cuñada sentados a la mesa de la cocina, en medio de un tenso silencio. Los vecinos del piso de arriba se estaban peleando, como de costumbre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jakob, asaltado por un súbito temor.

Lo primero que pensó fue que Hendrik o Bettina, que estaba embarazada, sufrían una enfermedad terminal.

—He recibido una carta. Se trata de nuestro padre.

Jakob experimentó un alivio inmediato. Una vez desaparecida una persona, la angustia por su muerte se convierte en un hábito llevadero.

—Al parecer... ¡Ja! Aquí dice que no está muerto.

Jakob puso las manos sobre la mesa. Aun así, se tambaleó.

—Será una broma.

—No, nada de eso. Aquí está la carta. Mira...

—Es una broma, Hendrik. —No cogió la carta. Sentía un tremendo deseo de no leerla.

—No, no lo es. Está en Blackwell's Island. Aquí dice que lleva allí desde 1869.

Jakob soltó un ruido bronco y destemplado que pretendía ser una carcajada. Meneó la cabeza.

—Entonces es un error. Será alguien que se llama igual.

Hendrik empujó la carta hacia él. Jakob la cogió de mala gana. Afirmaba que Arent de Beyn, ingeniero civil nacido en Ede, Holanda, en abril de 1832, había sido ingresado en el asilo público tras sufrir varios ataques de demencia que culminaron en febrero de 1869, cuando agredió a un compañero de trabajo. Se creía que dicha demencia tenía su origen en las experiencias vividas por De Beyn durante la Guerra de Secesión. Los médicos que le trataban habían llegado a la conclusión de que ya no suponía una amenaza para los demás ni para sí mismo y podía quedar al cuidado de sus familiares, en caso de que pudiera darse

con su paradero. No se mencionaba el puente del río East, ni ningún otro puente.

—No, Hendrik. Nuestro padre no luchó en la guerra.

Su hermano se encogió de hombros, nervioso.

—No sé. Ignoro qué hizo, pero podría haber luchado en la guerra.

—Pero ¿qué dices? ¡Lo sabríamos!

—¿Sí? ¿Quién nos lo habría dicho?

—¡Él! ¡Te lo habría dicho a ti!

Hendrik meneó la cabeza. Jakob estaba estupefacto. Se rio con un asomo de histeria y acto seguido se enfadó con su hermano. Él, que era mucho mayor, debía saber la verdad, debía...

—Hubo un funeral. ¿No?

—No lo sé.

—¿Por qué iban a decirnos que estaba muerto si no lo estaba?

Hendrik se encogió de hombros.

—¿Para ahorrarnos sufrimiento? Si creían que lo suyo era... incurable. ¿Qué más da ya? Esto no podía haber pasado en peor momento. Aquí no tenemos sitio. Y yo no tengo tiempo, con la tienda y ahora con el bebé...

—No pasa nada, Henk. —Bettina puso la mano sobre la suya—. Nos las arreglaremos.

—Yo puedo irme a vivir a otro sitio. Podría trabajar a tiempo completo —dijo Jakob enfurruñado.

—¡No! Tú tienes que acabar tus estudios. No vas a irte de aquí hasta que los acabes. No vuelvas a decir eso, ¡nunca! —Hendrik le señaló agresivamente con el dedo. Estaba fuera de sí.

Jakob leyó la fecha de la carta. Databa de casi tres meses antes. Bettina miró con nerviosismo a su marido. Hendrik tenía mal genio y, aunque rara vez se dejara dominar por él, cuando lo sacaba a relucir ardía como una llama turbia. No había forma de razonar con él. Jakob, consciente de ello, se dirigió a su cuñada:

—Imagino que tendremos que ir a verle. Para comprobar si de verdad es él.

—¡Blackwell's Island! —Hendrik puso cara de asco—. ¿Te das cuenta de lo que supone esto?

Los dos tuvieron la misma idea.

Bettina tiró de la mano de su marido.

—Vamos, Henk. Sé lo que estás pensando. Pero no es hereditario. No es más que un pobre viejo. Enfermo por culpa de la guerra.

Hendrik apartó la mano bruscamente.

—Qué sabrás tú.

Bettina retiró la mano. Le dolía el rechazo de su marido, pero era demasiado orgullosa para demostrarlo.

—Sé que esas cosas pasan. Si estuvo en la guerra... Muchos hombres enfermaron después. Jake opina lo mismo, ¿verdad que sí, Jake?

Jakob se encogió de hombros. Apreciaba la bondad y el sentido común de Bettina, pero en aquellas circunstancias no servían para nada. No era el padre de Bettina el que estaba en un manicomio. Miró a su hermano. La idea de ver a su padre resultaba tan extraordinaria como absurda. Guardaba un recuerdo muy vago de él. Quizá ni siquiera eso: solo una serie de anécdotas referidas por Hendrik. La fotografía de la repisa de la chimenea constituía el fundamento más sólido de su recuerdo de Arent de Beyn. A todos los efectos, nunca había tenido padre. ¿Por qué aquel desconocido se permitía el lujo de reaparecer y exigir sus cuidados tras abandonarlos a merced del tío Seppe y sus baños de hielo, después de dejarle una herencia de pesadillas? ¿Y cómo podían ser tan reales esas pesadillas si la muerte que las inspiraba era mentira? No había acabado sus estudios. No había tenido ocasión de empezar a vivir. No era *justo*... Con el corazón oprimido por palabras que no podía expresar en voz alta, Jakob salió del apartamento.

La noche era muy fría. Sus belicosos vecinos se habían dado una tregua y por un instante se apagó el ruido de la ciudad y se hizo el silencio. Dobló la esquina fingiendo que estaba en otra parte. Su aliento formaba una nube de vaho suspendida en la quietud, ante él. Imaginó que escapaba, que se iba lo más lejos posible, no solo de su familia y del atestado pisito de Hendrik, sino de la ciudad misma, a un lugar donde siempre reinara el silencio, donde estaría tan lejos, tan fuera del alcance de todo, que aquellos problemas serían insignificantes. Estiró el cuello y levantó la vista hacia el pasillo de cielo, profundo y espolvoreado de estrellas, que dejaban ver las azoteas de los edificios. Un camino que llevaba a cualquier parte.

SEGUNDA PARTE

VEGA DE LIRIA

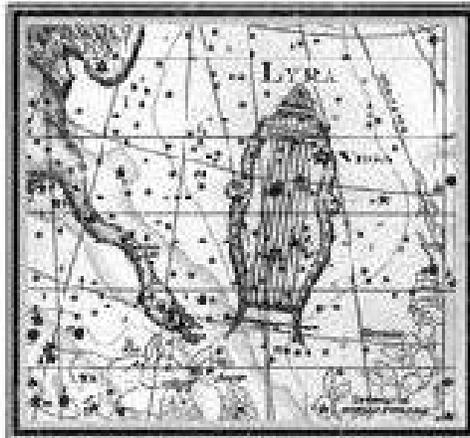
La constelación de Lira representa la lira que Apolo regaló a Orfeo, cuya música cautivaba a todos los seres vivos.

Su estrella más brillante, Vega, fue antiguamente la Estrella Polar.

Dentro de doce mil años volverá a serlo.

Cuando eso ocurra, el invierno se habrá convertido en verano y el verano en invierno.

El nombre de Vega deriva de un vocablo árabe que significa «caída».



Capítulo 6

Dundee, 56° 28' N, 2° 58' O
1888-1889

Al cumplir Flora dieciocho años, su padre se negó a volver a llevarla al Norte. Notaba desde hacía tiempo, lo mismo que Flora, que la actitud de los hombres hacia ella había cambiado. De niña, podían mirarla con cariño y sentido del humor; ahora que era una joven, se había vuelto peligrosa, impredecible como un fósforo humeante entre un montón de yesca. Y ello a pesar de que Flora no hacía nada por mejorar su apariencia: se envolvía en gruesos ropones que ocultaban su figura y le daban el aspecto de un marinero joven, menos atractivo, incluso, que la mayoría. Con todo, era consciente de las miradas ansiosas que los hombres le lanzaban de soslayo, de sus comentarios mascullados en voz baja, de las risas estentóreas que emergían de conversaciones interrumpidas cuando ella se acercaba. Incluso sus viejos amigos, los que le dispensaban un trato fraternal, como John Inkster y Robert Avas —que seguía siendo más bajo, más delgado y más infantil que ella—, empezaron a tratarla con reserva. Parecían esforzarse por esconder algo y, al mismo tiempo, perversamente, le hacían saber de manera sutil que los violentaba, que todo aquello era culpa suya.

Flora estaba furiosa. No quería que la vieran como a una mujer, sino como a la Flora de siempre. Era como si todos sus amigos se hubieran olvidado de *ella*, de la persona a la que conocían tan bien, de sus vivencias compartidas, de lo diestra que era con el sextante, de su conocimiento de las estrellas, de esa habilidad suya para tragarse el ojo de un pez sin inmutarse. Se sentía degradada, empequeñecida: ahora que era una joven, tenía menos entidad como ser humano que cuando era niña. ¿Cómo era posible?

En su último viaje de regreso desde cabo Farewell, Flora subió al alcázar, donde el capitán Mackie estaba observando el pálido sol que se colaba entre las nubes. Flora sacó su sextante.

—No hace falta, señorita Flora —dijo Inkster.

—No puedo perder la práctica —contestó ella.

Al oír aquello, Inkster lanzó una mirada a su padre: una mirada preocupada y

crítica. Sin hacerle caso, ella ajustó la alidada. En ese instante, los torvos nublados engulleron el sol y ya no hubo nada que mirar. Inkster y el capitán inclinaron la cabeza sobre sus cálculos, dejándola de lado.

* * *

Semanas después, de vuelta en Crichton Street, Flora rompió a llorar enfurecida.

—No puedes esperar que siga llevándote al Norte eternamente —dijo el capitán Mackie, perplejo ante la hija que él mismo había criado y levemente asustado por su vehemencia—. A fin de cuentas, no siempre estaré aquí para velar por ti. —Era una declaración brutal, pero alguien tenía que decirlo—. No puedes seguir mis pasos como si fueras un chico. Tendrás que casarte. Tendrás que...

No se le ocurrió qué más podía hacer su hija.

—Si vuelvo a llevarte al Norte, tendrás menos posibilidades de casarte —añadió—. Debes llevar una vida normal. Ya eres mayor. Tienes que aprender a ser como las chicas de tu edad. Conocer gente.

—¡Conozco a muchísima gente! —exclamó Flora.

—Me refiero a personas convenientes, como bien sabes. No a marineros. No puedes casarte con un arponero, Flora, ni con un timonel.

Aquello la hizo sonrojarse, pero su padre había fijado los ojos en el secante de madera de la mesa y no pareció advertirlo. Movía el secante adelante y atrás con dos dedos.

—Flora, te he llevado conmigo, quizás egoístamente, porque eres lo único que me queda y me gusta tenerte a mi lado. Pero esto no puede continuar. Tal vez me haya equivocado. Quizás haya sido injusto para ti. Lo único que quiero es que seas feliz.

—¡No me digas que quieres que sea feliz cuando me estás haciendo desgraciada! ¡Creo que soy yo quien debe decidir qué es lo mejor para mí!

—No, Flora. En este caso, no.

La discusión siguió por los mismos derroteros hasta que Flora se dio por vencida. Subió corriendo al piso de arriba y se arrojó en la cama llorando. Su propia reacción la hacía sentirse humillada, pero ¿qué importaba eso cuando acababa de perder lo que más amaba?

* * *

En el fondo, era muy pragmática. Pasó varias semanas sin apenas salir de su habitación, sopesando sus alternativas. El University College de Dundee estaba muy cerca de su casa y, gracias a la munificencia de la señorita Baxter, admitía a mujeres entre su alumnado. Su padre accedió a pagarle los estudios y, tras algunas discusiones, el colegio universitario desistió de exigirle titulaciones académicas. Flora comprendió por vez primera que su extraño pasado constituía una ventaja tan crucial como el dinero o la belleza: fascinaba a la gente. Puesto que iba a estudiar ciencias, no necesitaba conocer lenguas clásicas ni modernas y, habiendo leído toda la literatura sobre el Ártico que pudo conseguir, decidió consagrar sus estudios a la nueva ciencia de la Meteorología. Tenía claro que las futuras expediciones al Ártico tendrían como objetivo recabar información, mucho más que suplir la menguante demanda de aceite de ballena. Y puesto que las expediciones al Ártico dependían en gran medida de las condiciones meteorológicas, estaba decidida a convertirse en una experta en la materia.

* * *

Vivía discretamente: iba a clase y residía en Crichton Street al cuidado de Moira, su antigua niñera, cuando su padre estaba faenando, pero aun así no la dejaron del todo en paz. Se corrió la voz de que había una muchacha en Dundee que había pasado gran parte de su vida en un buque ballenero. Fue un escritor ya entrado en años, R. G. Whitfield, quien primero llamó la atención del público sobre Flora Mackie. Whitfield, un gacetillero aficionado a las novelas medievales, tenía olfato para la noticia y experimentó un hormigueo de emoción al oír hablar de aquella muchacha que había pasado más tiempo en el Ártico que muchos exploradores. En un afortunado rasgo de inventiva, la apodó «la Reina de las Nieves», y se propuso conocerla en persona.

Whitfield llegó a Dundee en febrero. Venía de Manchester y estaba, por tanto, preparado para la fría llovizna que le recibió al llegar, pero no para los olores de un puerto ballenero: un hedor tan palpable como una presencia física. Cuando consiguió reponerse lo suficiente para hacer indagaciones, le encaminaron a Whalers's Parliament, «el Parlamento de los Balleneros», una posada cercana al puerto donde podría averiguar todo lo que quisiera saber sobre el arte de cazar ballenas. Pasó una hora recorriendo el muelle y sus alrededores, hasta que comprendió que la fonda, cuyo nombre le encantó, no se llamaba en realidad así,

sino The Ship, «El Barco». Al entrar en la atmósfera viciada del establecimiento mal iluminado, que, pese a estar saturado por un denso olor a fuego y a emanaciones corporales, era húmedo y parecía impregnado por un frío neblinoso, le asaltó el temor a que su doncella boreal, su Reina de las Nieves, desprendiera también aquel tufo. La imagen mental que se había formado de ella —cabello rojizo, ojos oscuros y figura rotunda pero elástica— perdió consistencia. Estuvo a punto de dar media vuelta y regresar a la estación.

* * *

Media hora después, tras presentar su tarjeta de visita en la casa de Crichton Street, fue conducido al salón. Permaneció a solas unos minutos, aliviado por escapar temporalmente a la pestilente atmósfera de Dundee. Se puso en pie al ver entrar a una joven.

—Gracias por recibirme sin que la haya avisado previamente de mi visita, señorita Mackie. Es muy amable por permitir esta intromisión.

¿Qué era lo que tenía ante sus ojos? Una muchacha fornida, casi tan alta como él. Una mirada directa, de un gris invernal, los pómulos salpicados aún por las pecas dejadas por su último verano sin noche, y unos desmañados tirabuzones no rojizos, sino de un decepcionante castaño ceniza. No era bella, no, pero tampoco carecía de atractivo si se esforzaba un poco. No se conducía como se esperaba de una joven de buena posición. Su forma de entrar en la habitación, con aire desafiante y un toque de enojo y descaro, sin duda podía jugarle una mala pasada. Era una criatura joven e indómita.

Whitfield sonrió para disimular su sorpresa. Flora, no.

—¿Qué quiere?

—Eh... ¡Bien! Directos al grano... Naturalmente.

Flora le miraba con fijeza. Tampoco ella sabía qué pensar de aquel hombre del sur, patilludo y relamido.

—Tenía muchas ganas de conocerla, señorita Mackie. Quizá podríamos...

—Ah, sí. Siéntese.

Mientras Whitfield empezaba a explicarle el motivo de su visita, entró una mujer recia cargada con una bandeja de té. Su actitud rezumaba desaprobación.

—Muy bien, Murra. Con eso basta —dijo Flora enérgicamente cuando la mujer se disponía a repartir varios trozos de una cosa negruzca.

Los modales de la mujer escandalizaron a Whitfield por su grosería. (¿Y de verdad era Murra un nombre propio? ¿Habría dicho «madre», en realidad?)

Parecía lo más probable...)

—Sí —prosiguió—. Es usted una joven única. Única en el mundo, creo.

—¿De veras? —Flora pareció reparar en ello por primera vez—. Pero me limité a acompañar a mi padre en sus viajes. No he hecho nada extraordinario. El capitán Penny también solía llevarse a su esposa.

Whitfield ignoraba quién era el capitán Penny, pero no creía que fuera alguien de su interés.

—Pero una hija... Una niña, en realidad... ¿Qué edad tenía cuando viajó por primera vez al país de Bóreas?

Flora pareció sorprendida.

—Doce años. El capitán Penny también solía llevarse a su hijo, así que no es tan extraño. A nadie le pareció mal.

—No, por supuesto. Mal en absoluto, estoy seguro. Lejos de ello. Pero lo que ha hecho usted es extraordinario, señorita Mackie. Por eso quiero escribir un artículo sobre su vida.

Ella se rio: un gritito desinhibido que sofocó de inmediato llevándose la mano a la boca.

—Como quizá sepa, el público se siente fascinado desde hace tiempo por el Ártico: la nieve, la oscuridad y el frío extremos, los increíbles peligros que afrontan los balleneros, las montañas de hielo..., ¡el mismísimo Leviatán! Y, naturalmente, los esquimales y sus costumbres, su extraña dieta y sus tradiciones... Es fascinante, desde luego. Pero oír hablar de todo eso desde una sensibilidad tan distinta a la de un marinero corriente o un explorador... Sería irresistible para los lectores.

—¿Sí?

—Se lo aseguro. En el sur se desconoce por completo el negocio ballenero. Y siendo usted de trato tan agradable, una señorita de buena familia... —Se interrumpió, algo indeciso sobre ese punto.

—¿Trabaja usted para un periódico, señor Whitfield? ¿Para cuál?

—Publico en muchos periódicos. El *Evening Times*, el *Manchester Chronicle*, la *Gazette*... Movié la mano, abarcando con un ademán el sinfín de diarios que requerían sus servicios. Después observó a Flora mientras trataba de evaluar aquella actitud que acababa de definir como «agradable». La joven tenía las manos juntas y una mirada ligeramente esquiva. Su torpeza le conmovió.

—Creo que serían muchos los periódicos y revistas que podrían estar interesados en una serie de artículos, a ser posible con ilustraciones o fotografías, y desde luego con un retrato suyo.

—¡Ah! Entonces, ¿quiere decir que iríamos al Ártico?

Whitfield vio que su cara se iluminaba y lamentó tener que desilusionarla.

—Bueno, *ir* no, no exactamente. Me refiero a entrevistarla si está usted dispuesta, y a hacer fotografías en... otra parte. Naturalmente, la retrataríamos vestida con ropa polar. Con pieles.

La vio cavilar de nuevo, indecisa.

—Quizá debería hablar con su padre —propuso.

—No es necesario. Ni posible, en este momento. Cuando dice que esos artículos podrían interesar, ¿se refiere a que pagarían por ellos?

—Los diarios están dispuestos a pagar por cosas así, en ocasiones. No puedo decirle cuánto. Eso depende de muchos factores.

Flora se quedó callada.

—Podemos llegar a un acuerdo respecto al reparto de beneficios, desde luego —añadió él.

—El reparto de beneficios... ¿Cuál, por ejemplo? ¿Mitad y mitad?

Whitfield estuvo a punto de atragantarse con el té.

—Bueno, habría mucho trabajo que hacer. Las experiencias personales así, en crudo, pueden ser indigeribles, ¿comprende usted? Hay que pulirlas, darles forma, pasarlas por el tamiz de un espíritu literario...

—Pero eso podría hacerlo yo misma. Escribir crónicas, buscar ilustraciones, etcétera. Estudio en la universidad.

—¿Ah, sí? No me diga. Pero escribir para un periódico es un oficio que requiere trabajo duro y, aunque sus experiencias sean únicas, si no las presenta de la manera adecuada, mediante una persona que tenga larga experiencia en el trato con los editores, es muy posible que no lleguen a buen puerto. Hay que conocer a los editores y saber lo que les gusta. A uno puede interesarle cierto enfoque y a otro un reportaje de tal o cual longitud, o escrito en un tono concreto.

Flora se recostó en su silla. Tenía una mirada terca y voluntariosa, pensó Whitfield. Muy poco atractiva, si no se andaba con cuidado. Pero en las manos adecuadas, y embutida en un buen corsé, podía resultar incluso arrebatadora.

—Pero, sin mí, no tiene nada en absoluto.

—Tiene usted una buena cabeza sobre los hombros, señorita Mackie. Está en lo cierto, desde luego. Por eso precisamente estoy dispuesto a ofrecerle un treinta por ciento de los beneficios, como mínimo.

—¿Un treinta por ciento? ¿Y el setenta restante para usted?

—Es un porcentaje muy ventajoso por convertirse en tema de un artículo

periodístico, se lo aseguro.

Flora se quedó mirándole unos segundos. Whitfield empezaba a ponerse nervioso.

—Algunos periodistas escribirían el artículo sin pedirle siquiera permiso.

Ella parecía estar pensando en otra cosa, muy lejana. Se estaba formando una idea, todavía vaga pero incipiente y cada vez más sólida, de otros beneficios, no precisamente económicos, que podía reportarle aquella propuesta. ¿Sería posible? Fijó la mirada en aquel oscuro mazacote cortado en bloques que, según dedujo Whitfield por la hora del día, era una especie de bizcocho. Parecía estar considerando la posibilidad de construir algo con ellos.

—Si, como usted dice, ninguno de los dos puede prescindir del otro, repartir los beneficios a partes iguales me parece lo más justo.

Whitfield suspiró.

—Es usted dura de pelar, señorita Mackie.

Ella sonrió: una sonrisa lenta y esquinada que le daba un aspecto travieso. Whitfield respondió tensando la boca, indeciso. Ella se inclinó hacia delante y cogió un plato.

—¿No va a tomar un poco de pastel de Dundee, señor Whitfield, ya que ha venido hasta aquí?

* * *

El primer artículo que Whitfield envió a Flora era un recorte del *Manchester Chronicle*. No incluía fotografías, solo una ilustración en la que se veía a una niña rodeada por gigantescos icebergs y esquimales de aspecto amenazador. El ilustrador había hecho un trabajo notable: en una sola viñeta había logrado incluir una ballena, un barco, perros, focas, esquimales cazando con arpones, un oso polar y una tormenta, todo ello en un radio de pocos metros. La niña, envuelta en pieles, guardaba un parecido extraordinario con Alicia en el País de las Maravillas. A Flora, en cambio, no se parecía lo más mínimo, seguramente porque el dibujante no la había visto nunca. En cuanto al artículo mismo, sin ser del todo ficción, exageraba enormemente los peligros de sus viajes.

Era más o menos lo que esperaba Flora. Whitfield cumplió su palabra respecto al dinero y, aunque los artículos nunca rindieron tanto como le había hecho creer, Flora acabó contrayendo una deuda con él porque, sin ellos, su vida jamás habría tomado el rumbo que tomó entonces.

Capítulo 7

Londres, 51° 30' N, 0° 7' O
1889-1890

—Y bajo ningún concepto entres por la puerta principal. Sé que es ridículo, pero no lo hagas. Una chica se atrevió el año pasado y la echaron con cualquier pretexto. Hablan de igualdad entre los sexos, pero ni se te ocurra pensar que las normas rigen igual para nosotras y para ellos. Porque no es así.

El nuevo *college* de Flora en Londres es mixto, como el de Dundee, pero mujeres y hombres no deben coincidir ni siquiera cuando asisten a una clase magistral en el mismo paraninfo. Esto se consigue haciendo que los hombres entren por la puerta principal y se sienten delante, y que las escasas alumnas transiten por diversos pasillos y escaleras para entrar en el aula por la puerta del fondo y se sienten en la fila de atrás. A Flora le ha explicado todo esto una joven nerviosa llamada Poppy Meriwether, el primer día de clase. Pese a tener nombre de personaje de cuento infantil, Poppy luce gafas de montura metálica y una expresión severa. Es delgada, cetrina y parece agotada. Se muestra, si no amigable, sí sumamente minuciosa, como si estuviera exponiendo un informe antes de una incursión militar.

—¿Qué pasaría si nos sentáramos en las filas de delante?

Poppy hace una mueca.

—Por mí puedes intentarlo. Pero ten en cuenta que una chica se llevó una buena reprimenda porque la vieron volviendo a casa con un joven. ¡Y era su hermano!

Flora descubre que los profesores no esperan de sus alumnas que hagan preguntas, ni las animan a hacerlas. Los alumnos varones, sentados en las primeras filas, tienen permitido trabar conversación con los docentes, incluso intercambiar algunas chanzas, pero sus palabras no llegan hasta las filas traseras. Sus comentarios, oídos a medias, y sus risas son en realidad pullas dirigidas contra las alumnas. Flora hierve de indignación contra esos estudiantes que las excluyen, incluso más que contra los profesores que permiten y alientan su exclusión. Durante su segunda semana de clase, levanta la mano. El profesor de

Química, el señor Wallace, la ignora, o quizá no la ve. Furiosa, y haciendo caso omiso de las muecas de Poppy, ella insiste.

—Disculpe, señor Wallace.

Su voz baja flotando hasta la parte delantera del aula. Se hace el silencio. El señor Wallace levanta la vista: el fondo del aula está tan oscuro que tiene que entornar los ojos para distinguirla.

—¿Sí? Lo siento, señorita...

—Señorita Mackie. Aquí atrás no los oímos. No sabemos de qué se están riendo. Pagamos nuestras tasas y no queremos perdernos nada importante.

En los bancos delanteros se giran varias cabezas. Flora recorre con la mirada las caras de los alumnos, en las que se refleja una mezcla de curiosidad, sorna y desdén. Un alumno, el más parlanchín, sonríe. Es muy delgado, con el cabello oscuro y gafas, y un rostro inteligente y vivaz. El profesor se refiere a él como «nuestro israelita», lo que ha llamado la atención de Flora, que sigue mirando intensamente al señor Wallace. El profesor se aclara la garganta.

—Gracias, señorita Mackie. Lo tendré en cuenta. Descuiden, señoritas. Si prestan atención en clase, no se perderán nada que necesiten saber.

La chica sentada al otro lado de Flora masculla:

—Vieja cotorra.

Flora le lanza una mirada de agradecimiento, sorprendida por encontrar una aliada en aquella joven de cabello rubio y rostro de pureza renacentista. Se ha fijado en que los alumnos la miran con descaro por los pasillos. Más tarde, la chica se presenta como Isobel Kirkpatrick. Admira la valentía de Flora por haber levantado la voz. Poppy le explicará después que Isobel es hija de un acaudalado miembro del Parlamento. Estudia una carrera por simple afán de superación. Jamás necesitará ganarse la vida, concluye Poppy poniendo cara de fastidio.

* * *

Un par de días después, Isobel invita a Flora a comer cerca de la universidad. Flora nunca ha estado en un café como el Berardi's. En Dundee no hay nada parecido. Situado en la esquina de Chenies Street, es un tugurio misterioso lleno de humo de tabaco y de conversaciones farfulladas en voz baja, de esas que evocan acontecimientos fascinantes, pero teñidos de una leve indecencia. Las lámparas, semejantes a medusas, mitigan a duras penas la penumbra. Isobel avanza entre la gente hacia una mesa situada en el rincón. Unos cuantos jóvenes están hablando, hasta que uno de ellos, uno gordo, con el cabello rubio y lacio,

repara en ella y se levanta de un salto, y de pronto todos se interrumpen y se vuelven para mirarla. Flora siente una oleada de turbación entre penosa y placentera. Algo se agita dentro de ella bajo la mirada escrutadora de los hombres. Sabe que no es tan bonita como Isobel y nota que un par de chicos la miran lánguidamente de arriba abajo y de inmediato pierden el interés. Es tan evidente que resulta humillante.

—Esta es Flora Mackie. Acaba de trasladarse aquí desde la Universidad de... Edimburgo, ¿no?

Isobel, pese a su cordialidad, tiene la costumbre de mostrarse vaga respecto a los detalles, con lo que da la impresión de que Flora no es lo bastante interesante para recordar ese dato. Flora no se cree que no sea intencionado.

—Dundee. —Mira a los hombres de la mesa con una tensa sonrisita.

El rubio le tiende la mano e inclina la cabeza.

—Bienvenida a Londres. Y, sobre todo, bienvenida al Berardi's, nuestro hogar lejos de casa.

Flora le estrecha la mano y sonrío. Los demás se levantan.

—Flora —dice Isobel—, este es David Lydgate, mi primo. Está en nuestra clase de Biología.

—Sentaos, por favor. Podemos apretujarnos un poco, ¿verdad que sí? Este es Thomas Outram... Mark Levinson... Oliver Bennett... Y Herbert Wickham.

Flora saluda con una inclinación de cabeza y los demás se sientan desordenadamente, Isobel al lado de Herbert Wickham, un chico guapo, cuyo cabello suave y negro cubre una frente muy alta. Flora percibe cierta tensión entre ellos. ¿Acaso son novios? Herbert es uno de los que le han lanzado una mirada desdeñosa. David Lydgate llama a un camarero y pide té para las chicas. Se reanuda la conversación. Flora, que se contenta con escucharles hablar de sus profesores, descubre que la mayoría de aquellos chicos comparten con ella una u otra asignatura. Se desentiende de Herbert y Oliver Bennett, a los que no parece interesarles lo más mínimo. David, en cambio, es simpático. Thomas Outram tiene un rostro lozano y apenas habla. Flora descubre que se debe a un tartamudeo que entorpece su dicción, por lo demás cristalina. Mark Levinson es el «israelita» parlanchín. Sonríe un momento y enseguida retoma una anécdota acerca de ciertos profesores de la facultad: uno, al parecer, es alcohólico y el otro pega a su mujer. Se interrumpe y mira a Flora a través del humo del tabaco.

—Acabo de darme cuenta... No... ¿Será posible? —Su voz tiene un tono acusatorio.

Flora contiene la respiración, alarmada.

—¿De qué hablas ahora?

—Me parecía que me sonaba el nombre. Pero no es que no lo haya oído, es que lo he leído. Flora Mackie... La Reina de las Nieves. Eres tú, ¿verdad?

Flora se sorprende. Sabe que son pocos los estudiantes que leen ese tipo de periódicos.

—Eh, sí.

Mark Levinson sonrío, el rostro enjuto, los ojos brillantes. No casa bien con la idea que Flora tiene de un judío: su nariz es fina y recta, su semblante produce una impresión general de inteligencia ascética.

—Los demás no saben de estas cosas, pero yo procuro enterarme de todo. Esta jovencita —anuncia dirigiéndose a los demás— se crio con los esquimales. En Groenlandia. Es famosa, en cierto modo.

—Nada de eso. Me limitaba a acompañar a mi padre.

—¿Es explorador? —pregunta David.

—No, es capitán de un barco ballenero.

Oliver Bennett levanta las cejas.

—Por lo que he leído, habrás comido cosas que no puedo ni imaginarme.

—¿Puedes imaginarte la carne de alca podrida?

—Puedo imaginármela, pero no concibo comérmela. ¿A qué sabe?

—Es un poco amarga y viscosa, pero muy sabrosa. A mí me gustó cuando me acostumbré a ella.

Isobel hace una mueca.

—¿De verdad has comido eso?

—Sí. Pero prefiero los ojos de pescado.

Herbert pone cara de que todo esto es de muy mal gusto. Mark Levinson se echa a reír. Flora sonrío, aunque no sabe a ciencia cierta si está siendo objeto de una broma o participando de ella. Los demás la miran con interés. Isobel parece muy ufana, como si este fuera justamente el efecto que pretendía conseguir al traerla aquí.

—Debería haber adivinado que el señor Levinson habría oído hablar de ti —dice, y añade—: Flora se aloja en casa de Iris Melfort.

Los demás cruzan miradas elocuentes. Herbert dice:

—Vaya, así que te mueves en círculos ilustres. ¿Es pariente tuya? También es escocesa, ¿no?

—Sí, pero no somos parientes. Es mi benefactora, supongo.

Oliver la mira atentamente, como si de pronto se hubiera vuelto interesante.

—Conque te alojas con la Melfort. Vaya, vaya.

—¿La conoces?

—Todo el mundo conoce a Iris Melfort.

—Yo no —dice Mark—. Pero he oído hablar de ella.

—Mark es de Bethnal Green. No conoce a nadie.

Flora nunca ha oído hablar de Bethnal Green, un pueblecito, seguramente. Mark sonríe, en absoluto ofendido. Oliver y  el cruzan una mirada.

—Entonces..., seg un lo que he o ido contar de la señorita Melfort... Lo pregunto por pura curiosidad científica, claro est a...  Es cierto que es lesbiana?

Se oye un clamor en torno a la mesa. Isobel mira a Mark con indignación aparentemente sincera. Oliver se ríe. Herbert esboza una sonrisilla burlona. David y Thomas parecen abochornados. Todo esto da tiempo a Flora para ordenar sus ideas. Est a atónita y enfadada, pero sabe que su expresión sigue siendo la misma.

Herbert mira astutamente a Oliver y dice:

—No sabe lo que significa eso.

Flora fija la mirada en una de las lámparas. Le arde la cara.

—S e lo que significa y puedo aseguraros que no es asunto vuestro. —Dirige su sonrisa más glacial a la oreja de Levinson.

—*Touch * —dice David Lydgate—. Lo lamento, señorita Mackie. Por favor, permítame disculparme en nombre de mis... conocidos.

—Solo era una broma, David —añade Herbert, y Flora mantiene su sonrisa, decidida a mostrarse como una mujer moderna e impasible.

Más tarde, sin embargo, a salvo ya en el  mnibus que la lleva de regreso a Kensington, descubre que est a temblando de rabia y que las lágrimas le nublan la vista.

* * *

No supo qué pensar de la señorita Iris Melfort la primera vez que se vieron. Antes de conocerse se cartearon durante meses, e Iris escribió al capitán Mackie asegurándole que ella era la persona indicada para protegerla de los estragos de la vida londinense.

—No entiendo por qué quiere hacer tal cosa. No nos conoce.

—Sabe de mí —repuso Flora—. Quiere ayudarme a ser exploradora. Es una Mujer Nueva.

Su padre suspiró, abrumado por la extra a locura de aquellos tiempos.

— Y qué sabe la señorita Melfort del  rtico?

—No mucho, imagino —contestó Flora con la indiferencia de quien está acostumbrada a recibir cartas de admiradores desconocidos; incluidas dos proposiciones de matrimonio—. Pero ella no va a ir al Ártico.

* * *

Ahora, al llegar a la casa de Kensington, un imponente edificio recubierto de estuco (Iris es muy rica), le abre la puerta una de aquellas impecables doncellas que jamás ha visto en Dundee. Iris está en el salón de la primera planta, con vistas al parque. Otra doncella ha traído té.

—¿Qué has estudiado hoy, Flora?

—Eh... Química. Los gases nobles. Y cálculo, en matemáticas.

—¿Has hablado con el doctor Sullivan?

—Sí, he hablado con él.

Flora ha expresado ante Iris su preocupación por el hecho de que la Meteorología no figure en el programa de estudios. El doctor Sullivan, que participó en una expedición a Islandia hace veinte años, es el único miembro del claustro que tiene experiencia en ese campo.

—Me ha dicho que no están previstas clases de Meteorología y que debo concentrarme en la Física y las Matemáticas, puesto que necesito mejorar en esas materias.

—Bueno, entonces eso es lo que debes hacer por ahora. Luego, quizá dentro de unos meses, puedas... Querida mía, ¿estás bien?

Flora parpadea para contener las lágrimas.

—Sé que tengo que ponerme al día en muchas cosas, pero el doctor Sullivan habla como si yo fuera idiota y mis aspiraciones... —No puede continuar.

—Tendrás que acostumbrarte, Flora. La mayoría de los hombres, y también muchas mujeres, se reirán de ti. Seguramente pensarán que estás loca. La gente siempre se ríe de los pioneros.

Flora procura no pensar en la escena que ha vivido en el Berardi's. Sospecha que mucha gente se ríe de Iris y siente un insólito impulso de defenderla. Su amiga es, según el criterio de la mayoría, una excéntrica y una pionera, a su modo: una solterona acaudalada, moderna, voluble, una entusiasta de las causas más en boga: de todo aquello de lo que desconfía el capitán Mackie. Tiene entre treinta y cincuenta años y cubre su figura larguirucha y desgarbada con vestidos vaporosos y llamativos. Sus amigas y ella son partidarias del vegetarianismo, el sufragio universal y el racionalismo indumentario, por citar solo algunas de las

causas que defienden y que Flora conoce. Pero Iris es, además, increíblemente generosa. Durante las semanas anteriores, Flora se ha encariñado con ella.

—Lo sé. Pero prácticamente ha dicho que, si la universidad organizara una expedición, yo sería la última persona a la que invitarían a formar parte de ella.

—Eso ya lo sabes. No vas a unirte a la expedición de nadie. Nosotras tenemos otros planes, ¿verdad que sí?

* * *

A veces, Flora se desespera, desconfía de que esos planes vayan a hacerse realidad. Se le dan bien las matemáticas y aprende deprisa, pero ignora nociones científicas elementales. Se esfuerza por ponerse al día, suplica a Poppy y a Isobel que la ayuden a suplir sus lagunas más notorias, cosa que ellas no siempre hacen con la misma paciencia. En clase, guarda silencio por miedo a que la ridiculicen. Es consciente de su falta de conocimientos, sobre todo comparada con los alumnos que han estudiados en colegios célebres, y esa carencia la hace sufrir.

En otros momentos, sin embargo, sus compañeros se le antojan curiosamente pueriles: la mayoría vive con sus padres y nunca ha viajado fuera de Europa. Dominan las lenguas muertas, pero jamás se han comunicado con personas de una clase social distinta a la suya. Desconocen por completo parcelas de la existencia que Flora da por descontadas: el negocio ballenero con sus peligros, sus matanzas y sus beneficios; el trabajo duro y las penalidades de los marineros; la naturaleza carnal y asombrosa del Norte.

En su primer viaje, mientras daba un paseo con John Inkster, aquel marinero que era para ella como un segundo padre, llegó a una playa tan llena de focas que parecía negra. Bullía, sacudida por la violenta agitación de los cuerpos de los animales, semejantes a sacos. Aquellos seres enormes chocaban entre sí con impactos estremecedores, gritos alarmantes, sangre derramada. Flora preguntó con fingida inocencia qué estaban haciendo. Colorado por la vergüenza e incapaz de decir una mentira, John contestó que las focas se estaban casando.

Ella ha visto glaciares que se desmoronaban y caían al mar. Ha visto un iceberg erosionado hasta el punto de dejar al descubierto el esqueleto de un barco. Ha visto un cielo con tres soles. Cosas que los Herbert Wickham de este mundo ni siquiera alcanzan a imaginar.

* * *

Aparte del trabajo de clase, pasa horas en la biblioteca leyendo las obras de Galton y Fitzroy sobre la medición del tiempo; las de Beaufort sobre los vientos; las de Dove sobre las tormentas; las de Glaisher sobre los experimentos con globos aerostáticos, que estuvieron a punto de costarle la vida a su autor. Lee los trabajos de Tyndall acerca de la difusión del calor en la atmósfera, la dispersión de la luz por los cristales de hielo, la plasticidad de los glaciares. Lee el *Cosmos* de Humboldt y las crónicas de Hall sobre su vida con los esquimales. Estudia la circulación del aire, el ciclo hidrológico, la formación de las nubes. No lo hace por gratitud ni por obediencia, ni porque aspire a ser una pionera. Lo hace porque el Ártico, con su luz severa, paciente e infinita, es el único lugar donde se ha sentido libre.

* * *

Un día, al volver a su asiento en la biblioteca, encuentra un sobre metido en uno de sus libros. Contiene una disculpa apasionada, firmada por Mark Levinson. Hace más de una semana que se conocieron en el Berardi's, cuando se juró a sí misma no volver a hablar con ninguno de ellos. El señor Levinson asegura que está sufriendo los tormentos del infierno, que se avergüenza de lo grosero y antipático que fue y que solo lo hizo por una apuesta; que no tiene dinero y que por tanto no puede rechazar tales retos. La carta es una curiosa mezcla de pesar y desafío: absurda y sin embargo, en cierto modo, conmovedora. Flora se pregunta si es otra broma y la guarda, decidida a no perder el tiempo cavilando sobre ella. Pero no consigue concentrarse en las tasas de absorción de los gases con la misma devoción que antes.

* * *

Una semana después, Iris regresa de una reunión de la Sociedad para el Progreso de las Mujeres en Bethnal Green Road. Flora le pregunta con aparente despreocupación cómo es Bethnal Green.

—Santo cielo, ¿por qué lo preguntas? Está en el East End. No querrás ir allí, ¿verdad?

Ella se encoge de hombros.

—Oí a hablar a alguien de ese barrio. ¿Tan terrible es?

—Es horroroso, pero una tiene que ir donde más se la necesita. —Iris la observa con mirada penetrante—. Naturalmente, está lleno de judíos.

—¿Ah, sí? —dice Flora.

—¿Él es de allí?

—¿Quién?

—El que está haciendo que te sonrojes.

Pasado un segundo, Flora recupera la compostura.

—No hay nadie. No sé a qué te refieres.

* * *

Dado que no forma parte del plan, procura ocultárselo a Iris y a todo el mundo. Está ese primer encuentro en el pasillo de Física, cuando él masculla «¿Estoy perdonado?» y ella no contesta, no por pudor, sino por simple desconcierto. Luego, sin embargo, se encuentran por casualidad, o quizá no tanto, en la calle y acaban tomando té en un café tranquilo. Él es amable, divertido. Flora se siente halagada por su interés casi palpable. Quiere corregirse, afirma él, por haberla avergonzado en público. Ella le dice que, si quiere redimirse, puede ayudarla a suplir sus lagunas científicas. Mark tiene premios en Física y Química, de modo que ¿quién mejor que él para ayudarla? Él acepta. Flora se felicita por haber dado la vuelta a la situación en su provecho.

* * *

Muy al principio, dice:

—¿Sabes que soy esa cosa tan terrible, un judío del East End?

—No sé qué quieres decir con eso.

Él se ríe brevemente.

—Que no soy como los demás, como Herbert o Tom. No soy rico, ni de buena familia. Así que si quieres cambiar de idea...

—No me importa lo más mínimo de dónde vengas.

Flora observa cómo se suaviza su expresión en una sonrisa de enorme dulzura, como si le hubiera hecho un regalo inesperado. Se dice que ella no es susceptible a sus encantos, que no le interesan, que tiene otras prioridades más elevadas, pero lo cierto es que Mark Levinson no se parece a nadie que haya conocido.

* * *

En marzo, dan una vuelta por la City en el piso de arriba de un ómnibus. Sentados codo con codo, Flora es consciente de la escasa distancia que separa su falda de la pernera del pantalón de Mark. Él le indica el Monumento al Gran Incendio (parece saberlo todo sobre Londres, aparte de muchas cosas más) y ella se inclina y le roza fingiendo que no se da cuenta.

—Robert Hooke hizo construir la columna hueca por dentro. Quería...

El ómnibus dobla la esquina con una sacudida y Flora se aprieta contra su cuerpo desde el hombro a la rodilla. Mark se queda callado, pero ella no le pregunta qué quería Robert Hooke. Levantan la mirada hacia la columna vertiginosa con sus llamaradas inmóviles y ella siente que la sangre se le agolpa en las orejas, que su entereza se desvanece.

Esa misma tarde, Mark afirma con una sonrisa indefensa que nunca sabe lo que está pensando. La llama «la Gran Esfinge del Norte». Flora se ríe. Si de verdad no sabe lo que le ronda por la cabeza, es que es de verdad una esfinge. Mira su cuello, allí donde la piel de la garganta desaparece bajo la camisa. El abismo que los separa la aturde como un mareo en el que cae constantemente.

* * *

En abril, un viento cálido lleva el olor del río hasta las arboledas. Flora y Mark se internan entre las sombras de los castaños. Es un tibio día de primavera y han decidido ir a dar un paseo por Richmond Park, pero el trayecto ha transcurrido en medio de un extraño silencio.

—¿Por qué se llama a este parque Plantación Isabela? Es un nombre romántico.

—No, nada de eso. Antiguamente, «isabelo» significaba de color amarillo sucio. Seguramente hace referencia al color de la tierra.

Flora se ríe, confiando en animar a Mark.

—Te lo estás inventando.

—No.

—¿Crees que Isobel lo sabe?

—Ni idea.

Ella se pregunta qué le pasa y si es culpa suya. Mark coge una vara rota y golpea con ella los troncos al pasar. Motas de polvo salpican el sol que cae entre las hojas.

—Pareces preocupado, Mark. ¿Te ocurre algo?

Él suspira.

—Esto es precioso y estoy contigo, y supongo que sabes cuánto pienso en ti...

Se para y clava la vara en el camino. Habla con un tenso murmullo, la vista fija en el suelo:

—Si quieres saber la verdad... No te merezco.

—No seas tonto. ¡Eres la persona más inteligente que conozco! Tienes un gran futuro...

—No soy digno de ti.

—¡Sí que lo eres!

Él sonrío apesadumbrado; sacude la cabeza.

—Tú no sabes... Verte, estar cerca de ti... Me atormenta. Quiero dártelo todo, Flora, y ni siquiera merezco decírtelo.

La observa con tal intensidad que su mirada parece quemarla.

—No quiero atormentarte. —Flora le coge de la mano y él responde apretando la suya tan fuerte que le hace daño.

—Me siento avergonzado... Pienso tanto en ti que no puedo concentrarme en los estudios. No puedo dormir. Me estoy volviendo loco. Temo que... Quizá deberíamos dejar de vernos.

—¡No! No digas eso...

Se acerca a él y le rodea con los brazos. Le conmueve profundamente sentir sus huesos: sus omóplatos, las costillas de su espalda. Nota su olor penetrante y ligeramente mohoso cuando él la aprieta contra su pecho. Su chaqueta le raspa la mejilla. Vuelve la cabeza y se retira un poco para mirarle a la cara. Él la contempla con opresiva ternura. Flora está casi asustada: la abrumba tanta responsabilidad y, en parte porque no puede soportar seguir mirándole, acerca la cara a la suya y siente el calor suave y único de su boca pegada a la de ella. Él mueve la boca, toca sus labios con la lengua. Ella los abre y, al hacerlo, intuye que no hay vuelta atrás. Es asombroso, como una llave que abriera todo su cuerpo, y el ansia agridulce que ha arraigado dentro de ella se agita como si tuviera vida propia. Advierte entonces que se aprieta contra él como si su cuerpo actuara por su cuenta, al margen de su mente, que permanece atenta a cada sensación: a las manos de Mark acariciando su espalda, a los ruidos suaves y húmedos que producen sus besos. A través de sus faldas, nota algo duro entre las piernas de Mark y no sabe qué pensar. Y entonces, temerosa, aparta la boca respirando agitadamente y él la estruja de nuevo contra su pecho. Flora clava incómodamente la barbilla en su hombro.

—No podemos... —dice jadeante.

—Te quiero, mi querida niña. Di que algún día serás mía. Por favor...

Un pájaro oscuro rompe a volar entre las hojas, por encima de ellos, graznando con reproche. Mark mira nervioso a su alrededor. Ella contempla su hermoso perfil y sus sentimientos caóticos dan un vuelco, se transforman súbitamente y la impulsan a decir:

—Sí, algún día.

Sus bocas vuelven a encontrarse, y luego Mark se aparta de ella, deja un espacio entre los dos, respira hondo. Sujeta a Flora por los brazos.

—Flora, cariño... Creo que será mejor que nos vayamos. —Trata de sonreír con normalidad, desenfadadamente.

—Sí.

Respira hondo y mira a su alrededor. Están completamente solos. No se le ha ocurrido pensar que pueda pasar alguien por allí y sorprenderlos abrazados. Ahora, al darse cuenta, se queda paralizada de espanto.

* * *

Durante el trayecto de regreso a Londres permanecen callados, pero el suyo es un silencio distinto, un silencio que ha dejado de ser violento y opresivo. Es como si ambos se sintieran tan colmados que no hace falta decir nada. Al menos, eso es lo que siente Flora. En Albert Bridge, Mark se echa de pronto hacia delante y apoya la cabeza en las manos.

—¡Mark! —exclama ella alarmada, y le pone la mano sobre el brazo—. ¿Te encuentras mal?

—Lo siento —contesta él con un susurro que es a medias un gemido—. Todo esto es un error.

—¿Qué quieres decir? —Se inclina hacia él. Hay otras personas en el piso de arriba del ómnibus.

—He empeorado las cosas.

—No, nada de eso.

—No puedes quererme —se lamenta él.

—Pero te quiero. Mark...

—Olvida todo lo que he dicho. No tenía derecho a pedirte eso.

—¡No! No te arrepientas. Yo no me arrepiento.

Pone la mano sobre su brazo, le zarandea hasta que levanta la cabeza. Quiere que la mire como la miraba en el parque. Se inclina hacia él y susurra:

—Estoy contenta. —El ómnibus se acerca al punto donde tienen que cambiar de línea—. Aquí es donde tenemos que bajarnos.

Mark no se mueve.

—Mark...

Él sacude la cabeza.

—Déjame.

Atónita y un poco asustada, Flora le suelta.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento. Perdóname, Flora. Vete, por favor.

Ella no sabe qué hacer. El ómnibus se aparta a un lado de la calzada.

—No lo sientas, cariño —masculla de nuevo, y le aprieta el brazo un momento antes de levantarse y bajar por la escalera.

* * *

Pasados dos días en los que Flora no ve a Mark ni siquiera de lejos por los pasillos y él no asiste a la clase de Química, Iris la llama al salón cuando llega a casa y le sirve una copa de jerez. Flora niega con la cabeza.

—Tómatela. ¿Cuánto tiempo llevas en Londres?

Flora siente un escalofrío.

—Siete..., ocho meses. Estoy segura de que puedo encontrar otro sitio, si estás...

—Flora, por favor. Solo quería decir que te conozco ya lo suficiente como para saber cuándo eres desgraciada. No te habré presionado demasiado, ¿verdad?

Flora niega de nuevo con la cabeza.

—No sé cómo la gente consigue acabar una carrera a tu edad, cuando todo es tan apremiante. Se trata de un hombre, ¿verdad? Querida, no voy a enfadarme, da igual lo que hayas hecho.

—¡No he hecho nada!

—Bueno, si no te has prometido en matrimonio, no te has casado y no vas a tener un bebé, eso simplifica las cosas.

Flora, a su pesar, deja escapar una risa ahogada.

—Pues... no.

—Bien. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

Flora lo intenta, pero el relato de su relación con Mark y de lo sucedido el domingo anterior tiene poco sentido incluso para ella.

—Puede que tenga razón al decir que no te merece.

Flora menea la cabeza con vehemencia.

—No soporto pensar que se tenga en tan poca estima siendo tan brillante. Es más listo que todos nosotros juntos.

—Puede que no se estuviera refiriendo a sus orígenes. ¿Hasta qué punto le conoces?

Flora la mira extrañada.

—¿Qué quieres decir? Sé que es una buena persona.

—Si lo es, te explicará su comportamiento. Sé que... Para mí no es lo mismo, como quizá ya sepas. —Iris hace una pausa, enciende un cigarrillo con innecesaria parsimonia—. Pero sé que, si la gente se comporta de forma extraña, siempre hay un motivo.

* * *

Flora escribe a Mark cuando vuelve a faltar a clase. Al día siguiente, él reaparece en el aula y le lanza una mirada indecisa que atraviesa a Flora hasta la médula de los huesos.

Esa tarde se queda a esperarla después de clase y cruzan juntos Fitzroy Square Garden a la sombra moteada de los plátanos. Mark se disculpa con su acostumbrada mezcla de ternura y petulancia.

—Tu carta era magnífica. Eres muy sabia.

—No.

—Lo que decías sobre el futuro... Tienes razón. Solo estamos empezando. Pero es tan difícil estar contigo y... Quiero darte un porvenir, pero me da miedo perderte antes de tener nada que ofrecer.

—No vas a perderme.

Se detiene y le mira a los ojos, y de pronto se siente impelida hacia él. Recuerda la impresión que dejó su boca sobre la suya, la turbación de su cuerpo.

—La culpa es tan mía como tuya. Entiendo lo difícil que es esto.

—Tú no tienes la culpa, y dudo que de verdad lo entiendas, pero... gracias.

—¿Por qué lo dudas? ¿Te parece imposible que una mujer sienta... lo que siente un hombre?

—Bueno... —Mark sonríe—. Difícilmente puede ser lo mismo.

—¿Sabes acaso lo que siento? ¿Cómo sabes que es distinto?

Él la mira divertido.

—Está bien. No sé lo que sientes *empíricamente*. Pero hay ciertas..., eh..., diferencias insoslayables... Los médicos están de acuerdo en que...

—¡Médicos! Hombres que tampoco saben nada. Yo sé lo que siento, *empíricamente*. Ansío tocarte. Quiero estar contigo. Es duro, con todo el tiempo que pasamos juntos —susurra apasionadamente.

Mark parece sorprendido. Luego cierra los ojos.

—No me lo estás poniendo fácil.

Flora no ha sido del todo sincera: le desea más cuando está a solas, cuando la distancia le permite recrearse en sus sentimientos sabiéndose a salvo. En su presencia, se siente constantemente desconcertada por las cosas que dice o hace. O puede que la pasión que siente tenga por objeto a una persona ideal que se parece al Mark de carne y hueso, pero que no es idéntica a él. La conciencia de ese dilema la asusta a veces.

—Iris quiere conocerte.

Su semblante cambia instantáneamente. Sonríe con conmovedora gratitud. Por eso le quiere, se dice Flora: porque, por debajo de sus cambios de humor y su desconfianza, hay un alma sedienta que responde a la bondad de los otros con avidez enternecedora.

Mark se apresura a disimular su reacción.

—¿Ah, sí? ¿Qué le has contado de mí? Seguro que no daré la talla.

—Le he dicho que me importas. Y que eres la persona más inteligente que conozco.

—¡Ja! Entonces, ¿tendré que lucirme? —Sus mejillas se tiñen de rubor.

—Iris te gustará. Es socialista.

—El tipo de socialista que vive en una mansión en Kensington y tiene una inmensa fortuna.

—¿No es necesario para la causa que haya unos cuantos así?

Él sonríe. Flora, contenta y aliviada, experimenta una oleada de ternura: si Mark se muestra quisquilloso a veces, se debe únicamente a que su infancia ha sido dura y tiene que luchar a brazo partido para pagarse los estudios.

—¿Vamos al parque? —La mira de soslayo—. Podríamos hacer algunas pruebas empíricas.

Flora finge pensárselo, pero un calor placentero y peligroso se difunde por sus entrañas. De pronto se le viene a la cabeza el artículo sobre circulación atmosférica que ha leído hace poco: *cualquier incremento de la temperatura se traduce invariablemente en un aumento de la inestabilidad*. La atmósfera es únicamente la de Regent's Park un viernes a primera hora de la tarde, de modo que no hay mucho peligro. Solo el justo.

Capítulo 8

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O

Verano de 1890

Flora se trasladó a Londres para poder estudiar con reputados científicos, pero a un explorador no le basta con estar cualificado y ser competente, al menos a ella no le basta, de ahí que Iris celebre cenas para que conozca a «personas influyentes». Entre los invitados hay artistas, escritores y algún que otro empresario y político de segunda fila. Iris reconoce que no es la alta sociedad, pero sí un círculo interesante. Son personas con dinero que en su mayoría sienten curiosidad por Flora y sus ambiciones y son más sutiles que el doctor Sullivan a la hora de expresar su escepticismo. Casi siempre está presente una de sus mejores amigas, una escritora llamada Jessie Biddenden. De edad tan ambigua como la propia Iris, Jessie es baja y rechoncha, con una cara bonita y felina y ojos exóticamente rasgados. Flora piensa a veces que la exploradora debería ser ella. Irradia una energía que la asusta: un ímpetu inquieto y calculador que no parece tolerar resistencia alguna. Flora se pregunta si es también lesbiana.

En una ocasión acude también un auténtico explorador, Gregory Bala, recién llegado de Mesopotamia. Tiene un aspecto imponente, con sus enormes patillas rubias, pero más impresionante aún es escucharle. Habla con un ligero acento extranjero, nació en Hungría, y posee una voz modulada y ronca capaz de hacerse oír en todo el salón. Con una cortesía deliberada y trabajosa pregunta a Flora por Groenlandia y su cultura. Mientras contesta, Flora tiene la clara impresión de que Groenlandia le parece un lugar tan primitivo que apenas merece una visita. Él ha regresado de Asia cargado de tesoros maravillosos: pergaminos antiguos, estatuas, pinturas. Objetos de oro. Y un saber extraordinario. Durante una pausa en la conversación, clava la mirada en el pecho de Flora y la mantiene fija allí unos segundos, turbadoramente. Flora trata de hundirse en su silla. Luego él señala su seno derecho.

—Me parecía que lo había visto antes. ¿Sabía usted, señorita Mackie, que la..., eh..., la parte superior de su vestido está adornada con un símbolo de fertilidad babilonio?

—Eh..., no —contesta Flora desmayadamente, mirando el estampado de círculos entrelazados de su corpiño, consciente de que nunca volverá a ponérselo.

En semejante compañía, le cuesta expresar por qué ansía regresar al Norte. A veces se siente absolutamente incapaz de enfrentarse a estas personas que parecen esperar de ella más ingenio o erudición de los que posee o poseerá nunca. Al final de la velada con Bala, cuando todo el mundo se ha marchado ya, rompe a llorar.

—Santo cielo, niña, ¿estás enferma? —Iris parece irritada.

—No. Yo... Lo siento. Intento... Quiero causar buena impresión, por ti. ¡Pero me siento tan torpe! Sé tan poco, y esas personas son tan inteligentes... ¡Hablan francés! Yo... ¡no estoy a la altura!

Se está acordando de una mujer elegante, con cintura de avispa, que despertaba la hilaridad de los invitados con sus comentarios en una lengua desconocida para ella.

—Vamos... La señora Harding es un adorno para decorar la mesa. Ese idioma era italiano, por cierto, querida, y solo lo habla porque su madre era una golfa que se escapó con un principito de tres al cuarto. Tú hablas esquimal, lo que no se puede decir de los demás.

—¡Pero nadie sabe qué estoy diciendo! ¿De qué me sirve si nadie me entiende?

Iris la mira con cariñosa exasperación.

—Lo haces muy bien, Flora. Te lo digo yo, aunque tú no te des cuenta. Y la linda señora Harding jamás financiará una expedición, así que no te preocupes por ella.

—A lo mejor podrías invitar a Mark a la próxima velada. —Flora sonríe, indecisa.

—¿De verdad crees que disfrutaría?

A decir verdad, no está segura de que Mark vaya a encontrarse a gusto en ese ambiente. Es probable que se sienta inferior y que se muestre resentido, malhumorado o algo peor.

—Me lo pensaré —añade Iris—. Pero el próximo viernes no puede ser. Tengo mucho interés en que conozcas a cierta persona, y no conviene que parezcas demasiado... apegada a nadie.

—¿Por qué? ¿Quién es?

Iris sonríe.

—Ya lo verás. Pareces cansada. Vete a la cama. ¿Has escrito a tu padre

últimamente?

—Está en el Norte —contesta Flora.

O sea, no.

* * *

La última carta que escribió a su padre, enviada en mayo, justo antes de que empezara la temporada ballenera, era extremadamente anodina. Las cartas que le escribe el capitán Mackie no son mucho mejores. Nunca tiene nada interesante que contarle: solo habla del tiempo (malo, como de costumbre) y de lo mucho que le duelen las rodillas (lo que resulta deprimente), además de enviarle recuerdos para Moira, Jean y sus escasos conocidos en la ciudad. No muestra curiosidad alguna por sus estudios ni por su vida en general. Flora le habla de sus estudios, quiere demostrarle que le va bien, y le cuenta que está conociendo a gente importante, aunque el capitán Mackie nunca haya oído hablar de esas personas. De Mark Levinson no le ha escrito una sola palabra. No le ha dicho que está enamorada.

* * *

Cuando la primavera da paso al verano, Mark y ella llegan a un acuerdo. Un sábado sí y otro no, Mark viaja hasta Kensington y salen a pasear por el parque o van a visitar un museo, y luego vuelven a casa de Iris a tomar el té. Pero, si Iris no está, van a su casa enseguida y Flora lleva a Mark a su salita de estar, en el piso de arriba. Pueden quedarse de pie o sentarse en el sofá, pero, si se sientan, no pueden tocarse de cintura para abajo. Estas normas, adoptadas por Flora tras sus desconcertantes pesquisas en la sección de medicina de la biblioteca, estipulan que permanezcan vestidos, aunque la definición de «vestidos» sea lo bastante elástica como para permitirles desabrochar cierto número de botones. Flora cierra la puerta y presta atención por si oye los pasos de los sirvientes. Cuando se convence de que están solos, se acerca a Mark —él la espera, muy serio—, le quita las gafas y las deja sobre un velador.

—Ahora estoy en desventaja —dice Mark la primera vez con una sonrisa nerviosa.

Desde tan cerca, parece distinto: la textura de su piel, fina y un poco cetrina, sus ojeras, sus pestañas negras, los poros de su mandíbula y su cuello, la suavidad de plumón de debajo de sus orejas. Flora aspira su olor almizcleño. Le

da un vuelco el corazón al advertir que él está temblando. Le besa suavemente, con ternura: su cuello, su sien, su mejilla, sus labios. Y, cuando acorta la distancia que los separa y se arrima a él, se estremece de felicidad al sentir su erección clavándose en su vientre, y aprieta los senos contra su pecho.

—¿Esto está permitido en *sabbat*? —pregunta en tono burlón.

Sabe que el padre de Mark no mueve un solo dedo, ni siquiera para encender el fuego, desde que se pone el sol el viernes hasta que aparece la tercera estrella el sábado por la noche.

—A decir verdad, se fomenta —contesta él con una sonrisa de felicidad—. O se fomentaría si estuviéramos casados.

La besa otra vez y Flora abre la boca. Le cuesta creer que, hasta hace poco, dudara de querer llegar a este punto. Mark la aprieta contra sí acariciándola y ella le desabrocha la camisa y posa las manos sobre su piel blanca, haciéndole gemir. Esta mañana, Flora se ha vestido pensando en facilitarle las cosas: para que no le cueste desabrocharle la blusa y la camisa y pueda besar y acariciar sus pechos. La asombra y la llena de dicha que su cuerpo, que siempre le ha parecido torpe y gordo, sea capaz de generar tal éxtasis, y al hundir los dedos en el vello de Mark gime de placer. Se les hace muy difícil permanecer de pie, y en cierto momento ella agarra la bragueta de su tieso pantalón de estameña y comienza a mover la mano adelante y atrás, presionando, hasta que Mark ahoga un gemido, la agarra del hombro y se estremece. Después, la aprieta contra sí cerrando los ojos y dice que la ama, que la ama.

Flora hace esto porque quiere, porque le alegra poder aliviarle, pero tanto para ella como para él resulta insatisfactorio. Lo que desea de verdad es estar desnuda junto él, sentirle, verle por completo y que la colme. Siente dentro un vacío doloroso, cuajado de frustración. Y el hecho de que Mark frote a ciegas su pubis por encima de la falda no ayuda gran cosa. A veces tiene la sensación de estar a punto de llegar a una crisis, pero esa crisis nunca llega del todo. Es posible que Mark no note esa falta o que sea demasiado inexperto para preguntarle, y a ella le da vergüenza decírselo, y en todo caso no sabría cómo expresarlo.

Lo único que puede hacer es esperar hasta más tarde, cuando pueda retirarse a una hora razonable y volver a evocar esa ansia para satisfacerla por fin. Sabe cómo hacerlo; siempre lo ha sabido. No recuerda ninguna época en que no lo supiera.

* * *

En una de las cenas de Iris a la que no está invitado Mark, Flora conoce a Freddie Athlone, un terrateniente angloirlandés que quiere ser explorador. Nunca ha estado en Groenlandia pero sí en Spitsbergen, cuyas imponentes montañas ha escalado. Tiene ciertas teorías acerca del Polo Norte. Y Flora le interesa, no solo por su pasado y por su experiencia, sino por cómo es, aunque Athlone sea mucho mayor que ella: tiene treinta y un años. A Flora le cae bien: es entusiasta y está bien informado. Tienen cosas en común. Al día siguiente, Iris recibe una nota suya invitándolas a cenar.

—Sabía que congeniaríais —dice tranquilamente—. Por fin alguien que sabe de lo que hablas.

—No sé qué hacer —dice Flora—. Me gustaría ir, pero...

—Pero ¿qué? Es solo una cena.

—Lo sé. Es que creo que debería... Verás, Mark y yo... hemos hablado de casarnos.

—¿Qué?

—Estamos... estamos prometidos, aunque no oficialmente, claro.

Iris la mira con fijeza. Sus cejas desaparecen bajo el flequillo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace poco.

—Creía que no ibas a hacer ninguna estupidez.

—¡Y no la he hecho! Le quiero.

—Prometerse en matrimonio con alguien así...

—¿Con alguien *cómo*?

—Con alguien que, por listo que sea, no tiene dinero ni influencia. ¿De verdad quiere Mark que seas exploradora? ¿Está dispuesto a permitir que destaques más que él? ¿Puede ayudarte a ir al Ártico?

Flora la mira sin saber qué responder.

—¿Estás embarazada?

—¡No!

—¿Seguro?

Flora piensa: «Si tú supieras...».

—Flora, quiero que pienses qué es lo que deseas. Si de verdad quieres ser la señora Levinson de Bethnal Green y tener una tropa de niños con tirabuzones, es decisión tuya. Pero ¿crees que puedes tomar ese camino y también ir al Ártico?

—¡Eso es ridículo! No sería así —responde, pero acaba la frase mascullando en voz baja. En parte piensa: «¿Sería así? ¿Quién dice que no?».

Iris suspira.

—¿Lo sabe tu padre?

—Está de viaje. Como te decía, no es oficial.

Se hace un silencio incómodo entre ellas.

—Vamos a aceptar la invitación del señor Athlone. No es más que una cena. Además, ¿quién ha dicho que le interesas? Es un soltero muy deseado. Seguramente tiene decenas de mujeres bailando a su alrededor.

* * *

—Pareces cansado.

Flora y Mark han quedado en Tavistock Square después de clase. Él parece rendido y preocupado, pero faltan apenas un par de semanas para los exámenes finales y en la universidad reina un ambiente general de tensión.

—Estoy bien. Anoche estuve levantado hasta tarde, repasando.

—¡Como si te hiciera falta!

—¡Claro que me hace falta!

Mark se enoja con facilidad, pero Flora está acostumbrada a sus accesos de mal humor.

—Todo el mundo dice que vas a ser el primero del curso.

Él sacude la cabeza y se queda mirando los árboles. Así, a Flora le resulta más fácil decir lo que tiene que decir.

—He estado pensando. Quizá sea mejor que no nos veamos este sábado.

—Ah. Muy bien. De todos modos, tengo que estudiar.

Contrariada porque no se muestre más afectado, Flora añade:

—Es que va a haber una cena. Una importante. Habrá gente interesada en el Ártico y quiero estar preparada.

Mark la mira. Un extraño brillo anima su rostro.

—¿Dónde es la cena?

—En casa de un amigo de Iris. Frederick Athlone.

Mark sonrío rápidamente, apesadumbrado.

—Ah, ese aristócrata al que conociste hace poco.

—Sí. Ha estado en Spitsbergen.

—Por eso no me invita Iris, ¿verdad?

—Pero ¿qué dices?

Él sonrío, burlón.

—Un simple judío del East End. No formo parte de ese mundo.

—No seas absurdo.

—Bueno, no quiero estorbarte. Estoy seguro de que le vas a encantar.

—¡Es una cena!

—La segunda.

Flora resopla bruscamente.

—¿Por qué te pones tan...? ¡No hay razón para que estés celoso!

—¿Ah, no?

—Es a ti a quien quiero.

Su semblante se suaviza, como sucede siempre que le dice que le quiere. Como si esas palabras le dejaran indefenso.

—Pues entonces demuéstraselo a ellos. Cásate conmigo, Flora. Enseguida.

Flora se pregunta si está bromeando.

—¡Mark, tenemos exámenes! Algún día nos casaremos pero... Hay cosas que quiero hacer. Y tú también. Tenemos que hacerlas. Por lo menos, empezar.

La sonrisa burlona ha vuelto a aparecer, y Flora se siente al borde de las lágrimas.

—Lo que quieres decir es que no tengo dinero para ayudarte. En cuanto puedas, te irás con uno que sí lo tenga. En realidad no me quieres.

—¡Basta ya! —Las lágrimas se desbordan—. Tú sabes que te quiero.

Pero también le odia. Ahora mismo está pensando: «No, no quiero ser la señora Levinson del dichoso Bethnal Green».

—Demuéstralo. Cásate conmigo.

—¡Ahora no puedo, idiota! No podemos casarnos.

Mark tiene la cara colorada; parece extrañamente alterado. Una parte de Flora los contempla a ambos, pensando: «¿Qué demonios le pasa a esa gente?».

—No, claro que no. Qué idea tan ridícula. Solo te he gustado una temporada. Un poquito. —Mark da un paso atrás, se aparta de ella—. Pero no estás dispuesta a renunciar a nada por mí, ¿verdad que no?

—¿Y por qué debería hacerlo? —Su voz suena entrecortada y torpe. Entonces rompe a sollozar ruidosamente, sin importarle que la gente los mire—. Mark...

—Te dije que no era digno de ti.

Se yergue, convertido en un mártir cuya causa Flora no entiende. Gira sobre sus talones y se aleja.

En cuestión de minutos, el hombre al que ama y detesta quizás a partes iguales se las ha arreglado para provocar una pelea. ¿O quizás ha sido ella quien la ha provocado? Flora ignora qué ha ocurrido, pero es una ruptura. Una ruptura que, pese a ser inesperada y sorprendente, parece definitiva.

* * *

Después de la cena, Flora accede a volver a ver a Freddie Athlone. Le gusta hablar con él. Athlone respeta sus conocimientos y parece ansioso por aprender de ella. Y Flora no es inmune a los halagos. La sostiene su indignación, su sentimiento de injusticia por la escena de Tavistock Square. Se ha prometido a sí misma no ceder, no escribir a Mark, pero aun así lo hace: le escribe una carta en la que da rienda suelta a su desconcierto y su tristeza. Recibe su respuesta a vuelta de correo.

Mark afirma que lo suyo ha terminado. Le pide (no, le ordena) que no vuelva a escribirle. Si lo hace, no contestará.

Su carta le causa tal aflicción que tiene que destruirla, pero no consigue borrar las palabras que han quedado grabadas a fuego en su cerebro: *No soy digno de ti, es lo único que necesitas saber. Y: Que conste que es mejor que las cosas no hayan ido más lejos entre nosotros.*

* * *

Hace los exámenes de segundo curso abotargada por la tristeza. En el aula de examen, trata de no mirar a esa figura que le resulta tan conocida, pero en dos ocasiones alcanza a ver su espalda alejándose por un pasillo y se pone enferma. No puede impedir que le dé un vuelco el corazón cada vez que Isobel menciona a Herbert o a otro de sus amigos, por si acaso... Pero nadie le habla de Mark, porque nadie sabía lo suyo. Ha descubierto lo bien que se le da guardar secretos.

* * *

Nunca ha estado en casa de Mark. Durante días, tras terminar el curso, se atormenta preguntándose si debe ir a verle. Se lo reprocha a sí misma: es la Reina de las Nieves, ¿dónde está su valor?

Las señas de Mark la conducen hasta una vivienda situada en Old Ford Road: una casita baja en medio de una hilera de edificaciones idénticas, muy cerca de la calzada. Las ventanas de abajo tienen las cortinas corridas. Pero tal vez eso no signifique nada: la acera es tan estrecha que la gente que pasa podría tocarle con solo estirar el brazo.

Llama y espera. Cuando ya cree que no hay nadie en casa, oye un ruido dentro y se abre la puerta. El hombre que aparece ante ella se parece tan patéticamente a

Mark, es tan claramente su padre, que Flora le mira atónita: el mismo cabello ensortijado, tirando a gris en su caso; las mismas cejas, la misma boca, la misma mandíbula. Está un poco encorvado. Tiene la expresión sagaz e inteligente de Mark pero más suave, matizada por el humor y la resignación.

—¿Sí? ¿Qué es lo que desea, señorita? —pregunta con un acento extranjero que ella no reconoce.

—Quería ver al señor Mark Levinson.

Él baja la vista.

—No sé si está en casa.

Flora no puede impedir que sus ojos miren más allá de él. La casa es tan pequeña que su afirmación suena un poco absurda.

—A veces sale a dar un paseo sin decírmelo. Mi oído ya no es el que era.

—Ah. —Flora sonríe, avergonzada porque haya adivinado tan fácilmente lo que está pensando—. Me llamo Flora Mackie. Soy una amiga de la universidad.

Al decir esto, advierte un movimiento en la escalera. Mark aparece en el descansillo en penumbra. Se abre un paréntesis durante el cual ninguno de los tres dice nada.

—No pasa nada, papá. —Mark baja para reunirse con ellos en el diminuto recibidor.

Flora advierte con asombro que habla de manera distinta: su acento es mucho más fuerte que el que ella conoce.

—¿Quieres que prepare té?

—No. Vamos a ir al parque. —Se dirige a Flora, pero no la mira a la cara.

—Gracias —le dice ella a su padre cuando Mark la hace salir.

El señor Levinson asiente con la cabeza y cierra la puerta. Mark se aleja a grandes zancadas. Flora tiene que apretar el paso para no quedarse atrás, pero la acera es demasiado estrecha para que caminen codo con codo.

En cuanto doblan la esquina de la calle siguiente y aparece ante ellos la verja del parque, él afloja un poco el paso.

—Se parece a ti. —Flora quiere obligarle a mirarla—. Mark...

—¿Por qué has venido? Te dije que no vinieras.

—Porque no lo entiendo.

Él sigue caminando.

—Y porque te echo de menos.

Se ha jurado a sí misma dos cosas: decir la verdad y no llorar. Cumplir la segunda ya le está resultando difícil.

Él suspira.

—Me marchó. Voy a dejar la universidad.

Flora se para en seco, pero tiene que echar a andar otra vez porque él no se ha detenido.

—¡No puedes! Mark... Te va a ir de maravilla.

—No. He suspendido los exámenes. —Habla con voz extrañamente apagada. Han cruzado la verja del parque y ahora caminan bajo los árboles.

—Eso no lo sabes aún. No han salido los resultados. Seguro que no es para tanto.

Mark afloja el paso y se detiene. Esta mañana no se ha afeitado, lo que le da un aire desaliñado, como de pirata. Ella empieza a sentirse aliviada. Si solo se trata de eso, de que está preocupado por los exámenes...

—¿Qué tal te va con el ricachón explorador?

Flora acusa el golpe, pero se alegra de tener un motivo para enfadarse.

—Nos va bien. Aunque no se trata de nada romántico. Somos amigos, igual que soy amiga de David o de... de Isobel. ¿Tan difícil es de creer?

—Esto no tiene nada que ver contigo. Voy a dejar los estudios porque debo hacerlo. Tengo que ganarme la vida.

—Pero ¿por qué? ¿Tu padre está enfermo? Tienes que acabar la carrera. ¡Solo te queda un año, Mark! Luego ganarás mucho más dinero que si lo dejas ahora. Tú lo sabes.

Él mira a su alrededor, camino abajo, a cualquier parte menos a ella. Tiene las manos metidas en los bolsillos, los hombros caídos.

—A veces pasan cosas que nosotros no elegimos y que sin embargo marcan el rumbo que debemos tomar.

—Pero, si te van mal las cosas, tus amigos pueden ayudarte. Iris puede conseguirte dinero si de verdad...

—¡No! Las cosas han cambiado. Voy a dejar la universidad. Es lo que quiero.

—¡No te creo!

—Bueno... —Sonríe amargamente—. Eso es cosa tuya.

—Mark, por amor de Dios... —Flora rechina los dientes, irritada—. Tú sabes que lo que digo es cierto. No puedes abandonar los estudios. Es un disparate.

—No, no lo es. Ahora no. Tengo... responsabilidades.

Ella se queda mirándole y hace un gesto de impaciencia.

—¿Qué responsabilidades?

Mark la mira a la cara por primera vez y ella se anima al ver en sus ojos una expresión de congoja. No está decidido, piensa. No del todo.

—No quería que me odieras, pero es mejor así. Bien sabe Dios que me lo

merezco. —Desvía la mirada y traga saliva con esfuerzo—. Voy a casarme.

Flora piensa por un momento que algo o alguien la ha golpeado. Todo parece tambalearse a su alrededor.

—Voy a ser padre.

* * *

Flora siempre ha creído que era inteligente. Y que su inteligencia actuaba como una salvaguarda: que podía tener lo que quería sin pagar un precio por ello. Creía que estaba manejando bien la situación. Pero no imaginaba que el precio a pagar fuera este.

—Pero si solo hace un par de semanas... —dice por fin con una voz que no reconoce como suya.

Mark clava la vista en el suelo. Apenas se le oye cuando habla.

—Fue antes de que... de que estuviéramos juntos de verdad. Sé que no es excusa. Lo siento. Como ves, no vale la pena que te preocupes por mí.

A unos pasos de allí, una ardilla de ojos vidriosos y saltones se afana con algo que sostiene entre las manos, absorta en su trofeo. Flora la mira fijamente.

—¿Quieres decir que todo ese tiempo, cuando...?

—No. ¡No! En absoluto.

—¿Quién es ella?

Flora lucha por deshacer el nudo que nota en la garganta. Al menos se está enfadando. Alimenta su ira en un intento de impedir que la embarguen otras emociones.

—Alguien de por aquí.

—¿La quieres? —pregunta ásperamente, con una ferocidad que no buscaba.

—Voy a cumplir con mi deber. Hice algo mal y tengo que repararlo. Es lo correcto.

—¡No es lo correcto! Por amor de Dios... Si no la quieres, si cometiste un error... ¡No deberías tener que pagar por ello el resto de tu vida!

—¿Y qué sugieres? ¿Que la abandone a su suerte? No se lo merece. Y el niño es mío.

—Hay... sitios. Instituciones benéficas...

—Dirigidas por ricachones amigos tuyos, sin duda.

—Si no la quieres, no te cases con ella. ¿Desde cuándo eres tan esclavo de las convenciones?

—No dirías eso si te vieras en ese aprieto.

Flora jadea como si hubiera estado corriendo. Se siente mareada.

—¡Yo no me vería en ese aprieto! Pero si te quisiera, no te pediría que arruinaras tu futuro. Y no querría que te casaras conmigo por lástima para que después me guardes rencor toda la vida. Ella tampoco se merece eso.

Durante unos segundos angustiosos, cree que Mark está a punto de llorar. Parece tan angustiado, tan joven... Ella siente de pronto que le dobla la edad.

—Cásate si tienes que hacerlo, pero no dejes los estudios. Acaba la carrera. Yo te ayudaré a conseguir dinero.

—Es imposible. No puede ser.

—Iris te ayudará.

Mark suelta una carcajada salvaje.

—¿De verdad crees que va a ayudar a un sinvergüenza como yo? ¿Después de lo que he hecho?

—Si yo se lo pido, sí.

La amargura se disipa entonces: se agota lentamente, al igual que su resistencia. Y que su ardor.

—No, Flora —dice—. No puedo soportarlo. Lo siento muchísimo. Vete a casa y olvídate de mí. No te merezco.

Ella nota que dos lágrimas le corren por la cara.

—Piénsalo, Mark. No te...

—Tengo que irme, Flora. He quedado con... mi prometida. Nos casaremos pronto. Dentro de dos semanas.

Lanzándole otra mirada, una mirada derrotada y mortecina, se vuelve hacia la verja. Flora da media vuelta para regresar con él. No soporta la idea de que la deje atrás.

—Eres un pusilánime —sisea con voz entrecortada.

Quiere que se enfade. Que saque a relucir su sarcasmo, que se ponga a la defensiva: ese es el Mark que reconoce; el que puede soportar.

Él da un respingo.

—Voy a cumplir con mi deber. Tienes que aceptarlo.

—No —contesta ella con voz extraña y traicionera—. ¡No lo acepto!

Pero se detiene.

Mark lo nota y se para una fracción de segundo. Luego sigue caminando con paso desigual, dando una sacudida, como si acabara de romper la tirantez que los unía.

* * *

Flora se deja caer en el banco más cercano. Piensa que va a vomitar, pero se le pasan las ganas al cabo de un minuto.

Regresa a la casa de Old Ford Road. Cuando abre el señor Levinson, apoya la mano en el quicio de la puerta.

—Señorita Mackie... ¿Mark no está con usted?

—Ha ido a reunirse con su prometida. Le he dicho que no debe abandonar sus estudios. Si es el dinero lo que le impide acabar la carrera, sus amigos pueden ayudarle. Quiero que usted lo sepa. Mark no debe echar a perder su futuro de esa manera.

Habla deprisa, sin atreverse a hacer una pausa.

—Ay, señorita. —El señor Levinson tensa los labios en una sonrisa fatigada—. Gracias y, por favor, dé las gracias a sus amigos por su generosidad. No es cuestión de dinero. Mark ya ha tomado una decisión. En su caso, siempre es cuestión de orgullo. Siempre el orgullo.

—Dígaselo, por favor.

El señor Levinson se encoge de hombros y asiente con la cabeza. Se parece tanto a Mark, pero sin su ira y su dolor, que Flora no soporta seguir mirándole.

—Señorita Mackie...

Ella se vuelve de nuevo hacia la puerta.

—Tengo entendido que mi hijo y usted eran buenos amigos.

Flora no confía en poder hablar.

—Lamento muchísimo los trastornos que le haya causado.

Capítulo 9

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

Primavera de 1891

El Clarion se complace en anunciar que la Expedición Estadounidense al Noroeste de Groenlandia y Ellesmere está lista para zarpar. El jefe de la expedición, el señor Lester Armitage, dirigirá a un grupo de científicos con el fin de aumentar nuestros conocimientos sobre el Ártico. Sus admiradores están convencidos de que Armitage, de treinta y cuatro años de edad, no tiene rival a la hora de cumplir sus propósitos. Ayer manifestó ante el representante de este periódico su pesar porque nuestro país se haya quedado rezagado en la carrera por el descubrimiento de esta región de hielos eternos. Debido a los «lamentables acontecimientos de los anales recientes de la exploración norteamericana», no se han llevado a cabo nuevos intentos de explorar desde este lado del Atlántico ese territorio tan cercano a nuestras costas y que, a su debido tiempo, podría ser objeto de una importante explotación comercial.

Los lectores del Clarion recordarán sin duda las expediciones de Hall, De Long y Greely, que se saldaron con una terrible pérdida de vidas humanas en los dos últimos casos y con un rescate casi milagroso en el primero. El señor Armitage tiene especial interés en hacer constar que los problemas que sufrieron las expediciones anteriores se debieron a una mala planificación y a un exceso de participantes, muchos de los cuales no eran estadounidenses, lo que provocó numerosas desavenencias. Él, por su parte, se propone evitar tales cismas encabezando un reducido grupo de «aguerridos norteamericanos» y está persuadido de que una planificación meticulosa reduce los riesgos casi por completo. Su objetivo es cartografiar, explorar y desvelar los secretos de las regiones polares, ampliando así el corpus del conocimiento humano en nombre de los Estados Unidos de América.

The Brooklyn Clarion, 1 de marzo de 1891

A pesar de que viene recomendado, el candidato no causa buena impresión en Lester Armitage a simple vista. Le está costando digerir otro almuerzo apresurado y entra en su despacho de Gramercy Park masticando un comprimido contra la dispepsia. Al oír una tos, se detiene y cierra la puerta a sus espaldas sin hacer ruido. Siempre que puede, le gusta observar a los candidatos sin que se den cuenta. Excusa este comportamiento alegando ante sí mismo que es muy consciente de los desastrosos resultados de las expediciones anteriores, cuyos problemas surgieron, según los informes que ha leído, de una mala elección de sus integrantes. Y, dada la premura con que tiene que entrevistar a los candidatos, ninguna ayuda viene mal.

El joven que le espera en el pasillo está leyendo un pequeño volumen —lo que indica que tiene recursos intelectuales— mientras sostiene entre los dedos un cigarrillo liado. Ha cruzado las piernas delgadas como cañas y la puntera de una

de sus botas se mueve espasmódicamente, señal de un carácter nervioso. Tiene el rostro enjuto y el pelo rebelde y desgredado como un vilano, una impresión que refuerzan las hebras grises que salpican pródigamente su cabellera (¿una debilidad congénita?). Pero, a pesar de sus canas, posee la elasticidad y la energía de la juventud.

Lester abre y cierra la puerta de nuevo y sale de las sombras. El candidato levanta la vista, descruza las piernas, cierra el libro con un chasquido —Lester advierte que se trata de *Los glaciares de los Alpes* de Tyndall— y se pone en pie. Es más bajo y menos fornido que Lester, pero casi todos lo son. Una sonrisa extremadamente encantadora pliega su rostro. Le tiende la mano.

—He venido a ver al señor Armitage. ¿Es usted? —pregunta con una desenvoltura que despierta la envidia de Lester y, por tanto, su desconfianza, pero que de algún modo, en esta ocasión, le desarma—. Soy el geólogo. Jakob de Beyn.

—Yo soy Armitage. Pase.

Conduce a De Beyn a su despacho. El escritorio está cubierto de papeles amontonados y archivadores de cartón. Hay cajas de madera apiladas contra las paredes, como esperando la llegada de un trineo. Apenas queda sitio para llegar a la mesa. Lester suspira con la impaciencia propia de quien no tiene tiempo para nada y le indica una silla cubierta de papeles. Jakob los coge y, al no encontrar ningún espacio libre donde colocarlos, se sienta con ellos sobre las rodillas y espera. Tiene un rostro franco y unas facciones que traslucen inteligencia y buen humor. Lester deja transcurrir un largo silencio antes de tomar la palabra.

—¿Por qué fracasó la expedición de Greely?

Jakob parpadea. Frank ya le advertía en su carta que debía prepararse para un interrogatorio exhaustivo. Acaba de leer la crónica de Greely sobre la expedición, así como todas las obras sobre el Ártico que han caído en sus manos. En teoría no hay mucho que aprender, pero Jakob ha puesto todo su empeño y, sorteando valerosamente palacios de cristal y catedrales de cuento de hadas a la deriva, ha memorizado nombres y datos; los conoce al dedillo. Arde en deseos de ir al Ártico.

—Yo diría que, desde un punto de vista científico, no fracasó. Recabaron nuevos datos y cartografiaron más territorios que cualquier otra expedición anterior a esas latitudes. Naturalmente, solo se puede afirmar que una expedición ha tenido pleno éxito si todos sus miembros regresan con vida. Pero en mi opinión sus problemas se debieron en gran medida a la mala organización del abastecimiento. Dependían de las provisiones que debían llegarles desde el sur, y

esas provisiones no llegaron por motivos que escapaban a su control. La clave es ser autosuficientes, como lo son los esquimales, y como demostró Hall durante sus primeros años en el Ártico.

Los ojos de Lester, de una claridad desconcertante, le observan con atención. Jakob busca algo más que decir.

—Reducir el número de integrantes ayudaría. Y entablar buenas relaciones con los esquimales de la zona.

—¿Se ha documentado sobre el tema?

—Todo lo que he podido, sí.

Lester parece relajarse un poco.

—Entonces, ¿por qué quiere ir a semejante lugar?

* * *

Lester se ve obligado a revisar su primera impresión a medida que transcurre la entrevista. De Beyn ya no le parece un joven esmirriado y nervioso. No es ningún atleta, eso salta a la vista, pero pese a todo parece fuerte. Hace poco que ha regresado de su tercera expedición geológica a las Rocosas, donde ha escalado diversos picos y marchado por montañas vírgenes en pleno invierno. Ha cruzado glaciares e ideado un calzado que evita los resbalones en superficies heladas, y supera en formación y experiencia a la mayoría de los candidatos a los que ha entrevistado Armitage. Y, lo que es igual de importante, procede de una familia de calvinistas holandeses, algo muy a tener en cuenta. De hecho, Lester se forma la idea, quiméricamente, no por nada que diga Jakob, de que De Beyn pertenece a una de las antiguas familias de terratenientes holandeses; a una rama menor, quizá, a uno de los linajes de comerciantes que fundaron Nueva Ámsterdam. Pertenecer al grupo social idóneo es tan importante como estar en buena forma o tener sólidos conocimientos científicos y entereza moral; de hecho, abarca todas esas cosas. Los demás candidatos seleccionados son, cada uno de ellos a su manera, imponentes y pertenecen más o menos, como diría Lester, a la misma casta.

Armitage se congratula especialmente de la inclusión en el grupo de Jefferson Shull, un exatleta universitario rubio, fornido y afable, provisto de la desenvoltura que otorga el pertenecer a una familia de potentados. Incluso si los Shull no hubieran contribuido generosamente a las arcas de la expedición, a Lester le habría resultado difícil rechazarle: es de hombres como él de los que quiere rodearse. Se graduó recientemente en Derecho en Harvard, lo que en el

Ártico carecería de importancia, pero posee un físico impresionante, practica la caza, navega y ha viajado desde muy joven, tiene una puntería excelente y da la impresión de ser capaz de todo.

Louis Erdinger, el físico de Filadelfia, es bajo, robusto e infatigable, aunque no muy simpático. De hecho, carece de sentido del humor y le cuesta relacionarse, pero, claro, es un genio; todo el mundo lo dice. Se graduó *summa cum laude* en Cornell y, a sus veintiséis años, acumula ya numerosas publicaciones y va camino de convertirse en catedrático. Quienes le definen como un genio afirman también que su participación supone un auténtico espaldarazo para la expedición.

Y el último en unirse al equipo, su futuro médico, Frank Urbino, es todo un gigante: en el City College se le recuerda por haber corrido casi siete kilómetros con un tonel cargado a la espalda. A pesar de su apellido, es estadounidense por los cuatro costados. La esposa de Lester, Emma, fue al colegio con su hermana Angela, una chica encantadoramente atractiva. Es un médico de primera clase y un hombre con el que parece imposible no simpatizar. Posee una energía desbordante y siempre tiene propuestas inteligentes que hacer, ya sea para mejorar el diseño de los cajones de carga de los trineos, para recabar el apoyo de cierto miembro de la Junta de Comercio de Nueva York o para reclutar a un geólogo holandés aficionado al alpinismo.

* * *

En cuanto a Jakob, sus primeras impresiones de Lester Armitage son positivas. Frank le avisó de que era un poco frío pero increíblemente resuelto y ordenado. Todo ello es cierto, si bien Jakob sospecha que su frialdad obedece más a una reserva extrema que a una verdadera falta de emociones. Resuelto lo es sin duda: trabaja quince horas al día, ya sea en el despacho o dando conferencias y asistiendo a acontecimientos sociales en los que puede persuadir a personas con dinero de que inviertan en su proyecto.

Físicamente es imponente: alto y ancho de espaldas, de cara delgada, bigotudo y de porte marcial, casi ascético. Su apariencia constituye una enorme ventaja: tiene aspecto de explorador, o quizá sea que encaja con la idea que se hace el público de cómo ha de ser un explorador. Incluso su rigidez de trato es un punto a su favor. A los posibles donantes les parece un hombre serio y de fiar y, debido a su falta de desenvoltura social, no parece estar mendigando una limosna ni tratando de engatusarles. Le escuchan impresionados por su burda sinceridad y

su intenso patriotismo. Y abren sus billeteras.

Concluida la entrevista, Jakob sale de la oficina confiando, no sin reservas, en haberle causado buena impresión. Cree haber disimulado su nerviosismo desplegando su experiencia y su entusiasmo, y refrenando su impulso de sonreír con excesiva prontitud, un rasgo este que, a su modo de ver, le hace parecer pusilánime. El temor siempre presente a que le pregunten por su padre no se ha materializado. Armitage parece haberse dado por satisfecho con saber que su familia es protestante. Jakob le ha dicho, como le dice a todo aquel que le pregunta, que tanto su padre como su madre fallecieron.

* * *

El Ártico le atrae inmensamente, incluso más que las montañas del Oeste que, pese al amor que siente por ellas, está ayudando a expoliar con su trabajo. Por todas partes hay prospectores y topógrafos mineros como él escarbando y sondeando el terreno, a los que sigue una caterva de empresarios, constructores, taberneros, prostitutas y un sinfín de personajes más. Conoce un pueblo situado en un hermosísimo valle circundado por montañas nevadas, que en el plazo de cuatro años ha pasado de tener una sola calle a convertirse en una Sodoma bulliciosa y llena de especuladores sin escrúpulos, con las calles cubiertas de lodo y los montes, heridos por la minería y la explotación forestal, reducidos a una fuente de metales preciosos, madera y escondrijos.

Jakob solo lleva un par de semanas en casa de su hermano, pero tiene la impresión de que la ciudad alberga el doble de gente que el año anterior. Las calles están cada vez más atestadas de caballos y vehículos. Tras conocer los vastos espacios abiertos y el silencio de Montana, el ruido constante le saca de quicio; el humo de un millón de fuegos le raspa la garganta y amenaza con asfixiarle. El cielo, que se extiende infinito sobre las montañas, aparece aquí cortado en estrechos rectángulos y cuadrados evanescentes. Se ve pálido, sucio, aprisionado. Y, a decir verdad, Jakob necesita un empleo. No ha podido ahorrar gran cosa de su último sueldo debido a una estupidez inconcebible en la que prefiere no pensar, y le fastidia no disponer de dinero. Se presentó en la entrevista con su ropa de viaje no porque quisiera hacerse pasar por un aguerrido hombre de la frontera, sino porque no tenía otro traje que no le hiciera sentirse harapiento o pasado de moda, o ambas cosas.

* * *

Jakob y Frank llevan un año sin verse. Se han escrito cada vez más a menudo desde que Frank le habló de la expedición al Ártico a la que iba a sumarse y para la que recomendó a su amigo, pero la última vez que se vieron fue la primavera anterior, cuando quedaron para comer, antes de que Jakob se marchara a Montana.

Es el día posterior a la entrevista. El comedor universitario no ha cambiado, salvo porque es una nueva generación de estudiantes la que ahora come queso fundido. Jakob se acerca a Frank cojeando ligeramente; le mira de arriba abajo y nota que Frank hace lo mismo. Mientras se estrechan la mano, ambos rompen a reír. Frank hace una mueca.

—Ya sé que estoy gordo como un cerdo. Es por el dichoso papeleo. No me da tiempo a hacer otra cosa.

—Así estarás mejor preparado para aguantar un invierno de privaciones. O puede que no, y te comamos a ti el primero.

—¿Qué te pasa en la pierna?

—Me caí en un glaciar. Fractura de tobillo.

Frank entreabre la boca.

—¿Y qué opinó Armitage al respecto?

Jakob sonríe.

—No se lo dije. Dentro de una semana o dos estaré perfectamente. Bueno, ¿cuándo te metiste en ese asunto? La verdad es que me llevé una sorpresa cuando me dijiste que te habías unido a la expedición. No sabía que te interesara ese tema.

—Ah, bueno... Las cosas cambian. —Frank mueve la mano airosamente: un gesto que a Jakob se le antoja impropio de él—. El trabajo en la consulta está muy bien, pero no resulta muy estimulante. Supongo que me he aburrido. No soy como tú: estoy seguro de que algún día me conformaré con eso, pero ahora mismo quiero ponerme a prueba a mí mismo. Quiero hacer algo de lo que estar orgulloso, algo que pueda contar a mis nietos.

Dice esto último con cierto azoramiento. Jakob levanta las cejas.

—¿Estás pensando en la posteridad?

Frank se ríe con timidez y se mira las manos.

—No quería decírtelo por carta, pero... ¡voy a casarme!

—¡Enhorabuena!

—Pareces estupefacto.

—Estupefacto no, solo... sorprendido. ¡Podías habérmelo dicho por carta!

—Bueno, ya sabes... He tenido mucho jaleo, ha sido tan repentino...

—Qué maravilla. ¿Cuándo ha sido?

—Hace poco. Conocí a Marion, mi novia, el otoño pasado y, cuando me ofrecieron un puesto en la expedición, pensé «o voy o no voy, pero no quiero dejar las cosas en el aire», porque cuando conoces a la persona perfecta...

Sacude la cabeza sonriendo tímidamente y Jakob se avergüenza de su primera reacción ante la noticia.

* * *

Mientras Frank le refiere, de manera más bien incoherente, cómo conoció a la señorita Marion Rutherford en una cena o una merienda en casa de unos vecinos (o en casa de alguien, al menos), Jakob siente una extraña punzada de envidia. En la universidad, estaba acostumbrado a ser él el objeto de envidia. Ha escapado hace poco de una escaramuza sentimental que le ha dejado maltrecho y avergonzado: fue todo tan ridículo que no soporta pensarlo.

—La conocerás en la comida del domingo. Porque vendrás, ¿no?

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Anna y Clara se pondrán contentísimas de verte. Y mis padres también. Bueno, ¿y tú qué te cuentas?

—¿Contarme? ¿De qué?

—Venga ya. ¿Sigues viéndote con esa actriz? Era actriz, ¿no? Esa con la que te veías antes de marcharte, el año pasado.

—Eh..., no. He estado fuera casi un año. Ya sabes cómo es mi trabajo. No es muy compatible con una vida... acomodada, que digamos.

—¿No piensas a veces que sería agradable tener un hogar propio y alguien que te espere en casa calentándote las pantuflas?

Jakob se ríe.

—No tengo pantuflas.

—Espera a conocer a Marion... Ya encontraremos a alguien para ti.

La cara de Jakob parece desvelar algo, porque Frank esboza una sonrisa sagaz y burlona.

—¿O por fin te has enamorado de una chica respetable?

* * *

Hay otro motivo, aparte de una loable sed de conocimientos y del mudo reproche que le dirige Hendrik cada vez que sale de casa para ir a visitar a su padre al asilo, por el que le atrae la idea de hacer un largo viaje a los confines de la Tierra.

La primavera anterior, se fue a Montana a trabajar para una compañía minera. Contrató a un guía y pasó el verano recorriendo el espléndido paisaje montañoso en calidad de perito. Le cautivaron las cumbres, los lagos y, sobre todo, los glaciares que alcanzaba a ver desde los puertos de montaña. Una vez acabada su prospección, decidió quedarse. Podía escribir su informe igual de bien allí que en el Este, y tenía ganas de escalar en invierno para medirse con el hielo, aunque no tuviera más fuentes de información que su sentido común y el consejo de los lugareños, que le recomendaron no hacer esa estupidez. Ardía, además, en deseos de explorar su nueva pasión: había comprado una cámara recién salida al mercado, muy ligera, y quería fotografiar el paisaje invernal de tal forma (aún no sabía cómo) que reflejara, sin desmerecerlo, su casto esplendor.

Sobornó a un guía para que subiera con él a un glaciar de dimensiones modestas. Avanzaron despacio, era la primera vez que hacían algo así, mientras el guía amenazaba a cada paso con dar media vuelta. Sus quejas enfurecieron a Jakob, que había estado felicitándose por la eficacia de su calzado, improvisado para la ocasión. Se giró para decirle que se callara, resbaló, cayó al suelo, se deslizó por el hielo, pensó «Ay, Dios» y se paró en seco cuando su pie chocó con una roca que sobresalía como un pulgar amoratado. Quedó tendido de espaldas y, aturdido por el dolor, reparó en que la roca era un bloque errático de lutita precámbrica, se preguntó cómo habría terminado aquel pedrusco encima del hielo y oyó reír al guía, que se acercó a él a trompicones y le dijo con marcada satisfacción:

—Ahora sí que la ha hecho buena.

Cuando trató de levantarse, descubrió que tenía el tobillo tan dañado que no podía caminar. El guía le ayudó a descender del glaciar y luego se fue en busca de una mula. Jakob pasó una noche gélida junto al glaciar, sin poder dormir, maldiciéndose a sí mismo por su imprudencia y elucubrando acerca de cómo mejorar el calzado para evitar accidentes como aquel. Al día siguiente la mula le llevó, dolorido y con la pierna entablillada con ramas de abeto, a la población más cercana donde había un hotel y un médico. El médico le hizo pagar por adelantado y, tras echar un vistazo al tobillo, anunció que lo tenía roto, cosa que Jakob ya sabía. Se lo escayoló con yeso de París, por lo que tuvo que pagarle una cantidad adicional, y le dijo que, o guardaba reposo dos semanas antes de

emprender el viaje de regreso a casa, o la fractura no curaría bien.

Highlandville era un lugar rústico y chabacano: un poblacho surgido de la nada, al calor de los depósitos auríferos. Había pocos alojamientos entre los que elegir, todos ellos escandalosamente caros. Aburrido y de mal humor, Jakob se sentaba en su habitación —pequeña y ruidosa, pero, a juzgar por su precio, digna de un magnate del ferrocarril— con el pie apoyado en alto sobre un almohadón, y se dedicaba a redactar su informe o a contemplar las montañas que no podía escalar. A última hora de la tarde bajaba al bar a tomar un par de cervezas mientras observaba el trasiego de fulanas y mineros. Varias mujeres se le acercaron para ofrecerle su mercancía, pero perdieron interés cuando les explicó que no era minero ni disponía de oro.

Hubo una que fue a sentarse a su lado más de una vez, preguntándole si quería compañía. Él siempre sonreía, pesaroso, pero ella no se marchaba. La llamaban Kate la Sueca. Era una chica guapa, de treinta años, con el cabello castaño y un acento que hacía reír a Jakob. A pesar de que él le había confesado que estaba sin blanca, Kate siempre se paraba a charlar un rato con él y luego se iba en busca de un cliente, mirando hacia atrás con una sonrisa provocativa.

Preocupado por el dinero, Jakob resolvió no ceder a la tentación, pero la autocompasión y la soledad fueron haciendo mella en él. Cada vez que veía entrar a Kate en el bar contoneándose con uno de sus vestidos escotados, se le hacía más difícil mantenerse firme en su decisión. Al cabo de unos días, se descubrió bajando a la pata coja las escaleras del bar con la ilusión de ver a Kate, solamente para que le hiciera compañía, porque no solo era guapa, sino también inteligente y bondadosa. El informe le aburría y se había quedado sin positivos que revelar. Cuando una noche la vio con un minero particularmente vil, se sintió atravesado por un furibundo lanzazo de celos y supo que no iba a poder cumplir su propósito.

* * *

Durante su primera prospección, cuatro años antes, cuando llegó al Territorio de Wyoming con los ojos como platos por el asombro y una inocencia relativa, le repugnaba la idea de pagar a cambio de sexo. Ahora ya no le incomodaba. En primer lugar, porque las posibilidades eran muy limitadas: o pagabas o no había sexo. La palabra «puta», que antaño le escandalizaba y le causaba temor, dejó de ser un inconveniente cuando descubrió que casi todas las mujeres que veía en los poblados mineros estaban de una forma u otra en venta, y que no eran, como le

habían hecho creer, una raza aparte, sino personas corrientes que luchaban por sobrevivir en circunstancias adversas. En cuanto comprendía uno este hecho y hablaba con ellas como hablaría con cualquier mujer a la que conociera en un entorno galante... En fin, Jakob no veía motivo alguno por el que ambos no pudieran, tomando las debidas precauciones, claro está, pasar un buen rato juntos. Por otro lado, no era la primera vez que se le ocurría, como les sucedía a todos los hombres del mundo, que nunca se gozaba de la compañía de una mujer gratuitamente, al margen de cuál fuese su origen o su catadura moral. No podía uno casarse si no tenía ingresos y aspiraciones. Si quería una mujer, debía mantenerla, ya fuera por espacio de una hora o de toda una vida. A veces, Jakob tenía la impresión de que Cora Gertler era la única que de verdad no había esperado nada de él a cambio.

* * *

Cuando Kate entró en el bar la noche siguiente, notó por la cara que puso Jakob que algo había cambiado.

—¿Qué pasa? Cualquiera diría que te duelen las muelas.

—Nada. —Él trató de aferrarse a su dignidad—. Hoy me duele la pierna, eso es todo.

—Lo siento. Entonces, ¿no es que estés celoso por lo de anoche? Vi la cara que ponías. —Hizo una mueca—. Era un puerco.

—Ah, no. —Se encogió de hombros valerosamente—. ¿Por qué iba a estar celoso?

Kate se inclinó hacia él. Jakob notó el olor a jerez de su aliento y el perfume dulce y denso de su piel.

—Yo me pondría celosa si te viera hablar con otra chica. Ya sabes que trabajo para la señora Hensley. No puedo elegir. Si pudiera... —Bajó un poco más la voz—. Te elegiría a ti.

Delante de él, muy cerca de su mano posada sobre la mesa, los pechos de Kate sobresalían de un prieto corpiño de tela oscura. Se movían cada vez que respiraba. Jakob luchó a brazo partido con su conciencia.

—Ven arriba conmigo.

—Jake, estoy trabajando —dijo ella suavemente pero con firmeza.

—Lo sé.

* * *

Subieron a su habitación y, mientras él permanecía sentado en la cama con la pierna estirada, ella se desvistió con una sonrisa, colmando todas las promesas que su imaginación había hecho a Jakob. Él se disculpó por lo difícil que resultaba quitarle la pernera del pantalón con la escayola y al final, entre risas, decidieron dejarla como estaba. Kate le pareció absolutamente encantadora y espontánea. Aun así, se preguntó fugazmente si hacía creer a todos los hombres que deseaba estar con ellos.

Cuando acabaron, se quedó tumbada a su lado, jadeante.

—Madre mía —dijo—. Eres todo un donjuán, ¿no?

—No, nada de eso —protestó Jakob, encantado.

—Pues no es la primera vez que haces esto. —Se incorporó apoyándose en el codo, una odalisca esbelta y resplandeciente, y le besó—. Prométeme que no irás con ninguna otra chica. Ellas no te merecen.

Jakob negó con la cabeza.

—No, no iré con ninguna de ellas. En serio. No me apetece.

—Es usted muy amable, señor Jake de Beyn. Me iría contigo gratis, pero tengo que rendir cuentas por mi tiempo. —Kate deslizó un dedo por su pecho.

—Lo sé. No pasa nada. —Jakob hizo cálculos y se despidió de los pocos ahorros que le quedaban.

—Podríamos vernos a veces en mi tiempo libre, si quieres. Libro los miércoles y los domingos por la tarde.

Jakob se sintió conmovido.

—¿Lo dices de verdad? Pero no me parece justo. ¿Y si...? Podríamos repartirlo, mitad y mitad.

* * *

El tercer domingo que se vieron, una nevada prematura azotaba la ventana de la habitación de Kate. El fuego chisporroteaba en la chimenea, sobre el tocador había un jarrón con flores artificiales y las cortinas eran de terciopelo rojo. Kate miraba el cielo encapotado.

—El año pasado, a mediados de noviembre, ya estaba cortada la vía del tren. Nunca se sabe cuándo va a arreciar.

Jakob guardaba silencio. Kate se levantó para atizar el fuego, lanzando chispas por el tiro de la chimenea. Tumbado en la cama, él contempló la

domesticidad de aquella escena, que se le antojaba menos ramplona que a la luz del día, y le sorprendió descubrir que no sentía ningún deseo de marcharse.

—¡Ojalá pudieras dejar todo esto! —exclamó con inusitada vehemencia.

Kate se sentó en la cama y le cogió de la mano con una sonrisa divertida.

—¿Y qué haría? ¿Excavar en las montañas en busca de oro?

—Yo podría ayudarte.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Al propio Jakob le sorprendió lo que dijo a continuación.

—Podrías venir conmigo a Nueva York.

Ella enarcó las cejas.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo, Jake? Porque no serías el primero.

Aquella revelación le dejó perplejo. No supo qué decir. Tenía veinticinco años, pero seguía pensando en el matrimonio como en un horizonte muy lejano. La vida conyugal era para gente que se levantaba a la misma hora todas las mañanas para ir a trabajar al mismo sitio y veía siempre las mismas cosas, las mismas caras día tras día. Pasados unos segundos, el silencio se tornó incómodo.

Kate sonrió y dijo con ternura:

—Ya me parecía que no.

Jakob no quería ser grosero, además de poco original.

—No, espera —tartamudeó con el corazón desbocado—. Podríamos casarnos. ¿Por qué no? Cásate conmigo, Kate. Lo digo en serio.

La agarró de las manos, embriagado por su propia temeridad y su audacia. Era siempre tan circunspecto... ¿Por qué no hacer algo distinto por una vez? Kate se echó a reír.

—¿Que por qué no? Pues porque sigo estando casada, que yo sepa. Pero además... —Se puso seria—. No sé si volveré a casarme alguna vez. Los hombres son distintos de las mujeres. Antes de tenerte, son un encanto, pero en cuanto les perteneces te tratan como si fueras basura. Mi marido no me pegó hasta que nos casamos.

—Yo no quiero que me pertenezcas, Kate. Quiero hacerte feliz.

Ella sonrió con un asomo de tristeza.

—Te creo. Pero no necesito que me salves, Jake.

—No es eso... Te quiero.

No había vuelto a decir esas palabras desde lo suyo con Cora Gertler. Al pronunciarlas, notó una extraña oquedad en el pecho: había creído que podría sentir cómo se hacían realidad.

Ella suspiró y posó la mano en su mejilla.

—Querido Jake... Eres joven.

Él tragó saliva. Tenía la impresión de que no era así como debía transcurrir una proposición de matrimonio.

—Tengo veinticinco años. No te pongas condescendiente conmigo.

—Lo siento. Tienes razón. Me gustas mucho, pero sé que a veces, en la cama, los hombres dicen cosas que... que no sienten cuando están vestidos.

—Yo no soy como esos hombres —replicó él con ardor y, mientras lo decía, se preguntó en qué sentido era distinto.

—Además, no creo que estemos hechos el uno para el otro.

Jakob se sintió dolido. Lamentaba haber iniciado aquella conversación, pero ya que lo había hecho se sentía obligado a continuarla o, de lo contrario, quedaría como un idiota.

—Sé que no hace mucho tiempo que nos conocemos, pero... nos llevamos muy bien. No solo aquí, también hablamos y...

—Jake, ¿has olvidado que soy una puta? Me dedico a esto. No soy sincera.

Con inmensa reticencia, Jakob preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Ella bajó los ojos.

—Quiero decir que si de verdad quieres tener una esposa a la que no le gusta hacer el amor.

Se quedó tan sorprendido que se echó a reír.

—Pero a ti sí... Quiero decir que...

Ella le miró.

—Finjo, Jake. Siempre lo hago. A algunos hombres no les importa, pero con alguien amable, y sobre todo contigo... —Al ver su expresión, bajó los ojos—. Me gusta estar contigo, y te esfuerzas tanto por complacerme que finjo. Quiero que estés contento. Pero... —Se encogió de hombros—. Cuando me retiro, estoy deseando dormir sola.

Jakob se sentó en la cama, desnudo salvo por los pantalones que colgaban alrededor de la escayola, y se preguntó cómo podía levantarse y salir de allí sin hacer el ridículo. Debía de parecer tan afligido que Kate repitió una y otra vez que lo sentía. No era culpa suya, sino de ella; y no era que *aborreciera* hacerlo, pero, en fin, tampoco era nada como para ponerse a gritar de placer. Era todo tan absurdo... Pero el daño ya estaba hecho. Cuando intentó besarle, Jakob la apartó, notando un nudo en la garganta. Mientras se vestía en silencio, se sintió más infeliz que nunca. Tanto como cuando Cora le anunció que su marido y ella se mudaban a San Luis y rompió a llorar. Sabía, mientras se subía el calcetín y

buscaba su muleta bajo la cama (¡cuánto tardaba uno en vestirse cuando le decían una cosa así, y qué odiosa se hacía la tardanza!), que era su vanidad la que sufría, tanto o más que su corazón, pero ello no le servía de consuelo.

Salió sin decir nada y regresó renqueando a su hotel. Aunque solo tenía que cruzar la calle, consiguió empaparse los pies en el lodazal de nieve y estiércol de caballo. Pidió una pinta de whisky en el bar, se la llevó a su habitación y bebió hasta que casi no pudo sostenerse en pie.

* * *

No volvió a ver a Kate. Cuando estaba sobrio, no soportaba recordar lo que pensaba de él. Se estremecía al rememorar su conversación. Se había mostrado vanidoso, egoísta, ridículo. Desde los dieciocho años se preciaba de su habilidad como amante, aprendida bajo la tutela de Cora. Ahora, ese orgullo le dejaba un regusto amargo en la garganta. Si Kate había conseguido darle gato por liebre, ¿le habrían engañado también todas las demás, incluida Cora? ¿Sería posible? Tenía arcadas, pero, después de dos días sin probar bocado, cuando intentó vomitar en la jofaina solo le salieron unos hilillos de saliva pegajosa. Se imaginó a Kate contándoles la conversación a sus amigas del burdel y cómo se habrían reído de él. Enfadado, comenzó a recoger sus pertenencias dando zapatazos por aquella habitación que ahora le parecía insostenible. Le dolía el tobillo y se le cayeron al suelo las sales de plata. ¡La culpa la tenía Kate, cómo no!

Ese día recibió una carta suya, mal escrita y plagada de faltas de ortografía, en la que le decía que le echaba de menos y le suplicaba que fuera a hacerle una visita. A pesar de que la nota sonaba sincera, no respondió. La incultura de Kate le produjo más rechazo del que le había producido nunca su oficio. En lugar de ir a verla, se dijo que debía dominarse, recogió su equipaje y se marchó de Montana en muletas, lamiéndose las heridas. Dos días después, las nevadas cortaron el ferrocarril para todo el invierno.

* * *

Cuatro meses después, su tobillo está casi como nuevo, pero su corazón y su ego siguen vapuleados y maltrechos. Le atormenta su incapacidad para deducir si Kate le tomó por tonto desde el principio, si todo lo que decía y aparentaba sentir era una farsa. Se dice a sí mismo que sí, que lo era, pero en parte se niega a creerlo. Le tenía un cariño sincero, y estaba seguro de que, en cierto modo, ella

sentía lo mismo por él.

Fuera cierto o no, poco importa ya: ahora está en Nueva York, y Kate era solo una fulana. Fue una tontería, una ingenuidad, encariñarse con ella. Achaca sus sentimientos a una especie de estado febril: una dolencia anímica causada por el aburrimiento y la altitud. Decide mostrarse más circunspecto. La perspectiva de una expedición larga y trabajosa a un lugar en el que ninguna mujer podrá hacerle caer en sus redes se le antoja un alivio tentador.

Capítulo 10

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

Marzo de 1891

Un par de días después de comer con Frank, Jakob recibe una carta y la abre precipitadamente. Le ofrecen sumarse a la Expedición Estadounidense al Noroeste de Groenlandia y Ellesmere en calidad de geólogo. Se apresura a contestar aceptando el puesto. Hacía semanas que no estaba tan contento.

Le cuenta a Bettina, su cuñada, que no pasará mucho más tiempo estorbándole en casa. Ella se horroriza al saber que se marcha tan lejos.

—¿Por qué? ¿A dónde vas? —le pregunta Vera, su sobrina, que ya tiene seis años.

—Me han ofrecido un trabajo y para hacerlo tengo que irme muy muy al norte, donde hay nieve todo el año.

—¿Y harás un muñeco de nieve?

—Eso espero. Uno muy grande. ¿Sabes qué te digo?, que haré una Vera de nieve y le sacaré una fotografía, solo para ti.

—¡Sí! —La niña se pone a dar palmas.

—¡Y vas a estar fuera dos años enteros! ¿Tienes idea de lo mucho que nos preocupamos por ti cuando te vas por esos mundos de Dios? —pregunta Bettina.

—¿De veras? Pues yo ni siquiera me acuerdo de vosotros cuando estoy fuera.

—¡Bah, eres un granuja! Vera, tu tío es un granuja.

Vera se ríe y se sube al regazo de Jakob. Le golpea en la rodilla con la gruesa férula metálica que cubre su pierna tullida y le hace daño.

—Tu madre tiene razón. Hazle caso.

—Hendrik no pega ojo por las noches. Sigue pensando que no puedes valerte solo.

Jakob sonríe y hace cosquillas a su sobrina. Su hermano no aparenta preocuparse por nada, salvo por el precio de la carne de ternera. Se ha esforzado mucho por levantar el negocio y tiene ya tres carnicerías que sirven a numerosos restaurantes. Ha echado barriga y parece el paterfamilias formal y respetable que es. Bettina y él tienen dos hijos: Vera y Willem, de tres años, además de Carl, el

hijo del primer matrimonio de ella, que trabaja como aprendiz en el negocio. Aun así, en su casa siempre hay sitio para Jakob. Viven en una casa de cuatro plantas, en un rincón apacible de Brooklyn. En la planta de arriba tienen una habitación a la que se refieren como «el cuarto de Jakob» incluso cuando él está ausente. Jakob asume esta situación como si fuera perfectamente natural.

—Ya debería haber escarmentado. No soy yo el que se pasa la vida rodeado de cuchillos afilados y cruzando calles peligrosas.

Bettina le lanza una mirada de advertencia señalando a su hija, que parece boquiabierta.

—¿Dónde hay calles peligrosas?

—En ninguna parte. El tío Jakob está de broma. ¿Verdad que sí?

—Sí. Y ahora que tengo trabajo, voy a comprarme ropa nueva. Tu tío se siente como un pordiosero. Frank Urbino me ha invitado a comer el domingo.

—¿Qué es un pordiosero?

—Un pordiosero es un hombre que duerme a la intemperie. Que no tiene dónde lavarse.

Vera hace una mueca y chilla de risa.

—Silencio, Vera. Será agradable volver a ver a tus amigos. —Bettina le dedica una sonrisa elocuente. No oculta su deseo de que conozca a una buena chica y siente la cabeza, a ser posible no muy lejos de allí.

—Sí —contesta él, y se pregunta si, en efecto, será agradable volver a verlos.

* * *

El domingo, al llamar a la puerta de los Urbino, se apodera de él un nerviosismo inexplicable. Viste su levita nueva, con la que se siente incómodo y agobiado. Pero cuando abre la puerta Frank le sonrío con una alegría tan auténtica que Jakob nota un nudo en la garganta al estrecharle la mano. Su amigo se muestra extrañamente alterado, como si él también estuviera nervioso.

—Vamos, pasa.

Conduce a Jakob al comedor, donde están Anna y Clara. Angela y Johnny no están presentes, pero sí otras dos jóvenes desconocidas para él, una morena y la otra rubia, ambas en pie, con las manos recatadamente cruzadas delante del cuerpo.

—Permíteme presentarte a alguien muy importante. Marion Rutherford, mi prometida. Marion, mi mejor amigo de la universidad, Jake de Beyn.

Frank sonrío con orgullo al presentarle a la muchacha rubia. Jakob se muestra

encantado, les da la enhorabuena por su compromiso y le dice a Frank lo afortunado que es. La joven le da las gracias y añade que ha oído hablar mucho de él. Ninguno de los dos podía decir otra cosa. A Jakob le asombra la intensa e inexplicable antipatía que despierta en él Marion Rutherford.

Saluda con verdadero placer a Clara y Anna, que le asedian con preguntas acerca de su viaje. Anna tiene mejor aspecto que la última vez que la vio, cuando apenas hablaba. Frank no le ha contado gran cosa, pero Jakob sospecha que en algún momento sufrió una especie de crisis nerviosa. Clara sigue tan elegante y segura de sí misma como siempre. Sus facciones parecen, si cabe, más artísticamente modeladas que antes. La otra joven es Lucille Becker, una amiga de Clara, de la tienda donde trabaja. Tiene la tez morena, una cara cómica y una sonrisa algo simiesca, pero su falta de atractivo físico surte el efecto de tranquilizar a Jakob.

Marion Rutherford, por su parte, es una muchacha baja, pálida y de buena figura. No cabe duda de que es guapa, pero, cuanto más hablan, más le extraña a Jakob la adoración que Frank manifiesta por ella. Su amigo se ha criado rodeado de hermanas inteligentes y vivaces; no le habría sorprendido que escogiera a una chica que se asemejara a ellas. Pero Marion parece todo lo contrario, no solo por su físico, sino también por su pasividad, por su desalentadora apatía. Parece faltarle energía vital; es más, se diría que la extrae de quienes la rodean. Jakob siente como si se apagara en su presencia. Cuando le formula preguntas, ella contesta con frases complejas y largas digresiones. Mira constantemente a Frank con aire expectante y satisfecho y él, siempre atento a sus miradas, sonrío ufano. Jakob se descubre preguntándose si aquella mujer posee alguna pasión. Cuesta creerlo. Cabe la posibilidad de que se equivoque, ¿qué sabe él de mujeres, a fin de cuentas?, o puede que Frank, que ha llevado una vida singularmente monástica en muchos sentidos, encuentre reconfortante su insipidez. Sea como sea, hay algo en ella que le deprime.

Sale al jardín a fumar un cigarrillo y encuentra allí a Clara y a su amiga. Es un alivio estar fuera. Clara le observa, escrutadora, cuando se acerca a ellas.

—Bueno, ¿qué opinas?

—¿Qué opino sobre qué?

—Oh, vamos... La prometida.

Jakob menea la cabeza con reticencia.

—Acabo de conocerla. No sé prácticamente nada sobre ella.

—He estado escuchándoos, y ya sabes todo lo que hay que saber. Llevamos meses buscando algo más, pero... —Abre los ojos de par en par y levanta los

brazos elocuentemente: ¡nada!

Jakob se queda sin habla un instante. La Clara que él conoce puede mostrarse sardónica, pero no suele ser malintencionada. Lucille lanza a su amiga una mirada de advertencia. Pasan un minuto o dos charlando de cosas sin importancia. Luego Clara añade:

—Frank siempre ha sido muy ingenuo, pero es enormemente cariñoso y leal, como bien sabes. No quiero que se lleve un desengaño.

—Puede que no llegue a eso. Tengo entendido que no piensan casarse antes de que se marche.

—No. Puede que todavía vea la luz.

Jakob se ríe.

—No me refería a eso. —Da una calada a su cigarrillo. A riesgo de escandalizar a Lucille, añade—: Dudo que dos años en medio de los hielos polares enfríen su ardor.

Ahora son ellas las que se ríen.

—No, y es una pena. Además, nos ha hecho prometerle que la acogeremos en el seno de la familia durante su ausencia. Vais a estar fuera poco más de un año, ¿verdad? —Clara parece sinceramente preocupada.

—Sí, si salimos en mayo. Pasaremos la temporada siguiente allí y deberíamos estar de vuelta en septiembre u octubre del año que viene. Ese es el plan.

—A menos que surja algún imprevisto.

Jakob sonrío.

—Ningún plan está a salvo de imprevistos.

Clara mira hacia la casa y dice:

—Supongo que será mejor que entremos. —Al aplastar su cigarrillo con la puntera del botín, agarra a Jakob del brazo de un modo extrañamente íntimo incluso para ella.

Lucille se aleja discretamente.

—Quería preguntarte una cosa... Cuidarás de Frank, ¿verdad? A fin de cuentas, esta aventura es culpa tuya.

—¿A qué viene eso?

—Supongo que eres consciente de que mi hermano no se habría metido en esto de no ser por ti.

Jakob está atónito.

—¡Eso es absurdo! Se unió a la expedición mucho antes que yo. Fue él quien me presentó a...

Clara le dedica una sonrisa de hermana mayor rebosante de indulgencia.

—Lo sé, pero se pasaba la vida hablando de las cosas que hacías y de los sitios maravillosos y emocionantes a los que ibas. Creo que siente que, comparada con la tuya, su vida es insulsa y aburrida. Mi querido Frank quiere hacer algo importante. Salir en los periódicos antes de que sea demasiado tarde. —Se ríe fugazmente—. Hasta dice que quiere hacer algo «digno» de Marion, sabe Dios por qué. A Marion no le interesa nada de esto, ni siquiera lo entiende. Pero supongo que tú sí.

A Jakob le inquietan sus palabras, aunque sospecha que está exagerando.

—Claro que cuidaré de él. Pero no va a ser peligroso. Hay gente que vive toda su vida en el Ártico.

—Lo que no impidió que la expedición Greely acabara en tragedia.

—Aprendemos de los errores ajenos. Armitage sabe lo que se trae entre manos. No va a ser muy distinto de ir a las montañas.

Está contestando con evasivas y Clara lo sabe. Le suelta el brazo y se aparta de él cuando llegan a la puerta.

—Estás deseando partir —dice—. Se te nota. Pero tienes que prometérmelo.

—Te prometo que cuidaré de Frank —contesta él, sabedor de que nadie exigirá una promesa semejante en su nombre.

Marion le hace prometer lo mismo antes de que se marche. Frank, al oírla, se echa a reír, rodea con el brazo los esbeltos hombros de su prometida y, mirando con afecto a Jakob desde el palmo o más que le saca de altura, le dice a Marion lo mismo que su amigo le ha dicho a Clara:

—No tienes de qué preocuparte, querida niña. No va a haber ningún peligro. Ninguno en absoluto.

Capítulo 11

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O

Verano-otoño de 1891

La víspera de su boda, Flora Mackie escribe una carta a su padre, que se halla muy lejos, en el estrecho de Davis. En ella le informa de su boda inminente, se lamenta de que no pueda estar presente para conducirla hasta el altar y, tras pedirle disculpas por lo intempestivo de la noticia, le asegura que se trata de una decisión muy meditada. Para cuando su padre lea la misiva, ese otoño o incluso el siguiente, será demasiado tarde para que ponga reparos.

Flora ha hecho un trato. Ha renunciado a las expectativas que otras jóvenes consideran su derecho natural —lujos sentimentales como la pasión romántica, acompañados de comodidad, dependencia, restricciones y responsabilidades domésticas— a cambio de tener una carrera propia y la oportunidad de regresar al Norte, lo que conseguirá contrayendo matrimonio con Freddie Athlone. No cree estar enamorada de él y duda de que, pese a sus expresiones de cariño, Freddie esté enamorado de ella. Se complementan mutuamente y Flora le tiene cariño. Puede que algún día llegue a amarle.

Él se declara justo antes de los exámenes finales. Su proposición resulta sorprendente: más que una declaración de amor, es un memorando en el que esboza su expedición conjunta a Groenlandia, una empresa que exige la presencia de Flora como la célebre Reina de las Nieves, y también la suya propia como fuerza motriz que no admite oposición. Él posee energía, voluntad, contactos. Ella tiene algo nunca visto. Ni su proposición ni la forma que adopta sorprenden a Flora: Freddie y ella no han parado de hablar de exploración ártica desde que se conocieron. Se toma un día para meditar, a pesar de que su respuesta nunca ha estado en duda. Le habla a Iris de ello después de aceptar la propuesta de Freddie.

Su amiga la abraza.

—¡Cuánto me alegro, querida! Es muy pronto, pero si estás segura...

Flora sonríe con serenidad.

—Estoy segura.

Iris la mira de arriba abajo.

—Vas a hacer grandes cosas, Flora.

Ella se ríe. Es lo que quiere oír. Entonces su amiga la sorprende poniéndose seria de repente.

—Sé que yo te he animado a esto, pero no tienes que sentirte obligada. Es lo que quieres, ¿verdad?

—Es lo que quiero. No soy tan ingenua como antes.

Esa es su única alusión a Mark Levinson. Nunca más volverá a mencionarle.

* * *

Flora se licencia en Ciencias Naturales la decimosexta de su promoción. Ha logrado lo que se proponía: es tan competente como el que más o, mejor dicho, ahora tiene un documento que lo acredita. Durante el año anterior ha trabajado con ahínco para orientar sus estudios hacia el campo en el que quiere especializarse. Sospecha que no posee un intelecto innovador: le falta visión global, la capacidad de extraer conclusiones intuitivas. Lo que sí puede hacer, y quizás esto se avenga mejor con sus aspiraciones, es ejercitar la paciencia. Cuanto más aprende y reflexiona sobre la ciencia climatológica, más aprecia la importancia de la simple acumulación de datos, repetitiva y anodina. Nada de cegadores fogonazos de inspiración, quizá; nada de hallazgos extraordinarios, sino el simple registro cotidiano, la constancia del esfuerzo que va cobrando valor y significado con el paso del tiempo. Puede que ese sea también el tenor de su matrimonio.

* * *

Isobel y Poppy reaccionan con asombro cuando les cuenta que se ha convertido en la señora de Freddie Athlone. Claro que apenas les ha hablado de él. Sus felicitaciones suenan algo forzadas. Isobel, que rompió su compromiso con Herbert Wickham el invierno anterior, se muestra especialmente agraviada.

—Pero ¿es que no lo veis? —pregunta Flora—. Si me caso es para promover mis aspiraciones, mi carrera. Seremos socios. Pensamos partir el año próximo. ¿Os dais cuenta de que para mí sería imposible hacerlo sola?

—Sí, nos damos cuenta. Pero ¿le quieres? —pregunta Poppy.

—Claro que sí. Y, lo que viene más al caso, me cae bien.

—¿Te cae bien?

Isobel la observa con mirada penetrante. Para sorpresa de todos ha sido la cuarta de su promoción y ha ganado el premio de astronomía. Durante el año anterior, se ha convertido en una acérrima defensora de la independencia femenina. Ella, que no parecía tener aspiraciones serias, ha quedado muy por encima de Poppy, que sigue resentida por ello. Nadie comenta que, si Mark siguiera en la facultad, los habría superado a todos, pero ¿quién sabe cuántos lo piensan?

—Pero ¿y los hijos? —pregunta Poppy.

—¡Bah! —Flora afecta un frívolo desdén—. Hay muchas formas de evitarlos si una quiere.

Freddie le ha hablado de ello con vaguedad y delicadeza. Están de acuerdo en que no tendrán hijos de momento, y Flora da por sentado que su marido, un hombre de mundo, sabrá cómo hacerlo posible.

* * *

Freddie es mayor que ella, claro, pero solo le saca doce años y no es mal parecido: tiene la piel clara, los pómulos altos, el cabello ondulado y algo ralo y los ojos de un marrón bermejo. En conjunto, piensa Flora a veces, hay algo de zorruno en su apariencia. Pero su cara le gusta; le gusta que se sonroje fácilmente y que odie sonrojarse. También le gusta que, como le han dicho en diversas ocasiones, sea un partido excelente: ¡muchas señoritas lo han intentado y han fracasado en el empeño! Posee, además, una cualidad que a su modo de ver es de un valor incalculable: admite que ella posee un conocimiento mayor del Ártico. Está tan enamorado de su singular bagaje como dice estarlo de su persona. A su modo de ver, se entienden a la perfección.

* * *

Al principio, no comparte la confianza de Freddie en su grandioso plan. Pero, una vez se hace público, el reflejo de su entusiasmo prende, uno tras otro, en editores de periódicos, patrocinadores, empresarios y anunciantes, que se ríen meneando la cabeza mientras sacan sus chequeras. Freddie y Flora firman un contrato publicitario, otro con un diario y un tercero con una editorial.

Al leer acerca de la expedición, porque la Reina de las Nieves vuelve a aparecer en los periódicos tras una ausencia de tres años, el nuevo editor del *Evening Record* de Manchester, R. G. Whitfield, le escribe a Flora una carta que

destila vitriólico rencor. Casi llega al extremo de afirmar que le debe dinero por cualquier beneficio que obtenga. Flora le muestra la carta a Freddie.

—No te preocupes por él. Es un don nadie. No le debes nada.

—Puede que no —contesta Flora—, pero, de no ser por él, no estaría aquí.

Decide contestarle en tono conciliador, pero, atrapada en la avalancha de los preparativos, se olvida del asunto. Freddie posee una especie de talento natural para esto. No hay ninguna otra persona en el mundo, piensa Flora, que pueda llevarla al Ártico como jefa conjunta de una expedición. Es feliz y se siente agradecida, y a veces sondea su corazón y escudriña sus emociones preguntándose qué es exactamente lo que siente por Freddie Athlone. Nada comparable al anhelo salvaje y desordenado que sentía por Mark. Con él no se siente en carne viva. Tampoco teme que pueda hacerle daño. Está decidida a no volver a sufrir nunca más de esa manera.

* * *

Se casan en agosto. Dado que es todo bastante irregular y precipitado, reducen al mínimo la ceremonia. Dado que, nominalmente, Freddie es católico y Flora presbiteriana, contraen matrimonio en una capilla unitaria. Asisten pocos invitados. El único miembro de la familia Athlone que acude a la ceremonia es un primo entrado en años que a las diez de la mañana ya está borracho. Iris está presente, desde luego, y también Poppy e Isobel, y algunos amigos de Iris como Jessie Biddenden y Lionel Fortescue, el actor (que rivaliza con el primo de Freddie en cuanto a dar señales de embriaguez temprana y que, según cree advertir Flora, luce en las mejillas algo que recuerda sospechosamente a *colorete*). Un par de buenos amigos acompañan a Freddie, dos hombres a los que Flora no conoce. No hay damas de honor ni flores, ni pompa de ninguna clase porque ahorran cada penique para la expedición. Han estado tan atareados reuniéndose con patrocinadores, eligiendo la ropa (para el Ártico, no para la boda), entrevistando a posibles miembros del equipo, elaborando listas y haciendo cálculos, que la boda les parece una tarea más que tachar en un listado de cosas pendientes. De ahí que Flora solo esté un poco nerviosa.

A falta de su padre, recorre sola el pasillo, lo que le parece muy adecuado. Mientras avanza por él, la embarga una sensación de irrealidad aturdidora, como si fuera a salir a escena y no se supiera los diálogos. En más de un sentido está fingiendo: finge ser una adulta, finge amar a un hombre al que no conoce a fondo y finge ser una exploradora. Su propia desvergüenza la aterroriza. Se

recuerda a sí misma que tiene derecho a hacerlo: que, a fin de cuentas, están improvisando los diálogos, creando un nuevo argumento y que, de todos modos, algún día llegará a querer a Freddie.

* * *

Después de la ceremonia y del brindis, los invitados se dispersan con una sensación de anticlímax. Freddie lleva a comer a Flora a un restaurante elegante de Piccadilly. A pesar de la ocasión, no se trata de una cita romántica. Freddie lleva consigo su sempiterna lista de tareas pendientes. Cuando Flora le obliga a dejarla, él la toma por fin de las manos.

—Mi queridísima niña, me haces muy feliz y te prometo que algún día tendremos una luna de miel como es debido. Pero esta noche tengo que ir a Birmingham. Hay un industrial al que debo ver mañana.

—Lo sé. Iré contigo. —Flora sonríe—. Quiero aprender todo lo que pueda sobre el lado empresarial de este asunto. Y además...

Le acaricia el brazo, que le parece delgado y frágil por debajo de la manga; apresa su mano entre las suyas y se inclina hacia él. Las dos copas de champán que ha bebido, unidas a la emoción del día, la han vuelto osada.

—No puedes ir solo. Te lo prohíbo.

—Querida, no creo que Birmingham sea el lugar más adecuado para una... noche de bodas.

—Eso no importa. Soy tu esposa. Quiero estar contigo.

Mira sus ojos marrones bermejos tratando de refrendar sus palabras, para que Freddie sepa lo que quiere decirle. Para dejar constancia de que no está asustada.

* * *

El viaje a Birmingham para entrevistarse con fabricantes de ropa interior de lana empieza con mal pie. El tren se retrasa y cuando, pasadas las nueve, llegan a New Street, están cansados y hambrientos. Freddie reserva una *suite* en el Queen's Hotel. Toman una cena tardía en el restaurante. Él bebe varias copas de clarete, lo que Flora interpreta como una señal de nerviosismo a pesar de que está acostumbrada a que casi todas las noches dé cuenta de una botella. Ella también está nerviosa, claro, pero daba por sentado que, puesto que Freddie tiene experiencia (de pronto sospecha que ha dado muchas cosas por descontadas), se mostraría más seguro de sí mismo y, cabría esperar, más impaciente. Por fin, le

toma de la mano.

—Cariño, ¿estás bien?

—Mi pobre niña, lo siento. Tengo el estómago un poco revuelto, eso es todo. Sospecho que ha sido el marisco del almuerzo. Creo que voy a subir a acostarme. ¿Te importa mucho?

Suben en el ascensor, cerrado por una reja dorada. Unas risas lejanas los siguen por el pasillo y, al llegar a la puerta de su suite, se disipan en medio de un lujo acolchado.

Una vez dentro, Freddie se disculpa de nuevo, está muy pálido, y desaparece en el cuarto de baño del fondo del pasillo. A solas en el dormitorio, Flora se desnuda y se pone su camisón nuevo, de seda y encaje, escogido por Iris. Se cepilla el pelo echándoselo sobre un hombro y luego sobre el otro, satisfecha con el resultado. Abajo estaba nerviosa pero excitada. Ahora tiene miedo, pero está decidida a seguir adelante. Se asea en el lavabo ornamentado. Lo hace todo con mucha calma, pero al fin no se le ocurre nada más que hacer y Freddie sigue sin aparecer. Pasado un rato se pone una bata y llama a la puerta del cuarto de baño. No obtiene respuesta. Prueba a abrir y descubre que está echado el pestillo.

—¿Freddie? ¿Estás bien? ¿Freddie?

Toca otra vez a la puerta, pero no quiere parecer desesperada como el personaje de una escena de *music-hall* (aunque en tal caso ella sería una anciana calva y con una pierna postiza y él un joven aterrorizado). ¿Tan poco atractiva es? Se le aparece la imagen de Mark y procura apartarla de sí.

Llama a Freddie en voz baja por el ojo de la cerradura. Sigue sin haber respuesta. ¿Debería pedir ayuda? Pero ¿quién acudiría? ¿Y qué le diría? Por fin, sin obtener respuesta, pero al menos sin ser vista, regresa apesadumbrada a su habitación y se mete en su lecho nupcial, sola. Permanece despierta durante horas, o esa es su impresión, escuchando cómo se arrastran los minutos por la esfera del reloj, pesados como el plomo, mientras su marido no llega, no llega, y empieza a preguntarse si este edificio construido con tanta prisa no se estará derrumbando ya a su alrededor. En sus desvaríos de madrugada, se pregunta si Freddie habrá huido o estará muerto. Y, puesto que no es de veras una esposa, ¿tampoco va a ser una exploradora?

* * *

Por la mañana descubre que han sobrevivido ambos a la noche de bodas. Freddie ha dormido en un diván en la salita contigua. Está avergonzado, pero

parece encontrarse mejor, y culpa al marisco de la mala noche que ha pasado. Flora se tranquiliza: ¿qué es una noche, a fin de cuentas, en el curso de toda una vida? Algún día se reirán de lo sucedido.

Los fabricantes de ropa interior resultan ser idóneos, de modo que el viaje no ha sido del todo en balde: puede que no hayan consumado el matrimonio, pero tendrán mudas gratis. Cuando regresan a Londres, toman un simón para ir a la residencia de Freddie y él se sume poco a poco en el mutismo. Las pertenencias de Flora ya están allí. Forman un incongruente montoncillo en el cuarto que va a ser su alcoba. Flora empieza a ponerse nerviosa al acercarse la hora de irse a la cama. Le preocupa el aire distraído de Freddie. Por más que intente no pensar en ello, no se imagina a Mark, el Mark de sus primeros tiempos, distraído y distante ante la perspectiva de acostarse con ella.

Se acerca a su marido y le rodea tímidamente con los brazos; luego vuelve la cabeza para rozar con los labios la piel de su cuello. Él, muy quieto, acaricia su cabello y acto seguido la agarra por los hombros y la aparta con delicadeza.

—Querida, he estado pensando...

Sonríe. Flora le devuelve la sonrisa, no porque tenga ganas de sonreír, sino porque siente que es su deber.

—Me temo que este no es lugar para que viva una joven dama.

—¡Freddie! ¡Soy tu esposa! Si es adecuado para ti...

—Lo sé. Puede que, de momento, debas seguir alojándote con la señorita Melfort. Solo de momento.

Flora no puede dominarse. Se le saltan las lágrimas.

—¿Qué he hecho mal?

—Mi queridísima niña, no has hecho nada mal. En absoluto.

—Entonces, ¿por qué no te gusto?

—Me gustas mucho.

Parece tan apesadumbrado que Flora se siente inclinada a creerle. Él exhala un profundo suspiro.

—Soy yo quien ha hecho mal.

Ella le mira alarmada. Freddie esquiva su mirada. «Dios mío», piensa Flora. Diga lo que diga a continuación, será terrible. De pronto piensa que en eso precisamente consiste el matrimonio: en no poder buscar una excusa para no escuchar lo que su marido está a punto de comunicarle.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con una calma que está lejos de sentir.

—Querida mía, estoy avergonzado. Como sabes, soy mucho mayor que tú.

—Freddie, sé que tienes un pasado. Sé que... Bueno, ya sabes lo que quiero

decir.

Él la abraza estrechándola con fuerza. La oreja de Flora se oprime contra su nuez, pero ella no se aparta.

—Eres una chica preciosa y no te merezco.

—No me importa, y tú no debes...

—Dios, ojalá se tratara solo de eso. Es que... hace mucho tiempo... contraí una enfermedad. Creía de veras que me había librado de ella para siempre, pero volvió a aparecer justo antes de la boda. No quería perderte, pero tampoco quiero causarte ningún mal, así que...

Se deja caer en una silla, esconde la cara entre las manos y empieza a sollozar. De modo que es cierto que estas cosas suceden, piensa ella. Por fin, le pasa el brazo por los hombros.

—Lo siento muchísimo —dice él—. Si quieres la anulación, estás en tu derecho.

—¡No! Te quiero, Freddie.

Él no deja de llorar. Flora se pregunta qué va a pasar ahora. Una parte de su ser, pequeña y egoísta, o quizá no tan pequeña, se siente eufórica porque no sea culpa suya.

—Encontrarás una cura —afirma sin saber exactamente cuál es su dolencia—. La encontraremos juntos. —Le aprieta los hombros con fuerza—. Tenemos toda la vida por delante.

* * *

A partir de entonces, la vida prosigue prácticamente igual que antes de la boda. Están tan atareados, tan volcados en la expedición, que Flora no tiene tiempo de preguntarse si su matrimonio es normal o si es feliz. Los días se suceden como en un carrusel, escribiendo cartas, asistiendo a reuniones y recortando el presupuesto. ¿Podrán arreglárselas con menos cantidad de esto o de aquello? ¿Con un modelo inferior de tal o cual cosa? ¿O prescindir por completo de lo que sea? De noche, se va cada uno a su habitación. Flora abraza a Freddie en ocasiones. A veces es él quien la abraza a ella o la besa en la frente. A veces se siente desilusionada, pero también, quizás, aliviada. Ha de reconocer que se casó sin sentir deseo, aunque creyera que podía llegar a experimentarlo. Dado que eso parece descartado, decide borrarlo de su mente.

* * *

Una noche de octubre, Freddie llama a la puerta de su habitación.

—¿Ocurre algo, Freddie?

Su marido le dio a entender que no la importaría en su alcoba después de que ella, muy azorada, le sugiriera que podían hacer *algo*, aunque no fuera *todo*. Su respuesta fue: «Querida, eso sería peor que no hacer nada en absoluto. No creo que pudiera soportarlo. Pero gracias por pensar en mí». No parecía darse cuenta de que quizá también estuviera pensando en sí misma.

—No. Nada, en realidad. —Se acerca a la chimenea y se queda mirando el fuego—. ¿Estás muy cansada para hablar?

—No. —Flora ha estado cepillándose el pelo en el tocador y sus mechones castaños, matizados de rubio, flotan electrizados alrededor de su cara. Se los alisa.

—Ven a sentarte conmigo.

Acerca un taburete para sentarse junto al sillón. Freddie parece nervioso. Ella vuelve la cabeza hacia el fuego y nota con un sobresalto que él le acaricia el pelo.

—¿Te acuerdas de lo que dijiste aquella vez, la... la generosa oferta que me hiciste?

Asiente con la cabeza, la vista fija en el carbón ceniciento a punto de derrumbarse.

—En aquel momento era imposible. No me encontraba lo bastante bien, pero... —Freddie carraspea—. Ya sabes que fui al médico hace poco...

—Sí.

—Los síntomas que sufría casi han desaparecido. Le pregunté al doctor si sería perjudicial para ti que... que hiciéramos lo que sugerías. Y me dijo que era posible. Tomando precauciones y usando, eh, ciertos... métodos, no debería causarte ningún perjuicio. En realidad, sería beneficioso, teniendo en cuenta lo que, eh, ya hemos hablado.

—¿Sí?

El silencio se prolonga entre ellos, pero Freddie no da más explicaciones. Las ascuas caen, sobresaltando a Flora.

—Quizá debería darte tiempo para meditarlo.

Flora, que ignora qué es lo que debe meditar, se levanta del taburete y se arrodilla ante él.

—No te vayas —dice, y pone las manos sobre sus rodillas.

Es la primera vez que hace un gesto tan íntimo. Aunque no siente deseo alguno, acaricia sus muslos y levanta la cara hacia él para que se incline y la bese. Él, sin embargo, desvía la mirada.

—No debería besarte. Entraña cierto peligro.

—Ah.

Él se levanta y la ayuda a ponerse en pie. Sonríe, pero su rostro refleja una extraña tensión.

—Amor mío, ¿quieres acostarte como harías normalmente?

Flora así lo hace. El corazón le late a toda prisa. Freddie apaga las luces, se quita la bata y se acerca a la cama.

—Date la vuelta.

Ella se pone de lado, de cara a la ventana, y le siente acostarse a su espalda. Se oyen chirridos y el rumor de las sábanas. Flora nota su mano sobre el hombro, acariciándole el brazo por encima de la tela del camisón. Freddie se arrima a ella y desliza la mano hasta acariciarle el pecho. Se le acelera la respiración. Ella percibe el calor de su cuerpo a través de la tela y una chispa de excitación prende en su interior. Luego, él agarra el bajo de su camisón y se lo levanta. Casi al mismo tiempo, la empuja hasta ponerla boca abajo y ella queda abierta de brazos y piernas sobre la cama. Freddie le arrebujá el camisón a la altura de los riñones y se echa sobre ella separándole las piernas.

Flora se pregunta qué ocurre, qué es tan espantoso que no quiere que le mire. Debe de ser horrible. Pero tiene la cara aplastada de lado contra la almohada, así que solo ve por un ojo, y el pelo le impide ver con claridad. Tampoco puede moverse. Entonces nota que algo duro se introduce entre sus nalgas. Al principio experimenta una sensación de alivio: ¡Freddie la desea! Trata de levantar las caderas para ayudarle porque parece estar errando el camino, pero él la empuja hacia abajo apoyando la mano sobre su rabadilla. Su pene erecto parece estar intentando introducirse por la fuerza en su ano. Flora trata de estirar el brazo para ponerle en la dirección correcta, pero tiene el brazo atrapado y no consigue moverse.

—No, no, así es mejor —susurra él jadeando junto a su oreja.

Ella siente una oleada de pánico y forcejea, pero el peso de su cuerpo la aplasta contra la cama.

—Déjame, amor mío, ah, déjame —farfulla él, y ella le deja.

Siente como si un fuego la abrasara cuando la penetra, y grita de dolor. Esto no puede estar bien: se siente ensartada como un cerdo en el espetón. Agobiada por su peso, apenas puede respirar, pero le aterroriza moverse por si acaso

empeora las cosas. Él empieza a moverse y Flora siente un desgarró. Aprieta los dientes, pero le duele muchísimo y está tan horrorizada porque sea *esto* lo que desea su marido que las lágrimas se abren paso entre sus párpados cerrados, mojando la almohada.

Sofoca su respiración entrecortada, pero esa quemazón dolorosa continúa, la desgarró una y otra vez con rudas y cortantes embestidas. Le duele allí donde la penetra, con un dolor agudo y radiante, pero también en lo hondo de las entrañas, con el dolor opaco de un órgano que se resiente y protesta. Apenas percibe los gemidos de Freddie, sus jadeos cada vez más rápidos. Después, cuando lleva siglos, o quizá solo un minuto, penetrándola a empujones, todo acaba por fin. Deja de moverse y Flora contiene la respiración, rígida y agarrotada. Sigue atrapada bajo el peso de su cuerpo mientras Freddie jadea encima de ella. Luego, misericordiosamente, se retira. Flora siente de nuevo una quemazón, pero lo peor del dolor ya ha pasado. Él se aparta y se tumba a su lado, pero ella no se atreve a moverse ni a mostrarle la cara. Nota un dolor pulsátil en el bajo vientre. Se pregunta si está malherida. Las lágrimas brotan de sus ojos constantemente.

En su boda, se dijeron el uno al otro «con mi cuerpo te venero» y, al oír esas palabras de sus labios, tembló de emoción. Ahora, en cambio, le repugnan. ¿Cómo puede ser señal de veneración hacerle tanto daño?

Se quedan tumbados en silencio un minuto. Luego, Freddie le pone la mano suavemente en la espalda y la acaricia.

—Mi queridísima muchacha..., gracias —dice.

Flora se incorpora para sentarse al borde de la cama, todavía de espaldas a él. Se limpia las lágrimas, pero siguen brotando. Se siente muy desgraciada, pero también furiosa porque su marido haya convertido en... en *esto* algo que ella quería y esperaba con anhelo.

* * *

Un rato después, mientras yace despierta en la oscuridad, pregunta:

—¿Tiene que ser así?

—Es lo que recomendó el médico. De ese modo no hay riesgo de infección.

Flora no le encuentra sentido a su respuesta.

—Pero, si te pusieras algo, ¿no evitaría también la infección?

Freddie resopla con brusquedad.

—Querida, en estas cuestiones una mujer ha de dejarse aconsejar por su

marido. Permíteme que te guíe. Sé que la primera vez puede ser bastante... incómodo, pero va mejorando con el tiempo. A muchas mujeres les gusta, ¡incluso lo prefieren! Facilita mucho las cosas.

A ella no se le ocurre nada que decir. Freddie le frota el brazo por encima de la manga.

—Lamento que te haya impresionado. Con el tiempo mejorará. Todo irá perfectamente. Ya lo verás.

* * *

Pero no todo va perfectamente, y Flora no ve que las cosas mejoren. Cuando, un par de noches más tarde, Freddie vuelve a visitarla en su cuarto, se tumba boca abajo y espera, completamente inmóvil. Confía en que esta vez se le haga más llevadero: quiere hacerle feliz, darle lo que desea. Pero no le resulta más fácil: es igual que doloroso que la primera vez.

—¡No intento hacerte daño! —exclama Freddie exasperado—. Tienes que intentar relajarte. —Y, pasado un minuto, añade con palpable enojo—: Deja de resistirte. Estás empeorando las cosas.

Flora quiere decirle que lo intenta, pero ¿cómo va a dejar de resistirse a algo que le duele tanto? Cuando la oprime contra la cama, siente que el pánico comienza a apoderarse de ella como de un animal atrapado.

Después de farfullar algo (Flora no entiende lo que dice, pero su actitud le ha enfriado y su pene parece más blando que antes), Freddie empieza de nuevo y le susurra al oído:

—Di «fóllame por el culo».

Su acento irlandés se hace de pronto más evidente. Flora está tan estupefacta que no puede decir nada, y él lo repite en voz más alta:

—¡Di «fóllame por el culo»!

Y ella obedece. Pero esta vez, mientras la encula, sus sollozos se hacen audibles. Cuando él acaba, llora inconsolablemente, sabedora de que su matrimonio, y todo lo que conlleva, tal vez haya llegado a su fin.

* * *

A la mañana siguiente, le pide disculpas por haber llorado, por no cumplir como es debido sus deberes como esposa. Su disculpa no es sincera: las manchas de sangre de su camisón son la prueba palpable de que no es culpa suya. Freddie

también se disculpa: no quiere disgustarla; quizá convenga que vuelvan a la situación anterior. Ella asiente con una mezcla de alivio y bochorno.

No cree que la disculpa de su marido sea más sincera que la suya: su actitud da a entender que considera su reacción de una gazmoñería inaudita. Durante los días siguientes se muestra voluble e inconsecuente: en ocasiones, parece arrepentirse de su conducta y la trata con ternura; otras veces, en cambio, parece malhumorado y resentido.

Flora ansía pedir consejo, pero no sabe a quién recurrir. Sospecha que, por una vez, Iris no puede servirle de ayuda. Y, aunque pudiera acudir a ella, ignora cómo expresar sus dudas.

Capítulo 12

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O

Febrero-mayo de 1892

*¡LA REINA DE LAS NIEVES ZARPA DE NUEVO HACIA EL NORTE!
EL SEÑOR Y LA SEÑORA ATHLONE NOS HABLAN DE SUS PLANES*

La «Reina de las Nieves», a la que conocimos hace tres años, cuando todavía era una chiquilla, se dispone a embarcarse en la segunda fase de una carrera muy poco común. Recientemente adquirió un nuevo y flamante título que en nuestra opinión le sienta como un guante: el de señora de Frederick Athlone. Su marido y ella tienen previsto zarpar hacia el Ártico en primavera para emprender una expedición científica de dieciséis meses de duración que, según afirma la señora Athlone, marcará un hito para el bello sexo y cuyos frutos beneficiarán al conjunto de la humanidad. «El matrimonio más glacial del mundo» —en palabras del propio señor Athlone— encabezarán conjuntamente esta arriesgada y excepcional empresa. Desde el Record, les deseamos lo mejor y aguardaremos con interés los resultados que arroje su expedición.

London Evening Record, 2 de febrero de 1892

Freddie ha encontrado por fin un barco: un viejo ballenero construido en Hull, de nombre North Britain. Tras mucho debatir con los patrocinadores, cada uno de los cuales quiere que el buque lleve el nombre de su egregio rotativo (el editor del *Northern Chronicle* se muestra particularmente obstinado al respecto), lo rebautizan en honor del bien más barato y útil en el Ártico: Resolve, «tesón». Un tesón que van a necesitar en grandes dosis para compensar todo aquello que no pueden permitirse adquirir con dinero.

El equipo de la expedición tarda en reunirse. Pocos hombres están dispuestos a embarcarse en una empresa encabezada a medias por una mujer, lo cual no resulta sorprendente. Freddie consigue al fin reclutar a un doctor, Maurice Seddon, quien, además de médico, es un consumado ornitólogo y fotógrafo. Se reúnen en las oficinas de la expedición, una sala situada encima de una tienda de prensa en Cromwell Road. El doctor Seddon es un hombre serio que, a sus veintiocho años, ha participado en numerosas expediciones de escalada en los Alpes y Noruega. Flora solo advierte en él un asomo de entusiasmo cuando les enseña las fotografías de unas aves enormes y feas llamadas quebrantahuesos, tomadas en Austria. A pesar de que Seddon la impresiona, no despierta en ella ninguna simpatía. Tiene un rostro pulcro y atildado, con un fino bigote y unos

ojos azules semejantes a canicas. No da muestras de tener sentido del humor. Flora se dice que eso carece de importancia, aunque, sabedora de lo largos que pueden ser los inviernos en Groenlandia, tiene sus dudas. Freddie trata de asegurarse los servicios de un geólogo llamado Ralph Dixon, especializado en glaciología. Licenciado en Cambridge, está casi comprometido con una expedición belga a Spitsbergen cuya financiación parece como mínimo tan precaria como la suya.

—Pues búsquense a otro. Tiene que haber decenas de geólogos deseosos de acompañarlos.

Es lo que afirma el editor del *Northern Chronicle*: que la gente se peleará por tener la oportunidad de participar en la expedición.

Ponen anuncios. Los voluntarios son, en efecto, numerosos y variopintos. Reciben cartas de colegas; estudiantes universitarios; mujeres, las cuales sugieren a menudo que la expedición debería ser exclusivamente femenina, para ahorrar en tiendas de campaña y en cumplidos; médicos jubilados; y entusiastas fanatizados, como cierto individuo que quiere fundar una colonia en el Ártico como experimento de sociedad utópica. Freddie calcula que más o menos un cuarto de ellos están locos de atar. Flora opina que exagera, pero solo un poco.

* * *

Cuando el capitán Mackie recibió la noticia de su boda, le escribió una carta en la que, además de darle una tibia enhorabuena, le advertía contra las decisiones tomadas con excesiva precipitación. Flora esperaba algo peor. En sus momentos de mayor abatimiento, el otoño anterior, se imaginaba el fin de su matrimonio y el rechazo airado de su padre. Ahora que ninguno de esos temores se ha concretado, le invita a Londres para que asista al rebautismo del Resolve. Será también la ocasión idónea para que conozca a su yerno. Hace más de un año que Flora no ve a su padre, y espera su llegada con nerviosismo. Aunque en sus misivas parezca resignado a sus «travesuras», como denomina su expedición, y reconozca que su forma de educarla ha contribuido a ellas, el capitán Mackie no trata de disimular su censura. Flora quiere que esté orgulloso de ella, que admire sus logros como los admira tanta gente, según le dicen constantemente. Es una meteoróloga cualificada, ¿y cuántos meteorólogos hay en el país? ¡Va a ser exploradora por derecho propio!

* * *

Al llegar el capitán Mackie, Freddie le enseña un álbum de recortes de prensa mientras toman el té. Flora aguarda su reacción con el corazón en un puño. Ha avisado a su marido de que tales alabanzas no impresionarían a su padre, pero él no se ha dejado convencer.

—Um —murmura el capitán mientras hojea al álbum—. Os han dedicado mucha atención.

—Mi padre considera indecorosas tales muestras de atención —apostilla ella tratando de quitarle importancia al asunto.

Freddie, que se da cuenta de que tiene razón, sonrío a su suegro.

—Créame, señor, que lo entiendo. Y, de ser yo increíblemente rico, no tendríamos que bailarles el agua. Pero se trata de un medio para alcanzar un fin, es decir, nuestra expedición. La expedición de Flora. Es una concesión que hemos de hacer.

Sonríe a Flora, y ella siente una oleada de gratitud.

—Freddie tiene razón, papá. A fin de cuentas, no puedo ser ballenera ni capitán de navío.

—Lo sé, Flora. Puede que esté chapado a la antigua, pero me parece una pena que una empresa de valor científico se vea eclipsada por esta... —lanza una mirada a un titular especialmente ridículo—... pantomima.

—Pues sí, pero, a pesar de todo, señor, ha de darse cuenta de que no hay en el país nadie más cualificado que su hija para dirigir esta expedición, y eso, claro está —contesta Freddie mirando a Flora—, se lo debemos en gran medida a usted.

* * *

Al día siguiente llevan al capitán Mackie a Limehouse Reach, donde el barco se encuentra en dique seco. Hace unas semanas que Flora no visita el Resolve, pero salta a la vista que las remodelaciones que pidieron no se han efectuado. Ni siquiera han dado comienzo. El capitán Mackie recorre el navío en silencio. Cada defecto brilla como un faro en una noche oscura.

—Este es el antiguo North Britain —dice cuando bajan a los camarotes.

—En efecto, señor —contesta Freddie con forzada cordialidad—. Bregado en muchos inviernos en el Ártico.

—Sí, lo vi por allí —dice el capitán—. Una lástima. Se desfondó por la

cuaderna maestra un par de años después.

—Volvieron a embonarlo hace dos años —responde Flora, y se enoja consigo misma al oír el tono petulante de su voz.

—Tiene una altura espléndida, ¿no le parece?

Están en la cámara principal. Freddie da unas palmadas a los baos que hay sobre él. Por debajo de las cubiertas, el Resolve tiene más de dos metros de altura. El Vega no llegaba al metro setenta y cinco.

Mackie gruñe, quizá dando su aprobación. Pero una altura mayor equivale a menor estabilidad, así que probablemente no.

* * *

Al día siguiente, a la hora del desayuno, el padre de Flora se come su último bocado de arenque, bebe un trago de té, deposita el cuchillo y el tenedor sobre la mesa, uno al lado del otro, y se limpia la boca con la servilleta. Luego carraspea. Flora y Freddie le miran.

—He de hablaros del barco —dice.

—Sabemos que todavía hay mucho trabajo por hacer —responde Flora.

—Hoy iré a ver al agente —añade Freddie—. Todavía tenemos meses por delante, así que...

—Señor Athlone, no hay tiempo suficiente para hacer todas las reparaciones que serían necesarias. Si se propone, como creo que es su propósito, ir más al norte de la bahía de Melville, el casco ha de llevar triple refuerzo. Habría que subir la proa unos tres pies. Las brazas transversales están medio podridas y los sobreplanos son una auténtica gusanera. Habría que desmontarlo entero. Lamento decirlo, pero el North Britain nunca ha sido un buen navío, y no me gustaría que le confiarais vuestras vidas.

Mira a Freddie al decir esto.

—Señor Athlone —añade—, Flora es mi única hija. Cuando venía al Norte conmigo, yo sabía que el barco en el que viajábamos era el más recio de toda la flota. De lo contrario, no la habría llevado.

—Naturalmente, señor. Pero van a hacerse gran cantidad de mejoras como las que usted recomienda. Yo no pondría en peligro a Flora por nada del mundo —responde él tomándola de la mano.

—¿Qué sabe usted de barcos, señor Athlone?

Freddie le mira a los ojos.

—Muy poco, señor, pero tenemos a un agente que sabe muchísimo. Y a un

buen capitán supervisando las obras.

—Aun así, no han hecho lo que tenían que hacer.

—Padre, te lo ruego, siempre surgen imprevistos. Sé que ha habido retrasos, ha sido inevitable, pero nos encargaremos de solucionarlo. Yo no me haría a la mar en un barco que no sea seguro. Ni tampoco Freddie.

—Le agradeceríamos cualquier consejo que pueda darnos —añade Freddie—. Sería estupendo contar con su experiencia.

Mackie promete hablar con un conocido suyo. Hará lo que pueda para acelerar las obras. Todo eso está muy bien, pero el verdadero problema, como saben perfectamente Freddie y Flora, es que no tienen suficiente dinero. Incluso con los patrocinadores, las donaciones particulares, el contrato editorial del libro que escribirá Flora, el de la exclusiva periodística y la fortuna personal de Freddie (cuyo montante es una incógnita), les falta capital. El astillero se niega a efectuar los trabajos si no se paga por adelantado y, por más que Freddie despotrique contra ellos, Flora entiende su postura.

* * *

Una tarde, dos semanas después, Flora y su padre salen de la oficina y toman un coche de punto para ir al muelle. La ceremonia de rebautismo tendrá lugar pronto, pero ello, como se apresura a señalar Freddie, no equivale a una botadura. Bastará con que el costado del barco más próximo a las cámaras presente buen aspecto.

Mientras avanzan traqueteando por el Embankment, su padre carraspea ruidosamente, un gesto que suele preceder a un comentario muy meditado.

—Imagino que, si no podéis reunir los fondos necesarios, os veréis obligados a posponer el viaje hasta el año que viene.

—Freddie encontrará el dinero. Es un genio para esas cosas.

—No me cabe duda, pero eres tú quien me preocupa. ¿Algún miembro de la expedición, aparte de ti, ha estado alguna vez en la bahía de Melville?

—El capitán Traill es ballenero. Y la mayoría de la tripulación tendrá experiencia en los hielos.

Su padre suspira.

—Sé que quieres volver, Flora, y lo entiendo. Pero estoy preocupado. Estarás en un buque lleno de hombres...

—Estaré con mi marido. No es lo mismo.

—Creo que no lo entiendes. El Vega era un caso aparte. Yo conocía a la

tripulación del derecho y del revés y ellos a mí, y con todo y eso... Si juntas una tripulación a trompicones, ni el mejor capitán puede garantizar una perfecta disciplina. No creo que sepas lo cerca que estuviste de... de algo que no me habría perdonado nunca.

Flora experimenta un aguijonazo de alarma, pero se encoge de hombros.

—Aquí también podría pasarme algo terrible en cualquier callejuela. O en Dundee. El peligro está en todas partes. Y yo sé lo que me hago. Sigues pensando en mí como en una niña. Pero ya soy mayor.

Su padre parece cansado. Estas conversaciones siempre resultan penosas.

—En resumidas cuentas, Flora, tú eres una mujer joven y ellos son hombres. Puede que tú lo olvides, pero otros no lo olvidarán. Es Freddie quien ha de marcar el tenor de vuestra empresa.

Flora le mira sorprendida.

—Es la primera vez que le llamas Freddie.

—¿No quieres que le llame así?

—Sí, claro. Es tu yerno. —Sonríe. Siente que ha conseguido un triunfo: una pequeña victoria que basta para alegrarla.

—He estado practicando para mejorar mi puntería. Y, cuando estemos allí, Aniguin me ayudará.

Hace cuatro años que Flora no tiene noticias de su amigo.

—Si es que sigue vivo —refunfuña su padre.

* * *

Cuando llegan al muelle y ven el Resolve, Flora se desanima. A pesar de lo prometido, las obras no parecen haber avanzado ni un ápice. Al mirar su negro barquito, Flora siente una ternura cargada de frustración. Se le encoge el corazón como si contemplara al cachorro más débil de la camada: el pobrecillo no está en condiciones, pero ¿acaso no se merece una oportunidad? Es pequeño, feo y desvencijado. Su diseño deja mucho que desear. El palo mayor es demasiado alto y el bauprés muy corto.

—Vamos —dice su padre.

Se dirigen a la oficina del astillero, donde su agente está medio adormilado tras un montón de papeles. El capitán Mackie saca un sobre y se lo entrega.

—Presta atención, Flora. Le estoy entregando al señor Smedley un cheque por valor de dos mil libras para que haga las reparaciones más urgentes e instale un nuevo motor en el Resolve. Lamento que no sea más. Pero al menos el barco

podrá navegar.

Flora le mira boquiabierta. Nota una opresión en la garganta. Durante unos instantes se queda sin habla.

—Papá, no... ¿Puedes permitírtelo?

—No he navegado treinta años para nada, Flora. No quiero que te ahogues.

Ella siente el impulso de detenerle, pero sabe que ni siquiera va a intentarlo.

—No sé cuándo podremos devolvértelo. Llevará tiempo... —No quiere llorar delante del agente, que no se reprime a la hora de mostrarle su desprecio. Sofoca el nudo que tiene en la garganta y sonrío—. Es maravilloso. ¿Lo ve, señor Smedley? Le dije que no había de qué preocuparse.

Cuando salen y vuelve a echar un vistazo al pobre Resolve, ve una nave completamente distinta, un barco de líneas fuertes y robustas que, en cuanto vuelvan a embonar el casco, arreglen la arboladura, instalen un motor nuevo, cambien los sobreplanos y refuercen las brazas, estará perfectamente preparado para afrontar una expedición. Lo único que hace falta es una inyección de dinero.

Flora aprieta el brazo de su padre a través de la manga.

—Gracias —susurra.

* * *

Pese al regalo del capitán Mackie, se quedan sin dinero antes de que acaben las reparaciones y Freddie se ve obligado a venderle un puesto en la expedición a un tal Edwin Daneforth, un joven carente de habilidades prácticas, salvo la de poseer un físico de atleta. No es un científico y sus viajes al Norte no han ido más allá de los páramos de Perthshire, pero está dispuesto a acompañarlos, es aficionado a la fotografía y se da la circunstancia de que, a cambio de su sustancioso donativo, su familia exige que sea nombrado fotógrafo oficial de la expedición. Ello entraña una pequeña dificultad, dado que ese puesto ya se le había prometido a Maurice Seddon. A este no le hace ninguna gracia, pero se apacigua cuando le aseguran que podrá fotografiar todas las aves que quiera. Por último, contratan a Ralph Dixon como geólogo después de que la expedición belga se venga abajo por falta de dinero.

* * *

El 18 de mayo leván el ancla. De pie en la proa del Resolve, ya remendado y

acicalado, Flora mira por encima de la regala (que han levantado lo mínimo: dieciocho pulgadas justas), sumando su voluntad al impulso de la pleamar.

Bajan sigilosamente por el río, deslizándose ante las marcas de la costa, desdibujadas en la penumbra que precede al alba: Limekiln Creek, Halfway Reach, Erith Rands. La tripulación es nueva y desconocida. En el alcázar, el capitán Traill chasquea la lengua cuando un grumete choca con otro.

Dejan atrás Northfleet Hope con abúlica lentitud. Apegada todavía a tierra y cargada hasta los topes, la nave avanza perezosamente por el agua cenagosa.

* * *

Antes de abandonar Londres, el capitán Mackie sorprendió a Flora dándole un abrazo. Nunca han sido cariñosos, y ella se echó a reír sorprendida.

—Prométeme que no cometerás ninguna imprudencia.

—Descuida. Soy hija tuya.

—Buena suerte, querida mía —creyó oírle murmurar, aunque no estaba segura, y no pudo preguntarle qué había dicho porque tenía un nudo en la garganta.

* * *

En el recodo de Lower Hope, un estremecimiento sacude las cuadernas del barco. El Resolve parece atiesarse y ponerse en guardia, como un sabueso al detectar un rastro. El río se ensancha; el horizonte se allana por el este, alisándose en el gris indistinto del mar del Norte, y Flora, con una mano apoyada en la regala, siente henchirse su corazón con el movimiento rítmico del casco, el latido cadencioso del mar abierto.

TERCERA PARTE

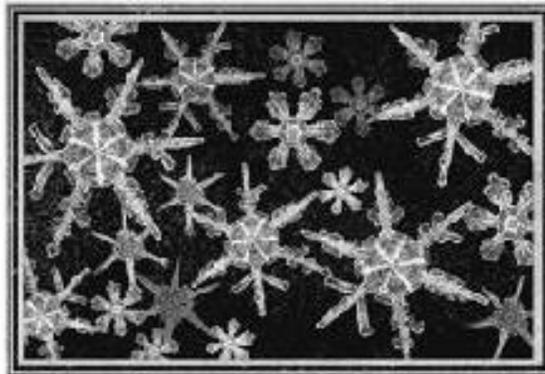
RECONGELACIÓN

*Los copos de nieve no están hechos para la soledad.
Cada uno de ellos, con sus brazos extendidos, se enreda y se entrelaza con su vecino.*

Con el paso del tiempo, se comprimen convirtiéndose en hielo.

Pero el hielo es mudable, incluso con el frío más intenso.

Dentro de un glaciar, la presión y la proximidad derriten el hielo a temperaturas muy inferiores a la de congelación, de modo que dos pedazos que se hallen en contacto se derriten y vuelven a congelarse formando uno solo.



Capítulo 13

Isla de Ellesmere, 80° 32' N, 86° 13' O

Junio de 1892

El cielo es como el interior de una concha. Hacia el oeste, donde el mar se hace visible entre los témpanos flotantes, el agua es tan lisa como la de un estanque, tan misteriosa como un espejo antiguo: azogue entreverado de plomo. El sol, su compañero constante, envuelto en celajes, es una esfera difusa de luz nacarada, demasiado débil para proyectar sombras. Jakob se detiene en lo alto del promontorio para recobrar el aliento. Aunque no lleva camisa, está sudando. Ha caminado durante horas. Es la una de la mañana.

Al norte se extiende la tierra que llevan varias semanas extrayendo a golpe de cincel de lo desconocido: 618 kilómetros de costa ignota. Fiordos, cabos, montañas que han medido y cartografiado. Han bautizado la mayoría de los accidentes geográficos en honor a sus patrocinadores: su mapa está plagado de nombres de fabricantes de cerveza, magnates ferroviarios y especuladores bursátiles, pero muy al norte hay también una bahía a la que han puesto «ensenada De Beyn». Seguramente nunca volverá a verla, pero tiene fotografías. Le agrada pensar que el número de personas que pondrá el pie en ella será casi inapreciable.

Rielando en el espejo deslustrado del mar aparece el espectro difuso de otra tierra que podría ser una prolongación de Ellesmere o, lo que resulta mucho más atrayente, una isla aún por descubrir. Jakob se despoja de la pesada mochila, saca su Kodak y hace una foto de lo que ve: gris sobre gris. Anota posición, dirección, condiciones climatológicas, hora.

Es fácil olvidarse del tiempo: relojes y calendarios significan poco cuando siempre es de día. Comes cuando tienes hambre, duermes cuando estás cansado. Pero tienen que ceñirse a un plan, llevar un registro. Resulta fácil, en medio de esta luz infinita, perder una hora aquí, un día allá; pero sin fechas precisas, no sabrían en qué punto están. La navegación sería inexacta; la cartografía, absurda. Han de imponer ritmo y estructura a este lugar tan sutil porque, en caso contrario, no podrían afirmar a ciencia cierta que han hecho algún

descubrimiento.

* * *

Allá abajo, a lo lejos, una mota se mueve en torno a las tiendas, se agacha junto a la hoguera: será seguramente Johannes, su intérprete medio esquimal, medio danés. Con suerte hoy le tocará cocinar a él: a Jakob le suenan las tripas al pensar en un filete bien jugoso. Vuelve a cargarse al hombro el morral lleno de piedras (le escuece la piel quemada por el sol, pero hasta eso le resulta placentero, en cierto modo) y echa a andar ladera abajo. De vez en cuando oye ladrar a los perros. La costra de nieve cede rítmicamente bajo sus botas. A cada paso piensa: «Soy el primer hombre que pisa este pedazo de tierra». Es consciente de que, en ese momento, su felicidad es completa.

* * *

En una de las tiendas hay un físico desnudo: Louis Erdinger, encorvado sobre su cuaderno. Jakob se inclina ante la puerta abierta de la tienda y dice:

—Toc, toc.

Dentro de la tienda, la temperatura debe de rondar los veinticinco grados.

Hace una semana, Erdinger le dijo a Jakob que estaba deseando volver a casa. Que tenía tres años más para trabajar de firme y que luego... Se encogió de hombros con indiferencia, dando a entender que todo habría terminado. Jakob se alarmó. ¿Estaba enfermo su compañero?

—No —contestó el físico—. Pero dentro de tres años cumpliré treinta y tendré el cerebro hecho papilla. Es ahora cuando tengo que dar lo mejor de mí mismo.

Jakob pensó que estaba de broma.

—Tú lo tienes fácil —repuso Erdinger—. Solo eres geólogo.

Jakob sabía que no pretendía ofenderle.

—Pásame esa camisa —le dice Erdinger ahora, como si se hubiera ausentado diez minutos en vez de tres días.

La extraña cara del físico vuelve a impresionar a Jakob: chata, cuadrada y provista de un perfecto triángulo equilátero a modo de nariz. Un recuadro rojo y despellejado. El resto del cuerpo está sonrosado por el sol.

—¿De qué te ríes?

—No sé. Hace un día tan bonito... O una madrugada... O una noche. —Jakob le sonrío—. Voy a ver si convenzo a Johannes de que haga unos filetes.

—Ayer desapareció Shull —comenta Erdinger debajo de la camisa.

—Imagino que estará siguiendo a los bueyes almizcleros. No tienen horarios.

Erdinger indica con un gruñido su desprecio por la inexactitud, aunque esta venga de las bestias salvajes.

* * *

Camp Hendrik está formado por tres tiendas situadas sobre un río que mana del casquete de hielo. Al elegir ubicación, siguieron su costumbre de turnarse para bautizar el paraje. Hasta el momento han montado y desmontado Camp Herta, por la madre de Erdinger, Camp Edith, por la de Shull, y Camp Anette por la de Jakob, seguidos de una plétora de hermanas y novias. Brindan por la persona homenajeadada con té y cierta guasa, sobre todo en el caso de Camp Jane, nombre elegido por Shull, que un súbito chaparrón convirtió en una ciénaga.

Este paraje, uno de sus últimos campamentos en Ellesmere, Jakob lo ha bautizado en honor a su hermano.

—¿A qué se dedica Hendrik para merecer un lugar tan hermoso? —preguntó Shull con una sonrisa sardónica.

Irritado, en parte porque un mosquito acababa de picarle en el párpado, Jakob contestó con aspereza:

—Es carnicero.

Le encantó ver la cara de pasmo de Shull.

Erdinger se rio.

—Verás, Shull, De Beyn y yo somos hombres del pueblo. No nacimos con un pan debajo del brazo.

—¡Yo no he dicho nada! Es un... oficio excelente —farfulló Shull antes de que Erdinger pudiera recordarle, como era su intención, que su familia le había comprado un puesto en la expedición.

—Hendrik me pagó los estudios —añadió Jakob—. De no ser por él, no estaría aquí.

* * *

Este valle es, mucho más que cualquiera de los que han descubierto en las últimas semanas, un lugar paradisíaco. Situado en la punta de una ensenada, está casi despejado de nieve. Con el sol rotando incansablemente por el cielo, es tan cálido como Nueva York en primavera: algunos días, la temperatura supera los

dieciocho grados centígrados. Para aquellos aclimatados al frío, es una temperatura tropical. El río crece y merma según la hora del día: por la mañana es un reguero; a última hora de la tarde, un torrente. Sus orillas de grava se han convertido en una verde nebulosa de hierba y musgo, espolvoreada de flores diminutas: potentillas, saxifragas, dríadas de ocho pétalos. Desde lejos, engullidas por el color pardusco del suelo, son casi invisibles, pero de cerca son minúsculas joyas de color fucsia, blanco y amarillo huevo. Y también hay animales: zorros, liebres árticas, lagópodos, caribúes y bueyes almizcleros.

* * *

En primavera, tras cruzar el estrecho helado desde Groenlandia, Jakob y Erdinger salieron de Camp Susan para escalar un monte cercano. Al menos eso parecía, que estaba cerca. Pero, como les sucedía una y otra vez, se dejaron engañar por la claridad del aire: tardaron mucho más de lo que pensaban en alcanzar la cima. Era un día despejado y la vista desde la cumbre, cuando por fin la coronaron, los dejó mudos de asombro. Al norte se divisaba una cadena de picos cubiertos de nieve: los montes Victoria y Albert. Pero más allá alcanzaban a ver cimas aún más altas. Un pico curvo como la garra de una rapaz, de un blanco perfecto, descollaba entre sus vecinos. Lo contemplaron extasiados.

Era uno de esos raros instantes sin viento en que el silencio se hacía absoluto. Jakob notaba el latido atropellado de su corazón, el ruido áspero de su aliento, la respiración fatigosa de Erdinger a su lado. Justo delante de ellos, una docena de bestias de un negro amarronado escarbaban en la nieve buscando algo que comer. Su presencia no parecía inquietarlas. Jakob oía su lento arañar, notaba su olor fétido. Le parecía oír el sonido de su propia sangre latiendo en las venas.

Había algo de inmensamente digno y majestuoso en el buey almizclero. El más grande de la manada, un macho, avanzó con parsimonia hacia ellos y se detuvo. Parecía flotar sobre la nieve, el largo pelaje meciéndose como una regia capa. Miraba a los hombres con su ojillo marrón: un reluciente tachón en el escudo romo de su testuz. Juzgándolos faltos de interés, dio media vuelta y se alejó.

Más tarde, Johannes lo abatió de un disparo. Jakob lo lamentó, pero tenían que comer. También mató a una hembra y la ordeñó, y saborearon la leche caliente como si fuera un vino de excelente añada.

* * *

Johannes domina un método para freír la carne de modo que esté chamuscada y crujiente por fuera y sanguinolenta y casi cruda por dentro. Jakob devora su filete: duro pero delicioso. Su boca se inunda de sabores: a dulzura, a sangre, a carbón y a sal. Cierra los ojos. Si algo ha aprendido sobre la vida en el Norte es esto: que, cuando estás perpetuamente hambriento, cansado, incómodo y normalmente helado, las sensaciones de calor, bienestar físico y disfrute del paladar son arrolladoras. Lo mismo sucede con el paisaje: al principio, una monotonía inmensa cuyos colores y tesoros quedan ocultos por la propia magnitud del espacio. Hay que agacharse para apreciarlos, y entonces su delicadeza te conmueve hasta un punto insospechado. En cuanto al hielo, su belleza indiferente te desconcierta; hay múltiples formas de mirarlo y cada una de ellas revela algo nuevo, ya sea de lejos, cuando evoca fabulosas ciudades en ruinas, o escudriñando el universo en el interior de un cristal de hielo, o contemplando las variaciones constantes de uno u otro bajo una luz cuyos colores, imposibles de describir, fotografiar u olvidar, embelesan a quien los contempla.

—Qué rico —masculla Erdinger con la boca llena.

Jakob come sumido en un silencio voluptuoso. Sentado junto al fuego con las piernas estiradas y los ojos fijos en la distancia, Johannes fuma su pipa.

Cuando acaba de comer, Jakob enciende un cigarrillo, se tumba de espaldas y suspira satisfecho.

—He visto más indicios de bosque del Paleoceno. ¡Hay troncos de tres pies de diámetro! —Menea la cabeza entre frustrado y eufórico.

Johannes tose. Mueve su pipa del centro de la boca a la comisura: señal de que se dispone a hablar.

—Te Peyn... ¿Volvemos mañana?

—Todavía no, Johannes. Tres días más. Cuatro, quizá. Quiero hacer una incursión hacia el sur, a ver si podemos acercarnos lo suficiente para ver esas tierras que hay más allá.

Armitage les ha ordenado regresar al cuartel de invierno en el lado groenlandés del estrecho de Smith el último día de junio a más tardar, para que puedan zarpar de inmediato.

—Se acerca la nieve. —Johannes señala hacia el oeste.

Los otros miran: el cielo está despejado, aunque teñido por una leve tonalidad amarilla.

—¿Cuándo?

—Pronto. Uno, dos días.

—¿Cómo lo sabes?

—El agua está distinta. El viento ha cambiado.

Apenas hay viento: un hálito fresco que se agradece a pleno sol.

—El viento es *ooangniktuq*.

—¿Significa eso que todavía habrá hielo en el estrecho?

Johannes mira hacia arriba.

—Se lo preguntaré al Señor.

* * *

Un par de horas después, Jakob se despierta temblando. El cielo es de un color gris solidificado, como carne de ostra; el viento les arroja nieve a la cara. Si antes alcanzaban a ver la costa, ahora apenas se ven unos a otros. Amarran trineos y cajones, meten la comida y los hornillos en las tiendas y se acurrucan en sus sacos de dormir dispuestos a esperar. El vaho se congela en el interior de las tiendas. Cuando dos días después amaina la ventisca, caen sobre ellos placas de hielo, y fuera el valle está sumido en una blancura silenciosa: no se ve ni un solo animal, ni una planta, ni un pájaro, como si nunca hubieran existido. Lo único que sigue en movimiento es el regato que, encogido, se abre paso refunfuñando por un paisaje en el que la vida no solo parece aniquilada, sino inconcebible.

* * *

Jakob pasea la mirada por el valle cuando emprenden la marcha. La niebla borra el horizonte. Las nuevas tierras que tal vez divisara desde lo alto del cerro se han evaporado en la blancura del mar.

Capítulo 14

Regreso desde cabo Dupree, 82° 34' N, 46° 12' O (coordenadas dudosas)
Junio de 1892

—¡Derecha! ¡Derecha! ¡Maldito seas!

Los improperios de Armitage van dirigidos al trineo, Frank está casi seguro. Echa el cuerpo hacia la derecha y el peso del trineo le clava la soga en el hombro y le aprieta cruelmente la cintura. Armitage tira de la otra cuerda. Metek, el cazador, dirige el trineo, sujetándolo mientras descienden por la ladera de hielo azotada por el viento. La pendiente es tan abrupta que han tenido que desenganchar a los perros, y el frenesí estridente de sus ladridos se oye a ratos bajo el aullido del viento.

Metek levanta la mano: ¡alto! Señala hacia abajo; hay una raya oscura en la nieve, cruzando su trayectoria: una fisura. En ese preciso momento Armitage pierde pie y resbala hacia la grieta azul durante unos segundos aterradores. Frank cae al suelo y clava los talones en un bloque de hielo. Levanta la cabeza con cautela. Lester está tendido boca abajo, en cruz, a tres metros y pico de la grieta. Metek ha volcado el trineo, convirtiéndolo en un ancla que ha salvado a Armitage de una caída horrenda. El jefe de la expedición vuelve a subir trabajosamente por la ladera, los ojos ocultos por la capucha cuajada de hielo, la boca convertida en un agujero negro. De ella salen palabras que Frank no alcanza a distinguir. Puede que haya vuelto a enfadarse con Metek por el trineo: se ha caído la mayor parte del equipo y se han soltado las ligaduras de uno de los patines.

Frank consigue sentarse con esfuerzo y el viento le golpea la espalda como si le cayera encima un armario ropero. Al parecer es necesario, aunque resulte insoportable, que se ponga en pie de nuevo y ayude a cargar el trineo. Necesario pero sin duda imposible que Metek vuelva a reparar el maltrecho patín. Insoportable pero cierto que su hornillo tenga una fuga, que les quede tan poco combustible que apenas pueden calentar la poca comida que tienen y que sus ropas estén congeladas y endurecidas por fuera y mojadas por dentro. Absolutamente insoportable que estén aún a varios días de camino de su base en

la costa, y que él esté trepando por una ladera de hielo vidriosa y traicionera en medio de un vendaval de viento y nieve. Pierde la esperanza de volver a ver su hogar, a su familia y a su novia. Le dan ganas de llorar, como le ha sucedido ya otras veces durante el viaje. Pero por suerte, quizá, hace tanto frío que no le salen las lágrimas.

* * *

Lester Armitage, Metek y Frank llevan noventa días en el casquete de hielo. Tateraq, el cazador más joven, se volvió cuando llevaban recorridos cincuenta kilómetros, dejándoles un trineo y veinte perros. Los demás, conducidos por Lester, prosiguieron la marcha.

Han llegado a la costa norte de Groenlandia y han vuelto: 1400 kilómetros a pie. Cada kilómetro ganado con penoso esfuerzo. A veces la nieve era tan blanda y harinosa que avanzaban a trompicones, hundidos en ella hasta los muslos; otras, era como arena y los patines no resbalaban; en ocasiones, una costra cristalina hería las almohadillas de los perros y cortaba las suelas de sus botas. Crestas de hielo labradas por el viento estorbaban su trayectoria: enormes barreras duras como cristal que no podían romper ni atravesar. Tenían que levantar a pulso el trineo para superarlas y, si ello no era posible, debían descargarlo, tirar de él por encima de la cresta, volver atrás, arrastrar los fardos, volver a cargar, encontrar el rastro de los perros, avanzar hasta la siguiente cresta unos metros más allá, y vuelta a empezar, una y otra vez...

En ocasiones, Frank se preguntaba si Armitage estaba perdiendo la cabeza. A veces se preguntaba si no la estaría perdiendo él: cuando había poca visibilidad —lo que ocurría con frecuencia— era fácil sucumbir al espejismo de que caminaban y caminaban sin avanzar ni un solo paso por aquella monótona grisura. Esa sensación, sumada al agotamiento, la incertidumbre y el malestar, resultaba devastadora. Había también, sin embargo, momentos en que el sol disipaba la niebla y, al salir por la mañana de su *illu*, se hallaban bajo un cielo de un azul hiriente y divisaban montañas nunca vistas centelleando a lo lejos, y Frank se alegraba de corazón, aunque fuera fugazmente, de estar ahí.

* * *

Tras cuarenta y cuatro días de marcha, durante el viaje de ida, llegaron a lo alto de un acantilado barrido por el viento. Una llanura de hielo se extendía hacia

el norte desde su base hasta donde alcanzaba la vista, en medio de una niebla movediza. El mar helado, desfigurado en un caos de crestas y simas aún peores que las que habían encontrado en tierra, infundía pavor. La idea de avanzar por aquel yermo inestable resultaba aterradora, y aún estaban, según los cálculos más optimistas de Lester, a más de seiscientos kilómetros del Polo. Celebraron su llegada a la costa norte con una discusión acerca de la altura del acantilado: debían calcular la distancia a la línea del horizonte. A falta de piedras (e incluso de nieve, paradójicamente) que lanzar al abismo, sacrificaron una lata vacía lastrada con mierda de perro, pero rebotó en el abrupto farallón de roca y desapareció sin hacer ruido; Frank se alegró enormemente de no haber sido él quien la lanzara. Lester estimó que el acantilado tenía unos doscientos diez metros de alto. Frank creía que eran más bien quinientos, lo que situaba el horizonte a unos cincuenta y seis kilómetros, o a menos de cincuenta. Su desacuerdo carecía de importancia: con aquella niebla densa y cambiante, solo alcanzaban a ver hasta una distancia de unos tres kilómetros por encima de la banquisa. Lester quería esperar a que se despejara el tiempo, pero andaban escasos de víveres y aún más escasos de combustible. Tras doce amargas horas de espera en las cuales no se permitió dormir a nadie, Armitage dio la orden de regresar. Si no lo hubiera hecho, Frank estaba convencido de que Metek o él le habrían arrojado por el acantilado.

En el viaje de regreso empezaron a morírseles los perros, y alimentaron a los supervivientes con sus cadáveres. Ellos no podían comerse la carne al no saber de qué habían muerto los animales. Tampoco pudieron encontrar los lugares donde habían escondido víveres en el viaje de ida, y tuvieron que racionar la comida.

Ahora, al fin, han llegado al glaciar que los conducirá fuera del casquete de hielo y de vuelta a su base. Pero aún les quedan más de ochenta kilómetros por recorrer. Apenas tienen combustible: el justo, quizá, para derretir nieve con la que poder beber durante dos noches. Tienen frío y están hambrientos y acosados por la sed. Solo sobreviven seis de los perros. Frank tiene las mejillas y las manos abrasadas por el hielo. Metek sufre de diarrea. Lester tiene los pies congelados. Frank, obligado por juramento a aliviar el sufrimiento ajeno, no puede hacer nada al respecto.

* * *

Lester está gritando otra vez. Frank se levanta tambaleándose y baja por la

pendiente avanzando de lado como un cangrejo hasta el trineo varado. Metek señala el patín: no es solo que se hayan soltado los amarres, es que el patín se ha partido. Frank mira a Lester. Por un instante le parece que su jefe está llorando. Su rostro refleja una incredulidad dolida: es la cara de un hombre cuyo entorno lleva largo tiempo conspirando contra él.

Se vuelve hacia Metek y le grita a voz en cuello:

—¿Puedes arreglarlo?

Si está a punto de perder los nervios, Metek no lo demuestra. Asiente con la cabeza: *ieh*. Es un mago para estas cosas, han sobrevivido a diario gracias a él, pero necesita más cordel de cuero y también una lata si pueden prescindir de una. Comprendiendo por fin, Frank se agacha y, con los movimientos lentos y entumecidos que se han hecho habituales en ellos, se pone a buscar entre sus exiguas pertenencias algo que consiga llevarlos a casa.

Capítulo 15

Neqi, 77° 52' N, 71° 37' O

Julio de 1892

El grupo de Jakob alcanza la costa de Groenlandia el 30 de junio, conforme a sus órdenes. Cuando aún están a un kilómetro y medio de las estribaciones de hielo, divisan un trineo que se acerca a toda prisa. Se preguntan durante unos minutos de euforia si son Armitage y Frank que vienen a darles la bienvenida. Entonces ven que el trineo lo conducen dos cazadores: Omowyak y su hijo, Sorraq. Los esquimales saludan a los estadounidenses y le cuentan alegremente a Johannes que ya los daban por muertos.

—Hemos estados fuera doce semanas —comenta Erdinger atónito—, es decir, lo previsto.

—¡Con este tiempo tan horrible! —traduce Johannes.

Los otros se miran entre sí, empezando a alarmarse.

—Armitage y Urbino... ¿han vuelto ya?

—No. Aquí no. Todavía allá arriba. —Omowyak y Johannes señalan hacia el casquete de hielo.

Jakob comprende casi todo lo que dice Omowyak, pero se alegra de que Johannes haga la traducción. Así no hay equívocos.

—Ha habido tormentas muy fuertes. En el hielo del interior, nada de caza. Tateraq regresó porque no había nada que comer. Seguramente están muertos.

—Puede que solo se estén retrasando.

Johannes y Omowyak conferencian. Omowyak se muestra categórico.

—Muertos, sí —repite Johannes.

* * *

El primer día de su regreso encienden el hornillo y queman parte de su preciada provisión de carbón para darse un baño caliente: un placer intenso, casi erótico, después de meses de agua fría. Jakob se afeita la barba, lo que le hace reír, porque debajo tiene la piel macilenta; el resto de su cara, en cambio, al igual

que su cuerpo, está tostado por el sol. Erdinger va en busca de Mikissoq, su amante del invierno anterior, y regresa de mal humor: ha sido reemplazado por otro. Y para colmo de males le ha mordido un perro y se le inflama la mano, infectada por el mordisco. Vigilan obsesivamente la costa del fiordo por si atisban algún movimiento que indique el regreso de sus compañeros.

Al cabo de cuatro días, Jakob y Shull, acompañados por dos nativos, Omowyak y Ayakou, el primo de Metek, parten en busca del grupo que se dirigió hacia el norte. El itinerario marcado por Armitage debía llevarlos por el glaciar hasta el casquete de hielo. Después, cruzarían el interior hasta alcanzar el fiordo de Sherard Osborn, situado muy al norte, y seguirían más allá.

Su mapa muestra un hueco en blanco que abarca casi toda Groenlandia. Las únicas palabras escritas en él afirman: *El interior está totalmente cubierto de Hielo. Hielo* con hache mayúscula. Por el norte y el este, la tierra se difumina hasta convertirse en un borrón. Armitage, Metek y Frank han marchado más allá de los confines del mundo conocido.

* * *

Los dos trineos avanzan trabajosamente por la ancha base del glaciar, que se adentra en el casquete de hielo formando una especie de carretera. Desde lejos parece llana, lisa, con una ligera pendiente, pero vista de cerca es un desierto de encumbrados bloques y hielo duro y labrado, cruzado en todas direcciones por grietas ocultas a la vista. Saben cómo sortear las zonas más intransitables, donde el glaciar describe un recodo en torno a un cerro de arenisca, pero no hay forma de esquivar la escabrosa vorágine de sus estribaciones más altas, donde se desprende del propio casquete y, desbordándose, comienza a caer hacia el mar con lentitud y paciencia infinitas.

El glaciar en el que Jakob se rompió el tobillo era una sílfide comparado con este mastodonte. Su tamaño, su latitud, las montañas que lo envuelven, todo es distinto. Jakob se descubre deseando que llegue el instante de medir y bosquejar, de convivir con los crujidos y estallidos que suenan de pronto bajo sus pies: de desvelar los secretos del glaciar. Cuando tienen que cruzar con el trineo una grieta especialmente profunda, Jakob se detiene a medio camino y mira hacia las profundidades azuladas de la sima.

—Un momento. No pasa nada —dice.

Se tumba de través en el trineo de modo que su cabeza cuelga sobre la grieta y siente su gélido aliento. A escasas pulgadas de la superficie, el calor del sol

desaparece por completo. Las paredes relucen. El color del hielo pasa de un gris plateado a un azul palidísimo, y luego a verde menta y a cobalto, antes de desvanecerse en un negro abismo: el hogar del frío. Unos cuatro metros más abajo, surge en la oscuridad un brillo de color turquesa. ¿Una chimenea escondida? ¿Una veta de hielo singularmente clara? Quizás el agua de deshielo que se forma en la superficie vuelva a congelarse al encontrar una falla... Por su cabeza desfilan teorías, interrogantes... Se inclina más aún, estirándose hacia abajo y, pasados unos instantes de silencio inmóvil, escucha un susurro. Contiene la respiración, se tensa y reconoce el levísimo murmullo de los cristales de hielo al sublimarse y pasar directamente del estado sólido al gaseoso, cosa que antes se creía imposible. Su sonido se asemeja al de una lengua hablada: el hielo parece susurrarle una invitación que Jakob no logra entender. Tiene que resistir el impulso de apearse del trineo y bajar a la sima.

* * *

El cuarto día, antes de que alcancen la cúspide del glaciar, Ayakou, que va en cabeza, deja escapar un grito y señala adelante.

—¡*Qamiut!* ¡Trineos! ¡Trineos! —exclama lanzando vítores de alegría.

Ni Jakob ni Shull ven nada a través de sus gafas protectoras, pero la esperanza y el alivio los embargan, y el reflujó de su miedo los abrúma de pronto como un peso. Pasan quince minutos antes de que Jakob pueda distinguir unos puntos negros en la abrupta superficie que se extiende ante él, y aún más tiempo antes de que uno de esos puntos grite y les salude con la mano. Luego, de algún modo, se juntan, y tres caras ennegrecidas por el viento y la escarcha, cubiertas por una espesa barba y cuajadas de carámbanos, se resquebrajan en una sonrisa de gozo y bienvenida. Jakob se alegra tanto de ver a Frank que rodea a su amigo con los brazos. Incluso abraza a Armitage. Se ríen y hablan con voz rasposa y cuarteada. A Frank se le rajan los labios agrietados y una gota de sangre se desliza, lenta y horrenda, por la espesura de su barba.

* * *

En Neqi, cuando se quitan la ropa por primera vez desde hace meses, a Jakob vuelve a impresionarle el aspecto que presenta Frank. Su amigo, que siempre ha sido enormemente fuerte, casi indestructible, parece encogido y demacrado como un fantasma. Su cara presenta un aspecto terrible: tiene la piel

ennegrecida, despellejada y en carne viva, y sus ojos enrojecidos lagrimean constantemente. Su mano izquierda está inservible. Se pesan: Frank ha perdido unos diecisiete kilos; Lester, más o menos nueve, pero él siempre ha sido nervudo y fibroso. Metek se niega a que le pesen y se escabulle discretamente en cuanto descargan los trineos, ansioso quizá por informar a su esposa de que no es viuda.

A pesar del júbilo generalizado, Armitage está de un humor extraño. Se empeña en que no necesitaban que acudieran en su rescate, y Erdinger, Jakob y Shull se ven obligados a darle la razón: naturalmente, solo han salido a su encuentro; su travesía ha sido sencilla; les costaba creer lo distintas que eran las condiciones en el casquete de hielo; una hazaña asombrosa... Los ojos de Lester, siempre desconcertantes, parecen ahora incapaces de concentrarse en las caras de sus compañeros. Su mirada vaga por el aire; sobrevuela sus cabezas distraídamente.

—Habría que azotar a Tateraq. Le pagué por esos perros. Hicimos un trato.

—Puede que pensara que los habías alquilado. Él fue el primero en perder a varios perros. En todo caso, no necesitaremos más antes de que llegue el barco.

Da igual lo que digan: sus logros no parecen alegrar a Armitage. A pesar del éxito de su travesía (de ambas travesías), se muestra huraño y taciturno. Pasa los días siguientes sentado en su aposento privado, un rincón de la cabaña delimitado por cajas, mirando la fotografía de su esposa y escribiendo su diario. Luego se levanta y lleva a Johannes y a Shull a visitar un poblado, costa abajo. Pretende, mediante sobornos, promesas y, si es necesario, amenazas, asegurarse muchos más perros para la próxima vez.

* * *

Mientras Armitage está ausente restablecen cierta rutina. La estación está demasiado avanzada para intentar nuevos viajes en trineo: el mar es líquido y el hielo que queda es fino y traicionero. Los hombres aguardan su barco, el Sachem. Jakob revisa sus muestras de minerales, relee sus notas de campo y las pasa a limpio, una tarea que siempre le reconforta.

Una hierba frondosa cubre ahora el suelo entre la orilla del mar y los acantilados, invitando a los hombres a tenderse en ella cuando brilla el sol. Salen a pescar y a recoger muestras de agua marina, y luego observan a través del microscopio aquel mundo invisible y bullente. Ven aparearse a las focas en la playa. Acompañan a los niños cuando trepan por los acantilados en busca de

huevos de alca y cuando atrapan a los pájaros en sus redes caseras.

Un pequeño iceberg erosionado encalla frente a la choza. Es alto y delgado, como un pordiosero tímido y bonachón. Todos los días, cuando se retira la marea, su base parece más mermada. Erdinger lo bautiza Bert Bergman, y cruzan apuestas sobre cuándo se desplomará.

* * *

—Dejé de hacer anotaciones en mi diario. Anotaciones que no fueran... imprescindibles, quiero decir.

Frank está tendido en una franja de guijarros, a la orilla del agua. Desde su regreso está aletargado. Pasa gran parte el día comiendo y durmiendo. Un sol tenue calienta su cara, de la que se van desprendiendo las costras ennegrecidas producidas por el frío. Sentado a su lado, Jakob remienda desmañadamente sus botas de piel. Unos metros más allá, Bert irradia un fulgor verde, como un fantasma bondadoso, a pesar de estar tan cabizbajo y encorvado que se diría que le duele el estómago. Jakob se ha encariñado con él. Lo lamentará cuando por fin se derrumbe. Encuentra en la costura de su *kamik* lo que parece ser un huevo de insecto y lo pincha con la aguja.

—¿A qué te refieres?

Hablan despacio, con indolencia. ¿Qué prisa hay, si el sol no va a ponerse?

—Ya sabes. Sabía que él exigiría ver mi diario al final, así que no podía anotar lo que pensaba de veras, pero a veces... a veces me parecía que había perdido la cabeza. Estaba tan emperrado en seguir adelante que parecía que no le importara regresar o no. Me da igual lo que cada cual decida hacer con su pellejo, pero cuando tienes gente a tu cargo no puedes forzar las cosas de ese modo.

Frank parece inquieto. Mira hacia la cabaña. Apenas levanta la voz.

—Metek y yo queríamos señalar los escondites de provisiones con hitos o con un buen despliegue de banderines, por si acaso nos desviábamos de la ruta en el viaje de vuelta. Pero dijo que sería una pérdida de tiempo, que no iba a hacer falta y qué sé yo. Dio a entender que nos estábamos portando como un par de viejas asustadas. Y, claro, cuando volvimos había caído tanta nieve que no se veía la senda por ningún lado. No encontramos los víveres. Ni uno solo. Cuando nos encontrasteis, no nos quedaba nada que comer. Tuvimos mucha suerte. Él me pidió lealtad y obediencia y yo se las di. Hay ciertos riesgos que uno asume, pero yo no he venido aquí a morir por la... cabezonería de nadie. ¿Me convierte eso en un cobarde?

—Claro que no. ¿Eso dijo?

—No con esas palabras.

—¿Cómo era la costa norte?

Frank resopla.

—Había una niebla tan espesa que no pudimos ver gran cosa. El terreno descendía poco a poco y luego caía en picado hacia la banquisa. La visibilidad era pésima. Estuvimos allí doce horas esperando a que se levantara la niebla, pero no se levantó. Puede que fuera la costa norte, pero nosotros no vimos más que un par de millas de tierra. Podría haber sido la costa de un fiordo. No había forma de saberlo.

—Hicisteis fotos, ¿no?

—No sé qué se verá. Y no probarán nada.

—Lester dijo que la costa viraba por allí hacia el sureste.

—Hasta donde alcanzábamos a ver, sí.

—Ha sido un viaje extraordinario, Frank. Has estado en un lugar que nadie había visto nunca.

Su amigo se queda callado un minuto largo.

—Que esto quede en nosotros. ¿Me lo prometes, Jake?

—Claro que sí.

—No sabíamos dónde estábamos. Nunca nos deteníamos lo suficiente para hacer mediciones. Creo que solo calculó dos veces la longitud en todo el trayecto.

—Pero... en la costa sí la calcularíais.

—No había sol. Hubo que hacerlo a ojo.

Jakob trata de disimular su sorpresa. No saber dónde estás ni poder demostrarlo es un pecado capital para un explorador.

—Creo que por eso Lester está tan... —Otra rápida ojeada a su alrededor—. Tan raro. Sabe que... No que ha fracasado, exactamente, pero sí que ha actuado con negligencia.

Jakob recuerda la labor de su grupo en Ellesmere. Tanto Erdinger como él medían las coordenadas y luego comparaban sus cálculos. Está convencido de que nadie podrá acusarle de negligencia. Pero a Frank eso no le servirá de consuelo. No creía que Armitage fuera capaz de tamaño descuido.

—Pensé que no conseguiríamos volver —añade Frank en voz baja.

—Pero habéis vuelto.

Su amigo suspira profundamente.

—Cuando estaba allá arriba pensaba mucho en Marion. En lo absurdo que

sería morir por esto. Me di cuenta de que... —Se ríe—. De que no soy muy valiente. Cuando vuelva a casa, me contentaré con sentarme en mi consulta y llevar una vida cómoda y segura, rodeado de mi familia y mis amigos.

—No hay nada de malo en eso. No tiene nada que ver con la valentía, ni con lo contrario.

—Pero no es para ti.

—Yo no diría tanto. Pero me gustaría volver aquí.

—Si Lester regresara... —Frank levanta la vista y le mira—. ¿Volverías con él?

Jakob se encoge de hombros.

—Depende. Si el trabajo geológico va bien, quizá pueda montar algo por mi cuenta.

Frank se hace sombra con la mano sobre los ojos y ambos guardan silencio. Al oír una voz, vuelven la cabeza y apartan la mirada del mar. Se acercan dos mujeres esquimales. Una de ellas es Meqro, una muchacha callada y alegre que en primavera, durante una corta temporada, fue amante de Frank. La otra es Ainineq, una joven viuda. Una y otra sonrían. Meqro se sienta cerca de Frank, que se endereza y sonrío tímidamente.

Ainineq se acuclilla junto a Jakob y le observa remendar sus botas.

—Esto está muy mal —dice riendo—. ¡Déjame a mí!

—Quiero aprender a hacerlo yo.

—¡Bah! Tú eres un hombre —responde ella con una sonrisa desdeñosa—. Esto es para mujeres.

Jakob le entrega la bota y la observa coger la aguja y el bramante y empezar a rehacer sus remiendos.

Capítulo 16

Neqi, 77° 52' N, 71° 37' O

Julio de 1892

El verano anterior, cuando el *Sachem* fondeó en la bahía de Neqi tras cruzar laboriosamente los hielos del estrecho de Smith, los nativos salieron de sus viviendas, miraron asombrados a aquellos altos extranjeros que no eran *upernallit* y les preguntaron con desconfianza: «¿Sois de carne o sois espíritus?». Los estadounidenses contestaron tal y como les había enseñado Johannes: «Somos carne. Somos hombres».

Era lo que había que decir para tranquilizarlos y que no los tomaran por demonios.

Pronto se corrió la voz de que los *kallunat* habían construido una gran casa. Llegaron esquimales de uno y otro lado de la costa y cerca de allí surgió un destartalado campamento de *tupiks*, tiendas hechas de cuero.

Los esquimales traían marfil de narval, carne y pieles y los estadounidenses, que contaban con ello, les daban a cambio utensilios, herramientas, baratijas y madera. Emplearon a algunos hombres que servirían de retén de caza durante el invierno y a varias mujeres como costureras y sirvientas. Las mujeres curtían las pieles de foca y oso y confeccionaban con ellas ropa de abrigo para los expedicionarios: pantalones de piel de oso, botas de piel de foca y parkas de tripa de foca primorosamente confeccionadas, cálidas e impermeables. A la hora de cocinar y hacer la limpieza eran menos cuidadosas.

La curiosidad que mostraban los unos por los otros se manifestaba con especial intensidad en las mujeres. Su falta de timidez resultaba asombrosa. Cuando brillaba el sol o se sentaban en el interior de una tienda al calor de la linterna y de los cuerpos hacinados, solían despojarse de sus parkas y acomodarse medio desnudas, cubiertas únicamente con polainas de piel de zorro, demostrando una impudicia absoluta. Los hombres hacían lo mismo: se quitaban toda la ropa, excepto los calzones de piel de oso. Para ellos era solo una forma práctica de secar las prendas humedecidas por el sudor, y Jakob y los demás desviaban la mirada y procuraban imitarlos.

En defensa de la moralidad convencional, acudían la ausencia de intimidad — un concepto inaudito en aquellas regiones— y la falta de agua con que lavarse —una práctica igual de inaudita—, que impregnaba a los esquimales de un potente olor a sudor y a sebo de foca. Eficaz al principio, los efectos disuasorios de aquel olor mermaban a medida que los estadounidenses se acostumbraban a él. La seductora simpatía de las mujeres amenazaba, por otro lado, su virtud; y las mujeres elegidas por Lester como sirvientas eran amables y no parecían tener compromiso alguno. Los expedicionarios habían oído rumores acerca del intercambio de esposas y de la promiscuidad de las esquimales; Jakob daba por sentado que esos rumores eran exagerados, pero parecían ser ciertos.

Una de las sirvientas, Natseq, era una viuda con dos hijos pequeños. Robusta y atezada, solía lucir una expresión de suave ironía. Apenas habló con Jakob hasta que, una noche de otoño, cuando ya se habían acostado (los norteamericanos dormían en la única habitación de la casa, dividida por cortinas; Armitage, solo, protegido tras un muro de cajas de embalaje), Jakob se despertó al sentir que alguien se metía en su catre. La luz grisácea que irradiaba la nieve invadía la cabaña.

—No hables —susurró ella, y Jakob vio aparecer sus dientes en una sonrisa. Adivinando por qué estaba allí, se sintió sorprendido y excitado en la misma medida.

—Natseq... —masculló.

La sangre se le agolpó de pronto en la entrepierna. Era casi doloroso.

Ella se tumbó a su lado bajo las mantas. El camastro solo medía noventa centímetros de ancho, y Jakob sintió enseguida su piel cálida y su denso olor humano. Aparte de los calzones, no llevaba nada encima. «Estoy medio dormido», pensó. «No he podido opinar al respecto...».

—Esta noche, Te Peyn —susurró Natseq—, veo que te duele la vida.

A Jakob no se le ocurrió qué responder, y tampoco pensaba llevarle la contraria. Ella pasó una pierna por encima de la suya. Jakob rodeó sus hombros con un brazo. La mano caliente de Natseq acarició su pecho, le hizo cosquillas en el vientre, y sus músculos se tensaron expectantes. Luego, ella deslizó la mano hacia abajo hasta dar con su pene hinchado, que brincó al sentir su contacto. Jakob se estremeció, presa de un placer casi insoportable. Había pasado mucho tiempo, y al instante se sintió al borde de la eyaculación. Rezó por no ponerse en ridículo.

—*Marmarai* —susurró ella.

Jakob sabía que aquella palabra, que los esquimales mascullaban con

delectación ante cualquier cosa que les produjera placer, desde una pipa de tabaco a un bocado de carne de alca descompuesta, significaba algo parecido a «umm, qué bueno». Recordaba habérsela oído decir a un niño al lamerse la mano tras estornudar en ella.

Aquello le animó. Aun así, era raro: no repelente, pero sí raro. Trató de besarla en la boca pero ella apartó la cara: no. Natseq frotó la nariz contra su cara, pero esquivó sus labios. Él acarició su cuerpo terso y carnoso y le quitó los calzones de piel sin ninguna resistencia por su parte, pero cuando intentó tocarla entre las piernas le apartó de un manotazo y siseó:

—¡*Naamik, naamik!* ¡No!

Al besar sus pechos, a Jakob le chocó sentir los labios mojados. La miró con sorpresa: en su estado de aturdimiento, había olvidado que Natseq tenía un hijo de dos años. Vio brillar en la penumbra sus ojos negros, lánguidamente entornados.

—*Marmarai* —susurró ella de nuevo, riendo en silencio, y empujó la cabeza de Jakob hacia abajo para que siguiera chupando.

* * *

Su aventura con Natseq le habría producido cierto desasosiego (sería quizás excesivo afirmar que tenía remordimientos) de no ser porque sus colegas hacían lo mismo. Allí no había secretos. Armitage había tomado por compañera a una hermosa joven llamada Ivalu, a pesar de que estaba casada con el *angedkok*, el brujo local, y de que él tenía una fotografía de su esposa colgada de un clavo en su rincón de la cabaña. Erdinger se mostraba promiscuo y poco exigente; aunque, se decía Jakob, él tampoco había tenido oportunidad de elegir. No todos sucumbieron a la tentación, sin embargo: el apuesto Shull, cuyos atractivos para el sexo femenino eran igual de irresistibles aquí que en Nueva York, rechazó entre risas a un buen número de muchachas. Y Frank, al menos durante los primeros meses, les decía que estaba a punto de casarse y que por tanto no podía entregarse a ellas, por encantadoras que fueran.

* * *

A principios del invierno, una partida de cazadores regresó al poblado con los trineos cargados de morsas. Cundieron los gritos y las risas: al parecer, no había cosa que hiciera más felices a los esquimales que un buen montón de carne

cruda. El rojo de la matanza tiñó la nieve alrededor del poblado. Jakob comprendió entonces lo escueta que era su ecuación vital. Más de un lugareño les dijo: «¡Este invierno comeremos! ¡Viviremos!». Los trineos vacíos equivalían a hambruna. En esa zona liminar entre la supervivencia y la extinción, creyó entender por qué una mujer podía meterse en el catre de un hombre sin el menor escrúpulo. Si dentro de unos meses podían estar muertos, ¿por qué no gozar mientras pudieran?

Esa noche, durante el banquete, se mencionaron los nombres de los cazadores y Jakob quedó horrorizado al oír que uno de ellos era «Sadloq, marido de Natseq». Pensó al principio que debía tratarse de alguna otra Natseq, pero entonces los vio frotarse las narices cariñosamente y a Sadloq coger a la niña en brazos y llevarla sobre los hombros. Estupefacto, aprovechó la primera ocasión que encontró para hablar con Natseq a solas y le dijo:

—Natseq, yo creía que tu marido estaba muerto. No habría...

Ella se quedó mirándole y empezó a sonreír.

—Yo no viuda. Sadloq fuera, cazando. Ainineq es viuda. Su marido, Kali, muere año pasado, cazando oso. Sadloq está vivo. ¿Solo te gustan viudas?

—No, me gustas mucho. Lo que quiero decir es que... creía que no tenías marido y que podíamos... No puedo acostarme con la esposa de otro hombre. Está mal.

Ella pareció desconcertada. Jakob era consciente de su propia hipocresía: unos años antes, no le había importado que Cora Gertler estuviera casada. Claro que entonces tenía dieciocho años y no conocía a su marido, quien, en todo caso, parecía insignificante. Un taxidermista de mediana edad: ¿quién podía tomársele en serio, o compadecerle, o tenerle miedo?

En cambio, se sintió mortificado al conocer a Sadloq, un simpático joven de su misma edad, en aquel lugar bello, frágil y aniquilador donde todo el mundo se conocía y los hombres mataban para sobrevivir.

Le dijo a Natseq que, aunque le entristecía, no podían seguir siendo amantes ahora que sabía la verdad. Ella le dio a entender que a Sadloq no le importaba, pero Jakob no la creyó.

* * *

Lo más sorprendente fue que Frank, tras meses de celibato, cediera a la tentación y tuviera relaciones con Meqro. Estaba convencido, le dijo a Jakob, de que debía mantenerse casto para su futura esposa, pero le daba miedo no regresar

nunca del Ártico y no haber... Sin duda, dadas las circunstancias, podía perdonársele su falta. Parecía molesto porque Jakob hubiera dejado de acostarse con Natseq, como si su abstinencia constituyera una crítica dirigida contra él.

—Por amor de Dios, Frank, no te lo reprocho. De mí no esperarás un sermón. Ni que decir tiene que Marion no va a enterarse.

* * *

Después de esto, Jakob decide resistirse a futuros asaltos contra su virtud, aunque la sola idea le arranque una sonrisa. Es consciente de que no entiende a los esquimales. A pesar de que no ha visto muestras palmarias de celos, ha presenciado numerosas riñas domésticas. Justo ayer, cuando pasaba por delante de las tiendas, se quedó atónito al ver que un hombre sacaba a rastras a su mujer de un *tupik* agarrándola por el pelo. Uno y otro gritaban a voz en cuello. El hombre era Metek, a quien siempre había tenido en gran estima. Ni él ni su esposa le hicieron el menor caso cuando les reprochó su conducta. Solo se detuvieron cuando agarró a Metek del brazo; entonces agacharon la cabeza, visiblemente avergonzados.

—Esta no es forma de zanjar una discusión —dijo con una pedantería que a él mismo se le antojó ridícula, tanto más porque la cabeza de Metek apenas le llegaba a la barbilla—. Mira. ¡Santo Dios, le has arrancado pelo a Ilaitsuq!

Metek y su mujer clavaron la vista en el suelo. Él soltó el puñado de cabello negro con las raíces ensangrentadas y farfulló algo, dándose aparentemente por vencido. Tras soltarles una pequeña homilía acerca de la necesidad de transigir en el matrimonio, Jakob siguió su camino muy satisfecho de sí mismo. Antes de que hubiera recorrido treinta metros, volvieron a oírse los gritos.

* * *

A mediados de julio, Omowyak viene de visita trayendo noticias: otra expedición de hombres blancos ha llegado a un poblado, unos kilómetros costa abajo. Tras muchas risas por parte de Omowyak, Johannes afirma, aunque nadie le cree, que el jefe de la expedición es una mujer. Sí, con pechos y vagina, indica Omowyak mediante gestos que Johannes no se molesta en traducir, y además, ¡atención!, es amiga de los esquimales.

Los estadounidenses dan por sentado que debe tratarse de una broma, pero la presencia de otra expedición en la zona les intriga. Armitage recibe la noticia

con los dientes apretados. Para él, cualquier otro explorador es un ladrón que ha allanado su casa, pero la posibilidad de conocer a hombres que hablen su idioma después de más de un año en aquellas tierras basta para poner de buen humor al resto de sus compañeros.

* * *

—Ahora mismo estoy demasiado ocupado para marcharme. ¿Y si llega el barco mientras estamos fuera?

Está previsto que el Sachem venga a recogerlos en julio o agosto, dependiendo del estado de la banquisa.

Erdinger, Jakob y Lester están sentados a la mesa de la cabaña. Hace un tiempo gris y tormentoso. Aunque todavía hay bastante luz solar, da la sensación de que el invierno aguarda agazapado. Lester cavila, dando vueltas a su taza de sucedáneo de café.

—Creo que deberían ir Erdinger y usted. A hacer averiguaciones.

—Pero seguramente querrá conocerlos en persona.

—Llevarán una nota mía para el jefe de la expedición. Sugiero que los traigan aquí.

Parece creer que de ese modo mostrarán el debido respeto hacia la expedición más veterana. Jakob, no del todo contento con su tarea (Lester le culpará si vuelven solos) va en busca de Frank, que está sentado en la playa, al sol. Mira a su alrededor con una sonrisa. Tiene un cuaderno en el regazo y está intentando dibujar un iceberg.

—¿Os vais ya? Espero que volváis con ellos y con esa mujer misteriosa, si es que de verdad es una mujer.

Johannes ha jurado sobre la Biblia que así es. Y Johannes se toma su Biblia muy a pecho, de modo que todos tienen curiosidad aunque sigan sin creerle. Evidentemente, no puede ser.

Capítulo 17

Siorapaluk, 77° 47' N, 70° 38' O

Julio de 1892

Jakob y Erdinger son divisados cuando todavía están a cierta distancia de su destino, y dos hombres salen a su encuentro. Uno es Pualana, un anciano de rostro color caoba que les ha visitado a menudo durante el invierno. El otro es su hijo, Ayakou.

Cuando los interrogan acerca de los recién llegados, Pualana afirma que su jefa es, en efecto, una mujer, *angut*, y se refiere a ella como a una *upernallit*. Jakob creía que usaban esa palabra para referirse a los balleneros británicos; seguramente estaba equivocado.

Al acercarse al poblado de Siorapaluk, sale más gente a recibir y observar a los recién llegados. Riendo, les señalan un paraje situado algo más allá, en la ensenada, donde se alzan varias tiendas y el armazón de un edificio de madera. Tres hombres dejan sus herramientas y se acercan a saludarlos.

Los británicos se presentan como Ralph Dixon, geólogo, Maurice Seddon, médico, y Edwin Daneforth, fotógrafo y biólogo. Dixon, un tipo grande y desaliñado, les dice:

—Vengan a tomar café. Tienen que conocer a nuestra jefa, la señora Athlone.

Recalca claramente su nombre y los mira como retándolos a hacer algún comentario. Mientras los conduce hacia las tiendas, una figura sentada se levanta y los espera.

Lo primero que piensa Jakob, atónito, es: «Santo cielo, pero si es una cría». La señora Athlone es alta, casi tan alta como él, y fuerte, y posee un rostro juvenil y despierto. Su aspecto, sin embargo, resulta chocante: viste pantalones y camisa de lona casi idénticos a los de sus colegas. Ha estado conversando con el *angekok*, Aniguin, el marido de la amante de Lester. Le tiende la mano a Jakob sin sonreír y dice con voz suave y clara y un acento desconocido para él:

—Soy la señora Athlone, directora de la Primera Expedición Británica al Noroeste de Groenlandia. ¿Cómo están?

Jakob y Erdinger le estrechan la mano y se presentan. Jakob lamenta que

Frank no los haya acompañado. Tiene la impresión de que va a echarse a reír en cualquier momento, por puro nerviosismo ante lo grotesco de la situación.

Dixon se encarga de ir en busca del café y las galletas. La señora Athlone y Aniguin hablan rápidamente en lengua esquimal, que ella parece dominar: otra sorpresa. Erdinger parece estupefacto. En medio del creciente silencio, Jakob dice:

—Pualana nos dijo que era usted una *upernallit*, pero siempre he creído que esa palabra significaba «ballenero». Debo de haber entendido mal.

—No, nada de eso, señor De Beyn. Vine aquí por primera vez hace diez años con mi padre, un capitán ballenero de Dundee. Conozco a Aniguin desde entonces. —Inclina la cabeza hacia el *angekok*—. Jugábamos juntos de niños.

—¡Santo cielo! —es lo único que se le ocurre decir a Jakob—. Lo siento, pero es que es tan extraño... —Le dedica una sonrisa encantadora, confiando en que no se ofenda, pero ella sigue sin sonreír—. ¿Habla perfectamente su idioma? —pregunta.

—Yo no diría tanto. He olvidado muchas cosas. Aniguin me lo está recordando.

—Ah.

Jakob desea que Erdinger diga algo, pero su compañero mira a la señora Athlone con una sonrisa inexpresiva, como embobado.

—¿El señor Armitage no ha venido con ustedes?

—No, regresó hace poco de un viaje por el casquete de hielo, pero está ansioso por conocerlos. Hay mucho que hacer antes de que llegue nuestro barco. Le traigo una carta suya. —Se la entrega—. Adelante, léala.

La ve darse la vuelta, abrir la carta e inclinarse sobre ella. Lleva la cabeza descubierta y una trenza del color de la arena mojada se enrosca por encima de su nuca, dejando al descubierto un cuello elegante. Tiene la cara ancha y algo tosca cuando está en reposo. No puede ser mayor que él; seguramente es más joven. No carece de atractivo, pero su seriedad resulta algo molesta. Jakob trata de imaginársela con ropa femenina o sonriendo.

La joven lee la carta dos veces, de principio a fin. Luego la dobla y se la guarda en el bolsillo. Dixon vuelve a aparecer con una cafetera y varias tazas. Jakob se muestra encantado al ver que tienen auténtico café en grano. Hace meses que no prueba un café decente.

Dixon reparte trozos de galleta. Jakob trata de no comer con demasiada ansia, aunque hace horas que no prueban bocado. Erdinger no muestra tantos escrúpulos.

La señora Athlone deja su taza.

—El señor Armitage lamenta estar demasiado atareado para venir a conocernos y nos invita a visitarle en su campamento. Pero nosotros también tenemos mucho que hacer. —Lanza una ojeada a la casa a medio construir—. No sabemos cuánto va a durar el buen tiempo.

—Naturalmente. No está previsto que nuestro barco llegue hasta mediados de agosto. Estoy seguro de que pueden esperar hasta haber terminado la casa, si les parece conveniente.

—O quizá dos de nosotros podamos acompañarlos para una breve visita. ¿A qué distancia están?

—Estamos en Neqi, a unas veinte millas al norte.

—Ralph, ¿tú podrías seguir aquí con Edwin? Podemos convencer a algunos hombres para que os ayuden.

Se vuelve de nuevo hacia Aniguin y le dirige unas palabras en su lengua. Jakob, que sabe que Aniguin habla bien inglés, lo siente como un desaire. Se diría —poco caritativamente— que la señora Athlone quiere lucirse. Dixon conviene en que pueden arreglárselas perfectamente. Jakob observa que es a él a quien más mira la señora Athlone: sin duda es su mayor apoyo.

—Creo que en ese caso podemos avenirnos a los deseos del señor Armitage —comenta ella con un ligerísimo deje de sarcasmo.

Jakob hace como que no lo nota y responde alzando la voz en tono jovial:

—¡Estupendo! Estamos deseando mostrarles la hospitalidad americana, aunque me temo que se nos ha terminado el café. ¡Jaja!

Desearía no sonreír y reír tanto cuando está nervioso: da la impresión de que ansía agradar a los demás, cuando en realidad no le importa lo más mínimo. La señora Athlone asiente con la cabeza y les obsequia con una sonrisita forzada. Evidentemente, sabe cómo hacer que los demás se sientan inferiores, piensa Jakob, y decide que no es muy atractiva, al fin y al cabo.

* * *

Jakob y Erdinger montan su tienda a corta distancia del campamento británico. Las nubes cubren el sol y la temperatura desciende. El aliento de ambos forma escarcha dentro de la tienda.

—¡Joder! —exclama Erdinger, que suele desahogar su tensión recurriendo a un lenguaje grosero—. ¡Qué panorama! ¿Alguna vez has visto algo más absurdo? ¿Crees que se turnan: uno cada tres días? —Se ríe—. Supongo que no.

¿Has visto a tres tipos más patéticos? No me explico cómo piensan hacer nada en esas condiciones. En mi opinión, Armitage puede dejar de preocuparse: todo esto es una farsa.

—Creía que eras igualitarista. Igualdad para todos.

—Para todos los hombres. Quisiera saber por qué han dejado que se salga con la suya.

—Seguramente por el mismo motivo por el que lo consiguió Armitage. Porque nos paga.

—Pero, santo cielo, ¿por qué es *ella* la jefa? ¡Y a su edad! ¿Y dónde está el marido? Si es que lo tiene, claro. Da que pensar, ¿no?

Jakob farfulla una respuesta para desalentar a Erdinger, pero no puede evitar que sus pensamientos sigan el mismo camino. Él también se pregunta dónde está el señor Athlone y cómo se las arreglan para dormir. Pensar así es peligroso, sin embargo. A su lado, la respiración de Erdinger se agita y se oye un susurro rítmico dentro de su saco de dormir. Jakob se vuelve ostensiblemente hacia la pared de la tienda y se tapa la cabeza con la capucha de la parka.

* * *

Por la mañana, el vapor que desprende la escarcha se eleva como humo sobre el fiordo. Los británicos han escogido un paraje pintoresco para instalar su campamento: Siorapaluk se alza sobre una ensenada cubierta de arena y hierba y resguardada por suaves colinas rojas, mucho más acogedoras que los acantilados de Neqi. Jakob se acerca a la casa en construcción para hablar con Dixon, y pasan una hora charlando acerca del trabajo de Jakob y de lo que espera conseguir el británico. Jakob averigua que la señora Athlone también es científica: está especializada en meteorología y estudia la variación magnética de la aurora. Al parecer tienen previsto realizar exploraciones, pero principalmente hacia el sur, siguiendo la costa de la bahía de Melville.

—Lo que de verdad me interesa —añade Dixon mirando bahía arriba— son los glaciares de esta región. Creo que nadie los ha estudiado todavía.

—Sí, haría falta pasar varios años aquí. Piensa en lo que podría hacerse...

Sonríen con complicidad.

Antes de marcharse, Jakob saca un pequeño fósil que lleva consigo y se lo pone en la mano a Dixon.

—De Ellesmere: 80° 32' por 86° 13', si no recuerdo mal.

Dixon mira el animal ovalado que dejó su impronta en un trozo de esquisto y

un rubor poco favorecedor cubre sus mejillas.

—Pero es una de tus muestras. No puedo aceptarlo.

—Tengo muchas. Es una pena que no puedas acompañarnos. Tengo fotografías de los glaciares de Ellesmere. He estado probando diversas técnicas para fotografiar el hielo. No estoy del todo satisfecho, pero quizá las encuentres interesantes.

Dixon parece indeciso.

—Me encantaría, pero es importante que acabemos la cabaña. —Mira a la señora Athlone, que está junto a las tiendas, con Seddon, supervisando la carga de un trineo.

Jakob sigue su mirada.

—¿El señor Athlone desempeña algún papel en la expedición? —pregunta con fingida indiferencia.

—Sí, claro. Es..., era... el jefe, junto a su esposa. Pero por desgracia tuvo un accidente antes de que llegáramos a Godthåb y ha tenido que quedarse allí mientras se recupera. Es terrible, pobre hombre. En todo caso, nunca ha sido el jefe único de la expedición. Puede que parezca extraño, pero, de todos nosotros, la señora Athlone es con mucho la más cualificada para estar aquí.

—Sí, claro. Pero qué mala pata, como tú dices. Pobrecillo.

Dixon no parece dispuesto a dar más explicaciones.

—¿Se recuperará por completo?

—Sí, eso esperamos.

Parece preocupado, sin embargo. Jakob se pregunta si le eligieron en parte por su honradez. Tiene curiosidad por saber cómo es el pobre señor Athlone y qué «terrible accidente» le ha sobrevenido. Le intriga esa joven seria que ahora camina por la orilla, hacia su tienda, como si acarreará una carga muy pesada. Hay muchas cosas que desea saber y que la falta de tiempo y el protocolo le impiden preguntar.

Capítulo 18

Neqi, 77° 52' N, 71° 37' O

Julio de 1892

Ya sabían que iba a haber una expedición estadounidense en la zona, y conocen de oídas a su jefe, Lester Armitage, de cuyos esfuerzos por recaudar dinero se hizo eco la prensa británica. Ello les benefició, de hecho, porque sus declaraciones afirmando que el estrecho de Smith era la «ruta americana» hacia el Polo Norte contribuyeron a abrir la cartera de varios patriotas británicos. Flora, que siente cierto afán posesivo sobre aquella región, experimenta sentimientos encontrados ante la idea de conocerle.

Aniguin camina a su lado. Ella lamenta que Ralph no los haya acompañado, pero en cuestiones prácticas es mucho más útil que Seddon, y habría sido absurdo dejar al médico a cargo de la construcción de la cabaña. Además, hay que tener en cuenta que Daneforth y Seddon no se llevan bien, y cualquier tarea de la que se encarguen conjuntamente se estanca de inmediato. A eso se reduce en gran medida el liderazgo: a un tedioso ejercicio de malabarismo tratando de conjugar egos rivales. Flora se pregunta constantemente qué habría hecho Freddie y si ha tomado la decisión correcta. Pero Freddie está a mil seiscientos kilómetros de distancia, convaleciente en casa del gobernador, en Godthåb, y estas cosas tiene que resolverlas por sí sola.

Ahora, al doblar el último cabo entre los campamentos británico y norteamericano, el señor Erdinger camina solo, a la cabeza del grupo. Apenas le ha dirigido la palabra. Puede que se sienta incómodo hablando con desconocidos, o con mujeres. Es una forma benévola de interpretar su actitud. Menos caritativamente, podría pensarse que es un maleducado. Maurice camina junto al señor De Beyn, que parece bastante simpático, aunque le falte un punto de seriedad. Puede que sea su extraña risa, aguda y en cierto modo contagiosa. Ahora mismo está riendo. Flora no alcanza a imaginar qué puede haberle dicho Seddon para provocar su risa. Quizás el señor De Beyn sea una de esas personas que se ríen de sus propios chistes.

* * *

—¿Por qué los hombres blancos ya no vienen a cazar ballenas, Felora? Algunos sí, pero no tantos como antes.

Después de caminar una hora en silencio, Aniguin retoma una cuestión que le inquieta desde hace tiempo.

—Ha bajado el precio del aceite de ballena, Aniguin. La gente ha encontrado otras formas de alumbrar sus casas.

—¿Qué formas?

—Han descubierto el gas. Un aire que arde. Viene del carbón, esas piedras negras que se queman, ¿recuerdas? Las usábamos para el motor del Vega.

Aniguin se queda pensativo.

—Es muy ingenioso. ¿No es la piedra negra que hay en *Umingmak Nuna*?

Así es como llaman los esquimales a la isla de Ellesmere: la tierra del buey almizclero.

—Eso he oído. Pero creo que es difícil convertir las rocas en aire. Más difícil que cazar focas.

—Me gustaría verlo.

—Si vinieras conmigo a Londres, verías eso y mucho más, Aniguin. La gente estaría encantada de conocerte. Y podrías traer a Ivalu.

* * *

Ya alcanza a ver, algo apartada de la orilla, la extraña silueta de la choza. Surgen gritos de los *tupiks* y un tropel de gente sale a recibirlos. Flora busca caras conocidas. Hace años que no visita esta zona, pero va reconociendo uno a uno a sus habitantes. Allí está su amiga Meqro, que ahora debe de tener en torno a veinte años, y también su padre, Ehré, cuyo aspecto barbudo y feroz la aterrorizó cuando se conocieron.

—¡Felora! ¡Felora! —grita Meqro, y corre hacia ella deshaciéndose en sonrisas.

Flora le tiende las manos a su vieja amiga.

—¡Meqro! ¡Cuánto me alegro de verte!

—Yo también, Felora. Me alegro muchísimo —farfulla la joven, y se retira sonriendo tímidamente mientras los demás se agolpan a su alrededor.

—Ya os decía yo que Felora volvería —dice Aniguin alzando la voz—. Vi que iba a pasar.

—Sí que lo dijo —confirma Ehré—. Viste la verdad, Aniguin.

Apilah, el padre de Aniguin, se acerca tranquilamente.

—¿Dónde está Mackie, tu padre?

—Está en casa. Puede que vuelva el año que viene, pero la pesca de la ballena ya no es lo que era.

—¿Este es tu marido? —preguntan varias voces mientras los esquimales observan a Maurice Seddon.

—No, no —contesta Flora con una sonrisa, refrenando el impulso de protestar airadamente—. Es el doctor Seddon, un gran *angedkok*. Tengo marido, pero tuvo un accidente en el barco. Hubo una tormenta, se cayó y se rompió varios huesos.

Se señala la cadera. Según Maurice, Freddie se fracturó la pelvis y seguramente también una vértebra al caer por una escotilla abierta durante el temporal. Una escotilla que debería haber estado cerrada. Un accidente que podía haberse evitado. Si quiere volver a caminar, tendrá que pasar meses postrado. Debería estar en un hospital, pero no hay ninguno en Groenlandia. La casa del gobernador en Godthåb era la mejor alternativa.

Se abre la puerta de la cabaña y salen dos hombres. Altos y curtidos por la intemperie, ambos lucen cicatrices producidas por la exposición reciente al frío. Uno es corpulento y tiene el cabello negro. El otro es fibroso, de cabello rojizo y mentón recio. Flora adivina de inmediato cuál de ellos es Armitage: el pelirrojo irradia una energía acerada y arrolladora. Flora ve salir de la cabaña, tras ellos, a Ivalu, la esposa de Aniguin. Está más guapa que nunca. Flora ha oído rumores. Ivalu se acerca a Aniguin y ambos se frotan cariñosamente la nariz.

—Señora Athlone, es un placer conocerla. —Lester Armitage le tiende la mano sin sonreír—. Entren a tomar una taza de café.

Su apretón es firme; sus ojos, de un azul cuya claridad contrasta con su cara colorada y enjuta, se clavan en ella. Tiene un físico imponente; temible, incluso. Es un líder nato. Flora se yergue y no sonríe. Se pregunta qué opinará Armitage de ella.

El norteamericano los conduce al interior de la cabaña. Flora y Seddon se sientan a la mesa. Ella le entrega los granos de café que ha traído como obsequio y Meqro recibe orden de preparar el café. Armitage se inclina sobre la mesa.

—Espero que no me considere demasiado atrevido si le pregunto cuáles son sus intenciones. A fin de cuentas, no tiene sentido duplicar un trabajo ya hecho o que está previsto hacer.

Dirige sus miradas de Seddon a Flora y viceversa. Habla en voz alta y tajante. Comparado con los demás, sobre todo con De Beyn, que habla arrastrando las

palabras con un deje inconfundiblemente norteamericano, parece casi inglés.

—Naturalmente. Quizá pueda usted decirnos qué han conseguido ya.

Flora sonrío, pero no puede evitar acordarse de que Armitage pretende apropiarse de esa región del mundo «para Norteamérica», ¡después de que los balleneros británicos lleven siglos faenando en sus aguas! El semblante de Seddon permanece inescrutable. Flora se alegra de que esté allí. Su presencia también impone respeto.

Un silencio precede a la respuesta de Armitage.

—Hemos iniciado la exploración del Norte, tanto en el interior como a lo largo de la costa, y efectuado diversos descubrimientos. Otro grupo ha cartografiado la costa oeste de la isla de Ellesmere, rellenando las lagunas que dejaron las expediciones de Nares y Greely.

—Es impresionante. ¿Tendría usted la bondad de dejarnos ver sus mapas? Sería el mejor modo de asegurarnos de no pisar terreno ya explorado.

Armitage se pone tenso.

—No creo que nuestros mapas estén lo suficientemente elaborados para poder enseñarlos. No quisiera confundirlos. ¿Y ustedes? ¿Cuál es su plan de trabajo?

Flora vacila. Su plan original está en el aire desde el accidente de Freddie. Respira hondo y se recuerda a sí misma que es una científica cualificada mientras que, que ella sepa, Armitage no tiene formación académica de ninguna clase.

—El propósito principal de nuestra expedición entra dentro de mi campo de estudio, la meteorología. Me interesa la actividad magnética de las auroras boreales. Pensamos establecer una serie de estaciones meteorológicas en el litoral y el casquete de hielo, y tomar registros durante un año, como mínimo. También nos acompañan un geólogo y un experto en zoología, de modo que sería útil saber dónde han realizado sus hombres sus estudios de campo.

Armitage mueve la mandíbula como si mascara algo desagradable. Flora se pregunta si debe apelar a su sentido de la caballerosidad y explicarle lo que le ha sucedido a Freddie. Los norteamericanos tienen previsto marcharse pronto. Cualquier descubrimiento que hayan hecho se dará a conocer mucho antes de que ella regrese a casa.

—¿Piensan estar aquí un año?

—Eso es lo previsto.

—¿Hasta agosto próximo, entonces? —pregunta Armitage mirando a Seddon.

Flora contesta:

—Dependiendo del hielo, claro está.

—Convendría que no pospusieran mucho su partida. La banquisa es impredecible. Algunos veranos, el estrecho de Smith permanece completamente cerrado.

Flora sonríe.

—Mi padre es capitán ballenero y yo he pasado aquí muchos años con él.

Armitage la mira perplejo, para satisfacción de Flora.

—El invierno es muy distinto al verano —añade él.

—Pasé cuatro inviernos aquí, de modo que sé a qué atenerme. —Consigue soltar una risa ligera, pero la expresión de Armitage se vuelve feroz por un instante.

—Mi biólogo no está aquí en estos momentos, pero le pediré a uno de mis hombres que repase los puntos principales de su itinerario con ustedes. Según creo, tiene usted amigos en el poblado. No me cabe duda de que le apetecerá pasar un rato con ellos.

Se levanta arañando con la silla el suelo de madera y Flora y Seddon hacen lo propio. Como si tuviera una ocurrencia repentina, Armitage añade:

—Se quedarán a cenar, por supuesto.

* * *

Es un alivio estar fuera. Flora ve a Urbino y a De Beyn hablando con unas esquimales. Se están riendo. Meqro se aparta del grupo para acercarse a ella.

Flora y Seddon la siguen a su *tupik*, que comparte con sus padres. Flora ansía hablar con ella en privado, pero sus hogares no están pensados para preservar la intimidad. Allí todo se hace en grupo: comer, dormir, cazar, coser. Incluso la intimidad conyugal, como recuerda Flora del primer invierno que pasó allí, tiene lugar a menudo al cobijo de una simple piel de reno.

Se sientan con Ehré, Kagssaluk y Meqro y cogen pedazos de carne de foca ligeramente cocidos de la olla colocada sobre la lámpara, Seddon con pulcritud y modales impecables; Flora, con un sentimiento de placer nostálgico. Le cuentan las novedades: qué niños han nacido, quién ha muerto, qué tal ha ido la caza, lo agradecidos que están con los norteamericanos. Al cabo de un rato, Flora dice:

—Meqro, quizá puedas enseñarme otra vez cómo se limpian las pieles. He olvidado cómo se hace. —Luego añade dirigiéndose a Seddon—: Maurice, voy a hablar con Meqro un rato. ¿Te importa?

—Claro que no —responde el médico.

Desde que llegaron al Ártico, le tutea no porque haya verdadera intimidad

entre ellos, como sucede con Ralph; ni siquiera algo que se le asemeje, como sucede con Daneforth, sino porque así se siente más al mando.

* * *

Se sienta en la playa de guijarros con Meqro, que ha traído una piel de foca y su *ulu*, su cuchillo en forma de media luna. Flora, que perdió el que le regaló Simiak hace años, la observa raspar la membrana y la grasa del interior del pellejo. Sus movimientos son rápidos, ágiles. Flora le pregunta por los niños que conoció años atrás. Muchos se han casado. El principal cazador del poblado, Kali, se ahogó cazando morsas y dejó a su mujer con dos críos pequeños. Como ya estaban destetados, no hubo que asfixiarlos. Flora ve claramente que han echado de menos a los balleneros y las mercancías que solían traer. Han sido malos tiempos. Se alegran de que estén aquí los norteamericanos. Meqro y algunas otras mujeres trabajan para ellos. Flora no se sorprende cuando le confiesa entre risas que es «amiga» de Frank, el doctor alto.

—Me acuerdo de cuando te gustaba Tateraq. Creía que te casarías con él.

—Bah. No valía la pena. —Meqro menea la cabeza—. Intentó conseguir a Ivalu. Quería a la chica más guapa. Yo no le bastaba. Se enfadó cuando se casó con Aniguin. Siempre andan peleándose, esos dos. Entonces vino a mí y le dije que no.

Se encoge de hombros tranquilamente y le cuenta que Ivalu, pese a estar casada, se acuesta con Armitage, y que una chica llamada Mikissoq, a la que Flora recuerda de cuando era muy pequeña, es la compañera de ese físico tan callado.

—¿Y De Beyn? —pregunta Flora.

—Te Peyn antes era el amigo de Natseq, pero ya no. ¡Solo le gustan viudas! —Meqro se ríe divertida—. Ainineq es viuda, pero es demasiado mayor. Y el otro, Shull... ¡Ay, Felora, tienes que verle! Tan alto, y con el pelo como el sol... Pero no le gustan nuestras mujeres. No sé por qué. —Se ríe por lo bajo, inclinándose sobre el pellejo de foca.

—¿Se portan bien con vosotros?

—Sí, nos dan muchas cosas buenas —contesta Meqro—. A mi padre le dieron una pistola, y a mí agujas, botones y otras cosas. Fe-rank es muy simpático. Es como un gigante. —Sonríe y luego, pensando quizás en el infortunio de Flora, añade—: ¿Tu marido es guapo?

—¿Freddie? Sí. —Flora parece sorprendida: nunca antes había pensado que su

marido fuera guapo o lo contrario—. Es guapo y valiente.

—Te da pena que esté enfermo.

—Sí, me da pena.

—¿Se pondrá bien?

—Eso espero. El doctor Seddon es muy listo. Y en Godthåb, en el sur, hay otro *angekok* que cuida de él.

—Aun así has venido a vernos. ¡Qué feliz soy!

—¿Te acuerdas de cómo se decía en mi idioma, Meqro? Antes se te daba muy bien hablarlo.

Meqro murmura que no se acuerda.

—«Soy feliz». *Qooviannikumut* es «feliz». Puedes decírselo a tu Frank si quieres.

Se ríen las dos.

Oyen el crujido de la grava tras ellas. Si al señor De Beyn le sorprende ver a Flora sentada en el suelo a la manera esquimal, con las piernas estiradas, no da muestras de ello.

—¿Entramos, señora Athlone? Aquí hace mucho viento para ver los mapas.

* * *

En la cabaña, Armitage se levanta de la mesa.

—Señora Athlone, la dejo con el señor De Beyn. Puede utilizar este mapa. El señor De Beyn le señalará nuestras áreas de trabajo. Tengo mucho que hacer, así que si me disculpa...

Se dirige al fondo de la casa, donde queda oculto tras un tabique hecho con cajas. Desde allí podrá oír cada palabra. A Flora le cuesta no tomarse su conducta como un desplante. De Beyn, que parece azorado, como si él también lo notara, saca unos cuadernos, despliega sobre la mesa parte de un mapa dibujado a mano y le sonrío.

—Los mapas distan mucho de estar acabados —explica—. Pero en resumen...

Traza en el viejo mapa el itinerario de su travesía por el estrecho de Smith y el norte hasta Grant Land, la parte septentrional de Ellesmere, y esboza a grandes rasgos el perfil de la costa desconocida hasta entonces y profundamente recortada por cabos y fiordos.

—Salimos de aquí a finales de marzo y regresamos hace tres semanas.

—Cubrieron mucho terreno.

De Beyn hace un gesto desdeñoso, aunque parece complacido.

—Tuvimos suerte con el tiempo. No recorrimos el litoral palmo a palmo, pero triangulamos cada fiordo y cada cota visible.

—Es un trabajo enorme rellenar las lagunas que dejaron Nares y Greely en ese espacio de tiempo.

Flora está impresionada. Enseguida piensa: «Jamás podremos igualar esto».

—¿Hasta aquí llegaron? —Pone el dedo sobre la costa sur de Grant Land, que marca el límite de las tierras conocidas: entre aquella costa y el estrecho de Jones, mucho más al sur, solo hay espacio en blanco.

—Sí. Conseguimos llegar al límite occidental de las exploraciones de Aldrich, aquí. Tengo algunas fotografías que podría mostrarle. El paisaje allí es tremendo. Los glaciares son... —Menea la cabeza—. De menor tamaño que en la zona continental, pero de algún modo más sublimes...

Se anima al hablar de los glaciares. Levanta la cabeza, la mira directamente a los ojos y ella se echa hacia atrás, avergonzada. Es más joven de lo que pensó en un principio: a pesar de sus canas, tiene la piel tersa y la viveza de su expresión da ganas de sonreír, como si la exploración del Ártico pudiera ser *divertida*.

—Sería muy interesante.

Se oye un crujido al otro lado del tabique. Los dos miran a su alrededor.

—En cuanto a observaciones geológicas y meteorológicas, estas son las zonas que cubrimos...

Delimita varias áreas en el mapa y añade unas anotaciones. Su letra es pequeña y pulcra.

—Es una lástima que no haya venido el señor Dixon. Podría explicarles los puntos principales con más... Me refiero a que él es geólogo. —Dedica a Flora una sonrisa de disculpa; sus ojos marrones tienen una mirada nerviosa. Su sonrisa es tan contagiosa como sus carcajadas.

—¿Y la travesía hacia el norte? —inquiere ella, y se pregunta si Armitage está de verdad trabajando o si se limita a aplicar el oído detrás de las cajas de embalaje.

De Beyn saca un paquete de cigarrillos y le ofrece uno, que ella rehúsa.

—¿Le importa?

—En absoluto.

—¿Señor Armitage? ¿Quiere hablarle a la señora Athlone de la travesía hacia el norte?

Los dos miran la cortina corrida.

—No. Explíqueme usted los puntos principales.

—Bien, entonces, resumiendo... El señor Armitage y el doctor Urbino

confirmaron la insularidad.

Se inclina de nuevo sobre el mapa y señala con el lápiz la costa norte, donde el litoral conocido previamente se difumina y dibuja una curva que baja sinuosa hacia el sureste. A continuación traza una raya desde Neqi, atravesando el casquete de hielo, y otra en sentido contrario.

—Los felicito —dice Flora en voz lo bastante alta para que la oiga Armitage—. Dos travesías extremadamente fructíferas. Gracias por sus explicaciones.

De Beyn le lanza una rápida sonrisa y vuelve a mirar el mapa.

—Todavía queda mucho por hacer.

* * *

En la cena beben un vino bastante malo. Los estadounidenses sacan algunos manjares para acompañar la carne de foca frita: patatas y guisantes en conserva, pudín de chocolate, frutas confitadas y pasas. La atmósfera comienza a deshelarse. Incluso Armitage, sentado a la izquierda de Flora, parece relajarse un poco. De Beyn y Urbino mantienen viva la conversación, y Flora descubre que le caen bien. No le sorprende descubrir que son amigos desde sus tiempos en la universidad. Les sirven la comida Meqro y una chica llamada Tilly a la que Flora no conoce, pero que parece muy interesada en De Beyn. Le desilusiona un poco que el apuesto señor Shull no vaya a volver antes de que se marchen.

Hablan de temas generales, evitando cualquier asunto que suene a interrogación. El doctor Urbino se vuelve hacia Flora.

—Señora Athlone, tengo entendido que pasó mucho tiempo aquí de niña. La suya debió de ser una educación muy poco convencional.

—Supongo que sí, aunque a mí no me lo parecía, dado que mi padre venía aquí todos los años. Me enamoré profundamente de este lugar.

—¿Y qué opinaba su madre al respecto?

—Murió cuando yo era muy niña. Mi padre podría haberme mandado a un internado, pero prefirió traerme con él.

—¿No echaba de menos tener compañía femenina? —pregunta Urbino.

—Bueno, aquí la tenía, claro. Meqro y Simiak, por ejemplo. Y a bordo nunca se me ocurrió echarla de menos. Había chicos de mi edad en la tripulación. En ese sentido, puede que me haya criado más como un niño que como una niña.

—Qué extraordinario —comenta Armitage en tono cortante.

—¿Y fue entonces cuando aprendió su lengua? —pregunta De Beyn.

—Sí. Los primeros amigos que tuve aquí fueron Aniguin y Tateraq. De hecho,

la primera vez que vine me tomaron por un chico.

Se hace un silencio; luego, De Beyn rompe a reír, seguido por Urbino. Erdinger, Seddon y Armitage tienen una expresión congelada, casi idéntica.

—No sé por qué Maurice pone esa cara de sorpresa —dice ella—. Ya lo sabía.

Maurice compone una sonrisa. Flora se alegra de haber causado cierto revuelo. Rara vez hace reír a la gente.

—Pensándolo bien, no es de extrañar. En invierno todo el mundo va forrado, y aquí los niños también tienen el pelo largo.

—¿Cómo descubrieron la verdad? —pregunta De Beyn con los ojos abiertos de par en par y una expresión candorosa.

—Se referían a mí como el *erneq* de mi padre. Mi padre pensaba que *erneq* significaba indistintamente «hijo» o «hija». Como seguramente sabrán, los esquimales utilizan la misma palabra para decir «hermano» y «hermana». Entonces oyó a alguien referirse a su hija como *panik* y a su hijo como *erneq*. Y... se lo dijo.

—Gracias a que la señora Athlone habla tan bien su idioma, podemos prescindir de un intérprete —comenta Seddon.

—¿Cómo se dice «hermano» y «hermana»? —pregunta De Beyn.

—*Qatannguh*.

De Beyn trata de repetir la palabra imitando su sonido glotal, con una leve aspiración, y se echa a reír al fracasar.

—*Qatannguh*. Sí.

Lo intenta otra vez con más éxito. Armitage carraspea con súbita violencia y el ambiente vuelve a enfriarse. Guardan silencio. Armitage se limpia la boca con una servilleta.

—Ha sido un placer, señora Athlone, pero tengo cosas que hacer. Y estoy seguro de que querrán madrugar para emprender el viaje de regreso a primera hora de la mañana.

* * *

Flora ha traído su propia tienda. Maurice le da las buenas noches con su formalidad acostumbrada y entra en su tienda, montada a distancia prudencial de la de Flora. Habrá luz toda la noche. Flora saca su diario y se apoya contra una roca, de espaldas al sol poniente. Comienza a escribir, pero un minuto después se acercan Ivalu y Aniguin, y enseguida llegan también Meqro y Ehré.

Aniguin llena su pipa. Mira el cuaderno de Flora y pregunta:

—¿Por qué escribes?

—No tengo tan buena memoria como tú. Cuando vuelva a Inglaterra, necesitaré recordar ciertas cosas para poder contarlas y hacer con ellas un libro sobre este lugar para que lo lea la gente.

—¿Escribes sobre nosotros, Felora?

—Escribo sobre todas las cosas, Aniguin. La gente que nunca ha estado aquí no puede imaginarse cómo es esto. Así que, para que lo vean, escribo sobre el hielo, la nieve y la caza de focas, y sobre vosotros y los norteamericanos..., y sobre la oscuridad del invierno y la luz del verano.

—¿Como si hicieras una foto?

—Sí. En Gran Bretaña, nadie sabe que aquí puede hacer tanto frío que se te congela el agua de los ojos.

—Pero aquí está Te Peyn, que hace fotos con su caja. Si puedes hacer fotos, ¿para qué necesitas escribir también?

Se oyen pasos en la grava, tras ellos. De Beyn lleva en las manos una carpeta de cartón.

—Te Peyn —dice Aniguin levantando la voz—, está escribiendo sobre ti.

Él sonríe desconcertado.

—¿Ah, sí? ¿Está el doctor Seddon?

—Se ha retirado ya.

—Ah. He traído unas fotografías. Me dijo que le interesaba ver algunos ejemplos, pero es igual.

—Espere, por favor. Todavía no se habrá dormido. Seguro que le interesa, y a mí también.

Flora se acerca a su tienda.

—¿Maurice? El señor De Beyn ha traído unas fotografías para enseñártelas.

Se oye un murmullo en el interior de la tienda. De Beyn le dice a Flora:

—Gracias. No quería molestarles.

—Nada de eso. Si no le importa enseñárnoslas a todos, a mí también me encantaría verlas.

* * *

De Beyn abre su carpeta y saca algunas fotografías. Sus tentativas de explicar cada instantánea fracasan casi enseguida mientras las imágenes circulan de mano en mano entre exclamaciones de admiración.

—Es impresionante. —Seddon sostiene una fotografía de un iceberg—. El

detalle es magnífico.

—Esa... —De Beyn mira el dorso—. He estado experimentando, colocando un cristal coloreado delante de la lente. En ese caso era rojo. Esta de aquí la hice con un cristal amarillo...

Ivalu encuentra una foto suya. La sostiene del revés. Flora se inclina hacia ella y da la vuelta a la imagen.

—¡Así!

Ivalu no parece muy convencida.

—Es igual. La misma Ivalu.

—Sí, pero de este modo... —Flora vuelve a poner la fotografía del revés—. Tienes la cabeza abajo y los pies arriba, ¡y el cielo está del revés, debajo de la tierra! El cielo va así, encima de la tierra.

Ivalu se ríe.

—Sé dónde está el cielo, Felora.

Ehré está mirando una panorámica de la bahía de Neqi. La sostiene de lado y señala el lugar donde hace poco mató una foca. Meqro mira fijamente un retrato de los estadounidenses.

—¡Aquí está Ferank, y tú, Te Peyn!

A Flora le llega una fotografía de un glaciar rodeado por un paisaje desconocido.

—¿Dónde es esto, señor De Beyn?

—En Ellesmere, en la costa oeste.

—¿Uno de sus descubrimientos?

—Sí. Glaciar Kampffer, lo llamamos.

—Es precioso.

Él sonríe.

—Kampffer es un magnate del ferrocarril. Uno de nuestros principales patrocinadores.

—Ah.

—¿Sabe? —De Beyn mira a su alrededor. El sol de medianoche está muy bajo en el horizonte—. Ahora hay buena luz. Si traigo mi cámara, ¿puedo hacerle una foto? ¿Y al señor Seddon?

—Bueno..., si quiere.

Cuando De Beyn empieza a retratar a los lugareños, cunden las risas. Seddon, extrañamente animado, también va a buscar su cámara y, al desatarse la hilaridad general, otros nativos salen de sus *tupiks* a mirar, a dejarse retratar, a gastar bromas y, sobre todo, a reír. El doctor Urbino se une a ellos y se hace fotografiar

con Meqro sentada sobre sus rodillas. Seddon, convertido en centro de atención, se muestra nervioso, casi asustado, y se sonroja cuando las mujeres le rodean empujándose unas a otras para posar.

Alguien enciende una fogata y coloca encima un perol. El humo asciende desde la playa, derecho hacia el cielo pálido. Otra persona saca *kiviak*, carne de alca podrida y pegajosa, que es acogida con exclamaciones de delectación. Se encienden las pipas. De Beyn y Seddon prometen retratar a todos los presentes.

De Beyn se vuelve hacia Flora y dice con una mirada inquisitiva:

—Tal vez si mirara usted hacia ese lado, así... Sí.

Flora es consciente de que hace dos días que no se mira al espejo. Se atusa el pelo y responde con una evasiva. De Beyn la mira y dice:

—No tiene de qué preocuparse. Créame.

Terriblemente avergonzada, ella adopta una expresión seria. De Beyn mira a través de la cámara, enrolla la película y pulsa el obturador. Luego levanta la vista.

—El tiempo de exposición es muy breve. No hace falta que mantenga la cara inmóvil. Puedo captar una expresión momentánea, o un gesto.

Sonríe para darle ánimos, pero Flora, a quien le inquieta la idea de que su estado anímico le sea arrebatado y quede plasmado para siempre en una fotografía, mira obstinadamente hacia un punto lejano. De Beyn toma una o dos fotografías más e inclina la cabeza hacia ella en un saludo algo burlón.

—Gracias.

Ella asiente con un gesto, extrañamente contrariada.

—¿Estas fotografías no son para los archivos de la expedición?

De Beyn se muestra sorprendido.

—No, claro que no. Ahora, Meqro...

Meqro quiere que la retrate con Flora. Posan la una al lado de la otra, rígidas y envaradas, pero Meqro, cuya lustrosa cabeza le llega a la barbilla, le dice algo a Flora en voz baja que la hace sonreír, y Flora teme que De Beyn haya captado su sonrisa.

* * *

Como le sucede a menudo cuando se siente insegura, Flora lamenta que Freddie no esté ahí. Su marido se desenvuelve bien en las reuniones sociales; ella, no. De pronto la embarga una oleada de gratitud y nota un picor en los ojos. Freddie tenía terribles dolores cuando se marcharon, pero insistió en que

continuara el viaje sin él. Se lo ordenó. Flora siente una punzada de mala conciencia por estar sonriendo; incluso divirtiéndose, quizá. Desearía que su marido estuviera bien, que se encontrara ahí, con ella, para compartir ese instante, por supuesto.

Pero... ¿la tendrían los demás en tanta consideración si él estuviera presente? ¿Le habría dirigido la palabra Armitage, aunque lo haya hecho a regañadientes? ¿No se alegra, en cierto modo, de que Freddie no esté ahí? Ese es su lugar. Esos son sus amigos. Y ahora que ha pasado el suplicio de verse retratada, comienza a relajarse. Simiak, la madre de Aniguin, se acerca a ella y le pone su mano callosa y morena sobre el brazo.

—*Aja*, Felora, ¿te acuerdas de la primera vez que viniste, cuando subimos al barco grande? Eras tan tímida, tan callada... ¡Estabas así! —Abre los ojos de par en par y se echa a reír.

—Sí, me acuerdo. —Flora sonríe.

—Me alegro mucho de verte, Felora. ¡Eres tan buena! Eres como una hija para mí.

—Yo también me alegro mucho de estar aquí, Simiak. He pensado mucho en vosotros y estaba deseando volver, pero es difícil.

Simiak se ríe a pesar de que tiene lágrimas en los ojos. Flora se descubre apretando sus manos, y traga saliva con un nudo en la garganta.

Ha estado tan cerca de no ir. Había tantos obstáculos en su camino...

* * *

Ocurre algo. En los acantilados, a su espalda, una gran cantidad de alcas levanta de pronto el vuelo, asustada por quién sabe qué. La bandada es tan inmensa, tan opaca, que se diría que se ha desprendido parte de la pared rocosa y que, en lugar de caer, se eleva pesadamente en el aire. El cielo se oscurece a medida que más y más pájaros se alejan formando una nube viviente, graznando, chillando y batiendo ruidosamente las alas hasta ensordecernos. La gente de la playa levanta la vista maravillada. Los niños corren a buscar sus redes y los fotógrafos se giran riendo, animados por la esperanza de una captura, como si sus cámaras también fueras redes.

A veces, esta tierra puede parecer lúgubre y yerma. No da nada ni exige nada, salvo que la dejen en paz. Otras veces, como esta, su riqueza es arrolladora: espléndida y gratuita, como si los pájaros fueran la risa de la Tierra.

Al igual que los demás, Flora contempla embelesada aquel éxodo que se

prolonga en el tiempo. Un número imposible de pájaros. Un millón, dos... Una lluvia infinita de negras pavesas desprendiéndose de un fuego sofocado a golpes.

Capítulo 19

Neqi, 77° 52' N, 71° 37' O

Julio de 1892

Jakob se despierta temprano, acusando aún los estragos del vino. La noche anterior no creía estar borracho. ¿Se comportó como si lo estuviera? Que él recuerde no, pero tiene el estómago revuelto y le retumba la cabeza. Se pone la ropa, sale con el mayor sigilo posible y se aleja del campamento para ir a aliviarse. Normalmente hacen sus necesidades sin muchos remilgos: los esquimales, hombres y mujeres por igual, se agachan a escasa distancia de sus tiendas y luego los perros se encargan de borrar todo rastro. Los estadounidenses han aprendido a hacer lo mismo, pero normalmente no hay mujeres blancas en los alrededores. Jakob se aleja mucho más que de costumbre, buscando el cobijo de un montón de rocas.

Un perro le sigue al trote: es uno de los que tiraban del trineo en su viaje a Ellesmere, una hembra moteada llamada Curly. Es una de las más dóciles del tiro, lo que significa que solo muerde a veces, y Jakob se encariñó con ella, aunque su cariño se enfrió un tanto cuando la vio comerse a uno de sus cachorros. Los perros le inspiran afecto y repulsión a partes iguales: corren hasta echar el bofe para transportar a los hombres allá donde quieran ir, tiran del trineo hasta caer literalmente muertos de cansancio, pero luego hacen algo horrendo, como devorar a su prole o matar a un congénere debilitado. Ha oído contar a los esquimales la historia de un niño que se perdió en una ventisca. Cuando la familia le encontró, solo quedaban sus huesos. Jakob se pregunta en ocasiones si las historias espeluznantes que oye contar son ciertas, pero, tras haber visto de lo que son capaces los perros, piensa que esta probablemente lo es.

—Largo de aquí, comemierda, asquerosa caníbal —dice tratando de alejar a la perra de su trasero desnudo y tembloroso, sin conseguirlo.

* * *

Cuando termina, y Curly sacia su inenarrable apetito, el sol asoma por detrás

de un banco de nubes y, mientras desanda el camino, Jakob se queda de piedra al ver a la señora Athlone frente a las tiendas de los británicos, a pesar de que es imposible que le haya visto haciendo...

Le cuesta entender a la señora Athlone: la noche anterior, en la playa, hubo momentos en que parecía deponer su cautela; apenas unos segundos después, sin embargo, se mostraba de nuevo seria y reservada. Jakob vio cómo se trasmataba su cara mientras miraba, riendo, el nubarrón de pájaros. Deseó hacerle otra fotografía, pero no se atrevió.

—¡Buenos días! ¿Ha dormido bien?

—Buenos días, señor De Beyn. Bien, aunque poco. Después de que se retiraran usted y el doctor Urbino, estuve hasta la madrugada con la familia de Apilah. No se levantarán hasta esta tarde. —Sofoca un bostezo.

—¿Hacía mucho tiempo que no los veía?

—Cuatro años.

Sonríe mirando algo a espaldas de Jakob, y él ve consternado que Curly se acerca meneando la cola, como si confiara en conseguir un nuevo y sabroso bocado.

—Creo que conozco a ese perro. Es una hembra, ¿verdad?

—Pues... no estoy seguro. ¿Tiene que irse enseguida, porque...? —Pierde el hilo de lo que iba a decir cuando Curly se va derecha a la señora Athlone y frota la cabeza contra sus pantalones, con la lengua colgando.

Ve horrorizado que ella extiende la mano, y de pronto se descubre propinando una patada en las costillas al animal.

—¡Largo! —grita al tiempo que la perra profiere un gemido de dolor.

La señora Athlone da un respingo, sorprendida y espantada. Jakob se da cuenta de que, en apariencia, acaba de agredir a un animal cariñoso e inocente que no ha hecho nada para merecer un castigo. Curly le mira con reproche; la señora Athlone, con gélido desdén.

—Disculpe. Lo siento mucho, pero... —No se le ocurre ninguna excusa que no desvele la verdad—. Pero es un animal odioso. No conviene que... que se acerque a ella —concluye débilmente.

La señora Athlone se endereza. El calor de su mirada se ha disipado por completo.

—Tiene usted razón. Debería tener más cuidado.

—Todo el mundo sabe que muerde —añade él con vehemencia, notando que empieza a sudar—. A Erdinger estuvo a punto de arrancarle la mano, y se le infectó la herida. Ya sabe, con lo que... con lo que comen... —Se ríe

intempestivamente, ansioso por zanjar la cuestión.

—Bueno, será mejor que...

Ella da media vuelta. Está claro que su opinión de él ha caído muy bajo, y Jakob se angustia de pronto sin saber por qué. El sudor de sus axilas le deja helado.

—Por favor, no crea que suelo ir por ahí dando patadas a los animales. A no ser que tenga un buen motivo.

La señora Athlone le mira levantando ligeramente una ceja.

—Me alegra saberlo.

Convencido de que se está riendo de él, Jakob siente que le arde la cara.

—Bueno... —Empieza a retroceder—. Quería decirle que las fotografías de anoche... Intentaré revelarlas antes de que nos marchemos, pero, si no me es posible, le mandaré copias si me da una dirección.

—No es necesario. —Su sugerencia le parece a todas luces un atrevimiento inaceptable.

—Anoche me pareció que estaba incómoda, y no quiero que piense que estaba... —No sabe cómo acabar la frase, de modo que decide abandonarla y probar con otra—: Hay personas que piensan que la cámara fotográfica les roba el alma si los retratan, y lo entiendo. Pero si uno tiene el resultado en sus manos, entonces... entonces la recupera, ¿no le parece? —Se ríe de nuevo, sin saber a qué viene este sinsentido.

—Si creyera eso, me resultaría muy difícil ser la jefa de una expedición en estos tiempos.

—No hablo de un sentimiento racional, pero es cierto que una fotografía conserva parte de la esencia de la persona retratada. Te acerca a ella. Por eso guardo el retrato de mi madre, para mantenerla viva, en cierto modo. Estoy seguro de que sabe a qué me refiero.

Jakob se pregunta cómo demonios se ha metido en esta conversación, que se le antoja tremendamente inapropiada. Ha empezado a disculparse cuando ella sonrío con amabilidad.

—Creo que le entiendo, señor De Beyn. Pero en fin... —Se vuelve hacia su tienda.

—Sí, tiene muchas cosas que hacer. No se acerque a ese perro —añade él, hablándole a su espalda.

Ella se gira.

—Lo intentaré.

Esboza entonces una sonrisa genuina, y es como vislumbrar a otra persona

que viviera dentro de su piel. Hay en su sonrisa algo de íntimo y de temerario que parece entibiar esa cruda mañana.

* * *

Lester, que se ha levantado de buen humor, invita a los británicos a desayunar. Comen gachas y huevos de alca revueltos, se beben el poco café que queda y, mientras desayunan, se percibe en el ambiente que Lester ha llegado a la conclusión de que la expedición británica, con su inaudita jefatura, no supone un peligro de importancia.

Jakob no vuelve a tener ocasión de hablar con la señora Athlone, pero, mientras bebe un trago de café, cobra conciencia de que algo ha cambiado. Se trata de una convicción repentina y precisa —antes de beber ese trago de café no existía; después, resulta insoslayable—, a saber: que la señora Athlone está pensando en él. Esa certeza le deja estupefacto. La mira de soslayo. ¿Ha sido algo que ha dicho? ¿Le están mirando todos? ¿Perciben acaso ese cambio trascendental? Ella mantiene los ojos fijos en Frank o en Lester mientras hablan; apenas interviene en la conversación y no se dirige a él en ningún momento.

Jakob y Seddon continúan hablando sobre las dificultades que plantean la reverberación del sol y el predominio de la luz azul; Jakob escucha atentamente las opiniones del británico y responde como si todo fuera normal, pero al mismo tiempo sabe que ella está atenta a todo lo que dice y hace, nota cómo lo envuelve su interés sincero y...

En respuesta a una pregunta de ella, Armitage dice:

—La fecha de nuestra partida dependerá del hielo. Confiamos en avistar nuestro barco dentro de poco. Entonces tendrán el campo libre.

No habrá un después. Jakob se marchará dentro de poco y no volverá a verla. Mira las migas de su plato. Apenas se conocen. Pero esa convicción —una certeza embriagadora— sigue acompañándole. Cuando los dos grupos se despiden en la playa, es tan real como las piedras y el viento. De pie junto a los otros, Jakob estrecha la mano de la señora Athlone y le desea una estancia fructífera y sin contratiempos, y ella le da las gracias sosteniéndole la mirada un instante: no tanto como para que los demás adivinen lo que acaba de ocurrir, pero sí lo suficiente.

* * *

Es la primera vez que le sucede. Imagina que es la misma sensación que debe producir la gracia divina: un regalo inmerecido. Una perla preciosa que decide guardarse, contra toda probabilidad y toda prudencia.

Capítulo 20

Cabo sin nombre, 76° 14' N, 69° 51' O

Agosto de 1892

El mar es blanco; el cielo, del mismo gris que la tierra. Un viento gélido les lacera los ojos, hurga con sus dedos afilados como palillos bajo sus capuchas y por entre los resquicios de su ropa. Levanta los cristales de nieve, se los arroja a la cara y los esparce por la ladera en la que Pualana y Ayakou se afanan con las palas. Han cavado una fosa de dos metros y medio de diámetro y uno de profundidad en la ladera que da al mar para desenterrar lo que Armitage andaba buscando. La nieve se resiste: los hostiga tratando de someterlos, de colmar el agujero que han hecho, de cubrir lo que contiene, visible ya bajo el caparazón de hielo.

Armitage y Shull lo vieron hace un mes. Armitage partió con la excusa de asegurarse perros para «la próxima vez». Pero no fue eso lo único que hicieron. El invierno pasado, Johannes les habló del meteorito que durante mucho tiempo fue la única fuente de hierro de los esquimales. Lo llamaban «la piedra celeste». Lester persuadió a unos lugareños para que le enseñaran dónde estaba el meteorito y, al descubrir que se hallaba próximo a la costa, encajado en la falda de un promontorio, sobre una ensenada rocosa, resolvió arrancarlo por la fuerza de su lugar de reposo y llevárselo a casa.

* * *

Disponen de poco tiempo. Es agosto y el agua líquida comienza a mermar en el estrecho. El Sachem está fondeado en un extremo del fiordo; su capitán se halla a punto de abandonarlos. De algún modo, aún no saben cómo, han de extraer la enorme roca de su lecho, levantarla, hacerla rodar por la ladera y trasladarla hasta un punto de la costa al que pueda arrimarse el barco. Después tendrán que subirla a bordo. Erdinger calcula que pesa seis toneladas como mínimo, pero, al igual que un iceberg o que una muela, puede que se extienda mucho más abajo, oculta a la vista.

Armitage ha requisado los mástiles y los baos de repuesto del Sachem para que sirvan como patines y palancas, a pesar de que pesan tanto que a duras penas consiguen levantarlos. Frank y Erdinger han ideado un plan: para todo problema mecánico hay una solución. Erdinger afirma que entre los siete deberían poder llevarlo a cabo. Turnándose, cavan la tierra helada alrededor de la roca lo justo para insertar los baos y a continuación apoyan todo el peso de sus cuerpos sobre las palancas, hasta que la roca comienza a moverse mínimamente.

Jakob, el más bajo y ligero de la expedición, se aparta para introducir los baos más cortos en el hueco y así, poco a poco, van desarraigando al gigante de la ladera. Tardan horas y han de invertir todas sus fuerzas, pero por fin consiguen poner la roca panza arriba como un escarabajo monstruoso. La parte de abajo es redondeada, de lo que cabe deducir que la nieve amortiguó su caída cuando chocó contra la tierra. Esa misma nieve fue deslizándose el meteorito hacia la costa, hasta que, a falta de hielo sobre el que resbalar, quedó allí varado. La parte de arriba tiene marcas y desportilladuras practicadas por los esquimales al extraer las lascas de hierro; varios montículos de rocalla atestiguan sus muchos años de uso. A Jakob le extraña que ni Pualana ni Ayakou parezcan molestos porque vayan a llevarse la roca. Ayakou le explica que hace años que nadie la usa. El ir y venir de los balleneros y el intercambio de herramientas de hierro por marfil duran ya un siglo: todos los hombres tienen clavos y limas, y todas las mujeres agujas y raederas con hojas procedentes de Dundee o Hull. Lester les ha prometido un arma de fuego a cada uno por su ayuda.

* * *

Lester libera a Jakob de sus tareas para que pueda bosquejar la falda del promontorio y tomar muestras. Trabaja a velocidad de vértigo: es un hallazgo de enorme importancia. Ya se imagina los periódicos en los que escribirá al respecto. A fin de cuentas, nadie mejor que él para hacerlo. Podría conseguir cierta fama; escribir un libro, quizá. Va de un lado a otro haciendo fotografías, calculando la pendiente y el desnivel y midiendo el terreno con la mayor exactitud posible. Se coloca de espaldas al viento para tomar otra fotografía, a la espera de un momento de calma en la ventisca. Nota en la boca el sabor de la ambición y se sonríe.

Se vuelve al oír gritos y, aunque se acerca instintivamente la cámara al ojo, al principio, durante unos segundos, no entiende qué es lo que está viendo: unos cuarenta metros más abajo, el meteorito se ha desviado de su trayectoria y un

cuerpo yace a su lado; los demás se agolpan a su alrededor, pero no son suficientes... Falta alguno. Un alarido perfora el aire blanco. Jakob se precipita colina abajo, hacia ellos.

* * *

No podrían haberlo evitado. Un bao se quebró bajo el peso inmenso de la roca, el meteorito rodó como estaba previsto que rodara, pero se desvió más de la cuenta y uno de los hombres tardó un poco en apartarse. La piedra le pilló un pie, el hombre cayó de bruces, cuesta abajo, y lenta e inexorablemente la roca lo hundió bajo su masa extraterrestre y fue a detenerse sobre su cuerpo atrapado.

* * *

Frank yace boca abajo sobre la nieve, con la cabeza señalando hacia el mar y hacia su patria. No se le ve de pecho para abajo: la parte inferior de su cuerpo se halla aplastada bajo seis toneladas de metal que no tenían por qué estar aquí. Está vivo, consciente, sereno por la impresión; sabe perfectamente que ha llegado su fin.

Jakob se arrodilla a su lado y les grita a los otros que coloquen los baos para levantar la roca, y ellos se esfuerzan por hacerlo, gritan frenéticos, ponen todo su empeño. Ayakou también está herido; Pualana se ha arrodillado junto a su hijo. Lester le grita que los ayude. Él obedece. Los hombres braman, rabiosos, contra la roca. Jakob se levanta de un salto para ayudarles. Shull, Erdinger y Lester están metiendo estacas a ambos lados de Frank para levantar la piedra.

—Ve con él —le dice Erdinger escuetamente.

Frank jadea y vomita sangre, y Jakob se arrodilla a su lado y le coge las manos, tendidas sobre el suelo. Se esfuerza por tomar aire, pero su voz estrangulada suena casi cómica.

—Jake... tienes que oír mi confesión.

—No puedo... —Jakob ve horrorizado cómo mana la sangre entre sus dientes.

—Sí puedes. Está permitido... Dile a... a Marion que... lo siento.

—No hace falta.

Niega con la cabeza, vertiendo lágrimas que se escarchan, pero de todos modos Frank empieza a confesarse. Jakob tiene que inclinarse tanto para oírle que sus cabezas se tocan, pero tras unas pocas frases ya no distingue sus palabras. Su amigo tiene muy pocos pecados que confesar. Todavía respira, y

Jakob le susurra palabras tranquilizadoras, bobadas absurdas y optimistas en las que no cree: que va a ponerse bien, que van a liberarle, que pronto volverán a casa.

Frank tiene los ojos cerrados, la cara relajada, sus labios ya no se contraen en un rictus pavoroso. La nieve ha embebido su sangre; una mancha roja semejante a una aureola se extiende en torno a su cabeza. Jakob reza por que esté inconsciente. Sigue hablándole, le agarra la mano.

Después, en algún momento —no sabe cuánto tiempo ha pasado ni qué han estado haciendo los demás, pero tiene las manos heladas y Shull le tira del hombro y repite su nombre—, se da cuenta de que ya no le habla a nadie.

* * *

El alarido que oyó no era de Frank, sino de Ayakou, que ha tenido suerte: la roca le pasó por encima y siguió rodando, dejándole la pierna derecha rota y ensangrentada. Lester reparte órdenes lúgubrementemente. Shull, Jakob y Pualana deben llevar a Ayakou a la base británica, a unos kilómetros de distancia costa arriba. Erdinger irá al barco a pedir refuerzos para mover la roca y trasladar el cadáver de Frank. Jakob detesta separarse de su amigo; hay algo de pavoroso y de patético en ese cuerpo que, convertido en un tocón, asoma por debajo de la roca, pero sabe que Lester tiene razón. Lester se muestra intachable en momentos de crisis: resolutivo, sereno, minucioso. Jakob nota que está consternado, aunque apenas se deje traslucir en su semblante. Ayakou, tras aquel primer grito, no emite sonido alguno; ni siquiera se queja cuando lo llevan hasta el trineo medio a rastras, desmañadamente, sin Frank allí para decirles cómo conviene hacerlo.

* * *

El trayecto rodeando la bahía es largo y dificultoso. Tratan de que el trineo vaya por terreno liso, pero es imposible. En algún momento, para alivio de todos, Ayakou se desmaya. El tiempo empeora y el viento comienza a ulular. Se ven obligados a detenerse al pie de un farallón que ofrece poco cobijo, con la esperanza de que amaine la ventisca.

Tardan cuarenta horas en llegar a Siorapaluk, en plena noche. El aullido de los perros despierta a los británicos. Sin necesidad de que nadie diga nada, comprenden que ha ocurrido una desgracia.

* * *

El doctor Seddon y algunos nativos trasladan a Ayakou a la cabaña. Jakob tiene las manos como bloques de madera: es incapaz de agarrar nada, incluso de quitarse los mitones. Shull se encarga de quitárselos y, al tirar del izquierdo, un trozo de meñique se queda pegado al guante. Jakob lo mira anonadado. Shull lanza un exabrupto y sacude el guante para desprender el trozo de carne congelada, que cae al suelo. No parece saber qué hacer.

—¡Dios! —grita.

—¿Qué ocurre? —pregunta la señora Athlone acercándose.

Avergonzado, Jakob se agacha y trata de recoger ese fragmento de su cuerpo, a fin de cuentas es responsabilidad suya, pero tiene las manos tan entumecidas que no consigue agarrarlo.

—Lo siento, no puedo...

—¡Dios mío, pobrecillo! —exclama ella.

Se agacha y, sorprendentemente, coge su dedo y se lo lleva al doctor Seddon.

* * *

Más tarde, Jakob está sentado a la mesa con las manos metidas en un cuenco de agua tibia, como le han dicho que haga. Shull come y le mete cucharadas en la boca, sucesivamente. En cierto momento alguien le acerca una copa de coñac a los labios y bebe, pero el licor le hace toser.

Seddon está operando a Ayakou. La borrasca ha vuelto a arreciar; aúlla en torno a la casa, golpeando las paredes, entre rabiosa y frustrada. La señora Athlone está atareada calentando agua y entrando y saliendo del quirófano que han improvisado en un rincón de la cabaña. Sentados a la mesa, Shull y Jakob guardan silencio, enmudecidos por la aflicción y el cansancio.

Jakob se queda dormido sin darse cuenta y de pronto se despierta y encuentra a Seddon quitándole los calcetines.

—Shull me ha dicho que convenía que le echara un vistazo. Me temo que lo del dedo no tiene remedio.

—No pasa nada —responde con voz ronca.

Seddon examina sus pies: los tiene blancos y le arden de dolor. Pero, como señala el médico, es buena señal que le duelan.

—Ha tenido suerte. Va a perder algo de piel, pero las lesiones no son muy graves. Veamos las manos... ¿No llevaba guantes?

—No sé si... Creo que... Estaba usando la cámara cuando ocurrió.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Más de cuarenta horas?

Jakob hace un gesto afirmativo. Seddon va a buscar su maletín y, sirviéndose de un utensilio parecido a un alicate, adecenta el muñón y cose la piel limpia sobre la herida. Ahora tiene nueve dedos y medio. Jakob le observa desapasionadamente. Desearía que le doliera más; daría la mano entera, o el brazo, porque Frank estuviera allí. En respuesta a su pregunta, Seddon le cuenta que Ayakou no va a perder la pierna y que sobrevivirá más o menos entero. El médico le pide a la señora Athlone que sujete el vendaje mientras lo ata. Ella obedece con eficacia, sin dar muestras de aprensión.

—Lamento haber tenido que quitarle más tejido del necesario, pero no quiero correr el riesgo de que se le gangrene. Deberá tener cuidado con la mano durante un tiempo. Y..., eh..., trate de no exponerse al frío.

Jakob asiente con la cabeza, incapaz de componer una sonrisa.

Por fin, Seddon mueve los hombros en círculo y se deja caer en una silla. La señora Athlone sirve varias tazas de té con coñac y le lleva una a Jakob.

—¿Quiere que se la sujete? ¿Puede cogerla?

Él asiente y sostiene la taza entre las palmas vendadas. La mirada de la señora Athlone parece confirmar lo que percibió en su último encuentro, pero Jakob no sabe qué hacer al respecto.

—Lamento mucho lo de su amigo. El señor Shull me ha dicho que estaban ustedes muy unidos.

Jakob asiente de nuevo. Está asqueado de sí mismo. Mientras la vida de Frank se precipitaba hacia su fin, él se deleitaba pensando en sus futuros éxitos. Se congratulaba imaginando los beneficios que le reportaría aquella roca maldita que estaba a punto de matar a su amigo.

* * *

Cuando ya no queda nada más por hacer, ella les obliga a irse a la cama. Jakob se echa en un catre con la ropa puesta. Piensa en las hermanas de Frank y en que tendrá que contarles lo ocurrido. Igual que a Marion. Ignoran la tragedia que acaba de abatirse sobre ellas. Seguirán pensando durante semanas que Frank está vivo. Hay mucha gente que quiere a su amigo. Mucha más de la que le quiere a él y de la que lloraría su muerte. No puede evitar llegar a la conclusión de que, para el cómputo de la felicidad humana, habría sido mucho más ventajoso que muriera él en lugar de Frank. Pero el mundo no parece tener en cuenta tales

cálculos.

* * *

Antes de caer rendido, cobra de nuevo conciencia de la cercanía de la señora Athlone, que se mueve silenciosamente tras él y, pasado un rato, se deja caer en una silla con un suspiro. Oye crujidos y respiraciones a su alrededor, pero hasta con los ojos cerrados le parece ver cada uno de sus gestos; la oye respirar, intuye cómo cambia de postura, y aquel convencimiento vuelve a embargarlo con más fuerza que antes: se sabe envuelto en el calor de sus atenciones, y eso le alegra. Sabe que ella también es consciente de su aprecio. No hay nada que hacer al respecto, pero esa certeza le reconforta; es un faro lejano avistado desde su pequeña embarcación: un punto de luz tenue e inmóvil al otro lado de un mar turbio y borrascoso.

CUARTA PARTE

ARTURO DE BOOTES

La constelación de Bootes representa a un pastor guiando a la Osa Mayor.

La estrella situada en el dobladillo de su túnica se llama Arturo, nombre griego que significa «el guardián de la osa».

Es una estrella de primera magnitud: la más brillante del hemisferio norte.



Capítulo 21

Gander, Terranova, 48° 57' N, 54° 36' O
Abril de 1948

Sin duda, para algunos seres vivos de la Tierra, las estrellas del firmamento son tan indistintas como otros tantos granos de arena. En cambio, para quienes se guían por su luz, cada una de ellas posee un fulgor y un significado singulares: son viejas amigas en cuyo testimonio puede confiarse. Para quien ha convivido con ellas durante el invierno ártico y las ha utilizado como punto de referencia terrestre y marino, como una constante en medio de la larga oscuridad, no solo poseen significado, sino también carácter propio, igual que las personas. Algunas, como Espiga, son tímidas y amables; otras son estridentes: Sirio, por ejemplo, o Arturo, un tipo insistente y fanfarrón. Otras, como Polaris y Betelgeuse, son firmes e inalterables; algunas, como Aldebarán, con su turbio séquito, no son de fiar. Otras resultan tan entrañables como la propia familia: Vega, cómo no, y también Pólux. Y algunas tiran de los hilos del corazón igual que amores perdidos.

Fantasías, todo ello, pero en los últimos años Flora se entrega cada vez con más frecuencia a los delirios de su imaginación. De joven se habría mofado de esas quimeras, aunque sin duda tengan su origen en su yo juvenil. Ahora, las distintas fases de su vida —su infancia; su última aventura amorosa (¡ah, el señor Choudhury, qué gran contador de historias!)— se le antojan igual de próximas y de lejanas.

* * *

Sabe que para las demás personas de la base, como ese chico de dientes prominentes, no es más que una vieja. ¿Cómo reaccionaría si supiera, por ejemplo, que ha sido una adúltera septuagenaria? ¿Y si le contara las cosas que hizo en el Ártico? Con repugnancia, seguramente. Con bochorno e incredulidad. Le costaría menos asimilarlo si estuviera muerta y su juventud y su vejez fueran ya inalcanzables. Pero, siendo como es una anciana aquí y ahora, se espera de

ella que haya borrado ciertos pasajes de su pasado, que se haya convertido en una inofensiva mezcolanza de... ¿de qué? De recuerdos, excentricidades y afición por la calceta. Sin embargo, hace apenas cinco años, ¿o son siete?, compartía cama con Ravi Choudhury, concejal laborista de Gorbals. Su tercer y último marido, Bill Cochrane, un hombre encantador, ya no se interesaba por ella en ese aspecto, y no se lo tomó a mal. Ahora los dos están muertos, claro.

Hace poco, animada por su hijastra preferida, Flora vio una película americana que, pese a ser una bobada, le produjo una honda impresión. Indicios crecientes de deterioro intelectual, supone, o del instinto humano de agarrarse a un clavo ardiendo para buscar consuelo ante lo desconocido. La película era una chorrada acerca de una viuda joven que se enamora del fantasma de un capitán de barco. Flora accedió a verla únicamente porque su título, *El fantasma y la señora Muir*, le sonaba a escocés; no lo era, por supuesto. Sabedor de que su amor era imposible, el fantasma renunciaba noblemente a su amada y la empujaba en brazos de un hombre vivo que la pretendía, con pésimos resultados. En el lecho de muerte de la viuda, tras una vida entera de castidad implícita, el fantasma aparecía de nuevo y se marchaban juntos, cogidos de la mano, ella con su juventud y su belleza restauradas. Del espectro del marido, o de lo que opinaba de esto, no se decía nada. La moraleja de la historia parecía ser que el sacrificio es inútil: una opinión que Flora comparte de todo corazón. Por ridícula que fuera, la historia la conmovió. En sus momentos de ensoñación se pregunta a veces si alguno de ellos volverá a buscarla. ¿Y quién será?

* * *

Cada vez más tiene la impresión de haber adquirido, sin pretenderlo ella, una sala de cine para su uso particular. Su mente discurría otrora por caminos sensatos y predecibles, como corresponde a una científica. Ahora, en cambio, parece acecharla aguardando el momento de tenderle una emboscada. Grandes bloques de recuerdos caen sin previo aviso en su conciencia, vívidos y arrebatadores. Se ha vuelto desconfiada, porque nunca sabe qué imagen, qué sensación puede asaltarla y someterla a su yugo: una cara; el sabor del sebo de ballena; el ruido de los perros; el sueño voluptuoso que tuvo en el avión.

Los recuerdos proceden casi siempre de un pasado remoto. A veces se zambulle en visiones y vivencias de su niñez en Groenlandia: se desliza en un trineo tirado por perros, siente cómo se le clavan los cristales de nieve en la cara y cómo el aire le quema la garganta.

O vuelve a verse en su querido Vega: nota el chapaleo de las olas contra el casco, el vaivén impaciente del mar; distingue el hilo de la voz de Ian Sellar entre la espesa trama de los ruidos del barco y siente cómo tira de ella, cómo hace resonar su cuerpo como un arpa... Ah, ¿y si fuera Ian quien volviera a buscarla para colmar sus vagos anhelos adolescentes? Murió apenas unos años después de aquella travesía: se ahogó en el frío mar. Tanta belleza desperdiciada...

O se mete a gatas por la entrada de un illu y choca de cabeza con Simiak, que se ríe de su susto y su consternación. Simiak le frota la cabeza y le acaricia el pelo, y Flora, otra vez con doce años, rompe a llorar, aunque no de pena.

No, no son esos recuerdos los que quiere, sino el cuarto de baño de un hotel de Liverpool, y el tacto de sus lustrosos azulejos verdes sudando vaho, en medio de un placer indescriptible...

* * *

—Señora Cochrane, ¿qué tal su siesta? ¿Ha podido descansar?

Flora mira al joven con enfado. La juventud no excusa la mala educación. Pero él le dedica esa sonrisa seductora mientras corretea por el pasillo tras ella como un perro que hubiera visto una pelota.

—Hola, señor Crane. —Puesto que recuerda su nombre, ¿por qué no utilizarlo?—. Sí, gracias. ¿Y usted?

—Eh... Sí. Bueno, he estado trabajando, tomando notas, ya sabe, para el artículo. ¿Puedo invitarla a una copa antes de cenar?

Flora supone que sí. Hace mucho tiempo que un joven atractivo no se ofrece a invitarla a una copa —aunque seguramente el verbo correcto sería «traerle una copa», no «invitarla»—, y ni el entorno ni sus recuerdos, ni siquiera las intenciones ulteriores del muchacho, sean cuales sean, le incomodan hasta el punto de que no pueda disfrutar de sus atenciones. Es tan joven... Veinticinco, como mucho. La misma edad que tenía ella cuando se fue a explorar. Qué *ridículamente* joven era entonces, cuando se vio de pronto al mando de un grupo de hombres mayores que ella... ¿Cómo se atrevió? Crane es solo un crío: arrogante en apariencia, aunque sin duda en su fuero interno se pregunta cuándo descubrirá su farsa.

Más allá de la ventana sin cortinas, aún dura el ocaso; pasarán horas antes de que se haga de noche. Cada vez que mira el cielo hay más estrellas: emergen sigilosamente de las profundidades del espacio, poblando los rincones del cielo

de color cian. Antaño, el lugar al que se dirigen recibía el nombre de «Regiones inexploradas»: un espacio en blanco en los mapas. Ahora, las únicas regiones inexploradas que quedan están allá arriba.

En realidad no es de extrañar que haya tenido ese sueño, puesto que está ligado al lugar al que se dirigen. Ve los ojos vidriosos y oscuros del zorro que solía visitarlos en el valle. Se sentaba allí, sin demostrar ningún miedo, y observaba su extraño comportamiento humano. Ella le puso de nombre «Imaqa», que en lengua esquimal significa «quizá». Im-ma-ka...

—¿Disculpe?

En ocasiones, el cine privado y la persona que la acompaña se solapan, como si se hallara en medio de un tropel de fantasmas.

—Eh..., nada. —Flora sonrío—. He de advertirle, señor Crane, que uno empieza a hablar solo a medida que envejece.

Randall Crane le sonrío. Una sonrisa amable, cómplice.

—Creo que a mí ya me pasa.

* * *

En la base aérea de Gander hay un bar desangelado. Una sala grande y cuadrada, de techo bajo, amueblada con sillones bajos e incómodos. Randall le pregunta por Lester Armitage, por sus recuerdos de él. Flora procura ordenar sus ideas. Naturalmente, el señor Crane quiere algo de ella. Armitage... Cada vez le resulta más difícil mantener las cosas en el orden en el que sucedieron. Le llegan fragmentadas, o en avalancha.

—¿El señor Armitage? Bueno... Le conocí en el noventa y dos, claro. En mi primera expedición.

—¡Ah! No recuerdo eso de su libro.

—Creo que no le mencionaba.

—¿Y qué pasó?

—Poco después de que llegáramos a Groenlandia, me refiero al doctor Seddon, el señor Dixon, el señor Daneforth y yo, fuimos a visitar a la expedición americana. Estaban a punto de marcharse. Queríamos presentarles nuestros respetos, naturalmente, y ver qué podíamos averiguar: dónde habían estado, qué habían hecho, etcétera.

Flora recuerda, aunque ahora le cueste creerlo, lo nerviosa que estaba ante la perspectiva de conocer a Armitage. Y él no hizo nada por disipar su malestar.

—El protocolo exige que esas preguntas no se formulen con excesiva

franqueza. En teoría, los miembros de dos expediciones distintas son colegas. Pero también rivales, desde luego.

—Ah... Sí. —El joven Crane se inclina hacia delante en su asiento, visiblemente interesado—. ¿Qué impresión le produjo Armitage?

Flora recuerda un gran mostacho rojizo y unos ojos desconcertantes. Imponente: ese es el adjetivo que asocia con Armitage. Le desagradó desde el principio.

—Era un hombre decidido. Muy serio. Muy... ambicioso.

—¿Les ayudó? ¿Les contó lo que querían saber?

—Bueno, fueron bastante sinceros, hasta cierto punto. Nos llevaban un año de ventaja, claro, y les había ido muy bien. Nos quedamos a pasar la noche: habíamos recorrido veinte millas a pie para verlos. Nos dieron de cenar y de desayunar.

—Entonces, ¿hablaron del trabajo que habían hecho?

—Sí.

—¿Y cuál era?

—Estoy segura de que habrá leído el libro de Armitage... Nos hablaron de sus dos travesías tal y como se detallan en el libro. No había conflicto de intereses: a nosotros nos interesaba sobre todo el trabajo científico. A ellos, en cambio, la exploración.

—¿Le cayó a usted bien?

Flora hace una pausa.

—Me han preguntado muchas cosas a lo largo de los años, pero creo que es la primera vez que me preguntan *si me caía* bien Lester Armitage.

—Ah. —Randall Crane no parece inmutarse—. Bueno, ¿y le caía bien?

—Le respetaba. Era resuelto y ordenado. Un poco distante. Claro que nosotros éramos la competencia.

—Entonces, ¿era competitivo?

—Todos lo éramos, señor Crane. Los exploradores pueden revestir sus ambiciones de patriotismo o aspiraciones científicas, pero al final todo suele reducirse a un afán de brillo personal. Bueno..., o a una necesidad de escapar. Gloria o huida.

—¿Cree usted que Armitage perseguía la gloria?

—Si tanto le interesa Armitage, habrá leído su libro.

Randall se ríe.

—Sí. Supongo que resulta evidente. Y Jakob de Beyn... ¿qué le pareció?

Flora bebe un sorbo de su ginebra con zumo de lima. El color le recuerda a

una cueva de hielo: a la cueva de hielo, la alta y luminosa cámara del corazón del glaciar. El sol rebotaba en la superficie de hielo, y el techo de la caverna refulgía con una luz verde exquisita. Cierra los ojos, sintiéndose mareada. Se imagina la vitamina C, o lo que sea, discurriendo por sus venas y robusteciéndolas, confía, de alguna manera.

—Un invento escocés, el zumo de lima Rose's. ¿Lo sabía?

—No. Creía que... que era caribeño, o algo así.

—Lo inventaron para la Royal Navy. Para reducir la dependencia del ron, imagino.

—¿Ah, sí? —Crane espera.

—Lo siento, tendrá que perdonarme.

—Por supuesto... ¿Fue esa la única vez que coincidió con Armitage?

—Estaban a punto de marcharse de Groenlandia. Verá usted, en el Norte unas veces se confunden con otras. No es como en Londres o Nueva York, donde construyen un edificio nuevo o echan abajo uno viejo. Aquello no cambia. O no cambiaba. Ahora creo que incluso allí ha llegado la vida moderna. El señor Armitage no me tenía aprecio. Creo que mi presencia en el Ártico constituía para él una especie de ultraje.

—Ah. ¿Y eso por qué?

Flora se pregunta si de verdad es tan obtuso o si todos los periodistas se conducen así.

—Porque mi presencia en Groenlandia hacía que pareciera fácil estar allí. Si una mujer era capaz de explorar y de hacer esas cosas, él no podía seguir sintiéndose excepcional.

Randall se encoge de hombros.

—¿No podría ser que también usted fuera excepcional?

—Gracias, señor Crane, pero lo único que hacíamos era vivir y viajar por un lugar en el que otros hombres y mujeres pasaban su vida entera. Allí crecían niños. Nosotros no estábamos acostumbrados, es así de sencillo. Estar allí no tenía nada de excepcional. Llegar, en cambio... Eso sí era digno de atención.

—¿Se refiere al viaje, en aquellos tiempos?

—¡No, por Dios! El viaje solo duraba un par de semanas. No, me refiero a levantar una expedición. Buscar dinero, organizarla. En mi caso, todo el mérito le correspondía al que entonces era mi marido, el señor Athlone. Como solíamos decir entonces, cualquier majadero puede ponerse ropa de abrigo, comer y caminar.

—Su marido tendría que haberla acompañado en aquella primera expedición,

según creo. ¿Puedo preguntarle qué ocurrió?

—Se ve que está usted bien informado. Sí, así es. Hubo una borrasca durante el viaje de ida y se cayó. Se rompió la pelvis. Nunca se recuperó del todo.

—Vaya, lo lamento. Debió de ser un momento muy difícil.

A Flora se le aparece la cara de Maurice Seddon en casa del gobernador, en Godthåb. Freddie, acunado por la morfina, les instó a seguir adelante. Se suponía que ella debía negarse. Maurice la miró espantado, como si se hubiera convertido en un monstruo en lugar de transmutarse en enfermera.

—No había ni que pensar en desistir de la expedición. Nos habíamos endeudado mucho, comprende usted. Sentíamos que debíamos continuar, conmigo a la cabeza. Si no se hubiera producido ese accidente, las cosas habrían sido muy distintas. Las circunstancias conspiraron para ponerme en ese papel.

—Entonces, los hombres de la expedición... ¿No tuvo problemas con ellos?

—Se portaron muy bien. Sentían que se lo debían a Freddie, creo. Al señor Athlone.

Le mira para ver si se lo cree. Él asiente con la cabeza, comprensivo.

—Y sin duda también a usted. Volvió después, con algunos de ellos, así que está claro que consiguió su propósito. No todos sus contemporáneos sentirían lo mismo que el señor Armitage. Respecto a su presencia en el Ártico, digo.

—Bueno, no todos daban esa impresión. Puede que disimularan mejor.

Randall se ríe; luego la mira astutamente.

—De Beyn y Armitage eran compañeros en esa expedición. ¿Los conoció al mismo tiempo?

—El doctor Seddon y yo conocimos a todos los miembros de la expedición estadounidense. Estaban el señor De Beyn, el señor Erdinger, el físico que luego alcanzó tanta fama, claro, y el doctor Urbino. Y el señor... Shull, si no recuerdo mal.

—¿Qué impresión le produjo De Beyn?

—¿De Beyn? Le interesaba la fotografía, un interés que compartía con el doctor Seddon. Recuerdo que hablaron de los problemas que planteaba fotografiar el hielo. Era muy amigo del doctor Urbino. Su muerte le afectó muchísimo. Pero sin duda eso ya lo sabe.

—Leí sobre ello en el libro de Armitage. Pero ¿qué impresión le produjo como hombre?

Flora mira el techo como si escudriñara sus recuerdos. ¿Qué puede decir?

—¿De Beyn? Bueno, lo más llamativo de él era su pelo. Lo tenía muy canoso, prematuramente, claro. Decía que era su plumaje de invierno. Pero imagino que

se refiere usted a su carácter. Era simpático... Animoso. El doctor Urbino y él eran los más hospitalarios.

—Se diría que le caía bien.

¿Por qué le interesa tanto De Beyn y no los demás?

—En efecto. No me trataba con condescendencia, como Armitage. Pero tenga en cuenta que le hablo de impresiones superficiales de hace cincuenta años.

—Sí, claro. Me figuro que no... ¿Pudo hacerse una idea de cómo se llevaban entre sí?

—Santo cielo, apenas si... Tiene que entender que allí no hay intimidad. Los esquimales viven así: en público. Uno lleva siempre una máscara. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Creo que sí. Pero ¿acaso no la llevamos todos, estemos donde estemos?

—Sí, pero allá arriba es total. Estés en una choza o en un *illu*, te rodean diez o doce personas, amontonadas unas encima de otras. Uno nunca está solo. No es un ambiente que invite a las confidencias.

—Hace usted que suene claustrofóbico.

—La gente cree que el Ártico consiste en enormes espacios abiertos y nieve blanca y pura. Soledad, libertad... Pero, en ciertos aspectos, sucede todo lo contrario. ¡Cerca de un poblado no hay ni un solo trecho de nieve blanca y limpia, se lo aseguro!

—Pero imagino que a usted le gustaba, con la cantidad de tiempo que pasó allí.

—Sí. Pero no se trata de una especie de utopía primitiva: nobles salvajes viviendo en armonía y esas cosas. ¿Ve usted esas estrellas de ahí? Mire a la izquierda desde el cinturón de Orión. ¿Esas que están una encima de otra?

Señala la ventana. Can Menor se distingue claramente más allá del cristal.

—Los esquimales llaman a esa constelación *Sikuliaqsuijuittuq*. Tienen un cuento acerca de un cazador que se quedó con más carne de la que le correspondía. Para ellos eso no es ninguna broma. Lo desterraron al hielo de verano. Pesaba demasiado, cayó al mar y se ahogó. Y ese de ahí arriba es él: el Asesinado. Un recordatorio de su sentido de la justicia.

Crane sonríe cortésmente. Flora se pregunta si siente el impulso de asustar al muchacho.

—Entonces, Armitage y De Beyn...

Ella suspira.

—¿Qué es lo que le interesa, señor Crane? ¿Piensa escribir sobre ellos? ¿Va a citarme?

Randall sonríe y mira su copa.

—No s e exactamente qu e es lo que me propongo. Depende, en realidad.

— De qu e?  Espera usted que le d e la solución a antiguos enigmas?

— No espero tanto! Naturalmente, no utilizaría nada de lo que me diga sin su autorización expresa.

* * *

Las puertas del bar se abren con un súbito estallido de voces masculinas y aparecen varios uniformes adornados con el brillo de galones y medallas. El comandante se acerca a saludar a Flora con efusiva cortesía.

—Buenas noches, comandante Soames. Estoy bien, gracias. El señor Crane me estaba preguntando cómo sobreviví en el  rtico siendo una mujer entre tantos exploradores varones.

—Estoy seguro de que una dama como la señora Cochrane no tendría nada que temer.

Flora hace un esfuerzo por dominarse. La galantería se manifiesta a menudo en forma de estupidez, y viceversa.

—Estaba a punto de decirle que nunca tuve grandes dificultades, creo que porque el  rtico es un lugar eminentemente práctico. Eso nos lo enseñaron los esquimales. Sobrevivir, ese es el principio y el fin de todo. Lo cual aclara y simplifica mucho las cosas.  No es así, comandante?

—Muy cierto —contesta él—.  Entramos?  Ya estamos todos?  Hemos perdido al doctor Metcalfe?

* * *

No es cierto: no podría serlo. Las cosas no eran sencillas, ni entonces ni después. Randall Crane se pega a ella mientras alguien va a buscar al oceanógrafo perdido e, inclinándose hacia ella, le susurra al oído:

— Qu e fue para usted, señora Cochrane?  Huida o gloria?

Flora frunce los labios. Hay personas que no saben cuándo parar.

—Señor Crane,  es usted capaz de concebir una sociedad que le impida a uno acceder a una educación o tener una carrera, o viajar solo sin riesgo para su integridad física, o conservar el dinero que gana, o conducirse como quiera sin arriesgarse a caer en la deshonra?  O hacer cualquier cosa que no sea seguir las normas más restrictivas, absurdas y degradantes? Si viviera usted en una

sociedad semejante, ¿no querría escapar de ella?

El joven parece sobresaltarse. Quizá no esperaba una respuesta tan osada como su pregunta.

—Pero, aun así, en el Ártico estaba usted con colegas, con compatriotas suyos... Y ha dicho que allí nadie puede estar solo. Así pues, ¿de veras pudo escapar, estando allí?

Llega el científico perdido y hace una broma para excusar su tardanza. El comandante se vuelve hacia Flora y le ofrece su brazo para escoltarla al comedor.

Para cenar, les sirven reno a la parrilla acompañado de vino de California, o de Coca Cola. Flora trata de olvidarse de la molesta insistencia del joven: la ha capeado temporalmente, y mañana no habrá tiempo para hablar. Pero su última pregunta la inquieta. No está segura de cuál sería su respuesta.

Capítulo 22

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

Primavera de 1893

Mis compañeros y yo arrostramos vientos helados mientras avanzábamos penosamente por el terreno escarpado. Las quemaduras producidas por el hielo torturaban nuestros pies y la escarcha atiesaba nuestra vestimenta. Al fundirse por el calor de los cuerpos, dejaba la ropa pesada, mojada y fría. El hielo formaba pegotes en nuestras barbas y en el forro de piel de nuestras capuchas, lo que nos dificultaba la visión. Los perros, los pocos que habían sobrevivido a la enfermedad y la traición de sus congéneres, se hallaban casi al límite de su resistencia, igual que los hombres. El terreno, sin embargo, fue descendiendo paulatinamente y yo me permití fantasear con que mi objetivo se encontraba al alcance de mi mano. Tras recorrer a pie quinientas millas por la región más inhóspita de la Tierra, llegamos por fin a la cumbre de un imponente precipicio. Yo, que iba en cabeza, sentí que mis perros se detenían de pronto. Apenas capaz de creer lo que veían mis ojos, grité a los demás. Mi voz sonó ronca por falta de uso. Los demás se acercaron dando trompicones. Y allí, muy por debajo de nosotros, extendiéndose a lo lejos en una llanura continua hasta la línea del horizonte, vimos el hielo liso y estriado del océano Ártico. ¡Habíamos llegado al fin del mundo!

Me volví hacia el doctor y nos estrechamos la mano, tan abrumados por el cansancio y la emoción que no fuimos capaces de decir nada. Acabábamos de demostrar sin lugar a dudas que Groenlandia era una isla, una isla cuya costa septentrional daba a ese esquivo trofeo: el Polo Norte.

Pero lo mejor y más extraordinario estaba aún por llegar. Montamos el campamento y hervimos un poco de pemmican y de galletas. Después, imperceptiblemente, comenzó a disiparse la borrasca. A aquella latitud y en pleno mayo nunca se pone el sol. De pie en la cumbre del acantilado que bauticé como cabo Flagler, a más de mil pies de altura, vi cómo se despejaba el horizonte. Y entonces, para mi asombro y mi alegría, muy lejos al noroeste, mis ojos distinguieron algo que ningún ojo humano había visto hasta entonces: ¡una nueva tierra! Llamé a mis compañeros, el doctor Urbino y Metek, el cazador, que se pusieron a bailar literalmente de júbilo, y contemplamos los tres aquella tierra ignota mientras nos lo permitió la niebla.

Combatir a los hielos. Una expedición al noroeste de Groenlandia, 1891-1892

Lester Armitage (Nueva York, 1893)

Quando termina el último capítulo, Jakob está temblando de indignación y de rabia. Apaga su cigarrillo aplastándolo contra el plato mucho más tiempo del necesario. El restaurante no está muy lejos de donde solía almorzar con Frank cuando ambos eran estudiantes. Mira fijamente el libro, preguntándose si no se habrá equivocado. Pero no, ahí está, en la portada: Lester B. Armitage. Su propio nombre aparece en las primeras páginas. Su viaje a Ellesmere, relatado esquemáticamente. Pero esto, esto que acaba de leer en el último capítulo, es el primer rumor del descubrimiento de una nueva tierra, y está convencido de que

es mentira.

A su regreso del Norte, Armitage anunció que habían demostrado la insularidad de Groenlandia. Nada más. Parecía insatisfecho. ¿No habría estado desbordante de alegría si hubiera descubierto una tierra desconocida, en lugar de hosco y malhumorado, como se mostró durante el resto del viaje? Frank afirmó que no habían visto nada desde el extremo norte de su travesía, lo que contradice el pasaje del libro de Armitage. Dijo (y Jakob oye aún su voz al decirlo) que la niebla era tan espesa que ni siquiera estaban seguros de haber alcanzado la costa norte. Allí, sin embargo, Lester afirma en negro sobre blanco que Frank se hallaba con él en esos momentos y que vio aquella tierra nueva y la reconoció como tal. Allí, en negro sobre blanco, figuran las coordenadas de su descubrimiento: la «Tierra de Dupree».

* * *

¿Es posible que Lester se callara aquel descubrimiento? Es un hombre al que le gusta, por encima de todo, saberse al mando de la situación. ¿Cabe la posibilidad de que le hiciera jurar a Frank que no desvelaría el secreto, y que Frank obedeciera? Frank nunca ocultaba sus sentimientos: era incapaz de ello. Aquel día en la playa, le confesó todo lo contrario: que no podían afirmar que fuera la costa norte. Que no habían descubierto nada. Que ni siquiera sabían dónde estaban.

Armitage ha hecho una afirmación que sin duda favorecerá sus ambiciones, y la única persona que podía afirmar o negar su validez está muerta. ¿Y si (apenas puede creer que esté pensando esto), y si la muerte de Frank no fue un accidente? No, eso es un disparate. Armitage no es un monstruo... Jakob enciende otro cigarrillo. Se percata de que le tiemblan las manos.

El joven que atiende la barra le retira el café, ya frío, para servirle otro. Se supone que no debe hacerlo, le explica con una sonrisa, pero está seguro de que él no va a decírselo a nadie. Jakob coge la taza nueva, agradecido por aquel pequeño gesto de bondad.

—¿Es un buen libro?

—¿Cómo dice?

El joven señala el volumen. La clientela de la hora de la comida ha remitido y el local está casi vacío.

—Le preguntaba si es un buen libro. Lleva una hora leyendo sin parar.

Jakob mira el libro sin saber qué decir.

* * *

Dos días después, va camino de casa de los Urbino. Le han invitado a pasar todos los domingos con ellos, y los padres de Frank aseguran que su presencia les reconforta, así que Jakob va. Tenía pensado excusarse esta vez porque querrán hablar del libro de Lester y no sabe qué decirles.

Mientras sacude la lluvia de su sombrero en el porche, Clara abre la puerta. Ahora vive en el centro, comparte apartamento con Lucille Becker, pero pasa los fines de semana con sus padres. Johnny viene siempre que puede, pero ha ingresado en un bufete de abogados y su trabajo se lo impide a menudo. Anna, en cambio, no se ha mudado.

Jakob acompaña a Clara al cuarto de estar. Anna se desliza hacia él tendiéndole las manos, una costumbre ligeramente turbadora que ha adquirido hace poco. Le brillan los ojos llorosos y su cara presenta una palidez enfermiza. Jakob se pregunta si duerme. La muerte de Frank fue un golpe terrible para todos ellos, pero a Anna parece haberle afectado especialmente. Viste de luto de la cabeza a los pies. Clara, en cambio, ha vuelto a vestir su ropa de siempre. Hace ya nueve meses que murió Frank: ocho, desde que les llegó la carta, escrita desde Nueva Escocia, en la que Armitage les notificaba su fallecimiento. Pero cada vez que Jakob entra en su casa, la pena de Anna parece tan fresca como el primer día que visitó a los Urbino.

—Jake... —Anna le permite cogerle las manos un momento—. Cuánto me alegro de verte.

Él aprieta sus manos con firmeza y luego, con la misma firmeza, las suelta.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Oh, bien... —Le dedica una sonrisa valiente—. Lo sobrellevamos lo mejor que podemos.

Jakob se pregunta si Anna renunciará alguna vez a su papel de sufridora suprema. Se ha entregado a él con tal fervor que a veces piensa que lo disfruta.

Marion Rutherford y la señora Urbino saludan a Jakob y le preguntan por su hermano y la familia de este. Visten las dos de negro. Marion lleva en la mano un libro que a Jakob le resulta familiar.

—El libro del señor Armitage. ¿Lo ha leído usted, señor De Beyn?

—No, todavía no.

—¡Ah! —A Marion le brillan los ojos—. Yo lo leí de un tirón. No pude parar hasta acabarlo. Es maravilloso, ¿verdad que sí, Sophia? —Se vuelve hacia la señora Urbino y toca su brazo.

—Sí, maravilloso —murmulla la señora Urbino, cuya apariencia de afable desconcierto se ha agudizado desde la muerte de su hijo.

—Un tributo digno de nuestro querido Frank. Fue un héroe. Un héroe —repite Marion con un susurro que suena a hueco.

—Sí —dice Jakob.

No es esa la impresión que ha extraído del libro, en absoluto. Tal y como lo refiere Lester, durante su travesía hacia el norte Frank tropieza constantemente a su espalda, falto de aire. Lester avanza, impetuoso. Frank le sigue. Es leal, sumiso, de fiar. De vez en cuando se le permite desplegar alguna habilidad concreta, como cuando le extrajo a Jakob una muela infectada de la mandíbula superior, en medio de una borrasca. Lester ha convertido esta anécdota en un episodio cómico, «El geólogo, aliviado», aunque para él, que recuerda que casi lloró de dolor, no lo fue.

—¿Lo han leído todos? —pregunta.

—Yo no he podido acabarlo. Me angustiaba demasiado —contesta Anna con un murmullo ahogado.

Marion la mira con furia: está claro que, como novia del difunto, no cree que nadie deba eclipsar su dolor.

* * *

En el jardín, Clara se encara con él.

—Lo has leído, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota?

Ella se encoge de hombros.

—No. Saben que estás muy ocupado. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, según Marion.

—Pero...

—No sé. Está bien.

—¿Bien? —Le mira con sorna.

Jakob se encoge de hombros.

—Algunos de los hechos que cuenta —dice titubeando—, no son exactamente como yo los recuerdo.

Clara le mira con fijeza.

—No es lo que esperaba oír. ¿Insinúas que el señor Armitage miente?

Él baja la voz.

—Es sobre todo una cuestión de matiz o... Supongo que, si estás escribiendo

un libro, puedes caer en la tentación de retratarte bajo una luz favorecedora, a veces en detrimento de tus compañeros.

—¿Lo que cuenta va en detrimento de los demás? ¿De Frank?

—Sí, en mi opinión desmerece a Frank. Infravalora su contribución. A veces hace que parezca... casi un bufón. Y eso es injusto y está mal.

Clara parece disgustada. Jakob lamenta haber ido.

—Es mi opinión. Tendrás que leerlo tú misma. No tiene sentido hablar de ello hasta entonces.

—Lo leeré —afirma ella—. Pero yo no soy más que una de esas mujeres que esperan en casa y luego escuchan las maravillosas historias que cuentan los hombres. Tú estabas allí.

* * *

Durante la comida, Marion hace algo inusitado que sorprende a todo el mundo. Anuncia lanzando una mirada de soslayo a Anna que ha encontrado a alguien que la está ayudando a sobrellevar su pena. La miran todos. Exhibe un extraño fervor, tanto más chocante cuanto que nunca, que Jakob sepa, ha mostrado entusiasmo de ninguna clase.

—¿Qué quieres decir, Marion? —pregunta Anna con un punto de aspereza.

—Quiero decir... —Marion baja los ojos—, que me han presentado a una mujer excepcional, la señora Jupp. Tiene un don precioso, una cosa de lo más maravillosa. Os pido que no la juzguéis precipitadamente. Sé... —Se ríe con cierto nerviosismo—. Sé que podéis ser muy escépticos, pero la señora Jupp me ha... me ha permitido hablar con Frank. ¡Hablar con él de verdad!

Durante el silencio subsiguiente, Marion mira a la señora Urbino. Le brillan los ojos, pero parece a punto de llorar. Las hermanas miran también a Marion: Clara, con dureza; Anna, con espanto. Lucille fija los ojos en su plato con un bochorno compartido por Jakob. El señor Urbino se ha puesto muy serio. Hombre de pocas palabras, posa sobre la mesa su cuchillo y su tenedor y carraspea.

—Marion, querida, sé que estás tan apenada como todos nosotros, pero, cuando se sufre, el mejor modo de hallar consuelo es sin duda rezar.

—Naturalmente, pero...

—Esa persona... Estoy seguro de que sus intenciones son buenas, pero ese tipo de cosas van en contra de las enseñanzas de nuestra religión.

Los labios de Marion se endurecen.

—Se lo digo solamente porque quizás otras personas quieran acompañarme a casa de la señora Jupp, lo cual me parecería lógico —contesta con aire desafiante—. Sé que hablé con Frank, señor Urbino. Lo sé. Dijo cosas... cosas que la señora Jupp no podía saber. ¡Era su espíritu!

Su convicción la hace temblar. Sus mejillas blancas se han teñido de un ligero rubor. Jakob se descubre casi admirándola por primera vez: tiene agallas, a fin de cuentas, aunque esté un poco chiflada.

—¿Y qué te dijo Frank? —pregunta Clara.

Marion levanta la barbilla.

—Me dio un mensaje dirigido solo a mí, un mensaje precioso. Pero también quería decirnos a todos que es feliz. ¡Sí! Y que no quiere que suframos por él.

Recorre la mesa con la mirada. Tras lanzarle un solo vistazo, Jakob baja los ojos. Se pregunta qué diría Marion si mantuviera su promesa y se disculpara en nombre de Frank por su infidelidad.

—Increíble —dice Clara—. Eso parece muy propio de mi hermano, desde luego.

El señor Urbino arruga el ceño. Su esposa mira a Marion y le da palmaditas en el brazo. Se oye un violento chirrido cuando una silla es empujada hacia atrás.

—Disculpadme —dice Anna con voz ahogada, y sale corriendo de la habitación.

Por acuerdo tácito, se da por zanjada la conversación. Dolida, Marion se sume en un orgulloso silencio. Lucille pregunta a Jakob por el tratado sobre la geología de Ellesmere que está escribiendo y él contesta cumplidamente. Luego hablan del meteorito que Lester va a donar al Museo de Historia Natural en recuerdo de Frank. La familia ha oído decir que se le va a dar el nombre de «meteorito Urbino». Les parece un honor.

* * *

Durante los días siguientes, Jakob trata de releer el libro de Lester con mayor distanciamiento, pero ello solo acrecienta sus sospechas. Le exaspera que Lester haya usado varias fotografías suyas sin acreditar su autoría. Ni una sola fotografía ilustra su breve relato del viaje a Ellesmere, el mejor trabajo de Jakob hasta la fecha, y sus logros al cartografiar gran parte de la línea costera solo se mencionan de pasada. Sabe que son preocupaciones mezquinas y egoístas —a fin de cuentas, era la expedición de Lester, y es su libro—, pero refuerzan su impresión —la de todo el mundo, quizá— de que Lester considera cada logro de

la expedición como un triunfo personal. Se retrata a sí mismo como una figura solitaria acompañada por oscuros científicos más interesados en contar piedras que en su patriótica labor de exploración. Para colmo de injusticias, al referir la muerte de Frank, Armitage ni siquiera menciona al cazador esquimal que también resultó herido. Ayakou, aquel trabajador jovial y bien dispuesto, ha sido omitido del relato.

* * *

—¿Qué tal va tu libro?

Bettina se lo pregunta con regularidad, casi siempre los viernes, cuando Jakob baja a desayunar. Hoy se ha retrasado: últimamente le cuesta dormir. Se encoge de hombros.

—Bien.

—Trabajas demasiado. Pareces cansado. *Komm schon*.

Le pone una taza de café delante y posa una mano sobre su hombro.

Él sonríe a su cuñada, pero le sorprende sentir un picor traicionero en los párpados y la garganta. Nadie más le pregunta cómo está ni le dice que parece cansado. Bettina surte a veces ese efecto sobre él: sigue tratándole como si fuera uno de sus hijos, como si no pudiera valerse solo.

—No estoy trabajando lo suficiente. Ese es el problema.

—Creía que casi habías acabado.

Jakob suspira. Le resulta difícil cumplir con su trabajo: ha recibido una suma exigua de una editorial de libros científicos para que redacte un tratado acerca de Ellesmere ilustrado con sus propias fotografías. Debería ser bastante fácil. Lo difícil es evitar la sensación de que se trata de un asunto trivial, habiendo tantos otros asuntos que bullen en su cabeza. Y lo que tiene de especial Ellesmere no son sus rocas, sino el hielo que las cubre. Sobre eso es sobre lo que quiere escribir. Quiere narrar su viaje de una manera que seguramente no agradará a Lester Armitage. Pero según los términos del contrato que firmó al unirse a la expedición, no puede publicar nada hasta que se cumpla un año de su regreso, es decir, hasta el 29 de agosto. Y ya le han dado a entender que el relato de la expedición es un privilegio que solo corresponde a su líder.

—¿Jake?

—Perdona...

Bettina sacude la cabeza.

—Es lo que siempre te digo: que necesitas una esposa. Alguien que cuide de

ti.

Jakob sonríe.

—¿Qué diría Vera?

La hija de Bettina y Hendrik, de ocho años, afirma que piensa casarse con él cuando sea mayor, y Jakob le ha prometido esperar.

—Bah. ¿Conoces a los Muller, de nuestro antiguo barrio? Ayer vi a la señora Muller con su hija. Maria... ¿No? Bueno, pues es más joven que tú, y te aseguro que se ha vuelto una preciosidad. ¡Y tan elegante! Y además trabaja. Es muy moderna, aunque también *muy* respetable. Trabaja en una tienda de ropa para señoras. Les hablé de ti, y se interesaron muchísimo. No paraban de decir: «¡Qué maravilla!». Tengo que invitarlas a tomar el té. Les encantaría verte.

Jakob pone cara de fastidio y se mete una pinchada de beicon en la boca.

—La señora Muller me dijo una cosa... —Bettina se detiene y parece perder el hilo. Mira la repisa del aparador.

—¿Qué te dijo?

—Bueno, seguramente no te acordarás de ellos. Se mudaron antes que nosotros. Los Gertler. Cora Gertler era amiga mía. ¿Te acuerdas de ellos? El marido era taxidermista. En fin, es una verdadera pena... Cora falleció en Navidades. De cáncer. —Chasquea la lengua—. No era mucho mayor que yo.

A Jakob, la comida se le vuelve ceniza en la boca. Tiene que obligarse a tragar y bebe un sorbo de café.

—Pero qué se le va a hacer... —Bettina le da la espalda y se atarea apilando platos—. Son cosas que pasan. Solo Dios sabe cuánto tiempo tenemos.

—Sí —consigue decir Jakob pasada una eternidad. Y luego, un rato después, añade—: Me acuerdo de ella.

Bettina deja el montón de platos sobre la repisa y alinea los bordes. Se vuelve a medias, sin mirarle.

—Eso me parecía. Por eso te lo he contado.

* * *

Jefferson Shull parece haberse vuelto aún más guapo desde la última vez que se vieron, hace meses. Viste un abrigo nuevo y se ha dejado crecer un bigote dorado. Sus botas, que seguramente alguien se encarga de bruñir dos veces al día, brillan con la luminosidad de un espejo. Saluda a Jakob dando muestras de bonhomía, pero con menos efusividad que cuando estaban en el Norte. Las diferencias sociales y económicas importan poco en el Ártico. Pero aquí, en la

Quinta Avenida, y especialmente en el mullido entorno del club de Shull, la cosa es muy distinta.

Tras charlar un rato, sale a relucir el libro de Lester.

—Es bastante bueno, ¿verdad? —dice Shull—. Me comentó que serviría para ayudarlo a recaudar dinero para su próximo viaje.

—¿Le has visto?

Jakob pensaba que Lester tenía compromisos constantes, que se hallaba inmerso en una ronda inacabable de conferencias, demasiado ocupado y pagado de sí mismo para hablar con ninguno de ellos.

—Sí, el otro día. De hecho... —Shull suelta una risita—. Me ha pedido que vaya otra vez con él.

—Bueno, eso es fantástico. ¿Tú quieres ir?

—Puede que sí. Quizá también te llame a ti, aunque dijo que la próxima vez quiere centrarse en la exploración, más que en los estudios científicos. Dice que la ciencia exige demasiado tiempo.

Jakob se ríe, enojado.

—No siempre son compatibles.

Tras beber otra copa, Jakob nota que Shull empieza a impacientarse.

—Shull, hay una cosa de la que quería hablarte.

—¿Ah, sí?

—La Tierra de Dupree... La primera vez que oí hablar de ella fue en ese capítulo del libro. Armitage no dijo nada de que hubieran descubierto nuevas tierras cuando volvieron de su viaje al Norte. Ni tampoco Frank. ¿No te parece raro?

—Bueno, Armitage me dijo algo al respecto. Se lo calló precisamente porque era un hallazgo muy importante. No quería que nadie se fuera de la lengua antes de que lo hiciera público.

—Pero ¿y Frank? Él estaba allí. Me lo habría dicho.

Shull lanza una mirada a la puerta. Mientras habla, sus ojos se desvían constantemente hacia la mano con la que sujeta el puro.

—Ah, en fin... Por lo visto, Urbino estaba tan hecho polvo cuando llegaron a la costa que se fue directamente a dormir. Armitage vio tierra cuando se levantó la niebla, pero Urbino no llegó a verla. Y Armitage no se lo dijo.

—¿Pero en el libro dice que estaban juntos! Utiliza a Frank para corroborar su descubrimiento.

—Estaba a punto de decirte que... —Shull adopta una expresión respetuosa—. Después del fallecimiento de Urbino, Armitage pensó que sería un gesto de

amabilidad hacia la familia afirmar que él también había estado presente en el momento del descubrimiento.

—¿Todo eso te lo dijo el otro día?

Shull se encoge de hombros.

—Imagino que sabía que el libro podía generar ciertas dudas.

—Ya, y supongo que eso despeja las mías —contesta Jakob.

—¿No irás a decírselo a la familia de Urbino? Porque tú los conoces, ¿no?

—No voy a hacer nada que pueda herir sus sentimientos... ni empañar el buen nombre de Frank.

—No, claro que no.

Shull apaga su cigarro en el cenicero de cobre que le han traído para ese propósito.

* * *

Unas horas después, Jakob está en una cervecería de su antiguo barrio. Ha venido a emborracharse y lo ha conseguido, pero por alguna razón eso no le ha ayudado tanto como pensaba. Su furia permanece intacta, pero no se le ocurre qué hacer al respecto, como no sea volver a Groenlandia para ver con sus propios ojos esa mítica Tierra de Dupree, o su falta. Bien, eso es, entonces, lo que debe hacer. Una vez concluye que es inevitable, ya no hay nada que impida que la noticia de la muerte de Cora se apodere de él. Desde el día anterior, ha conseguido arrumbarla a un rincón de su mente. Ahora permite que lo embargue por completo, a pesar de que hace más de ocho años que no la ve y rara vez ha pensado en ella.

* * *

Debería haber previsto el fin. Estaba en su segundo año de carrera y su relación duraba ya muchos meses. Él estaba tan feliz como al principio, pero una o dos veces, después de Navidad, cuando el aroma a naranja y clavo enmascaraban los olores habituales del piso, Cora le había parecido distraída, casi molesta por su llegada: se daba la vuelta en silencio al abrirle la puerta y dejaba que él la cerrara y que la siguiera al dormitorio mientras Jakob se preguntaba si habría hecho algo malo. Cuando le preguntaba si le pasaba algo, ella le respondía: «Nada que importe. Solo que estoy cansada». Por fin se dejaba abrazar por él y las cosas seguían su rumbo normal.

Hasta que una noche de febrero, al llegar Jakob, como de costumbre, poco después de las siete, Cora abrió la puerta de golpe, le hizo entrar de un tirón y le metió la lengua en la boca antes de que se oyera el chasquido de la cerradura al cerrarse. Apenas dijo una palabra o le dejó hablar. Camino del dormitorio, volcaron una jardinera de cobre. Jakob no pensaba quejarse de aquel exceso de pasión, por más extraño que le pareciera incluso entonces.

A las nueve y media, Cora se apartó de él y se levantó.

—¿A dónde vas? —preguntó Jakob, que sabía sin necesidad de mirar el reloj que aún les quedaba media hora.

—A vestirme —contestó ella mientras empezaba a ponerse la ropa.

—Solo son y media.

—Tengo que decirte una cosa.

Él comenzó a vestirse, penosamente consciente de que algo iba mal. Ella comenzó a hablar antes de que acabara de abrocharse la camisa.

—Nos vamos de Nueva York. Mi marido y yo. Nos mudamos a San Luis. Lo siento, *liebling*, pero esta es la última vez.

Sonaba a discurso ensayado.

—No —dijo él—. ¿Por qué?

Ella arrugó el entrecejo con impaciencia.

—Porque mi marido tiene trabajo allí.

Jakob no pudo entender sus palabras, o no se las creyó.

—¿Hay otro?

Cora tenía una técnica muy eficaz para discutir, consistente en negarse a tomar parte en la discusión.

—No tienes que irte, Cora. ¡No le quieres!

—Jake... —Meneó la cabeza—. No espero que lo entiendas ahora, pero algún día lo entenderás.

Jakob se dio cuenta con horror de que iba a echarse a llorar delante de ella. Se puso furioso. Empezó a suplicar.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Escúchame, mi querido niño, no te lo he dicho antes porque los dos nos habríamos puesto tristes. Lo hemos pasado bien, ¿no? Ahora se ha terminado. Tarde o temprano te enamorarás de una chica de tu edad. Eso pasará esté yo aquí o no. Y prefiero no verlo.

—¡No! No voy a... Cora, no... Por favor...

Sabía que nada de lo que dijera surtiría efecto. Nunca había tenido ningún control sobre el curso de los acontecimientos. Cuando se marchó con la dignidad

hecha trizas, ella le dijo:

—Nada dura para siempre, *lieblich*. Ni lo bueno, ni lo malo. Ya lo verás.

* * *

Creyendo que lo de San Luis podía ser solo una excusa, Jakob pasó las dos semanas siguientes vigilando el piso de Cora, pero no vio nada. Sus pesquisas, efectuadas con desgarrada indiferencia, demostraron que, en efecto, los Gertler se habían mudado a San Luis. La verdad, por simple y terrible que fuese, era que a Cora él no le importaba tanto. Jakob se pasaba las noches sin dormir, refocilándose en su sufrimiento, convencido de que no había nadie más desdichado que él. Hendrik y Bettina hablaban en voz baja y se interrumpían cuando él entraba en la cocina. No podían saber el motivo de su sufrimiento: él nunca se lo había dicho a nadie, aparte de Frank, y ni siquiera su amigo conocía el nombre de Cora.

Ella tenía razón: cuando la primavera tomó la ciudad al galope, él comenzó a recuperarse. Se quedaba dormido mientras admiraba la hondura y la nobleza de su pesar, y un día se sorprendió pasando por su calle con indiferencia. Llegó a convencerse de que, puesto que su aventura con Cora le había sobrevenido tan fácilmente, tarde o temprano volvería a suceder lo mismo y su vida se desarrollaría, quizás, en una sucesión de Coras: mujeres seductoras y complacientes, apasionadas pero discretas. Esperó, pero el tiempo, que curó sus heridas, demostró que esa esperanza era errónea.

Las jóvenes interesantes que conocía, como las hermanas de Frank, quedaban fuera de su alcance: eran inasequibles, salvo a través del matrimonio, por el que no sentía inclinación alguna, o del dinero, lo que constituía un autoengaño en el que no estaba dispuesto a caer. Con el tiempo había habido otras mujeres, incluso un par de ellas por las que había sentido verdadero cariño, como Kate la Sueca, pero ninguna de ellas había sido tan buena con él, tan franca y sensual, como Cora Gertler. Y ahora estaba muerta.

* * *

A las diez, la cervecería está abarrotada de gente en diverso grado de embriaguez, se ha hecho de noche y Jakob, con ánimo llorón, se permite el lujo de recordar a Cora de la manera más sentimental posible. Un rato después, le asombra oír pronunciar su nombre. Su asombro no le induce a responder, pero le

sorprende sentir que le zarandean por el hombro enérgicamente.

—Señor De Beyn... Señor De Beyn... ¡Jake! Santo cielo, ¿se encuentra bien? ¿Cómo es que está en este estado?

Al levantar la vista, ve una cara vagamente familiar.

—Soy Lucille. Lucille Becker.

—Lo sé —contesta él con dignidad—. Hola, señorita Becker. —Su voz suena sepulcral, como si estuviera hablando desde el fondo de un pozo.

Ella menea la cabeza, entre molesta y preocupada.

—¿No cree que ya es hora de que se vaya a casa?

—¿Qué hace?

—¿Aquí? He venido a comprar cerveza. ¿Le sorprende?

Jakob niega con la cabeza y luego se para, mareado.

—¿Va a irse a casa? ¿Está en condiciones de caminar?

Jakob está seguro de que ha dicho que sí, pero un instante después Lucille tira de él para que se levante y le rodea la espalda con un brazo delgado pero sorprendentemente robusto.

—No, no —protesta él desmayadamente. Ha descubierto que levantarse es mala idea.

—Vamos. Necesita un café. Vivimos a la vuelta de la esquina. Y en mi opinión siempre es preferible hablar con otras personas a hablar solo.

* * *

De algún modo consiguen salir al aire fresco de la noche, acompañados por comentarios jocosos a uno y otro lado.

Jakob deja que Lucille le conduzca al otro lado de la esquina, sin dejar de insistir en que puede sostenerse solo, en que está bien, de verdad, su borrachera no es para tanto... Pero cuando ella le suelta, da un traspié y Lucille vuelve a agarrarle del brazo con fuerza.

—Aquí es —dice por fin.

Entran en el portal de un edificio de pisos. Por la escalera baja un olor avinagrado, tan parecido al del edificio de los Gertler que resulta opresivo. Por un instante, Jakob piensa horrorizado que está allí. Luego se da cuenta de que la escalera gira hacia el otro lado.

—No haga caso del olor —le dice Lucille—. No llega al apartamento. —Sacude unas llaves y hace entrar a Jakob de un empujón—. ¿Clara? —grita—. ¡Tenemos visita!

No parece que haya nadie en el piso. Lucille le lleva a una cocina minúscula provista de una mesa también minúscula donde le hace sentarse. Él se deja caer en una silla, aliviado, mientras ella pone a hervir un cazo con agua. Cuando el café está listo, sirve dos tazas y pone una delante de Jakob, que tiene que concentrarse para no caerse hacia delante y apoyar la cabeza en la mesa.

—Bébaselo.

—¿Dónde está Clara?

—No lo sé. Puede que haya ido a casa de sus padres.

—¿Va a volver?

—Bueno, si ha ido a casa de sus padres, yo diría que ya no.

Como si cobrara conciencia de lo que ha dicho y sintiera descender la sombra de lo indecoroso, agarra su taza con ambas manos y se apoya contra el fogón.

—Seguramente ni siquiera debería haber hablado con usted estando como estaba, pero parecía tan triste... ¿Quiere hablar de ello?

—Ah... Es solo que...

Jakob piensa en quitar hierro al asunto, pero la idea de convertirse en objeto de la compasión femenina resulta demasiado tentadora. Y la señorita Becker parece tan franca e inteligente que se descubre contándole..., en fin, casi todo. Es una chica moderna y sensata: no parece escandalizarse cuando le habla de la muerte de su antigua amante y, en efecto, se muestra compasiva. Alentado por su actitud, Jakob se descubre hablando sin ton ni son acerca de Frank, de Lester y de sus sospechas, aunque tiene la impresión de que a ella le cuesta seguir sus razonamientos.

—Debería hablarle de eso a Clara.

—Sí, lo sé.

Se queda mirándola. Ha cruzado los brazos en un gesto de protección, o quizá de defensa. A Jake ya le parecía amable y simpática, pero de aspecto más bien simiesco: una de esas mujeres a las que uno asigna, casi sin proponérselo, a la categoría de eternas solteronas. Ahora, sin embargo, como si un velo hubiera caído de sus ojos —disuelto por la cerveza, quizá—, repara en la piel de color miel de su cuello, allí donde desaparece bajo el vestido, en las espirales de cabello moreno que escapan de su moño, en cómo el corpiño del vestido se amolda a los pechos pequeños y puntiagudos. El deseo le constriñe la garganta. Lleno de espanto y de vergüenza, se concentra en el café: nunca antes le había parecido atractiva. Claro que antes no se había fijado en ciertos rasgos de su persona.

—¿Más café? ¿Le está sirviendo? —Sin esperar respuesta, Lucille vuelve a

llenarle la taza. El café es fuerte y amargo y, en efecto, está surtiendo el efecto de aliviar su amodorramiento, aunque no le esté quitando la borrachera—. Si se siente mejor, pronto podrá irse a casa. Mañana tengo que trabajar.

—Es usted muy amable —balbucea él—. Por escucharme así, quiero decir.

—Bueno... Lamento su... Que haya tenido que enterarse así. Habrá sido muy duro.

Sigue sosteniendo la taza con las dos manos: unas manos bonitas, finas y delicadas.

De haber estado menos borracho o más borracho de lo que está en ese momento, Jakob no lo habría hecho. Alarga el brazo y toca una de las manos de Lucille. Ella se queda paralizada, pero no la aparta. Jakob mira su cara, vuelta hacia un lado como si no se atreviera a mirarle. Tiene los labios entreabiertos. La garganta se mueve cuando traga saliva. Envalentonado, con la otra mano le quita la taza y la pone sobre la mesa. Desea más que nada en el mundo abrazarse a un cuerpo cálido y femenino y sentir que unos brazos le abrazan. Al levantarse tambaleándose la atrae hacia sí, y nota entonces que ella apoya la cabeza sobre su hombro y le rodea con los brazos mientras él acaricia su espalda esbelta. Es tan delgada y menuda que su coronilla apenas le llega al mentón.

—Lucille... —empieza a decir, tratando de pensar en algo apropiado que decir, y ella levanta la cabeza y su boca roza suavemente, con delicadeza, la de él.

Galvanizado, Jakob abre la boca, separa sus labios con la lengua y, lleno de ardor, aprieta su cuerpo contra el suyo y, arrastrado por una ardiente oleada de deseo, manda la prudencia, la templanza y la cautela por la borda. Es demasiado. Casi al instante, nota que ella se retira y que empuja frenéticamente contra su pecho.

—¡Para! —sisea Lucille.

—Por favor... Eres tan...

En el instante en que él cobra conciencia de los ruidos del pasillo, Lucille le da otro empujón en el pecho y Jake, borracho todavía, pierde el equilibrio y vuelve a desplomarse en la silla. Su codo choca contra la pared con un ruido sordo. Se inclina sobre la mesa con el corazón desbocado. Lucille coge su taza, se limpia la boca, adopta la postura de quien se recuesta tranquilamente contra un fogón y consigue aparentar serenidad cuando Clara entra en la cocina.

—Todavía estás levantada... ¡Dios mío! ¡Jake!

Clara se quita los guantes, mirándole con una mezcla de perplejidad y desconfianza, Jakob está seguro de ello. Él parpadea y se da cuenta con

desesperación de lo borracho que está. Habla con mucho cuidado para disimular su estado.

—Hola, Clara. Debo disculparme con ambas. La señorita Becker me encontró en un estado bastante lamentable y ha tenido la bondad de traerme aquí para... En fin, para que me recupere un poco. —Le sonrío—. Me temo que la he aburrido mortalmente con mis penas.

Clara los mira a ambos. Jakob está paralizado por el horror. Le duele el codo, aunque no se explica por qué, y también parece haberse mordido la lengua.

—Lo lamento, señorita Becker. Me avergüenzo de mí mismo. Ya estoy mejor.

—Pues no lo parece. —La mirada de Clara pasa sucesivamente de uno a otro como la aguja de un metrónomo—. ¿Verdad que no, Lucy? No puede irse a casa en este estado. Se caerá al río, o acabará degollado en un callejón. Tenemos una cama plegable. Puede dormir en mi cuarto. Yo dormiré con Lucy. No, no pasa nada. No será la primera vez.

—Pero los vecinos... —dice Jakob débilmente, porque nada le apetece más que echarse, aunque sea en el suelo. El rincón de la cocina le valdría, o el pasillo de fuera...

—Bueno, creo que en ese sentido el daño ya está hecho —replica Clara.

* * *

Tumbado en la cama de Clara, a oscuras, con la cabeza dándole vueltas, renuncia a dormir. Los pensamientos se agolpan desordenadamente en su cabeza, tristes y desagradables en su mayoría, pero su cuerpo conserva aún en todo su vigor la impresión de estrechar a Lucille en sus brazos, y se aferra a esa impresión como un modo de mantener a raya todo lo demás. Qué delicada era, qué magra de carnes; para nada su tipo. Parecía un pajarito frágil y de huesos afilados, pero rebotante de calor. Y le ha besado. Al principio, ha parecido recibir con agrado su atrevimiento. Desnortado y confuso, cierra la mano en torno a su pene cálido y tumefacto, más con intención de reconfortarse que por otra cosa, pero entonces imagina a Lucille desvistiéndose en la otra habitación, justo al otro lado del tabique, a Lucille recibéndole en sus brazos, desvelando para él sus lugares más íntimos y secretos... Solo cuando empieza a jadear y se le acelera el corazón cobra conciencia de lo que está haciendo, y de que lo está haciendo en la cama de Clara. Asqueado, pero incapaz de dar marcha atrás, acaba con un gemido estrangulado, un clímax casi frustrado y una oleada de asco dirigido contra sí mismo, manteniendo la sábana apartada de su cuerpo para no

mancillarla. Jadeando, busca a tientas su chaqueta. Su pañuelo ha desaparecido misteriosamente, lo que no le sorprende. Encuentra su camisa en la oscuridad y se limpia con los faldones mientras se pregunta si la pérdida de respeto por sí mismo que le aflige será temporal o definitiva.

* * *

Una luz débil y deprimente le despierta. Sin saber si Clara y Lucille están aún en casa, se viste rápidamente y en silencio, sintiéndose enfermo y avergonzado. Retira las sábanas para inspeccionarlas: no parece que haya rastro de su fechoría. Le cuesta creer que anoche hiciera eso. Puede que solo lo haya soñado. Pero el faldón de la camisa le delata. Se siente muy desdichado.

Pega la oreja a la puerta preguntándose si podrá escabullirse sin que le vean, pero le parece una bajeza y una cobardía, hasta para él. Luego, unos pasos apresurados y una llamada a la puerta le hacen retirarse de un salto al centro de la habitación.

—¿Jake?

Es la voz de Clara.

—¡Sí! Estoy levantado.

Se alisa el pelo, presa del pánico por un segundo, y ella abre la puerta. Clara está en el pasillo, elegante y fresca, tan arreglada como de costumbre.

—He hecho café.

—Gracias. Quiero decir que... no quiero causaros más molestias. Siento muchísimo lo de anoche.

Clara le mira fijamente. Luego asiente con un gesto.

—Lucille me ha contado lo que le dijiste anoche. Gritaste un nombre en sueños. Flora. ¿Se llamaba así tu amiga?

—Eh... Cora.

—Puede que fuera eso.

* * *

En la cocina, encienden sendos cigarrillos y Clara sirve café. Lucille se ha ido a trabajar. Clara tiene el día libre. Tiene que ir a casa de sus padres. Jakob ignora qué sabe sobre lo de anoche.

—Por favor, transmítele mis disculpas a la señorita Becker. Me temo que me comporté como un idiota.

—Sí, en efecto. Pero no pongas esa cara de pena. No estoy enfadada. Me preocupan mis padres y Anna... ¿Te puedes creer que Marion la ha arrastrado a ese horror del espiritismo? Se ha vuelto casi una fanática. Es... enfermizo. Antes siempre podía hablar con Frank de estas cosas. Dios mío, cuánto le echo de menos.

—Yo también.

—Sí, lo sé. Siento mucho lo que te ha pasado. Lucille me lo contó. ¿Era tu amante?

Lo dice al desgaire, como si le estuviera preguntando si Cora era rubia. Jakob se queda boquiabierto de asombro.

—Pues..., eh..., sí. Quiero decir que... fue hace mucho tiempo. En la universidad. Pero ha sido un mazazo.

—Frank solía contarnos que eras un libertino, que tenías una amante en la ciudad. No sabíamos si hablaba en serio. Yo pensaba que quizás nos estaba advirtiendo contra ti. Se moría de envidia, claro. —Sonríe, pero su voz suena trémula.

La presencia de Frank se vuelve de pronto una cosa palpable, como si estuviera allí mismo, en el pasillo. Pero hay también otro dato de interés: a Jakob nunca se le ha ocurrido que Clara necesitara que la advirtieran en su contra.

Mira el reloj aparentando sorpresa.

—Santo cielo, será mejor que me vaya. Ya te he entretenido bastante.

—Sí. Tengo que irme si quiero llegar para comer.

—¿Quieres que espere o...? Saldré discretamente.

—Es igual. En este edificio pasan toda clase de cosas. Por eso podemos permitirnoslo.

Capítulo 23

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

Mayo de 1893

Durante la semana siguiente, Jakob recibe tres cartas. La menos inquietante es de Anna Urbino. En ella, describe con fervor una visita a casa de la señora Jupp y la prodigiosa experiencia de hallarse *en la reconfortante presencia del espíritu de nuestro querido Frank*.

A Jakob le extraña que Anna se moleste en escribirle, hasta que llega a la última página, donde la joven le sorprende invitándole a acompañarla a casa de la señora Jupp. Por lo visto, el espíritu de Frank, hablando por boca de la anfitriona, anunció que tiene un mensaje para él. Anna comprendió de inmediato que era para él porque la señora Jupp, que *no sabe nada de la vida de Frank*, salvo lo que haya recopilado en los periódicos, supone Jakob, le describió con todo detalle, canas incluidas, y dijo que había sido su amigo en el gélido Norte. Se trata de un mensaje solo para él y que únicamente desvelará en su presencia, de modo que Anna confía fervientemente en que deje a un lado su escepticismo y vaya a escucharlo.

* * *

La segunda carta está escrita con una letra que no reconoce, pero lleva matasellos de Nueva York. Al abrirla, Jakob encuentra una sola hoja:

Estimado señor De Beyn:

Apenas me atrevo a escribirle después de lo que sucedió entre nosotros la otra noche, y sin embargo sé que no me quedaré tranquila hasta que lo haga. Desde entonces he estado pensando en todo lo que dijo e hizo, y quiero decirle que, a pesar de que nuestros actos fueron, desde luego, sumamente impropios, no le guardo ningún rencor. Por el contrario, le tengo desde hace tiempo en la mayor estima y, me atrevo a reconocerlo, me hizo feliz verme convertida en la destinataria de su impetuosa declaración. A veces pienso que, bajo la influencia liberadora del alcohol, somos más nosotros mismos y, si ello le permitió expresar sentimientos que antes ocultaba en nombre del decoro, quiero que sepa que, por mi parte, esos sentimientos son bien recibidos. Por favor, no lamente lo que hizo. Yo no lo lamento.

*Sinceramente suya,
Lucille (Becker)*

Durante unos minutos, tras leer esto, Jakob se derrumba en su silla maldiciendo. Su esperanza de que el bochornoso episodio quedara convenientemente olvidado se ha venido abajo. Qué necio ha sido. Detesta la idea de hacer daño a Lucille. Le cae bien, siempre le ha gustado hablar con ella, pero... ¿acaso le gusta más de lo que creía? Cuando piensa en ella ahora, incluso obligándose a considerarla desde un punto de vista sensual, no siente ni rastro del deseo que le asaltó en su cocina.

* * *

La tercera carta, que llega el mismo día, también está escrita con letra desconocida, pero Jakob adivina de inmediato, por el matasellos de Nueva Escocia, de qué se trata y rasga el sobre con una mezcla de excitación y nerviosismo.

Siorapaluk, abril

Estimado señor De Beyn:

Le escribo, en parte, para informarle de la evolución de Ayakou tras el accidente con el meteorito, como me pidió usted que hiciera el pasado otoño. Como sabe, el señor Seddon le entablilló la pierna rota y, pasadas unas semanas, empezamos a abrigar la esperanza de que recuperara su uso. Ha vuelto a caminar, pero el doctor Seddon opina que quedará cojo de por vida y tendrá dolores crónicos. Le adjunto un resumen del pronóstico del doctor Seddon para que se lo remita al señor Armitage, con la esperanza de que tenga a bien ofrecerle alguna compensación, puesto que resultó herido estando a su servicio. Para el señor Armitage y sus patrocinadores sería una minucia que, sin embargo, podría aliviar enormemente las penalidades que padece Ayakou. Lamento decirle que su esposa le ha dejado por otro, dado que ya no puede cazar. Las condiciones de vida aquí son tales que no puedo reprochárselo, y el último invierno fue especialmente duro.

He de darle, además, otra noticia quizá más importante. En marzo, Meqro dio a luz a una niña. Como usted sabe, Meqro fue la fiel compañera del doctor Urbino mientras estuvo en el Norte y, puesto que la pequeña fue concebida el pasado julio, no cabe duda de que es hija suya: tiene la piel clara y rasgos caucásicos. Se llama Aamma. La situación de las madres viudas puede ser arriesgada, pero sus padres la han acogido y Meqro está decidida a criar a la niña. ¿Es necesario que le diga el riesgo que podría correr la pequeña? Si muere un cazador y su esposa tiene un hijo tan pequeño que aún puede llevarlo en la capucha, se espera de ella que lo asfixie. No será así en el caso de la hija del señor Urbino. Está, por un lado, nuestra presencia, y confío en que, cuando nos hayamos ido, el recuerdo del interés de los kallunat la mantenga a salvo. Les he dicho a todos que los norteamericanos van a volver y que esperan ver a la niña. Me pregunto si el señor Armitage no podría considerarla también digna de alguna compensación.

Discúlpeme: esto empieza a parecer un pliego de súplicas. Quizá debería dirigir esta carta al señor Armitage, pero sé que usted y el doctor Urbino eran grandes amigos y prefiero dejar en sus manos la decisión de si conviene o no informar a su familia de la existencia de Aamma. Le pido disculpas si es una decisión difícil. Estas cosas no siempre son sencillas.

No quisiera robarle más tiempo explicándole con detalle todo lo que hemos hecho desde el año pasado, pero nuestra labor ha ido progresando. He hecho algunas observaciones interesantes de la aurora en relación al campo magnético de la Tierra, y desearía fervientemente tener una cámara fotográfica con la que dejar constancia visual de mis observaciones. ¿Será posible alguna vez? ¡Puede que la próxima! (Me temo que esta es nuestra muletilla constante).

Confío en que se encuentre usted bien y en que el dedo no le esté dando molestias. Pienso en usted cada vez que veo una formación de hielo, luces y sombras especialmente bonita. Sus fotografías, las que vi en Neqi, me parecieron excelentes.

*Atentamente,
Flora Athlone*

Después de leer la carta varias veces, Jakob se queda sentado con ella en la mano, mirando las formas abstractas que dibuja la letra de Flora. Y descubre que, de todas las dificultades y consecuencias que se derivan de su contenido y del de las otras cartas, lo que más le ha impresionado es la última frase. Que Flora piensa en él.

Capítulo 24

Filadelfia, 39° 57' N, 75° 9' O

Mayo de 1893

—¿No te has enterado? —pregunta Erdinger.

—¿De qué?

Jakob llegó a Filadelfia ayer por la noche con un sentimiento de alivio culpable, tras dejar Nueva York con la carta de Lucille aún por contestar.

—De lo del meteorito. Creía que habías venido por eso.

—No. ¿Qué pasa con él? ¿Lo ha donado por fin? Hace un par de días que no leo los periódicos.

—¿Donarlo? Santo cielo, no. Se lo ha *vendido*.

—¿A... al Museo de Historia Natural?

—¡No! A la Academia de Ciencias Naturales de aquí. Ha sido todo un golpe de mano para Filadelfia. Imagino que fueron los que más ofrecieron por él.

—¡Pero Armitage iba a donarlo en nombre de Frank! Dijo que...

Erdinger se encoge de hombros. Están sentados en un parquecillo, cerca de la facultad de Erdinger. Hace calor en Filadelfia, más que en Nueva York, y Jakob suda dentro de su chaqueta. Erdinger también. Ha engordado desde que volvieron.

—Supongo que, si estás intentando recaudar fondos para una nueva expedición, cada dólar cuenta. Los periódicos solo dicen que se ha vendido por *una suma desconocida*.

—Iba a llamarlo el «meteorito Urbino». ¿Lo ha hecho?

—De eso no sé nada. El periódico que leí decía que tenía un nombre esquimal, *Uttukalualuk*.

—Eso significa «el Anciano». ¿Qué voy a decirle a su familia?

—No es culpa tuya. Yo estoy contigo. Creo que, si dices que vas a hacer una cosa, tienes que hacerla.

Jakob suspira.

—La verdad es que he venido para hablar contigo del libro. Del de Armitage. ¿Lo has leído?

Erdinger titubea.

—A trozos.

—¿Has leído el capítulo acerca del descubrimiento de la Tierra de Dupree?

—Sí, eso sí.

—¿Y? ¿Qué te pareció? Menuda sorpresita, ¿no?

—Supongo que sí. Yo no estaba allí. Puede que viera algo y no nos lo dijera.

—Venga, Erdinger. ¿La gente se comporta así? Frank me dijo que no vieron nada. Que no se levantó la niebla. Él sí estaba allí, y no estaba dormido. Armitage ni siquiera sabía dónde estaban. Calculó dos veces la longitud en todo el viaje.

Erdinger mira hacia el otro lado del parque.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá Urbino se equivocara? ¿O que quizá le diera vergüenza reconocer que se quedó dormido?

—¿Estaba hablando *conmigo*, Erdinger! Si se hubiera quedado dormido, me lo habría dicho, pero no fue eso lo que pasó. Ya viste cómo estaba Armitage después. Deprimido, casi desesperado. ¿Es lo lógico, si has descubierto un continente nuevo?

—No lo sé. No pretendo entenderle, pero estoy seguro de que, si pretende recaudar dinero para otro viaje, necesita mostrar algún resultado del anterior.

—¿Pero para conseguirlo está utilizando la muerte de Frank! Se está aprovechando de... —Jakob se muerde la lengua para no terminar la frase.

Erdinger se quita una pelusilla de la pernera del pantalón.

—No sé. ¿Qué más da? A Urbino ya no le importa, esté donde esté. Armitage quiere ir otra vez al Ártico. Imagínate que llegas a la costa y que hay una niebla tan espesa que no se ve nada... ¿Quién dice que no hay una nueva tierra allí?

—Venga ya. ¿Así es como haces tus cálculos físicos?

—Bueno, de este modo Frank comparte el mérito de haber descubierto una tierra desconocida. ¿Eso no ha alegrado un poco a su familia?

—¿Y cuando se descubra la verdad y Frank quede como un tonto... o como un mentiroso?

Erdinger se encoge de hombros.

—Me figuro que Armitage sabe lo que vio mejor que nadie.

—Voy a volver —afirma Jakob al cabo de un rato—. El año que viene.

Erdinger asiente con una inclinación de cabeza.

—Ya me lo imaginaba. Yo ya he hecho mi contribución a la geografía. Me quedan dos años para hacer historia. Aunque... ¿Te he dicho que voy a casarme?

—¡No! —exclama Jakob asombrado—. Enhorabuena.

Erdinger hace una mueca.

—Ya lo sé: seguramente es un error. Tengo que concentrarme en mi trabajo mientras pueda, y las mujeres pueden ser una distracción. Pero ella tiene dinero, así que parece una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Y a eso se reduce todo, ¿no? Por eso Armitage está armando tanto alboroto con esa presunta isla que nunca va a servirle de nada a nadie.

—Entonces, ¿tú también crees que está mintiendo?

Erdinger se encoge de hombros y sonrío: una imagen desconcertante, sobre todo porque tiene un trocito de lechuga alojado entre los incisivos superiores.

—No lo sé. Ni tú tampoco.

—Voy a averiguarlo.

* * *

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

De vuelta en Nueva York, escribe por fin a Lucille. Redacta la carta varias veces, pero ni así consigue quedar bien. En fin, puede que Lucille le hable mal de él a Clara o, con un poco de suerte, que se calle su humillación.

También escribe a Clara diciéndole que tiene algo importante que decirle relativo a Frank. ¿Podrían verse? Le propone un lugar y una hora de encuentro y llega al café antes de tiempo, presa de un nerviosismo fruto de la mala conciencia.

En cuanto ve su cara, se da cuenta de que Lucille se lo ha contado todo. Clara se sienta delante de él sin decir nada y se tira de los guantes con ferocidad.

—No tengo ni pizca de ganas de hablar contigo.

—Lo siento muchísimo, Clara...

—No es conmigo con quien tienes que disculparte.

—Intenté decirle a la señorita Becker cuánto lo sentía. Sé que es imperdonable. Lamento de verdad haberle causado un disgusto o un mal trago.

—¡Te aprovechaste de su bondad de la manera más repugnante y luego la humillaste!

—Sí, y... yo...

—Puede que no lo sepas o que no puedas ni imaginártelo, pero Lucille ha sido objeto de muy pocas atenciones a lo largo de su vida, y cualquier gesto en ese sentido la desborda, como es lógico. Además, siempre te ha admirado, sabe Dios por qué. Así que, que le digan que hacerle el amor fue un... un error espantoso

fruto de la borrachera... ¿Te das cuenta de lo cruel que es eso?

Jakob se encoge en su silla.

—Lo único que puedo decir es que fue de verdad un error. No pretendía ser cruel. Estaba en un estado lamentable. Era de noche y...

—¡No te atrevas a insinuar que fue culpa suya! ¡Me dijo que estabas *llorando* cuando te encontró! ¿Qué querías que hiciera?

—Por supuesto que no fue culpa suya. La culpa es solo mía. Me avergüenzo de mí mismo. Pero ¿qué puedo hacer, aparte de disculparme? ¿Proponerle matrimonio? En realidad no pasó nada. Sé que no...

Clara le mira con desprecio.

—Has hecho terriblemente desgraciada a una amiga muy querida para mí.

—Nada de lo que digas puede hacer que me sienta peor de lo que me siento ya.

Pero eso no es cierto. No se enorgullece de sí mismo, pero había logrado clasificar su conducta como un error comprensible teniendo en cuenta las circunstancias. Clara acaba de echar por tierra su justificación. Jakob trata de sofocar su irritación. Sin duda, tras su disculpa, debería ceder.

—Nos parecías tan inofensivo, era tan fácil hablar contigo... Pero no eres inofensivo. Eres un bruto. Un bruto camuflado, lo que es aún peor.

—Está bien. Ha quedado claro más allá de toda duda que soy un bruto. Pero, dejando a un lado mis defectos, ¿puedo contarte por qué te he hecho venir?

—Adelante.

—He recibido una carta. Quizá sea mejor que la leas tú misma.

Se saca del bolsillo el sobre de la señora Athlone. Clara parece alarmada.

—¿De quién es?

—De la jefa de la expedición británica en Groenlandia. Llegaron poco antes de que nos fuéramos. Siguen allí.

Ella parece intuir la importancia de la misiva. Le tiemblan las manos cuando coge las páginas y empieza a leerlas. Jakob saca su tabaco y le ofrece un cigarrillo.

Clara lee la carta hasta al final, sin inmutarse. Luego, igual que hizo él, la relee. Después la dobla con cuidado, vuelve a guardarla en el sobre y se la devuelve. Jakob espera a que diga algo. Ella se fuma el cigarrillo y lo apaga. Tiene los ojos dilatados y empañados por las lágrimas.

—Ojalá no me la hubieras enseñado.

—No podía ocultártela. Soy consciente de que no puedes decírselo a Marion, pero quizá tus padres podrían...

—¡Mis padres quedarían horrorizados! —Baja la mirada y dice con una voz resonante de emoción—: ¡Dios, odio a los hombres! ¿Qué os pasa?

—Ódiame a mí, pero no odies a Frank. Era el hombre de corazón más puro que he conocido. Tenía miedo de no regresar. Cuando ves la muerte tan de cerca..., las cosas se vuelven muy sencillas..., muy claras.

—¡Iba a casarse con Marion! ¡Quería a esa cabeza de chorlito!

—Sí, la quería. —Jakob no consigue reprimir una sonrisa—. Suplicó su perdón con su último aliento.

Jakob nunca ha visto llorar a Clara, ni siquiera cuando la noticia de la muerte de su hermano era aún reciente. Parece siempre tan dueña de sí misma que resulta horrible verla derrumbarse. Solloza ruidosamente, provocando las miradas de censura y los cuchicheos de los otros clientes. Jakob supone que, para quienes los rodean, parecen actores de un drama sórdido, visto mil veces. Le tiende su pañuelo; por suerte, ha cogido uno limpio esa misma mañana.

—¡No sé qué hacer! —gime en voz tan alta que la gente la mira.

Bueno, pues que la miren. Jakob espera a que remita la tormenta y ella se enjuga cuidadosamente la cara hasta hacer desaparecer los rastros más visibles del llanto.

—Debo de estar hecha un asco.

Él niega con la cabeza.

—Yo ignoraba todo esto. Y Frank tampoco lo sabía. Necesitas tiempo para pensarlo. Si quieres que se lo diga a alguien, lo haré. De lo contrario, no diré una palabra.

Ella sorbe por la nariz.

—¿Puedes darme otro cigarrillo, por favor?

Da una calada y se calma ostensiblemente.

—Por favor, no juzgues a Frank con dureza. No era el único.

Clara deja escapar un profundo suspiro y habla sin mirarle:

—¿Lo hacíais todos? ¿Todos teníais... *compañeras*?

Es la pregunta que ha estado temiendo, pero supone que no puede caer más bajo en su estimación de lo que ya ha caído.

—Todos, menos Shull.

Ella suelta una risa desganada.

—¿Y él por qué no?

—No lo sé.

—Entonces, es posible resistirse.

—No puedo hablar por los demás. Solo intento disculpar a Frank porque...

—Pero seguramente no incluirás también al señor Armitage... Está casado. ¡Su esposa fue al colegio con Angie!

Jakob mira a su alrededor y baja la voz.

—Si quieres que te diga la verdad, algunas de esas mujeres también estaban casadas. La..., eh..., la compañera de Armitage lo estaba, y su marido lo sabía. Ellos no se toman estas cosas como nosotros.

—Entonces, ¿esos rumores sobre el intercambio de mujeres son ciertos?

—Puede que, cuando uno sabe que la muerte ronda cerca, esas cosas pierdan importancia.

—¿Cómo era esa chica?

—Mejor no estaba casada. Era una chica simpática, muy callada y leal. Y le tenía verdadero cariño a Frank. Él no... Se resistió durante meses. Solo cuando supo que iba a hacer la travesía al norte y se dio cuenta de lo que eso significaba... Se asustó. Se le metió en la cabeza que no regresaría. Y, cuando tienes miedo, buscas consuelo donde puedes.

—¿Y el consuelo tiene que ser... *ese*? —pregunta ella escupiendo las palabras.

—Intento explicarte cómo eran las cosas, aunque puede que no lo esté haciendo muy bien. Estar en un lugar tan remoto, tan inhóspito. Vivir meses y meses en la oscuridad. Sentir ese frío. Salir en medio de una ventisca y perderse a los pocos pasos. No saber si la caza será buena, pero saber, en cambio, que si no se da bien te morirás de hambre...

Clara dobla su posavasos de cartón por la mitad una vez y luego otra. Después lo desdobla y vuelve a empezar.

—Dijiste que no sería peligroso.

—No sabía de qué estaba hablando.

—¿Puedo verla otra vez?

Jakob le entrega la carta.

—¿Puedo quedármela, de momento?

—Claro —contesta tras un momento de vacilación.

—El nombre de pila de la señora Athlone es Flora —añade ella.

—Sí.

Clara guarda la carta.

—Te la devolveré. Estoy segura de que ella pensará en ti tengas la carta o no. —Luego, al ver la expresión de su cara, dice con una ternura que Jakob no ha hecho nada por merecerse—: Lo siento. Eso ha estado de más.

* * *

Jakob regresa a pie a casa, contento de poder pasar un par de horas en movimiento, dejando que el clamor de la ciudad le envuelva como una ola y ahogue sus pensamientos. Se detiene en medio del puente de Brooklyn a mirar los barcos que se dirigen al mar. Allá abajo, a lo lejos, la superficie del agua, gris verdosa y erizada, parece surcada por estelas que apuntan como flechas a un mismo lugar: al norte.

Capítulo 25

Siorapaluk, 77° 47' N, 70° 38' O

Verano de 1893

A finales de junio, la expedición británica lleva casi un año en el Norte. Faltan dos meses para que el capitán Traill y el *Resolve* regresen para llevarlos de vuelta a casa, y Flora está convencida de que ha fracasado. No han conseguido llevar a efecto el programa de exploración que tenían previsto. Debido a los logros de los norteamericanos a la hora de cartografiar nuevas tierras, necesitan más tiempo para alcanzar zonas aún en blanco en el mapa, pero durante la temporada de primavera las condiciones climatológicas han sido infernales: las peores que recuerda Flora en esa época. Soplan borrascas constantes. El estrecho de Smith es una masa de demoledores témpanos flotantes. No hay ni agua despejada ni placas de hielo sólidas durante más de dos días seguidos, lo que hace casi imposible viajar a Ellesmere. No se ha visto ni un solo barco ballenero. Siorapaluk, conocido por ser un oasis en verano, con su playa de arena y sus prados de hierba, nunca se ve del todo libre de nieve. Aunque ni el tiempo ni los avances de los norteamericanos son culpa suya, teme que no sean excusa suficiente para justificar su fracaso.

Si la estación ha sido mala para ellos, peor es para los esquimales. La presencia de los británicos y sus provisiones aseguran que nadie se muera de hambre, pero hay poca caza y tres jóvenes se ahogaron mientras cazaban morsas. Llegan malas noticias sin cesar. Los huesos de la pierna de Ayakou no sueldan bien y Seddon asegura que va a quedarse cojo para siempre. Su esposa se lleva a los niños a vivir con un hombre viudo. En febrero se enteran de que una pareja de ancianos ha muerto congelada.

* * *

Hacen lo que pueden: Flora ha recabado datos sobre la aurora, a pesar de que este año los equinoccios no han dejado ver su maravilloso espectáculo. Las mediciones magnéticas muestran niveles de actividad singularmente bajos, pero

Flora ignora cuál es la causa. Ha llevado un registro minucioso de los datos meteorológicos durante todo el año, manteniendo estaciones de medición tanto en la costa como en el casquete de hielo, pero aun así resulta frustrante. Acumula los datos, pero no puede explicarlos. ¿Las auroras anómalas y el mal tiempo están interrelacionados? ¿Podrían haberse previsto? Incluso sabiendo lo importante que es la observación, resulta descorazonador darse cuenta de lo insignificantes que son sus resultados.

Ralph Dixon y Edwin Daneforth pasan el verano haciendo observaciones magnéticas y geológicas en torno a la bahía de Melville y cartografiando parte de la costa. Maurice Seddon recoge un elegante cuadro de datos acerca de la fisiología de los esquimales. Flora pasa el resto de su tiempo escribiendo un diccionario de lengua esquimal y ha empezado una compilación de sus mitos.

Confía en ampliarla hasta hacer toda una cosmogonía mítica, un tratado sobre la religión esquimal, pero sabe que de momento es fragmentaria e incompleta. A veces tiene la sensación de que los esquimales no quieren que conozca sus leyendas a pesar de que les asegura que, si el hombre blanco sabe que tienen una religión, se los tomará más en serio. Los ancianos la miran desconcertados. Muchos le dicen: «¿Por qué quieres saber esas cosas? Son historias tontas, solo para los inuit, no para los *kallunat*». También le preguntan continuamente dónde está Mackie y qué ha sido de los *upernallit*.

Los balleneros eran muy predecibles: llegaban en primavera, cazaban y comerciaban, se llevaban carne y marfil, dejaban herramientas y cosas bonitas y se marchaban. A veces engendraban un hijo o una hija: Ivalu es una de ellas. Su padre biológico era un marinero escocés cuyo nombre nadie recuerda. Y corren rumores —rumores que Flora prefiere ignorar, pues no tiene forma ni intención de averiguar si son ciertos— de que en alguna parte hay un chico cuyo padre es el capitán Mackie.

* * *

Flora anima a Ayakou a contarle historias. Él se sienta en los alrededores de la casa y a veces arregla cosas, pero sobre todo se lamenta. Meqro trae a su bebé y hace compañía a Flora. A pesar de la situación en que se halla, conserva su alegría. Quizá, de todos modos, no esperaba volver a ver a Frank Urbino. Flora abriga la esperanza de que Ayakou y Meqro se consuelen mutuamente, pero, cuando le habla de ello en tono jovial, Meqro rompe a reír.

—¡No, Felora! A Ayakou no le gusto yo. ¡Le gustas tú!

Flora sacude la cabeza, sonriendo. Confía en que, como siempre, le estén tomando el pelo.

—Sí, Felora. Me ha preguntado si yo creo que quieres tener otro marido.

—Pero ya tengo un marido, Meqro. No quiero otro.

Meqro mira a su hija dormida mientras cose las piezas de una camisa.

—Pero tu marido no te ha dado hijos. Ayakou puede darte hijos. Puede que tenga mal la pierna, ¡pero tiene un buen *usuk!*

Se parte de risa. Flora se pone colorada, pero trata de disimularlo con una sonrisa.

—Pues... dile, por favor, a Ayakou, que no estoy buscando otro marido, gracias. Quiero a Freddie.

Meqro sonrío, traviesa, y sigue cosiendo un minuto. Luego dice:

—¿No echas de menos el *kujappok*?

—Eh...

Kujappok es el término que utilizan habitualmente para referirse al sexo, del que hablan mucho, y sin pudor alguno, tanto hombres como mujeres.

—La verdad es que aquí no pienso mucho en eso. Es que, ¿sabes, Meqro?, en Inglaterra la gente no habla de *kujappok*.

—¿No? Pero aun así...

Flora niega con la cabeza y sonrío como diciendo «Para, por favor».

* * *

Pero sí que piensa en ello. Piensa en ello especialmente después de un incidente ocurrido en diciembre. Ralph había acompañado a Maurice a visitar a una mujer enferma que vivía a cierta distancia, por la costa, y ella estaba sola en la cabaña con Edwin Daneforth. Pasaron una mañana agradable, revisando sus provisiones y hablando de los preparativos para el inminente cumpleaños de Ralph.

—Podemos usar las pasas. Puedo hacer un pudín de manteca. Es su favorito —dijo Edwin.

—Yo haré el pudín, Edwin. Después de lo de la última vez...

La vez anterior, el pudín de Edwin estalló. Las pesquisas posteriores revelaron que utilizó bicarbonato de sodio en lugar de harina.

—¿Te refieres a cuando inventé la bomba-manteca Daneforth, aún por patentar? ¡Jaja! Quedaría muy festivo, en eso estarás de acuerdo.

Flora sacudió la cabeza.

—Aun así... —Se rio al recordarlo—. Me parece más prudente hacerlo yo.

Se sonrieron el uno al otro. Durante el silencio que siguió, el fuego de la estufa chisporroteó súbitamente haciéndola dar un brinco y Edwin la agarró de las manos.

—Flora, no puedo seguir callándome. Llevo mucho tiempo queriendo hablar contigo a solas.

Su mirada impresionó a Flora. Le resultaba familiar, aunque no sentía esa ilusión extraña y visceral desde sus tiempos de estudiante, con Mark Levinson. Freddie nunca la miraba así: fue lo primero que pensó. Y se quedó paralizada.

—Tienes que haberte dado cuenta. Sé que nosotros...

Flora volvió en sí, retiró la mano y, acercándose a la puerta casi sin darse cuenta de lo que hacía, llamó a Ivalu. No miró a su alrededor, aguardó a que él la detuviera agarrándola por detrás, pero Edwin no la siguió. Salió a la gélida oscuridad del día, donde la aurora crepitaba audiblemente, lanzando serpentinas blancas sobre el mar. Los perros estaban ladrando: armaban un estrépito infernal, peor que de costumbre por estar inactivos. Flora se dio cuenta de que no llevaba los guantes puestos. El corazón le latía con violencia. Tenía miedo y no sabía de qué. Esperó a que Edwin fuera a buscarla, pero no sucedió nada. Al final, salió Simiak de su *illu* para gritar a los perros y Flora se acercó a ella con un sentimiento que le pareció de alivio.

* * *

Esa noche, Edwin volvió a ser el de siempre y estuvo charlando con los demás cuando volvieron. No miró a Flora, pero tampoco la ignoró del todo. Aun así, ella estaba turbada. Sintiendo que, como jefa de la expedición, era su deber aclarar las cosas, aprovechó la primera oportunidad que tuvo para hablar con él a solas.

—Quiero que sepas que el otro día... No le doy ninguna importancia. No se lo he comentado a nadie, claro, ni tengo intención de hacerlo.

Edwin se volvió hacia ella con una sonrisa amable.

—Lo lamento, señora Athlone, no sé a qué se refiere.

Para su fastidio, Flora se sonrojó.

—Me refiero a anteayer, cuando... cuando me cogiste de la mano. Estoy segura de que fue algo pasajero y de que no significó nada. No tiene importancia. Ya está olvidado.

Edwin levantó las cejas, esbozó una sonrisa de desconcierto.

—Me temo que no sé qué quiere decir.

La miró inquisitivamente. Flora sintió un escalofrío, un temblor que no se explicaba por la brisa de diez grados bajo cero que venía del mar.

—Ah. Sí. Entonces no hay nada más que decir.

—Claro, señora Athlone.

Edwin se rio amablemente y sin embargo su risa daba a entender que Flora había dicho algo sumamente raro y extraordinario.

Llena de incredulidad, se fue sola a la estación meteorológica.

* * *

En la oscuridad del invierno, la gente hace cosas raras. Los esquimales lo llaman *perlerorneq*, la locura invernal que se manifiesta en estallidos de violencia psicótica que pueden durar horas. Años antes, Flora vio a Simiak, la madre de Aniguin, arrancarse la ropa y salir corriendo a la nieve, donde se puso a gritar obscenidades y a comer excrementos de perro. Quedó aterrorizada: Simiak era casi una madre para ella. Unos cuantos hombres consiguieron sujetarla para que no atacara a otra mujer, después de lo cual cayó en un sueño profundo que duró un día y una noche. Cuando despertó, no recordaba lo sucedido y parecía la alegre Simiak de siempre.

Flora intentaba comportarse como si no hubiera pasado nada entre Edwin y ella, pero no conseguía quitárselo de la cabeza. La forma en que la había agarrado de la mano, la expresión de sus ojos, había despertado algo dentro de ella. Edwin era un hombre agradable, incluso guapo, pero... Era impensable, desde luego, sobre todo teniendo en cuenta la terquedad con que había negado sus propios actos. Además, ya tenía relaciones con una mujer del poblado. Los hombres no hablaban con ella de esos temas, pero Flora lo sabía.

En febrero volvió el sol. Al alargarse las horas de luz y aumentar el calor, a todos se les alteró la sangre. Flora se preguntaba si sus compañeros sospechaban lo que le rondaba por la cabeza. Observó cómo Ralph, siempre tan tímido y reservado, iniciaba una relación con Ainineq, una mujer viuda. Trataba de imaginarse qué sucedería si ella, solo hipotéticamente, hacía lo mismo con Ayakou. Resultaba impensable. Bueno, impensable no, puesto que lo estaba pensando, pero sí completamente descabellado.

* * *

Cada vez más, a medida que el deprimente verano se acaba, Flora busca el apoyo de Aniguin. Es él quien le cuenta casi todos los mitos que recoge en su colección y quien le explica el significado de las palabras que no llega a entender. Se ha convertido, como le dijo que haría, en *angedkok*, en chamán. El pequeño huérfano es ahora un hombre respetado. No goza de la simpatía general, pero la gente acude a él para pedirle consejo. Está casado con Ivalu, la chica más guapa de toda la costa. Flora se alegra por él y agradece que aún sean amigos.

Y sin embargo fue Aniguin quien le habló a Armitage del meteorito. Flora daba por sentado que la ayudaría a ella, no a los norteamericanos. Conocía la existencia del meteorito, pero no se le ocurrió que alguien quisiera llevárselo. Calculaba que era imposible: otra muestra de su fracaso como jefa de la expedición. Le ha faltado visión, empuje, capacidad para llevar a cabo lo que en apariencia era imposible.

Cuando se hace evidente que sus planes de exploración quedarán en nada, echa un vistazo al montante de sus logros: cuadernos llenos de tablas, datos y medidas; muestras de minerales, plantas y pieles; cuentos, esbozos, fotografías, pero nada que pueda compararse con los glaciares de De Beyn. Edwin ha demostrado tener poco talento para fotografiar la luz sutil del Ártico. Sus intentos de plasmar la aurora boreal resultan inútiles. Flora pide ayuda a Maurice discretamente y él se niega a prestársela, alegando que le relevaron de esa tarea contra su voluntad. Puede que no lo hubiera hecho mejor.

Antes de que partieran de Godthåb, Freddie insistió mucho en la necesidad de conseguir resultados espectaculares: un cebo que ofrecer a los periódicos. Flora no pensó que, en un lugar tan extraordinario como aquel, lo espectacular pudiera ser tan escurridizo.

* * *

En julio, cuando su estancia en Groenlandia está a punto de agotarse, Flora, Ralph y Maurice hacen un viaje por la costa y Pualana, el cazador, que conoce aquellas tierras mejor que nadie, los conduce a una estrecha y recóndita bahía: una hendidura en la ladera de un monte que baja hasta el mar. Dejan sus fardos en la playa y trepan durante una hora. Por una vez luce un sol tenue, pero pronto lo dejan atrás y siguen escalando por una zona en sombra. Pese a todo, sudan envueltos en sus pieles.

Al llegar a un lugar en el que la ladera se vuelve aún más escarpada, Pualana se detiene. A un lado de la cortada se ve lo que parece ser un montón de piedras

llenando un socavón. Un saliente de roca resguarda de la lluvia y la nieve el lugar, que da al norte, de modo que nunca recibe los rayos del sol. Ralph se vuelve hacia ella.

—Debería quedarse aquí. Tardaremos un rato en quitar las piedras.

Parece descontento con su tarea. Y aunque no se atreve a desafiarla, tampoco está dispuesto a ocultar su malestar.

Ella se sienta —ahora se alegra de llevar puesta su parka—, y los hombres ponen manos a la obra. Media hora después, Pualana sale del socavón y llena su pipa, negándose a mirar a los otros.

—Señora Athlone —la llama Maurice.

Los hombres permanecen inmóviles, en silencio. Flora advierte un palpito de inquietud. Ralph le tiende la mano para que se agarre y ella mira lo que han desenterrado.

Una cara la mira, cabeza abajo: las cuencas oculares vacías, el color blanco semejante al del hueso, los labios contraídos en un grito. Flora experimenta un estremecimiento de horror, pero se obliga a mirar a la mujer. Sabe que es una mujer porque lleva la cabeza cubierta por una capucha de piel de foca muy parecida a las que usan sus amigas. Lo sorprendente es que la blancura de la cara no es de hueso, sino de carne: carne momificada pero intacta. Los labios ennegrecidos se han encogido y enseñan los dientes en un rictus pavoroso.

Ralph está molesto.

—¿Está segura de que quiere hacer esto? ¿De verdad vamos a sacarlos de su lugar de descanso?

Flora se humedece los labios.

—Pualana, ¿cómo son de antiguas estas tumbas?

Sin darse la vuelta, Pualana contesta:

—Muy antiguas. Tienen muchos, muchos años.

—No quiero trasladarlos sin son los antepasados de alguien. Respetamos vuestros sentimientos.

Pualana, al que pagan generosamente por sus servicios, contesta:

—No son los antepasados de nadie. No sabemos quiénes son.

—Muy bien, entonces.

Hace una señal de asentimiento a Maurice y Ralph. Maurice no parece impresionado por la momia. Seguramente ha visto cosas peores a lo largo de su vida profesional.

Desentierran el cuerpo entero. La mujer yace en la hendidura como si estuviera encajada a presión en ella, con los brazos pegados al pecho, las rodillas

flexionadas, los pies muy juntos. La enterraron con sus pieles, vestida igual que Meqro o Ivalu: capucha acabada en punta, chaqueta larga de piel de foca, pantalones de piel de zorro, *kamiks* de piel de oso. Maurice supervisa el levantamiento de la momia y la envuelve en una lona como en una mortaja. Es rígida pero ligera. Ralph la transporta al trineo sin tropiezos. Pualana se niega a tocarla.

* * *

Hay cuatro cuerpos en total, uno encima de otro. No hay señales de violencia. Maurice opina que seguramente murieron al mismo tiempo, de hambre o a causa de una epidemia. Pero alguien se tomó la molestia de traerlos hasta aquí y enterrarlos donde los animales no profanaran sus cuerpos. Flora insiste en que se lleven las cuatro momias. Se dice a sí misma y a los otros que, si no se las llevan ellos, se las llevará otra expedición, porque no cabe duda de que tarde o temprano habrá otra. Está demostrando que tiene visión. Maurice está de acuerdo. Ralph accede con expresión de estudiada indiferencia. Cuando Flora le repite que no son allegados de ninguna persona viva, que son tan antiguas que carecen de identidad, como las momias egipcias, él frunce el entrecejo y contesta que, aun así, tienen que ser antepasados de alguien.

—No seas absurdo —replica ella—. Si Pualana no lo sabe, nadie lo sabrá. Son muy notables. Tenemos el deber de preservarlas.

Pese a sus palabras, hay algo de temible y de sobrecogedor en los cuerpos momificados, con sus bocas abiertas y mudas y sus dedos crispados y rígidos como garras. Quizá por eso Flora contesta con más aspereza que de costumbre.

Las más impactantes son la primera —la de la mujer de cara espectral— y la última: el cadáver de un niño de corta edad vestido con pieles inmaculadas. Tiene la cara perfecta; incluso los labios y los párpados están intactos, lentamente apergaminados por el paso del tiempo hasta formar una máscara de vacua inocencia. Podría ser un muñeco. Flora se imagina ya el revuelo que causará la momia del pequeño al exhibirse en Londres. Supervisa el embalaje de las momias en cajones rellenos con heno y paja, sabedora de que se ha apropiado de algo único. Qué contento se pondrá Freddie, piensa.

Capítulo 26

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O

Septiembre de 1893

Meses después, en Londres, ya no le impresiona ver destapadas las caras de las momias. Se ha acostumbrado a ellas. Bajo su blancura marchita, casi desaparecida, la piel es de un tono ocre semejante al del cuero. Pero la carne ha conservado su forma y las pieles no muestran síntomas de deterioro. Acaricia suavemente, con la punta del dedo, la capucha de la mujer cuya boca parece gritar. No toca su piel, ni su abundante cabello negro.

—Estoy segura de que no es necesario que reitere —dice reiterándose— lo importante que es conservar su aspecto original.

—Naturalmente —dice el doctor Murray, conservador de Antigüedades del Norte de Europa del museo, al que fascinan las momias. Han llegado a un acuerdo para dejarlas en préstamo por una larga temporada y están preparando una exposición inminente—. Es usted consciente de que el moho blanco desaparecerá con el tiempo, puesto que está causado por la humedad superficial. El método de conservación es distinto al del antiguo Egipto, como es natural, pero los resultados son similares. No creo que el frío sea un factor particularmente importante en estos momentos, con tal de que las mantengamos en un ambiente seco.

—¿Está seguro?

Flora está inquieta. Desde que regresaron a Londres, ha conservado las momias en la cámara frigorífica de una fábrica de cerveza, lo que le ha costado una fortuna.

—Oh, sí. Eso creo —contesta Murray. Parece convencido, pero no puede estar del todo seguro porque nunca antes había visto nada parecido.

* * *

Tras concluir su reunión en el museo, Flora se va a casa, a Kensington. Hace ya dos semanas que regresó de Groenlandia, pero aún siente un hormigueo

nervioso cada vez que entra en el piso donde vive Freddie. Donde vive ella, quiere decir. Donde viven juntos.

Abre la puerta principal. Se detiene un momento, como hace siempre, y luego llama alegremente a su marido. Durante el breve lapso transcurrido entre su boda y su partida hacia el Ártico, no consiguió sentir que este piso fuera su hogar, y ahora lo siente aún menos.

* * *

Freddie regresó de Godthåb el pasado septiembre. El gobernador Carlsen le consiguió un pasaje en el último barco danés de la temporada. Pasó algún tiempo en un hospital de Copenhague y más tarde marchó a un balneario en Baviera para recuperarse. Llegó a Londres apenas unas semanas antes que ella.

Flora, que solo había recibido una carta suya —se la llevó el capitán Traill en el *Resolve*, en agosto—, no sabía qué se iba a encontrar. La primera vez que le vio fue con ocasión de la llegada del barco a los muelles del Pool of London. Freddie había ido a recibirla. Iba impecablemente vestido, pero se movía con penosa lentitud, apoyado en un bastón. Sorprendida por la presencia de los fotógrafos, sin saber a qué atenerse y molesta por la espinilla que le había salido esa mañana en la barbilla, Flora se mostró reservada, casi taciturna. Posaron juntos para el *Northern Chronicle* antes siquiera de cruzar una palabra en privado. Cuando llegaron a casa, rompió a llorar y se sintió como una farsante cuando Freddie se esforzó por reconfortarla. Tendría que haber sido al revés.

—Lo siento. Es que estoy cansada y... Tienes que contarme cómo estás. ¿Qué han dicho los médicos?

Freddie habló con serenidad, pero ella se echó de nuevo a llorar mientras él le resumía la situación. Las vértebras inferiores le causaban dolores constantes y la fractura de la pelvis no había soldado del todo debido a la enfermedad crónica que le aquejaba, de modo que —añadió con una mueca que pretendía ser una sonrisa— sus días de explorador habían terminado.

—A partir de ahora tendrás que hacerlo tú sola, Flora. O, mejor dicho, seguir haciéndolo tú sola. Puede que estuviera predestinado a ser así desde el principio.

—Freddie, es demasiado pronto para decir eso...

Estaba sentada a su lado, cogiéndole de la mano. Él no había intentado tocarla desde su reencuentro, aparte de darle el brazo para posar ante las cámaras. Flora, en cambio, que casi nunca le tocaba tras el fracaso de su intimidad sexual, ahora se sentía capaz de hacerlo.

—El doctor Seddon recalcó que este tipo de lesiones tardan mucho en curar.
Él meneó la cabeza.

—Me han dicho que no me haga muchas ilusiones. El médico de Baviera ha hecho un estudio de lesiones parecidas a las mías en sifilíticos. Es el mayor experto de Europa. Degeneración paulatina, ese es el pronóstico. No tiene sentido andarse por las ramas.

—Hay otros médicos, Freddie. Consultaremos a alguno aquí. O en Estados Unidos.

—Sí, sí, claro. Pero, en cualquier caso, yo ya me he resignado. De veras. Tienes que saber a qué atenerte. Sé que suena mal, pero hay muchos que están peor que yo. Eso es algo que aprendí en Baviera. Vi a muchos pobres diablos. Ahora sé que debo dar gracias por mi estado.

Flora esperaba frialdad, resentimiento, incluso ira. Pero esta resignación cargada de humildad la desconcertó. Freddie había cambiado. Ella empezó a desconfiar y luego a guardarle rencor. No quería estar casada con un santo.

—Hay otra cosa que quiero decirte, Flora. Hemos estado separados más de un año. Más tiempo del que hemos pasado juntos. Quiero que sepas cuál es mi situación por otro motivo. Quizá ya no quieras seguir casada conmigo. Si es así, no te pondré impedimentos. Podrías anular el matrimonio si quisieras.

Dado que esa idea se le había pasado por la cabeza durante el año anterior por diversos motivos, Flora sintió que se le saltaban de nuevo las lágrimas.

—¿Tú no quieres seguir estando casado conmigo?

Freddie le acarició la mano.

—Mi querida niña, no voy a fingir que la nuestra fuera la pasión del siglo, pero te quiero y te respeto y haré todo lo posible por asegurarme de que tu carrera prospere.

—Freddie, no, por favor, no puedo soportar que...

—Si yo puedo soportarlo, seguramente tú también podrás.

—No entiendo. ¿Por qué te casaste conmigo?

Él sonrió con tristeza.

—Creía que podíamos hacer algo maravilloso juntos. Puede que mis motivos fueran egoístas, pero creía de veras que podíamos ser felices.

Flora le miró y pensó que parecía un perfecto desconocido, una persona a la que no había visto nunca antes.

—¿Como se supone que han de ser felices marido y mujer?

Freddie se pasó la lengua por los labios con nerviosismo. Flora tuvo la sensación de hallarse suspendida sobre un abismo de hondura desconocida. Justo

en ese momento se oyeron pasos en el descansillo y se abrió la puerta sin que quien llegaba se molestara en llamar.

* * *

Freddie se había traído de Baviera una enfermera particular. De algún modo había logrado encontrar a una irlandesa, Eileen Capron. Es una mujer angulosa, de mediana edad y rostro curtido, con el cabello negro partido por una raya en medio que deja al descubierto un cuero cabelludo rosado, y ojos del color de las ostras. Tiene experiencia en casos como el suyo, explica Freddie, y le es, por tanto, de inestimable valor. Pero, pese a ello y a las halagüeñas cartas de recomendación de los médicos alemanes, a Flora le desagradó desde el principio.

Interrumpió su conversación con una tosecilla seca.

—Señor Athlone, es la hora de su medicación.

Una voz tan suave y melodiosa debía pertenecer por derecho a otro tipo de persona. La enfermera se había detenido junto a la puerta y se miraba el pecho semejante a una alacena: una negra columna rematada por un capitel blanco. Lucía una especie de cofia almidonada que a Flora le recordaba a la toca de una monja.

—Muy bien, enfermera —dijo Freddie—. Flora, querida, tendrás que disculparme.

* * *

Para su sorpresa, también está nerviosa por volver a ver a Iris. Las críticas que ha recibido desde su regreso le han hecho temer que su amiga también la juzgue por haber dejado a su marido malherido a merced de extraños. Pero tan pronto entra en el salón que tan bien conoce, bañado por el sol otoñal, Iris le dispensa una bienvenida cálida y expansiva.

—Ay, Iris. Cuánto me alegro de verte. A veces siento que todo el mundo me odia.

—No seas tonta. No te odian. Para muchas mujeres modernas eres una auténtica heroína. ¿Y, además, qué más da que te odien? El caso es que hablan de ti.

—Bueno, para empezar, puede que no compren mi libro.

—Te equivocas. Cuanta más polémica haya, mejor. He leído lo de tus horribles momias. Parecen aterradoras.

—No lo son. Son patéticas, en cierto sentido, pero también extrañamente dignas. Son tan viejas y están tan quietas... Me sentí fatal por llevármelas. Ralph Dixon, ya sabes, el geólogo, se oponía. Ignoraba que fuera tan religioso. Dijo que era una cosa impía, aunque no fueran cristianos.

—Pero a la gente le fascinan. El periódico que leí decía que también hay un niño.

—Sí. Es increíble, como una muñeca antigua. La verdad es que tienen algo de espantoso. A veces, cuando estoy en vela, no consigo quitarme sus caras de la cabeza y me pregunto si sus almas están... vagando por ahí desconsoladamente, sin saber qué les ha ocurrido ni dónde están.

—Eso no es propio de ti. ¿Acaso te has vuelto espiritual en el Norte?

Flora se ríe.

—Cuando las veas, comprenderás a qué me refiero. La próxima vez que vaya a visitar al doctor Murray, te lo diré.

Iris sirve más té y la mira con expresión crítica.

—Esto me recuerda el primer día que estuviste aquí.

—Te faltó inspeccionarme las muelas.

—Estabas tan verde... Eras terriblemente insegura, pero al mismo tiempo estabas a la defensiva, lista para saltar a la menor provocación.

—No es cierto. Es que me dabas miedo.

—Estás cambiada. Has madurado. Más incluso de lo que pensaba. ¿Qué tal se portaron los hombres después del accidente de Freddie? ¿Te aceptaron?

—Se portaron bien. Pero, Iris, me pasaba prácticamente el día entero preguntándome si había tomado las decisiones correctas, o si había hecho bien, o si había dicho tal o cual cosa en el tono de voz debido... Y si alguno de ellos —Seddon, posiblemente— se daría media vuelta y me diría: «Usted no sirve para esto, ¿sabe?».

—Pero no lo hicieron.

—Se refrenaron.

—Sospecho que todos los líderes tienen dudas. Los buenos, al menos. ¿Qué tal está Freddie?

Flora suspira. Nunca le ha hablado a su amiga de sus problemas matrimoniales, pero cree que Iris siempre ha tenido sus sospechas.

—Tiene dolores constantes. Se lo está tomando con mucha valentía, pero los médicos no creen que el pronóstico sea muy bueno.

—Dios mío, ¿tan grave es? ¿Creía que solo se había roto un par de huesos!

—Sí, pero... no han curado bien. Tenía una... enfermedad crónica.

Iris arruga el ceño.

—No hace falta que me lo digas.

—Tiene sífilis.

Iris contiene la respiración bruscamente.

—¡Querida...! ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí. Freddie... —Menea la cabeza.

—Flora, lo siento muchísimo, pero ¿cuándo fue...? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Me lo dijo cuando nos casamos. No quería ponerme en peligro.

—Mi querida niña, ¿sabes lo que eso significa? Si lo sabía cuando se casó contigo, podrías pedir la anula...

Flora niega con la cabeza firmemente.

—No puedo dejarle. Ahora no. Ha hecho mucho por mí. Siempre le estaré agradecida. Hemos llegado a un acuerdo que nos conviene a ambos, o que me conviene a mí. Solo deseo que no sufra.

El semblante de Iris adquiere de pronto una expresión fatigada. De pronto parece mayor, cosa rara en ella: los músculos de su cara se descuelgan, faltos de vivacidad que los anime.

—Pobre Freddie. Pero ¿cómo pudo...? Yo te animé. Ahora siento que es culpa mía.

—¡Claro que no! Yo lo decidí. *Decidí* quedarme.

—Sí, pero...

—Estoy bien. Estamos... bien.

—Bueno... —Iris la mira un momento—. Supongo que tú sabes qué te conviene. ¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte en casa y cuidar de él? ¿No piensas volver al Ártico?

—Bueno, tengo que acabar el libro. De momento, eso ocupa casi todo mi tiempo. Pero Freddie no quiere que deje la exploración. Ya está hablando del siguiente viaje. Y se ha buscado una enfermera estupenda. No tengo que cuidar de él en ese sentido.

—Gracias a Dios que tiene dinero. ¿Qué edad tiene esa enfermera?

—Es vieja. Tiene por lo menos cuarenta.

—¡Querida! ¡Ten un poco de compasión!

—¡Es mucho mayor que tú! Y no es... nada atractiva.

Iris le da unas palmaditas en el brazo.

—Por favor, dile que yo... —empieza a decir, y en ese momento se oye un golpe en la puerta de la casa, seguido por unos pasos apresurados en la escalera.

Iris se pone alerta. Flora se vuelve hacia ella, sorprendida.

—Lo siento, ¿quieres que me vaya?

—No. Será solo Helen. No te he dicho que ahora tengo secretaria, ¿verdad?

Su vivacidad ha regresado con la misma prontitud con la que se fue. Se yergue y se mira al espejo de encima de la repisa de la chimenea esbozando una sonrisa y atusándose los rizos de la frente.

Flora se está preguntando para qué necesita Iris una secretaria cuando de pronto se abre la puerta y entra una joven. Viste de gris oscuro, a la última moda, con un traje que realza su figura esbelta. Tiene una cara de belleza singular y llamativa, el cabello oscuro y los ojos grandes y expresivos. La recién llegada mira a Flora con las cejas levantadas. Flora lanza una mirada inquisitiva a Iris, cuya expresión momentánea de arrobó habla por sí sola, y piensa: «Ah».

—Helen, esta es mi gran amiga la señora Flora Athlone. Me habrás oído hablar de ella a menudo. Flora, te presento a la señorita Helen Tomlinson, mi secretaria.

Flora le tiende la mano y la joven la toca un instante con la punta de los dedos enguantados.

—Dios mío, el ómnibus estaba abarrotado —comenta la señorita Tomlinson como si retomara el hilo de una conversación anterior—. Había un tipo la mar de desagradable. No me dejaba en paz. He tenido que cambiarme de asiento dos veces. —Entonces, tras hacerla esperar, mira por fin a Flora de verdad y una sonrisa traviesa ilumina un instante su rostro encantador—. Hola.

—Flora acaba de regresar de pasar un año en el Ártico. Es la exploradora, ¿recuerdas?

—¡Vaya! —exclama la chica—. Apuesto a que se alegra de estar de vuelta. Debe de hacer un frío horrible por allí abajo.

Iris sonrío a Flora con una expresión de disculpa entre orgullosa e indefensa.

—Helen es de Stepney. La geografía no es su fuerte, ¿verdad que no, Helen? No estoy segura de cuál es su fuerte.

Capítulo 27

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O
Invierno de 1893-94

Brooklyn, octubre

Querida señora Athlone:

Confío en que se encuentre bien al recibir la presente, y en que esté ya instalada de nuevo en casa. Espero, además, que su marido se halle restablecido por completo.

Puesto que tuvo usted la bondad de escribir para darme noticias de Ayakou y Meqro, tal vez le interese saber cómo van las cosas por aquí. Tras hacerle llegar la nota del doctor Seddon al señor Armitage hace algún tiempo, por fin me he enterado de que piensa hacer algo por Ayakou. Ha estado muy ocupado recaudando fondos para una nueva expedición, pero desde el Pánico Bursátil de hace unos meses escasea el dinero para tales empresas y no sé cuándo (o si) será posible dicha expedición. Yo, por mi parte, seguiré insistiendo.

En cuanto a la cuestión del doctor Urbino, su hermana no se lo ha contado aún a la familia, pero puede que con el tiempo lo haga. El problema, si es que se me permite expresarlo de una manera tan torpe, es que el doctor Urbino estaba prometido en matrimonio y no queremos aumentar el sufrimiento de su novia. Confío en volver pronto al Norte y, cuando lo haga, tendré muy en cuenta el bienestar de la niña. Frank era el mejor amigo que he tenido y su hija se merece un trato justo.

Quizá deba decirle que no tengo intención de regresar con el señor Armitage, que, por otra parte, tampoco me lo ha pedido. Ignoro si ha leído usted su libro, pero hay en él ciertas cosas que no concuerdan con mi recuerdo de los acontecimientos, ni con mi conocimiento de las personas involucradas. Puede que la culpa de ello sea de los editores, por supuesto. Tal vez esté mal que le diga esto, pero tengo la sensación de que puedo confiarle a usted mi opinión.

Si no la importuno con ello, me gustaría regalarle el libro en el que estoy trabajando. Es un tratado geológico breve sobre Ellesmere. Permítame decirle de entrada que lo entendería si no revistiera mucho interés para usted, aunque puede que tal vez sí para su colega el señor Dixon. Estoy muy satisfecho con las fotografías, y tuvo usted la amabilidad de hacer algún comentario sobre ellas en su carta anterior. De ahí que me haya tomado también la libertad de enviarle copias de las fotografías que hice en Neqi. No tuve tiempo de revelarlas allí. Había siempre tanto que hacer...

(Aquí figuran varios tachones ilegibles).

Me acuerdo a menudo de mi estancia en Neqi con usted y con el señor Seddon. Es uno de mis recuerdos más gratos de aquel lugar.

Espero con impaciencia el momento de leer el relato de sus experiencias en Groenlandia. Le desea la mejor de las suertes con su libro y queda enteramente suyo,

*Su amigo,
Jakob de Beyn*

La carta va acompañada de un pequeño volumen encuadernado en tela y de aspecto anodino. Flora lo hojea y lo deja a un lado. Dentro del sobre hay otro

más pequeño. Lo abre y aparecen unas cuantas fotografías. Al verse así retratada, siente una turbación que no alcanza a entender. En la primera fotografía mira a lo lejos, severa y envarada, con un mechón de pelo cruzándole la mejilla, empujado por el viento. En otra aparecen Meqro y ella sonriéndose mutuamente. Tenía razón: él la pilló desprevenida y aquellas expresiones fugaces han quedado congeladas para siempre. La fotografía, sin embargo, la hace sonreír. Se acuerda de aquella noche en la playa. También es uno de sus recuerdos más felices. Hay una tercera fotografía que la sorprende porque ignoraba que De Beyn la hubiera tomado. La muestra a ella sentada en el suelo, cogida de las manos con Simiak, y recoge un momento de intensa emoción entre ellas. Se siente extraña al pensar que Jakob haya visto su cara, esa cara tan llena de sentimiento, sin saberlo ella.

Hay una fotografía de Meqro sentada sobre las rodillas del doctor Urbino, que sonríe tímidamente a la cámara pero sujeta con firmeza la cintura de la joven. Meqro, a su vez, le mira con adoración. Durante todo ese tiempo, él tenía una novia en Estados Unidos, aunque, en fin, ya nada debería sorprenderla, y ahora está muerto. Allí está también Aniguin, el único de los esquimales que no sonríe. Maurice Seddon también aparece con su cámara, riendo, y por más que se estruja la memoria Flora no recuerda haberle visto nunca tan despreocupado. Está la gran bandada de alcas, tiñendo de negro el cielo. Y hay una fotografía de Seddon y De Beyn juntos; Seddon con su expresión obstinada de siempre; De Beyn, sonriendo a la cámara que tal vez manejaba Urbino: los ojos oscuros, el cabello como una blanca llamarada a la luz del sol. Flora había olvidado lo cano que tiene el pelo. No ha olvidado, en cambio, esa sonrisa. Se pregunta por qué le ha mandado esa fotografía. ¿Porque en ella aparece Seddon? ¿O porque aparece él?

La carta se le antoja extraña: desmañada e indiscreta. Pero De Beyn parece sinceramente preocupado por la suerte de los que se han quedado en Groenlandia. Flora mira de nuevo las fotografías y se acuerda de las palabras que le dijo De Beyn a la mañana siguiente: que una fotografía siempre lleva en sí parte de la esencia de la persona retratada. Que acerca a quienes están lejos.

* * *

La gran inauguración es en el Museo Británico en noviembre, cuando el doctor Murray considera que las momias están listas para exhibirse. Los primeros en verlas son los invitados. Freddie está presente. Atendido por la

enfermera Capron, parece gozar de un estado de salud medianamente bueno. Flora, que ha visto cómo estaba esa mañana, tiene que reconocer que la enfermera obra milagros.

Las momias han sido colocadas en un salón de actos, en vitrinas de cristal cubiertas con sábanas. El doctor Murray comienza con una pequeña charla. Luego, Flora da su conferencia y, al llegar el momento culminante, se acerca a las vitrinas y, con un movimiento de muñeca cuidadosamente ensayado, destapa las momias una por una. La del niño la deja para el final. Cada vez que desvela una, se oyen gemidos de sorpresa, gritos sofocados y murmullos. Cuando, al final de la conferencia, descubre la del bebé, se hace un silencio cargado de asombro. Luego una mujer exclama «¡Ay!» con voz tierna y entrecortada y los murmullos se alzan de nuevo, cada vez más fuertes. Los invitados están sobrecogidos, perplejos, estupefactos. Es un rotundo éxito.

* * *

Cuando se abre la exposición al público en general, empieza a hablarse de mujeres que se desmayan y de personas dominadas por el terror. Pero cuanto más se prolonga esta situación y más habla la prensa de ello, más le desagrada a Flora pensarlo. Un día lee en un editorial de la *Manchester Review* que la exposición es una *aberración contraria al cristianismo, sucia y vil, no apta para mujeres y niños, y apenas soportable para hombres de la pasta más dura*. A ella la tachan de *inmoral* y *virago*. Ya debería estar acostumbrada, pero arroja el periódico al suelo, furiosa. Nunca ha querido formar parte de un «espectáculo de marionetas»; ese comentario no se lo perdona a su padre. Ella solo quería volver al Norte.

* * *

La noche siguiente, durante la cena, se halla rodeada de personas entusiastas, de modo que sonrío aunque en el fondo se pregunte cuántos de ellos han leído aquella crítica. A un lado tiene a Lionel Fortescue, el actor de femenina cabellera castaña, que les está hablando de su nueva función teatral, en la que interpreta a Yago. Al otro lado tiene a Jessie Biddenden, que sabe muy bien lo que es verse vilipendiada, en su caso, por sus escritos libertinos, y a la que sin embargo las críticas no parecen preocuparle lo más mínimo.

Flora no es la única que permanece callada. Se da cuenta de que Iris tiene los

ojos fijos en Helen que, sentada frente a ella, parece enfrascada en su conversación con un actor joven y guapo. Se ríen, sus cabezas casi se tocan. Flora tiene la clara impresión de que están coqueteando. No le agrada Helen, que parece tratar a Iris con un desparpajo rayano en el desprecio. Jessie opina que solo busca su dinero.

Flora se vuelve hacia Jessie y se descubre quejándose del editorial. Jessie la escucha con una sonrisa comprensiva.

—He oído un rumor sobre ese artículo. ¿Sabes quién es el autor?

—No llevaba firma.

—Un pajarito me ha dicho que es tu viejo amigo el señor Whitfield.

—¿R. G. Whitfield? ¿No lo dirás en serio?

—El mismo que viste y calza. Por lo visto está furioso porque le hayas abandonado.

Flora está atónita.

—No supe nada de él durante años, antes de marcharme. ¿Qué quería que hiciera?

—Bueno, los periodistas, ya se sabe... Obviamente cree que fue él quien te descubrió y que merece algún reconocimiento por ello. Y cuando digo «reconocimiento» me refiero a dinero, naturalmente.

Flora se ha puesto muy seria. Hace tiempo se mostró tan halagüeño... Aquel artículo, en cambio, tenía un tono feroz. Flora se acuerda de que tenía pensado escribirle hace siglos para manifestarle su gratitud. Pero se le fue de la cabeza.

* * *

Dundee, 5 de diciembre

Querida Flora:

Gracias por tu carta del miércoles pasado. Confío en que sigas bien de salud. Mis rodillas están un poco mejor. Me temo que no podré ir a visitaros a ti y a Freddie por Navidad, de modo que, lamentándolo mucho, me veo obligado a declinar tu invitación. Tengo mucho que hacer aquí. El astillero y los propietarios se han enzarzado en una disputa por las últimas reparaciones, y no confío en nadie más para impedir que las cosas se desmanden. Sospecho, de todos modos, que la exposición de las momias groenlandesas no sería de mi agrado, así que no tengo prisa en visitarla. Ya veremos cómo van las cosas dentro de un par de semanas. Mis mejores deseos para tu marido y, por supuesto, también para ti.

*De tu padre,
William Mackie*

* * *

Londres, 1 de enero de 1894

Estimado señor De Beyn:

Permítame aprovechar las fechas en que estamos para desearle un muy feliz año nuevo y expresarle mi confianza en que sus planes den fruto durante los próximos meses. Gracias por su carta. Me alegra saber que está haciendo progresos. Debo decirle que estoy de acuerdo con usted en que es innecesario, y en ciertos aspectos poco sensato, armar mucho jaleo en torno a una expedición. Los dos sabemos cómo pueden cambiar los planes en el Norte, drásticamente y de un momento para otro. Cuanta menos gente pueda pedirte cuentas al respecto, tanto mejor.

Me sorprende que la prensa norteamericana se haya hecho eco del asunto de las momias. No parecen tan importantes. No menciona usted qué se opina en su país al respecto. Aquí ha habido muchas críticas. Incluso cierta indignación. Supongo que era lo que cabía esperar. He aprendido a hacer oídos sordos y a pasar por alto las críticas más acerbas, pero a veces me descubro dándoles la razón. Se puede alegar que las momias son de gran valor científico, pero el atractivo que tienen para el público no obedece a eso, sino a su apariencia espeluznante y a las oscuras reminiscencias que siempre evoca un cadáver. Lamento que se hayan convertido en teatro (y en determinado tipo de teatro, además), más que en ciencia.

Le presté su libro sobre Ellesmere al señor Dixon (se equivocaba usted: ¡me interesó muchísimo!) y me lo ha devuelto ya acompañado por multitud de cumplidos. Creo que va a escribirle por su cuenta. Cuando hablamos de ello, lamenté que el señor Dixon tuviera tan pocas oportunidades de llevar a cabo trabajos de esa índole. Lo cierto es que la única solución para sortear hasta cierto punto lo impredecible del tiempo es ir a pasar allí dos o tres años seguidos. De ese modo, si se da mal una temporada, tienes otra oportunidad.

Confiaba en tener listo mi manuscrito a finales de año, pero me temo que voy con retraso. Mi resolución de año nuevo es acabarlo en los próximos dos meses. ¿Y luego qué? Yo también quiero regresar, pero se me hace muy cuesta arriba...

Flora hace una pausa. Cada vez tiene más la tentación de tratar las cartas al señor De Beyn como si fueran un diario que nadie verá nunca. Estando a cinco mil kilómetros de distancia, resulta fácil considerar un confidente a quien es prácticamente un desconocido. Y, pese a todo, ¿qué tiene de malo?

Puede que el tiempo esté afectando a mi estado de ánimo. Es gris, húmedo y lluvioso. Todo el mundo se queja del frío, pero no hace frío en absoluto, desde luego. Curiosamente, echo más de menos el Ártico en invierno que en verano. Añoro la oscuridad constante y anhelo la nieve...

QUINTA PARTE

POLARIS

*Hito de navegantes durante siglos, la actual Estrella Polar parece ser el único punto fijo del firmamento, alrededor del cual giran todos los demás astros.
Pero esto es solo un espejismo.*



Capítulo 28

Barco correo Etruria, alta mar

Abril de 1895

El señor Lester Armitage, cuyo libro Combatir a los hielos hizo las delicias de los lectores el pasado año, parte de nuevo hacia el gélido Norte. Con el apoyo económico de muchos de los empresarios más destacados de Nueva York, zarpará en junio, y esta vez su lema será «O el Polo o nada». Aprendió mucho de su viaje anterior, cuando descubrió la Tierra de Dupree, una nueva isla en el límite septentrional de Groenlandia, y tiene intención de volcar todas sus energías y recursos en el logro de esa meta. En su viaje anterior, según explicó, los objetivos estaban divididos y, por tanto, no hicieron grandes avances en materia de exploración. La ciencia, afirma Armitage, es «para otros y, por valiosa que sea, no se puede llevar a cabo un programa exhaustivo de investigación al mismo tiempo que intentas explorar y descubrir nuevas tierras en un entorno tan inhóspito. Esta vez nos centraremos en el Polo y, si Dios quiere, lo conquistaremos para los Estados Unidos de América».

Manhattan Chronicle, 3 de abril de 1895

Jakob opta por un camarote sin ojo de buey. Ello tiene sus ventajas: es más barato, y así no tiene que ver el océano. Después de pasar tres años en tierra, ha olvidado lo mucho que le desagrada navegar, y encima parece haber escogido para cruzar el Atlántico la semana de la peor borrasca que se recuerda desde hace años.

El tercer día de la travesía, el barco se revuelca en medio del mar, con los motores al máximo y la gigantesca hélice batiendo el aire mientras el buque se tambalea como un corcho. Son pocos los pasajeros capaces de comer en los salones en constante vaivén, y menos aún los que pueden dormir, a no ser que pueda llamarse sueño al penoso estupor en el que suelen caer. Incluso marineros veteranos se ven reducidos a quejumbrosas piltrafas. Una camaradería lúgubre impera en los pasillos y los salones casi vacíos. Los que todavía pueden caminar se saludan con respeto, como supervivientes de una batalla especialmente cruenta. Se oyen gemidos de angustia detrás de las puertas cerradas. De vez en cuando incluso gritos.

Al regresar a su camarote tras cenar agua y galletas saladas, Jakob se felicita por haber recorrido los pasillos y escaleras sin perder pie. Luego, en el instante en que abre la puerta del camarote, dos olas gigantes sacuden el barco en rápida sucesión. Pierde el equilibrio y una combinación de fuerzas malévolas

empuja el filo de la puerta y su frente, haciéndolos chocar con violencia. Un rato después se descubre tendido en el suelo del camarote. Al llevarse la mano a la frente dolorida, descubre un chichón que parece tener el tamaño de un huevo de gallina. Confía en haber estado inconsciente un buen rato, es el mejor modo de pasar la travesía, pero al mirar su reloj descubre que solo han pasado unos minutos.

Se arrastra hasta su catre pensando en quedarse allí el mayor tiempo posible, y se pregunta si no estará siendo castigado por sus pecados.

* * *

Hace ahora cerca de un año, y para su sorpresa, se enzarzó en una aventura amorosa con Lucille Becker. Se encontraron por la calle (siempre le asombraba tropezarse con algún conocido en Nueva York, pero lo cierto es que sucedía con harta frecuencia), y se descubrió suplicándole que accediera a verle de nuevo. Quizá quisiera resarcirla, o puede que sintiera el deseo de redimirse. El caso fue que, al principio, pensó que era justo lo que necesitaba, una feliz coincidencia: Lucille era una buena compañera, divertida e independiente. Pero, tras persuadirla de que se acostara con él, en lugar de intensificarse, su relación se deterioró.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó él con un atisbo de desesperación, no por primera vez, después de que sus denodados esfuerzos no consiguieran el efecto deseado.

—Nada —le aseguró ella, pero una arruga de preocupación apareció en su frente—. No sé qué quieres que te diga.

—Quiero que me digas qué te haría gozar.

—Ya me hace gozar... Quiero decir que tú me haces gozar.

—Bueno, sí, pero no... suficiente.

Ella suspiró.

—No sé a qué te refieres.

Cuando le explicó lo que quería decir, las cosas fueron de mal en peor. Antes —le contestó ella con amargura— no tenía conciencia de que le pasara nada malo. Su amante anterior —Jakob se llevó una sorpresa y una alegría al saber que no era el primero— no había echado nada en falta.

—No es que te pase nada —repuso él con poca convicción—. Puede que la culpa sea mí. Puede que no te lo esté... haciendo bien.

—Pero ¿con otras mujeres...?

—Bueno... —Pensó amargamente en Kate y luego, para animarse, en Cora—. A veces..., eh..., no sucede, y otras veces las mujeres fingen que... disfrutan, pero normalmente... —Se encogió de hombros.

—¿Cómo sabes que están fingiendo?

—Bueno, no siempre lo notas. Pero...

Lucille se encogió hasta hacerse muy pequeña: un montón de costillas y caderas, cruzado por unas canillas.

—Solo quiero que estés contento.

—Estoy bien.

Jakob le rodeó los hombros con el brazo.

—No pasa nada. No importa.

—Claro que importa.

Ella le apartó el brazo encogiéndose de hombros. Jakob se sintió como si la estuviera torturando para obtener una información que no tenía.

—Por favor, no te preocupes por eso.

—¿Cómo no voy a preocuparme?

—Te prohíbo que te preocupes —añadió él, esperanzado.

—¡Ja!

Tratar de hacerse el gracioso no siempre daba resultado con Lucille, que se ponía a cavilar y daba vueltas y más vueltas a las cosas.

—¿Cómo sabes que las otras no estaban fingiendo?

Aquello agotó su paciencia. Se levantó de la cama de un salto.

—¡Sí, tienes razón! ¡Fingían *todas*!

Salió de la habitación hecho una furia, en cueros, y cerró de un portazo. Clara estaba pasando el fin de semana en casa de sus padres.

—¿Todas? —gritó Lucille a su espalda—. ¿Todas?

* * *

Jakob empezó a temer las noches que pasaban juntos. Intentó convencerse de que no importaba, pero Lucille era demasiado franca para soportarlo. Le acusó de mostrarse distante e insatisfecho, de ser tan hermético que nunca sabía qué estaba pensando. Afirmó, pese a que le diera vergüenza admitirlo, que quería casarse y, cuando él se quedó callado, le acusó de no tener deseo alguno de sentar la cabeza o, lo que era aún peor, de no querer comprometerse con ella. Él sabía que todos sus reproches estaban justificados, pero no creía que, con la excepción del último, justificaran las quejas de Lucille. A su modo de ver,

haciendo tanto tiempo que se conocían, ya debería entenderle.

—No puedo contarte todo lo que se me pasa por la cabeza, Lucille. Yo no necesito saber qué estás pensando a cada segundo.

—No. —Se rio con amargura—. Porque a ti no te importa. No estoy diciendo que quiera saberlo siempre. Pero te muestras... inalcanzable con tanta frecuencia que no puedo evitar pensar que preferirías estar en otra parte. O... con otra persona.

—No quiero estar con nadie más. Me gusta estar contigo, tal y como eres. Bien sabe Dios que no soy perfecto. ¿No podemos ser imperfectos juntos?

* * *

Había, sin embargo, otra cosa que le inquietaba y que a menudo hacía que se mostrara distraído y distante: había empezado a visitar a su padre. Durante años había buscado excusas para no acompañar a Hendrik en sus excursiones a Blackwell's Island. Normalmente su trabajo le ahorraba el tener que molestarse en buscar un pretexto. Muchas semanas después de la llegada de aquella primera carta, y al poco tiempo de terminar los exámenes finales, los dos hermanos tomaron el ferri para ir al asilo. Aguardaron vestidos con sus ropas de domingo, rodeados por visitantes que hablaban en susurros y se movían con parsimonia. Los familiares esbozaban tensas sonrisas, y el personal del asilo respondía con ásperas trivialidades. No parecía, en conjunto, un mal sitio, a pesar de que bajaron la voz y suavizaron sus gestos, como si no quisieran sobresaltar a los internos. Pero conocer a Arent de Beyn, cómo no, les impresionó profundamente.

El hombre que decía ser su padre parecía físicamente vigoroso (era alto, rubicundo y poseía una buena mata de pelo que le brotaba de la frente) y les saludó sin entusiasmo, pero con lucidez. Tenía el aspecto que sin duda tendría Hendrik en un futuro. Jakob se alegró vivamente de no haber salido a él. Un auxiliar les aseguró que sabía que eran sus hijos. Dieron un paseo por el jardín y Arent les indicó las vistas del río East y los árboles de Manhattan, a lo lejos. Hablaba sin emoción alguna. Escuchó educadamente cuando Hendrik le habló de Bettina, del bebé y de sus negocios, y cuando persuadió a Jakob para que le hablara de sus estudios, pero resultaba imposible saber si entendía lo que le decían. Llegado cierto momento, se volvió hacia ellos y siseó:

—¿Han visto a mis hijos? ¿Me avisarán si los ven? Intentan matarme.

Jakob miró a Hendrik horrorizado, como pidiéndole una explicación. Él no

había querido venir.

—Claro que le avisaremos —contestó su hermano cuando consiguió recuperar el habla.

Poco después, Jakob se marchó para hacer su primer viaje de prospección al Oeste.

* * *

Tras la muerte de Frank, decidió esforzarse un poco más. Empezó a visitar regularmente a su padre cuando estaba en casa. Al menos, después de aquella primera carta, no volvió a hablarse de sacarle del asilo. Arent era inofensivo, pero impredecible. Había desarrollado un miedo obsesivo a morir de hambre y se había puesto muy gordo. Jakob había aprendido a no intentar dirigir la conversación. Dejaba que Arent divagara por sus temas favoritos: la comida, la pesca, los ladrones que eran sus vecinos. A veces conseguían mantener una charla coherente acerca de la pesca con mosca, que a Arent le gustaba especialmente. Así era como le llamaba Jakob para sus adentros: no su padre, porque ignoraba qué implicaría eso, sino Arent, un viejo y excéntrico holandés al que se sentía ligado por un deber molesto y pegajoso. A veces, sorpresivamente, como si de pronto le hubieran visitado los ángeles, la cordura se abría paso en la mente del viejo, que, inclinándose, le ponía la mano en la rodilla y le decía:

—Eres igualito que Annette... Increíble.

En esos momentos, a Jakob se le helaba la sangre en las venas y las preguntas se le agolpaban en la cabeza. Luchaba frenéticamente por decidir cuál era la más importante, qué era lo que, por encima de todo, necesitaba saber. Pero antes de que lograra llegar a una conclusión, Arent volvía a desorientarse y, mirando a su alrededor, preguntaba:

—¿La has visto? Estaba ahí hace un momento...

Lucille era una de las pocas personas que sabía que su padre estaba loco. Se ofreció a ir con él a Blackwell's Island. Jakob se sintió conmovido por el ofrecimiento, pero lo rechazó. No quería que viera aquello, que asociara con él aquel lugar.

* * *

Recibía, además, cada dos meses una carta de Inglaterra que conseguía que se olvidara momentáneamente de su entorno embrollado e imperfecto y le hacía

levantar el vuelo rumbo al Norte. Las cartas de la señora Athlone solo traslucían amistad, y sin embargo Jakob sentía un estremecimiento de placer cada vez que veía su letra, un eco del vínculo que, como una chispa, cobró vida en Neqi. Ya no sabía si se debía a una atracción física —¿qué podía significar eso, después de tanto tiempo?— o al hecho de que Flora Athlone le conectaba con algo que amaba profundamente: era un nexo de unión con el tiempo que había pasado en el Ártico, su mayor aventura, sus aspiraciones futuras. Intentaba convencerse a sí mismo de que no significaba nada, pero guardaba celosamente sus cartas, una de esas facetas secretas suyas de las que se quejaba Lucille y que temía, quizá con razón.

El otoño anterior, antes de marcharse de viaje de prospección a Arizona para seis meses, Jakob había puesto fin a su relación. Ella reaccionó con dignidad y él fue sumiéndose poco a poco en una depresión. Mientras estaba en el desierto, se preguntaba si había cometido un error, si no debería haberle pedido matrimonio. A fin de cuentas, ¿no era eso el matrimonio, un compromiso? La gente, su hermano, sin ir más lejos, decía que había que esforzarse porque funcionara, que las principales ventajas eran la compañía y la comodidad, que la atracción física era un base inestable para una unión de por vida, que no se podía esperar que la pasión durara más allá de unos meses... En cuyo caso, concluía Jakob, aunque solo lo pensara para sus adentros, ¿para qué casarse?

A su regreso a Nueva York, hacía unas semanas, había visitado a los Urbino confiando en ver a Clara. Pero no estaba allí y sus padres parecieron reacios a darle noticias suyas. Ello le entristeció. Clara parecía haberle perdonado su metedura de pata inicial con Lucille, pero, cuando empezaron a salir juntos, se distanció de ambos y comenzó a mostrarse esquiva y distante. Por una razón o por otra, nunca estaba disponible.

* * *

Ahora, agarrado al catre de su camarote barato, Jakob tiene tiempo de meditar largo y tendido acerca de su existencia egoísta e irresponsable. Estos accesos de melancolía le asaltan cada vez con más frecuencia desde que murió Frank. La sensación de que debe regresar al Norte no remite, pero está más lejos que nunca de poder hacerlo. ¿Qué es, en realidad? ¿Qué ha logrado? Es un geólogo itinerante sin casa propia, sin familia, sin ingresos ni empleo fijos. Más de una vez, para consternación de Hendrik y Bettina, ha rechazado un puesto de profesor que amenazaba con atarle a un lugar. Evita trabar lazos sentimentales

duraderos. Ha estado viviendo en un estado de desarraigo permanente, siempre dispuesto a regresar al Norte, sin poder volver. Y ha cumplido ya treinta años: no puede escudarse en su juventud.

Entonces, a su regreso de Arizona, leyó en el periódico que Lester Armitage estaba a punto de partir con intención de alcanzar el Polo Norte. Tras reunir los fondos que necesitaba, había comprado y armado un barco, el Polar Star, capaz, al parecer, de abrirse paso entre la banquisa más gruesa para llegar a la costa septentrional de Groenlandia. Hasta entonces Jakob se había consolado pensando que, aunque él no pudiera viajar al Ártico, el hombre al que consideraba el verdugo de Frank, y por tanto su enemigo, veía igualmente frustradas sus aspiraciones. Un consuelo absurdo.

* * *

Por debajo de él, en las bodegas del Etruria, el ronco girar de la hélice flaquea y cambia de tono. En su camarote, la luz eléctrica, que emite un zumbido constante, parpadea y se apaga. Se hace una oscuridad total. Jakob espera aguzando el oído: todo está extrañamente silencioso. Se han parado los motores. Observa con curioso desapego que tiene los músculos agarrotados. ¿Se está escorando el barco más que antes? Piensa en levantarse del catre, pero le fallan las fuerzas, o la voluntad. Siente una sacudida cuando otra gigantesca masa de agua choca contra el casco del buque. Su catre está en la parte inclinada del camarote, y una fuerza enorme parece oprimirle contra él.

Piensa: «Se acabó». Empiezan a sudarle las axilas y la entrepierna, y de pronto, como proyectado por una catapulta, se halla de nuevo en casa de los Koppel, en aquella habitación compartida donde despertaba angustiado por pesadillas en las que se ahogaba. El agua, el frío helador, la oscuridad que tira de él hacia el fondo... El barco se está yendo a pique. Pero esta vez no es una pesadilla, no habrá despertar. Lo gracioso es que las pesadillas no eran un eco de la muerte legendaria de su padre, sino una premoción de la suya.

Pasillo abajo se oyen chillidos afilados como agujas. Golpes sordos e irregulares, pies que corren y se tropiezan. Gritos de alarma, órdenes, preguntas. Tras unos segundos de parálisis, una sensación curiosa pero efímera, Jakob se levanta del catre y sale a tientas del camarote. En ese momento, el pasillo se nivela y empieza a escorarse hacia el otro lado. Es decir, que recupera la normalidad. Las luces eléctricas vuelven a zumbiar y se encienden de nuevo. Ve a un camarero que trata de tranquilizar a una pareja y, a través de la puerta

esmerilada de lo alto de la escalera, la luz del día.

—¿Va todo bien, señor? —pregunta el camarero inglés con un acento áspero y llano. Parece contento—. No hay de qué preocuparse. La tormenta está amainando. Pronto saldremos de ella.

—¿Qué ha pasado con la luz?

—Al generador le da un poco el hipo a veces. Se sobrecarga si todo el mundo tiene la luz encendida. Pero ya está otra vez en marcha. ¡Ya va todo bien!

—Gracias. Pero los motores... ¿se han parado?

El camarero ladea la cabeza.

—No. Es todo perfectamente normal, señor.

—Ah..., ya. Gracias.

—Señor... Señor, ¿qué le ha pasado en la cabeza?

* * *

En cubierta tiene que agarrarse a la barandilla para sostenerse en pie. El mar es un caos: cerros de agua oscuros como el pedernal se alzan en todas direcciones. El horizonte sigue bamboleándose frenéticamente, pero un tajo azul claro ilumina el cielo por el este. Quizá no esté destinado a ahogarse, después de todo. Agarrándose a la barandilla con una mano, se toca el chichón tumefacto de la frente con la yema de los dedos. Le zumba la cabeza como los motores que tiene bajo los pies. El médico le ha dado «algo para el dolor». Tiene el frasco en el bolsillo, pero decide no tomárselo. Un poco de dolor no viene mal.

Capítulo 29

Liverpool, 53° 24' N, 2° 58' O

Abril de 1895

La lluvia no ha cesado de salpicar las ventanas del tren desde que partió de la estación de Marylebone. Cuesta creer que es primavera: son pocos los árboles que empiezan a echar hoja y en los campos embarrados aún no crece nada. Gruesas nubes se agolpan contra la tierra, sin decidirse entre la niebla y la llovizna. El paisaje gris apenas merece una ojeada, y sin embargo Flora no consigue concentrarse en su libro, ni en su trabajo, y mira por la ventana.

Ha quedado en visitar varias empresas que fabrican alimentos en conserva, dejándoles caer la posibilidad de abandonar su acuerdo con Kemp's si se ofrecen a abastecer gratuitamente a la expedición. Tiene que hacer muchos viajes como este, ahora que Freddie vive prácticamente encerrado en casa. Le ha dado su bendición para que viaje y negocie por su cuenta. Sus vidas transcurren casi siempre por caminos contiguos pero separados. Freddie mantiene una amplia correspondencia: su destreza para entusiasmar y persuadir a los demás no tiene parangón, y su dedicación a la carrera de Flora no parece haber menguado lo más mínimo. Se ven todas las tardes en torno a las seis para intercambiar noticias acerca de patrocinadores, promotores y cuestiones presupuestarias. Antes, Flora solía preguntarse por qué hacía todo aquello Freddie, teniendo en cuenta que sus aspiraciones se habían visto truncadas de forma tan cruel, pero su marido afirmaba que, si no lo hacía, lo que había perdido no serviría para nada. Flora piensa en él con enorme ternura. Esta mañana no le ha visto. Anoche le dio un beso en la frente y le dijo que escribiría. Tiene muchas fábricas que visitar. Si algunas están en Liverpool, no es culpa suya.

* * *

Un coche de punto la lleva de la estación al hotel Adelphi atravesando calles ofuscadas por la lluvia reciente. Una niebla amarillenta se cuela dentro del coche. El aire parece más frío aquí que en Londres. Mugriento y húmedo, se le

pega a la piel. Incluso en la habitación del hotel, con el fuego encendido, se deja sentir un tufo a hollín, a mar y a cañerías que lo invade todo. Deshace la maleta y cuelga el salto de cama nuevo, con dibujos chinos en suaves tonos de azul, que compró el sábado pasado. Se lava la cara y las manos y luego se desabrocha la chaqueta y la blusa para pasarse un paño por las axilas. Aun así, se siente sucia. Retira las mantas de la cama para que el colchón se oree; las sábanas parecen húmedas, o puede que solo estén frías. De pronto le fallan las fuerzas. Se sienta al escritorio que hay junto a la ventana. Tal vez se mejore si repasa el listado de las provisiones que necesitan. Pero la lista de suministros flota vagamente delante de sus ojos: mermelada, ternera en conserva, zanahorias. Zumo de lima. Cacao.

Lleva otro trozo de papel en el bolsillo interior y ahora lo saca y lo mira, como ha hecho en incontables ocasiones. Es una carta escrita en enero, desde un lugar de nombre improbable: Flagstaff, Arizona. Habla de planes de viajar a Suiza para pasar el verano. Y da detalles de un barco correo, el Etruria, cuya llegada al muelle de Liverpool está prevista para mañana. Él le cuenta que piensa alojarse unos días en el hotel Victoria. Pero, dado que también le dice que espera visitarla en Londres, resulta llamativo que le cuente con tantos pormenores dónde piensa alojarse en Liverpool. Ahora que está aquí, le parece menos significativo. A simple vista, es una carta neutra. ¿De veras puede intuirse algo más en ella? En su respuesta, Flora expresaba cordialmente su esperanza de verle en Londres. Desde entonces, no han vuelto a escribirse.

Esa noche permanece despierta, diciéndose que, aunque se esté comportando como una necia, poco importa. No ha hecho nada malo. Nada en absoluto. El salto de cama de seda parece acusarla desde el ropero. Todavía está a tiempo de no hacer nada, y nadie se enterará.

* * *

Al día siguiente es diecisiete, la fecha prevista para que el Etruria llegue a puerto. Flora escribe una nota dirigida al señor De Beyn, en el hotel Victoria. Tras entregarle la carta al recepcionista, sale del Adelphi casi ciega de ansiedad, sin darse cuenta de que un coche de punto está a punto de arrollarla cuando cruza la calle, ni oír los gritos subsiguientes. ¿Qué ha hecho? Le ha propuesto una cita para tomar el té en Palm Court.

El día pasa despacio, y los extraños parecen lanzarle continuas miradas de censura. Se siente demasiado inexperta en intrigas para saber cómo ha de

comportarse. Está claro que, pese a su sofistería, se siente culpable de algo. Se dice una y otra vez que no va a hacer nada malo. Tomar el té con un amigo. Con un conocido. Y, además, él no vendrá.

Después de comer da una vuelta por unos grandes almacenes, mirando distraídamente sombreros y guantes. Cuando la invitan a admirar un nuevo conjunto de ropa interior recién importado de América, compra impulsivamente un par de prendas, como si fueran una especie de talismán. La dependienta opina que combinan perfectamente con su color de pelo y de piel. Flora tiene la sensación de que le lanza una mirada cómplice al decir esto. Fuera, se para a mirar a un organillero y a su mono, un animalillo sabio y de ojos tristes. Echa media guinea en el bombín vuelto del revés del organillero para que le dé buena suerte, y la gratitud que ve reflejada en la cara del hombre la avergüenza.

A las tres está de nuevo en su habitación del Adelphi. Se desviste, se lava y se pone su ropa interior nueva. Las prendas son de seda verde clara, descaradamente caras. Parece una actriz, piensa. Se las quita y las tira al suelo del ropero. Se pone la misma ropa que antes. Casi no son amigos. Simplemente, se han escrito sobre temas de interés para ambos. Lo que sintió en Groenlandia, una sensación que no consigue definir, fue hace tres años. Nunca ha salido a relucir en sus cartas. Las tres y media. El tiempo se ha ralentizado, y desearía que aún fluyera más despacio. A las cuatro en punto, sigue en la habitación esperando a que el minuterero se aleje de la vertical. Llegará un poco tarde. De hecho, ¿qué sentido tiene ir, si no habrá nadie a quien le importe que llegue o no?

A las cuatro y cuarto está sentada sola en Palm Court. De modo que así van a ser las cosas. Trata de no mirar el reloj, de no atormentarse con cada minuto que pasa, marcado con agónica desgana, como si el minuterero se burlara de su presunción. Una especie de aflicción invade todo su cuerpo. A las cuatro y media, adopta un aire resuelto, calándoselo como una armadura, y se marcha como si tuviera algún sitio adonde ir.

Lee en el periódico de la tarde que la llegada del Etruria se ha retrasado debido al mal tiempo. Al principio, se apodera de ella una oleada de alivio. Pero, con la misma brusquedad que ha llegado, refluye. La noticia no la consuela tanto como debería. ¿Podrá soportar un día más así? Acostumbrada a resistir y sabedora de que lo insoportable no desaparece simplemente porque así lo deseemos, sube trabajosamente a su habitación.

* * *

Al día siguiente sigue aguantando, consciente aún de que la perversidad o la humillación están a la vuelta de la esquina. O puede que lo que esté a la vuelta de la esquina sea la felicidad. ¿Será posible? Poco después de las cuatro, decide que debe ir a Palm Court, porque no hacerlo sería una cobardía, la admisión de una derrota que no puede ser indiferente.

Desde el vestíbulo, mira las mesas separadas por maceteros. Ve a un joven de cabello cano sentado a solas, lejos del piano. Lo primero que piensa es: «No es él. No puede ser él». Y luego: «¿De veras me ha torturado la angustia por *eso*?». Y a continuación: «¿Qué he hecho?».

El hombre levanta la vista cuando un camarero se acerca con una bandeja. Habla con él, sonrío y el camarero le devuelve la sonrisa. Flora recuerda lo irresistible que es su sonrisa. Entonces él mira a su alrededor y la ve. Se levanta. Flora se obliga a cruzar la sala y él da un paso hacia ella. Ha dejado de sonreír y ello le da valor. «Si no le importara», se dice Flora, «me sonreiría como ha sonreído al camarero».

Dicen cada uno el nombre del otro. Se estrechan la mano. A Flora, la de él le parece fría a través del guante.

—Cuánto me alegra que volvamos a vernos —dicen al mismo tiempo.

—Le debo una disculpa, señora Athlone. Hace solo una hora que caí en la cuenta de que escribí la nota ayer. Tonto de mí.

—Me enteré por el periódico del retraso del Etruria. No importa. Y, en todo caso, siempre tomo el té aquí.

—¿La estoy importunando? Tal vez tenga otros planes.

—No, nada de eso.

Flora consigue sonreír por fin y se sienta en la silla que le aparta él. Jakob ha envejecido, piensa. ¿O es que está más delgado? Puede que sea el pelo, más canoso de lo que recuerda. Su cara sigue siendo la misma: una cara agradable a la vista, expresiva y mudable. ¿Es el hecho de que vaya completamente afeitado lo que hace que parezca menos precavido y reservado que la mayoría de los hombres? Los hombres suelen ocultar sus inseguridades con bigotes y patillas. Su rostro desnudo, en cambio, parece asequible a la duda. Tiene ojeras —ojeras, no, hematomas— y su frente parece...

—¿Qué le ha pasado en la cabeza? Tiene una magulladura.

—Ah, esto —Se toca la frente y sonrío—. Me temo que no estoy muy presentable. Me atacó la puerta de mi camarote. Hubo una borrasca que duró

todo el viaje. Por eso nos retrasamos. Debería haberle escrito esta mañana...

—No tiene...

Se paran ambos. Han hablado al mismo tiempo.

—Me alegré mucho de recibir su nota...

El camarero tose discretamente junto a su hombro.

Mientras Jakob le habla de la travesía, Flora mira su mano izquierda, su dedo meñique, más corto de lo normal. Él se da cuenta y cierra la mano.

—Nunca le di las gracias como es debido al doctor Seddon, y a usted, por atenderme aquel día. Sabe Dios qué habría pasado de no estar ustedes allí.

—Me alegro de haberle sido de alguna ayuda. Ojalá hubiéramos podido hacer más.

Nota que ese recuerdo le entristece. Pero también reafirma el vínculo entre ellos. Se hace un silencio.

—Creo que no se lo he dicho: leí el libro del señor Armitage.

—¿Ah, sí?

Flora no le dice que leyó y volvió a leer los pasajes en los que se le mencionaba a él. Sin pretenderlo conscientemente, parece haberse aprendido de memoria párrafos enteros.

—¿Qué le pareció?

—Me pareció que estaba muy ansioso por acaparar todo el mérito.

—Bueno, el libro es suyo.

—Sí, pero ninguna expedición sale adelante gracias a un solo hombre. A veces se diría que estaba solo allí.

—Creo que, en su opinión, lo estaba.

Flora advierte la tensión que se apodera de él al mencionarle el nombre de Armitage.

—Entonces, ¿se dirige a Suiza? —pregunta para cambiar de tema.

—Sí. He estado carteándome con un tal profesor Birkel. Sus trabajos sobre los glaciares alpinos son excelentes y ha tenido la bondad de invitarme a pasar tres meses con él. Demuestra mucho valor, ¿no le parece?

—¿Valor? ¿Por qué? —pregunta ella, distraída.

—Bueno, porque no me conoce. Puede que mi compañía le crispe los nervios.
—La mira divertido.

Horrorizada por su falta de perspicacia, Flora no consigue dar con una respuesta. Está deprimida. ¿Acaso no tienen nada en común, fuera de su interés por el Ártico? ¿Está decepcionando a Jakob?

Él pregunta cuánto tiempo va a quedarse en Liverpool. Ella vacila.

—Unos días. Depende...

—¿Depende? ¿De qué? —Se inclina hacia delante, muy serio.

—De... Tengo que ver a un par de posibles patrocinadores.

—Ah, claro. —Otro silencio incómodo—. ¿Qué tal progresan sus preparativos?

—Despacio. No creo que podamos salir el verano próximo. Quizá dependa del resultado de la nueva expedición de Armitage. De pronto parece que solo se piensa en el Polo. Todo lo demás parece... inferior.

—Sí. Así es.

La frialdad de su tono es palpable. A Flora le inquieta darse cuenta de que siente una profunda antipatía por Lester Armitage. Ello parece indicar cierta mezquindad de carácter. Jakob tiene defectos, y ella quiere que sea del todo admirable...

—¿Y los suyos?

—¿Disculpe? —Él ha estado mirando su taza de té.

—Sus planes de regresar al Norte. Creía que había encontrado un patrocinador, ese tal señor Welbourne.

—Ah, sí. Como usted, no estoy seguro. Este año el señor Welbourne se ha ido a África de cacería. El mundo entero es su coto de caza. Puede que el año que viene, aunque no hay nada seguro.

Posa la mirada en la mesa, igual que ella. El mantel es de damasco, con estampado de rosas y unos frutos redondos: puede que cerezas o ciruelas.

Podrían ser desconocidos que se ven por primera vez. Charlan de esto y aquello. Flora ya puede ver cómo se estrechan la mano tras vaciar la tetera, cómo se despiden y se alejan con un sordo sentimiento de alivio. En el Ártico no eran así, ¿o sí? Ni en sus cartas. Él la sorprende mirando hacia la puerta. ¿Está dolido o aburrido? Piensa: «Tengo que decir algo para dejar claro que recuerdo lo de Neqi, aunque no sucediera nada. Pero ahora estamos aquí, *aquí*, los dos».

—Señora Athlone...

—¿Sí?

—Flora...

El hecho de que la llame por su nombre de pila la sacude como una corriente eléctrica. Sus ojos se encuentran y ella tiene la sensación de escaldarse. Jakob baja la voz y añade rápidamente:

—¿Puedo llamarte así? Así es como pienso en ti. Tengo que preguntártelo. El hecho de que estés aquí, en Liverpool, ahora... ¿es solo una coincidencia?

La pregunta, a pesar de todo, la llena de angustia. Comienza a articular un

pretexto, una risa disuasoria. Pero se concentra en sus manos, fibrosas, morenas, de uñas cortas y rotas, y dice cerrando los ojos:

—No.

Él deja escapar el aire que ha estado conteniendo.

—Confiaba en que no lo fuera. He pensado a menudo en aquella vez en Neqi. Quizá no estés de acuerdo, tú dirás si es demasiada presunción por mi parte, pero cuando nos conocimos sentí que había... afinidad entre nosotros. ¿Te parezco presuntuoso?

Flora siente que la está mirando, pero no se atreve a levantar los ojos.

—No. Yo sentí lo mismo.

—Pero... —Ella le oye sonreír: intenta quitarle hierro al asunto—. Soy consciente de que ha pasado mucho tiempo desde entonces y, si te arrepientes de haber venido, no pasa nada.

Al levantar la vista, Flora se lleva otra sorpresa. Ve en su cara deseo y duda, el temor al rechazo.

—¿Tú te arrepientes? —pregunta en voz baja.

En ese instante, todas sus dudas y sus reparos se desvanecen, sustituidas por un miedo angustioso.

—No, no me arrepiento en absoluto.

Flora siente que una especie de rubor se extiende por todo su cuerpo. No se da cuenta de que está sonriendo.

—Yo tampoco.

Jakob sonrío. Parece encantado, y su rostro vuelve a ser el de siempre. Su mirada la reconforta. La forma en que se arrugan sus mejillas cuando sonrío... Eso nunca podrá olvidarlo.

—Temía que te llevaras una decepción al volver a verme. Que pensaras: «Pobrecillo, qué lástima da, con ese pelo de viejo».

—No.

Ella mueve los dedos hasta posarlos ligeramente sobre su mano, encima de la mesa. Hasta el reloj parece contener la respiración. Flora aparta la mano y ambos se echan hacia atrás en sus sillas y observan el nuevo mundo que los rodea.

—¿Tienes algún compromiso esta noche?

—No —contesta ella aterrorizada, los ojos fijos en el mantel. Recordará su dibujo mientras viva.

—Entonces, ¿me concederías el honor de cenar conmigo? —pregunta él con una cortesía tan cómicamente exagerada que Flora se echa a reír.

* * *

Es un alivio poder pasar un rato sola en su habitación. No le cabe duda de que se entienden, pero esa certeza engendra una nueva ansiedad. Está a punto de cruzar una frontera, de adentrarse en un país nuevo y peligroso cuyas costumbres desconoce. Observa su reflejo buscando señales de depravación, la marca dejada por un hierro candente, quizá, pero solo ve las imperfecciones del espejo, como si su rostro tuviera menos solidez que el vidrio. Levanta la barbilla. Su cara parece difusa, irreal. Tiene la sensación de estar cayendo.

* * *

—¿Quieres que demos un paseo? —pregunta Jakob cuando salen del restaurante, ya de noche. Mira la niebla, que se ha espesado mientras cenaban—. Te diría que podemos tomar un poco de aire fresco, pero no estoy seguro de que sea posible.

Le ofrece el brazo y ella lo acepta, consciente de la firmeza de su bíceps a través de su propio guante y de la manga de él. Procura, sin embargo, no arrimarse demasiado a él al caminar. Andan ambos más despacio de lo que querrían, pero, claro, no saben a dónde van. La niebla los confunde, hace que las calles por las que han pasado antes les parezcan extrañas, desconcertantes.

—Por aquí, creo. En Groenlandia la niebla nunca era así, ¿verdad? A veces era violeta, o amarilla, pero no recuerdo que fuera marrón.

Trata de tranquilizarla. Flora apenas ha logrado probar bocado, no tiene ni idea de qué tenía en el plato ni de qué han hablado, y se ha pasado con el vino. Solo ha conseguido mirarle a los ojos un instante, como si su mirada la empequeñeciera. El corazón le late tan fuerte que está segura de que se ve a través de la chaqueta.

—Creo que la calle mayor está por aquí abajo. Flora, ¿estás bien?

—Sí, es solo que...

Le mira y se lleva la mano al esternón. Le cuesta respirar. Jakob se para y la mira preocupado, sosteniéndola ligeramente del brazo con una mano.

—Estoy seguro de que solo quedan unos minutos para llegar a tu hotel. Te acompaño. Mañana, si quieres, podemos...

Como una sonámbula, se acerca flotando a él —no recuerda haber dado ni un paso— y le besa, se choca con su mandíbula y se retira cuando él se vuelve hacia ella, y entonces sus bocas se encuentran. No había previsto este momento, no

exactamente, pero es consciente de que sus labios son primero fríos y luego calientes, secos y después húmedos, como mantequilla dentro de su boca, y piensa: «Sí».

Un hombre que pasa por su lado como surgido de la nada masculla un impropio que no alcanzan a entender, pero cuyo tono de censura es inconfundible.

Flora se aparta, de nuevo no se atreve a mirarle a los ojos.

—Tengo la sensación de que todo el mundo lo sabe —susurra.

—No lo saben. Y en todo caso no les importa.

—Pero ¿de verdad es posible?

—Todo es posible. Todo lo que quieras.

Ella levanta los ojos por fin.

—Flora, da la impresión de que estás sufriendo y yo no quiero hacerte sufrir.

Vamos, te acompaño a tu hotel.

Ella fija los ojos en su hombro humedecido por la niebla.

—¿Podemos ir a tu habitación?

Jakob parece visiblemente alarmado.

—¿Ahora? ¿Estás segura?

Casi le dan ganas de reír al ver su expresión. Asiente con un gesto.

—Si tú quieres, claro.

Su rostro cambia, y sonrío.

—Quiero. Pero preferiría no verte así, como si te estuvieran llevando a la perdición.

Hasta este momento, Flora no ha pensado concretamente si le desea o no. Ahora, sin embargo, lo sabe. Quiere hacerle gozar y, con un poco de suerte, gozar ella también, aunque no confía en que sea posible. Se besan otra vez, más despacio, y ella abre la boca. La lengua de Jakob remueve algo de ella, engendrando un palpitante desasosiego. Ha posado las manos sobre su espalda y las mantiene pudorosamente quietas. Media entre ellos un espacio incómodo. Flora quiere enlazarle la cintura con los brazos; quiere sentir el roce de su cuerpo y, al arrimarse a él, al abrigo de su chaqueta, Jakob la estrecha entre sus brazos. Con una sacudida de emoción, ella siente su erección pegada a su vientre y se aprieta contra ella. Su propia audacia la excita. La hace pensar que, en efecto, es posible.

Cuando se apartan por fin, Jakob mira su cara con ojos tiernos, ligeramente turbios, un poco avergonzado por la prueba palpable de su excitación.

En medio de un silencio cómplice, se dirigen al hotel Victoria cogidos del

brazo. Al menos esa es su intención, pero tras doblar un par de esquinas comprenden que se han perdido. Los edificios son más destartalados; las escasas farolas emiten una luz más débil. Huele a alcantarillas.

—Puede que por aquí... Voy a preguntar a alguien. —Jakob echa a andar con paso decidido, pero las calles están desiertas y no hay luz en las ventanas.

Un gato enorme y fofo, de ojos como el azufre, los mira con desprecio agazapado en un alféizar.

—Creo que deberíamos ir por allí. —Flora señala hacia la izquierda.

Jakob sonríe desmayadamente.

—Quizá. Esto no debería ser muy difícil. A fin de cuentas, somos exploradores.

Flora hipa de risa y, como está nerviosa y se han perdido, y el hipo no es una forma de expresión educada, empieza a reírse y ya no puede parar. Jakob también rompe a reír. El gato les da la espalda moviendo el rabo.

—Puede que nos muramos de hambre...

—En los callejones de... ¿Dónde estamos? ¿En Liverpool?

—Encontrarán nuestros huesos dentro de muchos años, devorados por los... —un grupo de jóvenes con bombín aparece al fondo de la calle—... lechuguinos.

Jakob baja la voz cuando pasan junto al hombre más cercano, cuyos ojos recorren a Flora con una mirada ansiosa desde una cara pálida y plana como una losa.

—Creo que me has traído aquí a propósito, y que ahora tus compinches van a tenderme una emboscada, a mí, a un turista ingenuo, y a robarme... Pues van a llevarse un buen chasco.

—Yo no tengo compinches. —Flora le sonríe—. Y no creo que seas un turista ingenuo.

Al llegar al final de la calle siguiente, reconocen la avenida. Hay más luces y coches de punto; un empleado del gas reparando una farola; gente. Y allí, a lo lejos, está el hotel Victoria, incandescente como un fanal que señalara el pecado. La burbuja de risa que Flora siente en la garganta se desvanece.

Jakob le dice que entre primero. Ella pasa delante del mostrador con el corazón desbocado, pero nadie la mira al pasar. Jakob se reúne con ella en el descansillo. La coge por el codo y echan a andar por el pasillo en silencio, como una pareja cualquiera que tuviera algo en mente, o nada en absoluto.

* * *

Jakob aviva el fuego e insiste en que Flora ocupe el sillón de delante de la chimenea. Ella acerca las manos a las llamas. Él abre el ropero, saca una botella de vino y dos copas y las ofrece haciendo una irónica reverencia.

—Ah, gracias.

Flora acepta una copa de vino. En realidad no le apetece, pero sostener la copa le permite ocuparse en algo. Jakob se sienta en la alfombra, cerca del sillón. Ella piensa: «No es la primera vez que hace esto».

Entrechocan sus copas tímidamente, aunque ninguno de los dos puede o quiere brindar. Han dejado atrás la cháchara insignificante, sin llegar a otra parte. Flora mira hacia la ventana. Las cortinas están corridas. No se ven las estrellas y, aunque se vieran, no serían de ninguna ayuda. Ella, que se siente segura en el mar sin necesidad de jalones que le marquen el camino, aquí está perdida. Bebe un sorbito de vino y acaba llenándose la boca. Reza: «Ayúdame, quítame el miedo».

Por fin, aunque es posible que solo haya pasado un minuto, Jakob le quita la copa y la deja sobre la mesa. Se arrodilla frente a ella y coge su mano entre las suyas. Flora nota sus callos de geólogo, la diferencia entre su mano y las de él.

—Si has cambiado de idea, no pasa nada.

Flora niega con la cabeza. Se lleva sus nudillos a los labios y siente sus montículos, su piel curtida. Jakob vuelve la mano para tocar su mejilla y roza su cara con la rugosidad de su piel. Ella acerca la cara a la suya y siente el olor a jabón y a tabaco, y esa loción perfumada que emplean los barberos. Luego, sus bocas vuelven a encontrarse.

Flora se desliza en el calor de su boca, nota la amargura del vino, siente la lengua de Jakob pegada a la suya y sus miembros se aflojan. No es un beso seguido de otro, sino un proceso de disolución lento y tenaz que la deshace por completo. Toca el pelo suave de Jakob, siente los huesos de su cráneo, el movimiento de su mandíbula. Él desliza la mano, de su brazo a su cintura, y del epicentro de su caricia brota una llamarada. Flora se aprieta contra él. Jakob sube lentamente la mano hasta tocar su pecho y deja escapar un gemido.

Ella se ve sometida a un complejo y repentino cambio de estado: de lo concreto a lo informe; de lo sólido a lo líquido, sus límites se funden. Sí, sí. Pero ¿y luego qué? Ahoga un gemido y aparta la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Flora le aparta y se levanta de un salto.

—Flora... Lo siento. ¿Estás bien?

Ella ve a un lado el palanganero y al otro la puerta de la habitación, vacila y luego se acerca apresuradamente a la palangana e, incapaz de refrenarse, vomita dentro.

Paralizada por el horror, se inclina sobre el recipiente. El olor a vomito inunda sus fosas nasales de dentro afuera. Un engrudo hecho de vino, de carne sin digerir y de vergüenza tapa la V grabada en el fondo de la palangana. Tose. Le pica la garganta. Jakob está a su lado.

—Pobre mía, ten...

Le sirve un vaso de agua y se lo tiende. No la toca. Ella mantiene los ojos fijos en el vaso. Se enjuaga la boca.

—Flora —dice él en tono angustiado—, lo siento mucho. ¿Estás enferma? Dímelo, por favor.

Ella niega con la cabeza, nota en los ojos la quemazón de las lágrimas. Se aparta un mechón de pelo que se le ha pegado a los labios.

—Lo siento. No sé... Lo siento.

—¿Has terminado? —Jakob la agarra del brazo y la conduce de nuevo al sillón—. Siéntate. —Se muestra tan solícito que su actitud casi resulta cómica—. ¿Tienes calor?

Flora asiente y él abre la ventana tras forcejar un momento con la cerradura y lanzar un impropio. El olor a niebla y carbonilla se mezcla con el olor a vómito. No es ninguna mejora.

—¿Quieres que mande llamar a un médico? —Jakob se agacha a su lado y la mira a la cara. Ella, en cambio, no se atreve a mirarle.

—No estoy enferma. Estoy... muy nerviosa.

Jakob acaricia su mano, indeciso, muy suavemente. Como si su caricia fuera la gota que colma el vaso, una lágrima brota de cada uno de los ojos de Flora. Él rodea sus hombros encorvados con los brazos. Su chaqueta absorbe las lágrimas.

—Lo siento... No... no puedo.

—No pasa nada, no pasa nada —contesta él, y luego la suelta.

Flora se siente abandonada, helada de pronto hasta la médula de los huesos. ¿De esto se compone su moralidad? ¿De la incapacidad de ir contra las normas?

Jakob saca la palangana al pasillo. Ella oye su voz cuando llama a un empleado del hotel:

—Disculpe, mi esposa se ha mareado... —Su voz suena enérgica y autoritaria.

Miente de manera convincente, advierte Flora a pesar de estar aturdida. Las voces se difuminan hasta volverse indistintas. Ella se recuesta en el sillón

tapándose los ojos con la mano. La puerta se abre y se cierra suavemente.

—Van a traer otra palangana. —Jakob se ha quedado junto a la puerta—. Flora, dime qué quieres hacer. Puedo mandar a avisar a un médico. Si quieres quedarte sola, puedo marcharme. O puedo llamar a un coche para que te lleve a tu hotel. Por favor, dime qué prefieres.

Cuando se atreve a mirarle, ve su rostro crispado. El hematoma de su frente parece más lívido a la luz de gas. «Qué ridículos somos», piensa. «Y creemos elegir el curso de nuestras vidas».

—Lo siento, esto es horrible. Me refiero a mí, no a ti. —Se enjuga otra lágrima que resbalaba por su mejilla—. Por favor, quiero que sepas que no me arrepiento de nada. Aunque puede que tú ahora sí.

Él se acerca.

—Lamento que lo estés pasando mal, nada más. Haré todo lo que pueda para que te sientas mejor.

Llaman a la puerta. Jakob coge la palangana limpia y la coloca sobre el mueble. Flora piensa en que la ha llamado su «esposa», en lo impersonal que ha sonado ese título.

—Bueno... —Él espera a que diga qué quiere hacer, pero Flora no lo sabe—. Puede que lo mejor sea que coja otra habitación aquí mismo. Si escribes una nota, iré a buscar parte de tus cosas. ¿Qué te parece?

* * *

Cuando Jakob se marcha, Flora suspira aliviada. Se diría que todas las fibras nerviosas de su cuerpo llevaban horas, días, contraídas. Está aturdida de cansancio. Cierra la ventana para que no entre la niebla. Se lava los mechones de pelo, que todavía apestan. Abre el ropero y pasa una mano por la ropa de Jakob. Es ropa de diario, muy usada. Las únicas prendas nuevas que tiene son las que lleva puestas.

Se suelta el pelo y se lo seca delante de la chimenea. Luego se desviste todo lo rápido que puede, temiendo que él regrese de repente. Se quita la chaqueta y la blusa luchando con los botones; la falda y las enaguas; los zapatos y las medias. Se enjuga otra vez la boca. Se quita la camisola y se queda en pololos y camiseta. La cama está hecha tan prietamente que cuesta meterse dentro. Puede que sepan lo que tramaban, piensa con una risilla histérica. Por fin consigue retirar las mantas lo justo para colarse dentro y se estremece al sentir el frío de las sábanas. Se tumba y se arropa hasta la barbilla. Su corazón se mueve como

un pistón. Al cruzar los brazos y sentir su carne de gallina, se siente asqueada. Piensa en cuadros de odaliscas desnudas lánguidamente tumbadas sobre sábanas de algodón; está claro que en climas más cálidos. Si alguna vez ha creído en la veracidad de esas imágenes, ahora sabe que son falsas. Tirita, pegajosa y asustada. Se pregunta si es esa la sensación que produce el pecado: una sensación de frío y de malestar físico. Creía que sería más fácil.

* * *

El desánimo de Jakob al salir del hotel Victoria se ha disipado cuando llega al Adelphi. Incluso se siente en cierto modo aliviado. Es patético admitirlo; seguramente debe tomárselo como un indicio de que está envejeciendo. No ha dormido más de dos horas seguidas durante la última semana y no recuerda un cansancio parecido a este. Mientras espera a que le bajen el maletín de Flora en medio del calor acolchado del vestíbulo, finge leer un periódico y deja que se le cierren los párpados. El calvario del viaje se apodera de él subrepticamente; aunque haya bromeado con ello, le ha pasado factura. El lujo delicioso de hallarse en tierra firme, del que todavía no se fía del todo... Podría quedarse dormido allí mismo.

Pero, ahora que se encuentra a solas con sus pensamientos, experimenta una efusión de placer y de... ¿de qué más? ¿De esperanza? Tal vez no carezca del todo de méritos, puesto que Flora ha venido hasta Liverpool para estar con él. Al leer su nota esta mañana, una excitación febril se apoderó de su persona y le impulsó a darse un baño y luego a ir a la barbería; una excitación matizada por la angustia de no saber si había entendido bien, o si Flora cambiaría de idea con solo echarle un vistazo. Pero le ha besado; se ha apretado apasionadamente contra su cuerpo... Había una honestidad conmovedora en sus actos, la sensación de que se estaba ofreciendo por entero. Parapetado tras el *Evening Mercury*, Jakob revive el placer exquisito de apretarse contra su cuerpo suave, libre de corsés, y comba involuntariamente la mano como si sostuviera aún su pecho... La hinchazón fluctuante de su pene, que lleva varias horas molestándole, se aviva de nuevo.

* * *

Cargado con el maletín de Flora y con algo de comida que ha comprado en un puesto, llama suavemente a la puerta. No obtiene respuesta. Al abrir ve con

sobresalto, y una sacudida de emoción que electriza sus nervios, que Flora está metida en la cama. Luego se da cuenta de que se ha quedado dormida. Respira roncamente. Ha apagado todas las lámparas menos una, cuya luz arranca destellos a su pelo. Jakob deja el maletín sobre el tocador y está recogiendo sus cosas cuando cambia su respiración. Brinca como un ladrón sorprendida en falta.

—Hola. Voy a llevarme mis cosas a la otra habitación. Está en el piso de arriba: la número veinte. Te he traído algo de comer por si te apetece. Antes casi no has comido.

—Gracias. Por favor, no te vayas aún.

Flora se incorpora, apoyada en un codo. Sus mejillas han recuperado en parte el color. Sus ojos brillan a la luz de la lámpara. El cansancio y el deseo tiran de ella en direcciones opuestas.

—Eres muy amable. Te estoy causando muchas molestias.

—No. —Jakob sonríe, porque evidentemente no es cierto—. Y, en todo caso, yo te estoy causando más a ti, creo.

—No quiero que pienses que esto es... Estoy aquí porque quiero estar contigo.

Se sienta sobre la cama y las mantas caen hasta su cintura. Le tiende la mano. Jakob se acerca, devorándola con los ojos. Una fina camisa es todo cuanto cubre su desnudez. Al coger su mano, advierte su calor y el frío de la suya.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. ¿Hace frío fuera?

—No mucho.

Flora tira de él para que se siente al borde de la cama.

—Nunca he hecho esto, así que es... —Cierra los ojos y respira hondo—. Tengo miedo, pero es solo eso: miedo. Dime que no te repugno.

Él sonríe y niega con la cabeza. Pone la mano libre sobre su pelo. Su cabellera parece pesada, fría, resbaladiza. Debajo, la piel parece arder.

—No, nada de eso. Lo siento, tengo las manos heladas.

Ella se arrodilla en la cama, coge sus manos y se las aprieta. Luego deposita una sobre su pecho. Él contiene la respiración y, al apretar su peso delicioso, siente cómo se crispa el pezón bajo su palma. Flora suspira junto a su mejilla.

* * *

Su cara, sus labios, incluso sus ropas, conservan el frío de la noche. Un extraño temblor recorre a Flora al sentir la aspereza de la tela en sus brazos

desnudos.

Jakob se quita la chaqueta, se desabrocha el chaleco y se desprende de la corbata. Ella apoya la mano en su nuca, nota la tensión de sus tendones, el arranque de su cráneo bajo el cabello frío y suave. Quiere calentar todo su cuerpo.

Se sonríen con timidez. ¡Cuánta ropa llevan! Jakob se quita con esfuerzo los zapatos, los calcetines, los pantalones. La toma en sus brazos. El roce de su camisa interior excita a Flora casi tanto como su erección.

—Flora... —Jakob besa su cabello, su mejilla, su oreja, su boca.

Ella pone las manos sobre su cuello y las desliza hasta su cintura, le levanta la camiseta y él estira los brazos por encima de la cabeza. Tiene el vello erizado. A la luz de la lámpara, sus ojos parecen negros y su torso reluce, blanco. Ella roza sus pezones con las palmas de las manos, acaricia sus costados sintiendo las costillas bajo la piel tersa. Esto está pasando. Jakob amasa sus pechos mirando sus manos como si llevara a cabo una operación de suma importancia. Flora se aprieta contra él. Quiere que la toque por todas partes. Él le baja la camisa por los hombros y besa cada centímetro de su piel que queda al descubierto. Ahora, enseguida: sus labios, su lengua la saborean, la chupan con la insistencia de una pregunta. La respiración de Flora se agita. Ahora se tumba sobre la almohada; ahora levanta las caderas para dejar que le quite los pololos. Él hunde la cara en la carne fresca y tensa de su vientre y masculla algo que ella no alcanza a entender. Pero ¿acaso importa? ¿Debe pedirle que lo repita?

Antes de que pueda decidirse, Jakob se tumba por completo encima de ella. Dice su nombre. Flora se pregunta qué debe hacer o decir, y desliza las manos por los angulosos promontorios de sus omóplatos y la cálida montura de sus riñones mientras él explora su boca con la lengua. El peso y el calor de su cuerpo son extraños, maravillosos. Flora cobra conciencia de qué está hecho: huesos, músculos, tendones, carne, toda esa materia es para ella. Su piel, caliente y ligeramente húmeda, se aprieta contra la suya por la cintura. Más abajo siente la áspera franela y, a través de ella, su erección dura y rígida, apretada contra sus muslos. No se parece a la carne ni al hueso: es otra cosa. Y ahora es lo que desea. ¿Está todavía borracha? Se siente audaz, irresponsable, obcecada. Los ojos cerrados de Jakob se abren cuando le baja la franela por las nalgas. Esto está pasando.

—Espera un segundo...

Se aparta de ella —qué frío hace cuando se aleja—, descuelga medio cuerpo por el borde de la cama, busca algo a tiendas y se echa hacia atrás, concentrado

en desplegar una funda sobre su pene. Le da un tirón para asegurarse. Flora se pregunta si está mal que mire. Luego, se arrodilla junto a ella y acaricia con delicadeza su vientre, sus muslos, la cara interna de las piernas, hasta rozar con la mano su pubis. Ella separa los muslos ansiosamente. Los dedos de Jakob se deslizan dentro de la suave humedad de su sexo y Flora gime. Levanta los ojos y le sorprende ver la silueta angulosa de este íncubo cuya gruesa polla apunta hacia ella, encapuchada. Luego, Jakob se tumba sobre ella y coloca su polla con una mano. A pesar del líquido ardor de Flora, le cuesta. Ella contiene la respiración en la garganta. Nota una quemazón y reza: «No permitas que falle en esto». Jakob tiene los ojos cerrados. Puede que esté concentrado. Duele. Luego, con un penosísimo empujón, pasa y se desliza suavemente hasta la empuñadura. Ella vuelve a contener la respiración, en otro sitio esta vez, y exclama «Ah» en un tono de voz extraño, que nunca antes había salido de su boca. Siente su verga entera dentro de ella. No se parece a nada que haya experimentado antes, y sin embargo una parte de ella piensa: «Sí, esto es lo que pensaba». Cuando abre los ojos, descubre que él también los tiene abiertos, casi pegados a los suyos. No puede moverse. Jakob se queda quieto un momento más como si esperara una señal, pero ella ignora cuál puede ser esa señal. Después, cuando empieza a temer que pase algo malo, que no esté reaccionando como debe o que él haya encontrado algún fallo en su interior —un defecto horrible, culpa suya, sin duda— la besa de nuevo lentamente, llevando la lengua hasta lo hondo de su boca, y Flora tiene la sensación de estar unida a él. Jakob empieza a moverse muy despacio, entrando y saliendo con cuidado como si la acariciara por dentro. Le hace daño, pero no como se lo hacía Freddie. Flora levanta las rodillas —ah, mejor así— y le acoge más profunda y cómodamente en su interior. Agarra sus nalgas y siente la piel fresca y algo áspera, el hondo engranaje de músculo y hueso en la base de su espina dorsal.

El primer arrebato de dolor se ha convertido en algo distinto. Siente la garganta hueca como una cueva. Nota la fricción: está ungiéndole. Jakob comienza a moverse más deprisa. Y, al oír cómo se entrecorta su respiración, cómo sisea junto a su oído, Flora intuye que se aproxima a la meta. Por fin, él sofoca un grito y se aferra a su pecho como si buscara salvación, y ella se siente embargada por una euforia salvaje cuando se estremece y gime en su oído. Siente un palpito dentro de sí y luego, cuando Jakob vuelve a quedarse quieto, tendido sobre ella, jadeando todavía, nota el latido frenético de su corazón contra las costillas, pegado al suyo. Él posa los labios en su mejilla y ella le abraza.

Esto está sucediendo.

* * *

Cuando sus corazones se frenan y se seca su piel, tras cambiar besos risueños y delicados, Jakob se retira de ella, se quita la funda de goma, la mira un momento y luego, tendiéndose de nuevo a su lado, le dice con ternura y una pizca de azoramiento:

—Cariño, lo siento, me siento como un bruto. Deberías habérmelo dicho.

Flora siente un alfilerazo de alarma.

—¿Decirte qué?

—Que..., eh... —Parece avergonzado—. Que tenías la regla. No importa. Quiero decir que...

Ella se incorpora y se echa a un lado para mirar la sábana. Está manchada de sangre, y también tiene sangre en los muslos.

—No tengo la regla.

—Entonces..., te he hecho daño. Dios mío, Flora, lo siento.

—No, no me has hecho daño.

Ella menea la cabeza, pero él la mira con una especie de estupor.

—Eh... —Se pasa la mano por la cara—. Cuando has dicho que nunca habías hecho esto, pensaba que te referías a... ¿Es la primera vez?

Flora baja la mirada y su cabello casi le tapa la cara.

—No exactamente. Sí.

—¿Tu... tu matrimonio...?

Ella desvía la mirada. Su voz casi no se oye.

—Por favor, no puedo hablar de eso.

—No, claro. No importa. Cariño... —Tira de ella para que se apoye en su pecho y su brazo y alisa con la mano su larga melena—. ¿Estás bien?

—Sí. No tiene importancia, ¿verdad?

—No. En absoluto.

Pero miente. Está encantado, aunque sea un sentimiento innoble. La estrecha entre sus brazos.

—Solo siento haberte hecho daño. Habría tenido más cuidado. Quiero que tú también disfrutes.

Flora se sonroja. Jakob tiene la impresión de sentir cómo inunda su cara el rubor.

—He disfrutado.

—Pero... no del todo, ¿verdad? ¿Sabes lo que quiero decir?

Oculto la cara contra su hombro y asiente. Jakob siente un enorme alivio.

—Bueno, entonces... Creo que te estás sonrojando. —Sonríe y la besa en la mejilla.

—Hablar de estas cosas es... —balbucea ella, y no puede seguir adelante. Se vuelve para esconder la cara en la almohada.

—Si las hacemos, ¿por qué no podemos hablar de ellas? Si no hablamos, ¿cómo vas a decirme lo que te gusta?

—Eh... —Ella parece acongojada—. No lo sé.

—Muy bien, si algo no te gusta, entonces di... No, mejor clávame un dedo en el hombro.

Se arrodilla de nuevo y besa todo su cuerpo: su cuello, sus pechos, sus costados, su vientre. La besa con tanta lentitud, con tanta ternura, que Flora suspira, poseída por un placer febril e impaciente. Él le levanta las rodillas, le separa las piernas y se inclina hacia ella. Antes de que Flora se dé cuenta de lo que se propone, ha empezado a lamer la carne tersa y plegada de entre sus piernas. Una ansiedad placentera pero horrorizada se apodera de ella. ¿Y si no funciona? Pero su lengua suave la acaricia sin prisas, provocándola, a veces sin apenas moverse pero dejando sentir su presencia. Y, haciendo casi un esfuerzo consciente, Flora se deja llevar.

Cuando está sola, no emite ningún sonido. De pequeña, cuando estaba en el barco, por miedo a que la descubrieran. Y en su casa, en casa, por una costumbre bien arraigada. Se acostumbró a mantener las piernas bien ancladas y quietas para que la oleada furtiva rompiera sobre su cuerpo sin que nadie se enterara. Ahora quiere que él lo sepa. En algún momento se olvida de su ansiedad. En algún momento, olvida que tiene algo que olvidar. Va a la deriva, suelta, meciéndose suavemente. Respira con gemidos entrecortados, como a jirones. No tiene que elegir. El placer le sobreviene antes de lo que pensaba, la embarga arrolladoramente y arquea la espalda, se eleva, sus puños aferran el aire, se oyen gemidos lascivos, gritos agudos: ah, ah, ah.

Jakob se limpia la boca en la cara interna de sus muslos. Ella jadea, el corazón le late como loco, con un latido salvaje y belicoso. Retorna lentamente del lugar en el que ha estado, agradecida y extasiada. Aliviada. Piensa: «Quizá no me pase nada anormal, después de todo». Jakob se tumba en la cama y Flora, la piel rosada y resbaladiza por el sudor, tira de él para acercarle a su cuerpo. Él le sonríe inquisitivamente. Ella lo besa con mayor delectación que antes, nota el sabor salobre de su propio sexo y confía en que Jakob quiera hacerlo de nuevo. Cree que esta vez será mejor, que ella lo hará mejor. Alarga la mano hacia su pene, que ya siente apretarse contra su muslo con dureza tranquilizadora. Le

parece un milagro que Jakob quiera más.

—Puedes estar tranquilo —susurra.

—¿Sí?

Él guía su pene hacia la abertura. Flora está hendida: rotas sus defensas, sus límites han cedido. La penetra más fácilmente, pero aun así ella gime. Empieza a moverse dentro de ella con lenta y fatigada ternura. Flora siente de nuevo esa quemazón, como si una llama acariciadora la lamiera por dentro, pero Jakob encaja en ella como si hubieran sido forjados en lados opuestos del mismo molde. Ve el destello irregular de la lámpara. Ella también arde, trémula, iluminada. Jakob tiene los ojos cerrados. Apoya la frente sobre la suya como vencido por el agotamiento. De pronto acelera, se estremece y, dejando escapar un modesto gemido, se queda en esa postura, el cuerpo apoyado sobre ella. Besa suavemente su pómulo antes de apartarse para tenderse a su lado. Sus ojos se encuentran por encima de la almohada. Respiran ambos el mismo aire.

* * *

El hambre los hace salir de la cama pasada la medianoche. Flora se ha puesto su salto de cama de seda azul por pura vanidad: hace demasiado frío, en realidad. Jakob se pone la camisa y se echa una manta por encima. Se sientan en el suelo, lo más cerca del fuego posible, y mientras sus rodillas se tocan comen con ansia. Jakob ha echado los últimos trozos de carbón a las brasas.

—Debería haber comprado más. —Mira la cesta—. Tenían manzanas, pero parecían pasadas...

Ella niega con la cabeza y se bebe la leche, que se ha puesto agria. Siente que él le acaricia el pelo y el cuello. Cierra los ojos para disfrutar de la caricia.

—¿Puedo deducir de tu apetito que ya estás recuperada?

—Sí. Eso creo.

Jakob escudriña su cara, haciéndola reír. Es capaz de convertir el más sencillo gesto en una comedia.

—Sigues estando pálida.

—Tú también.

—Eso es porque he pasado una semana mareado. Cuando salí de Nueva York, estaba moreno y en buena forma. No te lo creerás, pero mi cuñada decía que estaba guapo. Es alemana. Poco dada a hacer cumplidos.

—Pues yo solo me he mareado por solidaridad hacia ti.

—Gracias. Pero, aunque estés pálida, estás preciosa, y yo tampoco soy muy

dado a hacer cumplidos.

Flora sofoca un arrebatado de felicidad. Piensa: «Tú eres más bello que yo», pero no dice nada, se limita a alargar el brazo y pasar las yemas de los dedos por su frente magullada.

—Pobrecita, tu cabeza.

—Ese barco era una mala bestia. Cuando atracamos, algunos pasajeros juraron no volver a casa. Que, por anticuada que sea Europa, lo soportarían.

—Nunca te he hablado del Vega.

—¿El Vega?

La forma en que habla del barco de su padre divierte primero a Jakob y luego le conmueve.

—¿Qué fue de él?

—Sigue ahí.

—¿No puedes armarlo para tu próximo viaje?

—No sé. Lo he pensado, claro, pero... ¡Te estás quedando dormido!

—Estoy escuchando con los ojos cerrados. Da la impresión de que amabas ese barco.

—Era como de mi familia. Igual que mi padre es mi padre, el Vega era como una hermana o una madre.

Jakob sonrío soñoliento.

—Medio mujer, medio... ballenero. Eso no ha sonado bien. —Rompe a reír y Flora, tras un segundo de duda, se suma a su risa. Jakob intuye que no ríe a menudo—. Perdona. En quinto curso, mi profesor sentenció: «Jakob no es ningún poeta». Me temo que tenía razón.

—¿Y quién se fía de un poeta? Las palabras bonitas no significan nada.

—Sobre todo, en mi caso.

Flora tira de él, le hace levantarse y le atrapa entre sus brazos. Se quedan así un momento, él tambaleándose de cansancio. Ella le estrecha con fuerza. No confía en que las palabras trasladen lo que siente. Se meten en la cama, y Jakob la abraza y se sume de inmediato en un sueño profundo, como si cayera desde un precipicio.

Flora permanece despierta. Todo esto es nuevo y sorprendente: la desnudez compartida, el peso y la cercanía de otro cuerpo, el palpito de otro corazón, el sonido de la respiración de Jakob, el calor delicioso y la suavidad de su piel.

Pasa los dedos por su brazo: tiene la piel blanca hasta el codo y los antebrazos morenos y quemados por el sol, casi lustrosos y más ásperos al tacto. Luego acaricia su pecho: blanco, salpicado por un vello oscuro y fuerte. El motor de la

vida de Jakob late bajo su mano. Desliza la mano por su vientre blanco. Él suspira. A Flora le cuesta creer lo delicada que es esta piel oculta a la vista. Siente sus costillas, y una intensa ternura visceral, un afán de protegerle, se apodera de ella. De pronto está preocupada por él. Unas costillas tan finas, unos huesos tan delicados, pueden romperse. Esa piel tan suave puede dañarse. Pero Jakob también es fuerte. Incluso dormido, los músculos del brazo se marcan bajo su piel.

Ese brazo que yace sobre sus costillas, la pierna posada sobre su muslo, la impiden moverse. Pero no quiere apartarle. Tampoco quiere dormir: quiere pensar sobre esa cosa nueva y asombrosa en la que se ha convertido su vida. Pero se duerme sin soñar.

Capítulo 30

Liverpool, 53° 25' N, 3° 00' O

Abril de 1895

Al final, se quedan cinco días con sus noches en la habitación del Victoria. Allí, en una ciudad que ninguno de los dos conoce, les es posible creer que sus actos no tienen consecuencias. Flora visita a fabricantes de comida en conserva y escucha sus propuestas con una sensación de irrealidad hilarante: su paté de ternera ganador de medallas; su receta de *pemmican* mejorada; sus confituras inmortales. Lo real es el cascabeleo de sus nervios, sus miembros laxos, su corazón indefenso. Les da las gracias por su tiempo y piensa en las suaves hondonadas de la espalda de Jakob, en el valle de sus riñones.

Tras la segunda reunión, vuelve andando al hotel bajo un sol escuálido. Podría tomar un coche, pero prefiere caminar. Las agujetas que siente afirman esta nueva intimidad. Todavía es temprano y la mañana parece encantada: se ha disipado la niebla y el aire brilla, diáfano. Se alegra de estar sola un rato, de abrazar el recuerdo de Jakob, las pruebas reiteradas de su deseo por ella. Se le imagina tendido en la cama, desnudo, cálido y soñoliento, aguardando su regreso... No ha perdido nada que valorara.

* * *

Le encuentra escribiendo cartas, envuelto en su salto de cama de seda azul. Se lleva una decepción al verle, y le choca que lleve su bata.

—Casi he acabado —dice sosteniendo un cigarrillo en la mano izquierda.

La habitación apesta a tabaco, a sudor y a sexo. El estado de la cama la horroriza; no puede dejar que la doncella la vea así; santo cielo... Enojada, abre la ventana el ancho de una mano y hace una mueca.

—¿Qué tal la carne enlatada?

—Ganó una medalla de oro en la exposición de Bremen.

—Vaya, estupendo.

Jakob escribe otra frase. Tiene una letra sorprendentemente pulcra. A Flora le

encanta que ponga tanto cuidado en ella. Se coloca tras él y apoya las manos sobre sus hombros.

—¿Por qué llevas esto?

—¿Te importa?

—No...

—Tiene un tacto agradable, aunque la verdad es que no es precisamente abrigada. Estoy escribiendo al profesor Collee.

Collee es el eminente geólogo con el que confía en reunirse. Al día siguiente de su llegada, le escribió disculpándose por tener que retrasarse debido a un catarro severo. Al recordar su próxima partida, Flora se inclina y besa su cuello.

—Maldita sea, he hecho un borrón.

—Perdona... —Se incorpora, compungida. Tal vez sí haya consecuencias, después de todo.

—No pasa nada.

Jakob pasa un papel secante por la carta y se vuelve hacia ella, desliza las manos por su cintura y frota la cara contra su pecho con un gruñido de satisfacción.

Ella abraza su cabeza, mete las manos entre su pelo.

—Pareces un diente de león.

—¿Qué? No oigo nada aquí abajo.

—Tu pelo... Es como un diente de león.

—No es amarillo.

—Un vilano de diente de león.

—Umm. —Entorna los ojos—. Pues tu pelo es como la playa de Coney Island.

—Nunca he visto la playa de Coney Island, así que no sé si eso es un cumplido o lo contrario.

—Cuando baja la marea y se forman esas ondas en la arena mojada... Así es tu pelo, por el color y por las ondas. Tú acabas de decir que me parezco a un hierbajo.

Le quita las horquillas del pelo con mirada decidida y ella no protesta. Le besa y siente su mano, que ha invadido sus faldas y acaricia la piel de la cara interior de su muslo. Le aparta la bata de seda de los hombros para ver su cuerpo desnudo, algo de lo que no se cansa. Cuando están en la cama y la penetra, la quemazón la hace sofocar un grito. Una palabra que no ha usado hasta ahora aparece en su cabeza acompañada por una turbia sacudida de placer. «Esto es *follar*», piensa. Es breve, violento y la deja sin respiración. «Pero», le dice una

vocecilla en alguna parte, «es por la *mañana*... ¡y no está la llave echada!». Jakob acaba con una serie de gruñidos angustiados y la besa jadeando.

—Juraría que estaba escribiendo una carta...

Flora recupera el aliento, exultante, pero se pregunta si de veras le ha gustado. Después de dos días, tiene muchas agujetas, lo cual no le importaba cuando estaba sola, felicitándose ufana por su suerte, pero ahora...

—Me insultas y encima me corrompes... —Jakob se aparta de ella y desliza los dedos por su vientre, hasta la oscura raja de sus muslos. Ella le para la mano.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Qué ocurre?

—Eh... —Flora deja que sus ojos se desenfocan; apenas puede creer que esté diciendo esto—. Es solo que... escuece un poco.

—Lo siento mucho, cielo. ¿Me perdonas? Perdóname. ¡Ay, Dios!

Ella tiene que reírse.

—Te perdono. ¿No podemos simplemente...?

—Claro que sí, amor mío. La verdad es que yo también estoy dolorido. —Se ríe aparentemente para sí mismo y se tiende en la cama, mirando el techo con una sonrisa.

—No hace falta que parezcas tan pagado de ti mismo.

—¡Yo no parezco pagado de mí mismo! —protesta intentando no sonreír—. Parezco feliz.

* * *

Flora descubre que es capaz de sentir un gozo genuino durante minutos enteros, antes de que ese gozo dé paso a la angustia, al miedo, a la culpa o la irritación. Cuando se despierta de madrugada, está convencida de que el hombre que duerme a su lado tiene intenciones aviesas. ¿Y si no la desea a ella en concreto? ¿Y si puede desear a cualquier otra y ella no es más que una mujer que se ha arrojado en su camino? Debe de ser todo un donjuán. Su destreza, su franqueza, lo atestiguan, no hay duda. De hecho, solo está haciéndose el dormido. Mientras yace a su lado, está tramando una forma de escapar. ¿Y si la estrangula y le roba su ropa interior? Cuando se despierta de nuevo, ya de día, recuperada en parte la cordura, se descubre dulcemente acurrucada junto a su cuerpo y, al ver su forma de mirarla y su sonrisa, deja de creer todas esas cosas, pero... ¡aun así! ¿Qué sabe de él, en realidad?

Y cuando hacen una rara salida a una galería de arte, el miedo y la tensión se apoderan de ella, no vaya a ser, aunque parezca improbable, que la vea algún

conocido. Mira obcecadamente los cuadros tratando de recordar los títulos y los nombres para poder ponerlos en una carta dirigida a Freddie y apuntalar así su coartada para quedarse en Liverpool más tiempo del que justifican unas cuantas reuniones con fabricantes de carne en conserva.

Jakob, que no se da cuenta de la importancia de la tarea que tiene entre manos, le cuchichea comentarios irreverentes acerca de las pinturas o señala alguna rareza del comportamiento de un visitante. Como ella no responde y deja incluso de mirarle, se queda callado. Flora contempla fijamente las poses afectadas de las alegorías, las lánguidas doncellas, de tonos castaños e irreales. Ni siquiera le gustan.

Se dirigen en silencio hacia un cuadro muy distinto: un paisaje monocromático y frío, con zonas de oscuridad y blancas montañas aserradas que a Flora le recuerda el panorama de los alrededores de Godthåb tras una nevada otoñal, mirando desde el otro lado del fiordo de aguas negras. A un lado ve abedules torturados y figuras de jóvenes hermosas y etéreas que flotan sobre el suelo, con el cabello formando remolinos a su alrededor, como si se estuvieran ahogando en el aire, enredadas en sábanas que dejan entrever sus cuerpos núbiles. La pintura se titula *El castigo de la lujuria*.

Jakob lo lee.

—Bueno —murmura—, no parece tan terrible.

Presa del bochorno y la vergüenza, Flora da media vuelta y se aleja.

* * *

—¿Creías en realidad que estaría aquí? —pregunta ella.

Jakob ha apoyado la cabeza en su hombro. Con un dedo, traza un círculo alrededor de su pecho derecho.

Han capeado su primera discusión. De ahí que Flora sienta que han alcanzado una comprensión más profunda y tierna.

—¿Aquí? No. Confiaba en poder verte en Londres, pero aparte de eso no tenía ni idea de...

—Ni siquiera sabía si ibas a contestar a mi nota. Pensaba que quizás había interpretado mal lo que pasó en Neqi.

—No lo interpretaste mal.

Flora se aparta para poder mirarle a la cara.

—Fue de lo más extraño. Incluso estando los demás allí, sentí como si se hubiera encendido una luz. Una luz que brillaba solo sobre nosotros. Y estaba

segura de que tú también te dabas cuenta. Parece una estupidez.

—No, nada de eso. Yo sentí lo mismo. Sabía que pensabas en mí de la misma manera que yo en ti.

—¿Ah, sí? ¿Y qué manera era esa?

Jakob sonríe.

—No me refería a eso. Desde que te conocí en Siorapaluk lo supe, claro, pero eso fue distinto.

—¿Qué supiste?

Él baja la cabeza de modo que solo sus ojos permanecen visibles por encima de los pechos de Flora.

—Que quería ser tu amante.

Esa palabra la sorprende. No está acostumbrada a oír ese tipo de expresiones. Son tan abrasadoras como sus caricias.

—Supongo que no era el único. Todos hablaban de ti. Ver a una joven tan competente y con tanta experiencia... Era asombroso. No nos lo creíamos.

Frota su pezón con el labio superior hasta que se endurece y luego se lo mete en la boca con delicadeza. A Flora la impresiona de pronto su energía, su destreza. Su experiencia. ¿Su experiencia con quién? Una de tantas cosas que desconoce.

—Pues ya tienes lo que querías —contesta.

—¿Flora? —Levanta la cabeza y la mira, pero ella tiene la cara vuelta hacia la ventana.

No dice nada porque no sabe qué decir.

—¿Qué ocurre, Flora? Dímelo.

Ella niega con la cabeza y se enfurece al sentir el ardor de las lágrimas justo detrás de los párpados.

—Nada.

—Está claro que algo pasa. Dímelo. No quisiera herir tus sentimientos por nada del mundo.

Flora se desplaza hasta el rincón más alejado de la cama, levanta las rodillas y se las abraza. Mira hacia la ventana.

—Ese es el problema del... sexo.

Jakob desvía la mirada y se queda callado un minuto.

—No sé a qué te refieres.

—Que no *escucha*. Tu cuerpo se comporta de una manera cuando... cuando tienes sentimientos que...

Deja escapar un suspiro entrecortado. Él se incorpora y se sienta a su lado sin

tocarla.

—¿Sentimientos que qué? —pregunta sin inflexión en la voz.

—Sé..., sabía que... No es que importe, pero...

Jakob suspira.

—¿Sabías qué? Espera un segundo, voy a fumar.

Sale de la cama y cruza descalzo la habitación, hasta donde su chaqueta está tirada en el suelo. Flora no puede evitar mirar su espalda desnuda, los hoyuelos de encima de la pelvis, los glúteos con sus preciosas concavidades en sombras, la oscura bolsa de entre sus piernas... No parece preocuparle su desnudez. Los muelles de la cama chirrían cuando se sienta en el colchón.

—¿Qué sabías?

—Solo que... Sabía que tenías que... que haber hecho estas cosas otras veces, y cuando has dicho eso de los otros y lo de ser mi amante...

No acierta a expresar con palabras unos pensamientos que la avergüenzan. Jakob expelle un chorro de humo hacia el techo.

—¿Estas cosas? ¿Crees que voy a ir por ahí jactándome de haberte conquistado, antes de pasar a la siguiente? ¿Es eso?

Flora sacude la cabeza enérgicamente. Suena tan feo...

—No, pero...

—Pero ¿qué? Me parece que tienes muy mala opinión de mí.

—¡No! Estoy intentando explicártelo. Yo nunca había hecho esto y tú... tú sí. Siempre dicen que para los hombres es distinto. Tú... sabes qué hacer. Cuando me tocas, no puedo pensar. Pero apenas te conozco. ¿Cómo voy a saber cómo es tu vida?

—Yo puedo decírtelo. ¿Qué quieres saber?

—¡No sé cómo vives! Podrías estar casado o prometido... ¡Qué sé yo!

—¡Claro que no estoy casado! Ni tampoco prometido. En Nueva York vivo con mi hermano, eso ya lo sabes. ¿No llevamos tres años carteándonos? Me he acostado con mujeres antes. Tengo treinta años y no soy un monje. Pero no tengo a nadie en casa. Y tú estás casada, Flora...

—Ya sabes cómo es mi matrimonio. Además, tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de no poder retomar mi vida anterior después de esto. Y de que tú sí.

Él se quita de la lengua una hebra de tabaco. De esto es de lo que ninguno de los dos se atrevía a hablar en voz alta. Tira su cigarrillo a la chimenea: un gesto de triunfo insignificante, pero que tal vez le traiga suerte.

—¿Por qué das por sentado que quiero retomar mi vida de antes? ¿Crees que

solo soy un... un libertino?

Flora menea la cabeza.

—No sé. ¿Lo eres? —Trata de parecer desenfadada.

Jakob está molesto.

—Si te digo que no, ¿me creerás?

—¡No tengo experiencia en estas cosas!

—¿Y tienes miedo porque yo sí la tengo?

Ella asiente.

—Pero la experiencia es cosa del pasado. Es pasado. Tú eres el presente, Flora. Y me gustaría que fueras el futuro.

Flora intenta asimilar sus palabras, pero su semblante no desvela nada.

—¿Por qué no vas a Suiza a reunirme conmigo?

Ella sonrío despacio, con reticencia. A Jakob le encanta ver esa sonrisa que, desde sus minúsculos comienzos, se alza hasta apoderarse de ella por entero.

—Antes de coger el tren pasaré una o dos noches en Londres. ¿Nos veremos allí?

—No digas eso porque crees que tienes que decirlo.

—¡No lo digo porque crea que debo decirlo! Lo digo porque quiero verte. Quiero seguir viéndote.

—Y yo a ti.

Jakob apoya las manos sobre sus hombros y la hace girarse hacia él.

—¿Quieres que te diga cosas que no había hecho nunca antes? Nunca había sentido lo que sentí en Neqi: ese lazo que parecía ligarme a ti. Nunca había cruzado un océano con la esperanza de ver a una mujer a la que apenas conozco pero que lleva tres años en mi cabeza... como una luz.

Acaricia su pelo y pasa un dedo por un lado de su cara.

—Soy yo quien no puede pensar cuando me tocas. Y no quiero estar sin ti.

El rostro de Flora se ha suavizado, pero ha dejado de sonreír.

—No quiero estar sin ti. Aunque no sé lo que puede significar eso.

Ninguno de los dos puede pensar o decir en ese momento lo que eso puede suponer, pero Flora le besa con alivio, con anhelo de que la tranquilice. Jakob, a su vez, responde con alivio y empiezan a hacer el amor, aunque ninguno de los dos quiere hacerlo en realidad, porque de ese modo pueden olvidar el asunto y dejarlo para más adelante. Porque, al final, por muy apasionado, tierno o perfecto que sea, no es más que una secuencia de acciones simples y repetitivas, y no exige tomar decisiones difíciles.

* * *

Esa tarde, cuando salen al sol, Flora lleva un vestido azul que hace refulgir su piel. La conciencia de su encuentro amoroso la envuelve como un manto. Encuentran un restaurante cuya pompa seduce su imaginación. Hay manteles blancos que caen hasta la alfombra de color rojo oscuro, cardúmenes de cubertería de plata, cúmulos de cristal. La carta está en francés. Escogen un rincón alejado de la ventana. No hay muchos clientes a esta hora, pero puede que tampoco los hubiera antes. Es un restaurante caro. Flora coge la carta y la estudia como si estuviera ensayando un papel. Tiene los labios apretados en esa expresión suya tan característica. A ojos del mundo, parece o bien que algo le desagrada, o bien que intenta no echarse a reír. Ni siquiera en ese instante acierta Jakob a saber de cuál de las dos cosas se trata.

—No entiendo la mayoría —dice ella con una sonrisa; en Londres le habría dado demasiada vergüenza reconocerlo—. ¿Qué quiero, cariño? ¿*Rognons* o *merlan*?

—*Merlan* no sé qué es. *Rognons* son riñones.

—Umm. Entonces... Tomaré el *tournedo*. Es un filete ¿no? Muy poco hecho.

Jakob hace algo inusitado y pide ostras y champán. Las servilletas son enormes y tiesas por el almidón, como montañas nevadas. Mientras se comen las ostras, ella le cuenta que dejó el colegio a los doce años y que si la aceptaron en la universidad fue debido a su fama. Jakob le habla de los Koppel. A pesar de lo amargo del relato, lo cuenta con gracia, alegremente. Flora siente el impulso de abrazarle, pero, como no puede, aprieta su pierna contra la suya bajo la mesa. Llega la carne y, al empezar a cortarla, corre la sangre por el plato. Pincha un pedazo con el tenedor.

—Esto me recuerda a Groenlandia.

—Me gustaría volver contigo.

Ella levanta la vista, emocionada.

—Si pudiera ir a Suiza..., ¿de verdad te gustaría? No quiero ser un estorbo.

Le observa para evaluar su reacción. Jakob deja el tenedor y la coge de la mano.

—Me gustaría más que nada en el mundo. —No sonrío—. ¿Me crees?

Flora asiente.

* * *

Piden el postre: Jakob, tarta de limón; Flora, îles flottantes. Ya las había tomado en otra ocasión y le parecieron la quintaesencia del sibaritismo continental: un pudin sin harina, sin fruta e incluso sin sabor definido. Cuando se las llevan, contempla los suaves montículos blancos que emergen de un mar amarillo y le entran ganas de reír. Son tan eróticos, tan ridículamente sugerentes...

—¿Pasa algo? —preguntó Jakob.

El dulce, suave y resbaladizo, se le funde en la boca. No sabe a nada, pero sugiere mucho. Llevada por un impulso, se quita un zapato y a continuación, sin dejar de mirar su plato, acerca el pie a la silla de Jakob y lo introduce entre sus muslos. Él da un respingo al primer contacto —Flora levanta la vista con mirada interrogadora—; luego, mira fijamente su plato. Ella desliza el pie en su entrepierna, encuentra ya su sexo duro a medias y procura no sonreír.

—¿Qué tal tu tarta? —pregunta.

—Bien —contesta él con voz pastosa, y se coloca bien la servilleta sobre el regazo.

Ella se mete otra cucharada de merengue en la boca y lo estruja contra su paladar hasta disolverlo por completo. Empuja su polla endurecida, la nota palpar contra la planta del pie y una oleada de calor la embarga. Jakob toma otra cucharada como si estuviera pensando en otra cosa, muy muy lejana. Flora se siente levemente histérica.

* * *

En la habitación del hotel Victoria, Jakob la desenvuelve como si fuera un regalo largamente deseado, quitando capa tras capa de ropa. Deshace cada lazo, desabrocha cada botón con cuidado exquisito. No hablan. Están ahitos y soñolientos de comida y champán. Jakob se mueve a su alrededor, acariciándola con tanta levedad que parece tener manos de encaje. Ella se estremece, pero no de frío. Las caricias de Jakob son tan medidas, tan precisas, que apenas puede soportarlas. Nota que algo caliente le corre por el muslo. Él la tiende sobre la cama como un precioso atavío. Flora le ve quitarse la ropa y tumbarse sobre ella. Él se arrodilla, le separa las piernas y la mira solemnemente un momento. Después le levanta las caderas y la penetra con un empellón que la hace gritar de sorpresa. Ahora le duele menos, pero las embestidas iniciales siguen incomodándola. Jakob mira hacia abajo y ve cómo se retira su polla muy lentamente hasta la punta. Luego, se la hunde de nuevo con un gruñido. Flora

contempla su propio cuerpo para ver cómo tiene lugar todo esto, este número de prestidigitación viril, este truco de magia: aparece y desaparece. Cambia de postura para enlazarle el cuerpo con las piernas. Ya no nota molestias. Abarcándole por completo, le retiene dentro de sí y clava las uñas en sus glúteos, y él se mueve con mayor urgencia, removiéndola en grandes círculos, y Flora siente que se deshace. Él acelera el ritmo y el cuerpo de Flora le aprieta como un puño. Da la impresión de que le duele. Cuando se derrumba sobre ella, la piel reluciente de sudor, Flora siente latir su corazón con tanta fuerza contra su esternón que teme que le dé un infarto. O que le dé a ella. Jakob se retira por fin, jadeando como un corredor de fondo.

Flora nota una humedad en los párpados, en el cabello de sus sienes. Cuando recuperan el aliento, se susurran palabras desde uno y otro lado de la almohada húmeda: promesas que ignoran si podrán cumplir.

Capítulo 31

Zermatt, 46° 1' N, 7° 45' E

Mayo-julio de 1895

Al adentrarse en un pórtico cuyos pilares son en realidad carámbanos, se halla uno en una caverna situada en el corazón mismo del glaciar, repleta de grandes protuberancias de hielo festoneadas de témpanos. A riesgo de la propia vida, puede uno penetrar en estas cavernas y empaparse de su luz azulada. Su belleza es indescriptible, pero, con todo, no puede uno entregarse a su disfrute en cuerpo y alma. Hay una extrañeza en el lugar que repele al ser humano, y no puede uno evitar sentir cierta zozobra al asomarse desde su punto de apoyo a las tinieblas de más abajo.

Monseñor Rendu, *Memorias* (1841)

¿Qué esfuerzo de la imaginación podría trascender las realidades que aquí se nos presentan?

John Tyndall, *Los glaciares de los Alpes* (1860)

Jakob se ha detenido al borde del Gornergletscher, en medio de la penumbra que precede al alba de una mañana de mayo. Está nublado y el mundo oscila difusamente entre el blanco y el negro. Ajusta las ruedas del teodolito hasta comprobar que la alineación es la correcta y luego levanta el brazo. En el glaciar, a lo lejos, la minúscula figura de Otto hinca una estaca en la nieve y la golpea con un mazo. El eco de los golpes retumba en el aire quieto. Otto le indica con una seña que ya está listo y acto seguido da el número de pasos convenido para clavar la siguiente estaca. Al otro lado del glaciar hay una pared de roca vertical. Ayer, Otto y él treparon por la roca para pintar una raya en ella. Theodor, que se quedó abajo, les gritaba, presa de una especie de frenesí. Detrás de Jakob hay una marca parecida. Se inclina hacia el visor, vuelve a ajustarlo y hace unas señas con la mano.

Le gusta este trabajo. Es tan preciso y repetitivo que resulta tranquilizador. Y el marco es incomparable. Las nubes han empezado a moverse. La nieve seca cruje bajo sus botas. El gris del alba se disipa lentamente. Un rubor de luz y color les hace levantar los ojos al cielo, hacia lo alto de las montañas. Debajo de ellos, el hielo profundo y sereno cruje y gruñe como un animal dormido.

Otto clava la última estaca mientras el sol trepa por el hombro de una montaña. ¿Cuál es? ¿El Strahlhorn? ¿O el Rimpfischhorn? Jakob no se acuerda,

pero el solo hecho de barajar los nombres en su cabeza le hace sonreír. Otto hace más aspavientos. Aunque está muy lejos, Jakob tiene la impresión de ver su enorme sonrisa. El cielo se inflama por el este. Una luz mantecosa corona el gran obelisco abollado del Matterhorn.

Lamenta no poder fotografiar estos colores. Intenta describir este amanecer para sus adentros, fijar el recuerdo en su memoria como fijaría una fotografía: rosas y azules nacarados, tiernos violetas, suaves dorados; y, por encima de los riscos, un palidísimo turquesa. Pero las palabras no sirven. Los colores son esquivos, cambian continuamente, obligándote a mirarlos hasta que te lagrimean los ojos.

Oye el crujido de unos pasos sobre la nieve allí cerca. Theodor le llama:

—¡Vea usted, *mein Herr!* ¡Esta no es una mañana cualquiera! ¡Es la *Ur*-mañana, la mañana primigenia!

Y Jakob le da la razón con una sonrisa.

* * *

Había llegado a Zermatt hace dos semanas, la primera de mayo, y conoció al profesor Theodor Birkel en el hotel Monterosa. El profesor Birkel resultó ser un hombre de cuarenta años, guapo y vehemente, de barba oscura bien recortada y bigote romántico. Desde su primer encuentro ha tratado a Jakob como si, en lugar de haberse limitado a intercambiar cartas y opiniones sobre glaciología, se conocieran íntimamente desde hace años.

—¡Mi querido compadre! —Birkel gustaba de emplear un lenguaje exuberante—. ¡Cuán feliz me hace verle por fin después de tanto tiempo y tantas cartas!

Jakob se descubrió riendo, y Birkel también se rio.

—¡Ja! ¿Habla usted alemán, amigo mío?

—*Ein bisschen* —contestó Jakob.

—¡Magnífico! ¡Herrlich! Entonces puedo presentarle al zoquete de mi ayudante.

—Encantado de conocerle —dijo Jakob en su alemán del Lower East Side cuando Birkel mandó acercarse al joven gigante rubio, de sonrisa dientuda y hombros redondeados, que merodeaba detrás de él. Se llamaba Otto Lichti. Birkel le propinó un fuerte manotazo en el hombro.

—Otto no habla ni pizca de inglés. Es un campesino sin dos dedos de frente.

Jakob dedujo por su risa que Otto estaba acostumbrado a aquellas bromas. El

joven le estrechó la mano con ímpetu, como si llevara toda la vida deseando conocerle.

—Pero el chico sabe escalar. Es toda una cabra montesa, una gamuza. ¡Una marmota! Mañana nos enseñará el sitio donde vamos a trabajar, pero ahora, venga, vamos a comer algo...

Birkel los condujo a un restaurante a cuya dueña conocía y donde les sirvieron a cuerpo de reyes. Sentados en la terraza, vieron cómo el atardecer pintaba el Rothorn, cuyo fulgor rojizo desapareció temprano, porque tras ellos se alzaba el enorme puñal del Matterhorn. Era sobrecogedor: montañas que hasta entonces solo habían sido para él nombres y fotografías, célebres siluetas, cobraban vida de pronto, más imponentes aún de lo que imaginaba.

Birkel le explicó a grandes rasgos la labor que comenzarían por la mañana («Si mi señor no está demasiado fatigado tras sus viajes») mientras Otto permanecía sentado, enseñando sus grandes dientes blancos en una sonrisa. Tras sus fatigosos viajes, Jakob se sintió conmovido por aquella cordialidad franca y sin complicaciones.

* * *

La semana que había pasado en Snowdonia con el profesor Collee no fue tan fructífera como esperaba. Mientras observaban ejemplos de orogenia caledoniana por entre telones de lluvia, el anciano profesor sometió a examen sus conocimientos acerca del Escudo Laurentino del norte, dando a entender con su actitud que lo encontraba insuficiente. Tenía la costumbre de esperar a que Jakob estuviera trepando por una roca mojada o desliziéndose por un camino embarrado para acribillarle a preguntas: una técnica que sin duda había perfeccionado sirviéndose de generaciones sucesivas de estudiantes indefensos. Groenlandia carecía de importancia, concluyó. No aportaba nada a sus teorías, y él, naturalmente, no quería oír nada que pudiera restar lustre a sus hipótesis. Porque Collee solo parecía cobrar vida cuando describía su propio trabajo y su importancia. Era una vieja cotorra que había conocido tiempos mejores y que, jubilado ya, dedicaba su tiempo a escribir un manual definitivo acerca de la historia geológica del mundo. Pero, pese a todo, podía ayudar a Jakob si se sentía inclinado a ello.

Jakob había llegado a Gales con el ánimo por las nubes, listo para dejarse encandilar por todo cuanto veía, incluso por el irascible profesor, pero el tiempo era atroz, el sol no se dejaba ver —igual que las montañas, casi siempre— y las

quejas constantes del viejo pusieron a prueba su buen humor. La granja donde se alojaban era oscura y húmeda, y las patas de su cama se apoyaban sobre platillos llenos de vinagre, una medida de precaución cuya razón ni siquiera se atrevió a preguntar. Estaba cansado, temía estar cogiendo el resfriado que había puesto como excusa y echaba de menos a Flora.

—Los jóvenes de hoy en día... No tienen resistencia —farfulló Collee el último día—. A su edad, yo pasé un mes recorriendo Connemara bajo la lluvia. ¡Y dormía en una tienda!

El frío llegó cumplidamente, al entrar su tren en la estación de Paddington. Sintiéndose enfermo y asqueado de sí mismo, la idea de volver a ver a Flora le puso nervioso. Hacía una semana que se habían despedido en Liverpool, una semana durante la cual la cama solitaria que tanto ansiaba durante el día se le antojaba cada vez más árida. Deseaba verla, pero al mismo tiempo lo sucedido entre ellos se le antojaba casi irreal. ¿De veras había pasado?

* * *

Al llegar a su hotel, Flora parecía tensa y distraída. Jakob se temió lo peor. Pero su resfriado la desarmó. Se relajó al verle en un estado tan lamentable, y hasta se rio y le pidió disculpas por haberse reído. Le ordenó meterse en la cama, salió a comprar provisiones y le preparó un caldo de ternera con brandy en una tetera. Él se lamentó por hallarse en aquel estado. Ella le retiró el pelo de la frente.

—No lo lamente tanto. Casi me daba miedo verte, pero ya se me ha pasado.

—¿Por qué te daba miedo?

Ella bajó los ojos.

—Porque aquí me siento más... más depravada, supongo. No sabía si podría continuar. Pero, cuando te he visto, he comprendido que no podía hacer lo contrario. Me siento partida en dos...

—Cariño, no deberías sentirte culpable. Ya sabes que, en una situación como la vuestra, es posible que a él no le importe. No es que le estés privando de... — Cedió a un oportuno acceso de tos, consciente de que su argumentación sonaba endeble.

Veía al marido de Flora como a un anciano tullido: un personaje apenas humano. Si no era así, no quería saberlo.

—Lo siento. Pero me alegro de que hayas venido. Es estupendo volver a verte. —Se quedaba sin aire al hablar.

—Shh. Yo también me alegro de haber venido.

* * *

—¿Prefieres que me vaya? —preguntó ella después de que Jakob se acabara el caldo.

—No. Solo si te repugno. Lo cual no me extrañaría.

Flora niega con la cabeza.

—No, eso nunca.

—No pasa nada. Yo tampoco me aguanto a veces.

Ella se inclinó y le besó en la sien, en el pómulo, en la mandíbula. En la piel de debajo de la oreja. En la comisura de la boca. Su aliento acarició el cuello de Jakob.

—Me encantaría besarte, Flora, pero no puedo respirar.

—No tienes que hacer nada —le dijo ella al oído—. Quiero tenderme a tu lado. ¿Te gustaría o...?

—Me gustaría, sí.

Ella se volvió a medias para quitarse la ropa y la dobló con esmero, azorada. Él la observó a medias, diciéndose que no iban a hacer el amor, pero era imposible no mirarla: estaba descubriendo su hermoso cuerpo solo para él. Flora miró a su alrededor y le sorprendió mirándola, y él sonrió, avergonzado sin saber por qué. A pesar de que un minuto antes creía hallarse al borde de la muerte, sentía de pronto una excitación arrolladora.

Flora se metió en la cama, haciendo chirriar los muelles. Era un hotel ferroviario y los colchones habían conocido mejores tiempos. Y sin duda también otros amores ilícitos.

—Qué frío estás —murmuró ella.

Le hizo quitarse la ropa interior, como si estuvieran en Groenlandia o fueran esquimales. Apretó su carne desnuda contra la suya y le rodeó con un brazo. Jakob le dio la espalda para que se acurrucara a su alrededor y le transmitiera su calor.

—¿Estás bien? —susurró ella. Frotó su brazo y su pecho y acarició la carne de gallina de su costado, pegado a su cuerpo—. ¿Mejor así?

—Mucho mejor —contestó él con un suspiro.

Los pechos de Flora se apretaban suavemente contra su espalda, y su piel, cálida y aterciopelada, le parecía tan necesaria como el sueño. Algo que no era solo calor le embargó, por debajo del nivel de la conciencia. Le hizo sentirse

seguro. Pensó en la última noche en Siorapaluk, cuando Flora durmió en una silla detrás de él, y en su convicción de que estaba cuidando de él, velando su sueño, aunque no se lo mereciera. Estaba a punto de decírselo cuando ella susurró junto a su hombro:

—A veces pienso que me pasa algo anormal.

—¿Por qué?

—Llevo toda la semana pensando en ti... En esto.

—Yo también. Te llevaba conmigo a la cama cada noche. A esa cama estrecha, incómoda, llena de bultos. Con las patas apoyadas sobre platos con vinagre. ¿Para qué se usan?

—Cielos... ¿Ratas? ¿Cucarachas? No lo sé. —Rozó su piel con los labios—. ¿Qué hacíamos en esa cama, a pesar de los platos?

—Umm... De todo.

—Dímelo si quieres que pare.

Siguió tocándole y acariciándole, trazando círculos cada vez más próximos a su pubis —Jakob no dijo nada— y finalmente rozó su polla tesa y palpitante. Aunque había resuelto no hacerlo, aunque había intentado convencerse de que no quería, Jakob se tumbó boca arriba, respirando trabajosamente. Su cuerpo parecía estar dividido en dos mitades vagamente ligadas: la parte más próxima a su cabeza estaba exhausta, febril, inutilizada; su sexo, en cambio, era una masa rebosante de energía de la que ella se apoderó con ardor delicioso. Se corrió con violencia y rapidez alarmantes, luchando por respirar, y cayó en un violento acceso de tos. Ella buscó un pañuelo y lo usó para limpiar el semen de su vientre. Se mostró tan tierna y minuciosa que le hizo reír..., y luego volvió a toser. Flora dobló el pañuelo, volvió a acurrucarse a su lado y puso la mano sobre su pecho mientras sus pies buscaban los de él.

—Gracias —dijo Jakob, y se rio de sí mismo—. Santo cielo...

Ella también se rio.

—Ya has entrado en calor.

—Umm. Eres un ángel.

—No, no lo soy.

—Eres un ángel calentito y encantador y eres muy buena conmigo.

—¿Buena? —Parecía casi enojada—. Yo no soy buena. La bondad es universal.

—Entonces me alegro de que no seas buena. Pero eres un ángel y yo lo siento. Menudo amante estoy hecho.

—No quiero otro.

Jakob soltó la trenza que ella llevaba enroscada en un moño y se la puso sobre el pecho como un fajín. Le encantaba su tacto: era gruesa y fuerte, una maroma por la que trepar para ponerse a salvo. Se enrolló su extremo alrededor de la mano.

—Te tengo —dijo—. Y no pienso soltarte.

—¿Y yo a ti? ¿También te tengo?

—Sí, me tienes. No puedes evitarlo.

Ella le apretó el pecho con más fuerza.

—Mi tren no sale hasta las diez, mañana por la noche. ¿Volverás?

—Sí. Por la tarde.

—Seguro que estaré mejor. Prométeme que vendrás a Suiza.

¿Había dudado ella un instante?

—Sí, pero tienes que escribirme cuando estés allí para decirme si todavía quieres que vaya. No sabes qué vas a encontrarte. Y no quiero estorbarte.

—Te escribiré, claro. Pero tú no puedes estorbarme.

Pensó en decirle algo sentimental. Tenía las palabras en la cabeza. Se aclaró la garganta, dispuesto a decirlas.

—¿Pasarás por Londres a la vuelta?

—Sí. Pero tienes que venir a Suiza. Te enseñaré el glaciar más bonito de todos.

—Me encantaría.

Jakob se sintió mareado y decidió que las palabras podían esperar hasta el día siguiente.

* * *

A la mañana siguiente, al no encontrarse mejor, se arrastró hasta una farmacia y le explicó su problema al joven que atendía el mostrador. ¿Por qué no? A fin de cuentas, no volvería a verle. El farmacéutico se tocó un lado de la nariz y le vendió un frasco de tónico que, según le aseguró, curaba el catarro y cualquier otra dolencia y aumentaba como por arte de magia la energía vital. «Temporalmente, se entiende», añadió guiñándole un ojo.

En el frasco aparecía representado el papa, y los resultados fueron milagrosos. A la media hora de beberse un par de copas, los síntomas habían desaparecido y se sentía eufórico y rebosante de energía y optimismo. Cuando llegó Flora, su grado de recuperación la dejó atónica y hasta un poco divertida. Jakob quería regalarle una experiencia tan placentera que jamás pudiera olvidarla y que

borrara por completo su lamentable actuación de la víspera. La cosa empezó bastante bien: hundió la cara entre sus muslos y se sirvió de la lengua para llevarla a un éxtasis inconfundible. Se deleitó en los jugos que brotaban de ella a raudales, tragó lo que pudo y luego la besó con los labios todavía mojados para que probara su propio néctar.

Pero cuando la penetró y se halló deliciosamente inmerso en el cálido y húmedo abrazo con el que soñaba, no consiguió culminar, por exquisitas que fueran las sensaciones. Aquello era inaudito. Empujó y empujó durante un rato que le pareció eterno, mientras el corazón le latía a velocidad de vértigo y se preguntaba si estaba a punto de darle un infarto y si Flora no estaría empezando a odiarle. Por fin lo dejó por imposible y se apartó de ella jadeando. Saltaba a la vista que aquel repunte pasajero de su energía vital había tocado a su fin, con una única excepción.

—¿Qué pasa? ¿Puedo hacer algo?

A ella le preocupaba que fuera culpa suya. Jakob meneó la cabeza, que volvía a dolerle. Estaba agotado. Tenía la impresión de que su pene, terco y dolorido, ya no formaba parte de él. Era posiblemente un ente malévolos y separado de su cuerpo. Se sentía deprimido. Su último abrazo hasta vete tú a saber cuánto tiempo, y él lo echaba a perder.

—Nada. Lo siento. No sé qué...

—No es que me importe. Es por ti.

—No pasa nada. Debe de ser el resfriado. O ese tónico.

Ella cogió el frasco y leyó la etiqueta.

—*Vin Mariani, refuerza y estimula...* —Levantó las cejas.

—¡Bueno, si lo dice el papa!

Se miraron el uno al otro y se echaron a reír, y ya no pudieron parar. Flora se tumbó en sus brazos y le besó, y le dijo que parara de disculparse. Su convencimiento de haberlo echado todo a perder remitió por fin. Acurrucado junto al calor de su cuerpo, Jakob sintió una paz inmensa. La tarde estaba salvada. Uno u otro, rompían continuamente a reír. Bastaba con que echaran un vistazo a la cara de trago del pontífice para que les diera la risa floja. Pero el reloj avanzaba a velocidad desmesurada y los minutos volaban. Dejaron de reírse. Flora tenía que irse a casa. Él tenía que coger el tren. Cuando se agotó el tiempo, se levantaron y se vistieron en silencio, sin mirarse a los ojos. Flora le ayudó a hacer las maletas y le anudó la bufanda con esmero alrededor del cuello. Sus ojos parecían extrañamente grandes y oscuros. Ya vestido, Jakob sintió que estaban al mismo tiempo más separados y más unidos que nunca. Se abrazaron

en medio de la habitación.

—Odio decirte adiós —dijo él notando una ronquera que no tenía nada que ver con el catarro.

Ella le susurró al oído:

—Lo sé. Yo también.

—¿Vendrás? Tienes que venir. Ya no puedo estar sin ti.

—Sí... Amor mío.

El tictac del reloj de la chimenea era como una mano impaciente que tirara de su manga: todavía no... todavía no... *todavía no...*

Luego, sin embargo, llegó la hora.

Capítulo 32

Gornergletscher, 45° 58' N, 7° 48' E

Junio-julio de 1895

En su primera salida, Theodor y Jakob emprenden la subida al Monte Rosa mucho antes de que amanezca. «Es fácil. ¡Lo ha subido hasta una inglesa!», exclama Theodor con displicencia. El panorama que va desvelando a la luz creciente del día deja fascinado a Jakob. Nunca antes ha escalado con un alpinista tan experto, ni ha intentado escalar unas paredes como estas y, de todos modos, estas montañas son muy distintas a las que conoce: más escarpadas, más abruptas, más vertiginosas. El aire, a medida que el sol trepa con ellos, se vuelve tan cálido y luminoso como un vino tonificante. A las diez de la mañana, al alcanzar la cresta oeste, se vuelven para contemplar la vasta blancura del Gornergletscher. Desde esa altura, sus franjas de tierra aparecen perfectamente definidas, sinuosas, gráciles, perfectas. Su poder gigantesco se despliega en volutas hacia el Dent Blanche, el Obergabelhorn y el casi inverosímil Matterhorn.

—¡Aquí, Jakob! —grita Theodor a cien metros de distancia.

Se acerca con cautela, procurando ceñirse al centro del vertiginoso peñasco. La altura y el espacio abierto le asustan, pero todo irá bien mientras no mire hacia abajo.

Theodor, ajeno al abismo que se abre a ambos lados, coge a su amigo del brazo y hace un ademán señorial alargando el otro brazo.

—¡Te presento a Italia!

Por el sur, el terreno desciende envuelto en estratos de niebla violeta. Jakob tiene la sensación de que alcanza a ver centenares de kilómetros, más allá de la curvatura de la Tierra: allí están el Vesubio, Sicilia, ¡África! Por el otro lado, los picos blancos y las sombras azules los deslumbran, extendiéndose hasta perderse de vista. Allá arriba, el cielo se oscurece hasta volverse de un azul ultramarino. El aire es tan sutil que le cuesta respirar. Se quita la mochila y saca su cámara, sonriendo de pura dicha.

* * *

Para estar cerca del glaciar, viven en una cabaña encaramada a un risco tachonado de florecillas coloridas como gemas. Duermen los tres en catres de madera, poco más que estanterías. Cada mañana, una joven pastora sube a pie por la montaña para llevarles una cesta con comida: leche, queso, pan, cebollas y manzanas dulces y marchitas que llevan desde el otoño madurando en una despensa. Para cenar, la madre de la muchacha les hace estofados de carne que guarda al rojo vivo en un canasto relleno de paja. Al final del día, la muchacha vuelve a subir por el camino cargada con el canasto caliente. El esfuerzo no le importa: se ha enamorado de Otto, y la sonrisa de él se hace aún más grande al verla. Después de la cena, la acompaña montaña abajo «para defenderla de las bestias» y vuelve a subir con paso firme mucho después de que haya anochecido. «No deberíamos tenerle mucha envidia», comenta Theodor melancólicamente mientras los ven bajar por el camino, de la mano. «Según parece, ella es muy devota».

Jakob y Theodor pasan las veladas en la choza, pegados a la estufa, leyendo, escribiendo cartas y charlando. A pesar de que hace poco tiempo que se conocen, Jakob le considera ya un buen amigo. Desde la muerte de Frank, no se ha sentido tan unido a un hombre. Pero Theodor es más sabio y más cosmopolita que Frank. No se parece, de hecho, a ningún americano que haya conocido Jakob. Lleva quince años casado y es profesor desde hace nueve. Su mujer y sus hijos viven en Friburgo, donde él ocupa la cátedra de geología. También tiene una amante que vive a mano, cerca de la universidad. Las escribe a las dos, por turnos. Les tiene mucho cariño, afirma, pero prefiere el alpinismo a cualquiera de ambas.

—Sí, amigo mío. Produce el mismo gozo, y las montañas no te llevan la contraria, ni te exigen ropa nueva, ni se enfurruñan.

A pesar de ser pragmático hasta un punto alarmante, Theodor nunca cae en la grosería. Parece ser esa cosa tan rara: un hombre inteligente y culto que además es feliz. Cuando Jakob se lo hace notar, él contesta que en la montaña siempre es feliz. Y su alegría es contagiosa. Cuando hace una insinuación acerca de la destinataria de la carta que está escribiendo Jakob, lo hace con tanta gracia que este apenas se molesta.

—¿Es alguien muy querido para ti? Eso me parecía. Se te nota en la cara cuando le escribes.

Cuando Jakob asiente, Theodor sonrío con una expresión triunfal pero cargada

de modestia y se vuelve hacia Otto, que los mira sin comprender.

—*Ich hatte recht, Otto. Er ist verliebt, genauso wie du!*

Otto le sonríe compasivamente.

Jakob baja la mirada y siente que el v ertigo que mantiene a raya en las mont a as, esa misma mezcla de euforia y temor, se apodera de  el.

* * *

Ese verano, su trabajo culmina con el estudio del Gornersee, un fen omeno que Jakob no ha visto hasta entonces: en primavera, el agua del deshielo se acumula hasta formar un lago en la confluencia del glaciar Gorner y su tributario, el Grenz. Cuando Jakob lo ve por primera vez, el lago es poco mías que una charca atiborrada de hielo. No puede resistir la tentación de alardear ante Theodor sobre la bahía de Melville y sus icebergs palatinos.

—Algún día, amigo mío, iremos all  —afirma Theodor—. Pero, de momento, si te quedas el tiempo suficiente, verás algo maravilloso.

Durante las semanas siguientes el lago va creciendo. El agua adquiere un tono turquesa y lechoso. Est  tan resguardado que forma un espejo perfecto en el que se reflejan las mont a as y el cielo. Tienen intención de estudiar lo que sucede cuando el lago, como es lógico, se deseca. Puede ser gradual —si el agua se filtra poco a poco bajo el hielo abriendo túneles— o repentino. El glaciar ha de comportarse de forma distinta al verse libre de tamaña masa de agua. Sus mediciones revelarán por primera vez cómo cambia. Pero lo mías maravilloso de todo es lo que tal vez quede al descubierto: túneles y cavernas excavados por el paso del agua. Jakob se muere de impaciencia. Quizá por fin pueda entrar en un glaciar.

* * *

Por las noches escribe un diario dirigido a Flora, en parte porque raras veces puede acercarse a la oficina de correos de Zermatt y en parte porque acordaron espaciar sus cartas para no levantar sospechas. La desventaja de esta forma de comunicación es que puede releer lo que ha escrito otros días y a veces tiene dudas. No le cuesta escribir sobre su trabajo y la majestuosidad de su entorno; le cuesta mías, en cambio, describir lo que siente sin emplear frases trilladas que le hacen sentirse incómodo. Aborrece los t picos, pero expresar sus sentimientos con palabras propias le resulta tan difícil como plasmar los colores de la mañana.

Tampoco ayuda el hecho de que a veces se sienta avergonzado. Cuando echa la vista atrás, le parece que apenas salían de la cama, y piensa tanto en su cuerpo que le preocupa haberla degradado. Cuando el alba toca las montañas con su luz rosada, se descubre pensando en sus pechos. A decir verdad, casi cualquier aspecto del paisaje alpino —las oscuras cuñas de pinos insertas en las laderas; las florecillas rosas semejantes a botoncillos; las grietas abiertas en la nieve— resultan tener un potencial erótico desconocido. Teme que Flora pueda sentirse utilizada.

Fruto de esta inquietud, sus cartas resultan torpes y envaradas. Quiere expresar sentimientos que se hallan en un plano más elevado y etéreo, pero las palabras no son su fuerte. Son muchos los borradores que acaban en la estufa. Y no puede escribir sobre las noches en las que da rienda suelta a sus recuerdos y fantasías. No quiere que ella crea que solo piensa en los placeres de la alcoba, a pesar de que, cuando se va a la cama —o, mejor dicho, cuando se encarama al estante entre los ronquidos de sus compañeros— casi no piensa en otra cosa.

* * *

Su recuerdo más querido y el que más a menudo trae a la memoria comienza con los azulejos verdemar del cuarto de baño del hotel Victoria, que queda al fondo del pasillo. Es capaz de imaginar con exactitud su lustre y su color tirando a bilioso. Flora quería lavarse el pelo y él le suplicó que le dejara acompañarla, pensando que a ella le gustaría. Mientras ella se lavaba y el vaho de las ruidosas cañerías se enroscaba en remolinos a su alrededor humedeciendo sus ropas, la animó a hablarle de su infancia en el Vega, un tema que nunca dejaba de fascinarle. A ella le incomodaba un poco tenerle allí, estar desnuda mientras él seguía vestido, pero Jakob sabía que no le desagradaba. La ayudó sentándose en un taburete y echándole agua con un jarro para aclararle el pelo. Ella se tapaba los ojos con las manos, pero de vez en cuando le miraba y notaba que tenía los ojos fijos en su cuerpo mientras el agua encontraba caminos por los que chorrear por pechos y hombros. Después, cuando tuvo el pelo limpio, él se enjabonó las manos, se inclinó y se las pasó por los pechos. Recostada en la bañera, Flora suspiró, observándole con una mirada entre soñolienta y divertida.

—Creía que querías que habláramos.

—Puedo hacer ambas cosas —repuso él mientras la acariciaba, aunque, a decir verdad, no podía, embelesado como estaba por la resbaladiza turgencia de sus pechos, por la dureza provocativa de sus pezones, que sus caricias erizaron

instantáneamente. Por momentos, Flora le parecía casi enloquecedoramente atractiva: arrebolada por el calor, cada línea de su cuerpo era de una convexidad exquisita, como si el agua la hubiera colmado y la esponjara. Hundió los dedos bajo el agua y observó su cara, con los ojos cerrados y la respiración agitada, mientras se concentraba en excitar el rojo botón de su clítoris hasta que comenzó a gemir y a retorcerse, arrojando agua fuera de la bañera. Le pareció sentir cómo las ondas recorrían su cuerpo cuando luchaba por estarse quieta. Jadeando, Flora dejó que el agua se aquietara de nuevo y luego se levantó y se dejó abrazar, la piel mojada plateada por la luz que entraba por la ventana. Él la ayudó a salir de la bañera y se besaron. Sintió cómo sonreía su boca apretada contra la de él, cómo se abandonaba y se alargaba su lengua. Flora, su presa reluciente y argentina, le empapó la pechera de la camisa y los pantalones con su humedad caliente. Se apretó contra su verga, tan dura que parecía a punto de estallar. Él estrujó sus nalgas mojadas, flexionó las rodillas para introducir los dedos dentro de ella y sintió su aliento, sus gemidos, su lengua retorciéndose en su oído. Se metió en la boca sus pezones provocativos, macerados por el agua y con sabor a jabón. Sus pechos le sofocaron. Ella frotaba con una mano su bragueta abultada mientras con la otra le desabrochaba los pantalones. Gimió cuando Jakob la puso de cara a la pared de azulejo, pero estiró el brazo hacia atrás cuando él desabrochó los últimos botones de su bragueta y se bajó los pantalones. Se echó hacia delante. Su espalda, una blanca carretera delante de él; su cabello, una oscura serpiente sobre su piel. Sus caderas redondas y blancas cercaron su carne hinchada, formando para él un arco triunfal. Tenía la polla dolorida, la piel tirante y rozada por el uso, pero aun así se mostró inexorable. La hundió en su coño mojado y acogedor con un arrebató de gozo. Flora era su regreso al hogar, su puerto de abrigo, cálido y dulce. Bajó la mirada y, sujetándole apenas las caderas, sacó la polla casi hasta la punta del glande y volvió a metérsela por el simple placer de verla aparecer y desaparecer. Mientras miraba, mientras sentía el ardor del interior de su cuerpo, el modo en que las paredes de su vagina atenazaban su verga cuando se retiraba, se apoderó de él un vendaval imparable y violento. La penetró con todas sus fuerzas, la oyó gritar, vio que cerraba los puños, no comprendió qué significaba aquello, no podía detenerse aunque hubiera querido. Se entregó y se sintió arrojado a su orilla. Zozobró y quedó allí varado, silencioso y a salvo.

Cuando por fin pudo ver y entender algo ajeno a su propio cuerpo, notó que ella había llorado. Preocupado, le acarició el pelo y la besó.

—Cariño, ¿qué ocurre?

Flora le miró, aturdida y desorientada. Sacudió la cabeza, sorbió por la nariz y sonrió entre la maraña de su pelo mojado.

—Nada.

Después, cuando volvió a preguntarle, respondió:

—Ha sido como si dejara atrás mi cuerpo. No tenía límites... Ha sido... — Sacudió de nuevo la cabeza.

—¿Te ha gustado? —preguntó él.

—Sí, me ha gustado —susurró ella con timidez, y esbozó esa sonrisa avergonzada y provocativa que tanto le gustaba.

De vuelta en la habitación, no hablaron. Se tendieron en la alfombra, abrazados delante del fuego, cubiertos únicamente con su salto de cama. Jakob se quedó frío. Estaba incómodo y se le durmió el brazo en el que Flora apoyaba su cabeza, pero no quiso ser él quien rompiera el hechizo.

* * *

Bruñido por la reiteración, el recuerdo no es solo exquisito: tiene la capacidad de turbarle tanto como el acto mismo. Le deja tembloroso y vacío en la oscuridad de la choza. A veces se pregunta si de veras fue así, una experiencia tan intensa, tan telúrica, que parece no haber tenido lugar dentro de su cuerpo. Sin duda tuvo que levantar una cordillera, que partir en dos una placa continental. Sintió que algo muy profundo y subterráneo cambiaba dentro de él. Y, aunque no está del todo seguro, cree que ella sintió lo mismo: una colisión violenta, arrebatadora. Puede que su memoria exagere un poco, pero, en definitiva, ¿qué importa? Cada hecho de aquella tarde tuvo lugar, cada caricia quedó grabada en su mente lo mismo que el amanecer de Theodor, de una perfección indescriptible. Sucedió y nada puede ya arrebatárselo. Una mañana primigenia. Un polvo primigenio. A veces piensa que en toda relación hay uno. Puede que en toda vida. ¿Fue aquel el suyo?

* * *

Escribe: Yo también estoy deseando volver a verte, amor mío. Espero que todo vaya conforme a lo previsto y que tu próxima carta me traiga noticias de tu llegada.

Sincero, preciso, cortés. Insípido, soso, exangüe. Las palabras —las tuyas, al menos— carecen de interés. Cuando la vea, entonces ella sabrá lo que siente.

Quiere escribirle algo rebosante de vida, algo que la deje sin respiración. Quiere hablarle del futuro, de su futuro juntos, pero no sabe qué decir. El futuro solo existe en el plano de las palabras y nunca han hablado de él, de modo que, en realidad, no hay ninguno.

* * *

El verano es caluroso y, a fines de julio, el Gornensee se vacía. Ocurre de la noche a la mañana, pero están allí, llevaban días vigilando la bajada paulatina del nivel del agua en el borde del lago. La cuarta noche de su vigilia, mientras se turnaban para observar a la luz de un farol, el agua empieza a bajar más rápidamente. Otto despierta a los otros y miran emocionados mientras el nivel baja a ojos vistas. Al principio apenas se oye nada: solo un murmullo apagado. Dejan los faroles encendidos sobre el hielo y trepan por la ladera pedregosa que se alza por encima del lago, apoyándose en los peñascos más grandes y sólidos. Jakob mira los puntos de luz que jalonan la oscuridad inmensa; se esfuerza por distinguir el agua. Luego se oye un gruñido sordo, cada vez más fuerte. Después, un retumbo. Sin detenerse, el retumbo se convierte en un bramido infinito y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, los faroles se apagan todos a la vez. Jakob suelta un exabrupto al tiempo que, en la oscuridad, el bramido se vuelve tumultuoso y sienten un profundo estremecimiento en el interior de la montaña. Ya no ven nada porque los faroles han caído al lago, porque el lago se ha precipitado al abismo y grandes bloques de hielo han caído tras él. Piedras y rocas ruedan por la ladera, a su alrededor. La montaña se está moviendo.

—*Halten Sie sich fest!* —grita Theodor, y Jakob se agarra a su peña.

Tiene ganas de gritar cualquier cosa, lo que sea, y entonces oye gritar a Otto: un alarido de euforia inarticulado. O de euforia mezclada con miedo, porque el mundo se derrumba y ruge en torno a ellos y no ven lo que está pasando. Luego se ponen los tres a gritar, a hacer ruido, a berrear de alegría y de terror porque algo tan bello y tan perfecto como el lago se esté destruyendo.

* * *

Por la mañana, la luz gris penetra lentamente en el valle, como si le avergonzara lo que está a punto de desvelar. Un caos de hielo: bloques blancos como el azúcar, del tamaño de casas, desgarrados por venas y fisuras azules, gigantescas y sucias escombreras de hielo, piedras y peñascos arrancados de

cuajo de la falda de la montaña, todo ello colmatando una profunda quebrada que ayer no existía. Donde antes había un espejo de color turquesa en el que se reflejaba la serena majestad de las montañas, ahora solo hay destrucción.

* * *

—Puede que haya inundaciones río abajo —comenta Theodor mientras bajan con cautela hacia lo que antes era la orilla del lago.

Jakob monta su cámara y empieza a fotografiar el caos: es la primera vez que se fotografía esto. Trata de situarse en los lugares exactos desde donde fotografió el lago con anterioridad, pero el paisaje ha cambiado tanto que es casi imposible. Toma como referencia el horizonte y los picos tal y como los recuerda. En un rincón de su cabeza se agita una idea: «Podré enseñarle esto a Flora; le enseñaré las cavernas de hielo».

Trabajan despacio, pensativamente. Anoche vociferaron de alegría mientras el glaciar se desgarraba; ahora, en cambio, reina una atmósfera de melancolía. Un viento frío baja del Lyskamm mientras van de acá para allá midiendo y tomando notas. De vez en cuando se detienen a dar zapatazos y palmas para combatir el frío. En el glaciar se ha operado un cambio insólito: por debajo del derrumbe, sus marcas numeradas han sido arrancadas y arrojadas aquí y allá, pero, parcelando los lugares que ocupan, son capaces de recomponer la breve historia del cataclismo. Su experimento es un éxito rotundo. Pero lo que ayer era bello, sereno, encantador, ahora está arrasado y en ruinas.

* * *

Un par de días después, aprovechando que una borrasca les impide trabajar o salir a la montaña, Jakob y Theodor se acercan a pie a Zermatt a pesar de que llueve a cántaros. En el hotel Monterosa, Jakob encuentra esperándole una carta de Flora. Con el corazón desbocado por la alegría y la expectación, rasga el sobre y entra en el salón del hotel para leerla a la luz de una ventana.

Theodor recoge sus cartas y se pone a charlar con el recepcionista. No tiene prisa. Envidia a Jakob. Recuerda los tiempos en que él también se emocionaba así al recibir una carta de su amada. Ay, cuánto tiempo hace de eso...

Pasados unos minutos, Jakob dobla la carta y la guarda en el sobre. Mira fijamente por la ventana azotada por la lluvia mientras el agua que chorrea de sus pantalones forma un charco sobre la alfombra.

—*Alles gut?* —pregunta Theodor distraídamente, porque es lo que dice siempre.

—Eh..., sí. —La voz de Jakob suena lejana, desmayada.

Theodor levanta la vista de su correspondencia (el relato de pequeños dramas domésticos, dolencias infantiles, un desaire hecho en público), repara en la rigidez de la espalda de su amigo y comprende que ha recibido malas noticias. Sabe que Jakob confiaba en reunirse con su enamorada en Suiza —una idea que él, que nunca mezcla las mujeres con la montaña, desaprueba íntimamente—, pero puede que sus planes se hayan frustrado. Ella le ha defraudado, piensa, y una parte de su ser, mezquina y celosa, se regocija. Pero al ver la cara de Jakob, la cara de un hombre paralizado por el vértigo, la sonrisa convertida en rictus, su bondad se impone. «Mi pobre muchacho», se dice. Las mujeres no pueden evitarlo: son pérfidas por naturaleza. Y Jakob no está tan de vuelta de todo como él se cree.

* * *

La carta de Flora es breve y concisa. Dice que lo lamenta mucho, pero que su marido está muy enfermo y no puede dejarle. Que no podrá volver a verle. Dadas las circunstancias, es imposible. Confía en que lo entienda.

SEXTA PARTE

EL MAR CUAJADO

En el siglo IV a. C., el navegante griego Piteas escribió acerca de su viaje a Thule, la costa más lejana, la «tierra bajo el espigón de estrellas», donde conoció el sol que nunca se pone y la pepeguia thalatta, la mar solidificada.

En el momento de escribir su relato, no había Estrella del Norte.

El polo celeste estaba vacío.



Capítulo 33

Washington Land, 80° 45' N, 65° 09' O
1895-1896

El barco más caro de la historia de la exploración ártica se hunde en el canal Kennedy el 17 de agosto. No hay que lamentar víctimas mortales, pero Lester Armitage desearía estar muerto. El Polar Star, el buque en el que ha invertido tanto —tiempo, ideas y energías, por no hablar de su propio dinero y del ajeno— ha fracasado, y él también. Eso será lo único que se recuerde de él. Los últimos vestigios del casco aplastado y hecho trizas tardan una eternidad en desaparecer. El bauprés permanece tercamente a la vista durante días, apuntando hacia el cielo como un monumento a su ambición o como un reproche.

Su quimérico plan de los últimos cuatro años, sobre el que se sostenía precariamente el éxito de sus aspiraciones, consistía en cruzar en barco la banquisa hasta la costa norte de Groenlandia y pasar el invierno a orillas del océano Ártico. Ello le permitiría dar comienzo a la búsqueda del Polo desde un punto mucho más cercano a su objetivo. Durante el verano, habían llegado muy lejos: atravesaron la cuenca de Kane, dejaron atrás la de Hall y Thank God Harbour y, subiendo por el canal Robertson, llegaron mucho más al norte que cualquier otro barco desde que el Alert, el buque de la Armada británica, visitó aquellas aguas casi veinte años antes, todo ello en condiciones climatológicas adversas, con grandes hielos y borrascas incesantes. Después, sin embargo, quedaron rápidamente atrapados entre enormes témpanos de hielo. Surgieron airadas discusiones entre Lester, el jefe de la expedición, y el capitán del barco, Thomas Chafe, de Terranova. Los vientos los arrastraban hacia el norte, y hacia allí quería ir Lester. Chafe, en cambio, era partidario de quemar todo el carbón de sus bodegas intentando salir por la fuerza de aquella prisión itinerante para buscar un puerto de abrigo. Cuando estaban a tiro de piedra del océano Ártico, cambió el viento y volvieron a verse arrastrados hacia el sur, sin poder liberarse del hielo ni buscar refugio. Dejaron de discutir al darse cuenta de que sus discusiones carecían de sentido. El hielo que los retenía no aflojaba ni un segundo. El navío estaba sentenciado desde el principio.

Fragmentos de madera, toneles vacíos, pertrechos desechados, vituallas, basuras y los detritus propios de un barco a vapor: todo eso sigue ahí, patéticamente desperdigado por la banquisa. La tripulación y los pasajeros esquimales echaron a andar por las placas de hielo flotantes, rumbo a la tierra más cercana: la costa de Groenlandia, al norte de cualquier asentamiento nativo pero muy al sur del océano Ártico.

Como cualquier explorador, y especialmente como cualquier explorador ártico, Lester tiene que poner al mal tiempo buena cara. Construyeron su cobertizo en una lengua de tierra bajo los acantilados de hierro de Washington Land, pero está abarrotada: diseñada para acomodar únicamente a los miembros de la expedición y a algunos ayudantes esquimales, ha tenido que acoger también a la tripulación del barco. Viven cuarenta y cinco personas en un edificio ideado para veinte. Cuando llega el invierno —o, mejor dicho, cuando cae sobre ellos como un mazazo—, brotan las rencillas.

El capitán Chafe, que ya no es capitán de nada, incapaz de controlar a sus marineros y sin saber cómo conducirse, consigue a diario lo que Lester juzga imposible: está borracho casi continuamente. Uno de los marineros deserta para irse a vivir con una esquimal más al sur. Los demás, privados de rutina y autoridad, se lamentan y refunfuñan: no era esto lo que esperaban. ¿Por qué no pueden marcharse por su cuenta? (Porque se perderían y morirían.) ¿Van a pagarles aunque el barco se haya perdido? (Sí.) ¿Les pagarán una bonificación por las penalidades que están pasando? (No.) ¿Qué sentido tiene levantarse a las siete si siempre es de noche y no hay nada que hacer? (Una pregunta difícil de responder.) A Lester le preocupan los marineros, pero quien más le preocupa es John Hyland, el médico de la expedición.

Hyland es un hombre enjuto y vehemente, de rasgos finos, como labrados a cincel, y barba rubia y rala, vigoroso y aparentemente inmune al frío. Al principio le gustó su vehemencia: le recordaba un poco a sí mismo cuando era joven. Ahora se da cuenta de su error. Sus otros reclutas son más sumisos: George Shattuck y Philip Royce son jóvenes de buena familia que, al personarse en su despacho, demostraron un respeto halagüeño por sus méritos. Shattuck es el biólogo de la expedición. Royce, por su parte, no es más que un muchacho entusiasta y bien situado que buscaba algo que hacer. Lester conocía a muchos como él, pero la avidez de Royce por complacerle y la generosa donación de su familia le convirtieron en un candidato irresistible.

Escarmentado de su primera expedición, Lester evitó reclutar a científicos expertos cuyas ideas y aspiraciones pudieran entrar en conflicto con su deseo de

explorar. Es, sin embargo, un delicado ejercicio de equilibrio escoger a hombres capaces de liderar a otros cuando sea necesario —es decir, cuando él les ordene llevar a cabo una tarea crucial para el éxito de la expedición— y que al mismo tiempo no ambicionen convertirse en jefes por derecho propio.

* * *

Quedan solo unos días para su marcha, planeada desde hace tiempo. La estación acaba de empezar; el resplandor tenue del sol apenas empieza a despuntar por el sur, pero, como están menos al norte de lo que esperaban, la distancia a recorrer es mayor y han de hacer el viaje de ida y vuelta antes de que el calor aumente los peligros de desplazarse por la masa de hielo. La suya es una tentativa audaz. Lester está casi convencido de que pueden hacerlo, pero Hyland se las arregla siempre para deshinchar sus nobles ideales.

—¿Qué tal va su tránsito intestinal?

Se encuentran detrás del tabique de cajas de madera que separa el catre de Lester del resto de la cabaña y que, normalmente, le permite cierta intimidad, frágil pero muy necesaria. Hyland se lo ha apropiado temporalmente como consultorio.

—Bueno, ya sabe —contesta Lester—. Bien.

—¿Estreñido?

—Bueno, a veces. Pero ¿quién no? —Compone una sonrisa.

—Yo voy bien —replica Hyland.

No tiene sentido del humor. Lester tampoco, pero ignora que es un rasgo que tienen en común.

* * *

En medio de la penumbra de la tarde de febrero, Hyland lleva a cabo su último chequeo quincenal a los miembros de la expedición. A pesar de que solo tiene veinticinco años, es un hombre de carácter fuerte y ha ganado empaque durante el invierno. Lester ha tratado de seguir adelante con sus planes, pero, a decir verdad, desde hace un par de semanas no se encuentra del todo bien. Su formidable poder de concentración flaquea, y a menudo se detiene a pensar en todo lo que se ha torcido. Sufre calambres estomacales (lo cual no es raro teniendo en cuenta lo desequilibrada que es su dieta, pero aun así) y, lo que es peor, se ha vuelto inusitadamente torpe. Esta mañana, al levantarse de la mesa

después del desayuno, volcó la jarra del café. Lo que le asusta de ese incidente sin importancia es que, a pesar de que ha intentado reconstruir de memoria todos sus gestos, no comprende cómo sucedió. En toda su vida se había comportado con tanta ineptitud. Y, para colmo, soltó un exabrupto delante de los demás y vio por la cara que ponían que había perdido la compostura. Empieza a preguntarse si le ven como un viejo.

—No me gusta el aspecto de su lengua —comenta Hyland—. Y está pálido. ¿Qué tal duerme?

El médico examina sus ojos a la luz del farol colgado del techo. Lester casi se aparta de un brinco. Hyland tiene la piel desagradablemente tersa y tirante. Sus ojos son implacables, como si percibiera la debilidad ajena y se preparara para matar.

—Duermo bien. Maldita sea, Hyland. ¡Estamos en febrero! Todos estamos pálidos. Y estreñidos. Es lo que pasa en invierno. Usted no ha estado aquí antes, pero la noche invernal hay que pasarla sin más, de eso se trata. He estado haciendo un montón de trabajo en el que seguramente usted ni siquiera ha reparado: escribiendo y haciendo planes para la primavera. ¡Tengo que hacer cientos de cálculos, miles de decisiones que sopesar! Cuando todos ustedes se van a la cama, a mí me queda aún la mitad del trabajo por hacer. ¡Y además tengo que pensar en el bienestar de los esquimales y los marineros! Tengo... Estoy perdiendo el tiempo con usted. Tengo que continuar. Quizá pueda examinar a los demás en la sala grande.

Hyland ha dado un paso atrás. Sus ojos se han dilatado.

—No es mi intención faltarle al respeto, jefe. Solo trato de cumplir con mi deber. Si está sobrecargado de trabajo, ¿no podría delegar algunas tareas en los demás? A menudo no tenemos nada que hacer y...

—¡No estoy sobrecargado de trabajo! Y no puedo delegar mis decisiones. Cuando tenga más experiencia, se dará cuenta de estas cosas.

Hyland traga saliva.

—Claro, jefe.

Asiente con la cabeza parpadeando y forcejea con la manta roja que sirve de puerta. Un minuto después, Lester le oye cuchichear con alguien en la sala grande. Sí, es Shattuck. Sin duda están hablando de él. Es un fastidio, porque estaba pensando delegar algunos de los cálculos. Pero si lo hace ahora, Hyland creerá que ha aceptado su consejo y ¿debilitará eso su posición a ojos de los demás? Se dice a sí mismo que, de todos modos, tendría que revisar el trabajo de esa otra persona. Asumir responsabilidades, hacer lo que sea necesario, ese es el

papel de un líder.

No recuerda haber tenido estas dudas en la última expedición. ¿Ha cambiado con el tiempo o acaso se ha equivocado al elegir a su equipo? No pensaba que pudiera sentir nostalgia de Erdinger, siempre tan zafio, ni de De Beyn, cuya frivolidad le exasperaba. Y echa francamente de menos a Frank Urbino. Era un buen compañero: fuerte, servicial, pragmático. Y, sobre todo, leal: una virtud de incalculable valor. Qué lástima que las cosas salieran así...

* * *

Dos días después, terminan los preparativos para el viaje polar. Ha completado y revisado los cálculos, y las provisiones están bien guardadas en los cajones de los trineos. Lester y Philip Royce, junto con dos conductores esquimales y cuarenta y ocho perros, están listos para partir.

Después del desayuno, Hyland entrega una carta a Lester. En ella afirma que le ha diagnosticado una anemia perniciosa en fase inicial y posiblemente también escorbuto y que, en su opinión, no está en condiciones de emprender el viaje al Polo. Lester le lleva a un aparte y le releva de sus funciones como médico personal.

—¡No puede hacer eso! —exclama Hyland horrorizado—. Soy el oficial médico y debo decirle lo que veo. ¡Es mi deber!

—Su deber no es interferir en los objetivos de la expedición. Y, en todo caso, no estoy de acuerdo con su diagnóstico. Me encuentro perfectamente.

Hyland menea la cabeza.

—¿Y si por culpa de su enfermedad pone en peligro a los demás? —Su cara se ve aún más blanca bajo la capucha de piel; parece temblar de emoción—. No quiero llevar eso sobre mi conciencia.

—¿Mi enfermedad? ¡Yo no estoy enfermo! ¡Usted no es Dios, Hyland! Es un hombre muy joven, con muy poca experiencia en esta parte del mundo. Y con escasa experiencia médica, he de añadir. Estamos todos aquí para servir al engrandecimiento de nuestro país. *Ese* es mi deber y he de cumplirlo. Todo lo demás es secundario.

Se hace un silencio.

—¿Puede aclararme mi posición, señor?

Lester enseña los dientes.

—Naturalmente. Seguirá llevando a cabo su labor como médico con la mayor diligencia posible, pero, si algo parece poner en peligro los planes de la

expedición, me informará a mí en privado antes de hacer o decir nada a nadie.

Hyland se yergue, más alto y enjuto que nunca. Están los dos tiritando: llevan cinco minutos a la intemperie, a menos veinte grados bajo cero.

—Muy bien. Le aconsejo que aumente su ingesta de hígado crudo. Quizás ayude a aliviar los síntomas...

Lester trata de sonreír a pesar de su ira.

—Gracias, eso es todo, doctor Hyland.

—Una cosa más. El dedo del pie de Royce se resiste a curar. No puedo recomendar que...

* * *

A finales de abril, Lester tiene que admitir que su tentativa de llegar al Polo Norte ha fracasado. Puede que estuviera abocada al fracaso desde el principio, porque el Polo estaba demasiado lejos de su punto de partida. En todo caso, no le ha ayudado la cojera de Royce, que le impedía caminar, ni los perros esquimales, víctimas de una enfermedad misteriosa que redujo su número a la mitad durante las dos primeras semanas de viaje. El golpe final llegó cuando él, Shattuck, que resultó ser un mal sustituto de Royce y que unas veces se mostraba indeciso y otras obstinado, y los dos trineos conducidos por Metek y Sadloq, tras pasar varios días cruzando penosamente un abrupto desierto de hielo, se encontraron con una lengua de mar que les cortaba el paso. Exploraron las orillas del enorme canal, pero se extendía por espacio de muchos kilómetros de este a oeste y tenía más de trescientos metros de ancho. Shattuck tuvo la audacia de comentar que era una pena que no hubieran traído la barca plegable. Había una en la cabaña, pero Lester la había sacrificado —en realidad no tuvo elección— al hacer sus complejos cálculos de peso, pertrechos y distancia. Les ordenó que montaran el campamento y esperaron a ver si el canal se estrechaba o se congelaba: la banquisa estaba siempre en movimiento y su posición cambiaba continuamente aunque permanecieran estáticos, porque la masa de hielo los desplazaba hacia el sureste. Pero el brazo de mar siguió allí y murieron más perros.

Lester se preguntaba si aquel canal era un accidente geográfico permanente del casquete polar. Perdieron a tres de los perros que les quedaban cuando un trozo de hielo se desprendió de la orilla y se alejó en medio de una tormenta. No volvieron a verlos. Metek y Sadloq, nerviosos y hoscos, mascullaban entre sí y se quedaban callados cuando él se acercaba. Tras esperar una semana mientras Lester calculaba cuánto les durarían las provisiones dividiéndolas por la

distancia que aún les faltaba por recorrer, los esquimales amenazaron con abandonarlos y por fin dio orden de regresar. Solo él sabía que, al ritmo al que habían avanzado, la comida había sido insuficiente desde el principio.

* * *

Tras su chapucero regreso a la base, tiene que dar con un modo de salvar algo del desastre. Ha llegado más al norte que nadie, sí, pero por apenas treinta y cinco kilómetros, lo cual es casi humillante. Se pregunta si conviene aguantar hasta la próxima temporada, pero duda de que pueda convencer a los hombres. Fue mala suerte que se hundiera el barco; de ahí vienen todos sus problemas. Sin él, la tripulación es un peso muerto, siempre a punto de amotinarse. Lo único que quieren es volver a casa. Si contara con un par de hombres valientes, de hombres como Dios manda, podría hacerlo, pero no con una cabaña llena de marineros quejicas y holgazanes. ¿Alguna vez ha habido algún explorador al que se le hayan torcido tanto las cosas?

* * *

Lester decide a menudo sus planes escribiendo cartas a su esposa, a su querida Emma, a la que puede contárselo todo. Todo aquello que refleja las mejores facetas de su carácter, y que por tanto le sirve para recordar su deber, su honor y su destino. Es una buena esposa: leal, paciente y orgullosa. Antes de que partiera hacia su última aventura, le estrujó entre sus brazos —es una mujer robusta— y le dijo:

—Sé que eres un héroe, querido. Siempre lo he sabido, desde la primera vez que nos vimos. Supe que el padre de mis hijos sería un héroe. Pase lo que pase, te apoyaré.

Lester sopesa su éxito —o su fracaso— a ojos de su esposa. El balance le hiela la sangre. Tierras descubiertas: ninguna. Nombres de patrocinadores inmortalizados sobre el mapa: ninguno. Meteoritos: ninguno. Momias o hallazgos arqueológicos similares: ninguno, ni posibilidad de encontrarlos. Avance hacia el norte: unos pocos kilómetros. Tan pocos que le abochornan. Para regresar a casa, tendrán que viajar en trineo hacia el sur, hasta algún poblado esquimal, y confiar en que los recoja algún ballenero.

Puede hilar una historia de supervivencia aderezada con un naufragio y diversas calamidades, pero necesita algo más: algo inaudito, digno de salir en los

periódicos. De lo contrario, su carrera como explorador habrá tocado a su fin antes de haber dado algún fruto. Piensa en sus predecesores, en aquellos que se embarcaron en empresas imposibles, en Aníbal y en su grito de guerra: «Encontraremos un camino y, si no, lo crearemos». Así sea.

Capítulo 34

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O

Verano-invierno de 1895

En la cena para celebrar la publicación de su nuevo libro, a Jessie Biddenden le sorprendió que Flora Athlone la felicitara dándole un abrazo, aunque posiblemente no tanto como sorprendió a la propia Flora. A fin de cuentas, se trataba de Jessie, con la que siempre se había sentido intimidada. Iris, que vio la cara que puso Jessie por encima del hombro de Flora, sonrió comprensiva. Cualquier persona por la que Flora sintiera algún afecto percibía el cambio que se había obrado en ella: los tocaba más a menudo; se inclinaba hacia ellos, posaba una mano sobre su brazo. Algunos atribuían aquel cambio a la madurez. Otros, al difundirse la noticia de la enfermedad de Freddie, lo achacaron al hecho de que hubiera asumido un papel más maternal respecto a su esposo. Flora tardó algún tiempo en darse cuenta de lo que le ocurría: su cuerpo, sintiéndose abandonado, suplicaba contacto. Abrazaba a sus amigos porque eran lo único que tenía.

* * *

Iris era la única que estaba al corriente de lo ocurrido en Liverpool, y Flora le hizo jurar que no volvería a hablar del asunto. Fue la misma tarde en que le confesó que Freddie había sufrido un ataque de parálisis y que no podría ir a Suiza, después de todo. Un golpe terrible, y por partida doble, aunque no tan duro, pensó Iris, como el día en que descubrió que Mark Levinson iba a casarse con otra. Su amiga había madurado desde entonces. Iris lo lamentaba por ella: aquel idilio había sido toda una aventura, y sentía que, tras cuatro años de aburrido matrimonio, Flora se merecía una dosis de aventura. Pero, como decía la propia Flora, su intimidad con el hombre en cuestión no había durado mucho. En realidad solo había sido un...

Al llegar a este punto, Flora se detuvo delante de la ventana abierta y se dejó deslumbrar por el sol que inundaba el salón de Iris.

—Solo... un experimento. Para ver cómo era. A fin de cuentas, aunque no hubiera pasado todo esto, no tenía ningún futuro, ¿verdad?

—Supongo que no, viviendo tan lejos el uno del otro —repuso Iris.

Flora no se apartó de la ventana e Iris se preguntó si debía acercarse a ella y tratar de consolarla. Su amiga no parecía encontrarse bien y tenía los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando. Por lo demás, no *parecía* especialmente disgustada: sus ojos estaban secos y miraba fijamente los árboles del parque de enfrente con el ceño fruncido. Gritos de niños y risas entraban por la ventana: los sonidos de un parque inglés en una tarde de verano. Quizá solo estuviera preocupada por la enfermedad de Freddie. Era, desde luego, motivo de preocupación suficiente. Flora dejó escapar un suspiro y se apartó del sol cegador.

—Será mejor que me vaya. Esta tarde va a venir el médico.

Iris dejó a un lado su repugnancia presbiteriana por las escenas sentimentales y la cogió de las manos.

—Lo siento muchísimo, Flora. Por favor, dale recuerdos a Freddie. Avísame cuando pueda ir a verle. Y, naturalmente, si hay algo que yo pueda hacer...

Flora se aferró a sus manos de un modo extraño en ella. Iris se estremeció de preocupación al ver su mirada.

—La verdad es que puede que sí haya algo...

En ese momento oyeron ruido en la escalera. Helen había vuelto. Iris retiró las manos automáticamente y se volvió para mirarse al espejo, mordiéndose los labios. Se preguntó, como se lo preguntaba siempre, si Helen estaría de buen humor.

—¿Por qué no vienes el jueves, sobre las dos? ¿Podrás?

Se apartó de ella al oír pasos que subían por la escalera. Flora asintió con la cabeza. La puerta se abrió de golpe —Helen jamás abría con suavidad— y la secretaria de Iris entró con paso decidido. Se desabrochó los guantes y los arrojó al sofá. Todo el mundo convenía en que estaba más guapa que nunca. Su vitalidad tenía algo de pavoroso, como la de un carnívoro cuya existencia se afirmara sobre un sinfín de pequeñas muertes.

—¡Cielos! ¡Qué calor hace! Hola, Flora.

—Hola, Helen. Lo lamento, pero ya me iba. Mi marido no se encuentra bien.

—Vaya, cuánto lo siento.

Flora casi admiraba esa forma suya de hacer alarde de indiferencia al tiempo que pronunciaba frases insustanciales. Entonces Helen sonrió y les lanzó a ambas una mirada tan descarada que Flora contuvo la respiración. Cuando

volvió a mirar a Iris, comprendió que su amiga le había contado a su amante su secreto más íntimo. Se le hizo difícil perdonarla.

* * *

Regresó a casa de Iris el jueves, no porque quisiera, sino porque creía que no tenía elección. Nunca le había gustado Helen —ya había renunciado a disimular su desagrado—, y menos aún le gustaba que Iris estuviera tan sometida a ella. Helen le parecía la persona más egocéntrica que había conocido nunca, y su amiga nunca lo negaba.

Se sentaron en el salón, invadido por la luz verde que reflejaban los plátanos de fuera. Flora no sabía por dónde empezar.

—Lo siento, querida mía, pero no tengo todo el día. ¿Qué ocurre?

—Lo que voy a decirte, Iris, no quiero que se lo digas a Helen. ¿Me lo prometes, por favor?

—Sí, de acuerdo —contestó Iris, ceñuda.

Pero después de que Flora le explicara el apuro en que se hallaba —no tardó mucho: era un relato rutinario y deprimente—, se quedó callada un momento.

—Querida, me temo que es precisamente a Helen a quien debo contárselo. Creo que no conozco a ninguna otra persona que pueda serte de ayuda. Ella misma se ha encontrado en ese aprieto. Fue a no sé qué sitio de Pimlico, creo, y no hubo ningún problema en absoluto, al parecer fue visto y no visto, así que...

—Ah. En fin, si crees que no hay otra solución... Puedo pagar. Eso, por lo menos, no es problema. —Mantuvo los ojos fijos en el suelo y añadió en tono agotado—: Dios mío, Iris, qué complicado es todo.

Iris alargó el brazo y la tomó de la mano.

—Vamos, vamos. No hay duda de que ha sido una serie de coincidencias desafortunadas, pero cada cosa a su tiempo. ¿Debo dar por sentado que tu amigo no sabe nada de esto?

Flora negó con la cabeza.

—No. No tiene sentido decírselo. Y menos ahora.

* * *

Durante las primeras semanas, tras su vuelta de Liverpool, Flora vivió en un estado de excitación febril que por momentos semejaba un ensueño. Poco a poco fue insinuándole a Freddie que tenía intención de hacer un viaje de verano a las

montañas. Quería hacer alpinismo, dijo. Sería un buen ejercicio para su siguiente viaje al Ártico. Pensó primero en Austria y luego pareció seducirle la idea de visitar Chamonix y el Mer de Glace. Fue tejiendo astutamente una red de medias verdades y subterfugios. Le dijo a Freddie que finalmente había optado por Suiza porque allí podía entrevistarse con un industrial y su esposa, posibles patrocinadores que pasaban el verano en Zermatt. Incluso a ella misma le parecía una idea descabellada, pero Freddie no hizo ningún comentario en contra ni le pidió más detalles. El hecho de que mostrara tan poco interés la hizo preguntarse si no sospecharía la verdad, en cuyo caso ¿significaba acaso que lo comprendía? ¿Que incluso lo excusaba? Durante un tiempo se permitió abrigar esa idea, que en cierto modo la consolaba. Se llevaban bien, mejor que en mucho tiempo. Una noche, cuando estaban hablando, Freddie se interrumpió de pronto en medio de una frase y le sonrió.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo que te ha hecho gracia? —preguntó ella.

—Es solo que me alegra verte así. Hacía mucho tiempo que no parecías tan contenta. Sé que no soy buena compañía, Flora. A veces me preocupa que estés llevando una vida poco adecuada para alguien de tu edad.

—¡Ah! Cielos... No —respondió Flora.

* * *

A decir verdad, la perspectiva de ir a reunirse con Jakob la atormentaba. Ansiaba estar con él, lo deseaba con todas sus fuerzas, pero la idea de marcharse con el firme propósito de incurrir en adulterio se le hacía odiosa. Vivía para ver la letra de Jakob escrita en un sobre. Incluso sus señas, escritas por él, la turbaban como si estuviera trazando las letras sobre su piel. Cuando estaba en la cama recordaba sus abrazos, tocándose como la tocaba él. Recreaba de memoria cada detalle de la habitación del hotel Victoria y todo lo que habían hecho en ella. A veces, le costaba creer que fuera real. Se preguntaba si aquel anhelo violento era, en efecto, amor, o si sería una especie de enfermedad de la que no quería recuperarse. Leía con todo cuidado sus cartas, que oscilaban entre el relato prolijo y entusiasta de su trabajo y sus salidas a la montaña, y declaraciones de su deseo de volver a verla teñidas de ternura, pero carentes de espontaneidad. Cuanto más las releía, más la acosaban las dudas. ¿De veras le importaba? Las cartas afirmaban que sí, pero ella creía detectar cierta frialdad. ¿Eran figuraciones suyas? Y aunque supiera que solo eran cartas y que nunca eran del todo fiables, su falta de pasión la decepcionaba e incluso le resultaba

dolorosa. Jakob no mencionaba las cosas que habían hecho juntos y que a ella la obsesionaban. ¿Significaba eso que, como él mismo le había advertido, no se le daba bien escribir? ¿O acaso se había enfriado su pasión? ¿Se estaba distanciando de ella? ¿Tenía dudas? ¿Había conocido a otra mujer?

Después empezó a tener molestias. Cuando la primavera dio paso al verano, no pudo seguir ignorando sus sospechas crecientes, la acumulación de pruebas, el sentimiento de temor. Ella, que creía haber tenido tanto cuidado, se había dejado atrapar. Su propio cuerpo era una trampa: le había tendido una emboscada y había caído en ella.

Presa de una ira incandescente, aunque fuera culpa suya, por creer que no corría ningún riesgo, probó los remedios para la «obstrucción» que se anunciaban en ciertas revistas. Quizá estuvieran patentados, y eran sin duda desagradables, pero no daban resultado. Estaba asustada y furiosa: con él, con su cuerpo y, sobre todo, con su insensatez.

* * *

Un día de julio, tras su último intento fallido, Flora se hallaba en su despacho. Releyó la última carta de Jakob preguntándose si debía contarle su problema o no. Cuando trataba de imaginarse cómo reaccionaría al saber que estaba encinta, solo veía horror y reproche y, lo que era peor aún, la sospecha de que lo había hecho a propósito. Su instinto se lo desaconsejaba. ¿Qué podía hacer o decir él que mejorara su situación? ¿Y si, en efecto, había cambiado de parecer? Anticipándose a su posible rechazo, sintió rabia y ya estaba de mal humor cuando la doncella cometió la imprudencia de entrar en su despacho sin llamar a la puerta. Flora se volvió bruscamente, lista para arrancarle la piel a tiras.

—¡Señora! Lo siento, señora, es el señor Athlone... Está... está...

La chica tenía la cara gris. Flora no llegó a pronunciar las palabras que tenía en la punta de la lengua. Metió la carta entre un montón de papeles y volcó la silla en sus prisas por salir de la habitación detrás de la muchacha. Encontró a la enfermera Capron arrodillada junto a Freddie, en el suelo de la salita de estar de su marido. Freddie yacía hecho un ovillo, con el brazo izquierdo exangüe y la cara horriblemente desfigurada. Cuando se inclinó sobre él, sus ojos la miraron con expresión suplicante y aterrorizada.

Flora comprendió entonces que Dios la estaba castigando. Porque ¿cómo iba a marcharse ahora?

* * *

Pasó más de una semana antes de que escribiera a Jakob para decirle que no podía ir a Suiza y que, dadas las circunstancias, tampoco podían volver a verse. Se escudó en la enfermedad de su marido, pero el asunto de Pimlico pesaba en su ánimo tanto o más que el estado de Freddie. Se había sentido horrorizada, furiosa y sola. Quizá eso no fuera culpa de Jakob, pero no era él quien había tenido que ir a aquella calle siniestra que bajaba al río, cubierto con un velo ridículo por miedo a que le reconocieran. No era él quien había tenido que soportar la sordidez y la mugre, a aquel doctor empalagoso e insinuante y a su enfermera, cuya jovialidad resultaba sospechosa. En realidad, eran perfectamente decentes y respetables, y le habían ofrecido té con pastas, pero Flora sentía demasiada amargura para reparar en esos detalles. No era él quien había tenido que pasar por el sangriento y doloroso posoperatorio. Pero al menos había funcionado.

* * *

Al final, Freddie no salió tan malparado como se pensó en un principio. La apoplejía le dejó paralizado en parte. Tenía el lado izquierdo inutilizado y se trababa tanto al hablar que al principio Flora temió sin motivo que su mente se hubiera visto afectada. Verle causaba horror. Parecía haber envejecido de golpe aquella mañana, y aún no había cumplido los cuarenta. Presa de una piedad abrasadora que parecía más fuerte que sus demás sentimientos, Flora se pasaba el día sentada a su lado, decidida a mostrarse alegre y servicial, a dejar constancia de su cariño, a consagrarse a su recuperación. Los médicos se mostraban optimistas, pero con reservas. Si bien no se sentía culpable ni arrepentida por su infidelidad, la abochornaba el hecho de haber pensado antes que nada en sí misma, pese al horror que le había producido verle allí tumbado. Quería compensarle por su egoísmo y, de un modo incoherente y supersticioso, estaba convencida de que sacrificando lo que más deseaba ayudaría a Freddie y contribuiría en cierto modo a... Siempre dejaba esta idea inconclusa; no sabía cómo acabarla.

Freddie se fue recuperando poco a poco a medida que el verano florecía brevemente y se marchitaba para dar paso al otoño. Su recuperación era incluso prodigiosa, afirmaron los médicos. Su coraje y la dedicación de Flora impresionaban a todo el mundo. A las pocas semanas comenzó a recuperar el uso

del brazo izquierdo y, con el tiempo, casi dejó de trabársele la lengua. En Navidad ya podía escribir cartas, y animó a Flora a retomar los preparativos para su siguiente expedición.

Pero nunca mencionó su viaje frustrado a los Alpes.

Capítulo 35

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O

Primavera de 1896

Es un abril desabrido, sobre todo en el sótano del museo. El chico —no puede tener más de quince años— levanta la tapa con una palanca y la madera chirría al contacto con el hierro. Flora se asoma al interior del cajón colocado en un rincón del sótano gélido. Por desgracia, no hace frío suficiente: la humedad chorrea por las paredes. El farol que sostiene el chico humea en medio del aire apestoso. Flora confía en que el olor sea solo el de las cañerías.

Abre un hueco en la paja y descubre un rictus horripilante. El chico sofoca un grito y, al retirar el farol dando un respingo, las sombras bailan frenéticas por el techo.

Impresiona volver a verla, pero no tanto como la primera vez. La piel se ha oscurecido. Flora pasa el dedo por la frente de la momia y lo levanta: una mancha negra de moho.

* * *

El doctor Murray no sabía que las momias estaban en el sótano. Le llegan continuamente tesoros de todos los rincones del Imperio.

—Lo siento, señora Athlone, pero tenemos muchísimas cosas de las que ocuparnos. Todas igual de importantes.

—¡Están cubiertas de moho! Se las confié. Son únicas. ¡Ningún museo del mundo tiene nada parecido!

—Lo sé. Me... me ocuparé de que las trasladen.

—No basta con eso. ¡No puede dejar que se pudran! Son... ¡son personas! Tenían nombres, y alma, y...

Descubre horrorizada que las lágrimas le impiden hablar. Murray aguarda pacientemente. Ella se saca un pañuelo del bolsillo y se enjuga los ojos; respira hondo un instante y se rehace.

—Le pido disculpas, doctor Murray, pero me angustia pensar que, después del

esfuerzo y el cuidado que pusimos en traerlas para... para edificación de la gente, se las esté descuidando así.

—La entiendo y le aseguro que me encargaré de ello. Tenemos a una persona que nos echa una mano cuando surge algún problema poco común. Le escribiré.

—¿Hoy?

Murray se anima.

—Ahora mismo. De hecho, me ha parecido verle hace un rato. Puede que todavía esté en el edificio.

—Entonces podríamos ir a buscarle enseguida...

* * *

Su estallido la avergüenza. No le importó sacar los cuerpos de sus tumbas; no le atemorizan las bocas abiertas y los ojos vacíos, ni comparte los escrúpulos religiosos de Ralph. ¿Qué es el cuerpo humano, a fin de cuentas, sino un envoltorio: un vehículo, quizá no para el alma, aunque ella misma haya empleado ese término, pero sí para la mente?

Esta mañana, al despertar, ha descubierto que es 18 de abril, un año entero desde que se encontró con Jakob en el Adelphi. Ha tratado de desterrar ese recuerdo de su mente, pero mientras estaba en el despacho de Murray la ha asaltado de pronto, abrumándola por completo. Ha sentido a Jakob imperiosamente. Ha recordado su tacto y su calor. Imposible pensar en él como un ente separado de su cuerpo. No es solo imposible: es absurdo. Las momias fueron antaño tan singulares, tan cálidas al tacto como él. Sus nombres, sus defectos y sus amores han quedado sepultados en el tiempo, pero no por ello son menos tangibles. Están allí, en aquellos cuerpos.

Sigue a Murray por pasillos y escaleras, hasta una estancia de techo bajo llena de animales disecados. Dos hombres se inclinan sobre una mesa, bajo la ventana elevada.

—Eh, señor Carruthers, ¿puedo robarle un momento al señor Levinson?

Flora se queda clavada en el sitio. Mark se aparta de la mesa y la mira atónito. Los otros dos no parecen darse cuenta. Se hacen las presentaciones. Flora recupera por fin el habla y dice, sospechando que se ha puesto colorada:

—El señor Levinson y yo ya nos conocíamos. Estudiamos juntos en la Universidad de Londres.

—¿De veras? Bueno..., ¡estupendo! ¿Echamos un vistazo a esos andrajos?

* * *

Tras llevar las momias a la sala sin calefacción que va a albergarlas temporalmente, Flora procura salir del museo al mismo tiempo que Mark. Por su silencio, comprende que preferiría no quedarse a solas con ella.

—Mark, por favor, espera un momento. —Mira a su espalda—. Sé que no nos separamos amigablemente, pero de eso hace mucho tiempo. Ya no importa. Y si vamos a trabajar juntos...

Él hace una mueca. A Flora le sorprende lo poco que ha cambiado: la misma energía, la misma hosquedad, el mismo halo de cabello tieso como el alambre. Podría llevar incluso las mismas gafas. Hasta su chaqueta parece idéntica. No es la misma chaqueta de *tweed* marrón con la que tanto se encariñó ella, pero sí una prima hermana.

—No has cambiado nada —dice él en tono acusador, para sorpresa de Flora, que casi se echa a reír.

—Oh... Sí que he cambiado. He cambiado.

—No a simple vista. Claro que ahora eres aún más famosa. ¡La Reina de las Nieves, nada menos! Leí sobre ti, ya sabes, en los periódicos. Sobre lo que hacías.

Flora hinca la punta del paraguas en el suelo, impertérrita.

—Ya que has visto las momias, espero que puedas hacer algo por ellas.

Mark desvía la mirada.

—Seguramente no va a pasarles nada, creo. He trabajado con momias egipcias. Los fundamentos son muy parecidos.

—Me alegra oírte decir eso. ¿Cómo es que has...? —Se encoge de hombros y señala el edificio, a su espalda.

—¿Cómo he acabado dedicándome a esto? Cuando... cuando dejé la universidad... —Pronuncia las palabras con exquisita ferocidad—. Tuve que buscarme un empleo y empecé a trabajar para un taxidermista. Era un buen tipo. Se dio cuenta de que estaba desperdiciando mi talento y me convenció para que volviera a la universidad y acabara mis estudios. Ahora enseño química en el Politécnico de Regent Street y, eh, me dedico a esto en mis ratos libres. ¡Una brillante carrera científica!

—Ah.

De ser otro él, Flora se habría arriesgado a felicitarle, pero no sabía cómo reaccionaría Mark.

—¿Qué tal tu familia?

Él suelta un soplido.

—Bien, si de verdad te interesa. Y tú... te casaste con el ricachón. Ya sabía yo que acabarías casada con él.

—Yo no... Quiero decir que yo no lo sabía. Pero sí.

—Bueno, entonces todo ha salido a pedir de boca. En fin, señora Athlone, ha sido todo un placer volver a verla, pero tengo que irme.

Levanta la mano en un saludo burlón. Ella deja que se aleje, puesto que eso es lo que parece querer: decir la última palabra.

* * *

Durante las dos semanas siguientes, se dan varias coincidencias. Ralph Dixon escribe desde Ciudad del Cabo para informarla de que se ha casado con la hija de un abogado sudafricano, pero que aun así estará encantado de participar en su segunda expedición en calidad de geólogo. Henry Haddo, un joven médico de Cambridge, solicita unirse al equipo. Tiene especial interés en el escorbuto y no solo está dispuesto a acompañarlos, sino que goza de cierto prestigio. Flora recibe una importante donación en metálico de un industrial al que no conoce, y piensa fugazmente en ofrecerle un puesto en la expedición a Mark, solo por ver la cara que pone.

Resulta extraña la obstinación con que la vida sigue adelante cuando todo parecía perdido. La expedición empieza a cobrar forma. Las noticias que llegan del Ártico afirman que el costoso buque de Lester Armitage se ha hundido y que el norteamericano no ha conseguido ampliar la frontera de las tierras conocidas más que unos pocos kilómetros hacia el norte, lo que le produce una íntima satisfacción. La gente empieza a creer que va a volver al Ártico.

Pero, a veces, cuando llega a casa y cruza la puerta, le dan ganas de gritar. Entra a ver a su marido y a preguntarle cómo está, y el sufrimiento de Freddie la llena de humildad. Su marido no es muy dado a lamentarse, pero sus achaques físicos consumen casi toda su energía. La enfermera Capron le somete a un programa diario de ejercicios, y cabe la posibilidad de que recupere la movilidad más allá de caminar renqueando un trecho corto. Pero, como cuesta distinguir entre los estragos de la lesión pélvica, la apoplejía y la sífilis, su pronóstico no está claro. Cuando Flora le pregunta, casi nunca dice nada, excepto que va mejorando poco a poco.

—Por lo menos no estoy peor —asegura.

Ella no sabe si es cierto. Últimamente tiene problemas en un ojo. Flora

averigua por fin, a través del médico, que es un síntoma de sífilis terciaria. Ni Freddie ni la enfermera Capron han querido decírselo. Han entablado una relación peculiar: discuten constantemente, pero Flora también los oye reír. Cuando ella está presente, nunca se ríen. A veces también se gritan el uno al otro. Con Flora, Freddie nunca levanta la voz. Se siente absurdamente excluida.

Él se disculpa por su inutilidad, por no poder ayudarla con los preparativos de la expedición, lo que hace que Flora se sienta indigna y egoísta. Cuanto más indigna y egoísta se siente, más se enfada. Tiene veinticinco años. Piensa: «A partir de ahora, solo puedo perder mi atractivo. Me estoy muriendo aquí dentro, sin que nadie me quiera ni me toque». Tiene que recordarse todo aquello por lo que debe estar agradecida. A veces se descubre secándose las lágrimas durante la cena, pero solo si está comiendo sola.

* * *

Después de que escribiera a Jakob para romper su relación, él le escribió una carta más. Era menos rígida y formal que las anteriores. Le suplicaba que cambiara de parecer, le aseguró que estaría en Londres en un par de semanas. Quizá para entonces hubiera cambiado de idea. Si tenía a bien contestar a su carta y darle permiso para seguir escribiéndole... La carta le pareció sincera, pero no supo qué responder. El aborto había empañado el recuerdo de su idilio y del propio Jakob. Estaba enfadada con él por no saberlo, y al mismo tiempo se imaginaba su ira si lo supiera. Quería estar con él, ansiaba hallarse de nuevo en sus brazos, pero tenía miedo. No volvería a cometer esa imprudencia. Había aprendido que esa felicidad, ese gozo, tiene sus consecuencias.

La apoplejía de su marido la había dejado en cierto modo tan paralizada como a Freddie. Pensaba en parte que Jakob debía entender cómo se sentía. Sabía que pasaría por Londres en su viaje de regreso a Estados Unidos. Para entonces quizá ya supiera qué debía hacer. Pero pasó septiembre y luego octubre y, a medida que se alargaban las noches y Freddie cobraba fuerzas, se fue dando cuenta con opresiva certeza de que Jakob ya se había ido.

Capítulo 36

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O
Agosto de 1896

¡Visitantes exóticos en el museo!
¡El señor Armitage trae a Manhattan a los pobladores del Ártico!
¡¡Hombres, mujeres y perros ESQUIMALES!!
Un espectáculo sorprendente...

Titulares del *Brooklyn Advertiser*, agosto de 1896

Los esquimales salen en todos los periódicos. A Jakob no le extraña que Lester Armitage haya hecho algo así, pero se lleva una sorpresa al leer los nombres de los nativos instalados temporalmente en el Museo de Historia Natural. Aunque el *Brooklyn Advertiser* ha confundido sus nombres, «Anick» e «Ivalo» son sin duda el *angedkok* y su esposa, la ex amante de Lester (¿de veras ha tenido la desfachatez de traerla a Estados Unidos?). Luego se da cuenta de que «Ajax» y «Patla», cuyos nombres le desconcertaron en un principio, deben de ser Ayakou, el esquimal herido, y su esposa Padloq (pero ¿no le había dejado?). Van a ir de gira. Harán exhibiciones de conducción de perros, construcción de iglús y caza. Para verlos, hay que pagar entrada.

Jakob está sentado a la mesa del desayuno con Hendrik y su sobrina, Vera, cuando repara en los titulares. Nota la punzada de desagrado —se niega a llamarla envidia— que siente cada vez que ve el nombre de Lester impreso en letra de molde. Porque ¿quién envidiaría a la última expedición de Armitage? Scotty Welbourne le mandó un telegrama cuando se supo que el Pole Star se había ido a pique: ¡Ja! ¡Todavía podemos vencerle!

—Mira, Vera, hay esquimales en Nueva York.

Su sobrina agarra el periódico. A sus diez años, avergonzada por su cojera, se ha vuelto callada, seria y solitaria.

—¿Podemos ir a verlos, tío Jake?

—Es buena idea. ¿Por qué no la llevas? —dice Hendrik mientras se acaba el café y se limpia el bigote—. Si tienes tiempo, claro.

—Claro que sí. No me lo perdería por nada del mundo. Además, creo que conozco a estas personas. Me parece que Ajax es en realidad Ayakou, el cazador

que se rompió la pierna cuando... cuando murió Frank. Ahora tengo que ir a ver a los grabadores, pero esta tarde... Si está usted libre, señora...

Hendrik se levanta.

—Mientras tú vas a visitar a tus grabadores, yo tendré que desgañitarme advirtiendo a la gente contra esas nuevas cámaras frigoríficas. Qué desastre. Con la carne no se juega.

—En efecto, con la carne no se juega. Tu padre es todo un magnate, Vera. Un auténtico barón de la carne. El gran potentado del solomillo.

—Lo sé —dice Vera con orgullo.

Hendrik mira con enojo a su hermano y besa a su hija en la coronilla.

—No te creas todas las tonterías que dice tu tío, tesoro. Y, por el amor de Dios, no las repitas delante de... nadie.

Iba a decir «delante de tus amigos», pero se ha parado a tiempo.

* * *

Hay algo en su hermano y en su hija que preocupa a Hendrik. Comparten una cualidad de la que desconfía: los dos parecen tener la vista fija en algo que queda más allá del horizonte, como si anhelaran algo que no puede verse y que tal vez no exista. Es una carta mala en la baraja, una mano perdida. Bettina y él no tienen ese rasgo, y su hijo Willem también se ha librado, pero Hendrik lo advierte, sin embargo, en Vera. A Jakob le ha conducido a lugares remotos y sin duda interesantes, pero Hendrik nunca lo había visto tan triste y encerrado en sí mismo como el otoño pasado, cuando regresó de Europa. Él aseguraba que su estancia había sido muy productiva, pero Bettina y Hendrik estaban de acuerdo en que parecía haber perdido algo: una parte de su vitalidad, de ese ingenio volátil que siempre había sido su cualidad más atractiva. Tal vez sea la consecuencia inevitable del paso del tiempo, y sin embargo... En cuanto a Vera, que no solo es una chica, sino que además es coja..., ¿qué satisfacciones puede ofrecerle la vida? Si no se casa —y ni siquiera es bonita, así que ¿quién va a quererla?—, ¿qué puede hacer con una inteligencia tan despierta? La actitud de Jakob tampoco ayuda: aviva la imaginación de la niña con fotografías y anécdotas y le llena la cabeza de ideas rocambolescas.

* * *

Hace una semana, Hendrik se llevó a su hija aparte y le dijo:

—¿Sabes?, cuando el tío Jake te cuenta cosas sobre los sitios donde ha estado... Sé que siempre dice que te llevará a esos sitios, pero la verdad es que no podrá hacerlo. —Soltó una risa forzada—. Las chicas no van a esos sitios.

—Su amiga la señora Athlone, sí. Ha estado en Groenlandia. Ha dirigido su propia expedición.

Hendrik suspiró. Ha estado pensando en esa tal señora Athlone y ha llegado a la conclusión de que solo puede traerles problemas.

—Lo que quieres decir es que no puedo ir porque soy coja. Lo sé. —Vera clavó una mirada fija y límpida.

El corazón de su padre dio un vuelco doloroso.

—Tesorito... Es solo que no quiero que sueñes con cosas imposibles y que luego te llesves una decepción.

—Lo sé. No te preocupes. —La niña sonrió y le dio unas palmaditas en la mano, y Hendrik pensó que debería haber sido al revés.

* * *

Jakob y Vera van a pie hasta el museo, abanicándose con los folletos de la exposición porque en la calle hace más de treinta grados. Jakob se pregunta qué tal lo estarán pasando los esquimales con este calor. Dentro del museo, un conserje le informa de que los esquimales no están en exposición en esos momentos. Al insistir, le remiten a un funcionario que le asegura que los esquimales están «fuera».

—No salen de gira hasta septiembre —dice Jakob esforzándose por ser amable.

El funcionario frunce el entrecejo.

—No, pero tienen otros compromisos. Son visitantes importantes.

—Por supuesto. ¿Cuándo volverán? He traído expresamente a mi sobrina para que los vea.

Vera tira de su mano, avergonzada, y dice:

—Vámonos, ¡da igual!

El funcionario mira a su alrededor.

—No puedo decirle una hora concreta.

—Es igual, tío Jake. —Vera está acostumbrada a la decepción—. Ya vendremos otro día.

—Vamos a ver la planta de abajo ya que estamos aquí. Allí es donde se supone que están. —La conduce hacia las escaleras—. No estoy seguro de que

ese hombre nos haya dicho la verdad.

—¿Por qué iba a mentirnos?

—Porque tengo la sensación de que aquí ocurre algo raro. ¿Qué te parece si averiguamos qué es?

* * *

Los huele antes de verlos. Este verano el aire apesta a humedad, pero en el pasillo del sótano huele a algo que Jakob no olía desde su estancia en Groenlandia: a carne de foca rancia, a sudor y a orines. Vera sofoca un gemido de sorpresa pero guarda silencio y, mientras se acercan a la puerta cerrada del fondo del pasillo, esta se abre de golpe y sale un hombre.

—Este pasillo está clausurado. ¡Llévesela de aquí! —grita el hombre, y cierra de un portazo.

A través de la puerta abierta, Jakob ha alcanzado a ver varios cuerpos tendidos en el suelo. Jakob lleva a Vera a la puerta de arriba y la hace subir a un coche de punto.

—Lo siento, Vera. Tienes que irte a casa. Necesito verlos. Son mis amigos y tienen problemas. ¿Lo entiendes?

La niña asiente, muy seria.

* * *

Las cosas están peor de lo que pensaba. Jakob empuja la puerta y acalla las protestas del médico asegurándole que es amigo de los esquimales. El médico, que nunca ha atendido a personas como estas, le da la bienvenida.

—Gracias a Dios. ¡Creía que no venía nunca! Cuando he visto a la niña, he pensado... No los entiendo, aunque dicen que hablan inglés. Es imposible mantenerlos limpios.

—¿Esperaba a alguien?

—Claro que sí. ¡Llevo días esperándole! —Al ver la expresión desconcertada de Jakob, pregunta—: ¿Usted es el señor Armitage?

—No, soy Jakob de Beyn, el geólogo de la primera expedición del señor Armitage. Por eso conozco a esta gente. Pero he venido a título personal.

Jakob se vuelve hacia Aniguin, que permanece pacientemente a su lado, de pie. Viste ropas occidentales y lleva el cabello muy corto, lo que crea un efecto muy extraño, pero sonrío enseñando el hueco entre los dientes como si pareciera

encantado de verle.

—¡Te Peyn, has venido! ¿Estás bien? ¿Armitage está aquí?

—No, Aniguin. Hace mucho tiempo que no veo a Armitage. No vengo de su parte.

—Nos dijo que viniéramos a Nueva York, que veríamos cosas maravillosas. Nos dijo que sería bueno para los inuit. Pero Ivalu está enferma. Mira. Y Armitage no ha venido a vernos.

—Lo lamento, pero me alegro mucho de veros a todos. *Qooviannikumut*.

Saluda a cada uno de ellos. Ivalu y Ayakou están tumbados en camas improvisadas hechas con pieles sucias. Les cuesta respirar. Ayakou le estrecha la mano y sonríe, pero parece incapaz de hablar. Tiene la frente perlada de sudor. Padloq, su esposa, está sentada a su lado remendando una bota. Jakob se vuelve hacia el médico.

—¿Qué les ocurre?

—¿Cómo se llama este? ¿Ayakou? Tiene neumonía en ambos pulmones. Y le duele la pierna. Una rotura mal curada. Esta mujer —añade señalando a Ivalu— también tiene neumonía. Las otras de momento solo están acatarradas, pero temo que vayan a peor. He intentado tirar esas pieles, pero arman un escándalo infernal. Parecen preferirlas a las camas limpias.

—Imagino que son lo único que conservan de su hogar. ¿A cargo de quién están?

—A mí me pidió que viniera el señor White, el conservador adjunto.

Jakob pasea la mirada por la sala cerrada y agobiante. La única luz (y el aire) que entra procede de una rejilla situada cerca del techo.

—Deberían estar en el hospital. ¿Dónde puedo encontrar al señor White?

—Su despacho está en la primera planta.

Jakob se vuelve hacia Aniguin.

—Encontraremos un sitio mejor que este. Un sitio donde os curen.

—¿Puede hacer eso, Te Peyn? —Aniguin le mira—. ¿Hablarás con Armitage?

—Haré algo mejor. Si es necesario, hablaré con la prensa.

—¿Quién es la prensa? Creo que no la conozco.

* * *

Al final, no hace falta que acuda a la prensa. Al enterarse de que un auténtico explorador ártico está dispuesto a hacer público el estado lamentable en que se encuentran los esquimales, el señor White, un hombre joven y grueso, de cara

colorada y carnosos mofletes lampiños, se asusta y, en cuestión de unos días, los groenlandeses son trasladados al hospital Mount Olivet.

Jakob escribe a Armitage para decirle que no le cabe duda de que ignoraba la gravedad de la situación y de que se hará cargo personalmente del bienestar de los esquimales. Le pregunta, además, por sus planes para devolverlos a casa. Su indignación no es fingida: hacía mucho tiempo que no se sentía tan lleno de energía.

* * *

Unos días después, cuando visita Mount Olivet, descubre que los esquimales han empeorado. Ayakou está dormido, pero tiene la garganta muy inflamada y le cuesta respirar. Aviaq, una chica joven presenta síntomas de neumonía.

—¿Has tenido noticias de Armitage? —pregunta Aniguin.

—No. Puede que esté de viaje.

Puede que Lester esté de viaje, o que esté ocupado. O puede que haya aprovechado la intervención de Jakob para desentenderse de este engorroso asunto.

* * *

—¿Querías venir a Estados Unidos?

Suben por la ladera, hasta un grupo de árboles, y se paran a la sombra. A su alrededor zumban las moscas y los mosquitos. Aniguin deja que el sudor le chorree por la cara, impasible.

—Sí. Armitage dijo que puedo hablar con personas importantes. Que a lo mejor así hay más comercio. Necesitamos herramientas. Vosotros necesitáis pieles y marfil. Ahora vienen pocos balleneros. No sé por qué. Todavía hay ballenas.

—¿Y Ayakou? ¿También quería venir?

—No —contesta Aniguin con una nota de desprecio—. Le daba miedo venir, pero en casa es un pobre hombre desde que no puede cazar. Padloq le dijo que volvería con él si venía a América. Será rico si viene y vuelve con muchas cosas, ¿comprendes?

Jakob dice que sí con la cabeza.

—Te Peyn, ¿por qué no volviste con Armitage?

—Hay cosas en las que no estamos de acuerdo, Aniguin. Yo soy un científico

y él es, por encima de todo, un explorador. Quiere conquistar el Polo.

—Ah, sí. Quiere llegar a la Gran Uña. —Aniguin se encoge de hombros como si le pareciera una idea absurda—. ¿Dónde está Felora? ¿Por qué no ha vuelto?

Jakob vacila. Al oír mencionar su nombre siente una opresión en el pecho.

—No lo sé. Vive al otro lado del mar, en Inglaterra.

—Me gustaría mandarle una carta. ¿Puedes escribirla tú? Quizás ella pueda llevarnos a casa.

—Nadie puede llevaros al Norte hasta la próxima primavera. Si Armitage no se compromete a llevaros a casa, lo haré yo.

Es una promesa demasiado audaz, pero al decirla en voz alta siente cristalizar su resolución.

—Pronto será invierno y habrá nieve. En primavera, os llevaré de vuelta a casa.

Aniguin se encoge de hombros.

—La primavera queda muy lejos. ¿Y si morimos? Quiero mandarle una carta a Felora. Ahora que estoy en América, hago lo que los *kallunat*. Verás, Te Peyn, aquí no puedo ser *inuk*. No hay espíritus en América. No puedo curar a mi gente, ni siquiera a mi mujer.

Capítulo 37

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O

Septiembre de 1896

—Estoy preocupada por él. Sufre de las rodillas. Cojeaba mucho, aunque intentara disimular.

Flora acaba de volver de visitar a su padre en Dundee.

Iris afila la pavesa de su cigarrillo hasta formar una punta. Helen ha ido a ver a su madre a Stepney y están solas, cosa rara últimamente.

—Ya no es joven. Son cosas que pasan.

—Eso dice él. Ojalá no estuviera tan solo.

—Entonces, ¿sus días de marino se acabaron?

—No lo sé. No quiero ni pensar en qué hará si no puede navegar. Todavía no tiene sesenta años.

—¿Te molestaría que viviera contigo?

—Oh, no creo que haya peligro de que eso pase.

La sola idea hace reír a Flora. La opinión de su padre sobre Londres no ha mejorado desde que ella se instaló en la ciudad y, aunque no lo diga, su intención de volver al Norte dejando a su marido en casa, es decir, de comportarse como él, le parece aborrecible y antinatural.

—¡Me recuerda constantemente mis deberes de esposa! Claro que él no sabe...

Iris sonrío.

—Iba a preguntártelo. ¿Hay alguien...?

—¿Que si alguien...? ¡No! No, por Dios. —Sacude la cabeza—. No puedo ni imaginármelo. Todavía pienso en... en él, ¿sabes?

—¿En el americano? Creía que eso era agua pasada.

—Y lo es. Y sin embargo no parece que pueda... Qué tontería, ¿verdad?

Son ideas estúpidas, carentes de sentido. Cuando cede a ellas, vuelve a leer sus cartas, contempla la cara de la fotografía para recordarse que aquello fue real. Algunos de sus recuerdos son de una viveza estremecedora: la suavidad de su piel, lo que sentía al tenerle dentro. (Pero ¿acaso no habría sentido lo mismo

con cualquier otro hombre? Son razonamientos como este los que le plantea su intelecto.) Otras cosas, algunas más íntimas y otras menos, se le empiezan a escapar. A pesar de que tiene el retrato de Jakob, le cuesta recordar cómo la miraba, o esa sonrisa singularmente dulce que tenía por las mañanas. Cada vez que mira la fotografía, esta amenaza con convertirlos de nuevo en extraños, como cuando estaban en la playa de Neqi.

—Cuando Freddie cayó enfermo... me asusté tanto que me convencí de que hacía bien quedándome a su lado. Pensé que, si renunciaba a lo que más deseaba, tal vez estaría ayudando a que las cosas se solucionaran. ¿Verdad que es ridículo? Freddie se habría recuperado de todos modos.

—Yo creo que habría sufrido mucho si le hubieras dejado.

—No iba a...

Iris la mira como si quisiera corroborar la verdad de sus palabras.

—Este último año ha sido muy duro. Pero las cosas están mejorando, ¿no es cierto? Freddie está mejor.

—Sí, hasta cierto punto.

—¿Has vuelto a tener noticias de él?

—No. Me escribió después de que rompiera con él pidiéndome que reconsiderara mi decisión. Dijo que pasaría por Londres al volver a casa y que... Pero me pareció demasiado horrible citarme con él estando Freddie tan enfermo. Era distinto, las cosas habían cambiado. Y... ya sabes. No supe qué contestarle. Seguro que se ha olvidado de mí por completo. Puede que nunca haya significado gran cosa para él.

—Creías que te tenía bastante... cariño. ¿Tanto como tú a él?

Flora mira por la ventana.

—Eso me parecía. Pero tengo poca experiencia. ¿Cómo voy a saberlo?

—Bueno, por distintas cosas... No eres tonta. Creo que una de dos: o te olvidas de él y, me creas o no, algún día le olvidarás, o vuelves a escribirle. Si no te escribe, saldrás de dudas y, si te escribe... Entonces tendrás un problema. En todo caso, te habrás librado de la incertidumbre. Te aconsejo que hagas lo primero.

—¡Haces que suene tan sencillo!

—Bueno, lo es. Y bastante prosaico, además, para serte sincera.

Flora se ríe.

—¡Siento aburrirte!

—Oh, *tú* no me aburres. En cambio, los amoríos de otros... Lionel Fortescue, por ejemplo, se enamora un martes de cada tres y siempre es el mayor idilio

desde los tiempos de... como se llamen. Pero tú no me aburres.

—¿Quieres que te cuente una cosa que quizá no te aburra? —Flora suelta una risa forzada. Es algo que le ronda por la cabeza desde hace un tiempo: una duda insidiosa que se niega a desaparecer.

—¿Quieres otra copa?

—No, gracias.

Iris se sirve brandy con soda de espaldas a ella. Aun así, Flora solo consigue hablar fijando la vista en el suelo, en el que las sombras de las hojas dibujan filigranas.

—Verás, no sé... Creo que si pudiera pensar en él... sin desearle, entonces sabría si lo que sentía era amor y no solo... Pero no puedo separar ambas cosas, de modo que no estoy segura.

Iris vuelve y se sienta a su lado. Flora se pregunta si se está riendo de ella, pero cuando se atreve a levantar la mirada su amiga parece estar considerando seriamente la cuestión.

—A veces me pregunto —prosigue— si lo que llamamos amor no será solo... una especie de egoísmo. Si gozas con otra persona y su presencia te hace feliz, entonces... En fin, eres tú quien está gozando. Y eres *tú* quien quiere estar con esa persona para ser feliz. ¿Acaso no es por interés propio? ¿No será «amor» el eufemismo con el que revestimos nuestro egoísmo? Me pregunto si solo soy eso, una egoísta.

Iris la mira con un asomo de ironía.

—¡Santo cielo, Flora, criatura! ¡Claro que el amor es egoísta! Pero ¿y qué? El matrimonio no es más que la sanción social de un acuerdo que tiene ventajas económicas y materiales para ambas partes. No eres más egoísta que los demás. Lo eres menos en ciertos sentidos: te has quedado con Freddie.

—No ha sido por altruismo. Freddie ha hecho mucho por mí.

—Pero, y perdona que te haga una pregunta tan vulgar, ¿eres feliz?

Flora se ríe.

—Tan feliz como el que más, imagino. Como dice mi padre, «la vida no es un jardín de recreo».

—Umm. Bueno, pero, si no he entendido mal, no tienes claro que lo que echas de menos sea a la persona concreta o, digamos, la intimidad con un hombre, en cuyo caso está claro lo que tienes que hacer.

Flora se recuesta en su silla, arrepentida de su confesión.

—¡Yo no he dicho eso!

—¿No? Como me recuerdas constantemente, eres una científica. Pues bien,

dado que lo eres, haz un experimento.

—¿Qué experimento?

—¿El hombre o... el acto? De momento no puedes tener al hombre, pero... —
Levanta las cejas.

Flora rompe a reír.

—Es lógico, ¿no?

—¡No, no es lógico! Es... abominable. Eres abominable.

—Solo me limito a observar que, en primer lugar, sus sentimientos son aún más misteriosos que los tuyos. Y, lo que viene más al caso, tú estás aquí y él en Nueva York. Una inmensa masa de agua os separa. O eso le parece a mi limitado entendimiento.

Flora estudia su vaso vacío.

—Quizá me gustaría tomar otro... No, ya voy yo.

—Tonterías, dame... —Iris se traslada al otro lado de la habitación—. ¿Has vuelto a ver al señor Levinson?

—Está trabajando en la conservación de las momias, así que suelo verle en el museo, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, querida.

Le da a Flora otra copa. Al hacerlo, el puño de encaje de su manga deja al descubierto una muñeca blanca y huesuda en la que destacan unas marcas oscuras.

—Hace un momento te quejabas de tu falta de experiencia. Pero la experiencia está ahí, al alcance de la mano. Puedo hacerte sugerencias, si no se te ocurre nada. Lionel, por ejemplo, siempre ha mostrado una notable predilección por ti.

—¡Dios mío! —Flora casi se atraganta—. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y nueve, una edad que, permíteme que te lo diga, no es tan...

—Dice que tiene treinta y nueve —replica Flora—. Y se pone colorete.

Iris levanta las cejas como si estuviera a punto de perder la paciencia.

—Solo era una sugerencia y, según me han dicho fuentes autorizadas, deja muy satisfechas a sus amantes. No te conviene un jovencito que no sepa qué hace con una mujer. Observo que a veces puedes ser muy cruel, Flora. Es un defecto de la juventud.

Flora la mira con frustración.

—Pues yo observo que vuelves a tener marcas en la muñeca, Iris, y tampoco lo digo por nada.

Capítulo 38

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

Octubre de 1896

—¿Has encontrado un objetivo vital? Pareces cambiado. Más serio.

Clara se reclina en la silla y le mira a través del humo del tabaco. Están sentados en el reservado de un restaurante y la luz de encima de su mesa proyecta sombras implacables. Hacía dos años que no se veían.

—Llevo demasiado tiempo dando tumbos. Querría haberlo hecho antes, por Frank, no solo por mí. Ahora hay otras personas que dependen de mí.

—¿Sigues sintiendo que tienes que vengar a Frank de alguna manera?

—Yo no diría «vengarle». Pero Armitage utilizó la muerte de Frank para apuntalar su falso descubrimiento, y no quiero que el nombre de tu hermano quede asociado a una falacia con la que no querría haber tenido nada que ver, de haber vivido.

—Pero reconoce que eso es solo una creencia tuya.

—Por eso tengo que demostrarlo de una vez por todas. Tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz. Irá más gente allí. Con el tiempo, no quedará nada por descubrir.

—¿Y si el señor Armitage estuviera diciendo la verdad?

—Entonces Frank sería de verdad el descubridor de una nueva isla. Y eso también quedaría demostrado.

—¿Y qué quieres para ti mismo, no para Frank, ni para Aniguin y los demás? Jakob sonríe.

—Quiero explorar, eso es cierto. Quiero trabajar aquellos glaciares, como cuando estuve en Suiza. Nadie ha estudiado los glaciares a esas latitudes.

Clara apaga su cigarrillo.

—Espero que lo consigas. Ahora, ¿quieres que te cuente un cotilleo?

—Claro —contesta él, sintiendo una leve punzada de consternación.

—Bueno, pues para empezar... —Ella sonríe—. Anna va a casarse.

—¿En serio? —Se alegra al descubrir que la noticia le regocija sinceramente—. ¿Con quién?

—Con un caballero muy respetable al que conoció en las sesiones de espiritismo. La señora Jupp..., ¿te acuerdas de ella? Anna siguió visitándola después de que Marion llegara a la conclusión de que no es muy decente seguir en contacto con el espíritu de un exnovio cuando estás comprometida con otro. ¡Y tuvo la desfachatez de decirnos que el espíritu de Frank le había dado su bendición! ¿No es increíble? El caso es que fue allí donde Anna conoció al señor Nathaniel Stafford. Es viudo y viejísimo, tiene más de cincuenta años, pero parecen llevarse muy bien. Él tiene un temperamento artístico, una barba muy larga, esa clase de cosas. Estaba intentando comunicarse con su difunta esposa.

—Santo cielo... —Jakob se echa a reír—. ¿Ella también le dio su bendición?

—No me cabe la menor duda. Pero por suerte el señor Stafford tiene sentido del humor, así que abrigo cierto optimismo.

—Es una noticia estupenda. Tus padres estarán encantados.

—No sabes cuánto. Él incluso goza de una posición desahogada, lo que les ha quitado un gran peso de encima. Anna va a estar mejor situada que cualquiera de nosotros.

—Entonces, ahora que Marion se ha prometido, ¿les has contado a tus padres lo de la hija de Frank?

Clara se queda callada un momento.

—No sé por qué, pero nunca he encontrado el momento oportuno. Temo que se enfaden conmigo por no habérselo dicho antes. Me doy cuenta de que no es una excusa válida. Y me avergüenzo de ello.

—No te avergüences. Todavía puedes contárselo. Yo podría decir que acabo de enterarme por Aniguin. Tú no tenías por qué saberlo. Y yo no debería haberte puesto en ese aprieto.

Clara hace un gesto de impaciencia.

—Dios mío, no. Fue decisión mía. Una decisión equivocada.

—Ahora que ya no hay ningún impedimento, creo que deberían saberlo. Espero ver a la niña el año que viene, y creo que tus padres deberían tener la oportunidad de... mandarles un mensaje o lo que quieran. ¿No crees?

Ella asiente.

—Debe de tener ya tres años. No puedo fingir que no lo sabía. Quizá, si tú estás dispuesto, podríamos decírselo juntos.

A Jakob le conmueve esta muestra de confianza.

—Sí, si tú lo prefieres.

—Creo que sí. Tú puedes explicárselo mucho mejor que yo.

—¿Me invitarás a comer, entonces?

—Sí, pero todavía no he terminado mi ronda de chismorreos. —Se detiene y le lanza una mirada maliciosa—. Lucille se ha casado.

—¡Vaya! Me alegro.

—¿No te sorprende?

—No, ¿por qué iba a sorprenderme?

—Fue muy repentino. Solo hacía unas semanas que se conocían. Se han mudado a Búfalo, donde él trabaja como abogado.

—Bien... ¿Tú le conoces?

—No. Hacía tiempo que nuestra relación se había enfriado. —Clara sonríe, levantando la barbilla y las cejas altivamente.

—Me gustaría expresarle mis más sinceras felicitaciones —dice él tras una pausa un tanto violenta.

—No sé si es buena idea.

Jakob traga saliva y desvía la mirada.

—Sentí, y siento, mucho el dolor que le causé. Puede que ahora entienda lo que hice... mejor que antes.

—¿Ah, sí? ¿Por fin te han herido en el corazón? Ya era hora.

Él se ríe.

—Gracias por tu compasión.

—¿Fue cuando estuviste en Suiza?

Jakob vacila.

—En parte sí. Creí que ella sentía lo mismo que yo, estaba seguro de ello, pero... por lo visto, no. Hubo complicaciones. Estaba casada.

—Ah. —Clara no puede evitar que un brillo de comprensión aparezca en sus ojos, y Jakob piensa: «Lo sabe».

—¿Te hizo pensar que iba a dejar a su marido?

—No creo que llegáramos a ese extremo.

No sabe cómo describir su relación con Flora. Nunca llegaron a hacer planes de futuro. Para evitar nuevas preguntas, se echa hacia atrás y sonríe.

—¿Y tú? Siempre has sido tan misteriosa...

—¡Ja!

—No cometo una impertinencia al preguntártelo, ¿verdad? Hace años que nos conocemos. No puedo creer que no hayas recibido ofertas.

—Oh, yo nací para solterona.

Jakob la mira con escepticismo. Ella enciende otro cigarrillo y traga el humo. Mira a su alrededor, se alisa el pelo bajo el sombrero ladeado con gracia.

—¿Vas a seguir mirándome fijamente hasta que conteste? Pues sí, conocía a

alguien de quien pensé: «He llegado, por fin estoy en casa, porque tú eres mi hogar». —Sonríe, pero Jakob advierte en ella una emoción profunda—. ¿Sabes a qué me refiero?

Él asiente.

—Creo que sí. ¿Qué ocurrió?

—Bueno, está claro que... —Despliega las manos, refugiándose en el sarcasmo—. No fui la elegida.

Jakob se inclina hacia delante y toca su mano.

—Entonces es que era un idiota. ¿Me permites la impertinencia de preguntarte quién era?

Ella respira hondo y deja escapar un suspiro entrecortado.

—Bueno, no creo que pueda decírtelo.

Él agacha la cabeza y entonces se le ocurre una idea inusitada y la mira interrogativamente. Ella nota su expresión.

—¡No eres tú! ¡Santo cielo, qué vanidosos sois los hombres!

Habla con tanta indignación que, a pesar de que está avergonzado, Jakob tiene que reírse.

—Lo siento. Naturalmente... ¡Ja! Es solo que siempre me he preguntado qué habría pasado si, en vez de encontrarme con Lucille aquella noche en la cervecería, hubieras sido tú.

Ella le mira fijamente, con ojos dilatados y brillantes.

—¿Sí? Pero, verás, era Lucille.

—Lo sé, pero si no hubiera sido ella, si hubieras sido tú...

—No, lo que quiero decir es que era Lucille. La persona que yo sentía que era mi hogar: era Lucille.

Jakob se queda estupefacto. Con el ánimo encogido, recuerda incidentes del pasado tratando de encajarlos en este nuevo escenario. Se siente profundamente abochornado, no tanto por la honda impresión que le ha producido la noticia, sino porque la confesión de Clara hace que, vistos en retrospectiva, sus actos parezcan de una necesidad insoportable.

—Te he sorprendido. —Clara le mira con una expresión que él no acierta a entender.

—No. Bueno, sí. No tenía ni idea.

—Nadie debía saberlo.

—No, claro, pero creo que no acabo de entender. En ese caso, ¿por qué se disgustó tanto Lucille por lo que hice?

—Lucille nunca estuvo de acuerdo en que fuera del todo como yo. Quería

cosas que yo no podía darle: hijos, una especie de respetabilidad. —Se encoge de hombros—. Espero que lo haya encontrado.

—Dios mío, cuánto debes de haberme odiado. —Se ríe, nervioso, y vuelve a pensar en su ciego y fálico egocentrismo. Qué tonto, qué presuntuoso ha sido...

Clara menea la cabeza.

—No te odiaba. Lo que hiciste no fue tan escandaloso. Pero me resultaba demasiado duro veros juntos. Creía que ibais a casaros. Era horrible. Os habría perdido a ambos. Tú eres parte de Frank, la única parte que me queda. Eso ha sonado muy mal. No lo digo porque no te valore por ti mismo. Al contrario. Lo hago, y mucho.

—Te pido perdón por... En fin, por todo. Sobre todo, siento que no conseguieras lo que querías.

Clara coge la mano que él le ha tendido. Jakob siente que ha superado una especie de prueba.

—Siempre pensé que a ti podía contártelo, que lo entenderías. —Ella pone la otra mano sobre la suya—. Yo también siento que no conseguieras lo que querías.

* * *

En casa de sus padres, le confiesan al señor Urbino que Frank tiene una hija y, cuando Clara sale de la habitación, Jakob pasa un mal rato tratando de explicarle que Frank fue mucho más casto que los demás, pero que tenía un mal presentimiento, que temía no regresar, etcétera. El señor Urbino le escucha con aparente serenidad.

Al felicitar a Anna por su compromiso, Jakob tiene la impresión de que es una persona distinta a la joven enlutada y trágica de dos años atrás: ha madurado y salta a la vista que es feliz. Durante la comida cunden las risas y, al pasear la mirada por la mesa, Jakob piensa: «Han sobrevivido. Prosperan. Han asimilado la muerte de Frank mucho mejor que yo».

* * *

Esa noche, cuando regresa a Brooklyn con la satisfacción de haber resuelto al menos una cosa, hay una carta esperándole. No reconoce la letra, pero es del hospital Mount Olivet. Le informan de que, esa madrugada, poco antes de que amaneciera, Ayakou cayó en un estado de inconsciencia. A las diez había

muerto.

Capítulo 39

Londres 51° 31' N, 0° 7' O

Octubre de 1896

—¿Isobel Kirkpatrick? ¿La rubia? ¿Profesora universitaria?

—¿Te sorprende?

Mark se recuesta en su silla y mira a Flora tratando de descubrir si le está tomando el pelo.

Están sentados en un café, cerca del museo. Es una costumbre que han adquirido, después de hablar de los progresos que Mark está haciendo con las momias. Ahora pueden hablar de su pasado universitario sin sentir rencor. A Flora le gustan estos encuentros. Es consciente de que ha echado de menos la conversación desenfadada con alguien de su edad con quien no tenga que fingir.

—En Manchester. Es una de las profesoras más jóvenes del país.

—¿Creía que no necesitaba trabajar para vivir! ¡No me mires así! Me parece estupendo. ¿Sigues viéndola?

—Rara vez. Nos escribimos. Con Poppy también, aunque está casada con un médico rural y creo que a su marido no le parezco una amistad respetable. Las echo de menos.

—Umm. Yo no echo de menos a aquella panda. Sobre todo, a Herbert y Oliver. Tom Outram era el único que valía algo. Escribió a mi padre, ya sabes, para intentar averiguar por qué me había marchado. Se ofreció a ayudarme. Él y tú fuisteis los únicos que os molestasteis en hacerlo. Me pregunto qué habrá sido de él.

—Se marchó a Sudáfrica, creo. Quería dedicarse a la abogacía, pero desistió por culpa de su tartamudeo.

—Es una pena. Era muy listo, aunque le costaba tanto hablar que no era fácil darse cuenta. —Sonríe, compasivo—. Entonces, pocos de nosotros hemos cumplido nuestras expectativas. Tú eres la excepción, claro.

—¡Tú eres profesor universitario, Mark!

—En el Politécnico.

—¿Cuánto profesores del Politécnico proceden del East End?

—Eso es lo que quieres decir: que, teniendo en cuenta de dónde vengo, no me ha ido mal.

Flora no se molesta en contestar. La susceptibilidad de Mark sigue siendo enfermiza, pero ella ya no teme sus accesos de mal humor.

—Pagan de pena. Casi no me da para mantener a mi familia, y menos aún para...

Se queda callado. Siempre evita hablar de su familia. Flora da por sentado que el suyo no es un hogar feliz, ¿o son figuraciones suyas?

Luego, mientras toman el té, él le hace una confesión apasionada: su matrimonio ha terminado; viven separados, resentidos el uno con el otro y echándose la culpa mutuamente.

—Volver a verte ha hecho que vuelva a acordarme de todo. Qué distintas podrían haber sido las cosas. Y lo peor es saber que fue culpa mía.

Flora piensa por un momento, horrorizada, que va a echarse a llorar.

—Mark, por favor...

—Tú fuiste lo mejor de mi vida.

—Pero ¿y tus hijos? —pregunta ella tras una pausa.

Él suelta un bufido.

—El único que me importa es Samuel, no los gemelos. Quise hacer lo correcto y acabé odiándola por ello. Y se vengó poniendo al niño en mi contra.

—Ya se dará cuenta de lo que pasa cuando sea mayor.

Pero Mark ha decidido no dejarse consolar, un estado de ánimo que Flora recuerda sin añoranza. Piensa: «Menos mal; si nos hubiéramos casado, habría sido un desastre para los dos».

—Estando contigo vi un atisbo de una vida mejor, pero ya entonces sabía que esa vida no era para gente como yo.

—Por Dios santo, esa autocompasión es morbosa. Si no paras, me voy.

—¡Pues vete! Vuelve a Kensington. Así fue siempre, ¿no?

—¡Fue como tú quisiste que fuera! Yo elegí mi vida y, aunque diste mucho de ser perfecta, no voy a lamentarme por ello.

—Sí, lo sé. Tienes razón.

Su humor cambia con rapidez alarmante. Sonríe a Flora con aparente ternura.

—Siento ser tan aburrido, Flora. No deberíamos haber vuelto a vernos. A pesar de que mi matrimonio era un desastre, hasta que volví a verte las cosas me iban más o menos bien.

—Yo me alegro de que nos hayamos reencontrado.

—¿De veras?

Le lanza una mirada tan suplicante que Flora pone la mano sobre su brazo y asiente con la cabeza. Mark posa su mano sobre la de ella y se la aprieta.

—Has de saber que siempre te he querido, Flora —dice en un tono distinto: más bajo y apasionado—. Hasta cuando te dejé. Hasta cuando solo podía leer sobre ti en la prensa. Siempre te he querido.

Flora no le cree, en realidad. Le parece el tipo de soflama a la que siempre ha sido tan proclive. Se imagina por un momento que le cree. Lo cierto es que quiere creerle, porque hay veces en que incluso una pasión fingida es mejor que ninguna.

* * *

Descubre que es más fácil cometer adulterio la segunda vez. Ya no la escandaliza su propia depravación; la tiene asumida. Y puede decirse a sí misma que, dado que esto no entraba en sus planes, en realidad no es responsabilidad suya. Quizá resulta también más fácil porque no está enamorada. Lo que siente por Mark es una mezcla de nostalgia, cariño y lástima. Pero también la atrae. Siempre ha sido así.

Unos días después de su conversación en el café, visita sus habitaciones: Mark ha abandonado el domicilio conyugal y se ha instalado en Bloomsbury, en un semisótano oscuro pero con entrada por la parte de delante y de atrás, lo que al menos les permite cierta discreción.

La primera vez que se acuestan, tiene que refrenarle y preguntarle en voz baja, avergonzada, si tiene «algo». Él masculla que no. (¿Por qué no, si acordaron esta cita hace dos días?, piensa ella con irritación profética.) Parece tan abatido que Flora acepta que se retire en el último momento. Pero él se retira nada más penetrarla. Se disculpa alegando que hacía mucho tiempo. A pesar de todo, no tiene mucha experiencia. Ella le asegura que no importa. Mark parece loco de alegría por estar con ella. Y es tan agradable estar tumbada junto a un cuerpo cálido y desnudo, que la acaricien y la besen y le digan que es preciosa, que, al principio, Flora también cree que es feliz.

Sus citas se vuelven regulares. Una vez por semana, ella va a sus habitaciones. Se ve obligada a revisar su convicción inconsciente de que todos los hombres, menos Freddie, la tocarían de la misma manera. Mark puede esforzarse con denuedo y está bien pertrechado, lo que ayuda a prolongar el asunto, pero, por más empeño que le ponga, Flora no consigue aproximarse a la meta. No es desagradable. Nada de eso. Es muy placentero, pero...

Mark no parece consciente de ello. Cuando ella le insinúa su insatisfacción —«Quizás...» dice agarrándole de la mano y llevándola entre sus piernas—, al principio se muestra desconcertado y luego se enfada.

—¿Por qué no puedes llegar como es natural? —pregunta—. Resistirte como haces tú... es muy poco femenino. Si fueras menos terca...

Flora se queda momentáneamente sin habla.

—¡Yo no me resisto! Es solo que... No...

Al acordarse de Freddie, se le hiela la sangre en las venas. ¿Le ocurre algo anormal? «Jakob creía que no», piensa, y siente una oleada de nostalgia arrebatadora.

—¿Puede que sea el, eh, el preservativo? —dice Mark, y lo mira con nerviosismo—. En realidad no es sano, ni para el hombre ni para la mujer. Impide una unión verdadera.

Flora no cree que sea el preservativo, y desde luego no está dispuesta a probar sin él, pero no sabe qué más decirle. Mark ha cambiado más de lo que imaginaba. ¿Qué ha sido de sus experimentos, de su método empírico? ¿Dónde ha ido a parar su curiosidad, su sed de conocimientos?

—O puede que no me quieras lo suficiente.

—Ay, Mark... —Le acaricia la cara y le besa.

* * *

Le besa porque no puede decirle que tiene razón. Le tiene cariño, pero recuerda lo que es estar enamorada, y no es lo que siente ahora. También se acuerda de lo que sentía con Jakob, y es muy distinto. Una vez muerta la verdad, ¿qué mal puede hacer enterrarla una y otra vez? La siguiente vez que se ven, se permite demostrar más placer del que siente en realidad, y ello hace tan feliz a Mark que se pregunta por qué no ha fingido antes. Lo que ella siente es alivio, y placer por hacerle gozar. ¿Qué hay de malo en incurrir en una mentirijilla?

Sigue estando insatisfecha, sí, y se desprecia un poco a sí misma por engañarle, y a él por dejarse engañar tan fácilmente, por estar tan dispuesto a caer en el engaño. Sin duda, argumenta ante sí misma, es cuestión de experiencia, y la mayor experiencia de Jakob era lo que más temía ella y lo que más la hacía desconfiar. Pero, replica esa vocecilla, si Mark fuera más perspicaz o tuviera una mentalidad más abierta, se daría cuenta de que está fingiendo.

Su mente tiene la capacidad de distraerla, de hacer que pierda la concentración. Y no solo eso, sino algo peor.

Mientras yacen juntos en la cama de soltero de Mark, acaricia su brazo, que descansa sobre su cuerpo. Mark tiene la piel suave y blanca, y el vello de su brazo es oscuro. Se descubre pensando con un desapego que la alarma: «Mark y Jakob tienen una complexión parecida, y hasta un color de piel similar. Los dos son de estatura media, delgados, de ojos oscuros. Mark tiene mejor perfil, pero la boca de Jakob es más bonita». Aparte de eso, son muy distintos, física y mentalmente. Jakob era tranquilo y de trato fácil. Mark es suspicaz e impredecible. Mark tiene los brazos flácidos, la musculatura de un hombre que solo empuña tizas y tubos de ensayo. Recuerda con precisión —en este momento, nada menos— los antebrazos de Jakob, su piel tostada por el sol y su sólida musculatura. Cómo se paseaba desnudo por la habitación sin ningún pudor (le contaba —y ella adora ese recuerdo— que, cuando estaban en Groenlandia en verano, a veces iban desnudos). Mark, en cambio, coge lo primero que tiene a mano para cubrirse. Y además... Bien, Mark está circuncidado. Jakob, no. Su pene es más moreno, ligeramente curvo y más grueso. Lo notaba distinto dentro de ella. Se ruboriza al pensarlo, se escandaliza al pensarlo, pero es la verdad.

Intenta alejar ese recuerdo. No le es de ninguna ayuda. La tiza y los tubos de ensayo no tienen nada de malo. Se recuerda que Mark es la persona más inteligente que ha conocido nunca. Y que la desea. Y que está ahí.

Capítulo 40

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

Invierno de 1896-1897

—¿Qué digo? ¿Querida...? Querida Felora...

Jakob escribe: *Querida Señora Athlone,*

—Es la manera correcta de empezar una carta, Aniguin. Aunque en persona la llames de otra manera. Es de buena educación.

Como ve, estoy aquí, en Nueva York. ¿Le he dado una sorpresa? El señor De Beyn —el «señor» lo añade Jakob de su cosecha— esta escribiendo está carta. Es el amigo que tengo aquí.

Jakob hace una pausa, pero anota las palabras de Aniguin. Si Flora sabe que está allí, resultaría violento no escribirle unas frases. Una omisión diría más que cualquier declaración expresa. Como cuando ella omitió escribirle. Resume la descripción que Aniguin hace de su situación: la llegada de los esquimales a Nueva York bajo los auspicios de Armitage; la muerte de Ayakou, enterrado en el jardín del museo; la neumonía de Ivalu, Padloq y Aviaq; y la infelicidad del propio Aniguin, aunque él se encuentre sano. Armitage no ha ido a verlos desde agosto.

Quiero que lo sepa. De Beyn dice que nos llevará de vuelta en primavera, si todavía vivimos. Espero que sí. No sé qué haríamos si no estuviera él aquí. Los espíritus me dijeron que viniera a América. Todavía no sé cuál es su propósito, pero tiene que haber alguno. ¿Cuándo volverá? ¿Cuándo volverá Mackie? Espero que esté bien. Nos gustaría volver a verle. Espero verla allí, en el país del norte. Le deseo buena salud.

Siempre su amigo,

Aniguin le mira con nerviosismo.

—¿Es una buena carta, Te Peyn?

—Es una carta muy buena, Aniguin.

La relee y piensa: «A fin de cuentas, ¿qué tengo que decirle?». Al meterla en el sobre, descubre que aún se sabe su dirección de memoria.

* * *

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O

Cuando vuelve de su cita con Mark —y otra vez se ha preguntado por qué está haciendo eso, pero no parece tener fuerzas para ponerle fin—, hay una carta esperándola en la mesita del vestíbulo, a la vista de todos: el matasellos de Nueva York, la letra absolutamente reconocible (para ella). Entra en su despacho y permanece unos instantes sumida en total confusión. Ha pasado más de un año desde que vio su letra por última vez, y más tiempo aún desde que se despidieron, y sin embargo algo la hace temblar. Se acerca a su escritorio y se apoya en él.

Al abrir la carta, lee con una punzada de decepción la frase escrita en la parte de arriba de la página: *Dictada por Aniguin a J. de Beyn*. Lee la carta por encima y un sentimiento de horror y de pesar se apodera de ella. La carta es breve: Jakob no ha añadido nada a las crudas palabras de Aniguin. Quizá no le parecía apropiado. Quizá no le interese lo más mínimo.

Haciendo un esfuerzo por recuperar la compostura, Flora lee el resto de su correspondencia y la deja sobre el escritorio, en orden de prioridad, para el día siguiente. Luego apoya la cara en las manos y los codos sobre la mesa.

Dentro de un minuto irá a ver a su marido para preguntarle qué tal está.

* * *

Kensington, noviembre de 1896

Mi querido Aniguin:

¡Cuánto me alegró tener noticias tuyas! Y al mismo tiempo qué pena me produjo leer tu carta. Lamento muchísimo que Ayakou haya fallecido. Era un buen hombre. Espero que a estas alturas la salud de Ivalu, Padloq y Aviaq haya experimentado alguna mejoría, y que tú sigas estando bien. Me alegro de que el señor De Beyn se esté portando contigo como un buen amigo. Tiene razón: la manera más rápida de que volváis a casa es zarpar con él desde Nueva York la próxima primavera.

Preguntas que cuándo volveré al Norte. Me está resultando muy difícil hacer los preparativos, porque mi marido lleva más de un año muy enfermo. Quizá recuerdes que, en el último viaje a Groenlandia, tuvo un accidente que le dejó casi inválido. El verano pasado sufrió una apoplejía que desembocó en parálisis. Pensamos por un tiempo que iba a morir, pero por fin se ha recuperado hasta cierto punto. Debido a su enfermedad no podía pensar en abandonar Londres para ir a ver a mis amigos, por más que ansiara hacerlo. Créeme cuando te digo que pienso en vosotros muy a menudo, y que me pregunto cómo estáis y si os encontráis bien y sois felices.

Ahora mismo, yo también estoy haciendo planes para ir al Norte el año próximo. Llegaré a Siorapaluk tan pronto lo permitan los hielos, así que volveremos a vernos dentro de no mucho tiempo, si todo va bien. No sabes cuánto deseo que llegue ese día, mi querido amigo.

Ahora van muy pocos barcos balleneros a tu país porque sacan poco dinero de la venta del aceite y el hueso. Mi padre, el capitán Mackie, lleva dos años sin ir al estrecho de Davis. Además, no se encontraba muy bien. Tenía inflamación de rodillas, pero ya está mucho mejor. Confía en poder volver pronto, pero

no sé cuándo será.

Nos veremos pronto, Aniguin, estoy segura. Por favor, da recuerdos a tu esposa y a todos tus amigos, incluido el señor De Beyn, y deséales salud y felicidad de mi parte.

*Tu amiga, que lo sigue siendo (créeme, por favor),
Flora Mackie Athlone*

* * *

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

Jakob está demasiado atareado para detenerse a pensar en la carta de Flora. Cuando lo hace, se enfada: le parece un torpe intento de excusar su silencio ante él, un silencio que le ha hecho muy desgraciado. Se quedó en Zermatt mucho después de que Theodor regresara a casa, esperando una palabra suya, tratando de decidir si debía ir a Londres a pesar de todo. Después, furioso y asqueado de sí mismo, llegó a la conclusión de que Flora era una de esas mujeres que queman puentes con despiadada eficiencia y, tras cambiar su pasaje, zarpó desde Róterdam para no tener que pisar un país que se le había hecho odioso.

Pero, envueltas en un paño, al fondo de un cajón, guarda sus cartas junto con un sobre lleno de fotografías. No se explica por qué las guarda, como no sea porque tomarse el esfuerzo de destruirlas equivaldría a darles demasiada importancia. Pero un par de días después de leer la carta dirigida a Aniguin, se descubre abriendo el sobre y vaciándolo sobre la mesa.

Hay fotografías de la playa de Neqi en las que ella parece azorada y absurdamente joven. Su fotografía con Simiak, cuando no sabía que la estaba mirando. La que se hizo con Meqro; sus caras le hacen sonreír, a su pesar. Y luego está la que no debería haber conservado, ni hecho, quizá. Pero en aquella habitación de hotel todo parecía lógico y posible. Es una fotografía de Flora sentada en un sillón, junto a la ventana de la habitación, con el pelo suelto sobre los hombros, los ojos fijos en él y una media sonrisa, entre avergonzada e íntima, que todavía le turba. La luz de la ventana cae sobre sus pechos deliciosamente desnudos. Es una buena fotografía: la luz y la sombra se equilibran a la perfección. Cuando le pidió que posara desnuda para él, esperaba que ella se negara. Y aunque primero puso reparos, luego se echó a reír, y él tuvo la sensación de que le gustaba que la fotografiara así, de que era consciente del poder que ejercía sobre él y quería que conservara una prueba de ese poder.

Si lo que pretendía Jakob era ponerse a prueba, sustraerse a ese poder, ha fracasado estrepitosamente. Mira la filigrana de luz y curvas oscuras —a fin de

cuentas, no es más que eso—, y luego acerca el pulgar a su cara, deseoso de borrarla, enojado porque esa imagen todavía le excite. Podría ser cualquier joven con un buen cuerpo. Cualquier fotografía erótica de pacotilla surtiría sobre él el mismo efecto. Se dice a sí mismo que, si vuelven a encontrarse, y no es nada seguro en una región tan inmensa, Flora habrá cambiado, no tendrá interés en él, y él no sentirá nada. Nada. Piensa esto mientras se desabrocha la bragueta y hurga dentro de ella, con la polla hinchada; le da vergüenza, pero es la forma más rápida de acabar con el asunto. Flora le deseaba (los recuerdos son más vívidos que nunca: un eterno presente de los sentidos que late justo bajo la superficie, como un torrente subterráneo, cálido y feraz); puede que incluso le amara un tiempo, pero no le eligió a él, y ahí acabó todo. No era lo bastante importante para ella. Su carta a Aniguin demuestra su debilidad: como tanta gente capaz de infligir dolor, sigue queriendo agradar.

Acaba bruscamente, una descarga atropellada e insatisfactoria, se limpia las manos con expresión de asco y se coloca la ropa. Casi no se le ha alterado la respiración. Tras, por así decirlo, neutralizar su efecto, coge de nuevo la fotografía de Liverpool con intención de arrojarla al fuego, como otras veces. Y entonces, como le ha ocurrido ya antes, vuelve a guardarla en el sobre, debajo de las demás.

No tiene tanta importancia.

* * *

*Lang's Farm, Pocumtuk Point
Lago Champlain, diciembre*

Estimada señora Athlone:

Lamento profundamente tener que informarla de que la semana pasada fallecieron Padloq, Aviaq y, por último, Ivalu, cuya muerte se produjo el sábado por la noche. Aniguin ha padecido gripe y bronquitis, pero parece haberse recuperado. Físicamente, al menos. Las mujeres empeoraron muy rápidamente, pese a todo lo que se hizo por ellas. El personal del hospital estaba muy afectado y fueron muchos los que lloraron sinceramente sus muertes. Creo que sentían verdadero cariño por sus extraños pacientes. Es algo horrible.

La dirección de Mount Olivet, el hospital de Brooklyn en el que estaban ingresados, permitió a Aniguin enterrar a su esposa y al resto de sus compañeras en los jardines y honrarlas como él quería, en la medida de lo posible. El señor White, del museo, los médicos y enfermeras de Mount Olivet, así como la familia de mi hermano y yo mismo estuvimos presentes en el sepelio. Escribí al señor Armitage para darle la noticia, pero actualmente se encuentra de viaje.

He traído a Aniguin a una granja en las montañas del norte de Nueva York. Confío en que hallarse lejos del escenario de tanto dolor le ayude a recuperarse. Han caído las primeras nieves, de modo que esto se parece un poco a su tierra. Parece muy entero, pero sospecho que está profundamente deprimido. Repite una y otra vez «ayornamut», que según creo significa algo parecido a «no podía ser de otro

modo» o «estaba escrito», pero usted lo sabrá mejor que yo.

La gente de la granja es muy amable y yo vendré a verle con regularidad. He creído que sería preferible que pasara el invierno aquí y no en Nueva York, y ha estado de acuerdo. Estoy seguro de que le alegraría enormemente tener noticias tuyas. Puede escribirle aquí, a la atención de la señora Lang. (Las cartas le llegarán más rápidamente de ese modo, porque a partir de ahora yo estaré viajando). Espero que este sea el fin de sus infortunios.

Atentamente,

J. de Beyn

Qué carta tan horrible. Lo siento mucho.

Capítulo 41

Londres, 51° 31' N, 0° 7' O

Febrero de 1897

—A mis patrocinadores les interesa descubrir nuevas tierras. Es su único interés. —Sonríe, dejando al descubierto sus dienteillos separados. Su acento es impecable, al igual que sus modales.

Sentado frente a él, Ralph Dixon se remueve en su silla, que cruje bajo su peso. Gilbert Ashbee, el biólogo al que están entrevistando —aunque cabe la posibilidad de que sea al revés—, hace una breve pausa. Es un hombre de unos treinta y cinco años, grueso, de estatura mediana, cabello rubio y bigote sobre el estrecho labio superior. Irradia seguridad en sí mismo y cierto encanto teñido de tosquedad.

—¿Ha viajado antes al Ártico? —pregunta Flora.

—He escalado en numerosos lugares de Austria y Noruega y pasé dos inviernos en Islandia. Sé que no es el Ártico, pero confío en que mi experiencia en climas fríos sea tenida en cuenta.

—No podemos poner en peligro el programa científico, de modo que las labores de exploración estarán supeditadas a ese objetivo prioritario.

—Naturalmente, pero si no entendí mal al profesor Dixon —contesta Ashbee inclinando la cabeza hacia Ralph, que se remueve de nuevo, como si el término «profesor» le incomodara—, están pensando en llevar a cabo trabajos cartográficos en Ellesmere, donde puede que haya islas todavía por descubrir.

Flora mira a Ralph, que mantiene una expresión de estudiada indiferencia.

—Es una posibilidad, pero tenemos que ser flexibles y adaptarnos a las condiciones conforme vayan surgiendo. ¿Qué interés tienen sus patrocinadores en descubrir nuevas tierras?

—Un interés muy serio e idealista que, debo añadir, llega hasta los niveles más altos del gobierno. Hay personas muy influyentes preocupadas por este asunto.

—¿Ah, sí? —Flora deja que el silencio se prolongue—. Me sorprende usted, señor Ashbee. Si esas personas están tan bien situadas, ¿por qué no organizan

una expedición financiada por el gobierno?

—Quizá pueda expresarlo así: en esta fase preliminar de las negociaciones, la discreción es de suma importancia. Las partes interesadas prefieren informarse primero y estudiar la viabilidad de su proyecto antes de informar a la prensa y al público en general de sus intenciones.

—¿Que son?

—Me pone usted en un aprieto. Lo lamento mucho, señora Athlone, pero no puedo tomarme la libertad de decírselo.

Flora se reclina en su silla, sorprendida.

—Entonces me temo que no puedo ayudarle, señor Ashbee. No puedo tomar parte en algo de lo que no sé nada.

Ashbee tensa ligeramente la boca, pero inclina la cabeza.

—Puedo asegurarle que sus motivaciones son admirables. El proyecto conduciría a una mejora general de la condición humana, nada menos.

—Pero ¿no puede usted permitir que lo juzgue por mí misma?

Ashbee inclina la cabeza de nuevo.

—Lo lamento. Si fuera solo por mí, lo haría. Pero tengo las manos atadas en esto.

—Entonces quizá deba reunirme con alguien que no las tenga atadas. —Habla con cierta mordacidad y a Ashbee se le crispa el semblante.

—Informaré de sus objeciones, señora Athlone. —Lanza una mirada a Ralph antes de levantarse.

* * *

Después, Flora se encoge de hombros, mirando a Ralph con enojo. Ha sido él quien le ha presentado a Ashbee.

—¿De verdad no sabes de qué está hablando?

—Lo siento, no tengo ni idea. Solo sé que tienen dinero. Por eso pensé que merecía la pena reunirse con él.

—Sí, claro.

Salen a la acera: una callejuela cerca de Whitehall.

—¿Cómo van las finanzas?

—Nos vendría bien un poco más de capital —responde ella.

De hecho, está muy preocupada. Desde la última carta que recibió de Estados Unidos, la atenaza el miedo a que Aniguin también muera antes de que vuelvan a verse. *Tienen* que zarpar ese verano. Su padre la ha ayudado a fletar el

Clansman, un barco de Dundee dedicado a la caza de focas, pero, a no ser que consigan una suma importante de dinero en las próximas semanas, no podrán zarpar.

* * *

Hace más de un año, cuando le preguntó a su padre si podrían fletar el Vega, el capitán Mackie sufría una inflamación en ambas rodillas que le mantenía encerrado en casa, lo que no había contribuido a mejorar su humor. Miró con enfado a su hija.

—No puedo reorganizar la flota de Dundee a tu conveniencia, Flora. Esto es una industria. El salario de muchos hombres depende de ella.

—No estoy suplicando favores, papá. Pagaremos el flete. Y tú eres socio propietario. Seguramente tendrás alguna influencia.

Se hizo un silencio. Su padre suspiró.

—Hace algún tiempo que no soy socio propietario del Vega, Flora.

Ella le miró boquiabierta, como si acabara de propinarle una bofetada. Hablaban del Vega, de su hermana de madera y agua.

—¿Cuándo fue eso? —Notó que se le constreñía la garganta—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Su padre la miró con severidad.

—Vendí mis acciones en el Vega para darte el dinero para tu primera expedición. ¿De dónde te crees que salió?

—No lo sabía —musitó ella—. Pensaba...

A decir verdad, no había pensado en ello en absoluto. Estaba tan absorta en sus planes que no se había preguntado de dónde procedía ese dinero. Lo había aceptado como si fuera su derecho natural.

* * *

Unos días después de su encuentro con Ashbee, llega a casa y sube al cuarto de estar de Freddie. Como de costumbre, llama a la puerta y dice «soy yo» antes de entrar sin esperar respuesta.

Advierte la extraña mirada de la enfermera Capron antes de que esta se retire. Mira a Freddie. Está más pálido que de costumbre.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

—Creo que eso eres tú quien debe decirlo.

—¿A qué te refieres?

Freddie levanta un sobre de aspecto barato.

—No es la primera vez que recibo una carta como esta. Al principio pensé que no debía preocuparte informándote de su contenido. Pero hace algunas acusaciones muy desagradables. Contra ti.

—¿Qué acusaciones?

Lo sabe, desde luego. Freddie le dedica una sonrisa desganada.

—Las de costumbre. Como te decía, ni siquiera iba a preguntarte al respecto. Pero esta es muy detallada, y me preocupa tu reputación si este asunto llega a hacerse público.

—Entonces, ¿crees esas acusaciones?

—Las cartas anteriores eran anónimas, así que preferí ignorarlas. Esta está firmada. Por una tal señora E. Levinson.

Flora siente un estremecimiento de horror.

—El señor Levinson está a cargo de la conservación de las momias. Ya sabes que le veo.

—No sabía que conservabais las momias en el número cincuenta y siete de la calle Calthorpe. El viernes pasado.

Flora se queda callada.

—¿No tienes nada que decir?

Ella se acerca a la ventana. Ha pensado en este momento, pero no es como se lo imaginaba.

—No.

Estaba casi segura de que, cuando estaba con Jakob, Freddie sospechaba que tenía una aventura y había preferido guardar silencio. Le parece chocante que la descubran ahora, por algo que le importa tan poco.

—Sé que os conocisteis en la universidad. Puede que siempre le hayas querido. ¿Esto... dura desde entonces?

—Hacía años que no le veía, hasta que nos encontramos en el museo.

—¿Estás enamorada de él?

—No.

—Supongo que me refiero a si quieres el divorcio.

—Ay, Freddie... —Se pasa la mano por los ojos; una inmensa ola de cansancio amenaza con engullirla—. Lo siento. No tiene la menor importancia. De veras.

—¿No le quieres? —Su marido parece incrédulo.

—¿Qué es lo que te preocupa, Freddie? ¡No tengo ni idea! Me he aprovechado

de... de ti, supongo. A menudo me he preguntado por qué seguiste adelante con el trabajo por mí. A fin de cuentas no me quieres. Nunca me has querido, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Sé que desde el accidente no he sido un buen marido para ti, con esta piltrafa de cuerpo... —Se señala a sí mismo con una mueca de asco.

Flora se queda mirándolo.

—No, desde el accidente no. Nunca has sido un buen marido. ¡Nunca me deseaste!

Él la mira con sinceridad pavorosa.

—Eres tú quien nunca me deseó, Flora. ¿Lo has olvidado?

Flora siente que le da vueltas la cabeza.

—No, *así* no.

—Entonces, ¿el señor Levinson te da lo que quieres?

Flora mira más allá de él y sacude la cabeza.

—Por amor de Dios...

—Después del accidente, cuando se vinieron abajo todas mis ilusiones, me consolaba pensando que todavía te tenía a mi lado. Deposité en ti todas mis esperanzas. Me decía a mí mismo que entre nosotros había algo mejor y más elevado que una simple atracción animal. Cariño, un fin común...

—Si todavía te parece mejor y más elevado, eso existe todavía. Si no, entonces... —Flora respira hondo—. Puedes pedir el divorcio, por supuesto. Pero de todos modos me marché dentro de unas semanas.

Se miran el uno al otro. A Flora le asusta lo que acaba de decir. A pesar de todo, *de todo*, están acostumbrados el uno al otro. Ser su esposa es la única vida adulta que conoce.

—No es eso lo que quería decir —contesta Freddie por fin.

—Entonces, ¿qué querías decir? ¿Qué es lo que quieres? —pregunta ella con un sollozo, y por un momento piensa que él va a decírselo.

—Como tú misma has dicho, falta poco para que te vayas. Esa es mi prioridad. Y también ha de ser la tuya. —Mira la carta como si le sorprendiera tenerla todavía en la mano. La deja sobre la mesa—. Lo siento. Esto me ha alterado.

—¡No me pidas disculpas! Sea lo que sea lo que afirma esa mujer, es cierto.

—Pero ¿no le amas?

—No.

—Y sin embargo te hace feliz.

—La verdad es que estaba a punto de ponerle fin.

—Entonces, no hace falta que volvamos a mencionar este asunto.

Flora deja escapar un ruido inarticulado, pero no se atreve a continuar. En realidad, no sabe qué decir.

* * *

A la semana siguiente, Gilbert Ashbee se convierte en miembro de la expedición. El argumento final para aceptarle, contra el que Flora no tiene nada que alegar, son las cinco mil libras que recibirá la expedición a cambio de su participación en el proyecto. Sin ellas, Flora no volverá a ver a Aniguin ni, quizás, a Jakob de Beyn, aunque crea que esto último no entra en sus cálculos. Londres, además, se le ha vuelto insoportable. El orgullo y la integridad son dos lujos que no puede permitirse.

El dinero es la clave de todo. Hay que hacer sacrificios: la exploración los exige de todos los involucrados, e incluso de aquellos que no participan de ella y a los que no beneficiará en modo alguno, como el hijo de Ralph, que no conocerá a su padre hasta que haya dicho sus primeras palabras, y que tal vez nunca llegue a conocerle.

* * *

Flora escribe su última carta a Mark. Se descubre llorando mientras la escribe, al tomar conciencia de la verdad que procuraba eludir: a quien amaba con ternura era al joven brillante que fue, y ese joven ya no existe, como no existe la muchacha que ella fue antaño. ¿Ha dado por sentado que su intimidad sexual actuaría como un bálsamo curativo para Mark? ¿Que podría borrar la amargura, la autocompasión, el tiempo perdido? Si es así, ha sobrestimado sus encantos.

Capítulo 42

Nueva York, 40° 42' N, 74° 00' O

Abril de 1897

Jakob no ha vuelto a pisar el Museo de Historia Natural desde que enterraron a Ayakou en sus jardines. Al penetrar en el pórtico de entrada, se detiene un momento a respirar su atmósfera. Surte sobre él el efecto de un reconstituyente. Los preparativos de la expedición no le dejan tiempo para sí mismo, pero en su época de estudiante solía pasar horas y horas en las salas de mineralogía del museo, dibujando y tomando notas. Se extraviaba en la atmósfera poco menos que sacra de este lugar: un antídoto sosegado contra el bullicio de la ciudad.

Aprovechando que llega temprano a su cita con White, el conservador adjunto, da un rodeo para llegar a su despacho, donde tiene previsto hablar de fósiles. Se pasea junto a las vitrinas que tan bien conoce y cruza la Sala de la Humanidad. En la estancia abovedada, de ecos catedralicios, hay señales de cambio: un nuevo expositor atrae su mirada; la tarjeta es blanca como la nieve y, antes de que la lea, el dedo gélido del horror recorre su espalda. El texto impreso en la tarjeta dice: *Varón esquimal de unos treinta y cinco años de edad. Noroeste de Groenlandia. Adq. 1896.*

Sabe que Armitage solo es el último de una larga serie de exploradores que han traído restos humanos al regreso de sus viajes, pero su sentimiento de inquietud aumenta por momentos. Los huesos no son de un marrón ocre, como los de los antiguos homínidos. No han sido desenterrados. Repara entonces en algo que su cerebro ya había registrado inconscientemente: en los huesos dañados de la pierna derecha, que en vida sufrieron una grave fractura, mal curada. De una cosa está seguro: él estaba presente cuando se produjo esa lesión, y cuando se entablilló la pierna en Siorapaluk, cuatro años atrás. Mira el cráneo sonriente y no consigue adivinar en él el rostro que lo cubría. Pero mira la pierna y sabe, *sabe*, que está viendo el esqueleto de su amigo Ayakou.

Un padre y sus dos hijos pequeños se detienen a su lado.

—Qué bajito es —comenta uno de los niños—. ¡Es un enano!

Se ríen los tres.

—Los salvajes son siempre bajitos —afirma el padre—. Son primitivos, como ese hombre de Neanderthal.

A Jakob se le agolpa la sangre en la cabeza.

—Se llamaba Ayakou.

—¿Disculpe? —pregunta el hombre en tono hostil.

Jakob le mira.

—Se llamaba Ayakou. Este hombre de aquí. No era un salvaje y murió hace solo unos meses, aquí mismo, en Nueva York.

El hombre levanta el labio en una mueca de desdén, posa las manos sobre los hombros de sus hijos y los aleja de allí mascullando:

—Qué bobada. No deberían dejar entrar a gente así...

* * *

Fuera, localiza la tumba anónima de Ayakou. Parece intacta. Una fina capa de hierba nueva cubre la tierra. ¿Significa eso que sus temores son infundados? ¡Por todos los santos, él mismo estuvo presente en el entierro! ¿O acaso, aunque parezca impensable, le exhumaron inmediatamente después? Entonces, mientras está allí parado, rodeado de narcisos que florecen impudicamente, le asalta una duda aún más pavorosa: ¿era el cuerpo de Ayakou el que enterraron?

* * *

Al llegar al despacho de White, está tan nervioso y distraído que no recuerda qué ha venido a decirle. Interrumpe la charla preliminar con una estentórea carcajada y dice:

—Me pregunto si puede usted sacarme de dudas. Quizá le parezca un disparate, pero cuando venía hacia aquí me he fijado en una vitrina nueva de la Sala de la Humanidad. Un varón esquimal del noroeste de Groenlandia. Adquirido el año pasado. ¿De dónde procede?

White clava la mirada en su mesa y en ese instante Jakob comprende que está en lo cierto y que White va a mentirle.

—Tendría que mirar la documentación. Me temo que no puedo recordar los pormenores de todas las piezas expuestas. Estoy seguro de que procede de la última expedición del señor Armitage. —Al otro lado de la mesa, con el arco de la ventana al fondo, su silueta parece centellear—. En cuanto a los fósiles de los que me habló, podrían interesarnos algunos ejemplares de...

—El caso es que yo estaba con Ayakou cuando se llevaron el meteorito, señor White —le interrumpe Jakob, poseído por una energía abrasadora—. Cuando se rompió la pierna en dos sitios. Yo estaba allí. Y ese esqueleto tiene la pierna derecha rota exactamente en los dos mismos sitios. Ese esqueleto es el de Ayakou, ¿verdad?

White le mira boquiabierto y de algún modo se las ingenia para parecer escandalizado, inocente y aburrido, todo al mismo tiempo.

—Ambos estábamos presentes junto con Padloq, la esposa de Ayakou, cuando fue enterrado en el jardín. ¿Tiene alguna explicación para eso, señor White?

White le dedica una tensa sonrisa.

—No puedo darle explicaciones sobre piezas concretas, señor De Beyn, pero el museo tiene perfecto derecho a exhibir sus especímenes de la manera que considere más oportuna para educar e instruir al...

—¡No es un espécimen! ¡Es un hombre al que yo conocía! Se llama Ayakou. ¡Usted conoció a su esposa! ¡No puede meterle en una vitrina para que la gente le mire sin ningún pudor! Creía que tenía usted conciencia...

—Está usted alterado, señor De Beyn. El trágico caso de los esquimales ha sido motivo de pesar para todos los implicados, incluido yo, pero...

Jakob se descubre de pronto en pie, con los puños cerrados.

—Si su esposa muriera mañana, ¿la mandarían usted al campo para que cuezan su cadáver en una cuba hasta que se le desprenda la carne de los huesos y meterían su esqueleto en una vitrina para que todo el mundo lo vea?

—Señor de Beyn, eso es un... ¡un escándalo! ¿Cómo se atreve a hablar de...?

—¿Que cómo me atrevo? ¿Cómo se atreven ustedes a hacer algo así? Por lo visto, el respeto y la consideración hacia los demás no les importan lo más mínimo, con tal de «educar e instruir».

A White le tiembla la papada de indignación, pero sigue parapetado detrás de su mesa como si Jakob fuera un elemento peligroso.

—No lo niega.

—Creo... creo que debería marcharse, señor De Beyn.

Jakob da media vuelta para salir y ya tiene la mano en la puerta cuando se acuerda de que lleva una nota de Aniguin en el bolsillo de la pechera.

—Aniguin me dio una carta para usted. Quería que supiera que no le culpa de nada. Claro que él no sabe lo que le ha hecho a su amigo. ¿Se lo digo? Según usted, no tiene la menor importancia.

White deja escapar un sonido lastimoso. Jakob arroja el sobre encima de la mesa. Solo entonces se le ocurre otra idea.

—Voy a ir a Mount Olivet ahora mismo. Si descubro que se ha hecho algún intento de exhumar sus cadáveres, acudiré a la prensa.

Mientras recorre el pasillo, oye que el señor White tras él:

—¡No tiene pruebas! Yo no he reconocido nada, ¿me oye?

* * *

Se aleja del museo a toda prisa. No quiere volver a poner un pie allí nunca más. Pasados unos minutos afloja el paso, temblando de rabia todavía. La nieve pisoteada cubre las calles de gris. Un viento cortante sopla del río. Cuando el ardor de su ira remite, se descubre helado hasta los huesos. En su melodramática salida, se ha dejado el abrigo en el despacho de White.

Tiritando y maldiciendo, da la vuelta y regresa al museo. Los neoyorquinos con los que se cruza tienen la nariz colorada, el gesto tenso, la mirada mezquina: escuálidos, egoístas, quisquillosos urbanitas, la clase de gente capaz de pararse delante de los restos mortales de un hombre y contemplar el espectáculo sin interesarse por su nombre o su procedencia. Qué detestables le parecen todos. Él, Jakob —ese que ahora sube la escalinata del edificio en el que ha jurado no volver a entrar—, es tan miserable y ridículo como todos ellos.

De pronto, el deseo de partir se vuelve abrumador. Tiene que pararse y apoyar la mano en la barandilla. Cierra los ojos y se imagina la ladera de la costa de Ellesmere, la luz austera e infinita, la dicha exenta de complicaciones que experimentó allí. Solo quedan un par de semanas para que zarpe de este lugar, para que se aleje de estas gentes, de lo peor de sí mismo.

Se yergue y sigue escalera arriba.

SÉPTIMA PARTE

THULE

Thule yace envuelta en hielo bajo la Estrella Polar.

Claudio



Capítulo 43

Gander, Terranova, 48° 57' N, 54° 36' O

Abril de 1948

—Lo siento, amigos, pero acabamos de recibir el parte meteorológico.

El comandante Soames blande la aciaga hoja de papel y recorre con la mirada a las personas reunidas en el comedor. (¿Por qué los científicos siempre son tan desastrados? Enderezarse la corbata y sacarle brillo a un cinturón no puede ser algo inasequible a sus capacidades.)

—Soplan vientos muy fuertes en Baffin y Ellesmere. Me temo que vamos a tener que esperar a que amainen. Necesitamos las mejores condiciones posibles si queremos llegar a nuestro destino. Dentro de unas cuatro horas recibiremos otro informe y entonces tomaremos una decisión. Así que, hasta entonces, les ruego que tengan paciencia.

Su sonrisa tiene cierto sesgo de indiferencia. De todos modos, no tienen elección. Randall Crane se lleva un chasco. Pero luego, como suele ocurrirle, empieza a ver las ventajas de la situación.

Esta mañana ha estado observando a la Reina de las Nieves. Durante el desayuno parecía rehuir su mirada. Anoche, durante la cena, se mostró muy vivaz, como si las atenciones que le dedicaban los hombres la halagaran y surtieran sobre ella el efecto de un encantamiento. Los halagos, o el vino, —o ambas cosas— la hacían parecer más joven, más cálida. Tal vez, al igual que él, se sintiera revigorizada por la sensación de estar viviendo una ocasión especial. En el comedor reinaba una atmósfera de excitación, como si se hallaran en el umbral de un descubrimiento trascendental. O como si se dispusieran a hacer historia, quizá. Iban a ser los primeros en pisar, en pisar de verdad, sin lugar a dudas, el Polo Norte. Quienes habían reclamado antes ese honor y cuyos relatos se hallan empañados por una capa de niebla de diverso espesor (informes sin corroborar, mediciones dudosas, velocidades inviables, la imposibilidad absoluta de aportar pruebas) habrán de hacerse a un lado definitivamente. Ninguno de los presentes pretende ser un explorador, pero pese a todo son los elegidos, y lo son porque se lo merecen. Esa mañana, sin embargo, les cuesta recuperar esa

exaltación. Hace frío, el cielo está nublado y ha empezado a llover.

* * *

Flora, que le dijo a su padre que iba a ir al Polo Norte cuando este no era más que el centro de un espacio en blanco en los mapas, experimenta ahora una emoción muy tenue ante esa perspectiva. Siente cierta curiosidad, cierto miedo a que la jaqueca que se le declaró anoche vaya a más y lo eche todo a perder. Está cansada esa mañana. Verse interrogada por el joven, estar ahí, hace aflorar los recuerdos del Norte y todo lo que traen consigo.

* * *

Randall la hace volver al presente en la sala de descanso, donde se ha sentado a tomar un café y leer el periódico. Cuando el joven la saluda, levanta la vista con frialdad.

—Buenos días, señora Cochrane. Tengo que hacerle una confesión.

—¿De veras? Estoy segura de que será cosa de poca importancia, señor Crane.

—Puede que no. Temo haberla molestado con tantas preguntas. Me preguntó usted por qué me interesaban tanto Armitage y De Beyn, y no fui del todo franco con usted. Le pido disculpas por ello.

Flora dobla el periódico y lo deja sobre la mesa. El joven periodista se sienta a su lado y respira hondo.

—Antes de casarse, mi madre se llamaba Vera de Beyn. Jakob de Beyn era su tío.

La Reina de las Nieves clava la mirada en él. Su boca forma una «O» de sorpresa. Sus ojos se han dilatado. Parece escudriñarle minuciosamente. Luego dice:

—Entiendo. Y no me lo dijo ayer porque...

Randall se ríe, abochornado.

—Supongo que porque estoy aquí en calidad de periodista y tengo que cumplir con mi trabajo. Se da la casualidad de que también estoy emparentado con el señor De Beyn. Por eso empezó a interesarme el Ártico. Quería que me tomara usted en serio. Y no sabía cómo iba a... —Sacude la cabeza y sonrío, optimista—. En fin, que lo siento.

—¿Su sobrina Vera es su madre?

—Sí, así es.

Se hace un largo silencio.

—Entiendo que le interese saber qué fue de él, pero no por eso puedo decirle nada más de lo que ya le dije ayer.

—¿Me cree usted?

Le mira con aire calculador.

—Su sobrina era coja. Él temía que no llegara a casarse.

Randall asiente con un gesto.

—Tuvo polio de pequeña. Siempre ha sido coja. Se casó mayor. Conoció a mi padre después de la Gran Guerra. Le desmovilizaron en 1919, herido, y ella trabajaba en el hospital. Era bastante mayor que él. Mi padre asegura que si se recuperó fue gracias a ella.

A ella se le muda el semblante. Sus sospechas se están desvaneciendo, piensa Randall.

—No me cabe duda de que al señor De Beyn le habría alegrado mucho saberlo. Creo que le tenía mucho cariño.

—Mi madre le adoraba. Siempre decía que de pequeña quería casarse con él.

La observa, pero no alcanza a descubrir qué ocurre detrás de ese rostro impasible.

—Señora Cochrane, espero que me disculpe por decir esto, pero tenemos muy poco tiempo. —Mira a su alrededor para comprobar que no se ha acercado nadie—. Después de la muerte de Jakob, mi abuelo, es decir, su hermano Hendrik, revisó sus cosas. Y encontró sus cartas.

Ella pestañea rápidamente.

—Ah.

Se hace un largo silencio. Randall espera.

—Lo lamento, no estoy segura de acordarme bien. ¿Qué cartas son esas?

Randall respira hondo.

—Se carteo usted con él después de la primera expedición a Groenlandia, la de 1892, y tengo entendido que después volvieron a verse cuando él visitó Europa en el noventa y cinco.

* * *

No sabe cómo proseguir. Ha leído las cartas. De hecho, las lleva consigo. Al principio, las cartas de Flora Athlone a su tío abuelo son cordiales pero ceremoniosas. La primera habla de la hija que un amigo de Jakob, Frank Urbino, tuvo en Groenlandia, y de un esquimal que resultó herido en el mismo accidente

en el que Urbino perdió la vida. Le refiere estas noticias con delicadeza y preocupación. Durante los dos años siguientes, su correspondencia se vuelve cada vez más espontánea y familiar, hasta que en la primavera de 1895 cambia de repente: de un goteo de cartas cada pocos meses, pasan a escribirse torrencialmente, en un tono intenso y apasionado. Volvieron a encontrarse en Europa y su relación, es evidente, se consumió. Se habla de que ella va a ir a Suiza a reunirse con él. Hay pasión y añoranza. Hay dudas expresadas con tacto acerca de lo que él siente por ella, aunque no sobre los sentimientos de la propia Flora. Se diría que son cartas de una mujer enamorada.

Luego, tres meses más tarde, ella pone fin a la relación. Su marido está gravemente enfermo. Es la primera vez que ella cita a su marido, aunque Jakob parece saber que está casada. Puede que se arrepintiera de su aventura. Puede que la descubrieran. Puede que su pasión fuera superficial y pasajera. No da más explicaciones.

En el sobre, junto a las cartas, había un puñado de fotografías. Algunas de ellas eran de Flora Athlone, como se llamaba entonces, en una playa de Groenlandia. En una especialmente bonita aparece una Flora jovencísima junto a una muchacha esquimal cuya cabeza le llega a la barbilla. Se miran las dos, risueñas, con una expresión traviesa. Había también otra instantánea que su madre le mostró solo unos días antes de que saliera de viaje. En ella, Flora, igual de joven, aparece sentada en un sillón en una estancia en penumbra y sonrío tímidamente a la cámara, solo que aquí está desnuda y su piel brilla como una perla a la luz de una ventana. Al verla, Randall se echó a reír, azorado.

—¿Es ella? ¿La de la playa? ¡Vaya con la mosquita muerta!

Su madre suspiró.

—Vamos, Randy. Ya sé que soy tu madre, pero doy por sentado que no es la primera vez que ves una foto de una mujer desnuda.

—Bueno, esto no me lo habías enseñado hasta ahora —contestó él—. No está mal, ¿sabes?

—Espero que no se te ponga esa sonrisita cuando la conozcas.

—¡Mamá, por Dios!

Le hizo gracia, sobre todo, y le produjo un cosquilleo de excitación que ahora le hace ruborizarse de vergüenza, a pesar de que no consigue identificar a esa joven de piel tersa con la anciana que tiene ante sí. Su turbación obedecía menos a la desnudez de la muchacha que a su mirada. Era una fotografía tan íntima, resultaba tan evidente que esa mujer estaba mirando a su amante, que no se atreve a mencionarla.

* * *

La Reina de las Nieves rompe el silencio con un suspiro.

—¿Piensa escribir sobre eso?

—¡No! No lo piense siquiera, por favor. Ni se me ocurriría. A mi familia, sobre todo a mi madre, le encantaría saber... Bueno, cualquier cosa que pueda contarnos sobre él. El Ártico fue una parte muy importante de su vida. Cuando estaba en Nueva York vivía con la familia de mi madre, pero ella dice que siempre estaba deseando volver a marcharse. Nadie lo entendía. Pero usted debe de saber lo que es eso. Y, naturalmente, nos encantaría saber qué fue de él, al final. Si hay algo que pueda contarnos...

—Uy —repite ella—. Hace tanto tiempo de eso...

—Comprendo que le resulte difícil hablar de ello.

Randall la mira, advirtiéndole su resistencia. Casi le dan ganas de zarandearla. Tiene derecho a su intimidad, desde luego, pero su madre y él también tienen derecho a saber, ¿no?

—Puede que no tengamos más oportunidades de saber algo. Yo... Por favor.

La mujer mira por la ventana.

—Me doy cuenta de que fue una parte muy pequeña de su vida, pero mi familia le quería mucho y le echa mucho de menos. —Se detiene, esperando ver alguna señal—. Yo llevo su nombre.

Flora Cochrane le mira con reproche.

—Creía que se llamaba usted Randall.

—Así es: Jakob Randall Crane. Cuando estaba en el colegio, decidí que Jakob era un nombre anticuado. —Hace una mueca de disculpa.

Ella vuelve a examinarle con la mirada.

—Sus ojos me recuerdan a los de él.

Randall sonríe.

—Eso mismo dice mi madre.

Ella parece meditar. Consulta su reloj. Randall se descubre rezando por que el mal tiempo continúe.

—¿Damos un paseo? Tenemos tiempo.

Randall sonríe.

—Será un placer. Gracias.

—No me dé las gracias. No sé si podré contarle algo de utilidad.

* * *

Envueltos en abrigos y bufandas, fuera están casi a bajo cero, se alejan de los edificios cuadrangulares para adentrarse en la mañana gris.

—Si vamos hacia el sureste, llegaremos al lago —dice Flora, y antes de que a él le dé tiempo a responder echa a andar con paso enérgico.

—¿El sureste es por aquí? —pregunta. Al ver que ella asiente, dice—: ¿Cómo lo sabe? No hay sol.

Flora le mira.

—Lo sé.

Al otro lado de la carretera desierta hay una loma cubierta de abetos. No es una región pintoresca, en opinión de Randall: un paisaje llano y despojado, sin nada que cubra su desnudez, salvo árboles oscuros y monótonos.

Saca sus Lucky Strike y le ofrece el paquete.

—No, gracias. Nunca he fumado. Él sí fumaba, claro. Fumaban todos.

—¿Todos?

—Los hombres, allá arriba. Constantemente. Y los esquimales. El tabaco era una parte muy importante del comercio con los inuits. Nunca tenían bastante.

Randall se ríe.

—Muy conveniente, convertir a tus socios comerciales en adictos a una sustancia que solo tú puedes proporcionarles.

—Bueno, la cosa empezó mucho antes de que llegáramos nosotros. —Le lanza una mirada acerada—. Pero supongo que tiene razón. Había tantas cosas que solo podíamos proporcionarles nosotros...

Camina a paso vivo. Randall casi tiene que apresurarse para seguir su ritmo.

—Volvimos a coincidir, su tío abuelo y yo, en mi segunda expedición, en el noventa y ocho. ¿Lo sabía?

—No. ¿En Groenlandia, quiere decir?

—Sí.

Randall espera a que prosiga. Ella sigue caminando, la vista fija en los árboles.

—No fue una parte pequeña de mi vida —añade—. En absoluto.

Pasan por encima de un montón de cascotes de cemento dejado por alguna cuadrilla encargada de reparar la carretera. Randall le ofrece la mano. Ella no la acepta.

Dice:

—Yo también le quería muchísimo.

Capítulo 44

*En el mar, Atlántico Norte
Mayo de 1897*

La soberbia es la cualidad humana más aborrecible: acentúa los defectos y coagula la virtud. Jakob la combatía, por un lado, pero tiene que reconocer que, por otro, disfrutaba poniéndola en práctica. Avivaba la energía que le permitía superar los obstáculos; aflojaba su lengua cuando hablaba con patrocinadores; le hacía más serio y apasionado. Le chocó descubrir esa capacidad suya, pero, a decir verdad, hasta entonces no se había sentido con derecho a ejercitarla.

Ahora, mientras el Micmac surca la fuerte marejada en el Gran Banco de Terranova, por primera vez en meses no hay nada que pueda hacer para echar una mano. La niebla los acompaña, y grandes nubes de aves marinas giran con estrépito sobre el agua gris y se lanzan en picado al espeso caldo que bulle bajo la superficie. A pesar del frío, Welbourne y él pasan mucho tiempo en cubierta. Welbourne, con un rifle colgado del brazo, busca algo a lo que disparar, y Jakob mantiene la mirada fija en el horizonte, tratando de controlar su mareo. Ven focas y delfines y, un día, un grupo de ballenas francas cruza por debajo de su proa. Aniguin pasa gran parte del día en su catre, dormido.

* * *

La semana anterior a su partida, Jakob y Hendrik tomaron el ferri para ir a Blackwell's Island a visitar a su padre y Jakob le explicó que iba a salir de viaje. Como de costumbre, Arent de Beyn apenas les dirigió la palabra, aunque resultaba difícil saber si su silencio expresaba desilusión, censura o indiferencia.

Aniguin recibió otra carta de Flora Athlone hablándole de sus planes de llegar a Siorapaluk unas semanas después, y Jakob descubrió que era capaz de leerla en voz alta sin apenas dar muestras de emoción. Luego llevó a Aniguin a visitar las tumbas de Mount Olivet. Ivalu, Padloq y Aviaq estaban enterradas en un rincón de los terrenos del hospital, bajo un soto de castaños. Unas sencillas cruces blancas marcaban la ubicación de las tumbas, cada una de ellas con un nombre y

una fecha. A su alrededor crecía una hierba radiante.

—Aniguin, he pensado que aquí debería haber una placa que explique quiénes eran —comentó Jakob mientras contemplaban los tres montículos.

Aniguin no parecía saber qué hacer allí, pero se quitó el bombín emulando a Jakob y permaneció con él en las manos.

—¿Qué es una placa?

—Un anuncio. Un cartel para que la gente se acuerde de ellas.

Aniguin sollozó

—Yo no voy a olvidarlas —dijo.

—No, ya lo sé. También quería preguntarte una cosa. Debería haberlo hecho antes, pero... Cabe la posibilidad de trasladar sus cuerpos a Groenlandia. Ahora no, en un futuro. ¿Crees que a las familias, a ti, les gustaría?

—¿Para qué?

—Podrías enterrarlas cerca de vuestro hogar. —Ignoraba si los esquimales tenían costumbre de visitar a sus muertos.

Aniguin dio media vuelta.

—No.

—Ya, bueno. Sí... Solo quería preguntártelo.

Aniguin parecía incómodo. Accedió a ir a visitar las tumbas, pero Jakob sospechaba que no le apetecía en absoluto. A fin de cuentas, los muertos eran tabú. Al pensarlo ahora, se da cuenta de que Aniguin nunca se oponía a sus sugerencias, hasta que le habló de trasladar los cuerpos. Tenía costumbre de asentir educadamente, con una sonrisa. Su voz suave expresaba gratitud y afecto, y no le costaba reír. Pero Jakob se pregunta si su experiencia americana no habrá sido un horror sin paliativos.

* * *

Ahora, cuando Aniguin sube a cubierta y respira el aire afilado, sonrío con auténtico placer (o eso, al menos, espera Jakob). Huele el hielo, afirma mucho antes de que lo vean. El capitán del Micmac asegura que los icebergs huelen a pepino. Cuando el primero aparece ante su vista —un gran almohadón de hielo, rayado como un caramelo de menta—, se quedan junto a la barandilla olfateando el aire. Jakob no huele a pepino, pero sí nota un tufo fresco y ligeramente acre que no se parece a nada que haya conocido.

* * *

Lo que más le satisfizo durante las últimas semanas antes de zarpar fue retomar su amistad con Clara Urbino. Se veían con frecuencia, quedaban para comer en un restaurante, cerca de los grandes almacenes donde trabajaba. Jakob tenía la sensación irracional de que, al hablar con ella, estaba incluyendo a Frank en sus planes, aunque fuera de forma indirecta. Le reconfortaba estar con alguien que conocía sus peores faltas —había pocas cosas que Clara no supiera de él— y que sin embargo parecía quererle con afecto sincero. Su amistad estaba exenta de coquetería, no había en ella expectativa alguna. Por eso, sin duda, era tan fácil.

Se vieron por última vez unos días antes de que zarparan. La proximidad de su partida ponía nervioso a Jakob.

—¿Te pasa algo, Jake?

—Si me he equivocado en algo, ya es demasiado tarde para corregirlo, pero no paro de pensar en todo lo que he encargado y revisado y... —Meneó la cabeza—. Aunque no encuentre ningún error, no puedo parar.

—Como dijiste antes de marcharte al Norte con Frank, hay gente que vive allí todo el año y que se las apaña con lo que da el país.

—Tienes razón, pero eso no impide que me preocupe.

—Jake, te conozco, sé que todo va a ir bien. Aunque no es que yo sea una autoridad en la materia.

—Te equivocas. Tu opinión significa mucho para mí. —Él titubeó—. Hay una cosa que quería decirte. Seguramente pensarás que estoy loco.

Clara le miró desconcertada.

—¿Sí?

—Por favor, no lo descartes sin más.

Ella pareció recelar.

—Nosotros..., eh..., nos conocemos muy bien, ¿no crees? Tenemos muchas cosas en común y... Bueno, nunca he tenido una amiga como tú, Clara. Voy a pensar mucho en ti cuando esté fuera, y no creo que haya nadie a quien tenga tantas ganas de volver a ver. —Se acordó del discurso que había preparado y de pronto se le antojó ridículo, así que se limitó a añadir—: ¿Quieres casarte conmigo?

Clara rompió a reír. Luego se detuvo y le miró.

—No hablarás en serio —dijo con una sonrisa.

—Sí, hablo en serio. No me refiero a ahora mismo...

Ella miró su plato.

—Estoy... sorprendida.

Jakob sonrió desmayadamente.

—Sé que es muy repentino y que debe de parecerte muy extraño. —Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. Sé lo de Lucille y no espero que cambies. Pero no hay nadie a quien quiera más. Quiero que estés bien, que te sientas segura. Más segura de lo que podrías estar sola, quizá.

—Entonces, ¿no afirmas estar enamorado de mí? —Sonrió como si sintiera aliviada.

Él se encogió de hombros.

—A saber qué significa eso. Si dos personas se quieren tanto como creo que nos queremos nosotros... ¿No vale eso mucho más?

Ella suspiró, pero sus ojos tenían una expresión de ternura y se había puesto colorada.

—No sé qué decir, Jake. Me has dejado de piedra.

—¿Quieres pensártelo?

—Pero ¿a qué viene esto? Nunca me ha parecido que quisieras sentar la cabeza.

—Supongo que no. Siempre he querido ser libre, y lo he sido. He llevado una vida egoísta. Pero últimamente pienso mucho en las cosas que importan, y el cariño y la compañía me parecen esenciales.

Clara le miró y los últimos vestigios de su sonrisa fueron borrándose.

—Cuando me explicaste lo de Frank y esa chica esquimal, hablaste de la necesidad de sentirse reconfortado, de aferrarse a alguien antes de partir hacia peligros desconocidos. ¿No será esto lo mismo?

Jakob se mordió la lengua para no negarlo automáticamente. Pensó en Kate la Sueca, en cómo le había acusado sin ambages de querer rescatarla. Con ella se había dejado llevar por un impulso, pero en el caso de Clara su propuesta obedecía a una decisión meditada, fruto de un afecto sincero.

—Puede que sí, en parte. Pero es verdad que te quiero, Clara. Cuando quedamos, estoy deseando verte. Creo que podríamos ser felices.

Ella baja la mirada. Jakob está casi seguro de que se ha ruborizado.

—¿Le pediste a esa señora europea que se casara contigo?

—Eh... Creo que ya te he contado que estaba casada.

—Hoy en día la gente se divorcia.

Él se encogió de hombros, incómodo.

—He leído en la prensa que la señora Athlone vuelve a Groenlandia este año.

Jakob se quedó helado y confió en que no lo notara. Le sacaba de quicio que

todo su ser diera un respingo al oír mencionar su nombre.

—Sí.

—Siempre me he preguntado si era ella.

Jakob tragó saliva. Tuvo que hacer un esfuerzo para mirarla.

—Sí, era ella. Creo que es improbable que nos encontremos. Es un país enorme, y aunque nuestros caminos se crucen... Lo nuestro acabó hace dos años.

—Pero... ¿te preocupa verla?

Se encogió de hombros.

—Un poco. Pero se me pasará. Y puede que no coincidamos.

—Yo sigo queriendo a Lucille. No sé si eso cambiará alguna vez. Cambiaría, si de mí dependiera.

Jakob asintió con la cabeza. Ella cogió su mano.

—Jake, querido... Me conmueve tu amable oferta. Puede que los dos sigamos sintiendo lo mismo cuando vuelvas, o puede que no. Es mejor que esperemos hasta entonces.

Él miró a su alrededor y llamó a un camarero. Pidió pudín. Pasaron un rato sin hablar. Luego Clara dijo:

—Supongo que me gustaría saber qué tienes en mente. Si nos casamos..., ¿qué sería del amor? De ese amor que... En fin, ya sabes a qué me refiero.

—¿A ese amor doloroso y efímero que se opone al sentido común? No creo que yo vuelva a sentirlo. Creo que juntos nos puede ir mejor.

Clara le miró con sorpresa y esbozó una sonrisa.

—¡Hablas como un viejo y no lo eres! ¿De veras crees que yo puedo salvarte de eso?

Jakob se sobresaltó, un poco dolido.

—Por cómo lo dices, suena a egoísmo —dijo.

—Yo creo que es una pregunta razonable.

—Puede que querer estar con alguien sea siempre un rasgo de egoísmo. Prefiero estar contigo a estar con cualquier otra persona. Así que la respuesta a tu pregunta es sí.

—¿Y también crees que podrías salvarme de eso?

Su pregunta le dejó atónito sin saber por qué.

—No lo sé. Sé que quiero protegerte de la infelicidad.

Clara sonrió con tristeza.

—No sé si el cariño, por profundo que sea, es suficiente armadura contra ese tipo de amor. Y no quiero creer que no volveré a sentirlo, por doloroso o insensato que pueda ser.

A Jakob no se le ocurrió qué más decir. Ella pareció cavilar, con la frente ligeramente fruncida. Pasados unos minutos, él dijo:

—Lo siento. No era mi intención disgustarte antes de marcharme.

—No estoy disgustada, pero tampoco estoy acostumbrada a estas cosas. Debería darte las gracias.

—¡Por Dios! —Meneó la mano para quitarle importancia al asunto—. Por favor, no le des más vueltas. O sí, si quieres. Como tú dices, ¿quién sabe cómo serán las cosas cuando vuelva?

Sonrió para disimular su desánimo. No esperaba una declaración de amor, desde luego, pero a su modo de ver era una idea estupenda: una salida, un talismán.

—Lamento haberte pillado tan de sopetón. Como sé que voy a estar fuera mucho tiempo, quería... —Meneó la cabeza—. He sido un egoísta. Voy a echarte de menos, Clara.

—Yo a ti también.

* * *

No se arrepintió de habérselo pedido. Le dijera que sí o que no —y casi con toda seguridad sería que no—, ya tenía *algo* que esperar a su regreso, y eso hacía que su vuelta pareciera de algún modo más cierta.

Después de comer, recorrieron juntos una manzana y, cuando se detuvieron en la esquina, bajo un tilo, él le preguntó si podía darle un beso de despedida.

—Por supuesto que no... En fin, está bien —dijo ella, y él la besó en la boca, apretando suavemente sus labios.

Le pareció sentir que ella se estremecía. La miró a los ojos y advirtió que se le había acelerado la respiración. Sonrió, animado de pronto.

—Ya está. ¿Ha sido tan horroroso?

Clara se rio.

—Tengo que irme. ¡Voy a llegar tarde! Asegúrate de volver.

* * *

No sabría explicar a posteriori por qué le importaba tanto asegurarse un compromiso de la clase que fuera. Quizás ella tenía razón y estaba asustado, aunque ignorara el porqué. Mucho después recordó que le había dicho a Clara que la *quería*. En su momento, sin embargo, no dio importancia a esa palabreja.

Capítulo 45

Siorapaluk, 77° 47' N, 70° 38' O

Septiembre de 1897

El aire huele a salitre y a fuego de turba. La arena de la playa es de un blanco cálido y rosado: una media luna que circunda la bahía. Las lomas desnudas se alzan en abruptos taludes púrpura sembrados de agujeros. El agua es una lámina de plata deslucida. Al otro lado de la bahía, el sol realza los oscuros farallones de los acantilados, cubiertos de pliegues y acanaladuras. Sobre ellos, un cielo pálido se refleja en la quietud del mar. Al este, en la boca del fiordo, la blanca lengua de un glaciar penetra en el agua. Su pendiente es tan suave que resulta tentadora: un ancho camino que la invita a seguir tierra adentro. Por encima de los acantilados, por encima incluso de las alcas que motean el cielo diáfano, chillando y volando en círculos, se adivina la blanca línea del hielo: el invierno en suspenso, como un gigante dormido.

El aire, cristalino como la ginebra, juega al engaño: convierte una liebre ártica en un oso polar, un mojon negro en una foca. Flora distingue los contornos de una roca situada a varios kilómetros de distancia y tiene la sensación de que podría cogerla con solo alargar el brazo. Bajo el pellejo de su kayak, el mar sube y baja como el costado de un animal. Hendiendo la superficie con el remo, con cuidado de no perturbar la quietud, Flora hace virar su inestable embarcación. Mira de frente el poblado de Siorapaluk, cuyo nombre significa «linda playa de arena», con sus torcidas casas de piedra con el tejado de tierra y césped, y la flamante cabaña de madera de los expedicionarios, cuya angulosidad resulta allí tan ajena. Detrás de una casa estalla una pelea de perros: una descarga de ladridos furiosos, un chillido agudo. De nuevo el silencio. El humo de enebro enturbia el aire, y Flora advierte una tenue oscuridad en el horizonte, por el norte. Esta calma no durará mucho.

Suspirando con una mezcla de pesar y regocijo, por estar ahí, por no poder quedarse en el kayak todo el día, surcando el agua con la fluidez de un pez o una foca, vira desganadamente hacia la orilla. En la playa, una figura camina hacia ella y Flora prepara con antelación una sonrisa. Aunque esté en el filo del

mundo, su kayak, allí, en el agua, es el único lugar donde puede estar sola.

Lleva el kayak hasta la arena y desmonta con torpeza. Gilbert Ashbee está a unos metros de distancia. Cuando ella consigue afianzar los pies, dice con ese tono burlón que a Flora se le ha hecho detestable:

—Señora Athlone, permítame...

—No hace falta, señor Ashbee.

Es muy capaz de levantar el kayak y empieza a hacerlo, pero él se acerca en unas zancadas y se lo quita de las manos. Solo forcejando con él podría impedirlo.

—Gracias —dice como si desde el principio hubiera tenido intención de aceptar su ayuda.

—¿Se ha divertido? —pregunta él educadamente.

Tiene un talento infalible para decir o hacer lo que más puede exasperarla en cualquier momento dado. Flora no cree que sea accidental.

Echan a andar hacia la choza y, pese a la presencia de Ashbee, siente repicar su corazón de orgullo y de dicha. Todos los inconvenientes, todas las adversidades, todos los sacrificios merecen la pena por esto: por estar de vuelta.

* * *

Están muy orgullosos de su base: un barracón de madera prefabricado cuyo diseño eligió Flora, que no entendía por qué una cabaña construida para el Ártico había de ser fría o agobiante. No es grande, eso sí: por dentro, mide nueve metros por cinco y medio. En un extremo hay una habitación minúscula, el dominio privado de Flora, amueblado con una cama, un escritorio y una silla. Los tabiques interiores son cajones que sirven de estanterías. Su cama está inspirada en las de los barcos: un armazón con el colchón arriba, el escritorio debajo y, más abajo todavía, varias taquillas bien encajadas. Hay espacio suficiente para meter la tina, y un ventanuco y una puerta que pueden cerrarse por dentro, aunque Flora no ve de momento la necesidad de hacerlo.

En la sala principal hay otros tres catres arrimados a las paredes. El techo está equipado con rieles de los que cuelgan mantas para que, cuando se harten de sus compañeros, los hombres pueden encerrarse en un espacio relativamente privado. El tubo de la estufa recorre la cabaña de modo que, cuando llega a la salida, todo su calor se ha disipado. Junto a la estufa hay una mesa y, al otro lado de la cabaña, otro chiscón sirve de laboratorio y cuarto oscuro. El edificio entero es, en realidad, una choza dentro de otra: la carcasa exterior forma un pasillo en

el que guardan los pertrechos. La puerta principal está orientada al sureste, pero para entrar en la choza interior han de doblar una esquina y llegar a otra puerta situada en el lado norte; así, dejan atrás el frío en su recorrido, al menos en teoría. El pasillo tiene altura suficiente por tres de sus flancos, pero el cuarto es más bajo, para que la luz del día penetre por cuatro ventanas situadas en la parte de arriba y orientadas al suroeste, de cara al fiordo.

Pero lo más sorprendente de la estructura es el minúsculo cobertizo de la esquina noroeste, junto a la puerta de atrás: un aseo improvisado, construido sobre un arroyo. En invierno, cuando el arroyo se hiele, construirán un iglú y dejarán que los perros se encarguen de limpiar las inmundicias. Para los nativos, acostumbrados a acucillarse en la playa, protegidos solamente por su sentido de la discreción, el retrete es fuente de hilaridad constante. Flora hacía lo mismo cuando era pequeña; es una de las libertades, si bien no la más preciada, que le ha robado la edad adulta.

La cabaña le entusiasma. Le encanta el color marrón dorado de sus planchas de madera sin desbatar; la finura de la ebanistería; el tono negro azulado y mate de la estufa; las filigranas que traza la escarcha que se acumula, inaccesible, en la parte interior de los cristales de las ventanas y que, de allí en adelante, nunca desaparecerá del todo. Se deleita en la minuciosa sencillez que los rodea. Es sólida, funcional, eficiente, y carente por completo de historia.

* * *

Flora conoce a todas las familias de Siorapaluk, entre las que tiene viejos amigos: Simiak y Apilah, Meqro, Tateraq y Pualana. Aniguin no está. Desde que regresó de Estados Unidos, vive costa arriba, en Neqi. Hace un mes, al desembarcar, Flora se enteró de que dos norteamericanos —De Beyn, el de cabello blanco, y otro hombre— habían montado una base allí y habían partido en un viaje por el casquete de hielo del interior pese a que la estación estaba ya muy avanzada.

Flora suele estar demasiado atareada o cansada para pensar en ello, pero, a medida que el sol pierde fuerza y se acortan los días, una honda congoja se apodera de ella. A finales de septiembre, Aniguin la visita por primera vez y trae malas noticias: los norteamericanos no han vuelto aún y han empezado las tormentas otoñales.

Tal vez sea eso lo que empaña su reencuentro. O quizá sea que, al verle, Flora le dio el pésame por la muerte de Ivalu y él desvió la mirada, como si ese tema le

hastiará. Ella era consciente de que los esquimales no nombraban a los muertos ni se referían a ellos, pero le resultaba imposible obviar por completo la muerte de su esposa.

Durante la cena, Flora trata de olvidar sus preocupaciones y alegrarse por ver de nuevo a su amigo, pero cada pregunta que hace está enturbiada por el fantasma de los muertos o por la presencia espectral de Jakob. Aniguin les cuenta cómo le ayudó De Beyn en el museo, en el hospital y en la granja donde pasó el invierno.

Flora se deprime y va enojándose a medida que pasa la velada. América parece haber cambiado a Aniguin, que siempre ha sido un joven perspicaz, pero considerado. O ha perdido esa perspicacia, o no le importa que ella permanezca callada mientras él alardea de cuántas mujeres ricas le dijeron que era un tipo estupendo, sin mencionar nunca a su esposa muerta, como si Ivalu nunca hubiera existido.

Habla sin apenas mirarla, como si ella tampoco existiera. Flora se acuerda de su miedo a no volver a verle. Esta incomodidad, esta desazón, esta extraña actitud de Aniguin, hacen que ese miedo se le antoje ridículo.

* * *

Se ha levantado viento del este. Sopla del casquete de hielo, en rachas repentinas que golpean las paredes como puños. Las contraventanas metálicas resuenan constantemente. Durante una ráfaga violenta, cuando los postigos se sacuden emitiendo un chirrido agudo, Flora estalla:

—¡Santo cielo, Ralph! ¡Hay que parar ese ruido infernal! No me oigo ni pensar.

Todos la miran con sorpresa. Ralph se levanta de inmediato.

—Voy a echar un vistazo. Puede que el viento sople justo del lado que...

—Puede esperar hasta mañana. No quería decir que...

Pero él ya se ha ido. Flora se siente avergonzada. Sonríe a los demás.

—No quería que saliera con este...

Ashbee echa su silla hacia atrás.

—Voy a echarle una mano. Seguro que le vendrá bien.

Sale, y Flora se siente peor que nunca. Ha de tener cuidado para no perder su autoridad ante los demás. Sirve a Aniguin más estofado.

—¿Los norteamericanos tomaron el mismo rumbo que la otra vez, cuando fueron con Armitage?

—*Ieh*. Querían ir al norte, hasta el gran acantilado. Si no encuentran caza allá arriba, morirán.

Flora esboza una rápida sonrisa.

—La otra vez encontraron caza. ¿Quién va con ellos?

—Metek otra vez, y tu hermano, Sorqaq. Es joven. Tiene que ponerse a prueba. Supongo que, si vuelve, también trabajará para ti.

Flora se queda paralizada y nota la mirada perpleja de Henry Haddo fija en ella.

—¿Por qué dice que ese joven es su hermano? —pregunta él—. ¿Es un término amistoso?

—Eh... —Flora estruja su servilleta por debajo de la mesa—. Puede significar muchas cosas. Aquí se dan toda clase de adopciones. Un niño puede quedar vinculado a otra familia y tener dos padres, el suyo y otro. A Aniguin le adoptaron Apilah y Simiak cuando murieron sus padres.

Haddo asiente con un gesto, archivando con diligencia esa información.

—Lo que dice Flora es verdad —continúa Aniguin—, pero digo que Sorqaq es su hermano porque su padre, Mackie, *kujappok* muchas veces con Asarpaka. Todo el mundo lo sabe.

Se ríe. Haddo baja la mirada. El semblante de Flora permanece inmóvil. Ha oído ese rumor más de una vez, pero siempre había logrado mantenerlo a raya, sin llegar a decidir si era o no cierto; nunca ha interrogado a su padre al respecto, claro está. Nadie, sin embargo, lo había sacado a relucir de manera tan cruda, delante de un miembro de su expedición.

—Esas cosas son normales aquí —añade Aniguin dirigiéndose a Haddo—. Hay muchos niños que son inuit y *kallunat*. ¿Verdad, Flora?

Ella trata de sonreír volviendo la cara hacia Haddo sin mirarle a los ojos.

—Ocurre, pero no todo el mundo lo hace.

—Tú no, Felora.

Ella consigue reírse.

—Yo soy una mujer y tengo marido.

—Pero tu marido está enfermo. Y no puede darte hijos. Deberías tomar otro marido. Uno que sea fuerte.

—Doctor Haddo... —Flora echa mano del estofado de foca—. ¿Quiere que le sirva un poco más?

—Gracias. Está muy bueno. —Haddo baja la voz—. Creo que está anunciando su candidatura, señora Athlone.

El médico le sonrío de un modo que los une frente a la rudeza de Aniguin.

Flora experimenta una oleada de gratitud.

—Todos los hombres lo hacen: Armitay, Te Peyn, Mackie... ¡Aquí todos *kujappok!* —Aniguin sonrío a Haddo—. ¡A usted también le buscaremos una chica guapa y bien gorda!

La puerta se abre acompañada por una ráfaga de aire gélido y Ashbee y Ralph vuelven a entrar con las caras coloradas por el frío.

—¿Qué le parece?

Ashbee bate palmas, muy ufano. Flora se queda mirándole sin entender de qué habla. Luego cae en la cuenta de que el chirrido de las contraventanas ha cesado.

* * *

A la mañana siguiente, al despertar, descubren que el agua del fiordo ha cambiado. Los primeros indicios son muy sutiles: en alguna parte, algo indefinible ha sufrido una alteración. El agua se vuelve quieta y mate, o bien oscila como el costado de un mamífero gigantesco. Luego se levanta el viento, aliado del mar. El oleaje avanza desde el estuario y el inmenso poder del mar reduce a la insignificancia la costra de hielo. El agua turbulenta se oscurece, rebosa energía. Pero, al amparo de la noche, vuelve el frío, un oponente silencioso e infatigable. El mar vuelve a aquietarse. Un lechoso cinturón de hielo rodea la costa, cuyas praderas escarchadas florecen una mañana y desaparecen al día siguiente, barridas por el agua. El hielo, sin embargo, vuelve una y otra vez. A medida que avanza octubre, se espesa, se torna blanco y empieza a llamarlos: ¡venid mientras todavía hay luz solar! Está esponjoso, sin embargo. Saturado de agua líquida, se hunde bajo el peso del cuerpo. No es de fiar.

* * *

Mediado el mes, se alza un grito: «¡*Qamiut!* ¡Trineos!». Hace un día nublado y desapacible, y la niebla se espesa sobre las lomas. Se ve un solo trineo: viene del norte, bordeando las estribaciones del casquete de hielo. Se detiene en medio de un estrépito de ladridos, cuando los perros de Siorapaluk saludan a sus congéneres. Una figura envuelta en pieles se apea de él. Bajo la capucha de piel, tiene las cejas blancas de escarcha. Es Tateraq, el amigo de infancia de Flora. Sus pies y sus piernas, empapados, se han congelado. Sus pantalones de piel de oso están rígidos como la madera. Ha atravesado tres veces el hielo en su viaje desde Neqi. Los perros le han salvado la vida. No tiene nada de particular.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Han vuelto los norteamericanos?

Tateraq, regodeándose en su importancia como portador de noticias, se toma su tiempo mientras le agasajan con té y comida. Por fin, les cuenta que han vuelto todos con vida de su viaje a los hielos del interior. Pero los *kallunat* necesitan un médico. Han sufrido por culpa de su locura, como ya les advirtieron. Tateraq lleva una nota.

—¿Tenéis un poco de esa pasta tan buena con color a pis? *Ieh*, eso. —Unta un pegote de mermelada de albaricoque en un trozo de carne de foca.

Flora abre el sobre grasiento y arrugado y se aleja de los demás para leer la nota. Va dirigida a la señora Athlone. Lamentan tener que importunarla, pero solicitan los servicios de su médico: el frío le has causado lesiones que necesitan tratamiento. Firma Jakob de Beyn, pero Flora no reconoce su letra.

—Debemos ir, desde luego —le dice a Haddo, echando una ojeada a las ventanas agrisadas por la escarcha.

Fuera, el cielo se ha oscurecido.

—Tateraq, cuéntame cómo estaban cuando te marchaste.

—Tienen hambre y están cansados, y los *kallunat* tienen quemaduras. —Se señala la cara, las manos y los pies.

—¿Podían caminar?

—Sí, podían. Pero los espíritus los atacaron allá arriba. Parecen muertos.

* * *

Neqi, 77° 52' N, 71° 37' O

Llegan en medio de un crepúsculo blando y amorfo. Sin un guía, no habrían sabido dónde estaban: no se ve el horizonte; la niebla ha engullido los acantilados. El poblado de Neqi se halla agazapado en una franja de tierra bajo altísimos acantilados, expuesto a los vientos del estrecho de Smith. Bajo los negros nubarrones, es un lugar inhóspito y triste.

La cabaña de los norteamericanos es la misma que Flora visitó cinco años atrás, deteriorada por la intemperie y reconstruida. Cuando llama a la puerta — está acongojada, pero *tenía* que venir—, les abre Ainineq con una sonrisa de bienvenida. La luz de la lámpara deslumbra a Flora y a Haddo. Luego, Flora distingue dos espantapájaros sentados a la mesa, con las manos y los pies vendados y la cara ennegrecida. Al principio piensa, aturdida, que Jakob no está presente. Entonces se da cuenta de que uno de los espantapájaros tiene el cabello

gris. Está muy flaco, como su compañero, y tiene la cara cubierta de ampollas y los ojos hundidos y enrojecidos. Su aspecto infunde temor: son leprosos desterrados, pordioseros retornados de un lugar de horribles privaciones. Flora se queda mirándolos —no, no debería haber venido—, consciente de que nadie ha dicho aún una palabra. Jakob trata de levantarse.

—Por favor, no se levante —dice ella, afligida por el aspecto que presenta Jakob y por su mirada sorprendida y hostil.

—Señora Athlone, cuánto me alegra volver a verla. Son ustedes muy amables por haber venido. Este es el señor Welbourne. La señora Athlone, a la que conocí en mi última estancia aquí. Perdona que no le demos la mano...

Levanta sus manos vendadas y sucias. Flora sacude la cabeza.

—Encantado de conocerla, señora. He oído hablar mucho de usted. —Welbourne tiene una voz grave y melodiosa; su timbre acaricia el oído de Flora—. Lamento no poder levantarme.

—Santo cielo, por favor... —Tanta caballerosidad pone a Flora al borde de la histeria—. Este es el doctor Haddo.

—Señora Athlone —dice Jakob—, le pido disculpas por interrumpir sus quehaceres y hacerles venir hasta aquí con esta borrasca. El señor Welbourne y yo le agradecemos su presteza. —Intenta sonreír, pero su cara está tan dañada que no responde. Hasta su voz parece resquebrajarse.

—No hay por qué disculparse, señor De Beyn. En absoluto. Me alegra poder serles de ayuda. Nos preocupamos cuando supimos que estaban todavía en el casquete polar a estas alturas de la estación.

Haddo abre su maletín médico.

—Atienda primero al señor De Beyn —dice Welbourne—. Está peor que yo.

—Muy bien. Quédese ahí, bajo la luz, señor De Beyn. ¿Sería posible disponer de un poco de agua hervida? —pregunta Haddo volviéndose hacia Flora.

Ella asiente, aliviada, y le pide a Ainineq que traiga algo de comida caliente. Después se afana calentando el agua y restregando el tablero de la mesa, contenta de tener una ocupación. Ha imaginado muchas veces este encuentro tratando de armarse de una coraza, pero es aún peor de lo que suponía.

Haddo se sienta delante de Jakob y le quita las vendas de las manos. Las tiene hinchadas por las ampollas; las yemas de los dedos están ennegrecidas y la piel se le desprende en tiras.

Flora se vuelve hacia Welbourne con una sonrisa firme. El cabello crecido y la barba del americano no alcanzan a ocultar del todo sus hermosas facciones y sus ojos de un azul claro. Ella comienza a quitarle los vendajes de las manos.

—Entonces, entre sus muchas capacidades, ¿se cuenta también la de ser enfermera, señora Athlone?

—No, pero tengo experiencia en quemaduras causadas por el frío. Es imposible pasar mucho tiempo aquí sin adquirirla.

Le vuelve las manos con cuidado. Las tienen en carne viva, pero las lesiones no parecen graves. Se arrodilla en el suelo y empieza a destaparle los pies.

—Santo cielo... —Welbourne se ríe—. Disculpe su estado. No son agradables de ver.

—Por favor, no se disculpe. Seguro que he visto cosas peores.

En efecto, ha visto cosas peores, aunque los dedos del medio están ennegrecidos y han perdido las uñas. Se inclina hacia delante para olfatearlos. Welbourne acierta a reírse. Su buen humor admira a Flora.

—Su reputación de mujer valiente es bien merecida, señora.

Rebosa seguridad en sí mismo: tiene el aire de quien se halla a sus anchas en cualquier situación. Jakob, en cambio, mantiene los ojos bajos y guarda silencio.

—No parece haber necrosis. —Flora recoge las vendas sucias—. El doctor Haddo se los examinará enseguida. Luego habrá que desbridar el tejido muerto.

—Lo estoy deseando. Gracias, señora.

—¿Cuánto tiempo han estado en el casquete de hielo, señor Welbourne?

—Ochenta y ocho días.

—Dios mío. Es mucho tiempo. ¿Encontraron caza?

Welbourne suelta una carcajada.

—¿Es lo que preguntan los esquimales! No les importa si... —Mira a Jakob—. ¿Podemos desvelar dónde hemos estado?

—No veo por qué no. La señora Athlone conoce bien estas tierras.

—Eso me ha parecido. —Welbourne, pese a los dolores que tiene que estar padeciendo, la mira con franca admiración—. Bien, señora, respondiendo a su pregunta, le diré que, en efecto, encontramos caza en las proximidades del fiordo de Sherard Osborn y en la ensenada de Victoria. Logramos abatir a unos cuantos bueyes almizcleros y a dos caribúes. Por suerte. Fue de chiripa. Estuvimos en la costa norte de Groenlandia y vimos el océano Ártico. Vimos también un oso polar en la banquisa, allá arriba, pero lamento decir que no conseguimos abatirlo. ¡Creo que habría sido la pieza cobrada más al norte del mundo! Pero, en todo caso, hemos demostrado que no hay tierras al norte de esos contornos. O, mejor dicho, lo ha demostrado el señor De Beyn. Yo solo le acompañé.

—El señor Welbourne está faltando a la verdad. No podría haberlo hecho sin él, o sin Metek y Sorqaq.

—Los felicito. Es una gran hazaña. —Flora mira a Jakob, que tiene la vista fija en su pie derecho, apoyado sobre el regazo de Haddo.

No contesta. Debe de estar satisfecho por haber demostrado que Armitage mentía. Pero no lo parece.

—¿Metek y Sorqaq todavía están aquí?

—Metek ha ido a Etah a ver a su familia. Sorqaq sí está aquí.

Durante esta conversación, Jakob mantiene la cabeza vuelta hacia Haddo, como si no soportara mirarla.

—¿Necesitan tratamiento médico?

—Parecen estar bien. Cansados, desde luego, pero no tienen quemaduras. Lo cual es muy curioso.

—Creo que nunca he visto a un esquimal con quemaduras producidas por el hielo. Parecen inmunes a ellas, quizá porque están aclimatados desde el nacimiento. O puede que haya algo de especial en su sangre. Sería un campo de estudio interesante —añade ella dirigiéndose a Welbourne.

—Desde luego, ha sido impresionante verles llevar a cabo maniobras complicadas sin guantes, cuando hacía tanto frío que nosotros no podíamos ni movernos.

Haddo acaba de examinar la cara y las orejas de Jakob.

—Bien, señor De Beyn, las lesiones no son graves. Si me permite, mientras echo un vistazo al señor Welbourne dejaré que la señora Athlone se ocupe de usted. Descuide, está en buenas manos.

—Sé lo buena enfermera que es la señora Athlone. Me ayudó a librarme de este dedo, la última vez que nos vimos.

Jakob levanta la mano izquierda y mira a Flora a los ojos, como desafiándola a negar que esa fuera la última vez.

Haddo se acerca a Welbourne y Flora ocupa la silla contigua a la de Jakob, provista de un cuenco de agua y un paño esterilizado. Él le tiende la mano derecha y ella empieza a restregar la piel muerta de los dedos. Debajo, la piel está en carne viva.

—Avíseme si le duele mucho.

—Está bien así.

—Lamento que volvamos a vernos en estas circunstancias.

Él contesta con un ruido ambiguo que no tranquiliza a Flora. «Maldito seas», piensa, y luego se enfada consigo misma.

—¿Se acuerda usted del geólogo de nuestra expedición anterior, el señor Dixon?

—Claro: un tipo grandullón, de pelo negro. Me caía bien.

—Está aquí. Y está deseando volver a verle. Guarda muy buen recuerdo de usted.

—Ah. —Una leve sonrisa cruza su cara—. Será un placer.

Flora le sonrío mirándole un momento a los ojos. Él desvía la mirada.

—Se lo diré. Estoy segura de que habrá ocasión durante el invierno. Ea, esta mano ya está lista. —Coge la otra—. ¿Hacía muy mal tiempo en el casquete de hielo?

Jakob pestañea, toma aire y responde:

—No mucho, pero una de las latas de combustible perdía y tuvimos que apañarnos con lo que quedaba. —Tras hacer una pausa añade—: Debería haber incluido en mis cálculos un margen de error mayor.

Ella acaba con la mano izquierda y se arrodilla en el suelo para seguir con sus pies. Sujetar su pie sobre el regazo se le antoja un gesto más íntimo que tocar sus manos. «Es porque estamos acostumbrados a estrecharnos las manos», se dice. Y posiblemente también porque recuerda estar arrodillada delante de él, en otro tiempo y otro lugar. Nota vívidamente el pulso de su tobillo, y una emoción que no se atreve a nombrar constriñe su garganta. Levanta la vista una vez: él tiene los ojos cerrados, la expresión remota. Flora se concentra en retirar el tejido putrefacto con ademán enérgico, sin contemplaciones. Atiza el recuerdo de su furia, de su desesperación, de su miedo. Todo lo demás no le sirve.

Jakob describe en beneficio de Welbourne las circunstancias de la última noche que los norteamericanos pasaron en Siorapaluk, cinco años atrás. Afirma que fue culpa suya perder el dedo.

—La señora Athlone debe de considerarme un explorador ártico de tres al cuarto.

—Claro que no. Cualquiera puede sufrir quemaduras si el mal tiempo arrecia. A menudo es cuestión de suerte.

Se hace un silencio y Flora se da cuenta de que su comentario no ha dado en el clavo. Ha sonado condescendiente o algo peor. Se alegra cuando Haddo se vuelve hacia ella y pregunta en voz baja si haría el favor de salir para poder hacerles a los hombres «eh..., algunas preguntas más».

* * *

Sale a la noche despiadada. No hay vía de escape a la vista: tendrán que quedarse al menos hasta mañana por la mañana. Está agotada, pero al hallarse

fuera de la choza, lejos de la presencia de Jakob, la embarga una oleada de alivio. En cierto momento ha sentido que iba a sucumbir a la presión de las lágrimas, pero ha logrado dominarlas. Se ha mostrado, cree, cordial y eficiente pese a la actitud de Jakob, tan huraña que rayaba en la grosería. Al verla, ha puesto cara de... horror.

¿Y qué esperaba? No debería haber ido.

Capítulo 46

Siorapaluk, 77° 47' N, 70° 38' O

Octubre-diciembre de 1897

Durante las semanas siguientes, ya de vuelta en su cabaña, a Flora le da por pensar que no es ella la única que lleva una máscara. Aquí, en Groenlandia, encerrados como están en una franja de playa entre el casquete de hielo y la banquisa, todo el mundo oculta sus sentimientos tras una sonrisa. Cuando la vida es tan precaria, las muestras de emoción y los aspavientos son demasiado gravosos. Nadie sobrevive solo. Tiene la impresión de que caminan todos sobre una capa de hielo muy fina. Su presencia (la de los británicos, los norteamericanos y los balleneros, cuando vienen) ha desvirtuado esa careta sonriente. Nadie les lleva la contraria, nadie les dice que no. Los esquimales no pueden permitirse el lujo de ofenderlos. «No podemos forjar amistades auténticas, digamos lo que digamos», piensa Flora, «porque los amigos han de hallarse en pie de igualdad y aquí, salvo en raras ocasiones, nunca somos iguales».

Puede que la única excepción sea, al menos eso espera, su amistad con Meqro, que se puso loca de contento al verla otra vez. A pesar de ser una mujer soltera y con un hijo y de hallarse, por tanto, en el último peldaño del escalafón, Meqro ha ganado confianza en sí misma desde la última vez que se vieron. Vive con Ehré, su padre viudo. Tiene suerte de que todavía sea un buen cazador y de que no haya vuelto a casarse, lo que la habría puesto en una situación difícil. Aamma tiene cuatro años y sus facciones recuerdan a las de su padre. Viven cerca de la choza de los ingleses, así que Meqro puede trabajar para ellos, confeccionarles ropa de invierno y ayudarles con las tareas domésticas. Varias mujeres más trabajan también para ellos: Flora ha procurado emplear a las que más lo necesitaban: mujeres sin marido, como Meqro, y una muchacha llamada Atitak, desfigurada por un estrabismo espantoso. Flora es generosa —aquí es fácil mostrar generosidad—, pero no hay trabajo suficiente para todo el mundo.

A menudo hay tres o cuatro mujeres sentadas en el suelo de la cabaña, cosiendo y charlando, pero a Flora le gusta más que esté solo Meqro. Entonces,

si ha terminado sus tareas, se sienta en el suelo a su lado, coge su *ulu*, su cuchillo de hoja curva, y la ayuda a raspar el interior de un pellejo. Las mujeres esquimales nunca están ociosas y Flora ha adoptado la costumbre de buscar siempre algo en qué ocupar las manos. Es torpe con el cuchillo, pero la tranquiliza hacer algo útil. Aamma juega allí cerca con unas vértebras de foca o, animada por Flora, hace garabatos con un lápiz en trozos de papel.

Un día, Meqro le dice:

—Te Peyn me trajo una carta de los padres de Ferank. Dicen que se alegraron mucho de saber lo de Aamma, que les consuela saber que existe. Dicen que les gustaría ayudarla. Y que, si quiero que vaya a América, cuidarán de ella y podrá vivir allí. No sé qué hacer.

—¿Qué te gustaría?

—No quiero que se vaya, pero te lo pregunto a ti, Felora. Si tú crees que allí tendrá una vida mejor, la mandaré con ellos.

—¿Tú irás también?

Meqro mira su *ulu*.

—Creo que no me gustaría. Pienso en lo que les pasó a mis amigas. Aquello es peligroso para nosotros. Pero puede que para Aamma sea distinto. Ferank era su padre. Si me pasa algo a mí o a mi padre... —Se encoge de hombros.

—No puedo decirte lo que debes hacer, Meqro.

—Pero, Felora, tú sabes cómo es aquello y sabes lo que es vivir aquí para una mujer. Aquí la vida es dura.

—No es fácil en ninguna parte. No conozco Estados Unidos, no sé hasta qué punto se parece a Inglaterra. Y tampoco conozco a los Urbino, pero... creo que Aamma estará mejor con su gente, y contigo, por supuesto.

Meqro le dedica su sonrisa dulce y deliciosa.

—Pero la familia de Ferank también es su gente, y son ricos. Me mandaron muchos regalos. Figurillas... *Aja*. ¡Son preciosas!

Flora ha visto una de esas figurillas: una muñeca con cabeza de porcelana y cara de enfado, vestida de seda y encaje. Ha acabado desnuda, desmembrada y destripada, con la cabeza rota en varios trozos.

—¿Qué te dice Te Peyn? Él los conoce bien.

—Lo mismo que tú. Que no podía decírmelo. Pero que son muy buenos.

—Creo que en Estados Unidos una niña como ella, tan distinta a los demás, lo tendría difícil. Aquí parece una más. Es una de los vuestros.

Meqro asiente enérgicamente.

—*Ieh*. Es raro que los niños se parezcan más a nosotros que a vosotros. Los

kallunat sois fuertes en muchos sentidos. ¡Pero en esto los inuit somos más fuertes! —Se echa a reír.

—Sí, es verdad —asiente Flora sonrojándose, aunque no sabe por qué—. Podríais ir las dos a América, a ver qué os parece. Si no os gusta, podéis volver. Siempre podéis cambiar de idea. Estados Unidos no está tan lejos. A tres o cuatro semanas de navegación.

Megro se pone seria otra vez.

—No sé. Sin mi gente, no puedo ver cómo es la vida en América. Tengo miedo.

—Lo que les pasó a Ivalu y a los demás fue terrible, lo sé. Allí hay enfermedades. Y las enfermedades de los *kallunat* son muy malas para los inuit.

—*Ieh*. Está mejor aquí.

Guardan silencio. Aamma rompe su dibujo en trocitos y los lanza al aire. A pesar de que Flora se empeña en enseñarle a dibujar perros y focas, su juego preferido es romper.

—¡*Qaniit!* —exclama, y se ríe.

¡Copos de nieve!

* * *

—¿Aniguin te ha hablado del tiempo que pasó en América?

Megro se encoge de hombros.

—Dice que la gente escuchaba lo que decía. —Sacude la cabeza como si le costara creerlo.

—Le entrevistaron para un periódico —dice Flora, y le explica lo que ese eso—. Y mucha gente leyó la entrevista. Así que es cierto que le escucharon. — Raspa un trozo de membrana que se le resiste—. Sé que sufrió mucho allí. ¿Ahora está más contento?

—Aniguin nunca está contento. Desde que nació. Le pasa algo malo en la cabeza. —Se encoge de hombros.

—Pero ha cambiado. ¿Los norteamericanos le han ayudado, desde que volvió?

—Sí. Te Peyn es muy bueno. Le ha dado muchas cosas. Te Peyn es simpático... —Sonríe y al ver que Flora levanta las cejas se echa a reír—. ¡No, no! Natseq intentó otra vez acostarse con él y le dijo que no. Está casado con la hermana de Ferank. No, casado no. ¿Cómo lo llamáis en vuestro país, a lo de antes?

—Prometido —contesta Flora.

—*Ieh*. Ya no quiere tener una amiga. —Meqro se encoge de hombros—. Puede que sea muy viejo.

Flora fija la mirada en el pellejo, observa los rastros de grasa adheridos a la superficie, lo deja en el suelo. El *ulu*, cuya hoja curva brilla como una media luna, le pesa en la mano. Se lo imagina cortando la piel de su muñeca, arriba y abajo. Sabe cómo hacerlo, cómo hendir la vena y hacer brotar la sangre oscura. Se imagina abofeteando la mejilla tersa y redondeada de su amiga y el horror que siente la obliga a levantarse, a mascullar una excusa y salir de la cabaña. Jamás haría tal cosa, ni la una ni la otra, pero necesita cometer un acto de violencia, contra lo que sea.

* * *

A principios de noviembre, organizan una fiesta para celebrar (o conmemorar) la puesta del sol. Es entonces cuando alguien propone que inviten a los estadounidenses a Siorapaluk por Navidad. Los demás, deseosos de caras nuevas, secundan la idea. Flora no se manifiesta. Le espanta la idea de volver a verle, pero no puede decirles por qué, de modo que asiente. Es probable que de todos modos el mal tiempo lo impida.

Comienza la noche de cuatro meses. Al principio no es una noche verdadera: hay un mes de eterno crepúsculo, pero el ocaso se ahonda a medida que el sol se hunde más y más en el horizonte. Es una época del año en la que conviene tener cuidado. Al principio, todo el mundo finge que no pasa nada. ¡Los esquimales lo estaban deseando! Es un alivio después de esa luz constante que no les permite descansar, y el invierno es la estación de los viajes en trineo y las visitas. Hay, sin embargo, un ambiente opresivo. Flora se pregunta si esa sensación agobiante se debe a la gente y no solo a la oscuridad. Antes, en invierno, su padre y ella se sentaban durante horas con Apilah y Simiak, y los vecinos iban a su *illu*, se sentaban alrededor del fuego, fumaban, repetían las mismas anécdotas, las mismas noticias una y otra vez. Un vecino podía ir de visita cinco veces al día. No había nada nuevo que contar. Estaban hartos unos de otros. Pero aun así acudían. Flora descubrió un grado de aburrimiento que hasta entonces no podía imaginar. Que ella supiera, todo el mundo se aburría. En el barco, después de aquellas visitas, se sentía ebria de soledad.

En el caso de los exploradores, el frío y la penumbra son solo dos de los retos a afrontar. Pero la transición entre el día infinito y la noche eterna se hace muy dura. Tienen su trabajo: montan una estación meteorológica en el mar helado;

Ashbee y Haddo traen muestras de agua marina, bullente de vida microscópica, para analizarlas en el laboratorio, y Flora se ha impuesto la tarea de fotografiar las extrañas formaciones nubosas características de esta región. Cuando el sol se pone definitivamente, tiene menos que hacer en ese aspecto, pero al día siguiente de la fiesta fotografía un bellissimo abanico de nubes noctilucentes sobre el estrecho. El cielo está oscuro, pero las nubes son tan altas que reflejan los rayos del sol por encima de la curvatura de la Tierra y refulgen como fuego albo. A su lado, Deneb y Vega brillan con fuerza. Flora hace exposiciones de distinta duración confiando en que alguna de ellas consiga plasmar ese instante. Se pregunta si en Neqi alguien está haciendo lo mismo.

* * *

Ralph sigue siendo tan firme y constante como de costumbre. Flora no sabe si algo de esto sería posible sin él. Está muy satisfecha, además, con Henry Haddo, un joven cuyo carácter huraño —es escocés, como ella— le recuerda a sí misma. Es un médico hábil, un científico, es coautor de un artículo sobre la prevalencia del escorbuto en las prisiones, y derrocha amabilidad y paciencia con los esquimales.

Ashbee es harina de otro costal. Flora le oye a veces gritar a las chicas por los errores reales o imaginarios que, según él, cometen. En cierta ocasión, sale hecho una fiera de la choza y al ver a Flora echa a andar en dirección contraria sin decirle una sola palabra. Al entrar en la cabaña, ella ve a Henry saliendo del laboratorio, muy colorado.

—¿Ha pasado algo? Ashbee me acaba de mirar con muy mala cara y se ha ido sin decirme nada.

El médico respira hondo. Flora tiene la sensación de que está al borde de las lágrimas.

—No es nada. —Haddo trata de sonreír—. Nada importante.

Flora se olvida del asunto. Después, en el laboratorio, descubre que el suelo está mojado como si hubieran vertido gran cantidad de agua o limpiado algo.

* * *

—Quería hablarte de Ashbee.

Ralph y Flora han salido a dar un paseo por la playa para poder hablar a solas. Hace un frío metálico y el viento les arroja cristales de nieve a la cara.

—Cuando hablamos de invitar a los norteamericanos por Navidad, dijiste que no somos rivales, pero eso no lo sabemos, porque ignoramos cuáles son sus objetivos. Es más, ni siquiera sabemos cuáles son los *nuestros*, porque desconozco las intenciones de Ashbee, lo cual es ridículo. Tuve que aceptarlo cuando partimos, pero estando aquí es inadmisibile. No podemos relacionarnos con ellos sinceramente si seguimos ignorándolo.

Suspira y su aliento se convierte de inmediato en una nube blanca.

Ralph se encoge de hombros.

—¿Tenemos que ser sinceros con ellos?

—Yo... Me sorprendes, Ralph. No puedo tomar esa decisión sin saber a qué atenerme. Quiero que me respaldes cuando le pida que nos diga la verdad.

Se hace un breve silencio.

—Naturalmente.

* * *

Flora saca a relucir el asunto durante la cena, afectando una indiferencia que está lejos de sentir. Ignora qué hará si Ashbee se niega a contestar.

—Señor Ashbee..., Gilbert..., creo que ha llegado el momento de que nos diga cuál es el propósito de su estancia aquí. Le garantizamos absoluta discreción. Pero, si no sé cuáles son sus intenciones, no puedo tratar de manera honesta con los estadounidenses. Hay que seguir cierto protocolo. Y no conviene que en primavera nos estorbemos unos a otros.

Ashbee pasea la mirada por la mesa.

—Deduzco que ya han hablado de esto.

—En las condiciones que imperan aquí, todos dependemos de todos. Ha de haber confianza mutua. Y, por tanto, también franqueza.

Se hace un silencio. Ashbee frunce los labios.

—Supongo que ya no puede haber perjuicio en ello, aunque debo insistir en que no repitan delante de los norteamericanos nada de lo que me dispongo a decirles. Repito que soy un emisario y que mis patrocinadores me han informado únicamente de lo que era imprescindible que supiera. Como saben ustedes, les interesa el descubrimiento de nuevas tierras, de islas, en concreto, que sean potencialmente habitables.

Sin poder evitarlo, Flora esboza una sonrisa de incredulidad.

—¿Con qué objeto? Me temo que, si es así, se han equivocado de lugar.

—La gente se mofa a menudo de las ideas nuevas simplemente porque son

nuevas. De ser consideradas absurdas e inviables, pasan poco a poco a ser aceptadas, hasta que se convierten en lugares comunes.

Nadie dice nada.

—Como saben, las deportaciones cesaron hace treinta años, pero el problema del hacinamiento de las prisiones dista mucho de haberse solucionado. Las cárceles británicas no cesan de crecer. Los buques prisión están atestados. Y dentro de nuestro gobierno hay quienes buscan alternativas, tales como islas todavía ignotas en el Ártico.

Levanta la mano hacia Flora.

—Me doy cuenta de que las condiciones aquí son duras, pero en cierto sentido es mejor así. Las cárceles han de ser lugares de castigo. Aquí se puede sobrevivir; los nativos son prueba de ello. Y hay inmensas extensiones de territorio sin cartografiar. Es probable que las nuevas tierras que se descubran estén inhabitadas, al igual que Ellesmere. El primer paso, y el motivo de mi presencia aquí, es ver si existen tales islas.

Flora rompe el silencio:

—El hielo no es un impedimento cuando se puede caminar por él. Se asemeja más a una carretera que a los muros de una prisión.

—Pero para viajar por el hielo se necesitan perros y trineos. Si el penal estuviera lo bastante lejos de la franja habitada de la costa de Groenlandia, la distancia y la dificultad del camino serían barrera suficiente.

—Dice usted que aquí se puede sobrevivir, señor Ash..., Gilbert. En efecto, los nativos sobreviven, pero únicamente porque llevan una vida nómada. Se desplazan adonde está el alimento. Van a Neqi a cazar focas, vienen aquí por las alcas, van a Pittufak en busca de focas... Y solo son... doscientos individuos, quizá, en esta enorme extensión de tierra. Esta región no da para alimentar a más personas. Doscientas, distribuidas por la costa. Y, aun así, a veces se mueren de hambre.

—Tiene usted razón en lo que dice, pero las ideas novedosas siempre han de superar algún obstáculo. No me cabe duda de que usted, al igual que yo, está convencida de la superioridad de la raza británica a la hora de superar obstáculos que a otros les parecen insalvables. Esta es la región más fría e inhóspita de la Tierra. La perspectiva de habitar en un lugar así basta para infundir temor. Es, por tanto, un lugar perfecto para convictos y degenerados, para la escoria de nuestros talleres y fábricas, para los elementos peligrosos y los condenados.

Ashbee se recuesta en la silla y mira a su alrededor. Le brillan los ojos. Flora respira hondo. Ni en sus especulaciones más descabelladas imaginaba algo así.

Durante el silencio que sigue, Atitak trae la jarra del té y rellena sus tazas. Los ojos de Ashbee pasan por la cara de la muchacha como si no existiera.

* * *

En diciembre hace tan mal tiempo que casi desisten de su idea de invitar a los norteamericanos. Pero, tras una semana de tormentas, amaina el viento, sube la temperatura y Haddo parte hacia Neqi para cerciorarse de su recuperación. Flora se dice a sí misma que no vendrán. Pero cuatro días más tarde Haddo regresa con una nota en la que aceptan su invitación. Aun sin el informe del médico, Flora deduce por la letra de Jakob que sus manos se han recuperado por completo. La conmueve ver lo satisfecho de sí mismo que está Haddo, como si hubiera concluido con éxito una difícilísima negociación diplomática. Flora sonríe como si ella también estuviera encantada y piensa: «No pasará nada. Habrá mucha gente. Y, de todos modos, da igual».

Planean un banquete y Flora envuelve puros y dulces como regalos. En Nochebuena, Henry, Meqro y ella decoran la cabaña con banderines. Flora contempla la estancia cálida y colorida y piensa que su propia casa nunca le ha parecido tan acogedora como esta choza.

* * *

Pese a sus ilógicas esperanzas en contra, no parece que nada vaya a impedir la llegada de los invitados. El día de Navidad amanece frío y despejado. En torno a las tres se oye un grito, «¡Qamiut!», y los perros se lanzan a ladrar frenéticamente.

Los horribles espantapájaros de hace unas semanas han desaparecido. Se han afeitado las barbas y han ganado peso. Aún tienen cicatrices en las caras y las manos, pero vuelven a parecer humanos. Jakob estrecha la mano de Flora con una sonrisa y se disculpa por los malos modos de su último encuentro. Welbourne derrocha simpatía. Coge la mano de Flora y se la lleva a los labios asegurándole que nunca olvidará su bondad. Después añade que, si tiene a bien llamarle Scotty, le hará inmensamente feliz. En otra persona, tales efusiones de galantería parecerían ridículas o incluso ofensivas, pero la desenvoltura de Welbourne le pone a salvo del ridículo.

—El señor Welbourne es de Carolina del Norte —explica Jakob—. Los sureños tienen un garbo del que nosotros, los del Norte, carecemos por

completo.

Los hombres se ríen. Flora confía en que, a la luz tenue de la cabaña, nadie note que se ha sonrojado.

* * *

Pasada la medianoche se levanta el viento. Dentro de la cabaña, se oyen los suspiros y el rebullir de hombres y mujeres que duermen tras una cena larga y apetitosa. Los nativos se han acurrucado en el suelo, en lugar de volver a sus casas heladas. Flora, despierta aún, es consciente de que hay alguien a menos de medio metro de distancia de ella, al otro lado del tabique de madera. Oye un crujido, un susurro de ropas invernales, el ruido amortiguado de unos pasos: alguien que sale al *illu*. Conoce tan bien la choza que adivina dónde estaba acostada la persona que acaba de salir por el número de pasos y el crujido de las tablas del suelo. Se incorpora, descuelga su parka y se calza los *kamiks*. El viento ha ahuyentado las nubes y desvelado una luna a la que aún le faltan dos días para alcanzar la plenitud. Una luz plateada y tenue se filtra por la ventana.

Al cerrar la puerta interior, a su espalda, la envuelve la densa oscuridad del pasillo. Tiene a su izquierda la puerta trasera que lleva al retrete; él debe de haber salido por allí. La borrasca está empeorando. Flora sale al viento gélido.

—¿Puedo hablar contigo?

Él se yergue al salir del *illu*. A la luz de la luna, su cabello tiene algo de fantasmal.

—Me has asustado.

—Perdona. Quería hablar contigo en privado. Aquí es tan difícil...

—¿Ahora? —El viento rasga y se lleva sus palabras, pero no su tono de incredulidad.

—Podemos ir al *illu* de Meqro. Están todos aquí.

Encorvada para defenderse del viento y de los punzantes cristales de hielo, camina trabajosamente hacia la casa de piedra y se agacha para meterse por el estrecho túnel que le sirve de entrada. Oye a Jakob tras ella. Cuando puede levantar la cabeza, se queda horrorizada al ver la llama de un farol y la cara lustrosa y arrugada de Pualana, que la observa desde la plataforma donde duerme. Si está enfadado por la interrupción, no lo demuestra. En medio de la tormenta, ha equivocado el camino. Jakob, que avanza a ciegas, agachado, choca con ella.

—Felora, Te Peyn, bienvenidos a mi humilde casa. Sentaos. Comed.

—Gracias, Pualana. Gracias.

Se sientan en la plataforma que sirve de cama y Pualana, que no tiene mujer que le cocine, aviva la llama y echa unos pedazos de carne de foca al puchero que hay sobre la lámpara. Tras conversar un momento, Flora pregunta si le molesta que hablen en inglés. Pualana accede con un gesto.

—Lo siento. Me he equivocado de casa, pero Pualana no comprende el inglés. Mañana quiero que hablemos de los planes para la primavera, pero había otras cosas que quería decirte en privado.

Hasta ayer, creía que era incapaz de hablar del pasado, pero durante la cena ha levantado la vista por casualidad —Jakob estaba al otro lado de la mesa— y sus miradas se han encontrado. A su derecha, Welbourne flirteaba con ella, en su papel de caballero galante. Es de los que coquetean con cualquier mujer, pero resulta tan encantador que Flora estaba disfrutando de sus atenciones. Al ver la cara de Jakob, sin embargo, se le ha helado la sonrisa.

—Espero que podamos ser amigos, como antes.

—Claro. —Jakob tiene el rostro tenso. Parece molesto porque le haya arrastrado hasta allí, y avergonzado porque se haya equivocado de *illu*. Pero eso ya no tiene remedio.

—Bien. Espero que nuestras expediciones puedan complementarse entre sí.
Jakob asiente con un gesto.

—Seguro que así será.

—No quiero que haya malentendidos entre nosotros por... lo de antes.

Observa su cara. Parece ligeramente abochornado.

—Lo lamento. Cuando viniste a Neqi, me puse desagradable. No es que quiera... negar el pasado, pero tampoco quiero exhibirlo delante de los demás. Supongo que no saben nada.

—No, claro que no. Quería pedirte disculpas. Sé que debería haber contestado a tu última carta. Fue imperdonable no hacerlo, y lo siento.

Jakob sonrío un instante.

—No hay por qué disculparse. Lo entendí perfectamente.

Flora mira a Pualana, que chupa su pipa con la mirada absorta, como si se recreara en pensamientos agradables. Ella baja la voz, fija la mirada en la pared de la choza.

—Yo creo que sí hay por qué disculparse. Tu última carta era muy amable. Malinterpreté... algunas cosas. Al menos debería haberte dado una explicación como es debido. Creo que te di una impresión equivocada.

Él niega con la cabeza.

—Entiendo perfectamente lo difícil que debía ser tu situación. El mejor modo de romper era no contestar. No debí insistir.

La nota de dureza que resuena en su voz hiere a Flora.

—No quería romper —dice con una vocecilla lastimera que le suena despreciable—. Deseaba más que nada en el mundo ir a Suiza. Pero pensaba una y otra vez que si iba y él se moría...

Jakob suspira; con cierta impaciencia, le parece a Flora.

—Bueno, eso es agua pasada. Acepto tus disculpas, aunque eran innecesarias. Como tú misma has dicho, todo eso pertenece al pasado.

—Pareces enfadado.

—No lo estoy. —Sonríe de nuevo, con más convicción que antes—. No sé qué más puedo decir.

—No, yo... quería... —Se interrumpe porque, aunque tenía claro lo que quería decirle cuando yacía despierta en su camastro, ahora ya no lo sabe.

—No estoy en absoluto enfadado, pero me avergüenza haber sacado a Pualana de la cama.

* * *

Regresan en silencio, pero al socaire de la choza, Flora se vuelve hacia él. Tiene que levantar la voz para hacerse oír por encima del viento.

—No fue solo la enfermedad de Freddie lo que lo hizo imposible. Hubo otra cosa.

—¿Qué?

El hecho de que sea tan evidente que él quiere poner fin a la conversación le hace más fácil decir:

—Creía que no pasaría nada, pero pasó.

—¿Qué? —pregunta él casi gritando en medio del viento.

—Cuando estuvimos juntos. Pensé que no había peligro...

Al comprender lo que quiere decir, Jakob parece retroceder, espantado. Flora piensa: «Sí, dicen que quieren que seamos débiles y femeninas, pero cuando lo somos nos desprecian».

—Fue culpa mía. Creía que no había riesgo. Y me equivoqué.

Jakob la agarra del brazo y tira de ella hacia el retrete de verano, que ya no utilizan. La puerta está atascada por la falta de uso. La abre de un empujón y la hace entrar a cobijo del viento. La luz de la luna llena el cobertizo de una luminosidad plateada que convierte su pelo en un halo.

—¿Quieres decir...? ¿Quieres decir que estabas embarazada?

Ella asiente una sola vez, sin mirarle. Se hace un silencio. Cuando vuelve a mirarle, Jakob tiene los ojos fijos en el suelo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué? ¿Qué me habrías dicho?

Él no parece tener respuesta para esa pregunta, pero la interroga con la mirada, asustado.

—No hubo ningún niño.

Él suelta su brazo; Flora no había notado que seguía agarrándola.

—Estaba desesperada. Sola. No quería que pareciera que te importunaba, ni pedirte nada. ¿Qué podías hacer, de todos modos? Era culpa mía.

Mira la nieve pisoteada, sobre la que la luna proyecta sombras afiladas.

—No, no fue... Yo debería haberlo sabido mejor que tú. Lo que quería decir es que, si me lo hubieras dicho, tal vez no te habrías sentido tan sola.

Cuando Flora vuelve a mirarle, le parece angustiado. Tiene la cara crispada. Habla en voz baja. Esperaba que montara en cólera, que le hiciera reproches, que le gritara.

—Flora..., lo siento.

Haciendo un esfuerzo, ella deshace el nudo que nota en la garganta.

—Al final todo fue bien. Fue... difícil durante un tiempo, por eso no podía... ¿Lo entiendes ahora?

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Aprendí una lección. A no ser tan... impulsiva.

Jakob la mira con la frente arrugada.

—¿Impulsiva? —repite. De pronto parece exhausto, envejecido. Su piel es del mismo color blanco grisáceo que la nieve.

—Las cosas se pagan.

Es lo que habría dicho su padre. No tenía intención de decírselo. Sabe Dios que no creía que fuera a confesárselo nunca, pero la ira de Jakob ha atizado la suya. Quería zarandearle. Castigarle. Él frunce el ceño. Ha retrocedido todo lo que le permite la estrechez del cobertizo. Está tiritando.

—Tienes que entrar o se te agrietarán las manos.

Él ha juntado las manos delante del pecho para protegerlas del frío.

—¡Entra! —Flora señala la cabaña con gesto enfático—. Yo voy a esperar un rato.

—Flora... ¿Hablamos mañana? ¡Flora, por amor de Dios!

Ella asiente por fin para que la deje en paz.

Capítulo 47

Siorapaluk, 77° 47' N, 70° 38' O

26 de diciembre de 1897

Un tumulto de emociones le mantiene en vela. Espanto e incredulidad, al principio (y ella sin duda se lo ha notado en el semblante). Después, pena y congoja al revisar todo lo que creía saber. Más tarde, ira porque ella no considerara necesario contárselo, una ira entremezclada con la antigua rabia, con el dolor que le produjo su silencio, su rechazo. (¿Sus razones lo explican todo, acaso?) Un alivio cobarde, pavoroso, al decirle ella que no tuvo el niño. (¿Está mal? Es humano, sin duda. Y, en todo caso, es lo que siente.) Y, por debajo de la incredulidad, de la pena, la ira y el alivio, enterrada en lo más profundo, una negra y centelleante pepita de vanidad.

Ignora qué sintió ella. Sin duda fue un dilema espantoso. Pero tiene razón: ¿qué podía decirle él? ¿Qué puede decirle ahora? Ahí fuera se ha mostrado arisca, hostil, pragmática. No ha vertido ni una sola lágrima. Jakob descubre que admira y aborrece al mismo tiempo esa obstinación suya en no compartir la responsabilidad, como si él no tuviera nada que ver, como si no importara lo suficiente. Sí, quizá fue eso lo que pensó.

A lo largo de la noche retorna una y otra vez al interrogante inicial: ¿por qué no se lo contó, a pesar de las promesas que se hicieron, a pesar de que compartieron algo fuera de lo común, a pesar de que él, al menos, estaba enamorado?

* * *

No hay amanecer ni despunta el día, pero la mañana siguiente a la Navidad comienza con un recrudecimiento de la borrasca. El viento ha arreciado durante la noche y aúlla ferozmente fuera de la cabaña. Jakob calcula que sopla a cincuenta nudos. Imposible emprender la marcha temprano.

Al apartar la cortina de su catre se encuentra con Dixon, que está removiendo algo en una taza humeante. Ya vestido, Jakob salta al suelo y se reúne con él en

la mesa.

—Buenos días, caballero. ¿Café? —Ralph le tiende una taza.

—Gracias.

Pasea la mirada por ese paisaje de fétida humanidad. La mayoría duerme aún. Farfullan, resoplan en sueños. Se mueve una cortina y Jakob desvía la mirada cuando Meqro sale medio desnuda del catre que hay detrás. El catre de Ashbee. Siente una punzada de irritación, pero sabe que es irracional. Ella le está siendo infiel a Frank.

—Imagino que esto no suele estar tan abarrotado por las mañanas.

—No. Solo los días festivos y las fiestas de guardar.

Ralph también hace un esfuerzo por obviar el aspecto que presenta Meqro. Sonríe a Jakob. Durante la cena de anoche, Jakob confirmó lo bien que le cae el británico. La timidez de Dixon se disipa cuando habla de su trabajo. Es modesto y concienzudo, y espera con avidez que Jakob le cuente sus experiencias. Jakob, que ha traído un ejemplar de su libro de fotografías del glaciar de Gerner, piensa que tal vez se lo regale cuando se despidan. (Le cuesta creer que, al dejar Neqi, jugueteara con la idea de regalárselo a Flora para demostrarle lo que se había perdido.) Ralph promete enseñarle sus notas y especímenes de la bahía de Melville, una perspectiva que suscita en Jakob un placer sin complicaciones.

Meqro está junto a la estufa, derritiendo nieve en una cazuela. Mantiene los ojos bajos, como si le diera vergüenza que la hayan visto con Ashbee. Aunque, se dice Jakob, seguramente no le preocupa lo más mínimo.

Aamma llama a su madre a gritos. A Jakob le parece casi increíble que también sea hija de Frank. No ve ni rastro de su amigo en la pequeña. Sin poder evitarlo siente que, si la vieran ahora, chillando y con los mocos colgando sobre la boca, a los padres de Frank les espantaría la idea de acogerla en su casa.

¿Pervive algo de Frank en esa chiquilla? Nunca conocerá a su padre, ni sabrá cómo era. Él no llegó a conocer su existencia. Si Frank sigue vivo en ella, entonces ese chiflado de Arent de Beyn también vive en Jakob, una idea que le resulta insoportable. Por eso, quizá, nunca se ha imaginado teniendo hijos. Pero Aamma no es Frank, igual que él no es su padre.

Al levantar la vista ve a Flora salir de su cuarto y fija bruscamente la mirada en el café, temeroso de que ella le mire a los ojos y adivine lo que está pensando.

* * *

De Ellesmere, como de Groenlandia, solo se conocen los bordes. La costa

oriental, la que mira a Groenlandia desde un lado del estrecho de Smith, está bien explorada, y la costa norte fue cartografiada rudimentariamente por la expedición naval británica de Nares, y por Greely antes de que su expedición acabara en desastre. El viaje de Jakob, hace cinco años, completó la exploración de otro tramo de la costa noroeste. El resto —el vasto interior, el sur y el oeste— es un hueco en blanco. El mapa que Flora despliega ahora sobre el banco de trabajo de su pequeño laboratorio incluye las costas conocidas, el estrecho de Smith y Groenlandia, cuyos contornos se difuminan a partir de la ensenada de Whale, donde se encuentran.

—Ya has ampliado este mapa —comenta ella—. Treinta y nueve grados al oeste. —Toca con la uña un punto de la parte en blanco del mapa, en el extremo norte—. ¿Cuánta costa recorristeis?

—¿Aquí pueden oírnos? —pregunta Jakob en voz baja.

El viento retumba como un tambor al estrellarse contra las paredes. Está seguro de que no los oyen, pero algo tiene que decir.

—No, a no ser que amaine el viento —contesta ella también en voz baja, sin dejar de mirar el mapa, como si temiera que alguien los observara—. Un viaje extraordinario. Fue una temeridad emprenderlo estando tan avanzada la estación.

—Flora, por favor...

Ella se detiene, se queda muy quieta.

—He estado pensando en lo que me dijiste anoche...

—Lamento haberme equivocado de casa. No quería avergonzarte. Creía que era la de Meqro.

—Santo cielo, eso no importa. —Jakob la mira entre frustrado y confuso—. He intentado comprender... Me doy cuenta de que nada de lo que diga ahora será de ayuda, pero... siento muchísimo que tuvieras que pasar por eso. Yo tengo tanta culpa como tú. Más aún.

Ella posa las puntas de los dedos sobre el mapa y habla deprisa, con los ojos fijos en la fila de tarros de cristal del estante de enfrente.

—No pasa nada. Ya no importa. A nadie le gusta pasar por eso, pero... No tenía intención de contártelo. —Le mira un instante y luego clava de nuevo la vista en el mapa—. Pero parecías tan enfadado conmigo... No me parecía justo. Quería que entendieras que... que no pudo ser. Sé que quizá fue egoísta por mi parte —añade en tono ligeramente exasperado.

—Ojalá me lo hubieras dicho en su momento.

—Lo siento —contesta ella rígidamente—. Si es que tengo que disculparme también por eso.

—No, yo... No es eso lo que quería decir. —Aunque quizá sí lo sea.

—¿Entiendes al menos por qué no te lo conté?

Jakob suspira. Esta conversación es como caminar entre ortigas, desnudo. El más ligero roce escuece. Una ternura angustiada llena una parte de su ser. Si al menos ella llorara, si se ablandara, entonces podría abrazarla y Flora se apoyaría en él. Si se mostrara débil, él sería fuerte. Otra parte de su ser ansía, en cambio, salir del laboratorio y cerrarle la puerta en las narices.

—No sé. Hace que me pregunte qué clase de persona creías que era. ¿Creías que iba a enfadarme? ¿Que iba a huir? ¿Eso pensabas de mí? ¿O es que mi opinión no te importaba en absoluto?

Flora le mira con el ceño fruncido. Él no acierta a saber si está molesta o dolida.

—No. No pensaba solamente en ti, aunque te cueste creerlo. Me encontraba en una encrucijada espantosa. Freddie estaba muy enfermo, ¡podía morir! Estaba casi desesperada.

Jakob hace una mueca.

—Lo siento. Lo que quiero decir es que creía que nos conocíamos bien y que acudirías a mí si necesitabas ayuda. Creía que había algo entre nosotros. Desde el principio. Desde Neqi.

—¿De veras lo había? —Flora se entristece de pronto—. Fue como un sueño, y la enfermedad de Freddie... Eso era muy real. Fue todo tan rápido... No hubo tiempo suficiente.

Jakob tenía la impresión de que sí lo hubo. Tiempo de sobra. A él, al menos, le dio tiempo a saber que había llegado a un lugar del que no quería marcharse.

—Y tus cartas... Intentaba adivinar tus pensamientos, pero eran tan... rígidas. Tan formales. Pensé que quizás habías cambiado de idea. Que te arrepentías.

Él maldice aquellas cartas.

—No había cambiado de idea. Pero no se me da bien escribir. Estaba esperando a verte para decirte que... Para demostrarte que...

—No estaba segura de lo que sentías, ¿comprendes? No sabía qué pensar. A veces me costaba creer que todo eso hubiera ocurrido. No se parecía a nada que...

Y ahí está por fin el atisbo de una emoción que amenazaba con aflorar. Flora baja la mirada y suelta un profundo suspiro. Jakob mira la curva de su mejilla, el mechón de pelo que se descuelga sinuoso por su cuello.

—Lo entiendo, Flora, pero ahora... —Respira hondo.

—Sí. Es agua pasada.

De pronto se oye un estruendo ensordecedor, casi una explosión. Algo enorme y macizo ha chocado contra la pared de la choza. Más tarde descubrirán que es un trineo que una ráfaga de viento brutal ha levantado del suelo. Tiembla todo el edificio y el ruido es tan violento y repentino que Jakob da un respingo. Es consciente de que estaba a punto de alargar la mano para tocar suavemente la manga de Flora. O quizá no suavemente. Quizá lo que pretendía era agarrarla por la muñeca y decirle: «¡Para! ¡Para de hablar así! Seguimos siendo los mismos, tú y yo. ¿Es que no lo ves?».

Pero se detiene en seco al oír el golpe. Ese instante se disipa. Fijan ambos la atención en el mapa.

Pensándolo bien, habría sido un error.

Capítulo 48

Siorapaluk, 77° 47' N, 70° 38' O

Febrero de 1898

Entrada del diario de Flora, 20 de febrero:

Personal. Ashbee me preocupa. Está descontento con los planes de viaje. A veces se pone desagradable. Me recuerda continuamente el capital que aportó y alega que le da derecho a decidir nuestros planes. Para cubrir más terreno, tendremos que dividirnos en dos grupos y, debido a cómo están las cosas entre Ashbee y el resto de la expedición, creo que tendré que ir con él. Que le acompañe Henry está descartado. Ralph vino a hablar conmigo en privado y se ofreció a ir con él (un rasgo de generosidad por su parte: Ashbee le agrada tan poco como a mí), pero creo que en una cuestión como esta el jefe de la expedición ha de asumir la tarea más penosa. Por lo demás, Ashbee es un miembro excelente del equipo. Seguimos sin tener noticias de Aniguin. Estoy casi decidida a llevar a Tateraq como cazador. Ha demostrado ser constante y de fiar, y tiene los mejores perros del poblado.

N.B.: Tengo que hablar con Meqro sobre Ashbee. Pero ¿cómo voy a plantearse lo?

* * *

Flora se reclina en la silla. Desde que Meqro y Ashbee comenzaron su relación en invierno, él trata a la muchacha como si fuera su esclava personal: le ordena que le traiga esto o aquello o que le haga el té. Resulta violento porque, aunque Meqro hace todas esas cosas y más por ellos, Ashbee se dirige a ella en un tono brusco y perentorio. Ayer, Flora le oyó gritar otra vez cuando estaban a solas en la choza. Su voz tenía una nota autoritaria que le repugna. Meqro no reacciona. Agacha la cabeza y sigue con sus quehaceres. Quizá esté simplemente agradecida porque Ashbee no le pegue, como su padre solía pegar a su madre, cosa habitual aquí. Es absurdo, pero los dos se comportan como si su relación fuera un secreto que ella desconoce.

Hoy debería ser un día de celebración. Poco después de las cuatro, el sol asomó por primera vez desde noviembre: un difuso resplandor rosado por encima de los acantilados. Pero Flora no está de humor para celebraciones. Quedan aún muchos preparativos por hacer y el tiempo se desvanece a velocidad asombrosa.

* * *

El problema de Meqro y Ashbee viene a sumarse al empeoramiento de las relaciones entre este y Henry. Hace un par de semanas, Flora no tuvo más remedio que enfrentarse a él por uno de sus accesos de mal genio. Estaba oscuro, hacía mucho frío y todos acusaban los efectos de su encierro forzoso en la choza. Flora estaba en su cuarto, y Ashbee y Haddo en el laboratorio. Oyó que se rompía un cristal y luego los gritos de Ashbee que, con saña sorprendente, acusó a Haddo de ser «un puto cretino» y un «torpe».

Por desgracia, todos lo han notado, Henry tiene cierta tendencia a la torpeza. Nunca le sucede cuando está pasando consulta, pero a menudo tose, parpadea rápidamente y encoge los hombros de una forma peculiar. A veces se mueve espasmódicamente y vuelca las cosas, una tendencia que parece haberse agudizado durante los meses invernales. Resulta exasperante, pero Flora ha aprendido a ocultar su irritación.

Cuando habló con Ashbee sobre su estallido, él le contestó:

—Ese hombre es un peligro cuando hay que hacer algún trabajo delicado. Me pasé horas clasificando animálculos marinos y destrozó la mitad.

—Lamento lo de sus muestras. Entiendo que le haya molestado, pero, estando confinados aquí, todos tenemos que hacer un esfuerzo por refrenarnos.

Ashbee le enseñó los dientes.

—Trataré de refrenarme, señora Athlone, aunque me cueste Dios y ayuda. Intentaré transigir aún más con ese pobre diablo. Supongo que, de todos modos, a nadie puede sorprenderle que pasen estas cosas.

—¿Cómo que a nadie puede sorprenderle? —preguntó ella con reticencia.

Él le dedicó una leve sonrisa.

—En fin, si decide uno contratar a alguien así...

Flora montó en cólera.

—No me venga con misterios, señor Ashbee.

Él la miró con aparente sorpresa.

—¿Es posible que no lo sepa?

—¿Saber qué? —preguntó ella.

—Pues que su joven amigo es adicto al láudano —respondió él con un regocijo cargado de malevolencia.

Flora estuvo a punto de protestar. Pero entonces se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Dixon lo sabe. Suponía que usted también. Asegura que lo toma para

controlar sus tics nerviosos. Pero últimamente no parece servirle de nada.

* * *

Si Ashbee no se lo hubiera dicho, Flora no se habría dado cuenta. Henry es un médico escrupuloso y concienzudo. A finales de enero se empeñó en visitar a los estadounidenses para ver cómo evolucionaban sus lesiones. Flora pensó en entregarle una carta para Jakob, pero al final decidió no hacerlo. Se acordó, sobre todo, de que Jakob estaba prometido. Él no se lo había mencionado, quizá por no herir sus sentimientos, pero eso no venía a cuento. Su aventura era cosa del pasado, y traer ese pasado a colación era un esfuerzo inútil. Cuando había intentado aclarar las cosas entre ellos, había acabado arrepintiéndose de sus palabras.

Pero tenía que enfrentarse al asunto de Henry. Cuando sacó el tema a relucir con el mayor tacto de que fue capaz, él palideció de horror. Se disculpó repetidamente, pero le aseguró que su consumo de láudano no revestía ningún peligro. Lo tomaba simplemente para mitigar los tics nerviosos que sufría desde la infancia.

—Sé que han empeorado desde que se puso el sol —dijo con voz acongojada—. Pero estaré mejor cuando pueda salir más a menudo y pasemos menos tiempo aquí encerrados. Es normal que tanta presión empeore las cosas.

—Henry, confío en que, como médico de la expedición, me contestes con sinceridad. ¿Este asunto afectará a tu capacidad para realizar las labores que requerirá el viaje en trineo? Ralph y Kudloq dependerán de ti. Cualquier fallo por tu parte podría poner en peligro sus vidas.

Henry tragó saliva.

—Lo sé. Y estoy seguro. Los tics siempre desaparecen cuando estoy activo y al aire libre. Pero me doy cuenta de que no he sido franco con usted, y quiero ofrecerle mi renuncia, por si cree que ya no puede confiar en mí.

Flora le miró con sorna.

—No estoy en situación de despedir a mi oficial médico, Henry. Pero le preguntaré al señor Dixon si está conforme con que los acompañes. Será él quien decida.

Henry se sonrojó lastimosamente y en su mejilla apareció un tic.

—La he puesto en un apuro, señora Athlone, y naturalmente seguiré cumpliendo mi labor como médico. Pero, dadas las circunstancias, no puedo seguir aceptando un salario.

—Henry, por favor. Demos por zanjado este asunto.

* * *

Habla por fin con Meqro sobre Ashbee unos días antes de su marcha, cuando el tema de su relación ya casi carece de importancia.

—¿Ashbee se porta bien contigo, Meqro?

—Sí. —La joven sonrío tímidamente—. ¿Sabes lo nuestro? Él no quería que lo supieras. Decía que ibas a enfadarte.

—Claro que lo sé, Meqro. Todo el mundo lo sabe. Y no estoy enfadada, en absoluto.

—Pero él no te gusta, Felora. ¡Es un buen hombre!

—Sé que es un buen hombre. —Le avergüenza que sus sentimientos sean tan evidentes—. Pero no me gusta cómo te grita. Cómo te pide que hagas cosas —añade al ver la cara de perplejidad de Meqro.

—Pero hago cosas para todos, así que...

—Sí, pero te habla como si fueras su *kiffak* —añade, empleando el término despectivo para referirse a un criado.

—Pero soy vuestra *kiffak*, Felora. —Meqro se echa a reír.

—¿Y si tienes otro bebé? ¿Qué pasará entonces?

—¡Ah, no, no es como la otra vez! A Ferank le quería. Con Gilbert es... No es amor. —Se encoge de hombros—. Así que no habrá bebé.

—Puede pasar de todos modos, sin amor y hasta sin que te guste la otra persona. Lo sabes, ¿verdad?

Meqro se ríe, muy divertida.

—No sé cómo es para los *kallunat*, pero para los inuit no hay bebé si no hay amor.

—Ah —dice Flora, y cambia de tema.

* * *

Su última noche en Siorapaluk, Flora se da el lujo de tomar un baño caliente. Sentada en la tina, en su cuartito, contempla su cuerpo con una mezcla de vanidad y pesar. El sol de finales de marzo llena de luz la habitación. Su piel blanca, tersa y mate carece de la pátina dorada y grasienta de la de Meqro. Se siente fofa después de un invierno entero de inactividad física, pero eso está a punto de cambiar. Lo que la entristece es que nadie acaricie sus curvas suaves y

carnosas, sus pechos bonitos y redondos, o lo que Jakob, tras deliberar un rato, dictaminó que era su parte favorita: su «cruz». Flora ignoraba a qué se refería hasta que la hizo ponerse boca abajo y trazó con un dedo la hendidura sensible de debajo de sus nalgas y la raja aún más sensible de su entrepierna. Después, la trazó con la lengua...

Flora desliza los dedos entre sus piernas y empieza a tocarse sabiendo que quizá sea también la última vez en mucho tiempo. Trata de pensar en algo que no sea él, pero sus pensamientos van donde quieren. Y entonces se encuentra otra vez en la bañera, como aquella vez en el hotel Victoria, cuando se apoyó en los sudorosos azulejos verdemar, poseída por un ansia voraz...

Lo hace muy despacio para aumentar el placer y porque quiere recordar cada detalle, cada caricia y su sensación. Sobre todo, quiere recordar el deseo de Jakob, su abandono y su propia avidez, una avidez que no era solo deseo, sino una fuerza torrencial, una energía tan poderosa que no supo entonces cómo describirla ni lo sabe ahora. La identifica, sin embargo, casi puede revivirla, y no quiere que se acabe.

Después, se queda en la tina y deja su mente a la deriva, inmersa en un trance, hasta que el agua se enfría y se ve obligada a salir, agarrotada ya y con las manos arrugadas.

Mientras se frota el cuerpo con la toalla, se siente al mismo tiempo serena y alterada, presa de una excitación nerviosa muy semejante al miedo. Siempre se siente así en vísperas de emprender un viaje. No porque le preocupe Ashbee, ni Aniguin, ni nada ni *nadie*, sino por esta aventura. Por eso está aquí.

* * *

Isla de Ellesmere, 78° 22' N, 83° 54' O

Abril de 1898

Por eso está aquí, pero en su campamento reina un ambiente extraño y no sabe qué hacer al respecto. Hace diez días que se separaron de Henry, Ralph y Kudloq, diez días durante los cuales la tensión dentro del grupo ha ido aumentando lentamente. Ashbee está junto a las tiendas escribiendo su diario: un diario que, según los términos de su contrato, no tiene obligación de enseñarle. Tateraq está triste y replegado en sí mismo. Flora se acerca a él mientras examina las pezuñas de los perros con expresión adusta. Se agacha a su lado.

—¿Cómo están?

—Alineq tiene cortes en los pies. No durará mucho más.

Flora asiente. En cuanto se derrita la nieve, los perros les harán menos falta.

—¿Va todo bien, Tateraq?

—*Ieh.*

No recuerda cuándo fue la última vez que la miró a los ojos.

—Pareces preocupado. ¿Estás molesto por algo?

—No, estoy contento.

Ella vacila, consciente de que no tiene mucho sentido insistir.

—Si estás molesto por algo, espero que me lo digas.

Tateraq murmura, pero dirigiéndose a la perra sentenciada. La matará esa noche para alimentar a los demás. Flora se acerca a la tienda que Ashbee comparte con Tateraq. La suya está montada a apenas cinco metros de distancia. Ashbee levanta la vista.

—Mañana deberíamos llegar a la boca del fiordo que vimos desde allá arriba.

Parece emocionado. Ya ha empezado a dibujar el fiordo en su mapa: su primer atisbo de una nueva costa, más allá de la cual quizá encuentren... quién sabe qué. Islas idóneas para albergar «despojos peligrosos».

—¿Podríamos llamarlo fiordo Athlone!

—Ya veremos. ¿Tateraq le ha dicho algo? Parece descontento. Es raro en él.

—Es más probable que se lo cuente a usted que a mí. Su inglés no es muy bueno.

—Umm. ¿Puede echarle un vistazo al encendido de la estufa esta noche?

—Claro.

* * *

A las diez y media, el sol acaba de ponerse. Cada día hay media hora más de luz solar. Han avanzado a buen ritmo. Flora trata de no pensar en cuánto le gustaría que la acompañara Ralph. O Henry. Intenta convencerse de que a Tateraq se le pasará lo que le preocupa. Los viajes en trineo surten ese efecto: borran de la mente todo aquello que no sea inmediato. Seguramente serán los perros...

Cuando acaba de escribir su diario, Flora se mete en su tienda, se come una onza de chocolate Fry's y luego, mientras baraja diversas variables, se queda dormida con el sabor del azúcar en la boca.

Capítulo 49

Tierra ignota, 79° 27' N, 86° 19' O

Mayo de 1898

—Allí, a la izquierda de ese acantilado oscuro.

Es Sorqaq quien lo ve. Jakob y él están montando el campamento en un tramo de playa de gravilla. Es su cuarto día en este nuevo territorio: la región que atisbó hace seis años —una eternidad— desde lo alto de una colina.

Han marchado durante días entre la ventisca, pero hoy, por primera vez desde que cruzaron el estrecho desde Ellesmere, el cielo se ha despejado de nubes y les ha permitido vislumbrar el paisaje que han descubierto. Hacia el interior, el terreno se eleva progresivamente hasta un casquete de hielo que centellea al sol. En las laderas que dan al sur, la nieve va derritiéndose. Jakob alcanza a oír el gorgoteo del agua oculta, siente en la cara un calor casi imperceptible.

—No lo veo.

Sorqaq señala hacia el este, hacia el otro extremo del estrecho helado que conduce a Ellesmere.

—Humo. Humo negro. Un fuego.

Jakob se quita las gafas tintadas de azul con que se protege los ojos y se hace parasol con la mano. La banquisa reverbera intensamente.

—Qué buena vista tienes, Sorqaq. Ah, espera...

Allí, apenas visible en contraste con las colinas nevadas, una mancha oscura se eleva en el aire.

—Supongo que pueden ser los británicos.

* * *

Jakob siente una punzada de enojo. Creía que habían acordado no seguir el mismo camino. Flora le dijo en Navidad, después de aquella horrible conversación, que su grupo cruzaría el estrecho y se dirigiría al suroeste, hacia el tramo de Ellesmere sin cartografiar, entre la isla de Bache y el estrecho de Jones. El suyo, en cambio, pondría rumbo al noroeste cruzando Ellesmere. Jakob no le

confió lo que esperaba encontrar allí. En esta vasta región, debería separarlos un océano de territorio.

Hace cuatro días, su grupo llegó a esta tierra ignota cruzando un estrecho helado. Después, Sorqaq y él viraron hacia el sur siguiendo la costa, y Welbourne y Aniguin se dirigieron al norte. Si es, en efecto, una isla, se encontrarán en la costa occidental en algún momento. Celebraron una pequeña fiesta intentando no echar las campanas al vuelo —podría ser solo una península—, pero mientras se hallaba en pie en la árida orilla, Jakob experimentó una exaltación, un júbilo inocente y puro que ya no creía posible sentir.

* * *

Saca su sextante y comienza a calcular su posición. Lo que le pide el cuerpo es meterse en el saco de dormir y echarse una manta sobre los ojos, pero no se puede ceder al cansancio mientras haya trabajo que hacer. Ha hecho suyo el truco de los esquimales: te dices que no te queda otro remedio, y ya está.

* * *

A la mañana siguiente, el humo sigue allí. Es muy extraño. Extraño que haya un fuego, y más aún que se vea desde tan lejos. No es una fogata corriente, y aquí no hay madera, nada que pueda arder. Pregunta a Sorqaq qué le parece a él. Ha oído que en Groenlandia hay acantilados que arden: vetas de carbón que se prenden y humean espontáneamente. ¿Podría ser eso? Sorqaq observa el humo por los prismáticos hasta que le lagrimean los ojos, pero está demasiado lejos para sacar nada en claro. Jakob siente un hormigueo de inquietud.

—¿A qué distancia crees que está?

Sorqaq fija la mirada a lo lejos.

—Si el hielo está bien, a un día, quizá.

—Creo que debemos ir a ver qué es. Puede que alguien esté en apuros. —Mira a Sorqaq con un atisbo de súplica—. Solo por si acaso.

* * *

Cuando acaban de cruzar la banquisa el humo ya se ha disipado, pero aun así se dirigen hacia el sur, hacia la posición que habían fijado previamente. Por fin, tras rodear un cabo, encuentran un valle angosto que se adentra en las montañas.

Calculan que el humo venía de allí. En la falda norte, la nieve ha empezado a derretirse. En las hondonadas todavía hay ventisqueros que motean la grava gris. No hay ningún rastro, ningún indicio de que alguien haya pasado por allí. Más allá del valle, la costa se recorta en acantilados imponentes. Jakob decide subir por el valle un par de horas. Luego, si no encuentra nada, desistirá y darán media vuelta. Le dice a Sorqaq que se quede con los perros, que merecen un descanso.

* * *

Convencido de que está perdiendo el tiempo tras un par de horas de esforzada ascensión, Jakob se para a tomar aliento. Todavía es de día. Solo se oye su respiración y el goteo del deshielo bajo los guijarros. No hay rastro de humo. Quizás haya sido un espejismo o un extraño fenómeno ártico. Sea lo que sea, se ha desvanecido tan misteriosamente como apareció. Saca los prismáticos, observa el valle y ahí está otra vez: un penacho oscuro, apenas discernible de la grava gris. Por fin identifica una mancha minúscula como una tienda de campaña. ¿Serán los británicos? No se ve nada más, sin embargo. Ningún movimiento. Si los ocupantes de la tienda no están, ¿a qué obedece el fuego? Empieza a ascender otra vez, arrepintiéndose de haberle dejado el rifle a Sorqaq. El desasosiego que sentía vuelve a asaltarle, afilado como una flecha. Se detiene, se llena los pulmones de aire y grita de cara al valle oscuro y silencioso. Pasados unos segundos, alguien sale a gatas de la tienda y se incorpora. A pesar de que está de rodillas, en pantalones y parka, a mucha distancia, Jakob sabe que es ella.

Mientras se acerca a la tienda, Flora echa a andar hacia él. No se ven desde Navidad, cuando se separaron en términos de neutralidad armada: un tenso compás de espera. Desde entonces no han vuelto a encontrarse. Jakob nota que lleva el pelo recogido en una trenza desaliñada, que tiene una expresión extraña y los ojos enrojecidos. Comprende con una sacudida de espanto, una gélida premonición, que ha estado llorando.

—Has venido —dice con una voz que tiembla hasta casi quebrarse.

Jakob se acerca a ella y entonces, sin saber cómo, sin premeditación alguna, Flora se halla en sus brazos. Su cabello le acaricia la boca. Jakob respira trabajosamente, con el corazón desbocado por el esfuerzo de la ascensión.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

Ella se aparta y Jakob ve el brillo de las lágrimas en su cara. Se vuelve para mirar atrás.

—Sí, pero él... está muerto.

—¿Qué? ¿Quién está muerto?

—Ven a ver.

Le conduce hacia la otra tienda, en la que Jakob no se había fijado hasta ahora. La lona se ha derrumbado formando un montón sobre el suelo. Jakob nota un olor dulzón antes de que ella levante el extremo abierto de la tienda. Ve un solo pie enfundado en un calcetín, se agacha y levanta la lona. Una nube de moscas le golpea la cara. Conteniendo la respiración, empuja de nuevo la lona hacia arriba, hasta que ve el resto del cuerpo y una cabeza de hombre desfigurada y cubierta de sangre y de moscas. Entre el amasijo de color pardo se distinguen algunos mechones rubios. Jakob retrocede agachado, cubriendo el despojo con la lona mientras espanta las moscas que revolotean por su cara y escupe las que se le meten en la boca. Tiene que alejarse para respirar una bocanada de aire puro antes de volverse hacia ella.

—Acampamos aquí hace tres o cuatro días. Yo estaba en mi tienda. Me despertó un disparo. Salí. Tateraq estaba aquí de pie, con su rifle en la mano. —Vacila—. Dijo que Ashbee se había pegado un tiro.

—¿Dónde está Tateraq?

Flora mira valle arriba, hacia el casquete de hielo.

—Se fue. Cogió a los perros y se marchó.

—¿Se marchó? ¿Cuándo va a volver?

—No creo que vaya a volver.

Jakob se queda callado. Abandonar allí a alguien, sin perros... Es inconcebible. Sin perros no se puede viajar. Sin perros, te mueres.

—¿Estás seguro de que no ha ido a pedir ayuda?

Flora asiente con un gesto.

—¿Qué crees que pasó?

Ella deja escapar un fuerte suspiro.

—Supongo que es posible que Ashbee se suicidara, pero no me explico por qué. No vi ningún indicio. Y hacerlo en una tienda, tendido así y con un rifle...

—¿Su rifle está aquí?

—Sí. Intenté... Ya sabes, ver si se podía apretar el gatillo... Tal vez alguien más alto pueda hacerlo, o quizás ayudándose con algo... —Sacude la cabeza. No se lo cree.

—¿Puedo verlo?

Flora regresa a su tienda y coge un Martini-Henry de cañón largo. Mide más de un metro veinte de largo. Sabe perfectamente que ningún hombre podría apretar el gatillo acercándose al mismo tiempo el cañón a la cabeza.

—¿Estaba en la tienda, con él?

Flora asiente.

—A su lado. —Hace una pausa—. No se había disparado.

—Entonces, fue Tateraq.

Flora se ríe a medias.

—¡No lo sé!

—¿Crees que pudo suicidarse con el rifle de Tateraq?

Ella niega con la cabeza. Jakob mira a su alrededor, valle arriba, donde la nieve sigue siendo espesa. Se ven surcos que se adentran en las montañas. Por allí llegaron, y por allí se marchó el trineo.

—¿Se pelearon por algún motivo?

Flora se queda callada un rato. Luego dice:

—Creo que es posible que discutieran por mí.

—¿Puedes explicarte?

Ella mantiene los ojos fijos en la ladera. Su voz suena sorda y monocorde.

—Hace unos días, Ashbee se me acercó y me dijo que nunca había imaginado que fuera a verse en la necesidad de defender mi honor. Le dije que la gente dice tonterías y que no hay que darles importancia. Les había oído discutir. Tateraq estaba malhumorado, no sé por qué. Pensé que, de todos modos, estando Ashbee aquí, no había por qué preocuparse.

—Y antes... ¿No pasó nada más?

—No, que yo sepa.

—¿Qué pasó después de que muriera Ashbee?

—El caso es que... —Cierra los ojos un momento. Su voz no es más que un susurro—: No murió en el acto. Entré en la tienda. Hacía un ruido horrible, una especie de ronquido, pero tenía los ojos abiertos. Me miró y no lo oí claramente, pero creo que dijo: «Lo intenté». Luego empezó a maldecir. Le dije que iba a ponerse bien. —Mira por fin a Jakob con el semblante descompuesto por la emoción—. Pero sabía que no era cierto.

Jakob le pone la mano en el brazo. Flora respira hondo, trémulamente.

—Volví a salir y Tateraq dijo: «Tenemos que irnos. No se puede hacer nada». Le dije que no podíamos marcharnos mientras estuviera vivo. Él ya estaba enganchando los perros a su trineo. Todos los perros. Me miró de un modo que... Pensé que también iba a matarme a mí. Cogí mi rifle y... —De pronto se calma—. Le dije que se fuera. Que, si no se daba prisa, le dispararía. Y entonces se marchó.

—¿No trató de hacerte daño?

Flora menea la cabeza.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé. ¿Hace tres días?

—¿Y cuánto tiempo tardó Ashbee...?

—Murió al día siguiente. Creo. Le di láudano. Empecé a quemar el otro trineo. Pensé que quizá Ralph vería el humo y vendría. —Se le quiebra la voz en un gemido de angustia—. ¡Me quedé a su lado todo lo que pude, pero no podía hacer nada por él!

Jakob mira el montón de lona. No puede ni imaginarse la situación.

—La herida era mortal de necesidad. Seguramente ni siquiera se daba cuenta de lo que ocurría.

—Dejó de hacer ese ruido. Pensé que tenía que enterrarle, pero...

Jakob mira hacia el casquete de hielo. Sin perros, Flora no podría haber vuelto. Lo sabía tan bien como él. Una oleada de furia dirigida contra Tateraq se apodera de él. Abandonar a alguien en este lugar es una forma de matarlo tan certera como un balazo.

—Empecé a cavar una tumba, pero el suelo está muy duro. —Le enseña un hoyo somero abierto en la tierra helada.

—Yo me encargo. ¿Tienes comida?

Flora asiente.

—¿Puedes darme algo de comer? Y agua.

Jakob se quita la parka, saca de la fogata un listón de madera sin quemar y empieza a cavar. El suelo está duro como el hierro. Un par de centímetros por debajo de la superficie, se ha congelado formando duros terrones. Aparta a puntapiés los maderos todavía humeantes y ataca la tierra reblandecida por el fuego. Cuando, cavando y arañando la tierra, ha hecho un hoyo lo bastante grande, arrastra el cuerpo de Ashbee hasta la fosa, envuelto en su mortaja de lona, y amontona grava encima. Luego busca piedras para tapar la tumba y mantener alejados a los zorros. A pesar del frío se quita la camisa y, cuando acaba, tiene la piel de color gris, cubierta de polvo y sudor. Flora le alcanza una toalla y Jakob se restriega para quitarse un poco el polvo antes de ponerse la camisa y la parka. Ella ha preparado estofado y té, y saca una botella de brandy. Se sientan a cierta distancia de la tumba.

—¿Dónde están los demás? ¿Cómo es que estabas tan cerca?

—Sorqaq está en la costa, con los perros. Estábamos al otro lado del estrecho. Vimos el humo. Tuve un mal presentimiento. —La mira y ve que una lágrima se desliza por su rostro—. Ha tenido que ser terrible, pero ya pasó. Te llevaremos

de vuelta, sana y salva.

—No puedes cambiar vuestros planes por mí.

—Ya encontraremos la manera. No te preocupes.

Jakob lía un cigarrillo y mueve los hombros. Le duelen los músculos de tanto cavar. Mañana será aún peor. Mira su reloj: son ya las tres de la mañana.

—No dejo de pensar que no debería haber venido.

Es la primera vez que la oye expresar una duda. La mira, pero el pelo le oculta la mitad de la cara.

—No ha sido culpa tuya.

—Si yo no estuviera, o si no fuera una mujer, no habría pasado esto. Ashbee todavía estaría vivo. Yo solo quería que me trataran como a uno más. Me encanta este lugar. Pero nadie olvida lo que soy. Mi padre dejó de traerme al Norte porque los hombres... cambiaron. Yo intentaba ser uno más. Me vestía como ellos, pero daba igual. Una niña solo es eso, una niña, pero una mujer es... un peligro. Mi presencia emponzoñaba el barco. He tratado de evitarlo. Freddie lo intentó también, y Ralph. Pero hasta Tateraq, hasta él, con el que jugaba de niña, que era mi *amigo*...

Apoya la cara en las manos y se clava las uñas en el cuero cabelludo, con tanta fuerza que le blanquean los nudillos.

—No me caía bien —añade, y rompe a llorar.

Jakob se acerca a ella con mucho cuidado y le pasa el brazo por los hombros. Flora no se resiste. Tiembla como una hoja.

—No es culpa tuya —repite él con la boca pegada a su pelo.

No es culpa suya, pero lo que dice solo es verdad hasta cierto punto.

* * *

Bajan a pie hasta la costa, cargados con lo que pueden acarrear. Han acordado contar lo menos posible de lo ocurrido: Jakob le dice a Sorqaq que Ashbee murió en un accidente y que Flora se quedó sola. Sorqaq la mira tímidamente y dice *qooviannikumut*, «le hace muy feliz» verla sana y salva. Luego coge un trineo vacío para ir a buscar al campamento británico lo que pueda serles de utilidad.

* * *

Flora se sienta en una roca, en la orilla, de cara al estrecho. El sol brilla implacablemente, sin cesar. Jakob se pregunta cuánto habrá dormido esos

últimos días. Cuando se lo pregunta, ella no contesta de inmediato. Él está tan cansado que da continuas cabezadas. Sorqaq ha montado su tienda de dos plazas, pero no quiere dejarla allí fuera, sola, y ella se niega a ocupar la tienda. Está medio dormido cuando habla por fin:

—Más de una vez perdí la esperanza. Cuando el fuego llevaba dos días encendido, empezó a parecerme imposible que alguien lo viera. Iba a marcharme, a intentar volver, pero, en fin... Pensé: «¿Se acabó? ¿Esto es todo?». Y me pregunté qué había hecho en la vida que quisiera recordar.

Jakob espera a que continúe.

—No dejaba de pensar que al menos había pasado una pequeña parte de mi vida contigo. Eso era lo que quería recordar.

Habla tan bajo que Jakob no está seguro de haber oído bien. De su cara, solo ve la curva de la mejilla.

—¿Conmigo? ¿Has dicho...?

—Por eso no te felicité por tu compromiso.

—¿Qué?

—No podía.

—No estoy prometido, Flora.

Ella gira lentamente la cabeza.

—Meqro me dijo que ibas a casarte con una hermana del doctor Urbino.

—¡No! Somos amigos, pero... Dios mío, dije eso para que me dejaran tranquilo... —Suelta un gruñido—. Santo Dios.

—¿No estás prometido? —Vuelve la cabeza hacia él, solo un poco.

—¡No! Eso que has dicho, ¿lo has dicho en serio?

Flora le mira con una vehemencia casi amenazadora.

—No soportaba imaginarte con otra.

Jakob se levanta, preguntándose si se ha dormido y está soñando. Se acerca a ella.

Ella levanta la mirada y dice:

—Siento no haber sido más valiente.

Se arrodilla a su lado y la rodea con los brazos, imbuido de una nueva fortaleza, de una energía irrefrenable. Flora se apoya en él con un suspiro. Agarra con fuerza su brazo y Jakob la oye musitar:

—Ay.

—Mi querida, mi amada Flora.

Su frente es una piedra fría apoyada en su mejilla. Jakob apoya la mano en su pelo y la aprieta contra sí.

—Nunca he dejado de pensar en ti.

Capítulo 50

Thule, 79° 12' N, 93° 50' O

Junio de 1898

Un casquete de hielo cubre las partes más elevadas de la isla, pero el paisaje es en general menos abrupto que el de Ellesmere o Groenlandia. El agua de deshielo de los glaciares brota de las montañas y, a principios del verano, bajan ríos por las vaguadas y deja de haber nieve en las laderas de los montes. Bajo el sol, parece una tierra fértil: descubren las primeras hierbas, el primer musgo, asomando entre la grava. Al despuntar la vegetación, aparecen animales terrestres y pájaros: perdices y escribanos nivales, zorros y liebres; elegantes y ceremoniosos bueyes almizcleros. De dónde vienen, cómo han sobrevivido al invierno, es un misterio.

Cruzan una llanura en la que cada trozo de roca muestra rastros de vida: fósiles que hablan de la temperatura del océano, pantanos, bosques, un sinfín de criaturas rastreras. No hay, en cambio, indicio alguno de que los seres humanos hayan habitado este lugar. Es posible que sean los primeros en pisar estas tierras. Jakob oscila entre la frustración y la alegría. Cada sitio en el que se detienen ofrece riquezas desconocidas, pero, si quieren ceñirse a sus planes, no hay tiempo para entretenerse en ellas. Solo cabe hacer conjeturas.

Tras pasar varias semanas viajando, comprueban que, en efecto, han descubierto una isla. La costa tortuosa los condujo primero al sur, luego al oeste y de nuevo al norte, hasta que llegaron a la orilla de este espacioso fiordo que da al oeste, sobre el océano Ártico. Es una isla enorme: solo el tramo que han recorrido mide trescientas millas. Al otro lado del fiordo distinguen unos puntitos negros que resultan ser Welbourne y Aniguin. Cuando se reúnan con ellos, habrán conseguido entre todos circunnavegar esta nueva tierra. Al oeste, mirando a través de los prismáticos, se ve la planicie interrumpida de la banquisa. Más allá no se divisa tierra. Jakob llama a la isla «Thule».

* * *

Se turnan para observar a las figuras que se desplazan en la otra orilla, tan lejos que es imposible saber si ellos también los han divisado.

—Vamos a acampar —dice Jakob—. Seguiremos mañana a primera hora.

Sorqaq se ofrece a cruzar el fiordo enseguida. Aunque no oscurece, de noche el hielo es más seguro.

—Los traeré de vuelta mañana —promete con una sonrisa—. No muy temprano.

El hielo del fiordo está cubierto por una fina película de agua en la que el cielo se refleja como una lámina de metal. Sorqaq dice que no pasa nada, a Jakob se le encoge el corazón al ver partir su trineo por la capa de agua. Los dos se han encariñado con él. El trineo surca un espacio azul y blanco; el cielo, arriba y abajo, titila hasta hacerse insustancial. Le ven alejarse hasta que él también se convierte en una mota.

Jakob y Flora se quedan solos por primera vez en tres años. Él se vuelve hacia ella, la coge de la mano y dice:

—Ven.

* * *

Sorqaq se ofreció a dejarlos solos casi de inmediato. Aquel primer día, cuando regresó a la playa, por la mañana, encontró a Jakob dormido, recostado contra una roca, y a Flora acurrucada de lado, con la cabeza sobre su regazo. Jakob tenía la mano posada sobre su pelo. Al despertarse con un sobresalto, se encontró con la sonrisa de regocijo de Sorqaq, que le hizo señas de guardar silencio.

—¡Lo sabía! —le dijo después—. Estoy muy contento. ¡Mi amigo y mi hermana! *Aja*, qué bien.

Después de que cruzaran la banquisa, Sorqaq dio por sentado que Jakob dormiría en la tienda de una sola plaza de Flora. Lo natural era que, cuando un hombre y una mujer se casaban, se fueran a vivir juntos para conocerse mejor. Jakob dijo que le preguntaría a Flora qué quería hacer. El matrimonio de los *kallunat* era, como tantas otras cosas, distinto al de los esquimales. Sus costumbres eran inexplicables. Cuando Jakob le comunicó la sugerencia de Sorqaq, Flora bajó la mirada y sacudió la cabeza.

—Ya te estoy estorbando. No quiero alterar más tus planes. No quiero... —Se interrumpió, pero Jakob creyó entender lo que quería decir.

Flora aún estaba intentando asimilar la muerte de Ashbee, que creía haber

causado por el solo hecho de ser quien era. A pesar de que él le aseguraba que no era ningún estorbo, que sus pertrechos pesaban relativamente poco y que nada podía hacerle más feliz que estar con ella, estaba tan tensa y seria como la primera vez que se vieron. A él, por su parte, le costó tan poco olvidar la horrenda escena que había visto en la tienda que casi se avergonzaba de ello. Apenas conocía a Ashbee, y el británico le había desagradado desde el principio. Había, además, tantas cosas que ver y que hacer... Se detenían cada pocas horas para que pudiera realizar mediciones y bosquejar los contornos de la costa, fotografiar las montañas y glaciares y recoger muestras, y luego apretaban el paso para cubrir la distancia que debían recorrer ese día. Había tanto trabajo por hacer que no podría haberlo hecho ni en doce estaciones, y pasaba largos tramos del día sin acordarse del muerto. Flora, en cambio, era responsable de Ashbee. Estaba sentada a su lado cuando murió. Había escuchado sus últimos, horrendos estertores.

* * *

Después de cruzar el estrecho, caminaron codo con codo durante tres días, pero ella durmió sola en su tienda y procuró estorbar lo menos posible. Se levantaba antes que los hombres y antes de que acabaran de desayunar ya había recogido sus cosas y estaba lista para partir. Comprobaba las mediciones de longitud y latitud, hacía bosquejos y ayudaba en el trabajo de campo. Se mostraba sumisa y servicial y rara vez hablaba a menos que le hicieran una pregunta. Después, una noche, cuando iban cruzando un trecho de banquisa cubierto por varios centímetros de nieve blanda —deberían haber esperado hasta la mañana siguiente, pero ese día habían avanzado menos de lo previsto—, de repente se abrió una grieta como una boca bajo el trineo de Sorqaaq. Flora, que iba detrás de él, corrió a agarrar el trineo y se arrojaron los dos de bruces sobre el hielo para equilibrar el peso. La plancha de hielo en la que yacía Flora se resquebrajó, se inclinó hacia un lado y ella resbaló hasta el agua. Una ola le dio de lleno en la cara, ahogando su grito. Sorqaaq la agarró del pelo y mantuvo su cabeza fuera del agua hasta que Jakob consiguió acercarse a ellos y pudieron sacarla entre los dos. Los perros salieron a duras penas del agua y el trineo de tres metros y medio pasó largo rato balanceándose, a punto de hundirse. El hielo chirriaba bajo él, y ellos gritaban y tiraban de las correas, hasta que por fin lograron ponerlo a salvo.

Después, Sorqaaq se echó a reír. Habían tenido suerte, ¡aja!, ¿verdad? Y Flora

había puesto una cara muy graciosa cuando la ola le dio en el rostro (imitó su expresión). Flora también se rio. Cuando llegaron a la otra orilla estaban empapados, tiritando y rendidos de cansancio, pero la desconfianza que había entre ellos se había disipado. Cuando Flora y Jakob se sentaron junto al hornillo para calentarse las manos con la tetera puesta a hervir, ella dijo casi de pasada:

—He estado pensando que podríamos morir mañana. Si todavía quieres, quizá... Es decir, si a Sorqaq no le importa...

Jakob miró a Sorqaq, que estaba arrojando pedazos de carne a los perros entre una algarabía de ladridos, y trató de sofocar una sonrisa.

—Se lo preguntaré.

Sorqaq asintió.

—Claro. Será una buena esposa. ¿Viste cómo se lanzó a agarrar mi trineo? ¡No lo dudó ni un momento!

* * *

Flora estaba bajo las mantas cuando Jakob entró en la tienda. Había bajado la temperatura, soplaba un viento áspero y racheado y las nubes tapaban el sol de medianoche, pero la luz grisácea que se filtraba por la loneta le permitió ver la expresión solemne de Flora.

—¿Estás bien?

—Sí. No sé. Estoy...

—No hace falta que hagamos nada. Me conformo con estar a tu lado.

—Si me muero mañana... —Se rio de sí misma y desvió la mirada, como hacía siempre cuando se azoraba—. No es eso lo que quería decir. Pero lo que pasó la otra vez... No puede volver a pasar.

—No. Claro que no. Y no pasará.

Se le había ocurrido llevar los preservativos, y le explicó con aire pomposo que las fundas de goma le parecían una manera muy eficaz de preservar de la humedad los carretes de película fotográfica, además de otras cosas: la munición, la sal...

—Te lo digo porque quizá te parezca raro que los haya traído a un viaje en trineo —concluyó con escasa convicción.

—Ah. —Los matices que Flora era capaz de darle a esa interjección eran casi infinitos. Esbozó una sonrisa—. Ojalá pudiera darme un baño. Estoy hecha un asco.

Jakob se rio.

—Estás perfecta. No podrías estar mejor. Y yo también estoy hecho un asco.

Se quitó la ropa interior y, tiritando, se introdujo en el nido de mantas, a su lado. El contacto de su piel desnuda le electrizó. Se apretó contra ella con un gemido de placer frenético, ansioso. Flora le abrazó, pero estaba rígida y escondía la cara como si evitara sus besos.

—Flora, ¿qué pasa?

Ella suspiró.

—Es solo que... Sé que no debería, pero me avergüenzo de mí misma.

—¿Por qué?

Se hizo un largo silencio durante el cual ella aflojó los brazos y mantuvo los ojos fijos en las mantas.

—No puedo evitar pensar que... Sé que es absurdo, pero... No te he sido fiel.

Un arrebató de perplejidad y dolor asaltó a Jakob. Se quedó callado, sin saber qué decir. Ella prosiguió con voz ahogada:

—Te echaba mucho de menos. Y tuve un amante. Pensé que quizás así... Pero fue inútil.

—¿Cuándo fue eso? —se descubrió preguntando Jakob, y pensó con un nuevo paroxismo de ira: «¡Ashbee! No, Ralph. Claro, ha tenido que ser Ralph...».

—El otoño anterior a mi marcha. No duró mucho. Fue...

Jakob trató de dirigir su cólera hacia ese hombre desconocido. A su erección, sin embargo, le traía sin cuidado lo que pensara: palpitaba imperiosamente contra el muslo de Flora. Cambió de postura con disimulo para apartarla de ella. Dadas las circunstancias, le parecía inapropiado. Ella notó su repentino distanciamiento y Jakob comprendió que se sentía dolida.

—Escúchame, por favor. Verás, intenté convencerme a mí misma de que lo que echaba de menos era... la intimidad con un hombre, y que lo superaría si... Pero me equivocaba. Eso fue lo que descubrí. —Se quedó mirándole hasta que Jakob no tuvo más remedio que fijar los ojos en ella—. Siempre te he querido. Lo sabía ya entonces, pero era demasiado tarde.

Jakob negó con la cabeza.

—No importa. No era una cuestión de fidelidad. Los dos creíamos que lo nuestro había terminado. Yo también fui con mujeres un par de veces.

—¡Ah! —exclamó ella como si la hubiera abofeteado, y tragó saliva—. ¿Quiénes eran?

Su pregunta le pareció injusta. Instantes antes, creía que nada podía poner freno a su deseo y sin embargo allí estaba, refluendo como la marea. No era así como imaginaba su reencuentro.

—¿Qué importa? Todo eso ya pasó, ¿no? Forma parte del pasado. Ahora estamos aquí.

Se miraron, asustados. Jakob se dio cuenta de que su voz había sonado severa y bajó el tono.

—No entiendo por qué estamos hablando del pasado en este momento.

Flora meneó la cabeza y las lágrimas que le corrían por las mejillas mojaron su pelo.

—Quería que lo supieras para quitarme ese peso de encima, para no tener que pensar constantemente que algún día tendría que decírtelo. Quiero que empecemos de cero. Ha habido tantos malentendidos... No quiero que haya más.

Se quedaron callados, sumidos en el desánimo. Jakob había pensado que sería muy sencillo. De pronto, sin embargo, se sentía abrumado por la necesidad de hacerle una confesión.

—Entonces, por esa misma razón, quizá debería decirte que antes de marcharme de Nueva York le pedí a Clara Urbino que se casara conmigo.

—¿Clara? —Flora le miró acongojada—. ¡Entonces era verdad! ¡Estás prometido!

—¡No, claro que no! No te mentaría en eso. Me dijo que no, y le estaré eternamente agradecido por ello. No estaba enamorado de ella, ni ella de mí. Ahora me parece que fue un error, y a ella ya se lo pareció entonces. Fue un impulso fruto del miedo, creo. Intentaba... vacunarme.

Flora se quedó callada un momento.

—Entonces..., ¿no hay nada? ¿No desearías estar con ella?

—No, amor mío. Es una buena amiga, nada más. Por favor, no pongas esa cara. No tienes por qué preocuparte.

Pero Flora parecía angustiada. Jakob cogió su mano y le besó los dedos, uno por uno.

—Creo que ella me perdonaría por decirte esto si de ese modo consigo tranquilizarte, así que voy a decírtelo... Clara no es de las que se casan. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Flora asintió.

—Creo que sí.

—Y es una de las pocas personas a las que quiero invitar a nuestra boda.

—¿Qué?

Flora arrugó el entrecejo y por un instante Jakob pensó horrorizado que había metido la pata. Luego, cuando una racha de viento chocó contra la lona haciendo que la tienda se tambaleara, esbozó esa sonrisa reticente y parsimoniosa que

tanto amaba Jakob y que parecía brotar del centro mismo de su ser.

—Te quiero a mi lado el resto de mi vida. Lo siento, debería habértelo preguntado. ¿Quieres casarte conmigo, Flora?

Se hizo un silencio.

—Tendré que pedir el divorcio.

—Creo que es aconsejable, sí.

—¿No es demasiado pronto para estar seguro de que de verdad es lo que quieres?

—No. Al contrario, es tarde. Debería habértelo pedido en Londres. Ojalá lo hubiera hecho.

Ella dejó escapar un suspiro, casi un sollozo.

—Sí. En cuanto pueda. —Le besó y se enjugó las lágrimas—. Sí, amor mío.

—Con una condición, cariño.

—¿Cuál?

—Que prometas no volver a dejarme.

—Te lo prometo. Nunca más.

—¿Empezamos de cero, entonces? ¿Desde el principio?

Flora asintió con un gesto y sorbió por la nariz para detener las lágrimas. Jakob la tomó en sus brazos de nuevo mientras el viento aullaba a su alrededor y se quedaron allí tumbados, en silencio, casi sin atreverse a moverse. Jakob se sentía como si tuviera dentro del pecho un cuenco muy pesado, lleno hasta el borde. Un solo movimiento y se desbordaría, y no sabía qué pasaría entonces. Ignoraba si su contenido era finito y se secaría; si se echaría a reír o a llorar. Después, tanta solemnidad se le antojó absurda.

—Aunque... —Restregó la boca contra su pelo todavía húmedo—. Me temo que yo tampoco estoy fresco y limpio. Y puede que hayas perdido tu oportunidad...

Miró hacia su entrepierna y ella se rio, y él sintió que parte de su tensión se disipaba y pensó: «No, esta sensación es infinita; nada puede agotarla». Sintió entonces que la mano de Flora se deslizaba por su cuerpo, acariciándole suavemente. Su roce era leve pero decidido, excitante y apaciguador a un tiempo. Susurró:

—En mi tienda no podía parar de pensar en ti. Estabas solo a unos pasos de distancia, pero no podía tocarte. Pensaba: «Hemos perdido tanto tiempo...».

Rozó tímidamente con la mano su miembro, que volvió a endurecerse, cobrando vida de inmediato.

—Ya no lo perderemos más.

Flora se tumbó sobre él apoyada en los codos y acarició su cara. Jakob sintió el peso de sus pechos sobre el torso. El calor y la solidez de su cuerpo eran deliciosos: una bendición del cielo que le devolvió sus fuerzas.

—Una cosa más...

—¿Qué? —preguntó ella alarmada.

—No vas a morirte mañana. Tenemos el resto de nuestras vidas.

Se besaron torpemente. Sus caderas y rodillas chocaban en la estrechez de su lecho. Estaban azorados, compungidos. Ráfagas de aire frío laceraban su piel, haciéndolos gemir. Jakob deseaba apartar las mantas para moverse con libertad, besarla y saborearla a su antojo, pero el viento vociferaba y aporreaba la tienda como un marido celoso y se colaba por las rendijas de la tienda, gélido y agresivo.

—Quédate quieta. Deja que yo te caliente.

La hizo tumbarse de espaldas y se apretó contra su costado, envolviendo el cuello de ambos con las mantas. Su glándula se frotaba deliciosamente contra la cadera de Flora. Acarició su cuerpo furtivamente, con cuidado de hurtarle al viento su carne cálida: su garganta, sus pechos hermosos y opulentos —su memoria no le había engañado—, la piel tersa de su vientre, sus muslos aterciopelados. Deslizó luego los dedos entre los labios de su vagina, bañándolos en su calor sedoso. Acarició su clítoris con movimientos tiernos y delicados, con la frente pegada a su mejilla, hasta que sintió y oyó que su respiración se agitaba, que su corazón latía más deprisa y sus músculos se tensaban. Pasados unos minutos, se le durmió el brazo izquierdo, doblado en escorzo bajo su cuerpo, empezaron a dolerle los dedos y sintió que se moría, que *se moría* de ganas de hundirse en su coño lúbrico y caliente. Sintió entonces que los músculos de Flora se contraían en temblorosos espasmos y oyó con delectación los gemidos desgarrados que se esforzaba por sofocar. Cuando volvió a serenarse, apretó los dedos con fuerza, inmóviles, contra su carne hinchada —recordaba cuánto le gustaba esto a ella— y besó su cara una y otra vez. Por fin, Flora se volvió hacia él y le besó en la boca buscando su lengua. Jakob le sostuvo la mirada mientras se lamía los dedos mojados y aspiraba su olor cálido hasta llenarse con él los pulmones.

—Sabes a licor.

Ella tenía la cara encendida, los ojos muy abiertos, las pupilas grandes y negras. Sonrió, con una sonrisa que brotaba de otra parte de su ser. Una sonrisa que solo conocía él.

—¿Has entrado en calor?

—Casi —contestó ella, y alargó la mano hacia abajo.

Jakob luchó por sujetar firmemente el preservativo a su miembro duro y tieso. Luego, Flora lo atrajo hacia sí casi con violencia y le guio entre sus muslos. Fuera, el viento comenzó a dar alaridos. Pero ni el viento, ni el frío ni la fina funda de goma que los separaba iban a parar aquello. No bien se hubo deslizado dentro de ella, sumergiéndose en un calor que pareció estallar más allá de los confines de su piel, no bien se dijo que había vuelto a casa, se sintió resbalar inexorable y gloriosamente hacia el abismo.

Oyó gemidos y exclamaciones de gozo. Se vio reflejado en los ojos de Flora, espejos inescrutables, oscuros como los mares del norte, e igual de profundos e impredecibles. Se acordó del brillo del agua en sus sienes y sintió que se precipitaba al vacío.

Capítulo 51

Onmogelijk Dal, 78° 14' N, 88° 32' O

Julio de 1898

Pleno verano. El agua de deshielo del glaciar dibuja una trenza centelleante sobre el suelo del valle. Un caleidoscopio de tonos hurraños salpica los montes que los rodean: pardo y ocre; gris y bruno; pizarra, bronce y marrón. Los montes se abren para acoger este valle que da al sur, como un cáliz ofrecido a la boca del sol. Atrapa su calor y lo retiene, y el aire es aquí más cálido que en ningún otro lugar de Groenlandia que Flora conozca. Entre los arroyos y las laderas de las colinas, la tierra está arrebatada de verdor, cubierta de hierba y de musgo, engalanada de delicadas plumas blancas, de penachos de hierba algodонера, de amapolas de color limón y pétalos sedosos. A la luz infinita del verano, aparecen flores por doquier: pequeñas y enmarañadas bardagueras, exiguos copetes de fulgor deslumbrante. Nada crece más allá de la altura del tobillo. Son gigantes que han invadido un minúsculo edén.

Y, al igual que en el edén, aquí reina la inocencia. Están solos, el sol brilla sin cesar y la temperatura es tan tibia como un día de primavera en Londres. Jakob se quita la ropa cuando está en el campamento y deja que el sol dore su piel. A Flora le encanta, en el fondo, pero cuando él le sugiere que haga lo mismo, ella remolonea y mira con nerviosismo el valle desierto como si esperara visitas a la hora del té.

—¿Quién crees que va a venir? —pregunta Jakob divertido.

—No sé. Sorqaq, quizá. Cualquiera de ellos.

Sorqaq, Aniguin y Welbourne han vuelto a la costa norte de la isla en busca de focas y bueyes almizcleros. Querían cazar. Welbourne estaba empeñado en abatir lobos y osos polares, de modo que se han ido en busca de una zona de hielos perpetuos. Fueron discretos, pero no pudieron disimular una sonrisa al despedirse de ellos.

—Seguramente están a cien millas de aquí. Además, les dije que no nos molestaran por lo menos hasta mediados de agosto.

—¿Se lo dijiste?

—Sí. ¿Te escandaliza? Así que, ya ves, estamos a salvo de intrusos. Y si por casualidad volvieran, bueno... —Mira las colinas desnudas: apenas hay rocas capaces de ocultar a un zorro—. Creo que los veríamos venir.

Tiene razón. El valle en el que habitan es una fortaleza de espacio, de distancia y de silencio. Primero, Flora se permite quitarse la camisa cuando está fuera. Hace calor; casi veintiún grados, según su estación meteorológica. Después, y tras pedirle a Jakob que se aleje un trecho y se dé la vuelta, se quita los gruesos pantalones y se sienta recatadamente en una manta, frente a la tienda. No se atreve a levantarse, pero tiene que reconocer que es agradable desnudar la piel al sol. Percibe hasta el más ligero soplo de aire y un hormigueo recorre sus terminaciones nerviosas, imbuidas de nueva vida. Jakob se acerca y se sienta a su lado. Solo lleva las botas puestas.

—Tendré que retratarte aquí, sentada en nuestro jardín —comenta posando su mano cálida sobre la espalda desnuda de Flora—. Contemplando nuestros dominios.

* * *

Han montado el campamento en la terraza de una ladera desde la que alcanzan a ver el fiordo y la banquisa, que se ha desgajado de la orilla y ahora flota en témpanos quebrados sobre el mar abierto. El fiordo está quieto y oscuro. El agua apenas tiene salitre. Allí donde vierte el río, adquiere un tono lechoso y verde porque la corriente baja del glaciar, desde lo alto del valle. El propio glaciar alberga un lago de deshielo, un Gornensee en miniatura que va creciendo y adensando su color con el paso del verano. Es este glaciar y este lago lo que los ha traído de vuelta al valle.

* * *

Hipnotizada por la luz que se refleja en el agua y el hielo, Flora se recuesta en Jakob y acerca las rodillas a su pecho, pero él se levanta y la coge de las manos.

—Vamos, levántate. ¿Lo ves? No es para tanto. Ahora, camina.

Flora sonrío y se sonroja cuando la lleva de paseo por la pequeña meseta. Se está burlando de ella.

—No puede verte nadie, solo yo. Y yo no cuento. Ya te he visto desnuda otras veces.

—Sí, pero ahora estamos *fuera* —masculla ella—. Y andando... No puede ser

un espectáculo muy bonito.

Jakob se para y la mira muy serio. Una sonrisa, sin embargo, le baila en la comisura de la boca.

—No puedes hacerte una idea de lo bonito que es.

Ella nota su erección, que va creciendo poco a poco, y se alegra de que no le desagrade verla así. Pone las manos en su cintura y le atrae hacia sí, hasta que la punta de su pene erecto roza su vientre y sus pezones acarician el pecho de Jakob. Una brisa suave los acaricia, un hálito fresco que hace aún más deliciosa la calidez del contacto y que les impulsa a acercarse. La piel de Flora, cargada de energía, deja de ser únicamente la frontera de su cuerpo. Se ha fundido; tiene inteligencia propia, apetito y voluntad.

—Tienes que reconocer que es muy agradable.

—Umm...

—Aunque creo que estás haciendo trampa.

—¿Trampa, yo? ¿Por qué?

—Porque me estás usando como delantal para preservar tu pudor.

Ella mira hacia abajo y se ríe.

—¡Tú estás reñido con el pudor!

—No te he tocado.

—Lo sé, pero...

Le encanta cómo se empina su pene para saludarla. Y, cuando a veces su cuerpo no responde, le preocupa haber hecho algo mal.

Jakob sonrío, ufano, con un orgullo que encanta a Flora.

—No es culpa mía. No soy responsable.

—Bueno... ¿Y ahora qué?

—Estoy cansado de decirte lo que tienes que hacer. Te toca a ti.

Ella le pone una mano en el pecho y oprime los músculos de sus costillas. Con la otra mano, agarra su nuca delicada y nota los huesos de su cráneo. Acerca los labios a su mandíbula, los desliza por su mejilla hasta dar con la comisura de su boca, que abre con la lengua, sondeando el hueco suave y tierno de una muela. Al penetrarle así, se esponja y se despliega con ansia, como una rosa desmesurada.

Le invita a tenderse en la manta y se sienta a horcajadas sobre él de modo que su glande roce su parte más sensible. Luego se inclina hacia delante para que Jakob le caliente los pechos fríos con la boca. Se mueve adelante y atrás, cada vez más aprisa, con más urgencia, hasta que deja escapar un grito y se derrumba, con las piernas tan temblorosas que ya no la sostienen.

Los únicos ojos que los espían son los de un zorro que viene a sentarse en un montículo, cerca de la tienda, un animal bellissimo, de ojos negros y pelaje blanco. Flora le ha llamado Imaq, que significa «quizá». En otra ocasión, estando a cuatro patas, con los dedos hincados en los matojos de bardaguera y las rodillas rozando piedras y raíces, gimiendo con cada embestida, Flora volvió la cabeza y descubrió al animal mirándolos con ojos brillantes pero carentes de curiosidad. Ella le devolvió la mirada sin ningún pudor.

* * *

Van pasando las semanas, a pesar de que el tiempo parece haberse detenido. Trabajan: exploran los accidentes geográficos del valle que han colonizado y les dan nombre. Al glaciario, con su lago evanescente, Jakob le ha puesto su nombre: Florazee. El pico más alto llevará, por decisión de Flora, el nombre de Ashbee. Y al valle propiamente dicho Jakob lo bautiza *Onmogelijk Dal*. Bromea con ella durante días sin querer decirle qué significa, pero Flora lo averigua por fin. Quiere decir, en el holandés de su infancia, «Valle Imposible». Cuando le pregunta por qué, él contesta con una sonrisa tierna:

—Porque es el valle donde pasan cosas imposibles.

Y ella se pone seria al acordarse de su carta.

* * *

La felicidad la asombra. Y también la hace sospechar. Le preocupa el paso del tiempo, lo que ha de hacer, lo que dirá para explicar la muerte de Ashbee. El futuro.

—No veo qué hay de malo en seguir diciendo que su muerte se debió a un trágico accidente. Bien sabe Dios que aquí pasan esas cosas.

—Pero no por los mismos motivos —masculla ella.

Responsabiliza de lo sucedido a su condición de mujer, lo que la lleva a pensar en otro asunto que se ha convertido en una preocupación recurrente: fallar como líder de la expedición o como científica, haber abandonado su plan de trabajo para el verano, permitir que su flaqueza la haya hecho olvidar sus proyectos.

—¿Es que no lo ves? Dirán: «Es lo que pasa cuando una mujer va a esos sitios. Que fracasa. Que es incapaz de sobreponerse a la adversidad».

—Lo que ocurrió con Tateraq podría haberle pasado a cualquiera. Podría

haberme pasado a mí, Flora, y tampoco podría haber seguido solo. Fue mala suerte.

—Quizás hubiera podido seguir haciendo otras cosas. Pero no, aquí estoy, sin hacer nada útil.

—Yo tampoco estoy haciendo nada especialmente útil.

—Estás estudiando el glaciar.

Han estado midiendo y vigilando su tasa de desplazamiento y erosión, observando la desaparición del Florazee, que parece inminente.

—Y tú me estás ayudando. No podría hacerlo solo.

—Te las habrías arreglado. Y nadie sabrá lo que he hecho.

Para facilitar las anotaciones de Jakob y con vistas al futuro, han inventado un compañero nativo al que Jakob ha puesto el nombre de Naasut. Es Naasut quien coloca las estacas en el glaciar, quien mide la temperatura y la velocidad del viento, quien le fotografía posando junto al teodolito. En esquimal, *naasut* significa «flores».

—Esto es el Ártico, Flora. Estamos a merced de los elementos. Si crees que no has hecho todo lo que podías, ¿por qué no te quedas más tiempo?

A veces, Jakob la saca de quicio. Welbourne y él van a quedarse otra temporada, pero ellos no tienen que rendir cuentas a nadie. Flora, en cambio, piensa en Ralph y en Henry y... en todo. En Freddie.

—No puedo, ya lo sabes. Es solo que... tengo que justificar de algún modo el tiempo que he pasado aquí. Necesito tener algo que *enseñar*.

—¿Te arrepientes de haber venido conmigo?

—¡Claro que no! No es eso lo que digo. No estoy...

Jakob se levanta y se aleja sin decir nada. Sigue un silencio durante el cual Flora va a echar un vistazo a su estación meteorológica, para constatar que tiene un objetivo propio y recordárselo a él.

* * *

Le gusta observarle mientras duerme al sol, tendido boca arriba sobre la manta, con el brazo echado sobre la cabeza, en un gesto de absoluta relajación.

A veces, mirarle en esos instantes le parece una audacia mayor que la caricia más íntima. Cuando se abrazan, se abandonan: se olvidan de sí mismos, dejan de ser él y ella. Pero cuando le mira así, la distancia, la diferencia entre ellos se le hace más palmaria. Contempla su cuerpo hermoso y enérgico, la tersura de su piel morena, las formas que dibuja su osamenta. Conoce cada cicatriz, cada

lunar, cada curva, cada plano y cada ladera, los moratones de sus rodillas, peores aún que los de ella. No se cansa de mirarle.

Cuando fija la mirada en su cara, él ha entornado los ojos y la está observando.

—¿Qué pasa?

—Nada. Estabas dormido.

—Tienes cara de estar tramando algo.

Flora niega con la cabeza.

No es cierto. Le gusta mirar su pene aletargado, envuelto en su lecho de vello. Apoya la cabeza sobre sus muslos y aspira su olor salobre e intenso. Al principio, ese olor le repelía. Él suspira con los ojos cerrados cuando le acaricia con la punta del dedo el tallo flácido, la piel delicada como la seda, suave y tierna como un animal recién nacido.

—Me gusta cuando está blando —murmura, y nota un latido bajo sus dedos.

—No es culpa mía —masculla Jakob, allá arriba—. Seguro que cuando estemos... casados...

Le encanta que su cuerpo sea como un instrumento musical. Su respiración varía dependiendo de cómo le toque. Su miembro crece entre sus dedos. Se hincha. Como por ensalmo. Un ser con voluntad propia. Flora levanta la cabeza y la punta abultada y reluciente se estira hacia ella.

Jakob cierra los ojos. Su pecho sube y baja a ritmo algo acelerado. Flora no se siente más unida a él a pesar de este gesto de intimidad. Al contrario: Jakob parece distante, preocupado por algún intrincado conflicto interior. Y sin embargo la satisface que se deje llevar. Jakob está en su poder. Roza con los labios su verga, dura ya e hinchada. Aspira otra vez con los ojos cerrados: bajo el olor salado hay aromas de notas más profundas: a vegetación, a almizcle, a tierra negra caldeada por el sol. Con la punta de la lengua sigue la vena que recorre su miembro. Él levanta un poco las caderas, abre la boca y ella cierra el puño alrededor de su base. Su lengua juguetea con la punta del glande. Firme pero esponjoso, brinca alegremente junto a sus labios, y ella responde metiéndoselo en la boca, donde encaja tan perfectamente como una bellota en su cúpula.

* * *

Un día húmedo, frío, cercado de nubes. Hablan de su espantoso encuentro del otoño pasado, cuando Haddo y ella fueron a atender las lesiones de los norteamericanos. Flora dice, buscando palabras tiernas:

—Estuve a punto de llorar. Creía que me odiabas.

—¿Sí? Amor mío... Claro que no te odiaba. Odiaba que me vieras en ese estado. Por eso me porté tan mal.

Jakob tiene tos. Dice que está bien. Se abrazan en la tienda para entrar en calor y escuchan el golpeteo acompasado de la lluvia sobre la lona.

—No soportaba verte así. No permitiré que vuelva a ocurrir. Yo te protegeré.

Él sonríe.

—¿Tú me protegerás? Eso se supone que tengo que decirlo yo.

—Soy dura como el acero.

La mira, tose, coge un mechón de su pelo y lo enrolla alrededor de su dedo, donde brilla como un anillo.

—Cierto.

* * *

Cada uno de estos instantes es una gema rutilante que han de guardar como un tesoro. Tienen un pasado compartido que recordar, un pasado que irán puliendo al rememorarlo y que es aún más dulce ahora que también tienen un futuro del que hablan con timidez, casi sin atreverse. Hablan de vivir en las montañas, en algún lugar donde puedan ver la nieve. Y también de volver ahí.

Habrán días en que se digan: «¿Te acuerdas del valle? ¿Del zorro que venía a vernos? ¿Y del lago?».

Como si esas cosas pudieran olvidarse.

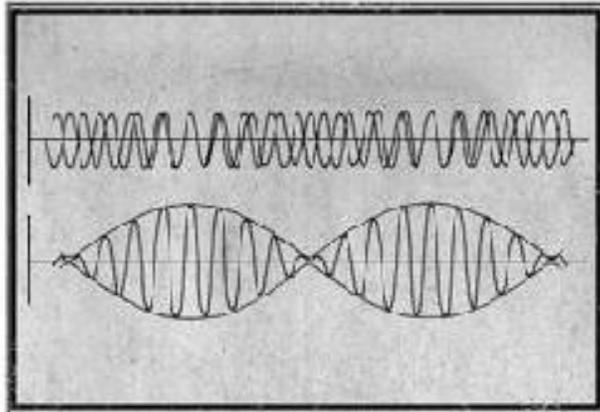
OCTAVA PARTE

INTERFERENCIA DESTRUCTIVA

Puede lograrse que dos sistemas de ondas sonoras interfieran entre sí y se destruyan mutuamente. De ese modo, superponiendo un sonido a otro, puede producirse el silencio. También puede conseguirse que dos haces de luz interfieran y se neutralicen. Así, añadiendo luz a la luz, se puede producir la oscuridad.

Los glaciares de los Alpes: una relación del origen y el comportamiento de los glaciares, acompañada por una exposición de los principios físicos relacionados con ellos.

John Tyndall (1860)



Capítulo 52

Gander, Terranova, 48° 57' N, 54° 36' O
1948

Han subido los dos hasta la loma arbolada, poblada de abetos y arándanos, que separa la base aérea del lago Gander. El agua se atisba entre los árboles. Una costra de hielo manchada como un queso mohoso cubre todavía el lago, pero es hielo viejo y endeble, de un gris nebuloso y mate. Hay rastros de huellas, pero nadie se aventuraría ahora a cruzarlo. Randall se frota las manos. Ha hecho la tontería de no traer guantes. Ayer, en Trenton, tenía calor. Ella no parece acusar el frío, a pesar de que se han parado a descansar en unas rocas gibosas que dan al lago y su aliento se condensa en nubes algodonosas. Flora mira el cielo blanco.

—Va a nevar.

—Hace frío, desde luego. —Él se sopla las manos unidas.

—No tanto como hará allá arriba.

—Imagino que no. ¿Le hace ilusión ir allí, señora Cochrane?

—¿Al Polo? Sí. Aunque no espero gran cosa.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, en realidad no tiene importancia intrínseca, como no sea simbólica. No son tierras nuevas. No pueden beneficiar a nadie. Y no hay ningún mérito en cómo vamos a alcanzarlo.

Randall sonríe.

—Intentaré recordarlo cuando escriba el artículo. Pero no debemos desdeñar su importancia simbólica.

—Es un punto en el mar, en un mapa dibujado por hombres.

—No creo que le impresione tan poco como aparenta.

—Ya veremos. Si es que llegamos, claro.

* * *

Regresan atravesando el bosque en silencio. Randall trata de asimilar todo lo que le ha dicho: que Jakob y ella volvieron a encontrarse en el Ártico, que tenían

pensado casarse. Y que, tras pasar cierto tiempo juntos (se acordó de la fotografía, pero no dijo nada), ella regresó a Inglaterra para pedir el divorcio.

Cuando llegan a la carretera, algo le impulsa a decir:

—¿Sabe usted lo que le pasó al hermano de Jakob, señora Cochrane?

—¿A Hendrik? No.

—Fue muy extraño. En fin... Mi abuelo tenía un negocio, vendía carne al por mayor. Guardaban el género en unas grandes cámaras frigoríficas que había en el puerto. Un sábado, estaba solo en el almacén y, sin que nadie sepa exactamente cómo ocurrió, se quedó encerrado dentro de una cámara. —Se encoge de hombros—. Nadie sabía que estaba allí. Le encontraron el lunes por la mañana. Había muerto congelado.

—Dios mío... Lo lamento.

—Gracias. Pero resulta irónico, ¿no le parece? Que muriera de frío. Lo más al norte que viajó fue a Boston.

—¿Usted llegó a conocerle?

—Más o menos. Tenía once años cuando murió. Estaba muy orgulloso de su hermano, el explorador.

Ella asiente con un gesto.

—Jakob quería mucho a Hendrik. Hablaba de él como de un padre.

—Mi abuelo tenía además mucho empeño en defender su recuerdo. Para él, el Ártico y esas cosas no tenían ningún interés. Nunca viajaba. Creo que no entendía por qué a Jakob le gustaba tanto. ¿Usted sabría decirme por qué?

—No era especialmente ambicioso. En su caso, siempre me pareció que era ante todo una forma de escapar. Creo que solo era verdaderamente feliz cuando estaba lejos de la civilización. Cuanto más agreste e inhóspito fuera el sitio, más le gustaba.

—¿Y de qué quería escapar?

Flora sigue caminando en silencio un rato tan largo que Randall cree que no va a contestar.

—Quería mucho a su hermano, pero no quería ser como él. Sentar la cabeza. Trabajar seis días por semana en un despacho. Siempre lo mismo, día tras día.

—Pero entonces la conoció a usted. Y usted era igual de... ¿inconformista, podríamos decir?

—Bueno, no sé. —Parece molesta y rehúye su mirada.

—Perdone. Solo intento hacerme una idea de qué le impulsaba a marcharse.

—¿De qué suele querer escapar la gente?

—Bueno... Hablando en términos generales, yo diría que del pasado, a veces.

¿O de una familia infeliz?

—Yo creo que se trata más bien de la sensación de que no encajas en lo que se espera de ti. No quieres convertirte en *eso*, sea lo que sea *eso*.

Flora fija la vista hacia delante, en las luces que parpadean entre los troncos de los árboles. El cielo se ha puesto turbio.

—Y también estaba el asunto de su padre, claro. Eso fue muy difícil. Apenas soportaba hablar de ello.

Randall se detiene. Ella se para también y se vuelve para mirarle.

—Sabe a qué me refiero, ¿no?

—¿Al padre de Hendrik y Jakob? ¿A mi bisabuelo? ¿Qué quiere decir?

—Debería preguntárselo a sus padres.

—No, no puede... Ahora tiene que decírmelo. Sé que sus padres murieron cuando eran muy pequeños. Se criaron con unos parientes.

—Su madre sí murió. Eso fue lo que me dijo él. Pero su padre pasó gran parte de su vida en un manicomio. A los niños les dijeron que había muerto en un accidente. Se enteraron de la verdad años después, creo que cuando Jakob estaba en la universidad. Sé que iba a visitarle, pero que le resultaba muy penoso. Por lo visto era un caso incurable. Así que sí, creo que de eso también quería escapar.

Randall se acalora de pronto, a pesar de que el cielo amenaza nieve.

—¿Qué quiere decir con que era un caso incurable?

—Hace mucho tiempo que no pienso en estas cosas, compéndalo. Tendrá que preguntarle a su familia. Por lo que él me dijo, deduje que no había esperanza de recuperación. Puede usted imaginarse lo perturbador que tuvo que ser ese descubrimiento para ambos. Lo siento. Suponía que estaba usted enterado.

Randall se queda mirando el suelo.

—¿Qué le pasaba?

—Lo siento, señor Crane, no lo sé. No hay ningún motivo para suponer que fuera hereditario. Creo que Jakob también lo temía, a pesar de que era la persona más cuerda que he conocido nunca.

* * *

Randall vuelve a su habitación a cambiarse. Está helado hasta los huesos. Tiene las manos y los pies congelados. Se lava en su cuartito de baño privado, pero sigue sintiéndose sucio y su entusiasmo anterior ha desaparecido.

Hace unos meses, cuando supo que iba a hacer este viaje, releyó el libro de la Reina de las Nieves, el que publicó a finales de 1899. Es una lectura

extrañamente anodina, muy distinta al animado relato de su primera expedición. Quizá sea porque, según lo que acaba de contarle, se dejó en el tintero todo lo importante. No se cita la isla que descubrieron y circunnavegaron Jakob y Welbourne, la que, según ella, cartografió posteriormente una expedición noruega. Y a Jakob solo se le menciona una vez, en el breve relato de una visita que Flora y su médico hicieron a su campamento para tratarles de unas quemaduras causadas por el frío. Es una anécdota insulsa, en absoluto evocadora. Imposible adivinar lo que había detrás.

Un engaño sostenido, una magnífica maniobra de despiste. Cuesta calcular dónde fue cada cual y cuándo. El libro da la impresión de que Dixon, Haddo y ella estaban presentes cuando murió Gilbert Ashbee, y que su muerte se debió a un trágico accidente con un arma de fuego. No se habla de asesinato, ni se menciona al guía esquimal. Se omite la vigilia solitaria de Flora, la llegada de Jakob y su reencuentro. (¡Qué romántico debió de ser aquello, aunque ella se lo haya contado como si tal cosa!) Según afirma en el libro, los británicos pasaron el verano cartografiando la costa de Ellesmere. Un relato de ficción perfectamente anodino.

* * *

Randall hojea su colección de recortes de periódico buscando cualquier dato que corrobore lo que acaba de contarle Flora. Es asombroso la cantidad de inexactitudes que contenían los diarios de aquella época. Algunas salieron posteriormente a la luz. Esta, por ejemplo, publicada en el *Toronto Star* en septiembre de 1899:

El Star ha sabido que el explorador estadounidense Lester Armitage ha llegado a la cota más septentrional alcanzada jamás por el hombre. Tras recorrer centenares de millas atravesando el mar helado junto a sus recios compañeros nativos, se halló a menos de tres grados del Polo propiamente dicho, marcando un nuevo hito para el país de las barras y las estrellas...

Es casi seguro, sin embargo, que Armitage ni siquiera se aproximó a los ochenta y siete grados de latitud norte. Los escasos supervivientes de su expedición regresaron en otoño de 1900, desorientados y con la salud muy deteriorada. En ese momento, la desaparición de tres hombres era un asunto mucho más jugoso para la prensa que conocer el lugar donde habían estado. Los hombres de Armitage parecían avergonzarse de haber perdido a su líder en tales circunstancias —Lester había desaparecido cuando regresaron de cazar bueyes

almizcleros—, pero de sus relatos cabía deducir que la expedición no se alejó mucho de tierra firme. Es posible que ni siquiera llegara al punto que alcanzó Armitage en su viaje anterior.

Había que tener en cuenta, además, esa anomalía de su primer libro, el momento culminante en que aseguraba haber descubierto una nueva isla frente a la costa norte de Groenlandia en 1892. Años después, se demostró que la Tierra de Dupree no existía.

¿Qué otras falsedades acechan en estos viejos recortes? ¿Qué omisiones? ¿Qué patrañas? No se debe conceder crédito a una noticia simplemente porque esté impresa. ¿Cómo consiguió Armitage ocultar su engaño durante tanto tiempo? Es fácil deducir que los exploradores tenían tendencia a contar mentiras porque..., en fin, porque podían permitirselo.

Los primeros indicios de que había gato encerrado aparecieron un año después del regreso de la Reina de las Nieves:

ACUSACIÓN DE FRAUDE EN EL ÁRTICO

El señor Lester Armitage, el hombre que este año alcanzó el punto más septentrional conocido por el hombre al llegar a los 87° de latitud norte, a menos de doscientas millas del Polo, asegura que el señor De Beyn, también explorador, miente al asegurar que ha descubierto una isla desconocida hasta ahora. Los registros documentales que se hallan en el centro de la polémica se han perdido, y el señor Armitage afirma que nunca han existido y que los compañeros esquimales del señor De Beyn niegan que vieran dicha isla.

New York Leader, septiembre de 1899

He aquí una mención a esa tierra ignota de la que le ha hablado Flora Cochrane. Pero Armitage niega su existencia. (¿Por qué? ¿Y cómo lo sabía él?) Parece prematuro, como mínimo, poner en duda una afirmación que todavía no se ha hecho pública. Pero el *Leader* era uno de los ejemplos más notorios de periodismo amarillista; el rotativo cerró finalmente después de una serie de demandas en su contra. En ese momento Armitage parece estar vivo y hallarse en buen estado de salud, además de disponer de medios para comunicarse con su país. De Beyn y Welbourne seguían también en el Ártico. Hasta entonces, el único motivo para sospechar que pasaba algo raro era que nadie sabía exactamente dónde se encontraban.

Unas semanas después, se acumulan las malas noticias:

*SE DESVANECEN LAS ESPERANZAS DE ENCONTRAR A LA ÚLTIMA EXPEDICIÓN
ENVIADA AL ÁRTICO. EL SILENCIO DEL SEÑOR ARMITAGE, A DEBATE EN EL SENADO:
¿ES LA EXPLORACIÓN ÁRTICA UN DERROCHE DE VIDAS Y DINERO?*

Los patriotas estadounidenses están en ascuas respecto al resultado de su más reciente intento de plantar la bandera nacional en la cima del mundo. Hace un año y medio, el señor Lester Armitage zarpó dispuesto a rellenar una de las últimas lagunas que quedan en el mapa, reclamando el Polo Norte para los Estados Unidos de América. El buque de avituallamiento que trató de llegar hasta él este verano tuvo que interrumpir su viaje a causa de la acumulación de hielo y desembarcó sus suministros en la isla de Pym, muy al sur.

A ello viene a sumarse otra mala noticia, y es que cada vez es mayor la preocupación respecto a la suerte corrida por los exploradores Scott C. Welbourne y Jakob de Beyn, que no acudieron a la cita que tenían concertada con el barco que debía traerlos de vuelta a casa. Se desconoce su paradero actual.

New York Mail, diciembre de 1899

UNA ESPIRITISTA ASEGURA SABER QUÉ HA SIDO DEL HÉROE

La señora Eliza Jupp, la conocida médium neoyorquina, ha asegurado a nuestro corresponsal que obran en su poder mensajes de vital importancia para las familias del señor Armitage, el señor De Beyn y el señor Scotty Welbourne II, heredero de una destacada familia de banqueros de Charleston. Los tres exploradores árticos desaparecieron sin dejar rastro entre las brumas polares en el verano de 1899. La señora Jupp asegura conocer su paradero, del que informará a las familias en privado.

New York Leader, abril de 1900

Apenas unos meses después de que saltara la noticia de sus grandes hazañas, Armitage, Welbourne y Jakob engrosaron la nómina de los desaparecidos en el Ártico.

* * *

Solo ha encontrado una fotografía en la que aparecen juntos su tío abuelo y Lester Armitage, y data de la primera expedición, la de 1892. En ella aparecen cinco hombres posando delante de un oscuro brazo de mar, con dos perros a sus pies. Es verano y hay poca nieve en las laderas de los montes. Randall ha pasado largo rato estudiando sus rostros y se ha formado una idea de su carácter. Armitage le parece severo y arrogante: su mal gesto le delata, a pesar de que tiene la cara medio tapada por un bigote de guías curvas que le da un aire anticuado, heroico y falto de espontaneidad. Tal vez su juicio esté empañado por la lectura del libro: son atributos que se traslucen de su forma de escribir. En cuanto a Jakob, es difícil saberlo. Al lado de sus compañeros, parece bastante enclenque. Es un joven risueño, con la cara completamente afeitada. A diferencia de los demás, parece divertirse.

Aparte de eso, no consigue deducir nada más de la fotografía. Y la Reina de las Nieves no le ha dicho nada que arroje luz sobre la relación entre los dos hombres.

Randall está enfadado con ella. No quiere enfadarse con sus padres, ni con sus

abuelos, y necesita enfadarse con alguien. La verdad es que no le cae muy simpática. Le parece fría y despiadada, además de escurridiza. A veces se pregunta si está jugando con él. Puede, la idea le asalta de repente, que le haya mentido sobre su bisabuelo. O que esté equivocada. A fin de cuentas es una vieja que cuenta batallitas, puede que esté algo confusa.

¿Y si nada de lo que le ha dicho es cierto? ¿Y si Jakob y ella no volvieron a encontrarse en Groenlandia? ¿Y si no iban a casarse? ¿Y si lo que cuenta en su libro es la pura verdad? ¿Qué prueba hay de lo que pasó realmente?

Capítulo 53

Canal Kennedy, 81° 11' N, 67° 53' O

Julio-noviembre de 1898

La gente decía que Lester Armitage estaba envejeciendo. Él mismo había oído rumores al respecto, aunque fingía que le traían sin cuidado. No contribuyó a tranquilizarle el hecho de que, a su regreso de su último viaje a Washington, su esposa, Emma, le recibiera con un beso y el ceño ligeramente fruncido.

—¡Querido! ¡Qué carita tan gris tienes! —había exclamado—. ¿Qué te han hecho?

En realidad, los senadores le dieron buenas noticias. Los escollos empezaban a disiparse y el sustituto del Polar Star, el President McKinley, otro costosísimo buque de motores potentes y casco reforzado, estaba casi listo. Él había reunido un nuevo equipo de colaboradores y disponía de capital suficiente para asegurarse una estancia de tres años, lo que equivalía a lanzar tres veces los dados. Esta vez, pese a los contratiempos y las salidas en falso, sería el primer hombre en alcanzar el Polo; *tenía* que serlo. Era muy consciente de que tenía cuarenta y cinco años y se le agotaba el tiempo.

Sabía que De Beyn había vuelto al Ártico el año anterior. La noticia había pasado casi desapercibida. De hecho, la expedición tenía cierto aire furtivo y solapado, como si De Beyn y su amigo el ricachón estuvieran haciendo algo deshonesto y vergonzoso. Cuando se enteró de que el barco los había dejado en Neqi, el mismo poblado en el que Armitage instaló su campamento siete años antes, Emma apenas pudo contener su indignación.

—¡Pero Neqi es *tu* poblado! ¡Cómo se atreve ese esmirriado!

—Estoy de acuerdo en que al menos podría..., eh..., haberme consultado al respecto. —Lester trató de dominar su ira—. Pero, naturalmente, iba a llevar al esquimal a su casa.

Emma hizo un mohín. El asunto de los esquimales había sido de lo más desagradable. Lester sabía que a su esposa no le gustaba tocar ese tema. Lo más doloroso era saber que seguramente la gente le creía insensible. Pero ignoraban los tormentos que había sufrido al enterarse de la suerte que corrieron los

esquimales, sobre todo su palomita ártica. No había nadie en el mundo con quien pudiera compartir esa pena. Había sido de vital importancia desvincularse por completo del asunto para poder concentrarse en los preparativos de su siguiente viaje. No podía distraerse pensando en líos y fracasos cuando tenía que recaudar fondos.

* * *

Se sentía ya viejo y cansado cuando zarparon, rodeado como estaba de jóvenes de ojos brillantes, tensa musculatura y piel tersa, pero tan pronto olió el hielo y vio los rojos farallones de la bahía de Melville y el gran espolón fático del Dedo del Diablo asomando entre el hielo (para él, era como un poste indicador que anunciaba la llegada al verdadero país de la hombría), se sintió más animado y se quitó años de encima.

Ese sentimiento de exaltación y vigor juvenil duró hasta que atracaron frente a Siorapaluk para embarcar a tantos hombres y perros como pudieran reunir. La noticia de que estaba allí había llegado a oídos de todos los cazadores de la región, que fueron a ver qué ofrecía. Subieron a bordo perros y cazadores con sus familias, y las cubiertas del barco se convirtieron en un sucio poblado flotante.

Entre las caras conocidas estaba Metek, aquel excelente conductor de perros, un compañero capaz y bien dispuesto, veterano de su primer viaje al Norte. Pero esta vez no quiso acompañarlos. ¡No, ni siquiera por dos rifles! Estaba harto de expediciones. Era ya abuelo y estaba viejo; era más joven que él, en realidad, pero, claro, eso no es comparable. No quería pasar tanto tiempo alejado de los territorios de caza. El año anterior había acompañado a De Beyn en otra travesía al norte, siguiendo la misma ruta que Armitage en su viaje anterior. Llegaron de nuevo al gran acantilado, solo que esta vez no había niebla y vieron extenderse la banquisa millas y millas, hasta donde alcanzaba la vista. Un lugar desolado. Sin caza. Fue un viaje duro, muy, muy duro. Metek ignoraba por qué había querido De Beyn visitar un sitio en el que ya habían estado él mismo, Armitage y Urbino sin encontrar nada que valiera la pena, pero eso habían hecho. Esa había sido su última expedición. Así que *naamik, kooyounah*: gracias, pero no.

A Armitage empezó a dolerle la mandíbula de tanto sonreír. Cuando supo lo que había hecho De Beyn, le acometió una náusea y tuvo que apretar los dientes. Sabía por qué había ido De Beyn hasta allí: solo podía haber un motivo.

* * *

Mientras se abren paso por el estrecho saturado de hielo hasta que el barco no puede seguir avanzando, mientras levantan el campamento de invierno y Lester hace sus cálculos inacabables, mientras pone a su equipo a cazar, a confeccionar ropa y adaptar los pertrechos, mientras hace todas estas cosas con la energía de una obstinación implacable, el gusano perforador que Metek le ha transmitido sin saberlo ¡y sonriendo! va carcomiéndole por dentro, cada vez más hondo, hasta quitarle el sueño. A medida que se acortan los días, se acorta también su paciencia. Cuando por las noches se desploma en su catre, mucho después de las doce, cierra los ojos y ve la cara de De Beyn, o más bien su recuerdo nebuloso, y se pregunta por qué el geólogo le tiene tanta inquina. A fin de cuentas, fue él quien le brindó su gran oportunidad. ¿Por qué no se muestra agradecido, en lugar de intentar robarle la gloria, arrebatarle el premio del Polo delante de sus narices? De Beyn sabe ya lo que ni siquiera el propio Lester se ha atrevido a reconocer ante sí mismo estos últimos seis años: que la Tierra de Dupree es una quimera fruto de su deseo. Conjuró su existencia por pura voluntad y se dijo que tal vez *estuviera* allí, al fin y al cabo. Puesto que no se veía nada entre la niebla, no podían afirmar que no existía (igual que Dios). De Beyn debía confiar en encontrar un camino transitable para llegar desde allí al Polo y, al no encontrarlo, había cambiado de idea. Eso debía de ser lo que estaba haciendo en Ellesmere: buscar una ruta alternativa.

* * *

El tictac del reloj no cesa. Le corroe por dentro. Aunque De Beyn no llegue al Polo y, sin un buque, sin una base situada mucho más al norte ni una infraestructura sólida que le respalde, Lester no ve cómo puede llegar; aun así, puede echar por tierra su reputación. Volverá a Nueva York y le tachará de mentiroso. O, como mínimo, de imbécil. Y si Lester vuelve después con el premio, ¿quién le creerá?

El tiempo fluye torrencialmente. Su reloj marca sin cesar los segundos a medida que pasan, recordándole, uno por uno, que está más cerca de la muerte. Si aquí no fuera crucial conservar la noción del tiempo, habría acallado su tictac aplastándolo con el tacón de la bota.

Se persuadió hace tiempo de que *había* visto algo entre aquella opacidad espantosa: una silueta elevada, una tenue solidez, indistinta pero tentadora. *Tenía*

que haberlo visto. Se convenció de que era cierto.

* * *

Es noviembre, pero los vestigios de una pálida oscuridad enturbian todavía el horizonte meridional. Durante los dos últimos días de travesía hacia el sur junto a dos de sus cazadores, han visto paraselenes (arcos de luz y falsas lunas reflejadas en el cielo raso) colgando como fríos fanales sobre la aterciopelada escombrera del mar helado. Kussuk, uno de los esquimales, dice que es mala señal.

Su vieja choza de Neqi, saqueada y reconstruida, está bordeada de ventisqueros. Llama a la puerta, sorprendido porque nadie haya acudido a recibir a los visitantes al oír los aullidos de sus perros. Se abre la puerta y allí, vestido con un jersey amorfo y pantalones de piel de oso, está el geólogo, mirándole como si fuera un fantasma.

—De Beyn. Soy Armitage.

—Claro... Santo cielo.

—Sin duda sabía que estaba aquí.

—Oímos que estaba al norte. No esperábamos verle por aquí. ¡Pase!

Se aparta para dejar que Lester entre en sus antiguos dominios y cierra de un portazo. Lester se quita las botas cubiertas por una costra de nieve.

—Me sorprende que todavía quede algo en pie.

—Tuvimos que arreglarla. Estaba en ruinas.

—Lamento llegar tan inesperadamente. Espero no molestarle.

De Beyn se ríe, y Lester se acuerda de cómo le crispaba los nervios su risa aguda el invierno que pasaron juntos.

—¿Molestarme? No, en absoluto. Siempre es un placer tener visitas, pero me temo que el señor Welbourne no está. Se ha ido otra vez a cazar morsas. Yo creía que a estas alturas ya se habría cansado de ese deporte, pero por lo visto no. Le parece la caza más emocionante del mundo. Mejor que los leones, incluso.

Mientras parlotea de esto y aquello —otra costumbre que sacaba de quicio a Lester—, De Beyn pone a hervir agua en un cazo, saca unas tazas y unas galletas y las lleva a la mesa. Lester observa a su excompañero. Apenas ha cambiado desde su último encuentro. ¿Cuándo fue eso? En el funeral del pobre Urbino, hace seis años, tuvo que ser. Está igual de flaco y posee aún esa agilidad de movimientos que contrarresta su delicadeza solo aparente. Tiene el pelo blanco bastante largo y la cara algo más curtida que antes. Igual que él, imagina, aunque

De Beyn debe de ser como mínimo una década más joven que él.

—¿No tiene mujeres que le ayuden?

—Sí. Cualquiera se lo impide... Pero vienen y se marchan. —De Beyn le dedica una sonrisa desenfadada—. Ahora mismo estoy trabajando en mis fotografías, y es más fácil hacerlo solo.

—Ah.

Lester deja vagar su mirada por las paredes de la choza. Hay un par de láminas expuestas a la vista. Una de ellas parece mostrar el interior de una cueva, con un rayo de luz vertical que cae sobre una figura envuelta en pieles. Hay en la fotografía algo de extraño y de teatral, que atrae irresistiblemente su mirada.

—Tengo entendido que la inglesa ha vuelto a venir.

—Sí. Estuvieron en Siorapaluk a principios de año.

—Qué cosa tan extraordinaria. ¿Y el..., eh..., el marido? ¿Se recuperó de lo que le pasase?

—Eso lo ignoro. No estaba con ellos. —De Beyn fija la mirada en la mesa.

Lester sacude la cabeza.

—Menudo necio. Me estremezco al pensar en lo que puede sucederle a una mujer aquí, ¿usted no?

De Beyn responde con una sonrisa ambigua.

—Supongo que podría ocurrirnos cualquier cosa a cualquiera de nosotros.

—Bueno, con algunas salvedades. ¿Los vio usted, entonces?

—Un par de veces. Pasaron casi todo el tiempo en el suroeste, creo.

—Los chicos me dijeron que uno de ellos había muerto.

De Beyn vacila antes de sacar un cigarrillo de un pequeño bolso.

—Sí. Por lo visto tuvo no sé qué accidente con un arma.

—Santo cielo. Imagino que deberíamos alegrarnos de que no fuera peor. Aquella vez, cuando nos encontramos con ellos, me pareció un asunto muy raro. La verdad es que no me explico qué clase de hombres pueden meterse en ese... montaje barato.

—Los hombres me causaron muy buena impresión. Desde luego, su geólogo, en el único campo en el que me siento cualificado para dar mi opinión, parecía estar haciendo un trabajo excelente.

Lester se encoge de hombros.

—Yo pensaba que una mujer sería un estorbo. Habría que andar siempre preocupándose por ella, velando por su seguridad. Retrasaría enormemente la expedición. Y la idea de que una mujer encabece a un grupo de hombres es tan

risible como que... ¡como que un esquimal lidere a un grupo de hombres blancos! Debe de ser algo nominal, nada más. Por la publicidad, imagino.

—No lo parecía.

—Entonces, perdieron a un hombre.

De Beyn le mira fijamente.

—Hasta en las expediciones mejor dirigidas hay accidentes. No creo que yo pueda olvidarlo nunca.

—Razón de más para que no se permita a las mujeres exponerse a esos peligros. No entiendo cómo lo consiente su marido.

Se hace una pausa. Luego De Beyn dice:

—Bueno, no es asunto nuestro.

Mira un instante el tabique del cuartito del fondo, la pequeña estancia que antes era el despacho de Lester.

—Entonces, ¿va a volver al Norte, Armitage? —pregunta por fin.

—Sí. Intentaremos llegar al Polo en primavera. ¿Y usted? Tengo entendido que se le dieron muy bien las cosas en Ellesmere.

—Se cumplieron todas mis expectativas.

—¿Y qué planes tiene para la próxima temporada?

—Más trabajo científico. Puede que en el glaciar de aquí. Hablaremos de ello cuando regrese Welbourne.

—Se lo pregunto únicamente porque confío en evitar un conflicto de intereses.

—No tiene que preocuparse por eso, Armitage. Le deseo buena suerte con el Polo. Será toda una hazaña.

—Haremos lo que podamos.

De Beyn le sonrío. ¿Cómo ha de interpretar su actitud? A su modo de ver, es muy posible que De Beyn tenga pensado intentar llegar al Polo en primavera y se lo esté callando. Sería muy propio de él actuar bajo cuerda.

—¿Ha visto a Aniguin desde su llegada?

—No. ¿Cómo está?

—Bastante bien. Se ha instalado en un poblado al sur. Sospecho que se ha hartado de los *kallunat* para una buena temporada.

Lester asiente con un gesto.

—Nunca le he dado las gracias como es debido por lo que hizo en Nueva York. Por él y por los demás esquimales. Un asunto espantoso.

—Sí.

—Lamenté mucho no poder serles de más ayuda, pero estaba tan ocupado... Mis compromisos eran tan onerosos, ¿comprende usted? Tenía las manos atadas.

—Eso tengo entendido.

Lester frunce el ceño.

—Me causó gran inquietud personal, como sin duda puede imaginar. Si hubiera intuido lo peligroso que resultaría Nueva York para ellos... —Sacude la cabeza—. Pero tenían tantas ganas de ir... Se empeñaron en ello.

—Usted no podía saberlo —repone De Beyn.

—No. Y sin embargo me siento responsable. Y..., eh... ¿Tiene usted noticias de la..., eh..., de la hija del doctor Urbino? Me gustaría hacer algo por ella si puedo.

—Meqro trabaja para nosotros. Puede preguntárselo usted mismo.

—¿Quién?

—La madre de la niña. Está bien, y la pequeña también. Aamma tiene ya cinco años.

—Ah... Estupendo.

—Es muy independiente. Los padres del doctor Urbino se ofrecieron a hacerse cargo de la niña, pero Meqro no quiso. Sin embargo, estoy seguro de que cualquier ayuda que pueda prestarle será bien recibida.

Lester asiente de nuevo.

—Me alegra saberlo. —Se queda mirando la cazoleta de su pipa—. De Beyn, hay un asunto del que quería hablarle. Cuando llegué oí algo que me dejó preocupado. —Intenta sonreír—. Puede que fueran tonterías, pero me dijeron que el pasado verano fue usted a la costa norte. Que, de hecho, siguió usted mis pasos. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto.

—¿Y cruzó el hielo hasta la Tierra de Dupree?

De Beyn fija la mirada en él.

—No vimos tierra.

—Entonces no pudo llegar tan al este como nosotros.

De Beyn baja la mirada y parece sonreírse.

—Fuimos más allá de las coordenadas que mencionaba usted. Seguimos la costa unas cincuenta millas náuticas y no vimos tierra. Sé que en su caso las condiciones meteorológicas eran difíciles. Nosotros tuvimos suerte en ese aspecto. Estaba perfectamente despejado. Hicimos varias mediciones para asegurarnos.

Lester procura no reaccionar.

—Qué extraño. Yo sé lo que vi.

—Quizá fuera una fata morgana, una ilusión óptica. Yo he visto cosas

extraordinarias: una cadena montañosa que en realidad no existía; una ciudad, incluso. Entiendo que uno pueda confundirse.

Lester sacude la cabeza.

—Es una gran lástima que el doctor Urbino no esté vivo para corroborar lo que vimos.

De Beyn suelta una abrupta carcajada.

—¡Sí, desde luego, es una pena que no esté vivo! Sepa usted que me contó lo que vio, es decir, nada en absoluto. La niebla no llegó a levantarse. Frank me dijo que ni siquiera podían asegurar que fuera la costa norte y no la orilla de un fiordo.

Lester siente el bombeo fuerte y constante de su corazón. Sopesa sus palabras.

—No. Urbino no vio lo que vi yo. Pero después de su muerte quise compartir el mérito con él. Quería hacer algo por su familia. Por su recuerdo.

—Una idea generosa, pero desacertada. Resulta que al final solo ha compartido con él el mérito de un error.

Los ojos de De Beyn parecen muy negros a la luz de la lámpara. Solo el blanco de su pelo mitiga su negrura.

Lester menea ligeramente la cabeza.

—Qué extraordinario... ¿Tiene fotografías hechas desde la costa?

—Sí. ¿Quiere verlas?

Lester hace un ademán de significado ambiguo. Trata de ordenar sus pensamientos mientras De Beyn entra en el cuartito y vuelve con una carpeta. Las fotografías son pequeñas, pero muy nítidas. Están enmarcadas en blanco y llevan anotadas las coordenadas, la fecha, la hora y la ubicación. Su precisión, su minuciosidad desmerecen la labor de Lester.

—Estas abarcan la zona que describe usted en su libro. No podríamos haber pasado por alto una isla como la que describía usted. Lo lamento —dice De Beyn abriendo las manos.

Su disculpa enfurece a Lester. Como si De Beyn no estuviera encantado. Como si no estuviera *pavoneándose*.

—Tuvieron mucha suerte con el tiempo, desde luego. Así pues, debo felicitarle por mejorar mi trabajo.

De Beyn se encoge de hombros e inclina la cabeza.

—Naturalmente, uno se yergue sobre los hombros de sus predecesores. Metek fue de gran ayuda porque conocía la región.

—¿Welbourne los acompañó?

—Sí. También sabe navegar, de modo que podía corroborar las mediciones.

Lester procura que su voz suene ligera y relajada.

—Entonces... ¿cuándo piensan volver a casa?

—En agosto. —De Beyn sonríe—. Armitage, si llega usted al Polo, mis hallazgos no interesarán a nadie. Hará usted historia. Y yo seré, como mucho, una nota a pie de página.

* * *

Lester sigue despierto cuando la noche da paso a la mañana. Su cerebro gira sin descanso, revisando los hechos, buscando una solución. De Beyn regresará a Estados Unidos mucho antes que él. Le dejará por mentiroso. Se diría que en cierto modo le culpa de la muerte de Urbino. Detrás de sus sonrisas y sus palabras tranquilizadoras, su desagrado salta a la vista. Lester desearía que le acusara claramente para poder defenderse, para exhibir su dolor. ¿Acaso cree la gente que no tiene sentimientos? Es tan sensible como el que más. Pero el jefe de una expedición no puede permitirse flaquear. Tiene que hacer lo que sea necesario, y él lo hizo.

¿Qué debería hacer ahora? ¿Suplicarle a De Beyn? ¿Obviar la mala noticia y confiar en que su insignificancia relativa mitigue su impacto y quizás incluso lo anule por completo? ¿Negociar con De Beyn?

Aguza el oído hasta que está seguro de que De Beyn se ha dormido. Entonces sale de la cama y se detiene, atento a cualquier cambio en su respiración. Cuando se cerciora de que De Beyn sigue durmiendo, se acerca a la puerta del cuartito y prueba a abrirla.

* * *

Notó hace unas horas que De Beyn lanzaba una ojeada a la puerta y se preguntó por un momento, desquiciado, si habría alguien allí. Pero la llama de su vela solo alumbró adminículos fotográficos: productos químicos, carpetas, instantáneas colgadas de la pared. Echa un vistazo a las fotografías: hielo, rocas y agua en sus diversas manifestaciones. Luego se fija en las carpetas, rotuladas con fechas y ubicaciones. De Beyn siempre ha sido minucioso. Lee los títulos y extrae una carpeta titulada *Thule. Glaciar F*. Contiene fotografías de un glaciar, en un paisaje desconocido. Hay un lago de deshielo en el que centellea el sol. Vuelve a guardar la fotografía y saca otras: un hombre blanco con barba que debe de ser Welbourne; esquimales: Aniguin y otro más joven y alto al que no

conoce); el propio De Beyn. Ellos cuatro, agrupados de distintas formas y en lugares diversos. Nada fuera de lo normal. Lester también puede ser meticoloso. Sigue buscando: en los estantes, detrás de las botellas, debajo de la mesa. Puede que no haya nada, pero esa mirada... Lester no es tonto.

Abre una caja que contiene láminas de papel fotográfico en blanco. Está a punto de cerrar la tapa cuando repara en que el montón de papel parece algo torcido. Lo saca. Debajo hay un paquete envuelto en papel marrón. En él hay una sola palabra escrita a lápiz: *Naasut*.

Para él no tiene ningún significado, pero se le acelera el corazón cuando comienza a desdoblar el papel. Se queda de piedra al ver la primera fotografía. Y más aún al ver la segunda.

Recuerda entonces que *naasut* significa «flores» en esquimal. Pero no son flores lo que muestran las fotografías.

Capítulo 54

Neqi, 77° 52' N, 71° 37' O

Noviembre de 1898

Lucha por escapar de las redes del sueño. Tiene fresca en la memoria una mañana de hace tres años: su primer despertar en Inglaterra. Ignoraba dónde estaba; solo sabía que no se oía el chirriar de los motores, ni se dejaba sentir el vaivén mareante del Etruria. Quizás se había ahogado y estaba en el más allá. ¿Por qué le había tenido tanto miedo? Se deleitó en el silencio, en la soledad, en la franja de luz solar que decoloraba el papel de la pared, frente a él. Y pensó: «Qué maravilla, haber llegado».

Se desperezó con fruición en la cama, una cama mullida y amplia, en nada parecida a su mísero catre de segunda clase, hasta que su pie tocó algo firme y cálido que se movió. Y entonces se acordó de golpe, en un fagonazo deslumbrador. Se dio la vuelta y allí estaba Flora, tumbada de espaldas a él. Adivinó sin embargo que estaba despierta, que aguardaba sin saber qué hacer. Pasó la mano por su hombro desnudo, murmuró su nombre, era asombroso decirlo en voz alta, y ella se giró para mirarle. Tenía una expresión cautelosa, pero cuando sonrió, igual que él, sin poder evitarlo, sintieron ambos que la ternura volvía a avivarse. Antes, cada vez que hacía una conquista amorosa, la mañana siguiente estaba plagada de dudas, de recelos, de arrepentimientos. Esa mañana, en cambio, todo eso estaba ausente. Dijo:

—Temía estar soñando. ¿Eres carne o espíritu?

Ella bajó los ojos y sonrió al contestar:

—Soy carne.

* * *

Los tres supervivientes de la expedición británica —Flora, Dixon y Haddo— se marcharon en agosto. Aunque le entristeciera, en el fondo fue un alivio que el Clansman se los llevara por fin. Flora, preocupada por perder toda autoridad, se había empeñado en ocultarles su relación a Ralph y Henry. Jakob creía

entenderlo, pero aun así le dolió que se distanciara, que su reserva fuera instalándose paulatinamente, hasta ocultar a la mujer del valle, a aquella joven feliz y desinhibida. Llegó un momento en que Flora apenas le miraba cuando estaban acompañados. Frustrado y acosado por las dudas, Jakob le preguntó si se arrepentía de las promesas que se habían hecho. La acusó de avergonzarse de él y hasta de ser una cobarde: sabía que eso le dolería. Ella lo negó con furia, con una vehemencia tan apasionada que Jakob se sintió abochornado. Luego, Flora lloró y, mientras la estrechaba en sus brazos, él experimentó una oleada de gozo, de alivio y de vergüenza.

Dispusieron de muy pocos momentos de intimidad al regresar a tierra firme, y los que encontraron estuvieron teñidos por una especie de desesperación. A veces, Flora le recordaba a sí mismo cuando era más joven por su forma de entregarse al amor como si la pasión pudiera borrar toda duda. Estaba preocupado, aunque no hasta el punto de hablarle de ello. La víspera del regreso de Flora a Siorapaluk, después de que Welbourne se escabullera discretamente, ella se quedó inerte en sus brazos y se apartó de él en el camastro.

—No puedo. No va a servir de nada. No puedo.

Estaba al borde de las lágrimas.

—Shh. No importa. Yo tampoco puedo.

—No quiero que la última vez sea así.

—No es la última vez, amor mío.

Volvió a estrecharla en sus brazos, pero ella no se dejó consolar.

—Tenías razón, soy una cobarde. Tengo miedo.

—No. ¿De qué tienes miedo?

—De la gente, de sus reproches, de todo. De estar sola y tener que... protegernos.

—Bueno, yo no necesito protección. Y no será tan terrible como crees. No tendrás que hablar de lo nuestro. No tienes por qué dar explicaciones.

—No me avergüenzo.

—Lo sé.

—No tengo miedo de cambiar de idea.

—Bien. Yo tampoco.

Ella acarició su cadera. A la luz del quinqué, tenía los ojos tristes. Le atrajo hacia sí.

—Quiero que tú goces, aunque yo no pueda.

—Estoy bien así.

—¿No quieres?

—No pasa nada, de veras.

Flora comenzó a llorar desconsoladamente.

—Quería que tuvieras esto para... recordarlo. Y lo he estropeado todo. Sus ojos se desbordaban. Le brillaban las mejillas a la luz de la lámpara.

—No has estropeado nada. No va a pasar nada. Eres mi mujer, Flora.

—Sí.

—Y cuando estés en Londres sabrás que estaré pensando en ti todas las noches, así, como estás ahora.

—¿Lloriqueando?

Jakob se rio.

—En mis brazos. Desnuda. ¿Te acuerdas del papa?

Vio con alivio que ella sonreía.

—El bueno del papa...

—También yo pensé entonces que lo había echado todo a perder.

—No... —Ella besó su hombro y repitió con vehemencia—: No.

—¿Te acuerdas del cuarto de baño de Liverpool, el de los azulejos verdes? Su mirada cambió. Otro fuego había prendido.

—Cuando me lavaste...

—Pienso en eso muchas veces.

Flora bajó la mirada y dijo con la boca pegada a su piel:

—Yo también.

—¿Y qué te parece?

Ella sonrió y besó su pecho. Jakob le acarició el pelo.

—Pensaré en eso cuando no estés aquí. En todas esas cosas maravillosas.

Flora levantó un poco la cara.

—¿Y en nada más, desde entonces?

—Ah, sí, en muchas otras cosas. Como esa vez, cuando estuviste nadando en el lago y tenías tanto frío... —De pronto le embargó una timidez rara en él.

—¿Te estás sonrojando?

Se rio como si le hubieran cogido en falta.

—Solo digo que no necesito... Y también pensaré en la próxima vez, cuando vuelva a verte. Eso será lo mejor de todo.

Flora cambió de postura para mirarle de frente, le acarició levemente, apretó los muslos contra los suyos.

—Yo también pensaré en eso.

* * *

Cuando se despidieron, besándose con la boca reseca, Flora le abrazó tan fuerte que le hizo daño. Tenía los ojos húmedos cuando dijo:

—No dudes de mí, amor mío. No te fallaré.

Le miraba con tal convicción mientras sostenía su cara entre las manos que, a pesar de la incertidumbre, de la zozobra y la inquietud que sentía, Jakob no dudó de ella.

Intercambiaron cartas que ambos diseccionaron cuidadosamente. Muy pocas, durante ese último año. Las dos que Jakob ha leído hasta ahora están desgastadas de tanto manosearlas. En ellas, Flora le suplica que la perdone; él conoce su verdadero yo, a la Flora del valle, y cuando sea libre... A él le encantan sus cartas. Le mantienen caliente durante las noches más frías. Las guarda a buen recaudo en el bolsillo de la pechera de su camisa. Él escribió las suyas a vuelapluma, con la esperanza de plasmar mejor sus sentimientos. Pero se descubrió escribiendo frases hechas, viejas y trilladas. No las descartó, sin embargo. A fin de cuentas, los tópicos ya no le asustaban.

* * *

Silencio en la choza. Aún es temprano. Orienta sus pensamientos hacia Flora, se los imagina volando sobre el mapa hacia el punto en el que se encuentra ella para acudir en su auxilio; colándose en su casa por algún sitio (¿por la chimenea? ¿A través de la ventana?) y metiéndose en esa cama que nunca ha visto. Y luego... ¿qué? ¿Vierte palabras en su oído? ¿Desliza sus manos fantasmagóricas bajo su camisón? En Londres debe de ser hora de comer.

Confía en que esté bien, en que las cosas no se hayan complicado, en que no tenga dudas, ni sufra. Él lo tiene más fácil. Se remueve bajo las mantas cálidas, siente añoranza, un deseo tierno y bienhechor.

Recuerda estar tendido con la cabeza en su regazo y el sol en los ojos, desabrochándole los botones de la blusa. (Flora le dijo sonriendo que tenía cara de no saber qué iba a encontrar debajo.) Con la punta de un dedo, dibuja un círculo alrededor de su pecho y se asombra de que pueda ser al mismo tiempo tan firme y tan delicado. Las areolas se ponen del color de los amaneceres alpinos, mullidas como cojines. Aprieta sus pechos lo más suavemente que puede para levantar apenas su masa cálida, posponiendo el momento de rozar con los labios esa blandura rosada y fugaz. Ansía el instante en que se

endurezcan, pero desearía poder retrasarlo un poco, porque después el botón duro y redondo le obligará a fruncir los labios, a ahuecar las mejillas, a rendirles homenaje con la lengua. (Ella bajó la mirada, se rio sin darle explicaciones. A él no le importó. Luego dejó de reírse, apretó la cabeza de él contra su pecho y Jakob chupó con la fuerza justa para hacerla gemir.)

* * *

Los esquimales llaman a esta época del año *tutsarfik*, que significa algo así como «está escuchando», y esta mañana el nombre parece justificado. Lo único que interrumpe la quietud es el ladrido de un perro solitario. Jakob baja con paso decidido a la orilla helada, precedido por la nube que forma su aliento. Lleva un cubo en una mano y en la otra un farol.

Quizá fuera de esperar que Armitage viniera a verle al enterarse de su viaje al Norte. Creía, sin embargo, que el orgullo o la vergüenza le mantendrían alejado. Cuando supieron que Armitage había vuelto al Ártico, Flora se preocupó por él. ¿Suponía algún peligro? ¿Qué podía hacer? Jakob se echó a reír: Armitage no era tan malvado. En cuanto a sí mismo, después de que Welbourne y él descubrieran que la Tierra de Dupree no existía, su animosidad hacia Armitage se había mitigado. Era curioso. Durante mucho tiempo, ardió en deseos de demostrar que era un mentiroso. Le obsesionaba la muerte de Frank, de la que culpaba a Armitage. Le había odiado, en realidad, como a nadie en el mundo. Su sola existencia era para él un zumbido constante y doloroso. Ahora que tiene pruebas fehacientes de su mentira, ese zumbido ha desaparecido. Así que, ¿qué más da que Armitage afirmara haber visto una isla quimérica con el único fin de recaudar dinero? Y si de veras se aprovechó de la muerte de Frank para conseguirlo —tal vez la razón que le dio la noche pasada fuera sincera: es posible—, ya no le parece que sea de vital importancia.

Jakob mueve el farol de un lado a otro buscando una zona de nieve limpia, cosa difícil en el poblado. Cuando encuentra un trecho que aún no han mancillado ni hombres ni perros, se agacha y, con las manos envueltas en mitones, llena el cubo. La nieve fresca disminuye de volumen al derretirse. Para preparar una sola cafetera hace falta un cubo lleno. Recogerla es una de las tareas que más le satisfacen y se niega a delegarla.

Armitage sigue siendo tan arrogante como siempre, desdeñoso y autoritario, pero ahora Jakob puede verle como un hombre sometido por un látigo insoportable, dominado por una ambición tan voraz que lo arrasa todo a su paso.

Siempre ha tenido una mirada atormentada. Anoche, esos ojos parecían suplicarle.

* * *

Antes de marcharse, Armitage le pregunta si pueden hablar un momento en privado.

—¿Me da su palabra de honor de que no va a intentar llegar al Polo?

—No nos interesa el Polo, Armitage. Quédese tranquilo.

Armitage asiente con una inclinación de cabeza.

—Eso pienso hacer. Pero permítame decirle una cosa, De Beyn. Le sugiero que, cuando lleguen a casa, ninguno de los dos diga nada sobre su viaje al Norte ni sobre la Tierra de Dupree.

—¿Ah, sí? Nada de lo que podamos decir nosotros afectará a lo que haga usted aquí.

Lester pestañea. Tiene los párpados enrojecidos, como si no hubiera dormido.

—Prefiero pensar que no va a decir nada. A fin de cuentas, está en juego la reputación del doctor Urbino.

—Solo porque usted lo dice. Y su sugerencia me parece sumamente indecorosa.

Armitage deja escapar un soplando y sonrío.

—Es curioso que me hable usted de decoro. No creo, en todo caso, que vaya a hablar de ese asunto.

—¿Por qué?

—Supongo que porque..., eh... —Asoma la punta de la lengua y se humedece los labios—. Porque la señora Athlone es una mujer muy conocida.

Jakob siente un escalofrío.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Simplemente que, si usted no dice nada sobre su viaje al Norte o sobre la Tierra de Dupree, yo no hablaré de su... relación con ella. Si habla o escribe sobre ese asunto de cualquier modo que pueda dañar mi reputación, me veré obligado a hacer lo mismo.

Jakob descubre que se le ha quedado la garganta seca y tiene que hacer un esfuerzo para que le salga la voz.

—Eso no son más que chismorreos absurdos. No sé qué habrá oído, pero es ridículo sugerir...

—Seguramente no serían más que chismorreos si no fuera por esa tendencia

suya a documentarlo todo.

Sus ojos le delatan: se dirigen hacia el cuarto oscuro. Jakob sigue su mirada. ¿Cuándo ha entrado allí? ¿Anoche? ¿Esta mañana? Debe de haberlo puesto patas arriba... Siente un arrebató de ira.

—No caería usted tan bajo.

—No soy yo quien ha convertido en una ramera a la esposa del señor Athlone. Eso sí que es sumamente indecoroso, en mi opinión.

Jakob se queda callado unos segundos. Luego hace un gesto de derrota.

—Muy bien. Le doy mi palabra de que no mencionaré la Tierra de Dupree. No diré nada sobre la costa norte. No diremos nada ninguno de los dos. Ahora, devuélvame... lo que haya cogido.

Armitage se queda mirándole.

—Se lo devolveré, naturalmente. Cuando haya pasado todo esto.

Cruje una madera. Jakob da un paso adelante y Armitage un paso atrás. Se convence entonces de que todavía lleva la fotografía encima. No les habría confiado algo tan valioso a sus hombres. Armitage le vigila con ojos desorbitados. Entonces, una idea que no ha tomado forma concreta impulsa a Jakob a abalanzarse sobre él. Le agarra por los brazos y chocan contra la pared. Armitage se golpea la cabeza contra la madera, se oye un crujido y el aire abandona sus pulmones con un sonoro «aah».

Tras un segundo de pasividad causada por el asombro, Armitage se retuerce como una anguila e hinca los dedos en la mandíbula de Jakob. Enseña los dientes en una mueca que semeja una sonrisa. Luchan en silencio. Armitage es fuerte, tiene los brazos duros y fibrosos, le atenaza entre sus garras. Jakob echa mano de su ropa, le tira del jersey, del cinturón... ¿Dónde está...? ¿Dónde? Una silla rueda por el suelo. Algo se rompe. Jakob piensa de pronto con toda claridad que nunca ha golpeado a un hombre presa de la furia. ¿Por qué no lo ha hecho? Cierra el puño y lo lanza hacia la cara crispada de Armitage, golpea la carne y el cartílago, que cede a su contacto, y siente entonces un puñetazo ensordecedor en la oreja izquierda y la mandíbula. Le castañetean los dientes, le zumba la cabeza, se tambalea, no ve, no oye, pero se lanza contra Armitage y caen los dos al suelo. Chocan contra algo bajo, negro y duro. La estufa. Armitage suelta un chillido cuando su espalda entra en contacto con el hierro caliente.

Se aparta rodando, echándose las manos a la espalda. Jakob le tira de los pantalones, se sube a horcajadas sobre él y, al rasgarle los bolsillos, nota un trozo de papel rígido en el de la pechera y lo saca, aplastado. Tiene sangre en la mano. Una ráfaga de aire frío. Otro grito: una mujer. Al ver lo que se ha llevado

Armitage, intenta asestarle otro puñetazo en la cara. Es lo que se merece. Su puño da en el blanco, pero le duele horriblemente. Nota la cabeza abotargada. Armitage tiene la cabeza vuelta hacia un lado. Los dientes rojos. Un brazo rodea el pecho de Jakob y alguien tira de él hacia atrás. Los hombres están gritando.

* * *

Kussuk se ha inclinado sobre Armitage, que se incorpora despacio, sacudiendo la cabeza. Dice algo, pero Jakob no le oye: todavía le pitan los oídos.

—¿Esto es todo? —grita sosteniendo la fotografía delante de sí—. ¿Esto es todo, despreciable...?

Los brazos que le agarran por la cintura son los de Sorqaq. Jakob relaja los miembros y se aparta, desasiéndose. Los esquimales les miran estupefactos. Jakob baja la mirada hacia Armitage. La sangre que le brota de la nariz tiñe de rojo oscuro su bigote y su barba. Mira a Jakob. Sus ojos arden como lámparas en una casa donde alguien acaba de morir.

—Fuera —masculla Jakob con una voz que no parece la suya.

Sin decir nada, Kussuk ayuda a Armitage a levantarse, y él se zafa de su brazo y se tira de la ropa desordenada. Una de sus mangas cuelga hecha jirones. Tiene la camisa fuera de los pantalones, el bolsillo de la pechera casi arrancado. Camina rígidamente hasta la puerta y sale sin mirar a su alrededor.

Sorqaq mira a Jakob.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te ha atacado?

No está acostumbrado a que Jakob use la violencia. Jakob tampoco se considera un hombre violento. Se deja caer en una silla, junto a la mesa, y niega con la cabeza. Esto no puede estar pasando. No puede haberse peleado con Armitage. Y sin embargo así ha sido, por lo visto. Todavía tiene en el puño la fotografía arrugada que le ha robado Armitage, en el mismo puño con que le ha golpeado, rompiéndole, al parecer, la nariz. La mano le late, le arde. Los dedos ya han empezado a hincharse.

—Eh... Yo... Ha intentado robarme una cosa.

Sorqaq asiente y cruza una mirada con Meqro.

—¿Puedes ir a asegurarte de que se marchan?

Fija la mirada en el rifle que cuelga de la pared. Menos mal que no se ha acordado antes. Bien sabe Dios que con lo furioso que estaba... que está aún. Tiene la sensación de que no puede abrir el puño.

Incapaz de quedarse allí sentado sin saber qué está pasando, se pone en pie y

sigue a Sorqaq. Ha salido toda la gente del poblado. Hablan, gesticulan, observan a los visitantes que cargan sus trineos a oscuras. Los perros se alborotan, ansiosos por partir. Reina un ambiente de expectación casi festiva, pero por debajo se percibe una nota de alarma. Jakob se mantiene apartado. Sabe que los otros le miran, los oye cuchichear. Pero nada, ni siquiera algo tan fuera de lo corriente como una pelea entre dos *kallunat*, puede hacer que un esquimal se apresure si no está preparado. La alta figura de Armitage se inclina sobre su trineo, tira de las correas sin mirar a nadie. Sus dos cazadores discuten sobre algo relacionado con los perros. Jakob observa la escena, hasta que la desazón y el frío le vencen y vuelve a entrar en la choza.

* * *

Cuando Armitage se marcha por fin, le duele ya todo el cuerpo, como si sus músculos hubieran pasado por un rodillo. Tiene la mandíbula inflamada y dolorida. Se le mueven dos dientes y nota el sabor de la sangre en la boca. Su mano derecha cuelga como una maza. Pero, al principio, se ha sentido exultante. «¡He ganado!», piensa. «He tenido que pelear y he ganado». Rememora una y otra vez la pelea, cada agarrón, cada golpe, aunque buena parte de ella parece haberse esfumado de su memoria. Hay que reconocer que ha tenido suerte. Luego la euforia se desvanece.

* * *

A solas en el cuarto oscuro, alisa la fotografía arrugada. Muestra a Flora delante de la tienda, sentada en una manta al sol, con las rodillas dobladas a un lado. Sonríe a la cámara con una expresión que traspasa a Jakob. Nunca ha parecido tan despreocupada, tan relajada como entonces. La imagen plasma la esencia de Onmogelijk Dal. Su lugar. Es eso, más que su desnudez, lo que le hace temblar de rabia y de vergüenza. La cara de Flora trasluce lo que hallaron allí.

* * *

Cuando Welbourne vuelve de su cacería cargado de colmillos de morsa, con una hermosa piel de oso y contando que ha estado a punto de ahogarse, Jakob le refiere el rocambolesco incidente. Su compañero se ríe y le pide que vuelva a

contarle la pelea con pelos y señales. Dice que es el acontecimiento deportivo del año y lamenta habérselo perdido. Se lo toma tan a la ligera que Jakob también acaba riéndose. La pelea con Lester, pero sobre todo el hecho de haber ganado, adquiere el aire de un sueño singularmente vívido, pero increíble.

—No volverá —asegura Welbourne—. Estará demasiado humillado.

Jakob está de acuerdo. Cree que Armitage le teme después de haberle visto bajo esa luz. Pero de ahora en adelante estarán en guardia. Cada vez piensa menos en él. Al poco tiempo, lo ha olvidado casi por completo.

* * *

Reciben otra visita antes de que acabe el año. Jakob no veía a Aniguin desde el verano. Trae consigo a su nueva esposa —muy joven y callada— para exhibirla. Se sientan en torno a la mesa, comen y fuman. Luego Aniguin dice:

—Tengo que preguntarte una cosa, Te Peyn. Sobre los hombres malos.

—¿Qué hombres malos?

—Los hombres malos que Felora quiere traer aquí. ¿Cuándo será eso?

—No sé a qué te refieres, Aniguin.

* * *

Recuerda entonces lo que le contó Flora en Onmogelijk Dal: que Ashbee era el enviado de quienes quieren montar una colonia penitenciaria en el Ártico. Ella no lo sabía cuando le aceptó en la expedición, y la idea le parecía no solo inviable, sino horrenda. («Pero sin el dinero que aportó, no habría podido venir.») Más tarde, mientras observaban a un escribano nival en su nido, a unos pasos de distancia, Flora le dijo:

—Me alegro de que no viera esto. Nunca se lo diré a nadie. Esto no van a estropearlo.

* * *

—No es lo que piensas, Aniguin. ¿Quién te ha dicho eso?

—Tateraq. Se lo dijo Ashbee cuando estuvo con Felora y con él en Umingmak Nuna. Le dijo a mi hermano que iban a venir unos hombres malos a vivir aquí. Ladrones y asesinos *kallunat*. Y que nosotros seríamos sus sirvientes. Tateraq tenía miedo, por eso le mató, para detenerlos, pero no quería disparar a Felora.

Jakob se queda atónito. Welbourne le mira extrañado. Jakob no le había dicho nada.

—No, Aniguin, eso no va a pasar. Ashbee se equivocaba. No conocía este lugar, y Flora jamás lo permitiría. ¿Por eso mató a Ashbee? ¿Eso fue lo que dijo?

—Intentaba protegernos. Pero quizá... —Aniguin se encoge de hombros—. No podemos impedir que vengáis. Tenemos que cambiar.

Jakob niega con la cabeza.

—Así no, Aniguin, te lo juro. Fue un error. Solo era Ashbee quien lo pensaba. No Felora. Ni Dixon, ni Haddo. Ninguno de ellos lo sabía antes de venir. Eso no va a pasar.

Aniguin clava en él su mirada inteligente.

—Los *kallunat* harán lo que quieran. No me refiero a ti, Te Peyn, sino a los otros. A los hombres como Armitay. Tenéis armas y todo eso. Sois implacables. Nosotros solo somos inuit tontos.

Jakob sacude la cabeza y sonrío. Quiere protestar, pero sobre todo piensa: «La muerte de Ashbee no fue culpa suya. Ojalá pudiera decírselo».

Aniguin se encoge de hombros.

—*Ayornamut*.

Qué remedio.

* * *

Pese a todo, la vida en Neqi este invierno se hace llevadera: hay siempre cosas que hacer y gente con la que relacionarse. Jakob escoge una perrita blanca, nieta de la comemierda caníbal, como regalo de boda para Flora. Se llama Imaq y aprende trucos con facilidad. En Navidad, dan una fiesta para todo el poblado que se prolonga dos días. Brindan todos varias veces a la salud de Jakob y Flora. Él se acuerda de la Navidad anterior, de lo desgraciado que se sintió cuando vio cómo Welbourne ponía en juego su considerable encanto y pensó: «Se va a enamorar de este guaperas cabrón».

Qué maravilla, equivocarse a veces.

* * *

Echa de menos a Flora, pero, dado que tiene fe en el futuro, la suya es, en conjunto, una aflicción placentera. Welbourne y él se han hecho muy amigos, y Jakob disfruta de su compañía, de la de Sorqaq y sus otros compañeros. Se

desenvuelve cada vez mejor en su idioma. Tiene su trabajo: compila sus notas de campo del verano, empieza a escribir una crónica de la circunnavegación y se permite cierta complacencia íntima. Experimenta con la cámara fotográfica: trata de captar los colores de la aurora boreal, cambiantes como los de una sirena, y los efectos de la media luz invernal. Los resultados son irregulares, lo que resulta frustrante, pero en verano hizo fotografías del valle, del lago y de las cuevas y túneles del glaciar de las que está tan orgulloso que se las muestra a los demás. Dejó registro de algo que no puede durar, que ya no existe. Y lo consiguió: captó la esencia de algo sublime y fugaz.

* * *

Y luego están las fotografías que no le enseña a nadie: fotografías de Flora y del valle. También las hay de él, tomadas por Flora. Se le hace raro verse así, tal y como le ve ella. Es sorprendente, pero no desagradable. Cada vez que saca una fotografía de la bandeja de agua, cierra los ojos para recordar el momento exacto con mayor claridad. Luego los abre y mira lo que estará recordando *ella*, oscilando entre pasado y presente, entre uno y otro. Sabe que siempre se ha sentido así: como si la distancia entre ellos fuera insignificante.

Entre pasado, presente... y futuro. Cree que la pregunta que le hizo Flora hace años («¿De verdad es posible?») ya tiene respuesta.

NOVENA PARTE

THUBAN DE DRACO

La constelación de Draco representa a Ladón, el dragón que guardaba las manzanas de oro de las Hespérides, al que dio muerte Heracles.

Vaga eternamente en torno al Polo Norte celeste. Hace cinco mil años, una de sus estrellas, Thuban, era la estrella polar.

Se cree que la gran pirámide de Guiza se construyó de modo que la luz de Thuban brillara en su centro.

De todas las estrellas polares, es la más débil pero la de ubicación más perfecta.



Capítulo 55

Gander, Terranova, 48° 57' N, 54° 36' O
1948

El siguiente parte meteorológico que llega por radio desde la Estación Eureka, en la isla de Ellesmere, informa de que el tiempo ha empeorado: escasa visibilidad, nieve y fuertes vientos. El vuelo queda pospuesto hasta el día siguiente, si las condiciones atmosféricas lo permiten. Dentro de la base, el ambiente también ha empeorado: los científicos empiezan a quejarse de que están desperdiciando su valiosísimo tiempo.

Flora regresa sin prisa a su habitación. Anoche apenas pegó ojo. Había olvidado lo mucho que cuesta dormir cuando no oscurece del todo. Podría haber cerrado la persiana, pero quería ver las estrellas. Contempló cómo iba clareando el cielo poco a poco.

En cierto momento, Géminis, el portal de los esquimales, apareció perfectamente enmarcada en la ventana. Aniguin comparó una vez los astros gemelos con Flora y él mismo. A ella le encantó la idea, y nunca la ha olvidado. ¿Vivirá todavía Aniguin? Las últimas noticias que tuvo de él datan de su último viaje a Groenlandia, hace ocho años, cuando oyó decir que se había mudado al puesto comercial de Thule y se había convertido al cristianismo. Esto último no acaba de creérselo.

Hablar con el joven la ha dejado exhausta. Hoy ha dicho cosas que no le había contado a nadie. Ha intentado ser fiel a la verdad y al mismo tiempo protegerlos *a ambos*: su tesoro máspreciado. Siempre ha creído que al mantenerlo en secreto lo estaba preservando, manteniéndolo intacto. Hablar de él, sin embargo, ha desatado una avalancha de recuerdos de una intensidad arrolladora, como no los tenía desde hace años. Después de tanto tiempo, las cosas se han vuelto... difusas. A veces no sabe dónde está, ni cuándo.

* * *

La ventana se llena de diminutos copos blancos que caen formando volutas y

remolinos. Cada aguja de escarcha tiende los brazos hacia su vecina, y se cuajan, y se apiñan, y caen.

Ha empezado a nevar en Gander.

* * *

¿Te acuerdas del lago?

(Es curioso: tiene exactamente su misma voz.)

¿De cuando estuviste a punto de matarte?

Claro. Cómo iba a olvidarlo.

Los colores del lago del glaciar, atrapado entre el hielo y la oscura ladera del monte: a veces, de un turquesa lechoso; otras, del verde de un ágata bien pulida; en raras ocasiones, del azul intenso de las flores de aciano. Él le puso su nombre, y el lago ejerció sobre ella su hechizo. Su opacidad excitaba la mirada de Flora, lo hacía aún más atrayente. Tras días de sopesar en una balanza su temeridad y su deseo, trató de nadar en él, con efectos dolorosos y paralizadores. El lecho del lago, donde lo había, era de hielo. En otras partes, se abismaba en profundidades infinitas. Su frío no era como el frío lacerante y luminoso del río donde se aseaban a toda prisa, sino brutal y aplastante como una espada de hierro. Él la rescató. Fue la única vez en que su ira alegró a Flora. La llevó en brazos hasta la tienda, a pesar de que ella protestaba, tiritando, y alegaba que pesaba demasiado y que iba a hacerse daño en la espalda, como así fue, en efecto. Recuerda aún la dureza de sus brazos, el golpeteo de su corazón a través de las costillas, su frente fruncida. Era la ira del miedo, del amor. El elemento en el que se había zambullido la envolvió en un abrazo sedoso y mortal que entumeció sus miembros y ahogó su respiración. A fin de cuentas, no era agua: era hielo líquido.

En la tienda, él le dijo:

—No vuelvas a hacer eso nunca.

Masajeó enérgicamente su carne helada. Por una vez, ella apenas lo notó.

Dijo soñolienta:

—Pero tú volverías a salvarme. Y me cogerías en brazos y cargarías conmigo otra vez.

* * *

Cuando desapareció el lago, se adentraron en el glaciar. El espolón de la

ladera se hundía en una cuenca de hielo vacía: paredes de un verde pálido, suelo de grava húmeda. En un extremo se abría una oscura rendija: la boca que se tragó el lago. Entrar en aquel túnel equivalía a pasar de un mundo a otro: un mundo en el que el aire endurecido estaba impregnado de un olor acre y un frío metálico. Dentro del hielo reinaba el silencio. Si alargabas la mano para tocar sus paredes, las notabas secas. A veces el hielo era áspero, opaco, granuloso. Otras, tan sutil que apenas se percibía. Grietas lustrosas, rajas llenas de agua congelada y teñida de colores indescriptibles que dejaban al descubierto líneas de falla y burbujas, y, suspendidos dentro de ellas, minúsculos fragmentos de piedra, materia vegetal o polvo. O, en una ocasión, un mosquito conservado en toda su inerte perfección.

Siguieron avanzando. El espacio se hinchaba y se encogía. Vapuleado y acariciado por el agua, el hielo dibujaba formas nunca vistas por ella, una arquitectura inhumana: redondeado y burbujeante, rugoso como el cielo de una boca; concavidades semejantes a cálices, hinchazones bulbosas, crestas afiladas; vidrioso, rutilante. Y la luz... La luz se licuaba suavemente a través del techo, revelando su cualidad quebradiza, obligándolos a levantar la mirada. Y en la alta cámara que encontraron a medio camino, una fisura se abría en la superficie del glaciar: una chimenea excavada por el deshielo. A ciertas horas del día, el sol hundía su espada en el corazón del glaciar y sus rayos llegaban hasta ellos, como la mirada de Dios.

Flora tenía la inquietante sensación de hallarse en el interior de un organismo vivo, de un ser que tenía, en una escala infinitamente mayor, su propia percepción del tiempo, en la que ellos —motitas efímeras atrapadas en su garganta— apenas existían. Un animal de vastedad y lentitud inimaginables, de paciencia aterradora. A veces, el hielo crujía o crepitaba, gruñía o siseaba. Inexplicables corrientes de aire pasaban por su lado, como si, de vez en cuando, respirara.

A pesar de su belleza sobrenatural, Flora estaba inquieta, no lograba sacudirse el nerviosismo que se apoderaba de ella a medida que avanzaban y el techo iba descendiendo, cada vez más opresivo. Jakob pasó a gatas bajo su plano inclinado, hasta que quedó fuera del alcance de su vista y de su oído. Se negó a usar la cuerda porque se engancharía en el suelo desigual. Pasada una eternidad, Flora le llamó a gritos y no obtuvo respuesta. Esperando allí, se quedó fría. Se introdujo a gatas por el estrecho pasadizo hasta donde fue capaz de soportarlo y gritó hasta quedarse ronca. Sus lágrimas se helaban antes de que les diera tiempo a caer. Por fin oyó algo y le llamó de nuevo. Cuando salió, Jakob temblaba de

frío. Se había quedado atascado en un punto donde la grieta se estrechaba especialmente, y se había desorientado en la oscuridad. Se rio, pero ella comprendió que había sentido miedo. Al salir, se encontraron con un tramo de pared lisa justo en el instante en que el sol lo iluminaba formando bellísimas gradaciones de color, como si un pigmento de color cobalto se hubiera filtrado desde arriba y saturara los niveles inferiores. Jakob le pidió que hiciera una foto, él tenía las manos demasiado frías. Luego, la abrazó por detrás y, poniendo un horrible acento británico, citó un pasaje de Tyndall que conocían ambos:

Si nuestra vista pudiera traspasar la masa del glaciar, descubriríamos que la transición del blanco al azul obedece a la expulsión paulatina del aire. El blanco es resultado de la mezcla íntima e irregular del aire y un sólido transparente. Un diamante machacado semejaría la nieve.

Cuando dijo «íntimo e irregular», pegó la cara a su cuello. Su piel parecía de hielo.

En lugar de reírse, ella se desasíó bruscamente.

—Tenemos que darnos prisa. Necesitas tomar algo caliente.

—No pasa nada, Flora. Estoy bien.

Sonrió, embriagado por el alivio. Ella, en cambio, no pudo sonreír. Jakob nunca había sido tan feliz.

* * *

Cuando volvieron al campamento, le dolían las manos. Todavía tenía frío cuando se metieron en la cama y se acurrucó junto a ella, abrazándola, pegando cada palmo de su cuerpo a la piel desnuda de Flora. Ella procuró darle calor y sintió cómo remitían poco a poco sus escalofríos. La separación parecía una cosa del pasado, como si compartieran ya la misma sangre.

Con la vista fija en la pared de la tienda, Flora dijo:

—No paraba de pensar: «¿Y si no vuelve?». No podría soportarlo.

—Shh. Siempre volveré. —La apretó con fuerza y frotó la nariz contra su nuca—. Me gusta que te preocupes por mí. Yo también me preocupo por ti.

—Si se hubiera derrumbado el techo o algo así, no habría podido salvarte.

—Los glaciares no se derrumban.

—Ojalá vinieras conmigo.

Habían hablado de su inminente regreso a Inglaterra y ambos estaban de acuerdo en que no serviría de nada que estuviera allí. Además, no podía permitírselo.

—Ojalá te quedaras. ¿Puedo ponerlas aquí?

Ella cambió de postura para que metiera las manos frías entre sus muslos.

—No haré ninguna estupidez, te lo prometo —dijo él junto a su pelo.

* * *

Flora se incorpora en la cama y busca a tientas el vaso de agua de la mesilla de noche. Está sedienta. Tiene la garganta tan seca que le duele. ¿Estaba dormida? Tiene que enjugarse los ojos, que tienen tendencia a lagrimear cuando está tumbada. Una anomalía de los lagrimales, le han dicho. No es que esté llorando. Ya no llora. Nunca ha llorado, en realidad.

* * *

Jakob tenía previsto regresar a Nueva York en septiembre del 1899, un año después de que ella abandonara Groenlandia. Pero, cuando acabó septiembre, aún no había recibido noticias suyas: ni una carta, ni un telegrama. Se dijo a sí misma que no debía preocuparse. Que debía esperar y confiar en que todo iría bien.

Pasadas unas semanas, escribió al hermano de Jakob a Nueva York, por si acaso, se dijo, había cambiado de idea respecto a su relación. Cabía esa posibilidad, aunque fuera inconcebible. No sería el fin del mundo, pero tenía que saberlo. La respuesta de Hendrik de Beyn le confirmó que Jakob no había vuelto. Él también estaba preocupado, pero sabía que el Ártico era un lugar impredecible. Su carta fue un alivio y al mismo tiempo la sumió en el desánimo. Así pues, se dispuso a esperar, disciplinando su imaginación. Freddie, que había accedido al divorcio, no dijo nada al respecto hasta que, a fines de ese invierno, empezaron a aparecer rumores y noticias en los periódicos. Flora hizo oídos sordos. ¿Qué eran los rumores, a fin de cuentas? Escribió, sin embargo, a su padre: quería ir a Groenlandia en primavera. Por favor, por favor, papá, esta vez tienes que ayudarme...

Un día de febrero, mientras debatían una cláusula del contrato de su libro, Freddie dijo sin mirarla:

—¿Debo deducir que ya no quieres el divorcio? Por mí no hay ningún problema. Depende de ti.

Flora salió de la sala sin decir palabra.

Capítulo 56

Siorapaluk, 77° 47' N, 70° 38' O

Julio de 1900

El aire huele a salitre y a enebro. El Vega se abre camino entre témpanos flotantes y echa el ancla en el fiordo, donde queda en suspenso, duplicada por su reflejo como los icebergs, como las lomas rojizas. El hielo se aferra aún a la orilla en algunos sitios. Reina una paz extraña: no ladran los perros, no se oyen gritos de bienvenida. Solo los chillidos lejanos de las alcas rompen la quietud. El poblado, en su calmosa playa de arena, parece desierto. Flora se pregunta si habrá caído sobre él una desgracia.

Rema hasta la orilla, sola. No quiere que nadie la acompañe. Su padre la ha traído hasta aquí de mala gana. Desaprueba su decisión, la juzga severamente, pero fue incapaz de negarse. Pidió favores, recurrió a personas con las que detesta estar endeudado para poder fletar el Vega. No sabe cuánto acabará costándole este empeño. Los hombres de la tripulación, que en su mayoría conocen o han oído hablar del famoso capitán Mackie y de su estrafalaria hija, no dicen nada a pesar de que sin duda se han formado una idea de a qué han venido, de esta extraña misión que nada tiene que ver con las ballenas.

* * *

Cuando fue a Dundee a rogarle que la ayudara, Flora sabía que, al final, su padre no podría negarse. El capitán Mackie no montó en cólera, no gritó, eso habría sido impropio de su carácter, pero se mostró hermético, ceñudo, el rostro crispado por una repugnancia presbiteriana, como si aquella fuera la última de las muchas gotas que colmaban el vaso. Fue el peaje que tuvo que pagar Flora.

—¿Qué hay de tus votos matrimoniales? Prometiste ante Dios apoyar a tu esposo en la salud y la enfermedad. Hasta que la muerte os separe.

Flora se negaba a reconocer que no hubiera esperanza. Iba a divorciarse de Freddie para casarse con un hombre que... que se hallaba temporalmente en paradero desconocido.

—Das por sentado que la culpa es solo mía.

—No, nada de eso. Pero ningún matrimonio es perfecto, Flora. La vida no está hecha para ser una merienda campestre.

—¡Ya lo sé!

Su padre hacía que se sintiera y se comportara como una niña.

—Pero tampoco ha de ser un purgatorio. No debería haberme casado con Freddie. Tenía veinte años, era infeliz y cometí un error. Nunca funcionó, ni siquiera antes del accidente. Me merezco una oportunidad de ser feliz, padre. Casarme con el señor De Beyn no será un error.

Si no se hubiera casado con Freddie, no habría podido ir al Ártico y, por tanto, no habría conocido a Jakob. Y si Ashbee no hubiera muerto... No hay forma de deshacer la madeja de casualidades que ha dado forma a su vida.

—Y dices que piensas irte a vivir a América. —Su padre parecía más escandalizado por su futuro traslado que por el divorcio—. ¿Donde no conoces a nadie! Donde no tienes familia ni amigos. ¿Piensas cortar todos los vínculos naturales y depender por completo de ese hombre?

Flora suspiró.

—No voy a cortar todos los vínculos. Solo se tarda una semana en llegar en barco a Nueva York. Y no pienso depender de él. Trabajaré.

—¿Cómo sabes que podrás trabajar?

—Tengo las mismas posibilidades de trabajar allí que aquí.

—En todos los matrimonios hay borrascas. Tentaciones. Y casi siempre es preferible capear el temporal. Has sido una joven muy afortunada, Flora. Quizá sea culpa mía. Te consentí demasiado. No has tenido que aprender a resignarte. Es lo que hace la mayoría de la gente: prometer algo y aguantarse.

Sin poder contenerse más, Flora pasó a la ofensiva:

—¡Aguanté ocho años, como tú dices! ¿Y acaso tú respetaste tus votos matrimoniales, tus promesas? ¿Te crees que no sé lo de Sorqaq y Asarpaka? ¿Lo que hacías allí?

El semblante de su padre pareció petrificarse, los ojos fijos en el papel de la pared. Solo las aletas de su nariz se movían. Flora temió por un momento lo que era capaz de hacer.

—Nunca he pretendido ser un santo. Tu padre es débil, Flora. Pero tu madre, que en paz descansa, nunca lo supo, no sufrió por ello. Me quedé a su lado. No la dejé.

—¡No te quedaste a su lado! ¡Pasabas fuera dos años seguidos! ¿Sabías que yo la culpaba porque creía que era por ella por lo que siempre estabas fuera? ¡La

odiaba por ello! Entonces no sabía que estabas... Que yo sepa, pasabas tanto tiempo con ellos como con nosotros.

El capitán Mackie la miró de nuevo y ella se acobardó.

—No. Pasaba tanto tiempo fuera porque lo exigía mi trabajo, eso es todo. Me arrepentía de mi flaqueza cada día. Lamento que tú... No lo sabía.

Flora le miró con enojo, a pesar de que su indignación empezaba a disiparse. Pensó entonces que tal vez su padre la echaba de menos, aunque no dijera nada. Comenzó a sentir pena por él, y no quería sentirla.

* * *

Surca tan despacio como puede la lisa superficie, atenta a la inmersión de los remos, al sonido sordo de los escálamos, al suave brillo del agua que chorrea de las palas. Se fija en el bote, en el fiordo y en el barco, cada vez más lejano. Avanza de espaldas, a ciegas, hacia un futuro que no desea. Deja de remar. Quizá, si no toca tierra, no sucederá.

El bote encalla en la arena con un sonido rasposo. Ella se baja. Ha imaginado todas las malas noticias que pueden darle y cómo sobreponerse a ellas. Solo que, a partir de cierto punto, no sabe cómo sobrevivir. Se ha obligado a imaginar cosas pavorosas: que él esté viviendo con otra mujer y que tengan un bebé medio esquimal; que haya cambiado de parecer. Se le ha imaginado atrapado al otro lado del estrecho de Smith, como Greely y sus hombres, enfermo, debilitado, muriéndose de hambre. Y también, sin poder evitarlo, se imagina a Jakob saliendo de un *illu* y acercándose a ella. Viendo su amada sonrisa. («Amor mío, no podía escribirte. Esperaba que no te preocuparas demasiado.» ¿Cómo tendrá el pelo de largo? ¿Llevará barba o se habrá afeitado? ¿Estará muy moreno?) Siente físicamente cómo la rodea con sus brazos, cómo se aprieta su cuerpo contra el suyo.

Por todo hay que pagar un precio. Ha intentado convencerse de que, con tal de que Jakob esté bien, puede soportar renunciar a él, si ese es el precio que ha de pagar. Como si lo que ella desea pudiera influir de algún modo en el resultado.

Oye un ladrido procedente de la parte de atrás de un *illu*. Una figura pequeña y medio desnuda sale corriendo, se para y mira a la desconocida. Es Aamma. Tiene siete años, es alta para su edad, de rasgos finos y mirada imperiosa. Flora la llama:

—¡Aamma! Soy yo, Felora, ¿te acuerdas? Felora.

La niña la mira sin reconocerla. Luego le hace la pregunta que los esquimales

formulan a quien no conocen, de quien tienen motivos para sospechar:

—¿Eres carne o espíritu?

Contesta:

—Soy carne.

Aamma grita algo mirando hacia atrás. Y Flora piensa no en la última vez que vio a Jakob, sino en su despedida en el hotel de Londres, cuando no sabía si volvería a verle, ni cuándo. La fuerza de aquella letanía: *todavía no... todavía no... Por favor, Dios mío, todavía no.*

Meqro sale de un *illu* y, al reconocer a su vieja amiga, su semblante pasa de la preocupación y la sorpresa al júbilo.

—¡Felora!

Flora se acerca a ella con una sonrisa, aunque sienta el rostro petrificado como una máscara.

—Meqro, querida amiga... Dime, por favor... ¿Él está...?

Y entonces llega la hora.

Capítulo 57

Siorapaluk, 77° 47' N, 70° 38' O

Julio de 1900

La choza, con sus paredes de color miel, sigue en pie, aunque algunas partes han sido desmanteladas y han desaparecido. Los víveres que dejaron ya no están y apenas queda nada. Los muebles se han desmontado para usarlos como madera, las planchas del suelo se han arrancado, se han extraído los clavos y las cosas huérfanas —la estufa, las botellas y latas desperejadas— están rotas, oxidadas y sucias, dispersas en sórdido tumulto. Flora siente rabia y tristeza al verlo, aunque ¿qué más da? No puede llorar. Está demasiado enfadada: con Jakob, consigo misma. ¿Cómo ha podido dejarla, después de tantas promesas apasionadas? ¿Cómo ha podido ella dejarle indefenso?

Meqro no puede aclararle gran cosa. Le cuenta aquel extraño incidente, cuando Armitage vino a Neqi desde el norte, hace dos inviernos, y se peleó con Jakob, y luego se marchó hecho una furia. Creía que se habían peleado por ella, por Flora. Quizás Armitage estaba celoso. Sorqaq lo sabrá mejor. Jakob y él eran como hermanos. Habían estado trabajando en el glaciar de la boca del fiordo. Subieron allí muchas veces cuando volvió el sol. Sorqaq decía que bajaban al corazón azul del glaciar. Luego, cuando él se casó, Jakob siguió subiendo solo al glaciar. Un día no regresó. Los hombres fueron a buscarle, pero no encontraron ni rastro de él. El hielo del glaciar era hielo del interior: un hielo habitado por espíritus, impredecible y peligroso. Sus grietas podían engullir a un hombre.

Ayornamut.

* * *

Los *kallunat* norteamericanos tuvieron que enfurecer a los espíritus. Poco después de aquello, Welbourne fue a cazar focas con algunos de los hombres y se ahogó. Sus compañeros, entre los que estaban Aniguin y Metek, encontraron su cuerpo cuando ya era demasiado tarde. Otra muerte, aunque no tuviera relación con la primera. Mala suerte.

—Muy triste. Los dos. Lo siento, Felora.

Megro llora quedamente. Flora asiente con la cabeza. Tiene la garganta tan cerrada que no puede hablar. Mantiene los labios bien apretados. Si abre la boca, tal vez suelte un alarido.

Megro continúa, casi como si hablara para sí misma:

—Era un buen hombre. Y era feliz contigo. *Qooviannikumut*.

Tiene los ojos fijos en su labor de costura. No mira a Flora. No alarga los brazos para tocarla. Flora no esperaba que lo hiciera.

* * *

Su padre se muestra extrañamente tierno con ella. Indeciso, incluso, como si, faltándole los reproches, no supiera cómo conducirse. Parece menos seguro de sí mismo. Flora le mira y piensa con asombro: «¡Pero si parece un viejo! ¿Cuándo se ha hecho viejo?».

Cuando ella no estaba. Han pasado toda clase de cosas cuando ella no estaba presente para impedir las: el envejecimiento de su padre, la muerte de Jakob. Debería haber estado allí para protegerle. Le dijo que lo haría, y no lo hizo.

* * *

Unos días antes de salir de Londres, fue a ver a Iris. Encontró a su amiga en un estado de terrible agitación. Helen Tomlinson la había dejado, lo que no sorprendió a nadie. Pero, en un golpe de singular crueldad, se había escapado con Jessie Biddenden. Se habían ido a Egipto o algún sitio parecido, caluroso y rebosante de historia. Iris estaba destrozada. Flora se asustó: era como si el cerebro de su amiga se estuviera desmadejando ante ella y sus pensamientos cayeran al suelo formando un revoltijo caótico. Tenía el cabello enmarañado, la ropa desordenada. Flora trató de animarla, aunque sospechaba era un empeño inútil. Le costaba creer que Jessie la hubiera traicionado. Lo de Helen no le extrañaba lo más mínimo.

—Sé que siempre me has advertido contra Helen, Flora. Todo el mundo me lo advertía. Pero vosotros no sabíais cómo era. No cambiaría nada de su carácter. Nada.

Flora cogió la mano frágil y huesuda de su amiga. Sus muñecas eran blancas, inmaculadas.

—¿Sabes que tuvo la temeridad de escribirme desde Roma para decirme que

me echaba de menos? ¡Que me echaba de menos!

Iris parecía desquiciada. Sus ojos recorrían la habitación, incapaces de detenerse en nada.

—¿Verdad que es increíble? ¡Ni siquiera mencionaba el sufrimiento que me ha causado, como si este dolor en el que vivo no fuera nada! La sensación de que quizá, después de todo, cambie de idea y vuelva... ¡Ay! Es este constante estar con el alma en vilo lo que no puedo soportar.

—Puedes negarte a ello. Tienes elección.

—¡No, no puedo! Ojalá pudiera. Pero no puedo.

—Claro que sí.

—No podía dejar de elegirla a ella. Y es una tortura.

Flora murmuró un asentimiento. Iris levantó los ojos enrojecidos y empañados por las lágrimas y le dedicó una sonrisa espectral.

—¿Sabes qué me descubro deseando a veces? Que Helen estuviera muerta. Ojalá hubiera muerto. Así, solo estaría triste.

Se le quebró la voz y las lágrimas le corrieron por las mejillas. La hacían parecer más humana.

—Así sabría que no voy a volver a verla. Que no podría escribirme y hundirme una vez más el cuchillo en el pecho. Sería menos doloroso que esto.

Estuvo sollozando un rato. Luego se secó los ojos con un pañuelo. Su estallido parecía haberle devuelto en parte la cordura. Su voz sonó más serena.

—Ay, lo siento, Flora, no pretendía... No sé lo que me digo.

Flora sacudió la cabeza como diciendo: «No importa». Pero Iris sabía lo que se decía. Lo sabía muy bien.

* * *

Hay un joven que ronda por el poblado con una camisa de Jakob: una vieja camisa de franela, de rayas finas, verdes y rojas. Va por ahí con la camisa desabrochada y los faldones al aire, como si tal cosa. Flora no le conoce, pero se acerca a él.

—¿Esto lo sacaste de la casa de los *kallunat* de Neqi?

El chico sonríe.

—*Ieh*.

—Era la camisa de Te Peyn.

El muchacho se encoge de hombros.

—Te Peyn era mi marido. Esta camisa era suya. ¿Puedo comprártela?

La mira con tímida curiosidad.

—Es una buena camisa —contesta—. ¿Me darás un arma?

Es una idea tan ridícula que Flora casi se echa a reír.

—No puedo darte un arma por una camisa. No tengo un arma. Te daré... clavos, algo de ropa... Puedo darte otra camisa. Una camisa mejor. Más gruesa que esta. Esta está vieja y gastada.

Le observa calcular mentalmente cuánto puede pedirle por la camisa. Podría matarle sin remordimientos. Acerca la mano para tocar el bajo de la camisa y el chico se aparta.

—Por favor...

De pronto, las lágrimas le corren por la cara. El muchacho parece confuso. Flora intenta explicarse, pero descubre que no puede hablar. Y tampoco respirar. Boquea tratando de tomar aire pero su garganta se mueve inútilmente, hace ruidos extraños, inhumanos. Empieza a marearse, tiene la garganta cerrada a cal y canto. Piensa: «Ya está. Así es como voy a morir. Ahogada por la pena».

Después, se encuentra tumbada en el suelo, de lado, con la mejilla pegada a la grava fría. Tiene las manos cubiertas de arena y le duelen. Por encima de ella, recortado contra el cielo, el chico se ha quitado la camisa y se la tiende. Parece asustado. La deja delante de ella y retrocede.

Flora pone la mano sobre la tela. Lavó esta misma camisa en el río de Onmogelijk Dal. Hay en ella moléculas de su glaciar, átomos de su lago. Se la acerca a la cara y aspira. No huele a él, piensa. Y luego piensa: «No recuerdo su olor».

* * *

Neqi, 77° 52' N, 71° 37' O

Acampan junto a los restos de la choza de los norteamericanos, tan saqueada y ruinoso como la suya. Flora se detiene en el angosto rincón que antes era el cuarto oscuro de Jakob. El tabique está agujereado; los frascos de cristal, rotos. Quedan algunos adminículos fotográficos para los que nadie ha encontrado uso: productos químicos que Flora vierte en el suelo; una caja de papel manchado y combado por la humedad; una lámina de ámbar partida en dos que Jakob utilizaba para filtrar el reverbero de la nieve. En las paredes de madera, a la altura de la cabeza, hay listados de números escritos a lápiz: tiempos de revelado, quizá. La letra de Jakob, sus pensamientos. Flora piensa en pedirle a

Sorqaq que le corte ese trozo de madera. Y enseguida piensa: «Todo esto es tan absurdo...».

No hay rastro de sus cámaras, de sus fotografías, de sus películas, sus notas, sus cuadernos... Ve el estante donde antes se apilaban sus carpetas. Tendrían que estar allí las fotografías de sus descubrimientos, de su isla, la crónica de la circunnavegación de Thule con sus anotaciones, sus dibujos, sus minuciosas mediciones, sus muestras... Todas esas pruebas son importantes. Menos importantes, quizá, pero mucho más queridas para ella, son las fotografías del valle, del glaciar y de su lago. De las cavernas de hielo. Las fotografías que le hizo ella (atribuidas a Naasut en los cuadernos de Jakob). Y en algún sitio tienen que estar las fotografías de ella, y de él, entre las flores. Las que Jakob le prometió que nadie vería.

Debería estar allí la relación de su viaje al Norte, la prueba que demuestra que Armitage mintió.

Los catres están desmantelados en parte, pero las mantas siguen allí, desechadas. La lana no sirve en el Ártico. Las mantas están mojadas. El moho y otras formas de putrefacción han invadido la choza, dando comienzo a su labor. Flora se echa en el catre que compartió brevemente con Jakob. Escucha sus crujidos, aspira las miasmas de su lana húmeda.

* * *

Sorqaq no puede añadir casi nada a lo que ya le contó Meqro. La pasada primavera, se casó con una chica llamada Megipsu y se fue a vivir con ella a otro poblado. Jakob trabajaba en el glaciar. Siguió subiendo después de que él se marchara. Lo conocía bien, sabía qué lugares debía evitar. Pero los glaciares siempre son peligrosos, da igual el cuidado que se ponga.

Sorqaq le dijo también otra cosa: que Armitage volvió justo después de la desaparición de Jakob. Se presentó en la choza y le dijo a Welbourne que quería disculparse con Jakob. Había vuelto a fracasar en su empeño de llegar al Polo Norte. Welbourne decía que Armitage pareció muy impresionado al saber que Jakob había muerto. Pero, añadió Sorqaq, tal vez Armitage había vuelto antes de lo que decía.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que volviera antes de que muriera Jakob.

—¿Por qué lo dices?

—Yo estaba presente cuando se pelearon. Le vi. Armitay miró a Jakob como

si quisiera matarle.

* * *

Y unos meses más tarde, tras la muerte de Welbourne, Armitage volvió con algunos hombres y dijo que tenían que llevarse las pertenencias de los muertos para devolvérselas a sus familias. Si él hubiera estado allí, le dijo Sorqaq sin mirarla a los ojos, le habría impedido tocar las cosas de Jakob.

—Las había metido en una caja. Sus papeles y fotografías, la ropa, la cámara. Sabía que volverías. Lo siento, Felora. Él también llevaba encima algunas cosas, claro. Herramientas, otra cámara. Tus cartas las guardaba aquí —añadió tocándose el pecho.

Capítulo 58

Región inexplorada, ubicación desconocida

Julio de 1900

La última vez que Flora cruzó el estrecho entre Ellesmere y Groenlandia fue hace dos años, en agosto, después de que Jakob y ella abandonaran el valle. Se reunieron con Sorqaq, Aniguin y Welbourne y contemplaron juntos el desalentador panorama del estrecho, convertido en una lúgubre masa de agua gris. Los vientos del norte habían dispersado el hielo. Tuvieron que usar el bote plegable que aún conservaban y que habían intentado reparar, pero tenía las maderas combadas y hacía agua. Cayó una niebla tan espesa que apenas sabían dónde estaban. El oleaje los empujó hacia el norte y el este. Por suerte, Welbourne era muy diestro en el manejo de las velas. Sin eso y sin la vigilancia constante de Aniguin y Sorqaq, quién sabe si habrían conseguido volver a Groenlandia.

Flora, que nunca había pasado verdadero miedo en el Vega, ni siquiera durante las peores tormentas, tenía que hacer esfuerzos por dominarse. En cierto momento durante la travesía, que duró sesenta horas, se encontraron cercados por témpanos flotantes viejos y desgastados, y por placas de hielo negro casi invisibles, más grandes que su frágil esquife. Tenían que achicar constantemente y usar los remos como puntales para alejar los témpanos.

Una vez, el viento abrió un jirón en la niebla y a lo lejos, por el noreste, vieron un negro garabato recortado contra la grisura del cielo: un barco de mástiles desnudos y gruesas chimeneas. Flora aguzó la vista. Los demás la miraban expectantes. Tras observar un rato por los prismáticos, sacudió la cabeza.

—No es el Clansman. No creo que sea británico. No lo parece.

Los balleneros no se aventuraban tan al norte. Y su buque, que tenía que ir a recogerla para llevarla a casa, no habría ido más allá de Siorapaluk. Scotty Welbourne cogió los prismáticos y observó el barco, que llevaba rumbo norte.

—Creo que es estadounidense —dijo.

Jakob y él se miraron. La niebla, que se enroscaba a su alrededor en remolinos, tapó el buque desconocido y redujo el mundo visible a un radio de

unos pocos metros de agua gris y oscilante. Nadie dijo lo que pensaba.

* * *

Cuando por fin consiguieron llegar a Neqi, la gente del poblado salió a recibirlos. Eran todo sonrisas, se reían alegremente, bromeaban..., hasta que vieron a Flora. La miraron consternados, incluso temerosos.

—¿Eres carne o espíritu? —preguntaron.

—¡Soy carne, Pualana!

Sonrió. Pero nadie respondió a su sonrisa. Aniguin y Sorqaq les reprocharon su actitud, y así supieron que Tateraq les había contado que Ashbee había matado a Flora y luego se había pegado un tiro.

—No, ha habido un malentendido.

Jakob se rio y puso la mano en el brazo de Flora, que se había mantenido un poco apartada de él —aún le dolía recordarlo—, preocupada porque lo *adivinaran*.

—¡Ya veis que Felora no está muerta! Es carne, igual que nosotros.

Les explicaron que Ashbee había muerto en un accidente y que Tateraq había ido en busca de Haddo y Dixon. Un malentendido. Las dudas que despertó esta versión de los hechos se disiparon en la niebla.

* * *

Ahora, mientras navegan hacia el norte, hace un tiempo magnífico. El agua, de un azul profundo, se riza en pequeñas olas juguetonas que lamen el casco del Vega. El sol centellea en el agua. Un *qaqulluk* planea sobre la cubierta como un blanco fantasma, dejando colgar sus delicadas patas de araña. Cuando cambia de dirección bruscamente, como si desistiera del propósito en el que estaba absorto, el sol arranca brillos de plata a sus alas. De pie en la proa, Flora observa cómo se acerca la blanca línea del hielo.

Cavila sobre aquella conversación. La daban por muerta y regresó. No puede evitar preguntarse, aun sabiendo que es imposible, ¿y si...? ¿Y si...?

Falsas esperanzas que retroceden ante ella como las montañas fantasmagóricas que desde hace siglos engañan a los viajeros. Ilusiones atmosféricas. Deseos convertidos en espejismo. No debe estar siempre con el alma en vilo, como la pobre Iris. Pero ¿qué otra cosa le queda?

* * *

Cuando no pueden seguir avanzando por mar, dejan el Vega fondeado al socaire de un iceberg varado y siguen viaje por la banquisa en trineo. El capitán Mackie hace saber que lo considera un disparate, pero tiene las rodillas en tan mal estado que no puede acompañarlos, y de todos modos ella no lo consentiría. Así que suspira y se dedica a pasear de un lado a otro por la cubierta, refunfuñando acerca de lo impredecible que es el tiempo tan al norte y del peligro que supone el hielo para el viejo maderamen del Vega. No han reforzado el casco lo suficiente para la situación en que se halla el pobre barco...

Pasados dos días, Kudloq divisa algo a lo lejos. En la orilla gris, por el oeste, se ve un cúmulo de madera blanqueada por la intemperie: dos o tres chozas. Una hilacha de humo se inclina hacia el sur, pero, aparte de eso, no se ve movimiento ni se oye nada. El campamento americano.

Cuando todavía están a unos centenares de metros, Flora pide a Sorqaq y Kudloq que esperen. Sorqaq arruga el ceño y pregunta si no quiere que la acompañe.

—Voy a ver si está —contesta ella. Después, no sabe qué hará.

Cree que, cuando le mire a los ojos, sabrá si es culpable de asesinato. Pero esa creencia suya no se basa en nada sólido.

* * *

Llama a la puerta y luego la abre, empujándola. Una habitación espaciosa, dividida en dos por una mesa. Una estufa elevada como un altar. Reina una suave penumbra y Flora percibe el olor a tabaco, a madera verde y a cuerpos sucios. Por los mugrientos ventanucos entra poca luz.

—¿Señor Armitage? —dice con voz firme.

Al principio cree que no hay nadie. Luego oye un ruido detrás de un tabique y ve moverse algo por el vano de la puerta. Una figura se levanta de una mesa, en la semioscuridad, y la mira de frente.

—¿Quién es?

* * *

Hace ocho años que no le ve, desde el día en que Jakob y ella se desearon buen viaje en la playa de Neqi. El día en que ambos lo *supieron*. El cabello

rojizo de Armitage ha perdido su lustre, pero no se ve en él ni un solo mechón blanco. Aunque una barba desgredada cubre su boca y su mentón, Flora ve que tiene las mejillas hundidas, los ojos claros extrañamente saltones. Si antes era delgado, ahora presenta un aspecto cadavérico. Consumido hasta los huesos.

—Vaya, vaya, la señora Athlone. No sabía que estuviera en el Ártico.

—Sí. —Da unos pasos hacia él y se sienta a la mesa sin esperar invitación. La madera está fría y grasienta al tacto.

—Qué sorpresa tan agradable.

—¿Dónde están sus hombres? ¿Está solo?

Armitage hace un ademán desdeñoso.

—Se han ido de viaje a las montañas. Tenemos que proveernos de carne para el invierno.

—¿No los ha acompañado?

—Tengo mucho trabajo que hacer. Planes para el año que viene. Debo quedarme aquí hasta que esté todo hecho. Hay tantas cosas que hacer... Como siempre. ¿A qué debo este placer?

—Usted sabe por qué estoy aquí.

Armitage se encoge de hombros.

—No, me temo que no lo sé.

Se queda callada un momento, preguntándose si Sorqag estará fuera. Creía que tendría miedo, pero no teme a Armitage. Se pregunta si él la teme a ella.

—¿Por qué fue a Neqi en junio pasado?

—¿En junio? —Él pestañea—. Déjeme pensar... Junio... Es costumbre visitar a los colegas si hay alguno en la zona. Y, como sabe, el señor De Beyn y yo éramos viejos conocidos.

—Tuvo una desavenencia con él. Un altercado grave.

—Ah... Entiendo. Eso fue en invierno, cuando no me encontraba bien. Es cierto. Quería pedirle disculpas. Ese fue el motivo de mi visita.

—¿Qué encontró cuando llegó allí?

—Descubrí que, lamentablemente, el señor De Beyn había fallecido antes de mi llegada. De haber llegado solo un día o dos antes, le habría encontrado con vida. Una lástima. Era un científico notable y un buen hombre.

Flora escudriña sus ojos insondables, intentando interpretar su expresión. Encontrar una certeza. Armitage inclina lentamente la cabeza, apesadumbrado.

—¿Sobre qué discutieron?

—Casi no me acuerdo. Nada importante. Como le decía, no me encontraba bien. Fue un incidente desafortunado. Estoy seguro de que él lo habría

entendido.

—¿No sería porque él descubrió que la Tierra de Dupree no existe, lo que sin duda dañaría su reputación cuando se hiciera público?

Armitage la mira con un asomo de impaciencia. Sacude la cabeza.

—Podía probar que había mentido —concluye Flora.

—Señora Athlone, tengo entendido que usted y él estaban..., eh..., muy unidos. Su fallecimiento tiene que haber sido un golpe terrible para usted.

—La prueba está en sus notas. Usted se llevó esas notas. Y las del señor Welbourne. ¿Por qué lo hizo?

—Me llevé todas sus pertenencias para devolvérselas a sus familiares. Como era natural.

—Entonces, ¿sigue teniendo los cuadernos acerca de la Tierra de Dupree?

Armitage abre las manos con las palmas hacia arriba.

—Supongo que sí, si es que existen.

—¿Dónde están sus cosas? Quiero verlas.

—No sé si puedo permitirlo. Están a mi cargo...

—¡Era mi marido!

Armitage se queda boquiabierto de asombro. Que él sepa... Flora se levanta y se acerca a la puerta abierta. Sorqaq avanza hacia ella con el rifle colgado del hombro. Ella le mira y sacude la cabeza mínimamente.

—Señora... Eh... Yo actué irreprochablemente. Sus pertenencias corrían peligro en Neqi.

—Usted no piensa regresar este año. Démelas. Yo misma las llevaré a Nueva York.

Los ojos claros de Armitage se clavan en ella, ve a Sorqaq en la puerta. Tiene los párpados enrojecidos y lacrimosos y pestañea con frecuencia.

—Bien... Es una oferta muy generosa. Sin embargo, tendrá que darme tiempo para buscarlas. Están en el almacén, en alguna parte. Todo esto está muy revuelto...

—Hay que hacérselas llegar a las familias lo antes posible. Y a usted podría sucederle algo antes de su regreso. Como les sucedió al señor De Beyn y al señor Welbourne.

Armitage la mira con curiosidad y sonrío.

* * *

En medio de un tenso silencio, vigilan a Armitage mientras registra el

cobertizo y saca dos baúles de latón con las iniciales de los muertos pintadas. Armitage los mira con expresión entre recelosa y paciente, como si estuviera a merced de dos locos a los que conviene seguirles la corriente.

—Ahí los tiene. Por mí puede registrarlos todo lo que quiera. Confío en que vuelva a dejarlo todo en orden. Si me disculpan, tengo que seguir con mi trabajo.

Kudloq se aposta junto a la choza para vigilarle. Agachados en el suelo del cobertizo, Flora y Sorqaq abren el baúl de Jakob. Dentro hay ropa y libros, varios montones de carpetas, sus notas de campo, sus cuadernos de limpio, carretes de película, una cámara envuelta en un jersey. Está también la camisa que se dejó ella al marcharse, cuidadosamente doblada. Flora deja a un lado los montones de fotografías y se dedica a inspeccionar los cuadernos. Están tan bien etiquetados que no tarda mucho en echarles un vistazo y ponerlos en orden. El corazón le late tan deprisa que se siente mareada. Por fin, mira a Sorqaq.

—Los cuadernos del viaje al norte no están aquí.

—¿Te refieres a cuando fuimos a la costa norte? ¿Y estos? Él anotaba muchas cosas aquí. Escribía en unos como estos todas las noches.

Sorqaq señala las notas de campo de Jakob: libretas pequeñas y finas, atadas en fajos. Están etiquetadas y puestas en orden, pero aun así Flora las revisa una por una para asegurarse. Nada.

Abren el baúl de Welbourne. Entre sus cosas no hay tantos cuadernos. Al parecer solo llevaba un diario, nada más. Las pruebas contra Armitage no aparecen. No queda ningún documento que haga referencia a su viaje al norte. Ni rastro de él.

Todavía en cuclillas, Flora se echa hacia atrás, asustada.

—¿Y bien, Felora? —pregunta Sorqaq.

—No queda nada. Lo ha destruido todo —dice, y hace una seña afirmativa con la cabeza.

Capítulo 59

Gander, Terranova, 48° 57' N, 54° 36' O
1948

La nieve, que sigue cayendo durante todo el día, cubre de blanco las ventanas. Blanda y silenciosa, da un aire pintoresco a la base aérea y la deja inservible. Randall piensa en el oscuro lago que ha visto horas antes y se pregunta por los millones de copos de nieve que caen y desaparecen en sus aguas grises o se posan sobre el hielo añejo, volviéndolo blanco y perfecto, enmascarando sus imperfecciones, haciendo que parezca seguro.

Inquieto, se le ocurre salir una vez más a mirar, pero la grisura fúnebre del aire, la escasa visibilidad y el frío le disuaden. Debería invertir el tiempo en algo productivo —se dice—, pero no consigue concentrarse en nada. Se sorprende mirando absorto por la ventana. En lugar de cavilar sobre sus notas, sobre los recortes o las fotografías, estudia la filigrana de copos de nieve que se acumula en las esquinas. Nota su frío desde dentro. Si aguza la mirada y entorna los párpados, le parece ver los cristales por separado: minúsculos, exquisitos hexágonos ajustados a un orden preciso y sin embargo, supuestamente, tan únicos y singulares como una cara. Son, según su novia, Barbara, prueba de la existencia de Dios. Barbara es tan bonita y pura como un copo de nieve, y a Randall le cuesta llevarle la contraria.

Sin poder evitarlo, piensa en ese «loco sin remedio» que fue Arent de Beyn. ¿Qué demuestra eso? ¿Que su madre y sus abuelos le han mentado? ¿O que la que miente es Flora Athlone-Cochrane, o como demonios se llame?

¿Acaso la verdad no importa?

Debería centrarse en Jakob y Armitage mientras todavía tiene oportunidad de interrogarla. Pero, sin saber por qué, su búsqueda de la verdad, que antes se le antojaba noble e irreprochable —una antorcha de pureza que portaba en nombre de la familia—, parece haberse teñido de sordidez. Cuanto más lee sobre todos ellos, más sospecha que aquellos exploradores de la época dorada eran una panda de sinvergüenzas: egoístas, huidizos, implacables. Dejaban a la gente en la estacada para irse al fin del mundo, a aporrearse el pecho y a demostrar a todo el

mundo lo magníficos que eran. O magníficas. Porque Randall no se cree las excusas de Flora. Ella perseguía la gloria tanto como Armitage, se le nota. No, no eran muy simpáticos, desde luego. O si lo eran (como su tío abuelo) siempre estaban fuera. Pero imagínate: creer que tu padre está muerto y que de repente resucite convertido en un chiflado incurable, en un *caso perdido*. Una tomadura de pelo y un presagio. Una amenaza y un espectro.

No le ha contado a la señora Cochrane que al parecer su abuelo Hendrik se quitó la vida.

Apoya la mano sobre el cristal frío y la nieve comienza a derretirse. Los tenues lazos entre cristales van disolviéndose. Los coágulos vuelven a formar estrellas antes de desaparecer.

Copos de nieve: más hermosos cuando están aislados. Por la razón que sea, *ese* es un símil que no suele interesar a la gente.

* * *

En el bar, varios científicos y militares están jugando al billar. Randall observa un rato la partida, juega un par de rondas y pierde estrepitosamente, vencido por el físico de Cambridge. Juega mal, pero aun así achaca su derrota final al hecho de que Flora Cochrane haya entrado en el bar y se haya sentado junto a la ventana. No parece estar mirando, pero hasta eso le molesta.

Con ese ánimo, le cede su taco a uno de los pilotos y se acerca a ella.

—Confiaba en encontrarle aquí —dice Flora antes de que le dé tiempo a abrir la boca—. Siento lo de antes. No era mi intención disgustarle.

Randall se encoge de hombros.

—Yo le pedí que me lo contara.

—¿Ha hablado con su familia?

Él niega con la cabeza.

—No puedo hablar con ellos de algo así por teléfono. Ni aunque consiguiera establecer comunicación. —Lanza una mirada a la ventana cubierta de nieve.

—Señor Crane, hay otra cosa que quiero decirle.

—¿Ah, sí?

—¿Podríamos ir a algún sitio más reservado? A mi habitación, si la idea no le resulta demasiado alarmante.

* * *

Cierra la puerta a su espalda y empieza a hablar de inmediato.

—Señor Crane, durante mucho tiempo no he podido hablar de Jakob ni admitir lo que ocurrió. Estaba desconsolada, pero eso no disculpa mi conducta. Hay cosas que debería haber hecho y no hice. Una de ellas, desde luego, enviarle sus cosas a la familia. Le pido perdón por ello.

—¿Sus cosas? ¿Tiene usted sus cosas? ¿Las de Groenlandia?

—Sí. Lo lamento. Tenga la seguridad de que se las enviaré a su madre en cuanto llegue a casa.

—¿*Todavía* las tiene?

Ella mueve la cabeza afirmativamente. Randall está perplejo.

—Dios mío... Es increíble. Habría sido maravilloso tenerlas.

—Escribiré a su madre para pedirle perdón. Lamento haber tardado tanto.

Randall meneaba la cabeza, desconcertado.

—¿Qué tipo de cosas son? ¿Se refiere a documentos? ¿O a efectos personales?

—Parte de sus documentos científicos. Y algunos efectos personales. Su cámara. Ropa. Fotografías.

Randall se descubre sonriendo. Sacude otra vez la cabeza.

—Es asombroso. Pero no entiendo cómo puede usted tener esas cosas. ¿Se las dio él?

—No. En el verano de 1900, volví a buscarle. Usted no lo sabía, claro, ¿cómo iba a saberlo? Tenía que averiguar lo que había pasado. Mis amigos esquimales me contaron que desapareció en el glaciar en el que estaba trabajando. Una grieta. Era la explicación más plausible.

—Ah.

—Pero más o menos en esos días Armitage estuvo en Neqi. Dijo que había ido a ver a Jakob. Pero Jakob estaba muerto.

—¿Quiere decir que no llegaron a verse? ¿Que Armitage llegó demasiado tarde?

—Eso fue lo que dijo.

Randall la mira ceñudo, pensando que Flora Cochrane podría decir *cualquier cosa*.

—¿Insinúa que Armitage mató a Jakob?

Ella le mira fijamente a los ojos, como si intentara convencerle de su sinceridad.

—Digo que es posible. No lo sé.

—¿Y a Welbourne también?

—No. Welbourne se ahogó semanas después, delante de testigos. Pero, una

vez muertos ambos, Armitage fue a llevarse sus pertenencias.

—¿Y eso por qué?

—Según él, para llevarlas a Estados Unidos y devolvérselas a sus familiares. Pero yo sospechaba, y Sorqaq estaba de acuerdo conmigo, que lo que de verdad quería era hacer desaparecer ciertos documentos que podían demostrar que había mentido.

—Um... ¿Quién es Sorqaq?

—Sorqaq era un cazador. Un buen hombre que pasó más de un año trabajando con Jakob. Eran grandes amigos. Ya había presenciado cómo Armitage trataba de chantajear a Jakob para asegurarse su silencio.

—¡Santo cielo! ¿Chantajearle? ¿A qué se refiere?

Ella parece impacientarse.

—¿A qué suele referirse la gente cuando habla de chantaje? Si ya se odiaban antes, y le aseguro que se odiaban, después debió de ser diez veces peor. Lo que importa es que Armitage fracasó en su intento y estaba, por tanto, furioso y desesperado por asegurarse de que Jakob no arruinara su reputación. —Le mira con énfasis—. Estaba ansioso por hacerle callar.

Randall la mira fijamente, acordándose del recelo que le inspira.

—¿Qué eran esos documentos que quería eliminar?

—Sabe usted que Armitage afirmó en su libro que en el noventa y dos descubrió una tierra desconocida hasta entonces, ¿verdad?

—La Tierra de Dupree, una isla que luego se demostró que no existía.

—Sí, pero en aquel momento todo el mundo lo creía. Jakob y Welbourne descubrieron que, en efecto, era una invención. Armitage había mentido. Había mentido premeditadamente. Jakob lo habría hecho público en un momento en que Armitage necesitaba que la gente concediera crédito a sus afirmaciones, en caso de que consiguiera llegar al Polo.

—Entonces, ¿me está diciendo que le mató para proteger su reputación?

—Tenía motivos para hacerlo y estaba allí.

* * *

Randall se sienta en la cama y se pasa las manos por la cara. Pide a Flora que repita ciertas cosas. Coge papel y un bolígrafo y toma notas. Quizá de ese modo le parezcan menos inverosímiles. Chantaje, mentiras, asesinato. No era lo que esperaba.

—Espere. Sigo sin entenderlo. Entonces, ¿Armitage se llevó esos documentos

o no?

—Sí, se llevó todas las pertenencias de Jakob y Welbourne. Sorqaq y yo fuimos en su busca. Sorqaq estaba destrozado por lo que le había pasado a Jakob. Creo que se sentía responsable.

—¿Por qué?

—Cuando me fui de Groenlandia, le pedí que cuidara de él en mi nombre. —Viendo el desconcierto de Randall, se ve obligada a añadir—: Sorqaq y yo somos hermanos de padre.

Randall la mira boquiabierto.

—Entiendo.

Aunque en realidad no entiende nada.

—Entonces, Armitage se llevó los documentos. ¿Y... luego?

—Dimos con él, muy al norte. Había fracasado en su tercer intento de llegar al Polo. Parecía estar enfermo. Sus hombres habían salido de viaje. Estaba solo. Tenía los baúles de Jakob y Welbourne en su cobertizo. Fotografías, notas de campo, etcétera. Pero faltaban muchas cosas. Armitage había destruido todo lo que pudiera perjudicarlo.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé lo que había en esos baúles. El viaje de Jakob a la costa norte demostró que la Tierra de Dupree era una invención de Armitage. Pero todos los registros documentales de ese viaje habían desaparecido. No quedaba ni rastro. Jakob era muy concienzudo con esas cosas. Esa ausencia total de documentación no podía ser una coincidencia. Faltaban también muchos de sus cuadernos sobre la nueva isla que descubrió, esa circunnavegación tan maravillosa, de modo que había numerosas lagunas en sus anotaciones. No soportarían un escrutinio minucioso.

Randall se siente horrorizado.

—¡Santo Dios! —Deja escapar un soplido. Se da cuenta de que ha cerrado los puños—. ¿Por qué nunca lo ha hecho público?

—Porque no tenía pruebas. Solo faltaban cosas y yo era la única que conocía su falta. Armitage dijo que, aunque Metek y Sorqaq lo juraran solemnemente, nadie daría crédito a su palabra.

Randall se acerca a la ventana y vuelve atrás. La habitación le parece de pronto muy pequeña y agobiante.

—¿Qué le ocurrió a Armitage?

Ella mira por la ventana. Fuera parece que está empezando a oscurecer.

—Creo que no soportaba la idea de volver. Se le consideraría no solo un fracasado, sino un mentiroso y seguramente también un asesino. Le avisé de que

le denunciaría públicamente. De que contaría con pelos y señales lo que había hecho. Ya no tenía nada que perder.

—¿Está diciendo que se suicidó?

—Es fácil hacerlo —contesta ella—. Te adentras en el hielo hasta donde ya no es muy sólido, en verano. Y sigues andando.

Randall anota: *Armitage. Suicidio. ¿Vergüenza? ¿Hielo fino?*

—Era un hombre atormentado —añade Flora.

—Entonces... se llevó usted las cosas de Jakob. ¿Armitage no intentó impedirselo?

—Solo quedaban sus efectos personales. Nada que pudiera perjudicarlo.

—¿Dejó allí a Armitage y volvió a casa?

—Sí.

—¿Tenía intención de denunciar a Armitage, de causar su ruina?

Ella asiente con cierta impaciencia:

—Sí.

—Pero... no lo hizo, cuando volvió.

—¿Qué sentido tenía, si ya estaba muerto? Solo habría conseguido hacer daño a su familia. No era culpa suya.

Randall mira sus notas. Puede que no lo haya entendido bien. Menea la cabeza para intentar aclararse.

—Pero, si le dejó allí, ¿cómo sabía que estaba muerto?

Se hace un silencio. Randall mira sus ojos grises, pero ella tiene la vista fija en un punto lejano, por encima de su hombro. Sus ojos son del mismo color que el lago congelado, que los últimos vestigios del hielo envejecido: grises, empañados, peligrosos.

—No me acuerdo. Supongo que debí enterarme de algún modo.

Capítulo 60

Neqi, 77° 52' N, 71° 37' O

Julio de 1927

En el verano de 1927, Flora Haddo —como se llamaba entonces, aunque por poco tiempo— llegó a Siorapaluk a bordo del paquebote danés Mjølnér. Hacía ocho años que no visitaba Groenlandia. Estaba nerviosa cuando desembarcó: ignoraba, como siempre, quién quedaría vivo. Se llevó una alegría al encontrarse con su vieja amiga Meqro, tan lozana y terca como siempre, y al ver a Aamma, que era maestra y se había casado con su segundo marido. Tras pasar un par de días allí, viajó al norte, a Neqi, y encontró por fin a Sorqaq y a su hija, a la que habían bautizado con su nombre. Conoció a los nietos de su hermano. Bromearon acerca de cuál de aquellos niños de cabello negro y liso se parecía más a William Mackie, que a sus noventa y tantos años seguía tan indómito como siempre. Flora les llevó una caja de pastel de Dundee y de mermelada de naranja Keiller's.

El Norte estaba cambiando. Sorqaq todavía cazaba focas y morsas, y su mujer, Megipsu, seguía curtiendo pieles y cosiendo ropa como había hecho siempre, pero en el pueblo danés que había en Thule, a un día de viaje en barco, tenían una cosa nueva y maravillosa que Sorqaq llamaba *land-hat*, lo que al principio desconcertó a Flora, hasta que se dio cuenta de que se trataba de una tienda de artículos variados. Había también una iglesia y una escuela, cuyos nombres en danés eran más reconocibles. Las familias esquimales se estaban trasladando a los alrededores del pueblo. Algunos niños estaban aprendiendo a leer y a hablar danés, y a contar dinero para poder trabajar en el pueblo algún día. El paquebote traía mercancías del sur un par de veces al año, de modo que ya nunca les faltaban la harina y el azúcar, los pucheros, el tabaco y cosas parecidas. Había un médico todo el año. La gente seguía muriéndose, pero ahora, cuando te morías (si frecuentabas la iglesia danesa, claro), ibas a un sitio precioso llamado *Heemlin*, donde había flores, sol y árboles —Sorqaq nunca había visto un árbol—, y gran cantidad de animales que se dejaban cazar, y cosas ricas para comer, y veías a todos tus parientes que habían muerto antes que tú. Pero si no hacías lo

que te decía el pastor, le dijo Sorqaq con una risa tolerante, entonces su dios te arrojaba a un mar de fuego llamado *Hilva*.

Sorqaq le contó, además, otra cosa.

—Hace dos..., tres años, pasó una cosa, Felora. Unos jóvenes estaban pescando cerca de la punta del glaciar de Jakob, en verano, y vieron algo en la playa. Algo blanco. Fueron a mirar y era un hueso.

Flora miró hacia el extremo del fiordo, donde el morro desmoronado del glaciar brillaba al sol. Había visto una vez cómo se desprendían grandes trozos de acantilado y caían al agua, pero en aquel momento no pensó que, contenidas dentro de ellos, pudieran caer también todas las cosas que el hielo arrastraba en su parsimonioso viaje hacia el mar.

—Era él, estoy seguro. No podía ser nadie más. Todo encaja. Él estaba trabajando allí.

Flora hizo un gesto afirmativo y sintió —absurdamente, después de tanto tiempo— el picor de las lágrimas en los párpados.

—Volví con ellos —añadió Sorqaq—. Buscamos por toda la bahía. Le enterramos allá arriba, en la playa. Si quieres puedo enseñarte dónde.

* * *

Flora le acompañó, pese a que las dudas le obstruían como piedras la garganta. Cogieron un kayak y remarón fiordo arriba. El remo de madera fina y lisa se amoldaba a su mano como un viejo amigo. Era uno de esos raros días sin viento que a veces se dan, como un regalo del cielo, a finales de julio: el agua estaba tan quieta como un estanque y el kayak dibujaba una oscura pluma sobre su superficie de azogue. El sol, un disco nacarado de luz difusa, apenas se divisaba entre el velo de las nubes. El cielo era como el interior de una concha.

Sorqaq varó el kayak en una cala bordeada por acantilados púrpura: un paraje solitario que descendía suavemente hacia el agua, custodiados por cabos arriscados. En aquella ensenada, el mar siempre estaba en calma. El número de personas que pisaría alguna vez aquel lugar era insignificante. Sorqaq la condujo cuesta arriba, hasta un túmulo de pedruscos que se erguía orgulloso sobre la grava. Saltaba a la vista que algún animal lo había descolocado: zorros, seguramente. Entre las piedras asomaba algo blanco, inconfundible. Sorqaq se detuvo y la miró con consternación.

—Lo siento, Felora. No sabía que estaba así. ¿Quieres esperar aquí un momento?

—No, no pasa nada.

Caminaron playa arriba y se detuvieron junto al túmulo. Flora no sabía qué estaba mirando. No asociaba aquel destello de blancura con el hombre al que había conocido.

—¿Había...? ¿Había ropa? ¿Alguna cosa?

—No. Los huesos habían estado en el agua. El mar los empujó hasta un lugar cerca de aquí.

(Él había guardado sus cartas. *Aquí.*)

Flora se arrodilló en la grava y empezó a cavar suavemente. Sorqaq, siempre tan discreto, se alejó hacia el acantilado y se puso a buscar *tripe de roche*.

* * *

La blancura —vista de cerca tiraba a ocre, como un oso polar— era la de la parte frontal de un cráneo: la frente, lisa y aparentemente intacta. Flora la acarició con los dedos.

(«Shh. Siempre volveré.»)

—Sorqaq... ¿Cómo puedes estar seguro de que era él?

—Había un poco de pelo. —Sorqaq se tocó la parte de atrás de la cabeza—. Era blanco y... —Movi6 la mano describiendo una onda—. Ningún *inuk* tiene el pelo así. Por eso lo supimos. El cráneo estaba roto. No sé si se rompió antes de que muriera o cuando se cayó, o mucho después. Es imposible saberlo, Felora.

Ella le miró para ver qué quería decir, pero Sorqaq desvió la mirada.

—Jakob era muy prudente. Tú lo sabes.

Él asintió.

Arrodillada, Flora comenzó a apartar la grava de alrededor del cráneo, dejando al descubierto su bóveda. Posó la mano sobre él: el eco de una caricia. No despedía calor y parecía muy pequeño para haber albergado todo cuanto era Jakob. Siguió escarbando hasta que notó algo fibroso bajo los dedos. Le pidió a Sorqaq su cuchillo. Se lo pasó y ella cortó un trozo, una madeja, un mechón, y lo sostuvo en la mano. El cabello era cano y describía un rizo suave (Jakob lo odiaba; a ella, en cambio, le encantaba cómo se le rizaba cuando lo tenía más largo.) Lo frotó con los dedos. Estaba deslustrado, seco, polvoriento, pero era sorprendentemente flexible. Casi parecía estar vivo.

* * *

Hace un par de años, al cambiarse de casa, encontró un viejo pañuelo cuando estaba vaciando un cajón de ropa blanca. Pertenecía a un juego que le regaló Iris. Estaba doblado pero sin lavar, y la seda tenía un tacto crujiente y quebradizo. Cuando lo desdobló, de sus pliegues se desprendió una materia blanquecina que se resquebrajó, haciéndose trocitos. Durante un rato no supo qué era y estuvo a punto de tirar el pañuelo. Luego se acordó.

* * *

—Felora, ¿estás bien?

Hizo un gesto afirmativo.

—Haremos una tumba mejor. Una auténtica tumba *kallunat*. Podemos poner una lápida. O podemos trasladarle. Quería preguntarte si habría que llevarlo al cementerio cristiano. Hay uno en Thule. O, si quieres, podrías llevártelo contigo.

Sorqaq la observó en silencio un rato. Luego bajó hasta la orilla y llenó su pipa. Contempló la bahía, en la que unos patos se posaban con un bisbiseo y un batir de alas y agua: pequeñas turbulencias, ínfimas estelas.

Flora se inclinó y apretó los labios resecos contra el hueso, por encima de la cuenca ocular. Había hecho ese mismo gesto muchas otras veces. No sintió... nada. No quedaba nada de él allí. Se echó hacia atrás, sintiéndose estúpida y melodramática. Pero ¿qué era lo correcto?

—No tienes que decidirlo ahora, Felora.

—Debería quedarse aquí. Amaba este lugar.

Sorqaq chupó su pipa unos segundos.

—*Ieh*. Aquí era feliz. Y allí arriba también. —Señaló con la cabeza hacia el extremo del fiordo.

Hacia el hogar del invierno, hacia la blancura eterna que cae con lentitud infinita, con infinita paciencia, hacia el mar.

Capítulo 61

El Gran Clavo, 90° 00' N
1948

La banquisa, que desde arriba parece tan lisa y tentadora como una sábana de algodón, resulta ser áspera y caótica. El piloto tiene que hacer varias pasadas a baja altura, buscando el lugar más llano en las inmediaciones del Polo, y finalmente tiene que conformarse con este campo de pedruscos blancos. Les castañetean los dientes dentro de la boca, y el cerebro dentro del cráneo. Las ruedas del avión tocan el hielo entre fuertes estampidos y sacudidas violentas. En cierto momento, todos los pasajeros se agarran a los brazos de sus asientos: el Arcturus parece a punto de volcar, roza con el ala izquierda una vidriosa aleta de hielo, se endereza. Los pasajeros aplauden. Cuando por fin cesa el rugido de los motores, el silencio rompe sobre ellos como algo sólido.

* * *

Salieron a primera hora de la mañana, todavía a oscuras, y han pasado varias horas sentados en la gélida cabina del avión. Nerviosos, expectantes y aburridos por la monotonía de las vistas. El lugar en el que han aterrizado parece idéntico al paisaje que han sobrevolado durante las últimas cuatro horas: una llanura infinita y rugosa, hielo desperdigado sobre hielo, más azul que blanco, bajo un cielo despejado de nubes.

Embutidos en sus monos acolchados, bajan torpemente los escalones y pisan el hielo. El roce de sus muslos al caminar produce chirridos. Se ajustan las gafas oscuras para protegerse del reverbero que les asalta desde todas partes. Luz solar desnuda y deslumbrante. Frío inmisericorde. El aire absorbe la humedad de sus fosas nasales, de sus bocas. Los científicos reúnen su instrumental lo más aprisa que pueden, entorpecidos por los guantes, y se gritan unos a otros, emocionados.

El equipo de filmación se prepara para grabar, lanzando exabruptos. El cámara se quita un guante y alguien le increpa a gritos por su necesidad. El fotógrafo de la Fuerza Aérea se pasea de acá para allá buscando enfoques en la vasta extensión

de blancura. Solo sus sombras atestiguan que están en el mundo; el sol las arroja contra el suelo: azul sobre hielo blanco. Se ríen y bromean. Se arrojan bolas de nieve, o más bien arenilla blanca que se desintegra en el aire con un centelleo. Hace demasiado frío para hacer bolas de nieve. Se vuelven con frecuencia a mirar el avión para orientarse, buscando alivio.

Lo más extraño —tan extraño que el ojo casi lo rechaza— es que todo sea del mismo color, de la misma sustancia inerte. El mundo entero es de una monotonía cegadora. Imagina un paisaje en el que todo sea negro o rojo. Eso es lo que desafía nuestra comprensión.

* * *

A Randall, este punto indistinto del océano Ártico no le dice nada. Camina de acá para allá tratando de captar una impresión que más tarde pueda verter en palabras. Es un momento de importancia nada desdeñable... (Dios, qué pedante puede ponerse a veces.) Hubo hombres que dieron la vida por este lugar. Mira a su alrededor y piensa: «Santo cielo, ¿por qué?».

No tiene la impresión de hallarse en el mar helado, sino más bien en un deslumbrante desierto de sal, o en un país arrasado por una catástrofe irremediable. En su mente se agolpan imágenes de Hiroshima después de la bomba: el paisaje arrasado, una civilización entera convertida en polvo. Solo que esto está... más limpio: la pulverización es más completa. Pasea la vista por las crestas de hielo rotas, por los blancos cascotes de diversos tamaños, por ese vacío que se extiende en todas direcciones, y tiene que hacer un esfuerzo por recordarse que no ha habido ninguna catástrofe, que aquí nunca ha habido nada. Que aquí nada ha tenido lugar. Se siente muy pequeño.

* * *

Randall y Flora no tienen nada concreto que hacer. Él ha traído su cámara de bolsillo y hace fotos, aunque no cree que vayan a ser muy buenas. El horizonte es plano e infinito. O, mejor dicho, redondo e infinito como una rueda. El sol queda a su izquierda. Bueno, depende. Está al sur. Allí todo está al sur. Relumbra con un brillo mareante. Randall observa a Flora, que mira a su alrededor. Con su mono acolchado, la capucha y las gafas puestas, podría tener cualquier edad. Ella le sorprende mirándola y sonrío: una sonrisa radiante, de niña.

Se aleja un poco de los demás, buscando un buen sitio. Entonces se agacha y

saca algo blanco del bolsillo de su mono blanco. Vista desde treinta metros de distancia, parece estar escarbando en el hielo.

Randall se vuelve con la cámara pegada a la cara y oye al meteorólogo gritar: —¡Sensación térmica, menos treinta y tres!

Entre tanto, los pilotos miden, calculan, debaten y finalmente colocan un mástil en el punto en el que consideran que convergen las líneas no dibujadas sobre la Tierra (hasta donde pueden calcularlo aquí, donde no funcionan las brújulas y es imposible saber en qué zona horaria estás, porque estás en todas y en ninguna a la vez). Hacen fotos sin cesar mientras despliegan la bandera estadounidense y la sujetan al mástil. El viento se aquieta y la bandera cae. Alguien se apresura a introducir un trozo de alambre para que luzca más airosa. Llaman a los demás. Randall se vuelve a tiempo de ver que Flora alisa el hielo con la mano y se levanta, sacudiéndose la nieve de los guantes.

El comandante Soames se acerca para ofrecerle el brazo. Posan ante las cámaras, agrupados en distintas combinaciones. Sonríen y saludan para la grabación. Randall hace una foto de la Reina de las Nieves sola en el Polo Norte, y le pide a un científico que les haga otra juntos.

* * *

No disponen de mucho tiempo, pero en algún momento se hace la calma: cae un silencio reverencial. La bandera está enhiesta, se han hecho las mediciones y la euforia inicial ha alcanzado su cima. Randall se aleja un poco, mira a su alrededor, levanta la vista y nota que el aire parece titilar como polvo de diamantes. Se pregunta si serán figuraciones suyas. Abre la boca y aspira el polvo centelleante. Duele. Escucha el latido de su corazón, el crujido de sus pasos sobre la nieve dura y apelmazada. Si se concentra lo suficiente, le parece oír un rumor ligerísimo, como si alguien le susurrara al oído.

Epílogo

Onmogelijk Dal, 78° 14' N, 88° 32' O

Flora está tumbada de lado. Ha cerrado los ojos para no ver el sol que asoma por el oeste. Nota los miembros embotados. Tiene el pelo suelto, enmarañado. Una piedra se le clava en la cadera, pero aun así no se molesta en cambiar de postura. De vez en cuando entreabre los párpados y la luz dorada se rompe en sus pestañas, dividiéndose en soles minúsculos.

Llevan semanas en el valle. El tiempo, sin noches, se ha emborronado. Siente que este es el único lugar donde ha vivido. El resto del mundo ha dejado de existir. No concibe marcharse, pero esa mañana hay un velo de escarcha en el interior de la tienda: *nilaktaqtuq*. Un presagio. Vuelve un poco la cabeza para ver el ángulo de su hombro, el humo de su cigarrillo, su cabello silueteado por la luz.

* * *

—Debería haber impedido que acabara... así.

Cuando habla de los esquimales que murieron, y en particular de la suerte que corrió Ayakou, se indigna. Es un rasgo suyo que encanta a Flora. Estaba tumbado frente a la tienda, amodorrado por el sol, saciado y lánguido, y de pronto se ha incorporado, ha doblado las rodillas, ha liado un cigarrillo, se lo ha fumado y ha aplastado la colilla veinte veces contra el suelo húmedo, aparentemente ajeno a su propio nerviosismo y a su desnudez.

Flora escucha lo que dice, lo escucha de veras, pero una parte de su mente está absorta contemplando el movimiento de sus músculos, el cordaje de tendones y prominencias óseas que conforman sus articulaciones, las dobleces de la piel en sus caderas, los pliegues de carne de su vientre cuando se inclina hacia delante; sus rodillas, más magulladas que las suyas. El cálido paisaje de su piel quemada por el sol. Ha estado pensando qué cosa tan rara es un cuerpo humano, ese encaje, desgarbado y torpe, de partes funcionales: los pies, cuando los miras bien, son muy estafalarios, y en cuanto a la nariz y las orejas... son ridículas. Y sin embargo el cuerpo de Jakob es la cosa más hermosa que puede imaginar. No

se cansa de mirarlo. Sonríe: va a mirarlo siempre, toda la vida. Cuando se preocupa o se enfada, su frente y sus mejillas forman surcos que, unidos a su cabello canoso, la hacen pensar: «Así será cuando sea viejo». En cambio cuando se ríe, lo que sucede a menudo, parece un hombre joven. Y cuando duerme y su cara se relaja, parece un niño. Le encantan todas sus caras y aquí, en el valle, las tiene todas. Pasado, presente y futuro: todo suyo.

Le asombra que su mirada escrutadora turbe tan poco a Jakob. Es un don que ella nunca poseerá. Incluso ahora, estando al sol, se tapa a medias con una manta: un pudor espurio. Hoy, la temperatura ha alcanzado los dieciocho grados, pero el destino que corrió Ayakou produce escalofríos. Exige de ella un mínimo de decoro.

Dice:

—Hiciste todo lo que pudiste y más. No sabías lo que estaba haciendo el museo.

Jakob la mira.

—Intento convencerme de que a él no le importaría. A fin de cuentas, está muerto.

—La otra vez, cuando estuviste aquí, Armitage sacó huesos de tumbas para llevárselos, ¿verdad? ¿Pusiste reparos entonces?

Jakob hace una mueca.

—Eso era distinto. Parecía distinto.

—¿Por qué? ¿Por el tiempo que había pasado? ¿Porque no los conocíamos?

Flora arranca una florecilla rosa y la levanta, interponiéndola entre su ojo entornado y el sol. Después, la deposita como una ofrenda sobre la rodilla de Jakob.

—A veces creo que hice mal llevándome las momias. Las exhibí exactamente del mismo modo que el museo ha exhibido a Ayakou: para que la gente se estremezca y se queda boquiabierta.

—Pero esas personas llevaban mucho tiempo muertas. Nadie lloraba ya su muerte. Nadie recordaba quiénes eran.

—No estoy segura de que eso importe. A Ralph le horrorizó. Ofendió algo muy profundo dentro de su ser. ¿Es solo una cuestión de grado? ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que se considere aceptable exponer el cadáver de una persona? Quinientos años parece un plazo razonable. Un par de semanas es grotesco. ¿Dónde trazar el límite? ¿En cincuenta años? ¿En veinte?

Jakob menea la cabeza.

—No sé. ¿Quizá cuando todos sus conocidos hayan muerto?

—¿Y qué hay de sus descendientes? ¿Y si fuera tu bisabuelo?

—No sé, Flora. Pero sin duda es cuestión de tiempo. Lo que hiciste tú con tus momias no es comparable a lo que hizo el museo: cocer el cuerpo de Ayakou para que se le desprendiera la carne del hueso y exponer el esqueleto.

La mira con el ceño fruncido. Flora coge sus manos.

—Puede que no. En aquel momento pensé que el cuerpo es un cascarón, un envoltorio que se desecha. No es la esencia, ni el espíritu o como quieras llamarlo. Ahora ya no estoy tan segura.

Besa sus nudillos cubiertos de cicatrices, las maltrechas yemas de sus dedos. Han vuelto a crecerle las uñas, pero él aborrece sus manos; las considera deformes y feas. («Me da vergüenza tocarte con estas manos», le dijo una vez. Ella contestó: «Por el amor de Dios...».)

—Con otro cuerpo, seríamos otros.

Jakob sonríe.

—¿Sí? Yo creo que los recuerdos y las experiencias son más importantes a la hora de convertirnos en lo que somos.

—Pero con otro cuerpo tendrías otras experiencias. Si fueras gordo y feo...

Sospecha que se está sonrojando por cómo la mira él. Jakob finge ponerse muy serio.

—¿Insinúas que no me querrías si tuviera otro cuerpo?

Flora sonríe.

—Mmm... ¿Me querrías tú si mi mente fuera otra?

Se ríen los dos, azorados.

Jakob se tumba en la manta. Flora está encantada de haberle desconcertado, para variar.

—No puedo imaginármelo —contesta él—. Solo sé que tú eres tú y que, aunque no sepa muy bien qué soy, me alegro mucho de estar aquí, contigo. Me alegro muchísimo. Así que quedémonos aquí.

Flora reclina la cabeza en el hueco de su hombro. Envuelta en su abrazo, apoya la pierna sobre sus muslos. Su piel es a un tiempo fresca y cálida. Abre la mano sobre su pecho. Siente las costillas debajo, el corazón latiéndole bajo los dedos, el vaivén de su respiración. Piensa: «Esto de aquí lo es todo; ahora ya puede pararse el mundo», sin darse cuenta de que, en ese momento, está sonriendo.

Glosario

¡aja!: exclamación, frecuentemente de placer
angedkok: chamán; persona dotada de poderes curativos
angut: mujer
ayornamut: es una lástima, pero no queda otro remedio / estaba escrito / mala suerte
erneq: hijo
ieh: sí
illu: casa de piedra (permanente) o de hielo (temporal)
imaqa: tal vez
inuk: esquimal / inuit (singular)
inuit: esquimales / pueblo inuit (plural)
kallunat: occidentales (plural)
kamik: botas de piel de oso
kiffak: sirviente doméstico
kiviak: carne de alca podrida, un manjar
kooyounah: gracias
kujappok: sexo
marmarai: Mmm, qué bueno
naamik: no
naasut: flores
Neqi: nombre de un lugar; carne, comida
nilaktaqtuq: el hielo que se forma en el interior de una tienda
ooangniktuq: viento del Norte
panik: hija
perlerornep: demencia invernal
qamiut: trineos
qanitt: copos de nieve
qaqulluk: fulmar boreal (ave)
qatannguh: hermano o hermana
qooviannikumut: honda felicidad
Siorapaluk: nombre de un lugar; linda playa de arena

tupik: tienda de piel de foca para el verano

tutsarfik: aproximadamente, el mes de noviembre. En sentido literal, «está escuchando»

ulu: cuchillo curvo utilizado por las mujeres

Umingmak Nuna: Tierra del Buey Almizclero / isla de Ellesmere

upernallit: balleneros, generalmente escoceses. En sentido literal, «los que llegan en primavera»

usuk: pene

uttuqalualuk: anciano; nombre inuit de la estrella Arturo

Agradecimientos

Tengo contraída una inmensa deuda de gratitud con las numerosas personas que me ayudaron durante el proceso de escritura de este libro. En primer lugar, como siempre, doy las gracias a mi agente, Diana Tyler, por su apoyo y su tacto, y por ser una campeona en todo. A Jane Wood, mi editora de Quercus, por su buen criterio, sus ideas y por el gran placer que supone trabajar con ella. Y a mis queridos *betareaders*: Sarah Collier, Paul Holman, Clare Mockridge, Bridget Penney, Jo Penney, Steve Roser, Tanya Trochoulis y Marco van Welzen, por leer este libro hasta la saciedad y por tantas otras cosas.

Estoy también en deuda con los muchos escritores, tanto del presente como del pasado, que han dado a conocer sus conocimientos y sus experiencias en el Ártico, pero sobre todo con Barry Lopez, Jean Malaurie, Wally Herbert y Robert Bryce. Ojalá pudiera recordar todo lo que me han enseñado.